ROSE GATE



LUJURIA

SERIE KAPITAL SIN

LA ÚNICA CURA PARA LA PASIÓN
ES ARDER EN EL PECADO

LUJURIA

La única cura para la pasión
es arder en el pecado.



Rose Gate

©Diciembre 2024

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial d este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.
Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer
Corrección: Noni García

Í ndice

Agradecimientos
Introducción
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
EPÍLOGO 1
ANEXO
EPÍLOGO 2
La Autora
Bibliografía

Agradecimientos

Este es un libro dulce y recomiendo leer antes Échale el Lazo, para disfrutarlo todavía más. En esa historia nace nuestra protagonista femenina, ahí conoceréis el cómo y el por qué, no obstante si no queréis sumergiros en su pasado, podéis arrancar aquí.

Este es el sexto libro de una serie, como a mí me gusta llamarla, de Dark Romance “soft”, cuyos personajes pueden tomar decisiones cuestionables o no.

Entiendo que no es una serie para todo el mundo, así que si no te gustan este tipo de libros, con escenas explícitas, tramas truculentas, no sigas leyendo, porque puede que no lo disfrutes.

Cuando me enfrenté a esta historia no sabía lo que me depararía y ahora puedo deciros que es una de las más tiernas de la serie, así que espero que la disfrutéis tanto como yo.

Gracias a mi familia, por ser horar, espacio, comprensión y asumir lo que conlleva esta profesión.

A mis ceros, que lo han disfrutado de lo lindo en este libro y han coincidido en que es uno de los que prefieren de la serie, aunque siempre las lleve con la lengua fuera: Nani, Vane, Irene y mis Divinas (Noe, Laura y Maca). Ya sabéis que sois infinitamente imprescindibles para mí.

A Noni, Marisa, Sonia y Marieta, de quienes ddepende la corrección de esta novela, todas ellas desempeñan un papel fundamental para mí porque ven y corrigen lo que mi cerebro me impide encontrar. Millones de gracias por llegar donde yo no llego y ser tan maravillosas.

A Kramer porque con esta portada le he hecho sudar tinta para dar el punto justo a esas letras de manzana mordida, no ha sido nada fácil así que: gracias de nuevo por tu magia.

A Tania, quien no se cansa de hacer LC’s y ayudarnos a muchísimos autores con ellas, espero que esta historia te deje con el corazón calentito.

A Sandra @libro_ven_a_mi, Anita, Sergi @nosoysergi.books, a Bea @bea_lalectora, a Judit @el.arte.de.leer., Adriana @mrs.svetacherry Marcos @booksandmark, Christian @surfeandolibros,, Luisa @literaliabooks, Andrea @andreabooks, Yole @el_rincon_dela_yole, y todos los bookstagramers con los que hablo que tanto me aportáis y que siempre sumáis.

Mari Hoyos, Adriana Freixa, Noe Frutos, Rocío, Mada, Edurne Salgado, Eva Suarez, Bronte Rochester, Piedi Lectora, Elysbooks, Maca (@macaoremor), Saray (@everlasting_reader), Vero (@vdevero), Akara Wind, Helen Rytkönen, @Merypoppins750, Lionela23, lisette, Marta (@martamadizz), Montse Muñoz, Olivia Pantoja, Rafi Lechuga, Teresa (@tetebooks), Yolanda Pedraza, Ana Gil (@somoslibros), Merce1890, Beatriz Ballesteros. Silvia Mateos, Arancha Eseverri, Paulina Morant, Mireia Roldán, Garbiñe Valera, Silvia Mateos, Ana Planas, Celeste Rubio, Tamara Caballero, Toñi, Tamara., María Jesús Lendínez.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los indies tengamos un lugar donde spamear. Muchas gracias.

A todos aquellos lectores que siempre dejáis vuestro nombre bajo el post de Facebook o Instagram:

@letrasteychocolate,Volvoreta Tximeleta, noee_albatros, @gema_morenas, Cat Rod, @_my.reading.diary_, Elizabeth Caravaca, Laura Bcn, @dary_r_h dary_r_h, proyectandocamino, @Elenasinh_books, Ángela del Río Rodriguez, kristina.kar, Jennifer @paseandoentrelibros, @eva_y_suslocuras, @asc_ortega, @mundociruelita, nosoysergi.books, Juani Rodríguez Pelayo, @lecturas_mily, nina_reus, kade_leonese, lourdes.andresgarcia, inmabl, @vanu_sa_ms, Vane Ayora Bonavila y Tamy Cano Vélez, Mirna, Judith @ju_neverstopdreaming, @magema_78, @Mirnita_Coni, Irene Moya-Angeler, Mpm76,Virhur, Salomé, Magema_78, Cristina Garcia Felix, Mis_Lekturas, Carmen Brandariz, Lilyfreitasm, Elisabet Caballol, @Llegirpersomiar, @Jessie.Eel, Wicanna9, Ana Moreno Jiménez, @Ganadorademipropiavida, Mayka Ventura Perez, Marimarmartintarin, Mar

Mt, María, Arantxa Vilches, @Eclairmontserrat, Carolina Fernández San José, Viki Hernández, Lupita.Rios.127, Ana Yanci Diaz, @Cris_Lectora_21, Luzanayansivaldes, Mesumerjoentrelibros, Maryambergirl, Alejandra Pino, Laslecturasdelanore, Carolina Venegoni, Hollie Deschanel, Vanesa Barbero, Ana Flores Garin, Sonia Barrionuevo, Patry, Ana Juan, Kira Montero @Kira.1480, Gema López Uceda, @Lsr212121, Marta /Mined, Sara Ávila E Irene Caracuel, @Vanesafuentesfernandez, @Nataliaaxtscrap. Bookadictisima, @Anams666, Lourdes González, Triowood21, Andrea_Fdzre, Adriana_Roman2, Maria Martín Martis, @Magema_78, Ortegalisbet, Maru Arias, Idoia: Lilith_Lectora.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

Lucía Soto, Zaraida Méndez, Laura (mowobooks), Mónica (elrincondeleyna), eli.p.r, Lucía Moreno, Isabel García, María Marques, Cati Domenech, @booksbyclau, Nieves Nuria, @sara_cazadoradelibros, Maria Amparo Lorente Navarro, Sandra Ruiz, Evelyn Lima, Ana, y cruzando los dedos, Manuela Molina, Inma Bretones, Lory G, @leerconverynia, Meghan Salvador Ibáñez, Mina, Pilisanchezurena, yudith.hernandezdeyepez, Kevin Fuertes, Josep Fibla, María Victoria Lucena Peña, Gloria Cano, Nieves Muñoz, María Rubio, Gemma Pastor, @luciaanddogs, Mireia tintaypluma, Ana Moreno, Desi, Flori, 6lanca, Athene_mc, Tere Lafuente, Marijopove, Ana Paula Sahagun, Toñy Gómez, Isabel Guineton, Jennifer Escarez, Teresini, marianitacolon, Laura @7days7books, Gema Guerrero, Beatriz Maldonado Perona, Lucía Ruiz, Vanesa Rodríguez, Mariana Colón, Sylvia, Cris Bea López, Ana M.M., Beatriz Sánchez, Diana García, Yaizza Jiménez, Edurne Ruiz, Nira (lecturasdenira), Laura071180, Betsabe, Mery (elrinconcitode_mery), belloisamary04, Liletty, Menchu, Fimedinai, Sonia p. Rivero, Isabel Guardia, Cecilia, @irenita19mm, @cris.bealopez, @angela_fp16 Anuska, Valeria, Luz, Alicia Barrios, Mónica Rodrigues, Martina Figueroa, Nurha Samhan, Stephanie Lara, Sandra Rodriguez, Luz Anayansi Muñoz. Reme Moreno, Kathy Pantoja y al Aquelarre de Rose: Jessica Adilene Rodríguez, Beatriz Gómez Prieto, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López. Eva Duarte, Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López, Ainy Alonso, Ana Torres, Alejandra Vargas Reyes, Beatriz Sánchez, Alexandra Rueda, Almudena Valera, Cristina Tapia, May Fg, Andrea Bernardino Muñoz, Flori Gil, Lucia Pastor, Ana María Pereira Glez, Amelia Sánchez, Amelia Segura, Ana Cecilia Gutierrez, stylo barrio, Elena Perez, Ana de la Cruz, Ana Farfan Tejero, Kayla Rasquera Ruiz, Dolors ArtauAna FL y su página Palabra de pantera, Ana García, Ana Gracía Jiménez, Ana Guerra, Ana Laura Villalba, Ana María Manzanera, Ana Maria Padilla, Ana Moraño, Ana Planas, Ana Vanesa María, Anabel Raya, Ángela Martínez, Ale Osuna, Alicia Barrios, Amparo Godoy, Amparo Pastor, Ana Cecilia, Ana Cecy, Ana de la Cruz Peña, Ana Maria Aranda, Ana María Botezatu, Ana Maria Catalán, Ana María Manzanera, Ana Plana, Anabel Jiménez, Andy García, Ángela Ruminot, Angustias Martin, Arancha Álvarez, Arancha Chaparro, Arancha Eseverri, Ascensión Sánchez, Ángeles Merino Olías, Daniela Mariana Lungu, Angustias Martin, Asun Ganga, Aurora Reglero, Beatriz Carceller, Beatriz Maldonado, Beatriz Ortiz, Beatriz Sierra Ponce, Bertha Alicia Fonseca, Beatriz Sierra, Begoña Llorens, Berenice Sánchez, Bethany Rose, Brenda González, Carmen Framil, Carmen Lorente, Carmen Rojas, Carmen Sánchez, Carola Rivera, Catherine Johanna Uscátegui, Cielo Blanco, Clara Hernández, Claudia Sánchez, Cristina Martin, Crusi Sánchez Méndez, Chari Guerrero, Charo Valero, Carmen Alemany, Carmen Framil, Carmen Pérez, Carmen Pintos, Carmen Sánchez, Catherinne Johana Uscátegui, Claudia Cecilia Pedraza, Claudia Meza, Consuelo Ortiz, Crazy Raider, Cristi PB, Cristina Diez, Chari Horno, Chari Horno Hens, Chari Llamas, Chon Tornero, D. Marulanda, Daniela Ibarra, Daniela Mariana Lungu Moagher, Daikis Ramírez, Dayana Lupu, Deborah Reyes, Delia Arzola, Elena Escobar, Eli Lidiniz, Elisenda Fuentes, Emirsha Waleska Santillana, Erika Villegas, Estefanía Soto, Elena Belmonte, Eli Mendoza, Elisabeth Rodríguez, Eluanny García, Emi Herrera, Enri Verdú, Estefanía Cr, Estela Rojas, Esther Barreiro, Esther García, Eva Acosta, Eva Lozano, Eva Montoya, Eva Suarez Sillero, Fati Reimundez, Fina Vidal, Flor Salazar, Fabiola Melissa, Flor Buen Aroma, Flor Salazar, Fontcalda Alcoverro, Gabriela Andrea Solis, Gemma Maria Párraga, Gael Obrayan, Garbiñe Valera, Gema María Parraga , Gemma Arco, Giséle Gillanes, Gloria Garvizo, Herenia Lorente Valverde, Inma Ferreres, Inma Valmaña, Irene Bueno, Irene Ga Go, Isabel Lee, Isabel Martin Urrea, Itziar Martínez , Inés Costas, Isabel Lee, Itziar Martínez López, Jenny López, Juana Sánchez Martínez, Jarroa Torres, Josefina Mayol Salas, Juana Sánchez, Juana Sánchez Martínez, Juani Egea, Juani Martínez Moreno, Karito López, Karla CA, Karen Ardila, Kris Martin, Karmen Campello, Kika DZ, Laura Ortiz Ramos, Linda Méndez, Lola Aranzueque, Lola Bach, Lola Luque, Lorena de la Fuente, Lourdes Gómez, Luce Wd Teller, Luci Carrillo, Lucre Espinoza, Lupe Berzosa, Luz Marina Miguel, Las Cukis, Lau Ureña, Laura Albarracin, Laura Mendoza, Leyre Picaza, Lidia Tort, Liliana Freitas, Lola Guerra, Lola Gurrea, Lola Muñoz, Lorena Losón, Lorena Velasco, Magda Santaella, Maggie Chávez, Mai Del Valle, Maite Sánchez, Mar Pérez,

Mari Angeles Montes, María Ángeles Muñoz, María Dolores Garcia, M Constancia Hinojosa, Maite Bernabé, Maite Sánchez, Maite Sánchez Moreno, Manuela Guimerá Pastor, Mar A B Marcela Martínez, Mari Ángeles Montes, Mari Carmen Agüera, Mari Carmen Lozano, María Camús, María Carmen Reyes, María Cristina Conde Gómez, María Cruz Muñoz, María del Mar Cortina, María Elena Justo Murillo, María Fátima González, María García , María Giraldo , María González , María González Obregón, Maria José Estreder , María José Felix Solis , Maria José Gómez Oliva , María Victoria Alcobendas , Mariló Bermúdez , Marilo Jurad, Marimar Pintor, Marisol Calva , Marisol Zaragoza, Marta Cb, Marta Hernández, Martha Cecilia Mazuera, Maru Rasia, Mary Andrés, Mary Paz Garrido, Mary Pérez, Mary Rossenia Arguello Flete, Mary RZ, Massiel Caraballo, May Del Valle, Mencía Yano, Mercedes Angulo, Mercedes Castilla, Mercedes Liébana, Milagros Rodríguez, Mireia Loarte Roldán, Miryam Hurtado, Mº Carmen Fernández Muñiz, Mónica Fernández de Cañete , Montse Carballar, Mónica Martínez, Montse Elsel, Montserrat Palomares, Myrna de Jesús, María Eugenia Nuñez, María Jesús Palma, María Lujan Machado, María Pérez, María Valencia, Mariangela Padrón, Maribel Diaz, Maribel Martínez Alcázar, Marilu Mateos, Marisol Barbosa, Marta Gómez, Mercedes Toledo, Moni Pérez, Monika González, Monika Tort, Nadine Arzola, Nieves López, Noelia Frutos, Noelia Gonzalez, Núria Quintanilla, Nuria Relaño, Nat Gm, Nayfel Quesada, Nelly, Nicole Briones, Nines Rodríguez, Ñequis Carmen García, Oihane Mas, Opic Feliz, Oana Simona, Pamela Zurita, Paola Muñoz, Paqui Gómez Cárdenas, Paqui López Nuñez, Paulina Morant, Pepi Delgado, Peta Zetas, Pilar Boria, Pilar Sanabria, Pili Doria, Paqui Gómez, Paqui Torres, Prados Blazquez, Rachel Bere, Raquel Morante, Rebeca Aymerich, Rebeca Gutiérrez, Rocío Martínez, Rosa Freites, Ruth Godos, Rebeca Catalá, Rocío Ortiz, Rocío Pérez Rojo , Rocío Pzms, Rosa Arias Nuñez , Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Rouse Mary Eslo, Roxana-Andreea Stegeran, Salud Lpz, Sandra Arévalo, Sara Lozano, Sara Sánchez, Sara Sánchez Irala, Sonia Gallardo, Sylvia Ocaña, Sabrina Edo, Sandra Solano, Sara Sánchez, Sheila Majlin, Sheila Palomo, Shirley Solano, Silvia Loureiro, Silvia Gallardo, Sonia Cullen, Sonia Huanca, Sonia Rodríguez, Sony González, Susan Marilyn Pérez, Tamara Rivera, Toñi Gonce , Tania Castro Allo, Tania Iglesias, Toñi Jiménez Ruiz, Verónica Cuadrado, Valle Torres Julia, Vanesa Campos, Vanessa Barbeito, Vanessa Díaz , Vilma Damgelo, Virginia Lara, Virginia Medina, Wilkeylis Ruiz, Yojanni Doroteo, Yvonne Mendoza, Yassnalí Peña, Yiny Charry, Yohana Tellez, Yolanda Sempere, Yvonne Pérez, Montse Suarez, Chary Horno, Daikis Ramirez, Victoria Amez, Noe Saez, Sandra Arizmendi, Ana Vanesa Martin, Rosa Cortes, Krystyna Lopez, Nelia Avila Castaño, Amalia Sanchez, Klert Guasch Negrín, Elena Lomeli, Ana Vendrell, Alejandra Lara Rico, Liliana Marisa Scapino, Sonia Mateos, Nadia Arano, Setefilla Benitez Rodriguez, Monica Herrera Godoy, Toñi Aguilar Luna, Raquel Espelt Heras, Flor Guillen, Luz Gil Villa, Maite Bernabé Pérez, Mari Segura Coca, Raquel Martínez Ruiz, Maribel Castillo Murcia, Carmen Nuñez Córdoba, Sonia Ramirez Cortes, Antonia Salcedo, Ester Trigo Ruiz, Yoli Gil, Fernanda Vergara Perez, Inma Villares, Narad Asenav, Alicia Olmedo Rodrigo, Elisabet Masip Barba, Yolanda Quiles Ceada, Mercedes Fernandez, Ester Prieto Navarro, María Ángeles Caballero Medina, Vicky Gomez De Garcia, Vanessa Zalazar, Kuki Pontis Sarmiento, Lola Cayuela Lloret, Merche Silla Villena, Belén Romero Fuentes, Sandrita Martinez M, Britos Angy Beltrán, Noelia Mellado Zapata, Cristina Colomar, Elena Escobar Llorente, Nadine Arzola Almenara, Elizah Encarnacion, Jésica Milla Roldán, Ana Maria Manzanera, Brenda Cota, Mariló Bermúdez González, María Cruz Muñoz Pablo, Lidia Rodriguez Almazan, Maria Cristina Conde Gomez, Meztli Josz Alcántara, Maria Garabaya Budis, Maria Cristina Conde Gomez , Osiris Rodriguez Sañudo , Brenda Espinola, Vanessa Alvarez, Sandra Solano, Gilbierca María, Chanty Garay Soto, Vane Vega, María Moreno Bautista, Moraima selene valero López, Dalya Mendaña Benavides, Mercedes Pastrana, Johanna Opic Feliz, María Santos Enrique, Candela Carmona, Ana Moraño Dieguez, Marita Salom, Lidia Abrante, Aradia Maria Curbelo Vega, Gabriela Arroyo, Berenice Sanchez, Emirsha Waleska Santillana, Luz Marina Miguel Martin, Montse Suarez, Ana Cecy, Maria Isabel Hernandez Gutierrez, Sandra Gómez Vanessa Lopez Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Alejandra Lara Rico, Sakya Lisseth Mendes Abarca , Sandra Arizmendi Salas , Yolanda Mascarell, Lidia Madueño, Rut Débora PJ, Giséle Gillanes , Malu Fernandez , Veronica Ramon Romero, Shirley Solano Padilla , Oscary Lissette, Maria Luisa Gómez Yepes, Silvia Tapari , Jess GR , Carmen Marin Varela, Rouse Mary Eslo, Cruella De Vill, Virginia Fernandez Gomez, Paola Videla, Loles Saura, Bioledy Galeano, Brenda Espinola,Carmen Cimas Benitez, Vanessa Lopez Sarmiento, Monica Hernando, Sonia Sanchez Garcia, Judith Gutierrez, Oliva Garcia Rojo, Mery Martín Pérez, Pili Ramos, Babi PM, Daniela Ibarra, Cristina Garcia Fernandez, Maribel Macia Lazaro, Meztli Josz Alcántara, Maria Cristina Conde Gomez, Bea Franco, Ernesto Manuel Ferrandiz Mantecón. Brenda Cota, Mary Izan, Andrea Books Butterfly, Luciene Borges, Mar Llamas, Valenda_entreplumas, Joselin Caro Oregon, Raisy Gamboa, Anita Valle, M.Eugenia, Lectoraenverso_26, Mari Segura Coca, Rosa Serrano, almu040670.-almusaez, Tereferbal, Adriana Stip, Mireia Alin, Rosana Sanz, turka120, Yoly y Tere, LauFreytes, Piedi Fernández, Ana Abellán, ElenaCM, Eva

María DS, Marianela Rojas, Verónica N.CH, Mario Suarez, Lorena Carrasco G, Sandra Lucía Gómez, Mariam Ruiz Anton, Vanessa López Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Maria Jose Gomez Oliva, Pepi Ramirez Martinez, Mari Cruz Sanchez Esteban, Silvia Brils, Ascension Sanchez Pelegrin, Flor Salazar, Yani Navarta Miranda, Rosa Cortes, M Carmen Romero Rubio, Gema Maria Párraga de las Morenas, Vicen Parraga De Las Morenas, Mary Carmen Carrasco, Annie Pagan Santos, Dayami Damidavidestef, Raquel García Diaz, Lucia Paun, Mari Mari, Yolanda Benitez Infante, Elena Belmonte Martinez, Marta Carvalho, Mara Marin, Maria Santana, Inma Diaz León, Marysol Baldovino Valdez, Fátima Lores, Fina Vidal Garcia, Moonnew78, Angustias Martín, Denise Rodríguez, Verónica Ramón, Taty Nufu, Yolanda Romero, Virginia Fernández, Aradia Maria Curbelo, Verónica Muñoz, Encarna Prieto, Monika Tort, Nanda Caballero, Klert Guash, Fontcalda Alcoverro, Ana MªLaso, Cari Mila, Carmen Estraigas, Sandra Román, Carmen Molina, Ely del Carmen, Laura García, Isabel Bautista, MªAngeles Blazquez Gil, Yolanda Fernández, Saray Carbonell, MªCarmen Peinado, Juani López, Yen Cordoba, Emelymar N Rivas, Daniela Ibarra, Felisa Ballestero, Beatriz Gómez, Fernanda Vergara, Dolors Artau, María Palazón, Elena Fuentes, Esther Salvador, Bárbara Martín, Rocío LG, Sonia Ramos, Patrícia Benítez, Miriam Adanero, MªTeresa Mata, Eva Corpadi, Raquel Ocampos, Ana Mª Padilla, Carmen Sánchez, Sonia Sánchez, Maribel Macía, Annie Pagan, Miriam Villalobos, Josy Sola, Azu Ruiz, Toño Fuertes, Marisol Barbosa, Fernanda Mercado, Pili Ramos, MªCarmen Lozano, Melani Estefan Benancio, Liliana Marisa Scarpino, Laura Mendoza, Yasmina Sierra, Fabiola Martínez, Mª José Corti Acosta, Verónica Guzman, Dary Urrea, Jarimsay López, Kiria Bonaga, Mónica Sánchez, Teresa González, Vanesa Aznar, MªCarmen Romero, Tania Lillo, Anne Redheart, Soraya Escobedo, Laluna Nada, Mª Ángeles Garcia, Paqui Gómez, Rita Vila, Mercedes Fernández, Carmen Cimas, Rosario Esther Torcuato, Mariangeles Ferrandiz, Ana Martín, Encarni Pascual, Natalia Artero, María Camús, Geral Sora, Oihane Sanz, Olga Capitán, MªJosé Aquino, Sonia Arcas, Opic Feliz, Sonia Caballero, Montse Caballero, María Vidal, Tatiana Rodríguez, Vanessa Santana, Abril Flores, Helga Gironés,Cristina Puig, María Pérez, Natalia Zgza, Carolina Pérez, Olga Montoya, Tony Fdez, Raquel Martínez, Rosana Chans, Yazmin Morales, Patri Pg, Llanos Martínez, @amamosleer_uy, @theartofbooks8, Eva Maria Saladrigas, Cristina Domínguez González (@leyendo_entre_historia), @krmenplata, Mireia Soriano (@la_estanteria_de_mire), Estíbaliz Molina, @unlibroesmagia, Vanesa Sariego, Wendy Reales, Ana Belén Heras, Elisabet Cuesta, Laura Serrano, Ana Julia Valle, Nicole Bastrate, Valerie Figueroa, Isabel María Vilches, Nila Nielsen, Olatz Mira, @marta_83_girona, Sonia García, Vanesa Villa, Ana Locura de lectura, 2mislibrosmisbebes, Isabel Santana, @deli_grey.anastacia11, Andrea Pavía, Eva M. Pinto, Nuria Daza, Beatriz Zamora, Carla ML, Cristina P Blanco (@sintiendosuspaginas), @amatxu_kiss, @yenc_2019, Gabriela Patricio, Lola Cayuela, Sheila Prieto, Manoli Jodar, Verónica Torres, Mariadelape @peñadelbros, Yohimely Méndez, Saray de Sabadell, @littleroger2014, @mariosuarez1877, @morenaxula40, Lorena Álvarez, Laura Castro, Madali Sánchez, Ana Piedra, Elena Navarro, Candela Carmona, Sandra Moreno, Victoria Amez, Angustias Martin, Mariló Bermúdez, Maria Luisa Gómez, María Abellán, Maite Sánchez, Mercedes Pastrana, Ines Ruiz, Merche Silla, Lolin García, Rosa Irene Cue, Yen Córdoba, Yolanda Pedraza, Estefanías Cr, Ana Mejido, Beatriz Maldonado, Liliana Marisa Scarpino, Ana Maria Manzanera, Joselin Caro, Yeni Anguiano, María Ayora, Elsa Martínez, Eugenia Da Silva, Susana Gutierrez, Maripaz Garrido, Lupe Berzosa, Ángeles delgado, Cris Fernández Crespo, Marta Olmos, Marisol, Sonia Torres, Jéssica Garrido, @laurabooksblogger, Cristina León, Ana Vendrell, M Pulido, Constans, Yeimi Guzman, Lucía Pastor, Aura Tuy, Elena Bermúdez, Montse Cañellas, Natali Navarro, Cynthia Cerveaux, Marisa Busta, Beatriz Sánchez, Fatima (@lecturas de faty), Cristina Leon, Verónica Calvo, Cristina Molero, @lola.lolita.loliya, Mª Isabel Hernández, May Hernández, @isamvilches, May Siurell, Beatriz Millán, @Rosariocfe65, Dorina Bala, Marta Lanza, Ana Belén Tomás, Ana García, Selma, Luisa Alonso, Mónica Agüero, Pau Cruz, Nayra Bravo, Lore Garnero, Begikat2, Raquel Martínez, Anabel Morales, Amaia Pascual, Mabel Sposito, Pitu Katu, Vanessa Ayuso, Elena Cabrerizo, Antonia Vives, Cinthia Irazaval, Marimar Molinero, Ingrid Fuertes, Yaiza Jimenez, Ángela García, Jenifer G. S, Marina Toiran, Mónica Prats, Alba Carrasco, Denise Bailón (@amorliteral), Elena Martínez, Bárbara Torres, Alexandra álverez, @Silvinadg9, Silvia Montes, Josefina García, Estela Muñoz, Gloria Herreros, @Mnsgomezig, @sassenach_pol, Raquelita @locasdelmundo, Leti Leizagoyen, Soledad Díaz, Frank Jirón, Keilan.Setuto, @annadriel Anna Martin, Ivelise Rodríguez, Olga Tutiven, María del Mar, Yolanda Faura, Inma Oller, Milagros Paricanaza, Belén Pérez, Esther Vidal, Pepi Armario, Suhail Niochet, Roxana Capote, Ines Ruiz, Rocío Lg, Silvia Torres, Sandra Pérez, Concha Arroyo, Irene Bueno, Leticia Rodríguez, Cristina Simón, Alexia Gonzalex, María José Aquino, Elsa Hernandez, Toñi Gayoso, Yasmina Piñar, Patricia Puente, Esther Vidal, Yudys de Avila, Belén Pérez, Melisa Sierra, Cristi Hernando, Maribel Torres, Silvia A Barrientos, Mary Titos, Kairelys Zamora, Miriam C Camacho, Ana Guti, Soledad Camacho, Cristina Campos, Oana Simona, María Isabel Sepúlveda, Beatriz Campos, Mari Loli Criado, Monica Montero, Jovir Yol LoGar

Yeisy Panyaleón, Yarisbey Hodelin, Itxaso Bd, Karla Serrano, Gemma Díaz, Sandra Blanca Rivero, Carolina Quiles, Sandra Rodríguez, Carmen Cimas, Mey Martín, Mayte Domingo, Nieves León, Vane de Cuellar, Reyes Gil, Elena Guzmán, Fernanda Cuadra, Rachel Bere, Vane Ayora, Diosi Sánchez, @tengolibrospendientes, @divina_lectura_paty, María José Claus, Claudia Obregón, Yexi Oropeza, Bea Suarez, @Victorialba67, @lady.books7, valeska m.r., Raquel Attard @missattard, @lola_lectora, Marisol, @lecturasdefaty, Lola Toro, Cati Domenech, Chari García, Lisbeth de Cuba, Vanesha, Cris, Oropeza, Montserrat Castañeda, Alicia Cecilio, Estrella, Susana Ruiz,Rosa González, Noelia, _saray89_, Mercè Munch, Maite Pacheco, Cris E, María del Carmen, Adriana Román, Arantxa_yomisma, inmamp18, @nerea_y_los_libros, Pris, Martita, Gema Gerrero, Gisela,MariVega,CristinaPinos,@josune1981,m.jaresav,caroo_gallardoo,@beccaescribe,@rosemolinar, Tami, @elicaballol, Maruajose, Paloma Osorio, Thris, Lorena Royo, @flor.s.ramirez, Mar Llamas, @starin8, AguedaYohana Téllez, Maria Belén Martínez, @lalylloret, Mayte Ramírez, Camino Combalina, María Isabel Salazar, Teresa Hernández, Mari Titis, Paula Hernández, Valeska Miranda, María Victoria Lucena, Daniela, Cecilia, Karina García, Olga Lucía Devia, Miryam Hurtado, Susy Gómez Chinarro, Amaya Gisela, María Barbosa, Sandra Rodriguez, Montse Domingo y Elia Company, Kristibell73, ros_g.c, majomartinez_43, CamiKaze ��, Mery Martín Pérez y Vanessa Martin Perez, zirim11, Desirée Mora, Isabel San Martín, Paky González, Maggie Chávez, Damasa, Jenny Morató, Camila Montañez, Lodeandru, Sagrario Espada, Jessica Espinoza, Davinia Mengual, Blanca Nuñez, @ crisbetesponce, Orly Puente, Carmen Pacheco, Yovana Yagüe, Genuca15, Lidia GM, Lidia Verano, Judith Olivan, Elenagmailcom, Elena Carranza,Deli, Belloisamary04, Andru, Silvia Barrera, Begoña Fraga, María Isabel Epalza, María Escobosa, @cristinaadan4256, Verónica Vélez, Carolina Cieri, Sandra Salinas, MariCarmen Romero Maroto y Mayte Gallego, Michelle Llanten, Maria Jose Cortia, Miss_carmens, Ángela García, Esmeralda Rubio, Encarni Pascual, Rocítri69, Kenelys Duran, Isabel Guerra

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

INTRODUCCI Ó N



Corey

¡¿Qué narices se pensaba esa mujer para presentarse así en mi trabajo y soltar algo como aquello?!

Apreté las manos sobre el volante de cuero y fijé la mirada entre el tráfico.

El sol se asomaría entre los edificios en breve, mientras yo conducía de camino a la clínica en el barrio de Red Hook, al suroeste de Brooklyn. Mi cabeza seguía dándole vueltas a lo ocurrido hacía apenas unas horas, cuando aquella representante de *La Casa de la Pradera* se había personado en el SKS alegando que era el padre de su futuro hijo.

¡No me jodas!

Una risa sorda, sin humor, envolvió mis cuerdas vocales a la par que mis dedos tamborileaban al ritmo de *Take Me To Church*, de Hozier.

El rosario de perlas rojas que descansaba en el bolsillo de mi pantalón me abrasaba por dentro.

Debería haberlo arrojado a la basura en lugar de guardarlo.

Odiaba a las mentirosas que utilizaban algo tan serio como un bebé para lograr sus objetivos, sobre todo, a las lobas con piel de corderita como esa tal Mary Kate, a mí no me engañaba, esa candorosa inocencia no me haría caer, a mí, no.

Me daba igual que pareciera sacada de una postal de otro siglo, que se presentara con aquellas mejillas como manzanas y los grandes ojos supurando ingenuidad.

Nadie en su sano juicio se presentaría en el SKS para vomitar que estaba embarazada de mí. ¡De mí! ¡Ja! ¡Yo que jamás follaba sin condón!

Confieso que no la reconocí de inmediato. Solo la había visto una sola noche.

Había ido a aquel recóndito pueblo de Missouri, conocido como Saint Valentine Falls, porque mi amiga Tara me dijo que me necesitaba. Era una gran fisioterapeuta que colaboró con la clínica mientras estuvo en Nueva York, antes de que se largara con uno de sus mejores amigos para curarle una lesión y decidiera liarse con un tipo del pueblo que tenía un restaurante.

Tara no era carne de pueblo, ni de relación estable, aun así, se instaló, montó una consulta allí y sufrió una crisis porque se había dado cuenta de que aquella vida no iba con ella.

Estaba tan mal que decidí pasar unos días allí, incluso conocí al tipo por el que lo dejó todo, y en mitad de aquel huracán emocional, me vi embaucado para participar en la despedida de soltera de la *sheriff*. Cualquiera se negaba.

Debí declinar la petición, si lo hubiera hecho, no habría terminado enterrado entre los suaves muslos de la vendedora de Biblias.

Lo confieso, sí, me la tiré, tuve algunos *flashes* después de que se fue del club, pero el más importante, el que verdaderamente me incumbía, fue que me puse condón antes de penetrarla.

Odiaba a las mujeres que se inventaban esas cosas, sobre todo, si eran tan importantes como aquella.

Tessa nos destrozó a todos blandiendo esa misma arma y no iba a dejar que la pastorcilla hiciera lo mismo conmigo.

Llegué a la clínica más pronto de lo que esperaba, pisé el freno de mi BMW M4 negro y lo aparqué en la plaza que tenía alquilada en el aparcamiento contiguo al edificio.

A pesar de que ese día libraba, necesitaba hacer algo para sacarme el cabreo de encima y olvidarme de lo ocurrido. Si me iba a casa, me liaría a dar vueltas en la cama, así que mejor sacarle provecho a mi insomnio.

Marcus Grant caminaba de manera enérgica dando órdenes a los voluntarios que trabajaban allí. Era mi amigo y compañero de fatigas, él y yo fundamos esa clínica con las donaciones que conseguíamos rascar y las pocas cosas que lográbamos mendigar cuando los hospitales de renombre decidían jubilar su maquinaria.

Ninguno de los que estábamos allí veíamos un centavo a fin de mes. Era un lugar pequeño, más bien parecía una edificación a punto de caerse en lugar de una clínica, pero hacíamos auténticos milagros con los pocos recursos que teníamos.

Era la única manera de garantizar atención sanitaria a aquellos que no podían permitirse un seguro.

Olía a una mezcla de desinfectante barato y medicamentos, con un fondo tenue de humedad debido a la antigüedad del inmueble. En ocasiones, el aroma a café que el personal empleaba para mantenerse despierto se colaba en los pasillos.

Cogí la bata blanca y la puse sobre mi ropa.

—Corey, ¿qué haces aquí? Hoy librabas, ¿no? —me preguntó Marcus sorprendido.

—¿Te quejas de que haga horas extras? —respondí, alzando las cejas.

—¿Bromeas? Aquí siempre necesitamos manos, sobre todo, si son tan buenas como las tuyas, dios del Trueno.

Él esbozó su mejor sonrisa mientras me miraba curioso.

Era raro que se nos escapara cuando el otro tenía algo en la cabeza, poco importaba que no tuviera ganas de hablar de ello.

Marcus y yo nos conocimos en una de esas galas benéficas en las que te codeas con doctores que no aceptan menos de un Rolex como regalo por una buena operación.

Ni él ni yo encajábamos demasiado, así que nos afincamos en la barra y nos sonreímos con un *bourbon* en la mano. Yo con mi pelo demasiado largo para algunos y mi altura de casi dos metros, y él con el pelo rapado, tan ancho como un armario, formábamos una extraña pareja.

Era cirujano general militar y su padre era accionista de uno de los hospitales más prestigiosos de Nueva York.

Creo que congeniamos en eso, ninguno de los dos seguía el camino que su progenitor quería, pese a tener los estudios adecuados, lo cual nos conectó.

Mientras caminábamos por los pasillos angostos y mal iluminados de la clínica, dirigió su mirada hacia mí.

—¿Quieres que hablemos de por qué traes esa cara?

—Paso palabra.

Marcus era de los que no insistían.

—Como quieras —suspiró—. ¿Recuerdas a la chica del traumatismo craneal?
Era uno de los casos más complicados que teníamos entre manos.

—¿Cómo voy a olvidarme de una mujer recién parida que encuentran en mitad de la carretera, con el camisón destrozado y sin rastro de su bebé?

—Pues parece que la inflamación está remitiendo y el coágulo en el cerebro se está reabsorbiendo.

Eran buenas noticias. Aquella chica sin identidad era como un fantasma llegado de la nada.

La encontró uno de nuestros patrulleros, voluntarios que iban en busca de gente con necesidad de atención médica y sin recursos. La chica no parecía ser carne de seguro médico.

—¿Hablaste con la poli? —pregunté.

—Nadie parece estar buscándola —chasqueó la lengua—. Podría ser una inmigrante sin papeles.

—O un caso de trata de personas —apunté.

—No sería extraño…

Seguimos hasta alcanzar la pequeña habitación. Los equipos médicos eran antiguos y la pintura de las paredes se descascarillaba por segundos. El sonido del monitor cardíaco llenaba la sala en un constante pitido monótono.

—Voy a seguir con la ronda, ¿nos vemos en la cafetera?

—Nunca faltaría a una cita contigo y un buen café colombiano.

Marcus se retiró ofreciéndome un guiño y yo entré para acercarme a la cama y contemplar el rostro magullado. Se apreciaban unos rasgos faciales armónicos bajo los morados y los rasguños. Tendría unos veinte o veintidós, a lo sumo, de curvas suaves y labios rosados.

—¿Quién eres? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Y tu bebé?

No tenía ningún ánimo de obtener las respuestas que buscaba. La miré en silencio queriendo desentramar el misterio que la envolvía.

Un sonido de revuelo me sacó de mis pensamientos, alguien gritó pidiendo un médico. Era extraño que la clínica estuviera tranquila en algún momento, pero esa urgencia…

Salí de la habitación con el corazón acelerado y la vi. ¿Qué diablos hacía ella ahí?

CAP Í TULO 1



Corey

No esperaba encontrarme con Janelle en la puerta de la clínica, y mucho menos cubierta de sangre.

Esa noche se había quedado a cuadrar caja con Jordan, nuestro *boss*, pese a que insistí en que me quedaba yo.

—*¿No te fías de mí?*

—*¡Claro que me fío!*

—*Pues, entonces, ¡lárgate a dar con tu martillo a otra parte, Thor!*

¡Mierda! ¡Marlon iba a cortarme las pelotas! ¡Mira que le dije que me quedaba yo!

Últimamente, los ánimos estaban bastante crispados en la ciudad, algunos sintecho que tenían problemas mentales, se habían vuelto extremadamente violentos, por no hablar de las bandas que solían tener trifulcas entre ellos y alguien ajeno, que pagaba las consecuencias al pasar por el lugar en el momento equivocado.

Corrí hacia ella.

—¡¿Estás bien?! ¡¿Dónde te duele?! ¿Qué haces aquí? —pregunté, formulando una batería de interrogantes a la vez que la palpaba sin resuello—. ¿Tenemos algún *box* libre? ¡Es la última vez que te quedas a cerrar! ¡¿Me oyes?!

—¡Para de toquetearme! —Me apartó con suavidad—. ¡No soy yo la que está mal! ¡Ni siquiera sabía que currabas aquí!

—¡Estás cubierta de sangre!

Como si ella no lo supiera ya.

—¡No es mía!

—¿Qué? —pregunté confundido ante la mirada de la pelirroja.

Janelle y Jordan eran los únicos que sabían algo de mi alter ego más allá de Lujuria.

Una noche le confesé a la hermana de Marlon que había estudiado Medicina y era cirujano, aunque ni siquiera le dije que ejercía, mi especialidad o el lugar donde lo hacía, por lo que era raro que hubiera dado conmigo.

Tampoco es que me fiara de las pesquisas de aquella pelirroja con aspecto de duende, si había logrado ser el primer pecado capital mujer del SKS, era capaz de cualquier cosa.

—He traído a alguien. Bueno, yo y el tío del 24h.

—¿A quién? ¿Jordan? —Él tenía seguro, no me cuadraba.

—¡No! —Se mordió el labio—. Creo que no te va a gustar, pero en mi defensa diré que no tenía ni idea de que currabas aquí, y que era el sitio que me pillaba más cerca.

—¿Más cerca de dónde? —Ella soltó un suspiro.

—Me he mudado hace una semana, aquí al lado, a un par de manzanas. Kiara y mi hermano necesitaban su propio espacio y…, ya sabes…, que aunque para mí tres no son multitud, depende para qué, les facilité las cosas. Me he pillado un estudio.

—¿Cómo no me has dicho nada? Te habría ayudado con la mudanza.

—Casi todo lo que había mío en casa de mi hermano era ropa, la máquina de coser la tengo en el club, así que…

Antes de que pudiera decir nada más, Marcus apareció a mi lado, con esa energía constante que siempre traía consigo.

—Corey, te necesito.

Miré a Janelle una vez más, tratando de entender qué estaba pasando. Ella bajó la mirada, casi avergonzada.

—Lo siento —me dijo de nuevo.

¿Qué sentía?

Mi mente aún procesaba la escena cuando me vi arrastrado por mi amigo y vi de quién se trataba.

Mary Kate, la chica que apareció en mi lugar de trabajo asegurando que estaba embarazada de mí, estaba tumbada en una camilla, su ropa cubierta de sangre, su rostro deformado, pero el atuendo, las trenzas y aquellas curvas eran inconfundibles.

Un golpe sordo de incredulidad me sacudió por dentro. Los demonios que había intentado mantener enterrados empezaron a asomar sus cabezas. El miedo, la rabia, el odio que había arrastrado por años.

Tessa…

—No —murmuré, tomando a Marcus del brazo—. No podemos atenderla.

Él me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿De qué hablas? —me soltó con incredulidad—. Tiene un corte en la cabeza, está inconsciente. Hay que ayudarla.

—No, no podemos.

—Hoy estás la hostia de raro.

El rostro de Marcus cambió. Ya no era incredulidad, sino pura frustración.

—¿Qué cojones te pasa?

Antes de que pudiera responder, vi cómo el equipo se acercaba, preparándose para actuar. Marcus empezaba a dar indicaciones, pidiendo que le hicieran una radiografía para evaluar si había algo roto. Fue entonces cuando solté las palabras sin pensarlo.

—Está embarazada.

Marcus me miró de reojo, detenidamente.

—¿La conoces?

Me encogí de hombros, intentando no revelar demasiado, pero sabía que no podía esconder lo que ya estaba expuesto.

—Más o menos —contesté con desgana.

Mi amigo resopló y volvió a enfocarse en la situación. Dando más instrucciones, pidió que hicieran una resonancia en lugar de una radiografía para evaluar los posibles daños internos o si había fracturas.

Las enfermeras comenzaron a moverse a su alrededor, actuando con la precisión que requería el momento. La tensión en el aire era palpable. Sentía mis manos temblar mientras intentaba mantenerme al margen, pero no podía. No cuando sabía lo que se estaba jugando ahí.

—Asegúrate de que el bebé está bien, Corey —me dijo Marcus, acercándose de nuevo—. Hazle una eco y no te niegues a intervenir. Tu juramento hipocrático no entiende de lo que te haya pasado o dejado de pasar con esta mujer, ahora mismo es secundario. Eres médico, ¿estamos?

Asentí, sabiendo que no tenía opción. Eso ya no se trataba de mí, sino de la vida de esa chica y la que llevaba dentro.

Preparé el equipo mientras las enfermeras la colocaban en posición y una sanitaria atendía el corte de la cabeza junto con Marcus.

Mary Kate seguía inconsciente, su respiración era suave pero constante, tenía pulso que, en ese momento, era lo que importaba.

En cuanto tuvieron la sutura hecha, desabroché su camisa y le quité la falda. Su cuerpo de carne blanca quedó expuesto, bajo un sencillo conjunto de ropa interior de algodón.

Le bajé las bragas recordando el tacto de aquel tejido en mis dedos, era otro momento muy distinto que nada tenía que ver con el de entonces.

Mi corazón dio un golpe sordo. Erradiqué la imagen de mi mente, al igual que el sonido de sus jadeos, depositándole el gel frío sobre la tripa para pasarle el ecógrafo. Tenía un feo hematoma a la altura de las costillas.

¿Quién le habría hecho eso?

Quizá fue a por otro incauto al que quiso endosarle la criatura y no se lo tomó tan bien como yo, si es que ese bebé existía.

Pasé el aparato por su vientre, buscando los indicios de un embarazo, su latido. Observé la pantalla a cada movimiento de mi mano. No encontraba nada hasta que…

Ahí estaba. Di con él.

Al principio, solo era silencio, un vacío que me hacía temer lo peor. Pero, entonces, el latido fuerte, rítmico y constante anunció que por lo menos en eso decía la verdad.

—El feto está bien —anuncié, casi para mí mismo, aunque todos alrededor ya estaban demasiado concentrados en sus propias tareas.

Marcus dejó escapar un suspiro de alivio, pero su expresión se mantuvo seria.

—Tiene una conmoción fuerte —dijo—. Va a necesitar reposo. Le pondremos unos puntos, pero deberá descansar un mínimo de tres o cuatro semanas, sin contar lo que puedan revelarnos las otras pruebas. ¿De cuánto está?

—Por el tamaño y el desarrollo, diría que de doce semanas —murmuré, apretando los dientes.

Que las fechas coincidieran no significaba nada.

«Usaste condón, no es tuyo», dijo mi vocecilla interior.

Me aparté de ellos y dejé que trabajasen, se la llevaron para realizarle la resonancia mientras yo me dirigía hacia Janelle.

—¿Cómo está?

—Viva y sigue embarazada. No parece haber riesgo de que lo pierda, por lo menos, no por la paliza.

Ella suspiró aliviada.

—¿Me cuentas lo que ha pasado frente a una taza de tila?

Mi amiga estaba temblando.

—¿No tenéis algo más fuerte? ¿*Whisky* irlandés?

—Lo siento, Pequeño Duende, aquí el único alcohol que hay es de noventa, no podemos permitirnos que alguien se confunda de diagnóstico por ir borracho.

—Tiene sentido.

Emití una sonrisa y llevé a Janelle a la sala de personal.

Tras preparar su infusión y servirme un café, ocupé la silla que quedaba a su lado.

—¿Y bien? —insistí.

—Pues aparqué la moto delante del 24h, porque tenía hambre y todavía no me ha dado tiempo a llenar la nevera. Pensé en pillar un par de cosas e ir al súper mañana, y entonces escuché un ruido. Me asomé al callejón y vi a un par de tipos propinándole patadas a algo. Al principio creí que se trataba de un indigente, o un perro, se oían ruiditos lastimeros… No podía consentir que estuvieran haciendo daño a quien fuera y no actuar.

—¡Cómo no! Es mucho más seguro intervenir que llamar a la poli. ¿Quién crees que eres, de *La Liga de la Justicia*? —Ella hizo rodar los ojos.

—Criarse en una familia como la mía te da ciertas ventajas, aunque no sea Wonder Woman, esos cabrones eran unos cagados. —En eso le daba la razón, ¿qué mal nacido golpeaba a una mujer con aspecto de vendedora de Biblias?—. En cuanto les di el alto, salieron huyendo por el otro lado del callejón. Creo que solo querían robarle y ella se resistió, no encontré nada de dinero o documentación. Si en lugar de mí se hubieran topado con mi padre, Marlon o cualquiera de sus hombres, no habrían vivido para contarlo, eso te lo aseguro.

»Yo estaba más preocupada porque la chica siguiera con vida, si no, también los habría perseguido.

—Eres una temeraria.

—Soy una Vitale —zanjó.

—Se la han llevado para hacerle más pruebas, en nada nos dirán cómo está.

—Gracias, Corey.

—No tienes que dármelas, has hecho bien en traerla para que la atiendan, dadas las circunstancias.

—Y tú has hecho bien ocupándote de ella, pese a las circunstancias.

Remarcó la última palabra que yo mismo había empleado.

—Puedes quedarte aquí hasta que tengamos los resultados. —Hice tamborilear mis dedos encima de la mesa. Sabía que no se iría hasta asegurarse de que Mary Kate estuviera a salvo—. Así te quedas más tranquila, por cierto, ahí hay un baño en el que puedes limpiarte la sangre y te recomiendo que llenes tu nevera, o que pases hambre, antes que parar a ciertas horas en este barrio.

—Lo tendré en cuenta.

Me puse en pie apurando mi taza de café.

La conocía lo suficiente como para saber que su corazón enorme le impediría ir a su casa. Besé su coronilla y regresé al trabajo.

CAP Í TULO 2



Mary Kate

«Duele», fue lo primero que pensé y sentí al despertar.

Quise abrir los ojos, pero uno no respondía. El mundo a mi alrededor se sentía borroso y distante, como si estuviera observando mi vida a través de una ventana empañada. Al principio, no entendí dónde estaba. Las luces fluorescentes del techo parecían demasiado brillantes y el aire olía a algo irreconocible, una mezcla de productos químicos y desinfectante.

Intenté moverme, pero un dolor agudo en el costado me atravesó como un rayo, arrancándome un gemido involuntario.

Miré a mi alrededor, desconcertada. Las paredes eran de un blanco que había amarilleado con el tiempo, y los sonidos de máquinas pitando se mezclaban con un murmullo lejano de voces. No era mi cama, no era mi cuarto, no era mi mundo. Me había despertado en un lugar extraño, y el miedo empezó a abrirse paso en mi pecho.

¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Miré hacia abajo. ¿Y mi ropa?

Llevaba puesta una especie de bata muy fina y mi cuerpo yacía cubierto por una sábana blanca.

Mi respiración se aceleró. Me faltaba el aire.

Intenté recordar, pero los pensamientos me llegaban desordenados, fragmentados. Me dolía la cabeza, como si alguien me hubiera golpeado con fuerza. Cerré los ojos y los volví a abrir, enfocando de nuevo mi entorno.

Nada, no recordaba cómo había llegado hasta ahí, ni por qué estaba en una cama desconocida.

Intenté mover la mano para llevarla al vientre, un instinto que surgía de lo más profundo de mí. ¿Estaría bien el bebé?

De pronto, las imágenes comenzaron a agolparse en mi mente, como piezas de un rompecabezas que empezaban a encajar.

Tras la negativa del padre a hablar conmigo, me vi obligada a abandonar el club en el que trabajaba.

Me sentía sola, asustada, perdida, nada se asemejaba a Nuevo Amanecer, ni a lo que conocía.

No tenía un lugar al que volver, ni siquiera al que ir.

¿Cómo se me había ocurrido hacerle caso a Beth?

Después de que mi mundo se desmoronara, de que mis padres me repudiaran, de convertirme en una paria de la comunidad, por estar embarazada de alguien que no era mi prometido, me vi expulsada, sin saber qué hacer o dónde acudir.

Mi mejor amiga me dio algo de dinero a escondidas, y me sugirió que fuera en busca del padre del hijo que esperaba, que era mi única opción, seguro que me recogía al comprender lo que anidaba en mi vientre.

Todo había salido mal, desde el principio, desde que era una niña demasiado curiosa para mi bien, para ser una amaneciense.

Ni siquiera sé cómo fui capaz de coger aquel autobús sola, con las pocas pertenencias que tenía en una bolsa, y llegar al aeropuerto.

Yo, que apenas había salido de Nuevo Amanecer, solo para bajar al pueblo a vender el queso y la mantequilla que producía mi familia.

Al pensar en ellos, un dolor sordo se instaló en mi pecho.

Mis padres ya no me querían, ya no me consideraban su hija, había metido la pata hasta el fondo y esa vez las consecuencias eran funestas.

Solo tenía un nombre, el mote por el cual era conocido el hombre con el que perdí mi virginidad, con el que intimé una sola vez que bastó para que Dios me castigara preñando mi vientre con la simiente de alguien que no era mi prometido.

Si no hubiera hecho caso a Sun Wallace, invitándome a ir a buscar a mi prometido para verlo.

Si mis ojos inocentes no se hubiesen topado con Jim, en las cuadras, con su jefe…

Si no hubiera escuchado aquella conversación…

Si aquel día jamás hubiese existido, nada de eso habría sucedido.

No me habría visto envuelta por esa necesidad de venganza tan poco propia de una amaneciense. No habría…

Presioné mis labios al recordar cómo me dejé llevar y tomar por ese hombre. Nunca había sentido algo igual.

Solté un suspiro.

—Le llaman Lujuria y trabaja en Nueva York, en un club que está muy de moda en el que los hombres se desnudan, el SKS —murmuró Sunny, la hermana del jefe de mi prometido, mientras yo contemplaba con pudor y necesidad a aquel hombre de pelo rubio, largo, sin camisa, haciendo cosas indebidas que me encendían las mejillas.

Mi respiración se agitaba, mis pupilas se dilataban y mi vientre se constreñía anhelando lo desconocido.

Solo me había besado un par de veces con Jim y no resultó demasiado bien pese a mi entrega. Aunque ya sabía por qué no funcionó, le gustaban los hombres y ahora vivía con Mount Wallace.

Las lágrimas me quemaron los ojos.

Todo acto tenía su consecuencia, y la mía fue quedarme embarazada de un hombre que no quería ni verme, que me echó de malas maneras, me dijo cosas horribles y provocó que saliera huyendo.

¿Qué esperaba?

Si no había sido capaz de devolver a mi prometido al camino, tampoco podía pretender que Lujuria quisiera responsabilizarse de lo ocurrido.

No era suficiente para nada, para nadie. Nunca lo fui para mis padres, ni para Jim, y mucho menos para aquel pecado capital. Cómo no, tenía que ser ese el que me invadiera y al que entregara lo único que tenía, mi virginidad.

Volví a pensar en cómo me vi arrojada hacia la noche de una ciudad que no me comprendía, que me engullía y me desamparaba.

Por mucha gente que hubiera, me sentía sola, todo brillaba demasiado, había demasiados colores, demasiado ruido, demasiados olores desconocidos.

Caminé alejándome del agobio, de las miradas indiscretas.

—*¡Te van a atropellar!* —gritó alguien—. *¿No ves que el semáforo está en rojo, suicida?*

«Rojo, no cruzar, rojo, no cruzar», me repetí temblorosa.

No había de esos en Saint Valentin Falls, solo pasos de peatones. Todo el mundo frenaba si veía un peatón, ahí no.

Semáforo, así se llamaba eso que emitía luz.

Llegué a un puente largo y lo crucé. ¿Estaría por ahí el aeropuerto?

No me quedaba mucho dinero, pero quizá sí me llegaba para un billete de vuelta, aunque tampoco sabía qué haría una vez allí.

Seguí andando, los edificios se volvieron más tristes, más lóbregos, me fallaban las piernas y la respiración.

Tenía hambre, apenas había comido nada en todo el día.

Mis tripas rugieron y pensé en el bebé. ¿Tendría hambre él también? Era una mala madre desde el inicio.

Vi luces, un cartel enorme que rezaba 24h con alguna que otra luz fundida, quizá me dieran algo.

Me acerqué hacia allí famélica, con paso trémulo y los ojos hinchados.

Entonces sentí algo dándome un tirón brusco por la espalda.

Di un grito y me vi arrojada hacia la oscuridad de un callejón sucio y mugriento.

No recordaba haber escuchado voces, solo el golpe de mi cabeza contra algo saliente, el mareo, mi cuerpo impactando contra el suelo.

Golpe, patada, golpe, dolor, oscuridad.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Estaba muerta?

Intenté levantarme, pero el dolor me sujetaba a la cama, como cadenas invisibles que no me dejaban escapar. Mis costillas parecían haberse quebrado, no era la primera vez que me sucedía, recordaba el dolor.

Me sentí frágil, rota. Todo en mi cuerpo gritaba, pero lo que más me aterraba era no saber si seguía embarazada, era lo único que me quedaba, ¿o quizá eso también me lo hubiera arrebatado Dios?

Escuché pasos suaves acercándose, y la puerta se abrió con un crujido. Una enfermera de rostro amable entró en la habitación, sus manos se movían con destreza, arreglando cosas a mi

alrededor. No me dijo nada al principio, solo me miró con esos ojos compasivos que me recordaban lo vulnerable que era.

—Vaya, ya has despertado, avisaré al doctor de que has recobrado el conocimiento.

—¿Dó-dónde estoy? —pregunté con un hilo de voz.

Ella se acercó, y su sonrisa fue lo más cálido que había sentido en horas, quizá días.

—Estás en la Clínica Comunitaria de la Esperanza —respondió con suavidad—. Te trajeron aquí después del ataque que sufriste anoche. Has estado descansando todo el día. ¿Cómo te sientes?

«¿Cómo me sentía?». No tenía palabras para describir la mezcla de emociones y el daño que me invadía. Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Ella pareció notar mi ansiedad, miró el monitor, se inclinó hacia mí, tomándome la mano con delicadeza.

—Tranquila, respira, imagino que estarás preocupada por tu bebé, está bien, ambos lo estáis. Ayer el doctor Blackwood te hizo una ecografía. Los dos sois muy fuertes. Solo necesitas descansar un poco y reponer fuerzas, ¿de acuerdo?

Asentí. Mi pecho se aflojó con alivio, y no pude evitar que las lágrimas se me escaparan, rodando por mis mejillas. Cerré los ojos y, por un momento, dejé que todo el miedo, la confusión y la angustia se derramaran.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la enfermera.

—Ma-Mary Kate, Mary Kate Adams.

—Muy bien, te trajo una chica de madrugada, al parecer no tenías documentación, ni dinero, tus atacantes huyeron. ¿Te atracaron?

—Su-supongo, no recuerdo bien.

—Vale, aquí estás a salvo. Te hicieron varios puntos de sutura para la brecha que tenías en la cabeza, con el pelo no se verá la pequeña cicatriz que pudiera quedar, tienes una fisura en las costillas y algunos moratones feos, el peor es el de tu ojo izquierdo, pero no vas a perder visión, que es lo importante. Al estar embarazada, solo podemos suministrarte paracetamol para el dolor y unas dosis bastante limitadas.

—Yo no-no puedo… —Pensé en mis creencias. Los amanecienses no podíamos ser tratados en hospitales normales.

¡Qué decía! Ya no era una amaneciense, me habían expulsado. Al pensarlo, se me hizo un nudo en las cuerdas vocales.

Ella volvió a sonreír, como si supiera lo que iba a decir.

—No sufras, aquí atendemos a todo el mundo, no es necesario que tengas un seguro médico si es lo que te preocupa, tu factura será de cero dólares. Descansa, voy a buscar al doctor Grant para que te visite.

Ojalá tener seguro médico fuera mi única preocupación.

—Por cierto, soy la enfermera Williams, puedes pulsar ahí si necesitas cualquier cosa. Ahora mismo vuelvo.

Salió dejándome con mis pensamientos.

Estaba sola. Completamente sola en esa ciudad gigantesca que parecía devorarlo todo a su paso.

Me tapé con la sábana como pude, hasta el cuello, temblando por el frío y por la incertidumbre.

Estaba nerviosa, agobiada y muy estresada.

Si alguien me hubiera dicho unos meses atrás lo que iba a ocurrir, no lo hubiera creído, o quizá, en el fondo, siempre supe que era diferente y que mi futuro no estaba en la comunidad, las señales siempre estuvieron allí, desde pequeña, en aquella curiosidad insana que me llevaba a preguntar cosas indebidas, a correr por el bosque cuando nadie me veía, subir a los árboles, pese a la incomodidad de la falda larga de mi vestido.

Me gustaba sentir el viento en la cara, el aroma a lluvia tras la tormenta y los colores del arcoíris cuando hacía acto de presencia.

A veces me quedaba mirando el horizonte, imaginando qué habría más allá de Nuevo Amanecer. Soñaba con ver el mundo, con aprender aquello que nadie quería enseñarme, y no entendía por qué siempre debía vestir del color de las tormentas, cuando en la naturaleza había tantos distintos.

La curiosidad no era bienvenida, no en una niña, no en una amaneciense.

—Hola, Mary Kate —me saludó una voz masculina, profunda y afable.

Alcé el ojo bueno y noté muchísimo calor al ver aquel hombre atractivo, de pelo rapado, piel morena y sonrisa con hoyuelos que se acercaba a mí.

—Me alegro de que por fin hayas despertado, Carol ha venido a avisarme, soy tu doctor, me llamo Marcus Grant. ¿Cómo te sientes?

Nunca un hombre se había dirigido a mí con aquel tono desenfadado, mirándome directamente a los ojos, con una sonrisa amplia y aquel desparpajo prohibido.

Bueno, puede que uno sí, salvo que el recuerdo hería demasiado.

—¿Puedes hablar? —preguntó, acercándose todavía más. Sacó una pequeña luz y apuntó a mi ojo bueno, cogiéndome la barbilla con delicadeza.

El contacto me estremeció e hice un gesto brusco para apartarlo, lo que provocó que me doliera. Apreté el gesto.

—Lo siento. ¿Te duele?

—No-no es eso… E-el contacto, yo…

—Vale, tranquila. No voy a hacerte daño, no soy como los que te atacaron ayer, yo soy médico, curo a las personas.

—Lo-lo sé, pe-pero es… hombre —dije con la boca pequeña.

Su expresión se tornó comprensiva.

—¿Perteneces a alguna religión que te impida que me dirija a ti o te explore?

—A-algo así.

—Bueno, pues tendremos que dejarla un poco al margen, aquí no tenemos muchos recursos y soy el que está de guardia, así que cierra los ojos e imagina que soy Carol, es lo mejor que te puedo ofrecer… Ella estará con nosotros.

Temblé.

—Yo la exploraré —dijo una segunda voz masculina proveniente de la puerta.

Al principio pensé que se trataba de una alucinación, o que mi ojo bueno no me permitía ver bien, pero cuando se acercó, me di cuenta de que no, me estremecí.

La persona que había hablado era el padre de mi bebé.

Contuve el aire.

Llevaba una bata blanca, como el otro médico.

No comprendía nada. ¿Por qué vestía así? ¿Sería un sueño?

Llevé mi nervio óptico al límite para leer el nombre en su identificación.

«Doctor Corey Blackwood».

No podía ser. ¿Qué dijo la enfermera? Que el doctor Blackwood había dictaminado que mi bebé estaba bien.

El estríper no podía ser médico, ¿o sí?

No sabía cómo sentirme. Lo último que esperaba era verlo ahí, en esas circunstancias, con mi cuerpo dolorido y mi mente hecha un lío.

—¿Estás seguro? —preguntó Marcus.

—Que yo sepa, soy tan médico como tú, aunque tengamos especialidades distintas. Imagino que la señorita se sentirá algo más cómoda con mi exploración que con la tuya. —Marcus arrugó el ceño porque no entendía nada mientras Corey alzaba las cejas en mi dirección—. ¿Es así? —preguntó, dirigiéndose a mí con tono autoritario.

En realidad, él ya me había tocado en lugares tan íntimos que yo…

Ni siquiera sé de donde saqué fuerzas para responder.

—S-sí.

—Muy bien, pues entonces te dejo en sus manos. No te preocupes, Carol estará aquí con vosotros.

—Carol se irá —murmuró Corey.

Marcus volvió a mirarlo inquisitivamente.

—Esto es completamente inapropiado, si la paciente no se siente cómoda con que os quedéis a solas…

—Está bien —respondí, asombrando al pobre doctor Grant, que no daba crédito de mi respuesta.

Tampoco es que yo lo diera. ¿Cómo iba a querer quedarme a solas con el hombre que me había despreciado y arrojado a los leones?

No debería entregarle mi confianza, ¿o sí? Necesitaba aferrarme a algo, aunque fuera a un hombre que no quería saber nada de mí.

—Como quieras, pulsa el botón si nos necesitas —susurró Marcus sin humor.

Al pasar por el lado de Corey, le dedicó una mirada de advertencia. El otro ni se inmutó. Sus hombros eran tan anchos que parecía acaparar todo el espacio de la habitación.

CAP Í TULO 3



Corey

La noche anterior no había pegado ojo. Ver a aquella chica en esas condiciones removió algo en mí que no esperaba.

No debería haberme importado, era la mujer que pretendió colgarme un embarazo imposible, sin embargo, comprobar que sí estaba en estado y que las fechas coincidían suavizó un poco mi cabreo.

Quizá era solo que se había equivocado, era fácil, esas cosas ocurrían, quizá se acostó con otro tío aquella misma noche, pilló un pedal del quince y no lo recordaba.

En cuanto dejé a Janelle, fui en busca de Marcus, estaba en el despacho aguardando las pruebas.

—¿Están listas? —le pregunté nada más entrar.

—Acaba de llegar el correo —comentó con aquel tono tranquilo y profesional que lo caracterizaba—.Ven, acércate, a ver qué opinas.

Giró el monitor para que pudiera ver lo mismo que él.

—La traumatología no es mi especialidad.

—Eso ya lo sé, sin embargo, dudo que no hayas visto imágenes como estas en la carrera.

Era cierto, observé con detenimiento las resonancias, mientras el clic del ratón indicaba el paso de las capturas.

—Además de estar embarazada, como ya has diagnosticado, tiene una fisura en las costillas, justo ahí. —Apuntó con el bolígrafo.

—Lo veo, ¿y eso? —puse la yema sobre una línea que no debería estar ahí.

—Eso, amigo mío, es una fractura anterior que no soldó bien. No me pondría en alerta si fuera algo puntual, el problema es que también hay fracturas mal curadas en el brazo izquierdo,

algunos dedos de las manos y el tobillo. Todas son lesiones antiguas.

Las contemplé en silencio, tantas fracturas y todas mal curadas podían deberse a varios motivos, o Mary Kate fue una niña muy movida y bastante torpe, o había sido víctima de malos tratos. Por el tono en que Marcus se dirigía a mí y la expresión de sus ojos, supe que había llegado a la misma conclusión que yo y que se decantaba más por la segunda.

—¿Te refieres a que…?

—O es la chica más bruta del mundo, o alguien la ha molido a golpes durante bastante tiempo —concluyó finalmente.

Sentí una mezcla de rabia y culpa.

¿Y si era por eso que había acudido a mí? ¿Y si el tío que la preñó la maltrataba y quiso fingir que aquel bebé era mío para que fuera su puñetero salvavidas?

—¿Cuánto tiempo?

—Yo tampoco soy traumatólogo, pero las fracturas recientes suelen mostrar bordes nítidos y claros, mientras que las fracturas más antiguas tienen signos de curación, como callos óseos formados alrededor de la fractura. Si el hueso ha sanado de forma incorrecta, como es el caso de estas, también puede apreciarse, lo que indica que la fractura no recibió el tratamiento adecuado en su momento.

»Para una estimación más precisa del tiempo que ha pasado desde la fractura, se necesitarían otras pruebas, como una historia clínica detallada, además de observar los síntomas asociados.

Solté una exhalación.

Pensé en ella cuando apareció en el club, temerosa, agobiada, alzando la voz por encima de la música. En ese momento, había pensado que era una mentirosa, una de esas mujeres que fingen embarazos para atraparte, una Tessa, pero ahora… ahora todo cobraba una nueva dimensión.

¿Y si fui la única solución a la desesperada que se le pasó por la cabeza para huir?

—Corey —Marcus se había levantado, puso una mano en mi hombro, sacándome de mis pensamientos—. Sé que es difícil, pero tenemos que ayudarla. ¿Puedes contarme de una vez por todas qué pasa con esa chica?

Merecía saberlo, así que confesé lo ocurrido meses atrás mientras él me escuchaba atento. Marcus era una de las pocas personas que sabía de mi curro en el SKS y también era amigo de Tara, de hecho, tuvieron algo más que una buena relación de trabajo, aunque de eso ya hacía mucho.

—Menudo marrón.

—Te garantizo que no es mío.

—¿Porque usaste condón? —Rio seco—. Sabes tan bien como yo que eso no es garantía de nada. No sería la primera vez que sale una partida de gomas defectuosas o el látex no es de buena calidad. ¿El profiláctico era tuyo? —Negué

—Los daban en la despedida. —Marcus alzó las cejas.

—Sabes que esas mierdas suelen venderlas al por mayor y la mayoría son *Made in* China, y mira cuántos son…

—Pues la verdad es que no me puse a mirar el envoltorio para ver si había pasado tu control de calidad.

—Tú ríete, pero los peores son los de sabores, prácticamente se desintegran en la vagina. —Puse cara de fastidio—. ¿Era de sabor?

—A manzana. —Lo sabía porque en eso sí que me fijé.

Marcus soltó una carcajada.

—Así que esa chica mordió la fruta prohibida y…

—Esa chica no me mordió nada, fue algo rápido, un calentón.

—Pues el calentón ha dado frutos y tu semillita está creciendo en su útero, fuerte y robusta como un hijo de Thor.

—¡Te digo que no es mío! —La idea me agobiaba. Quería ser padre en un futuro, pero no habían llegado ni el momento ni la mujer adecuada.

—Fuera bromas, lo que ahora importa es que esa chica ha pasado por algo muy jodido y hay que ayudarla.

En eso estábamos de acuerdo. No contesté, solo me limité a asentir, mientras mi mente viajaba una y otra vez a la noche en la que me crucé con Mary Kate.

En un principio, llamó mi atención porque llevaba un disfraz tan distinto al de las demás que mis ojos iban hacia a ella. Parecía una vendedora de tarros de mermelada artesanal entre tanta vaquera *sexy*, una puñetera puritana, con aquel atuendo gris, la cofia y el delantal blanco.

Me pareció que tenía una cara preciosa, llena de un candor difícil de ver hoy en día y unas curvas de lo más apetecibles. Tenía dos trenzas largas, rubias, que creí quedarían muy bien alrededor de mi muñeca.

Llevaba unas semanas sin follar y aquella chica parecía necesitarlo tanto o más que yo.

Decidí que sería la siguiente a la que sacaría, pero no pude hacerlo porque desapareció.

Acabé el número y, en cuanto me cambié, salí a la terraza exterior, mientras las chicas hacían unas rondas de karaoke. Recuerdo que cuando salí, ella estaba sentada en un rincón. Seguía sonrojada, con la respiración algo agitada y aquellos ojos enormes puestos en el lago. Me acerqué viéndola abanicarse con la mano.

—¿Corey? —preguntó Marcus, sacándome de la ensoñación.

—¿Sí?

—¿Qué hay de la chica que la trajo? ¿Son amigas?

¡Mierda! ¡Janelle!

—No, más bien es amiga mía, ¿recuerdas que te conté que la chica de vestuario había empezado a desnudarse…?

—¿La pelirroja sangrienta es Soberbia? —preguntó asombrado.

—Sí que te quedaste con el pecado, sí, y yo que pensaba que la mitad de veces que te hablaba de mi otro curro desconectabas… ¿Quieres que te la presente?

—No.

—Tú te lo pierdes, le ponen los tríos y los intercambios.

—A mí no me gusta intercambiar ni los cromos, así que paso.

Marcus era un tío muy territorial y Janelle demasiado libre, jamás pegarían.

—Voy a decirle el diagnóstico y a acompañarla a casa, no tardaré mucho, se ha mudado al barrio y vive a dos manzanas.

Sus ojos brillaron, pero no dijo nada.

Salí del despacho con un nudo en la garganta, necesitaba hablar con ella, contarle lo que había averiguado, sin mencionar lo de las fracturas antiguas, existía el secreto profesional y el pronóstico reservado. No había motivo para alertarla sin saber la causa de aquellos huesos mal soldados.

Cuando entré, la encontré caminando arriba y abajo, con el rostro tenso y los brazos cruzados.

En cuanto me vio, vino hacia mí de inmediato.

—¿Está bien? —preguntó.

—Está… —suspiré, sin saber por dónde empezar—. Está estable. Necesita reposo. Podría haber sido mucho peor, además de los golpes, hematomas y la brecha, se ha llevado una fisura en las costillas, esta noche te has convertido en su salvadora.

—¿Se recuperará?

—Eso parece.

—Menos mal —suspiró.

—Venga, que voy a acompañarte a casa.

—Puedo ir sola.

—No me fío, esos tíos pueden estar esperándote en cualquier rincón oscuro. Iremos a por tu moto, y cuando vea que has subido a tu edificio, sana y salva, volveré a la clínica.

—¿Quieres que te enseñe mi piso?

—Quiero que no te pase nada.

—Corey…, ¿te has planteado si ese bebé…?

—No empieces tú también, que ya he tenido suficiente con Marcus.

—Le he estado dando muchas vueltas, puede que no seas el padre del bebé, pero en cierto modo lo podrías haber sido, y si esa chica te buscó, quizá sea porque no tiene otra salida. Dijiste que ocurrió en un pueblecito de Missouri… Con las pintas que llevaba, quizá pertenezca a una comunidad religiosa, a mí me recordó un poco a los Amish. ¿Y si tomó una mala decisión? ¿Y si se ha visto con un embarazo y realmente piensa que es tuyo? Esa gente no se toma a bien que las chicas tengan sexo fuera del matrimonio, y mucho menos que esperen bebés.

—No lo sé…

—Prométeme que la ayudarás, que no serás muy duro hasta que averigüemos qué está pasando, al menos, hasta que esté mejor y tenga fuerzas para irse de aquí por su propio pie. Sé lo que es irse de casa y no contar con nadie, si no fuera porque Marlon me acogió, no sé qué habría sido de mí.

—Tu familia te quiere, Janelle.

—Bueno, aun así, prométemelo. Cuídala mientras esté en la clínica, eres la única persona que conoce, o por lo menos, a tu
polla. —Puse la mirada en blanco.

—Tú y tus salidas.

—El salido fuiste tú, que la metiste en caliente gracias a su hospitalidad.

—Yo diría que no fue hospitalidad lo que recibí.

—Fuera lo que fuese, eres su único *coñocido* por aquí. Eres un buen tío y confío en tu buen criterio.

La miré, y aunque no quería hacer promesas que no sabía si podría cumplir, terminé asintiendo. Porque, en el fondo, sabía que no podía dejar a esa chica sola. Me dije que era por el juramento hipocrático, por lo menos, eso me hacía sentir más tranquilo.

—Venga, Duendecilla, que te acompaño.

Janelle sonrió, aunque la preocupación no desapareció de su rostro.

—Gracias —dijo mientras me daba una palmada en el brazo.

Fue una jornada larga.

Mary Kate no recobró la conciencia en lo que duró mi turno. Dije en el hospital que, si sucedía, me llamaran. Me di una ducha larga en casa y dormí hasta que fue hora de levantarme, ir al gimnasio, hacer la compra y volver de nuevo al SKS.

Tuvimos muchísimo trabajo, me quedé a cuadrar caja y volví a mi hogar sin poder sacarme a

Mary Kate de la cabeza.

¿Iba a ser así hasta que despertara?

Regresé a la clínica habiendo dormido unas cinco horas. Tampoco es que necesitara dormir demasiado.

Fue ponerme la bata y encontrarme a una de las enfermeras cuchicheando con otra, las dos sonreían en el pasillo.

—¿Qué ocurre?

—La embarazada ha despertado —dijo la más joven—, Carol ha ido a buscar al doctor Grant y la están revisando.

No había terminado la frase que ya me estaba encaminando hacia la habitación.

CAP Í TULO 4



Mary Kate

La boca se me secó al ver que se acercaba, o quizá ya la tenía seca y no me había dado cuenta hasta entonces.

¿Era yo, o parecía menos amenazante que el día anterior?

Lo que no podía obviar era que su presencia seguía siendo imponente.

El aire se me resistía bastante cuando estaba cerca, daba igual si lo hacía encarnando a un pecado capital o como doctor Blackwood, el resultado era el mismo.

La piel se me erizaba, mi animalito interior comenzaba a emitir un pequeño ronroneo para llamar su atención, ávido de caricias, y de esas manos grandes de dedos largos y cuidados.

—Supongo que ya te lo habrán preguntado, pero ¿cómo te sientes?

—He tenido días mejores.

Intenté sonreír, pero el ojo me dolió al hacerlo, así que mi expresión se quedó atascada en una mueca extraña.

Él se acercó a mí y yo me sentí pequeña, pese a mi tamaño.

Las palabras hirientes de mi padre unos días antes de la boda me atravesaron.

«Deberías comer menos, a los hombres no les gustan las obesas, un poco de carne está bien, pero tú vas camino de no poder moverte en un año».

¿No poder moverme? Pero ¡si era muchísimo más ágil que él, que no llegaba ni a atarse los cordones de los zapatos! ¡Madre se lo tenía que hacer!

Me mordí la lengua, como me enseñaron desde que tenía uso de razón, el no hacerlo siendo mujer y amaneciense tenía consecuencias.

El dolor que me infligían sus palabras siempre me atenazaba el vientre. El tenedor se me resbaló, impactando contra el plato más vacío que el de él o el de mi madre. Ella murmuró por lo bajo. «Es por tu bien, Mary Kate».

Siempre era por mi bien, si lo era, ¿por qué yo nunca lo sentía así?

Me humedecí los labios resecos.

—¿Tienes sed? —preguntó.

—C-creo que sí. —Sus ojos se desviaron a la pantalla que marcaba mis pulsaciones. Al acercarse, mi ritmo cardíaco se había acelerado, me sentí avergonzada de ser tan evidente.

—No te agobies, ahora mismo soy el doctor Blackwood, no el capullo de hace un par de noches, sé separar las cosas, aunque no lo parezca.

Que se refiriera a sí mismo de aquel modo me hizo relajarme un poco.

Llenó un vaso con la jarra que había dispuesta en la mesita y, sin previo aviso, mi cama se empezó a mover.

Al principio, dudé de si se trataba de ella o de mí, pero al sentir la vibración, no pude evitar emitir un gemido de sorpresa y terror.

El movimiento cesó de inmediato.

—¿Te duele?

—No, sí, bueno…

—¿En qué quedamos?

—Me-me duele, pe-pero ¡es que mi cama se estaba moviendo!

Él me miró con condescendencia.

—¿Nunca has estado en una cama de hospital ergonómica? —Negué—. Bien, pues es lo que tienen, que si aprietas el botón, cambian de posición para la comodidad del paciente.

—Yo no he apretado nada —comenté, agarrándome a la sábana.

Sus labios se curvaron en una sonrisa pequeña pero preciosa.

—Lo he hecho yo.

Entonces me fijé en que la mano que antes agarraba la jarra tenía entre los dedos una especie de pulsador. Volvió a darle al botón y la cama se movió de nuevo.

—Estas son viejas, pero no corres peligro de que se cierre y morir ahogada por el colchón. —Mi ojo bueno se abrió desmesuradamente—. Perdona, la broma no ha sido acertada. Solo intento que tengas una posición cómoda para que no te atragantes cuando vayas a beber. Si sientes molestias, me avisas, por cierto, creo que no me he presentado de manera adecuada. Soy el doctor Corey Blackwood.

—Yo-yo, Mary Kate Adams.

—Lo sé.

Que lo supiera hizo brincar el corazón en mi pecho. Me pareció tierno que estuviera teniendo consideraciones conmigo, por lo que no dije nada hasta que puso el respaldo en la posición que consideró adecuada y me acercó el vaso.

—G-gracias.

Tras beber un poco, se lo devolví.

Me estaba mirando, lo cual me hacía sentir vulnerable, sobre todo, porque la sábana no me llegaba a la barbilla y la tela de aquella bata-camisón era muy fina.

¿Me habría mirado los pechos?

Me avergoncé de mi propio pensamiento.

¡Claro que no, debía tener un aspecto horrible y pesaba más que nunca!

Nunca había sido vanidosa, la vanidad estaba prohibida en Nuevo Amanecer, pero con las cosas que me habían pasado últimamente, ni siquiera sabía cómo sentirme respecto a mí misma, a mi validez como mujer.

Beth siempre me decía que mi mayor virtud era mi carácter afable, que era considerada con los demás, aunque eso no quitaba que tuviera una cara muy bonita.

Mis ojos eran grandes, claros, variaban del azul cielo al gris tormenta y mis labios eran mullidos.

Pese a ello, dudaba que pudiera impresionar a un hombre como el doctor Blackwood, que me tomara una vez no significaba nada, eso me lo explicó mi madre en una ocasión cuando bajamos a Saint Valentine Falls y me vio mirando demasiado a Travis Wallace, el dueño del restaurante al que servíamos nuestros productos era de los hombres más guapos que había en el pueblo.

«No se mira a los hombres de esa manera, y mucho menos si no son tu marido amaneciense, podrían malinterpretarte. Los que no son como nosotros solo buscan alzarte la falda para meter la semilla del maligno en tu interior y que germine sin responsabilidades. No te acerques a ellos, ¿me oyes? O podría ser tu perdición».

Si le hubiera hecho caso, no estaría en esa tesitura.

—Tengo que evaluar tu estado, ¿lo comprendes? Ver cómo están evolucionando tus costillas, aunque no sea mi especialidad, pensé que conmigo quizá te resultara menos violento… —carraspeó—, dado… nuestro pasado en común.

Que hiciera referencia a ello me hizo sentir calor.

—¿Ya lo recuerdas? —pregunté esperanzada.

—Puede que me suenes de algo, sí. Lo cual no significa que sea el padre de ese bebé que esperas.

Callé, tenía ganas de gritarle, de decirle que solo me había acostado una vez con alguien y ese alguien era él. Pero no lo hice, había aprendido la lección hacía demasiado tiempo. A los hombres no se les contradice. Me costó lo mío, pero sabía cómo actuar para no molestar. Me mordí la lengua mientras él tomaba la sábana, tiraba de ella con suavidad hacia abajo y descubría muslos, rodillas y pies desnudos.

«¿Quién me habría quitado la ropa?», al imaginar sus dedos haciéndolo, me encendí.

Nunca me había mostrado a nadie.

Estaba prohibido, y que él estuviera contemplando así mis piernas era desconcertante.

Puso la palma suave sobre los golpes y, mientras me tocaba, me fue haciendo pruebas y preguntas.

La cabeza me daba vueltas y, cada vez que me apretaba la carne, esa dichosa máquina sonaba con más fuerza, más acelerada.

—No voy a hacerte daño, respira.

«¡Lo estoy intentando! Pero ¡es muy difícil con un hombre como tú tocándome por todas partes!». Callé y cogí aire con tanta fuerza que me dolieron las costillas.

—Despacio, señorita Adams, no quiero que te lastimes. —Casi gemí al oírlo. Fue a por el pulsador y me avisó de que iba a cambiar la posición de la cama.

Volvía a estar tumbada por completo.

—Voy a ver cómo van esas costillas, tendré que subirte la bata y aflojar el vendaje, ¿de acuerdo? —Asentí con la respiración agitada de nuevo.

¿Sentiría asco al ver tanta carne?

Cerré el ojo bueno, no quería verlo, así que me limité a sentir el roce del tejido elevándose.

Me mordí el labio al notar que la prenda se elevaba a la altura de mi pecho, muriendo en la parte baja.

De cintura para abajo estaba en bragas y el doctor movía los dedos con agilidad para descubrir

mi abdomen.

La compresión cesó. Las yemas tocaron mi carne magullada con tiento y creí escuchar que farfullaba una maldición por lo bajo.

No pude contenerme y abrí el ojo bueno.

No podía ver lo que él estaba observando por culpa del volumen de mis pechos y la posición en la que estaba.

Su mirada voló a la mía, como si intuyera que lo estaba contemplando.

—Perdona, los tipos que hacen cosas así a las mujeres deberían estar todos colgados por los huevos.

Su defensa apasionada me encogió los dedos de los pies, no vi asco por mi cuerpo en su expresión, solo enfado.

—No voy a vendarte de nuevo, eso lo hará Carol cuando venga. —Al tomar la parte baja del camisón, rozó mis pechos. Nuestros ojos se encontraron, se me volvió a secar la boca y la dichosa máquina volvió a pitar.

Corey desvió antes que yo la mirada y me cubrió.

Si no había muerto por la paliza, lo haría de la vergüenza, era demasiado obvia sobre cómo me afectaba el doctor.

Cuando terminó de taparme, ascendió hasta mi ojo y me tomó la cara para voltearla a un lado y a otro. Estaba tan cerca, olía tan bien y era tan guapo que casi gemí, y no precisamente de dolor.

Evaluó mi visión del ojo bueno y me dijo que deberíamos esperar a que bajara la hinchazón del malo para ver si no había secuelas que no hubiesen detectado.

—Con mi buena suerte, no sería de extrañar que me quedara tuerta. —Él alzó las cejas con diversión.

Madre mía, ¿había dicho eso en voz alta?

—Perdón.

—¿Por qué te disculpas?

—No debí decir eso. Si pierdo un ojo, será voluntad de Dios.

—Si pierdes un ojo, será culpa de un cabrón malnacido que más le vale no cruzarse en mi camino o en el del doctor Grant. —Su respuesta me hizo pestañear.

—¿Por qué?

—No quieras saberlo. ¿Quieres que avisemos a tu familia de que estás aquí? Llamaremos a la policía para que puedas interponer una denuncia.

Temblé.

—Mi familia no… —callé y me mordí el labio.

—¿No sabe que estás aquí?

—No quiero que avisen a nadie, ahora solo somos él y yo —murmuré, llevando una mano a mi vientre.

Sus ojos claros se desviaron hacia mi mano.

—No es bueno estar sola en tu estado.

¿Qué iba a decirle? ¿Que era una repudiada? ¿Que mi familia no quería saber nada porque albergaba su hijo en mi vientre? Era una estupidez, él no me creía y, aunque lo hubiera hecho, estaba claro que no deseaba ese bebé.

Me mantuve en silencio.

—No hay forma de hablar con ellos. —Era cierto, no había teléfonos en Nuevo Amanecer.

—Como quieras, pero la policía sí que va a venir y querrá interrogarte, e imagino que necesitarás recuperar lo que te quitaron.

—No había demasiado.

—Sea como sea, era tuyo, además, seguro que ahí estaba tu documentación. —Eso era cierto, era lo más valioso que tenía, eso y el rosario rojo de mi abuela—. Tengo que seguir trabajando, más tarde me pasaré para hacerte una ecografía y así nos aseguramos de que todo siga bien.

—Gracias por todo —musité.

—Es mi trabajo.

Sabía que lo era y que emocionarme por sus atenciones era una estupidez.

Corey se desplazó hasta la puerta y, una vez allí, se giró hacia mí.

—Descansa.

Después se fue.

CAP Í TULO 5



Corey

Bajé al camerino para darles a los nuevos pecados capitales el cuadrante de esa noche.

Habíamos tenido que renovar la plantilla al completo y, tras un *casting* exhaustivo en el que Janelle me echó una mano, volvíamos a ser un equipo sólido repleto de carne fresca.

Paseé la mirada sobre los chicos nuevos que estaban ultimando los detalles de sus atuendos diseñados por Janelle.

Ethan Bennett era el nuevo Ira.

Era moreno, de piel olivácea, cabello corto y ondulado. Sus ojos oscuros reflejaban la intensidad que lo definía. Tenía un físico imponente y su carácter era el más impulsivo.

Logan Davis encarnaba a Pereza.

Su tez era más clara, de cabello castaño y reflejos cobrizos. Era el más relajado de todos, de sonrisa fácil y una actitud despreocupada. Aunque era atlético (condición *sine qua non* para ser un pecado capital), siempre parecía moverse a su propio ritmo, con una elegancia ociosa que marcaba sus ojos color ámbar, que solían estar siempre entrecerrados, como si estuviera a punto de dormirse.

Gula era Mason Gallager.

El más robusto y corpulento del grupo. Su pelo negro siempre estaba peinado hacia atrás, y aquellos ojos marrones transmitían un apetito insaciable por todo en la vida, no solo por la comida. Era el más carismático, no disimulaba su amor por los excesos y era un asiduo al club de intercambios y sexo libre al que acudía Janelle.

Sabía cómo disfrutar de los placeres y arrastrar a los demás con él.

La Duendecilla parecía tener cierta debilidad por aquel pecado capital, también tuvo un rollete con su antecesor y, por la forma en que se miraban y toqueteaban, juraría que también se había

liado con Mason.

Troy Walsh era nuestro nuevo Avaricia.

No se parecía en nada a Ares. Era alto, delgado, con músculos bien definidos, de madre coreana y padre afroamericano de tercera generación.

Era la nueva perla exótica del SKS. Con un aire calculador y unos ojos avellana que brillaban con ambición. Llevaba el pelo muy corto y siempre estaba impecablemente arreglado con una línea bastante *sport*.

Su sonrisa era cautivadora y se movía como si todo el mundo le debiera algo, con una elegancia innata que te hacía pensar en que se trataba de un modelo o cantante emergente.

Por fin, Jordan pudo colgar el hábito de ser Envidia y lo pasó a Bryan Brooks.

«Babe», como lo llamaban todos por las dos bes que conformaban su nombre y su apellido, y porque era el más joven del grupo.

Era de piel oscura y dientes muy blancos. Su físico era envidiable, teniendo en cuenta que cada día desayunaba una caja de donuts glaseados y tenía unos abdominales de infarto, apenas tenía diecinueve.

Cuestión de genética africana y muchas horas con el *skate*, decía él. Tenía un tatuaje de una serpiente enroscada en su costado, era ágil y rápido, había participado en varios videoclips de Rihanna y en algunos musicales de Broadway, pero su carácter un pelín ególatra no permitía que durara demasiado en ninguna parte. Esperaba poder domarlo, o me veía a Jordan retomando su papel más pronto que tarde.

Mason le susurró algo a Janelle en el oído mientras ella reía. La mano del moreno estaba afincada en su cintura de manera posesiva. Si Marlon estuviera en el vestuario, el nuevo ya habría perdido los huevos.

—¿Tenéis claro las órdenes de salida, la rotación y las posiciones?

—A mí se me dan genial todas las posiciones —cacareó Mason.

—Doy fe —rio la Duendecilla.

—Ey, deja algo para los demás, que la pelirroja está muy buena y yo también la quiero probar —farfulló Babe.

Ella lo miró de cabeza a pies.

—No me van los menores de edad y la pelirroja tiene un nombre, se llama: *Tú nunca me follarás*. —Él frunció el ceño mientras los demás reíamos.

—¡Eso ya lo veremos! ¡Y no soy menor!

—Lo eres mentalmente, *bro*. —Logan le arrojó una camiseta y Bryan emitió una mueca de disgusto.

—Espabilad y ocupad vuestras posiciones, y no me refiero a las sexuales —acoté en dirección a Mason.

Este alzó las manos, besó la mejilla de Janelle y subió las escaleras junto a los demás.

Me acerqué a mi amiga.

—¿Qué le ves a ese idiota? —pregunté sin entenderlo.

—Folla bien, no es nada serio. Al club al que acudo hay que ir con pareja si no quieres que te acosen los babosos. Desde que César y Nancy decidieron volver a cerrar su relación, no termino de ubicarme. Con lo bien que nos iba… —suspiró.

—Ya encontrarás el trío de tu vida.

Ella rio.

—Como le diga a mis padres que además de enseñar las tetas soy incapaz de mantener una

relación monógama, los mato del disgusto.

—Pues será mejor que no se enteren, porque no te veo yo muy por la labor de tener un único hombre en la cama.

—Hablando de camas, ¿cómo está Mary Kate? Iba a pasarme por el hospital, pero entre unas cosas y otras todavía no he podido.

—Estable, es una chica fuerte. Tanto ella como el bebé evolucionan favorablemente. Hoy ha venido la policía para tomarle declaración, pero se niega a darnos datos para que localicemos a sus familiares.

—Lo que yo te diga, esa chica ha venido aquí huyendo de algo.

—Pues si es así, no se lo quiere contar a nadie, y mira que Carol es genial para sonsacar cosas.

—Quizá solo necesite una amiga en quien confiar.

—¿Se te ocurre alguien que quiera ejercer ese papel con una desconocida indocumentada?

—Tal vez a mí no se me dé mal, al fin y al cabo, fui su salvadora y me he criado con un montón de hermanas.

—Pues buena suerte. Además de eso, tenemos que encontrarle algún sitio donde quedarse, la clínica está hasta arriba y no vamos a poder alargar su estancia más allá de una semana.

—Eso sí que es un problema.

—Sí, por eso nos urge encontrar a alguien que se quiera responsabilizar de ella, que la cuide. Necesita reposo, un mínimo de cuatro a seis semanas moviéndose lo menos posible. La calle no me parece un buen sitio en su estado.

—¡¿La calle?! ¡Ni hablar! Yo me encargo, la haré cantar y buscaremos a su familia.

—Gracias, Duendecilla.

Janelle sonrió.

—Oye, para haberla echado del club y decirle que no querías verla nunca más en tu vida, se te está dando de pena alejarte de ella.

—Tú misma lo dijiste, no soy un mal tío. La culpa fue suya, escogió la peor excusa posible para acercarse a mí y responsabilizarme de algo que no me corresponde.

«Eso ya lo veremos», farfulló Janelle por lo bajo.

—Venga, ¡que está empezando la música y seguimos aquí! Subamos al escenario y démosles la carne que buscan a esas pecadoras —comenté, ajustándome la máscara.

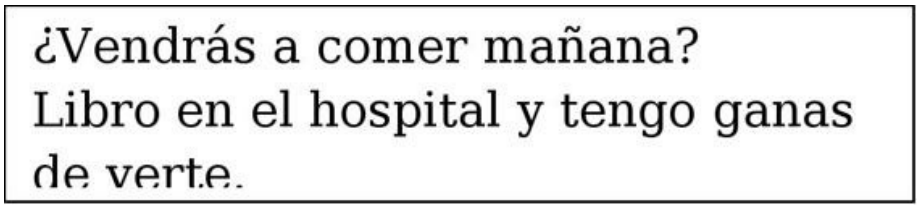
—Quién te ha visto y quién te ve, doctor Blackwood. Si esas mujeres supieran que llevas bata blanca y eres cirujano obstetra y ginecólogo, las tendrías haciendo cola para una revisión de bajos. ¡Te harías de oro!

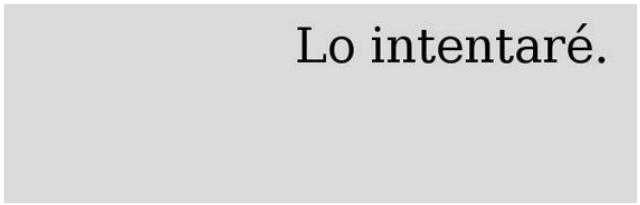
—Por suerte, no lo saben, ni lo van a saber. Arriba, pelirroja.

La noche fue de nuevo caótica, llevábamos tres días con mucho más trabajo que de costumbre, lo que implicaba unos cuadres de caja más arduos porque casi siempre descuadraban, a algunos de los chicos no terminaba de dársele bien lo del cambio y necesitábamos echar mano del bote de las propinas para subsanarlo.

Mi móvil vibró, era un mensaje de mi madre.

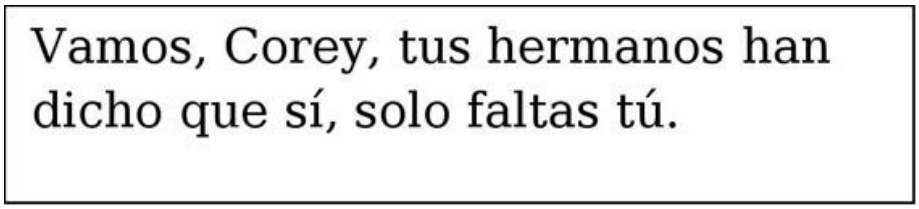
Mamá



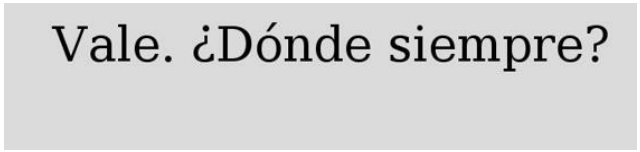


Suspiré, suponía que me las podía ingeniar, que me hubiera escrito en ese momento implicaba que tenía guardia, era una de las mejores traumatólogas de Nueva York.

Mamá



Lo cierto era que tenía ganas de comer los cuatro juntos, así que acepté.



Mi madre era buena cocinando, pero la vida médica a veces no era muy compatible con la cocina, por eso, casi siempre, comía en el hospital y se llevaba un *tupper* a casa.

Cuando le tocaba descansar, solía ir a un restaurante en el corazón de Manhattan que siempre nos había gustado a todos, por su ambiente familiar y elegante.

Mamá

A no ser que te ofrezcas para cocinar...

Desde luego que la cocina no era mi fuerte.

Allí estaré.

¿A qué hora nos vemos en el Union Square

Mamá

Ja, ja, ja.
Tengo mesa reservada para las 12.30h. No llegues tarde.

Mamá odiaba la impuntualidad.

Jordan se metió en la barra y sirvió dos copas mientras yo terminaba de despedirme.

—¿Una emergencia?

—Si puedes considerar una hablar con mi madre, sí.

Él me sonrió.

—Anda, bebe, tu cara pide a gritos unos centilitros de alcohol. ¿Todo bien en la clínica?

El *boss* era el único que sabía parte de mi vida. Bueno, de la mía y la de todos, aunque era conocido por su discreción.

—Ya sabes… —Exhalé un tanto agobiado—. Depender de la generosidad de los demás nunca es fácil.

—Cuando cuadre los balances de este año, haré una buena donación.

—No lo he dicho por eso. No es… —callé al ver su expresión.

—Sí, es necesario.

Su cara no admitía réplica.

—Sí, sí lo es. —Era absurdo no reconocerlo.

—Eso me parecía.

—Gracias, Jordan, prácticamente subsistimos por ti.

—No tienes por qué dármelas, esa clínica me salvó la vida, tú me la salvaste, os estaré eternamente agradecidos por lo que hicisteis por mí. Cualquier cantidad siempre será insuficiente.

Negué.

—Yo solo te di un motivo para no arrojar la toalla, del resto te encargaste tú.

—Llámalo como quieras, pero los dos sabemos que fuiste mi puto ángel de la guarda, y que si no te hubieras cruzado en mi camino aquella noche…

—Anda, llena de nuevo las copas, vejestorio, que el año que viene estarás más cerca del medio siglo que ahora.

—Todavía me quedan tres años para eso.

—Estamos en octubre, así que en unos meses serán dos.

—¡Medio año! ¡Eso es una puta eternidad!

—De eternidad nada, y te recuerdo que tu pacto con el diablo para ser más atractivo cada día que pasa no va a durarte eternamente, como a todos, se te descolgarán los huevos, y entonces será difícil que alguna buena mujer se quiera quedar contigo. ¿No crees que ya va siendo hora de encontrar una inconsciente que no le importe cambiarte a ti los pañales en lugar de a un bebé?

—¿Quieres presentarme a tu madre?

—Lo haría, si no hubiera aguantado demasiadas cagadas de mi padre y supiera que sois altamente incompatibles. Además, a ella ese rollo de las fustas no le va.

—Quizá no lo haya probado con la persona adecuada.

—Quizá le guste más soldar huesos que partirlos.

—Yo no parto nada.

—Claro, solo te gustan los bozales y los potros de tortura. *Nop*, gracias, te prefiero de jefe, no de padrastro mano larga.

Los dos reímos.

—¿Y qué me dices de ti? —cuestionó—. ¿Alguna mujer en el horizonte? —Desvié la mirada por un instante.

Ni siquiera sé por qué la imagen de una chica rubia postrada en la cama de cierta clínica demasiado familiar acudió a mí.

—Por ahora, tengo suficiente con mis dos trabajos. Ya llegará.

—Eso no lo pongo en duda, ha llegado el momento de que pases página de una maldita vez. Esa casa que te compraste rezuma familia en cada una de sus esquinas, por no hablar de los muebles y esa chimenea que pide a gritos un polvo romántico para concebir muchos niños.

—Pues te garantizo que el único polvo que recibe es el que se le acumula en la repisa, apenas tengo tiempo de quitárselo.

—Pues contrata a una chica que lo haga.

Llevaba tiempo planteándomelo, apenas podía respirar como para dedicarme a la limpieza del hogar, el problema era que no llevaba mujeres a mi casita.

Jordan, mi familia o Marcus eran los únicos que habían puesto un pie en ella.

La había escogido porque, en cuanto la vi, me enamoré. Estaba ubicada en Brooklyn Heights, un barrio pegado al de la clínica y muy bien comunicado.

Era una zona residencial que combinaba historia, encanto y elegancia. Se la conocía por sus casas de ladrillo al más puro estilo *brownstone*, con varias plantas y escaleras que conducían de la calle a la puerta principal.

Desde que puse un pie en la zona, me gustó el ambiente que se respiraba, era un barrio tranquilo, con árboles alineados en las calles y varios parques que invitaban a pasear o jugar con los niños.

Era ideal para llamarla hogar, justamente lo que le pedí a la chica de la inmobiliaria. Además, tenía unas vistas impresionantes al río y al *skyline* de Manhattan.

Tuve suerte de comprarla tiempo después de lo sucedido con Tessa, de no haber sido así, habría tenido que venderla.

—Venga, jefe, ayúdame a cuadrar esta mierda de caja, a ver si puedo largarme de una puñetera vez a descansar en mi cama.

Jordan se arremangó la camisa y se dispuso a contar conmigo.

CAP Í TULO 6



Corey

Había quedado con mi madre y mis hermanos para almorzar en el Union Square Cafe, era de las pocas cosas que seguíamos respetando como familia tras el divorcio de mis padres. O mejor dicho, mi madre se quedó con el derecho de acudir sin él y con sus hijos después de la canallada que nos hizo.

Tenía dos hermanos, la siguiente a mí era Soph, con la que me llevaba seis años, y Zack, que nació cuando Sophie tenía tres.

Mi madre adoraba la comida de calidad, el entorno relajado y la familiaridad con la que nos trataban cada vez que íbamos, era nuestro refugio familiar lejos de los quirófanos y la presión del hospital.

Mi madre era una eminencia, la jefa de traumatología y cirujana en uno de los hospitales más importantes de la ciudad.

El NewYork-Presbyterian Hospital era su segunda casa, conocido por sus excelentes departamentos de cirugía y su colaboración con las facultades de Medicina de la Columbia University y la Weill Cornell Medical College.

De hecho, mis padres se conocieron allí, mientras hacían la residencia, él aspiraba a ser el mejor cardiólogo del hospital y quería especializarse en trasplantes. A los dos los unió su pasión por la medicina y la cama de la sala de descanso de los médicos.

Siempre respetaron la profesión del otro, no hay nadie mejor que otro profesional de la medicina para entender las guardias de treinta horas.

Se casaron, tuvieron tres hijos, lograron compatibilizar la vida laboral con la familiar, de la mejor manera posible, y como ocurría hoy día con la mayoría de las parejas, se divorciaron

gracias a una tercera persona que prefería obviar.

No fue una buena época para nadie.

Mientras caminaba hacia el restaurante, con la chaqueta bajo el brazo, presagiaba una bajada de temperaturas, recordé aquella conversación con mi padre, años atrás, cuando las cosas no iban bien y todavía pensábamos en un futuro juntos.

—Me han ofrecido un proyecto que no puedo rechazar.

—¿El que me comentaste de la clínica?

—Exacto, ya le he dicho al hospital que me marcho.

—¿Y mamá qué opina?

—Ya la conoces… —Soltó el aire con pesadumbre—. Ella es mucho más conservadora, yo lo veo una oportunidad increíble, trabajaré con técnicas pioneras, sin límite de costes. Con el mejor equipo seleccionado por mí. Ni en mis mejores sueños podría haber imaginado algo así, además, el sueldo triplica al que recibo aquí.

—Suena bien.

—¡Claro que sí! ¿Y sabes lo mejor? —Negué—. Quieren implantar un departamento específico de gestación.

—¿Gestación?

—Sí, ya sabes, hay parejas a las que les cuesta ser padres, les ayudaremos, por supuesto que he sacado tu nombre a colación y están dispuestos a que lleves el departamento.

—¿En serio?

—¿Te imaginas?, tú y yo trabajando juntos… Sería increíble.

Me quedaba un año para terminar la residencia y, aunque lo que me proponía mi padre sonaba de maravilla, me apetecía marcharme tiempo para echar una mano a los más necesitados, fuera de los Estados Unidos.

Lo había planeado con mi amigo Marcus y no iba a echarme atrás.

Quizá, si no me hubiera acogido al programa de Médicos Sin Fronteras, las cosas habrían salido de otra manera.

Sacudí la cabeza, apartando aquel pensamiento recurrente. Había decidido hacía mucho tiempo no brindarle ni un ápice de espacio e iba seguir cumpliendo.

Abrí la puerta del restaurante y entré. El ambiente era acogedor, como siempre, con las luces cálidas y ese murmullo de conversaciones tranquilas.

Mi madre ya estaba allí, sentada en la mesa junto a Soph, sonreí al verlas.

Mi hermana vestía con una clase innata, casi siempre con traje chaqueta y gafas oscuras.

A sus veintisiete años, era increíblemente autónoma, considerando que prácticamente no veía más que sombras debido a una enfermedad degenerativa que le había arrebatado la visión desde la adolescencia.

Recuerdo el día en que nos dijeron que Sophie iba a perderla como si fuera ayer. Tenía doce años y estábamos en la consulta de un oftalmólogo al que mis padres habían recurrido después de meses de pruebas, estudios y viajes. Yo estaba en la universidad, pero hice lo imposible para estar allí ese día. Sabía que no se trataba de una visita de rutina, aunque mis padres intentaron suavizarlo.

Ella siempre había sido una niña muy fuerte, pero ¿quién está preparado para recibir una noticia así cuando su mayor sueño era convertirse en astrofísica para estudiar las estrellas?

El médico fue directo, no obstante, le dio la noticia a mi hermana con la delicadeza que la situación requería.

—Pequeña, tienes una enfermedad degenerativa, ¿sabes lo que significa?

El labio de mi madre, que siempre permanecía estoica, tembló. Mi padre le agarró la mano que arrugaba el fino tejido del pantalón.

—No —dijo Soph con voz trémula.

—Significa que, con el tiempo, lo que ahora son sombras y destellos de luz se irán desvaneciendo por completo, como cuando a una linterna se le acaban las pilas, solo que en tu caso no podremos cambiarlas por otras. Llegará el día en que todo se apague y te encuentres frente a frente con la oscuridad.

—No, ¿no podré volver a ver las estrellas? —preguntó con aquella inocencia que me retorció las tripas. Una lágrima solitaria se desprendió por la mejilla de mi madre y mi padre maldijo por lo bajo.

—No, pero las podrás imaginar, las podrás recordar grabándolas a fuego en tu mente, no es lo mismo que alguien que no ha visto jamás, tú si lo haces. —Ella asintió.

Mis padres no dijeron nada en aquel momento, pero el silencio en la sala fue devastador. Era como si cada palabra del médico cayera como un martillo.

Después de salir del hospital, mi madre, tan acostumbrada a manejar la presión de una sala de operaciones, no podía disimular el dolor. Mi padre, que siempre parecía tener una solución para todo, solo se limitó a apretar los labios en una línea recta, incapaz de ofrecer algo que pudiera cambiar la realidad.

Soph fue la primera en hablar.

—No pasa nada, estoy bien, aprenderé a recordar —dijo con una sonrisa que no parecía forzada. Sus palabras, aunque tranquilizadoras, me partieron en dos.

Durante semanas después de aquella visita, intentamos adaptarnos a la noticia. Mis padres consultaron a especialistas de todo el mundo, buscaron tratamientos, terapias alternativas, la respuesta siempre era la misma, no había solución.

Sabían que la ciencia no la tenía, pero no podían rendirse sin pelear. Eso fue algo que siempre admiré de ellos, incluso, cuando la batalla estaba perdida, no dejaron de intentarlo.

Mi hermana jamás se quejó, era increíblemente madura para su edad, lo que a veces me rompía el corazón más que la enfermedad en sí. Su mundo se estaba apagando lentamente y ella lo aceptaba con una dignidad que yo ni siquiera sabía que existía.

Una vez la escuché incluso consolar a mi madre.

—No te preocupes, el doctor Holmes me dijo que desarrollaré más mis otros sentidos, será como tener superpoderes.

Pero, a pesar de su fuerza, yo sabía que había noches en que lloraba sola en su cuarto, que había días en los que le costaba aceptar lo que venía.

Por eso decidí que quería hacer algo especial para ella, algo que pudiera llevarse cuando la oscuridad fuera total.

Empecé a recopilar todos nuestros momentos juntos. Hice videos de los lugares que más le gustaban, grabé su risa, nuestras conversaciones, metí objetos con texturas que la hicieran viajar a instantes concretos. Una guía de sabores, de aromas, asociados a vivencias especiales. Cualquier cosa que pudiera ser un ancla para ella cuando ya no pudiera vernos las caras. Sabía

que nunca reemplazaría la visión, pero quería que tuviera aquel álbum especial, dentro de una caja a la que bauticé *Inmemoriam*.

Se la di cuando cumplió los dieciséis, Sophie la llamaba su «colección de recuerdos», y aunque intentó mantenerse fuerte, no pudo evitar romper a llorar cuando vio lo que había hecho.

—Cuando ya no puedas ver las estrellas, las tendrás todas aquí —murmuré, haciéndole pasar los dedos por una pintura hecha con relieve que tenía un interruptor. Una vez lo pulsabas, pequeñas bombillas se prendían emanando calor.

—Gracias, Corey —me dijo, abrazándome con fuerza.

Ese fue uno de los momentos más tiernos que compartimos, y desde entonces, cada vez que veía a mi hermana, enfrentándose a su realidad con valentía, recordaba por qué siempre la había adorado tanto.

En ese momento, trabajaba en el departamento de astrofísica del Museo Americano de Historia Natural, en el famoso Hayden Planetarium. Sophie se encargaba de hacer proyectos de análisis de datos convirtiendo los datos visuales en formatos accesibles, como descripciones auditivas o lecturas en Braille.

—¡Corey! —me llamó mi madre, levantando la mano.

—¿Dónde están las mujeres más guapas de todo el restaurante? —pregunté sonriente mientras me acercaba a saludarlas—. ¿Y Zack?

—Debe estar aparcando —respondió mi hermana, con una sonrisa suave.

Tomé asiento y comencé a charlar con ellas interesándome sobre cómo le iba a Sophie en su trabajo y si por fin habían hecho contacto extraterrestre.

El camarero vino a tomar nota, al ver que mis chicas bebían un *Aperol Spriz* para abrir el apetito, decidí sumarme.

Zack llegó apenas unos minutos después, lleno de energía como siempre, alzando el dedo porque estaba hablando por teléfono, y por la intensidad que traía, estaba seguro de que se trataba de algún negocio que tenía entre manos.

La ambición de mi hermano por una vida llena de lujo no conocía límites, por eso se volcó en el mundo de las *cryptomonedas* y el *trading*.

—¡Ya estoy aquí! —anunció, dejando caer su chaqueta en la silla y dándonos un abrazo a todos—. ¿Cómo están los Blackwood? ¿Listos para conquistar el mundo?

Zack siempre tuvo un don para aligerar el ambiente, se sumó a la ronda de *Aperoles* y pronto empezamos a pedir.

Mientras esperábamos la comida, la conversación viró en mi dirección, tampoco es que esperara que no me preguntaran por la clínica y se mantuvieran al margen.

—¿Cómo vais Marcus y tú? ¿Sigue en pie el proyecto de la ampliación y renovación del material médico? —preguntó mi madre, mirándome con curiosidad.

Suspiré.

—Ojalá pudiera decir que va viento en popa... —admití, encogiéndome de hombros—. Pero, ya sabes…, apenas tenemos financiación y los recursos se nos están agotando. Es difícil plantearnos una ampliación o cambio de material sin ayuda externa.

—¿Has pensado en alguna solución? —preguntó Zack, curioso—. Tal vez deberías hacer algo más grande, buscar inversores, yo podría ayudarte a meterte en el mundo *crypto*…

—Te lo agradezco, pero no puedo permitirme perder un solo dólar.

—Es bastante fiable. —Lo miré alzando las cejas—. Vale, bueno, a veces falla, pero…

—Zack, cariño, la solución de tu hermano no pasa por las inversiones de riesgo —comentó mi madre.

—Otra opción sería hablar con... —Zack se detuvo, pero todos sabíamos lo que iba a decir—. Papá.

De los tres era el que más relación tenía con él.

El ambiente se tensó. Sentí cómo la incomodidad se instalaba en la mesa. Mi madre mantuvo la compostura, pero todos sabíamos que esa era una conversación que siempre causaba problemas.

—¿Siempre tienes que traerlo al restaurante, aunque haga años que no esté? —preguntó mi hermana cortante. No era el momento ni el lugar para hablar de él.

Zack levantó las manos, como disculpándose.

—Lo siento, ¿vale? Solo era una sugerencia, él está en el sector y trabaja con gente que le debe muchos favores y están forrados. ¡Les cambia el puto corazón!

—Esa boca —lo corrigió mi madre.

—Perdón.

Sophie torció los labios, mi madre también frunció el ceño levemente. Se mantuvo en silencio, observando a Zack con esa mirada que solo ella podía usar cuando estaba molesta sin querer mostrarlo.

—Zack, no es tan sencillo —dije, tratando de sonar neutral, sin embargo, sentí una presión en el pecho que me recordaba la verdadera complejidad del asunto—. La clínica está prácticamente en números rojos. No puedo pedirle a nadie que lo arregle con una llamada por muchos favores que le deban.

—Eso no lo sabes, quizá puedan donar algo. O tú podrías mencionarlo en una conversación casual, sin compromiso, quizá si fueras a verlo… —insistió, mirándome de soslayo.

Sophie apoyó su bebida con demasiada fuerza sobre la mesa.

—No puedo creer que hayas dicho eso después de lo que pasó. Ni Corey ni mamá ni yo tenemos ganas de pedirle nada a papá. Sabes que no es tan simple. Ni siquiera sé cómo se te ha pasado algo así por esa cabeza de chorlito.

—Eh, sin insultar —murmuró contrito—. Lo siento, solo quería ayudar.

—Encontraremos otra manera —respondí, tratando de zanjar la conversación. Noté la mirada furtiva de mi madre sobre mí, una mezcla de apoyo y preocupación—. Vamos a pensar en algo, pero sin involucrar a quien no debemos.

Hubo un breve silencio. Zack asintió lentamente, antes de cambiar el tema con un comentario sobre una conferencia reciente que había dado sobre motivación y consecución de metas.

Agradecí la oportunidad de dejar de pensar en la clínica, al menos, por un rato.

Pero sabía que la conversación no terminaría ahí, que el tema volvería, como siempre, y la herida se abriría de nuevo, sin que pudiera ponerle remedio. ¿Acaso se había llegado a cerrar alguna vez? Lo dudaba.

CAP Í TULO 7



Mary Kate

Habían pasado cuatro días desde el ataque, pero en mi mente seguían siendo minutos, horas. Me despertaba agitada, sudorosa y sin aire. Cada noche revivía la pesadilla de lo ocurrido, y lo único que sentía era dolor. No solo el de las heridas, sino también el de la incertidumbre, el miedo, la vergüenza y el no saber qué hacer con mi vida cuando me dieran el alta. Nunca había estado tan fuera de lugar.

Cuando la policía fue a interrogarme, me sentí pequeña, como si me hubieran arrancado de raíz y soltado en mitad de ninguna parte.

Dos oficiales entraron en la habitación, invadiendo el poco espacio que había. Sus caras eran serias, y aunque intentaban suavizar sus gestos, no funcionaba.

No podía mirarlos a los ojos. Hablar con un hombre que no pertenecía a Nuevo Amanecer estaba prohibido. Mis padres me habían inculcado eso desde pequeña y aquel par uniformado imponía demasiado.

—Señorita Adams, necesitamos que nos ayude a entender qué le pasó —dijo uno de ellos, el de voz más suave—. ¿Venía de sacar dinero de algún cajero? A veces se trata de indigentes que llevan un buen rato observando. ¿Recuerda algo más del ataque?

El doctor Grant se había quedado en la puerta y los contemplaba mientras ellos me interrogaban.

—Yo-yo… No... —balbuceé, apretando las manos sobre la sábana—. Me empujaron y caí. —Sabía lo que era un cajero, había banco en Saint Valentine Falls—. No había ido a ningún banco, no-no tengo cuenta. Solo recuerdo que me golpeé la cabeza y después contra el suelo.

—¿Eran hombres? ¿Mujeres? ¿Recuerda algún detalle sobre su acento, el color de su piel o algo que pueda ayudarnos a identificarlos?

—No-no sé si eran hombres o mujeres..., ni cómo eran, apenas me di cuenta de lo que ocurría.

El otro oficial intervino, su tono era más práctico, aunque no sonaba cruel.

—Intente recordar, señorita Adams, puede que se le esté pasando por alto, quizá vio su altura, el calzado, el olor… ¿Hubo algo que llamara su atención?

Negué con la cabeza. Todo estaba borroso, una nube gris. Me sentía inútil, como si lo que me había pasado no valiera la pena investigarlo porque ni siquiera podía ayudarles a descubrir quién lo hizo.

—No recuerda nada, no la presionen más —intervino Marcus con el ceño fruncido. Los agentes lo miraron de soslayo.

—Está bien. —El primer oficial volvió a hablar, dándome una pequeña sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Vamos a revisar las cámaras de la zona. Quizá encontremos una pista en ellas, pero... —hizo una pausa, como si no quisiera prometer demasiado— no la voy a engañar, sin tener una sola descripción es complicado. A veces no se capta nada útil.

Asentí.

—¿Qué llevaba consigo cuando la atacaron? —preguntó el otro—. Necesitamos saber si le robaron algo de valor.

Cerré los ojos un momento y traté de concentrarme.

—U-una bolsa... —empecé, en ella iba lo poco que me quedaba—. Tenía algo de dinero, no mucho, la documentación, ropa y un rosario de perlas rojas.

—Bien, eso puede ser útil, a veces acuden a casas de empeño para vender joyas. ¿Me lo puede describir? —El oficial tomó nota.

—La ayudaremos con los trámites —se ofreció el otro—, dudo que el dinero aparezca, pero en algunos casos se recuperan los documentos. Tiene que pasar por la comisaría para denunciar el robo y comenzar el proceso de reposición.

La simple idea de moverme fuera de la clínica, fuera de ese cuarto, me aterraba. Abrí la boca para decir algo, pero no salió ni una palabra.

—Perdón que los interrumpa de nuevo, agentes. —La voz del doctor Grant sonó firme pero amable—. Mi paciente ha tenido suficiente estrés por hoy y es imprescindible que descanse.

Ambos policías asintieron y se despidieron de mí. Cuando la puerta se cerró tras ellos, el aire pareció volverse menos pesado.

—Mary Kate, ¿estás bien? —Marcus me miró con ojos llenos de comprensión, sacándome de mis pensamientos.

Nunca había sentido tanta vergüenza de que un hombre me viera en ese estado, pero había algo en su manera de observarme que provocaba que me sintiera así.

Sabía que era médico, lo cual no le restaba atractivo, más bien se lo sumaba, y que siempre me hablara de un modo suave, con aquella expresión que parecía entender que estaba perdida, que no me juzgaba por ello… me hacía sentir vulnerable.

Parecía una persona compasiva, de hecho, había escuchado a las enfermeras hablar muy bien del doctor Grant y que la mujer que lo enamorara se llevaría un gran partido.

—¿Cómo te sientes? —preguntó sin alzar demasiado la voz.

Era la pregunta que más se repetía desde que llegué a Nueva York. Cada día que pasaba

estaba menos incómoda en su presencia.

Desvié la mirada, intentando no cruzar mis ojos con los suyos, como siempre me habían enseñado; aunque ya no fuera amaneciense, las costumbres estaban muy arraigadas en mí.

Mis dedos juguetearon con el borde de la sábana, y sentí que el peso de mis emociones comenzaba a aplastarme.

—Hoy me duele un poco menos.

—No me refería a eso. —Alcé la barbilla. Sus ojos oscuros eran penetrantes, insondables, aunque había cordialidad en sus gestos.

—Perdida —confesé.

—Es normal que te sientas así después de lo que te ha pasado. —Se acercó, inclinándose a una distancia prudencial. Se notaba que intentaba no hacerme sentir incómoda—. Tienes que tomarte tu tiempo, no te fuerces.

¿Mi tiempo? ¿Y cuánto era eso? ¿Cuántos días podría quedarme allí? Todo tenía una duración determinada. ¿Qué hacía una mujer en mi situación? ¿Una que no tiene un lugar al que ir o al que volver? Además, ¡estaba esperando un bebé!

—La doctora Harris, nuestra oftalmóloga, me ha dicho que tu ojo no tiene nada más allá del golpe, aunque me encantaría que pudieras quedarte en la clínica hasta recuperarte del todo, no podemos, hay algunos enfermos que necesitan con urgencia una cama porque se trata de casos críticos. ¿Lo entiendes? —Asentí agobiada—. En unos días podríamos darte el alta —añadió, intentando que aquello sonara a buenas noticias—. Aunque todavía necesitarás reposo, no te preocupes.

«¿Que no me preocupara? ¡Ja!».

—Ya… Em… Muchas gracias po-por todo lo que están haciendo por mí, les estoy muy agradecida. ¿Dónde voy a ir cuando me den el alta? —Antes de darme cuenta, la pregunta había salido sola.

No tenía casa, ni dinero, ni siquiera un cambio de ropa.

El doctor Grant me miró con una mezcla de compasión y algo más que no pude descifrar.

—¿No tienes a nadie en Nueva York? —Su voz profunda y sonora reverberó en mi interior.

¿Lo había dicho en voz alta?

Negué hundiéndome en mi propia miseria, notando el sonrojo ascender por mi cuello.

—Hay programas de asistencia. Podemos ayudarte con eso, o si necesitas dinero para volver con tu familia, yo podría prestártelo. —¿Qué iba a decirle? ¿Que no había familia a la que volver?—. Lo más importante ahora es que te recuperes bien. ¿De acuerdo?

Sabía que intentaba ser amable, pero la realidad de mi nueva vida me engullía en un pozo sin fondo del que no iba a ser capaz de salir. Todo se desmoronaba, mi comunidad, mis creencias, y lo peor de todo era que iba cuesta abajo y sin frenos.

—Tienes que ser fuerte, Mary Kate —dijo con una calidez que pocas veces había escuchado en un hombre—. Estaré aquí para ayudarte a sobrellevar esta situación. ¿De acuerdo?

Lo miré un segundo, solo uno, y luego volví a apartar la vista. Mi madre me diría que estaba mal confiar en un extraño, en un hombre que nada tenía que ver con Nuevo Amanecer, de hecho, la única vez que lo había hecho, el resultado había sido funesto. Sin embargo, algo dentro de mí..., algo que no entendía, me decía que tal vez podría confiar en el doctor Grant.

Tal vez.

No había vuelto a ver a Corey, quizá fuera porque me evitaba, o quizá había hecho como mi familia y cumplido su promesa de no volver a cruzarse en mi camino nunca más.

Ya no sabía qué pensar.

Alguien llamó a la puerta, era Carol, la enfermera de mi zona, la que me ayudaba a asearme, a peinarme, me hacía las curas y siempre traía consigo su bonita sonrisa.

—¿Cómo está mi paciente favorita? —preguntó sonriente—. Fíjate, ese ojo está bastante mejor. Esa crema que te dio la doctora Harris te ha bajado la inflamación.

Me había visto en el espejo y lo cierto era que daba miedo verme. Seguía del tamaño de una pelota, de un color púrpura intenso, no obstante, ya podía abrir el párpado con suavidad.

—Te traigo la comida —dijo, acercando la bandeja a la cama—. No se parece en nada a lo que sirven en el Eleven Madison Park, pero es comestible y nutritivo, que es lo que importa.

La puso delante de mí.

—El menú de hoy incluye una deliciosa sopa de verduras sin sabor, calabacín a la plancha y merluza congelada al vapor algo seca. Como acompañamiento, pan sin sal, agua y gelatina de fresa. Entre tú y yo, el postre es lo mejor, aunque sea lo más artificial.

Le sonreí un poco.

—Gracias, seguro que está muy rico.

—Seguro que no, pero es lo que hay, cielo. Ojalá tuviéramos más dinero para conseguir la ampliación que quieren hacer Marcus y Corey, así podríamos tener cocina propia, buscar un equipo en condiciones y dejar de servir este *catering* tan poco sabroso.

—Lo importante es comer.

—Ojalá todos fueran tan agradecidos como tú —murmuró ella.

—¿Se puede?

Una voz que no me sonaba se asomó por la puerta.

—Vaya, al parecer, tienes visita. Os dejo, chicas, tengo que seguir repartiendo bazofia —me guiñó un ojo. Carol no tenía pelos en la lengua.

Una mujer menuda, pelirroja y muy guapa entró en el cuarto. ¿Sería la chica que me dijo el doctor Grant que podría ayudarme a buscar un lugar en el que quedarme?

—Hola —me saludó la desconocida con una energía desbordante—. Soy Janelle, aunque puedes llamarme Jane si lo prefieres, o Duendecilla, a Corey le encanta llamarme así. —Estreché la mirada confundida. ¿Corey la llamaba Duendecilla?—. Perdona, debes pensar que soy una chiflada, tú y yo ya nos conocemos, soy la chica que estaba con él en el club la noche que viniste buscándole.

—Oh.

—Es normal que no me reconozcas, iba bastante más desnuda y enmascarada. —Tenía una verborrea chispeante que me hacía desear que no dejara de hablar nunca—. También fui la que te encontró en el callejón.

—¿Fuiste tú? —Aquello sí que me sorprendió.

Las enfermeras me contaron que me trajo una mujer, la misma que impidió que me siguieran golpeando y les dio el alto a mis atacantes.

—Ajá.

Janelle se acercó y arrugó la nariz al ver mi bandeja.

—Chica, qué mala pinta tiene todo… No me extraña que esa enfermera haya dicho que es bazofia, yo de ti les pondría una hoja de reclamación —rio por lo bajo.

—Lo importante es que alimenta.

—Si tú lo dices…

Se sentó al borde de la cama y miró mi rostro.

—Te juro que, como pillen a esos cabrones, les doy la paliza de sus vidas.

—¿Tú? —pregunté asombrada al ver lo diminuta que era.

—Soy pequeñita, pero matona. —Reí.

Dolió, pero no importó, apenas recordaba el sonido de mi propia risa.

—G-gracias por socorrerme.

—Cualquiera lo hubiera hecho, bueno, puede que en esta ciudad sea un poco más difícil que alguien mueva el culo por ti, pero todavía queda gente buena. Venga, come tu pedazo de menú degustación, no quiero que se te enfríe el cuenco de agua sucia.

»Por el amor de Gordon Ramsey, ¡quien haya hecho esta mierda se ha cubierto de gloria, estaría eliminado en la primera ronda en *MasterChef*! ¿No crees?

—No sé quién es ese gordo —fue lo único con lo que me quedé, hablaba demasiado rápido.

—Gordo, no, ¡Gordon! ¿No has visto nunca *MasterChef*? —Negué—. ¿Ni te suena *Hell's Kitchen* o *Kitchen Nightmares*?

—Lo siento.

—¿No te gustan los programas de cocina?

—Me gusta la cocina, pero no sé qué es un programa.

Ella me miró con extrañeza.

—¿De qué puta nave nodriza te has escapado? El único motivo por el que alguien en Estados Unidos no conoce al chef Ramsey es porque ha sido abducido por seres de otro planeta. ¡Si ha salido en prácticamente todos los programas de la tele!

—¡Oh! ¡Nunca he visto la tele!

Su expresión mutó, aquellos ojos se abrieron muchísimo, al igual que la boca en forma de corazón.

—¡No jodas!

—En mi comunidad estaba prohibido verla, tampoco teníamos luz eléctrica o teléfonos móviles.

—¿Por qué?

—El maligno podía habitar en ellos.

—¡Pues al final sí que va a resultar que eres de otro planeta! —Volví a sonreír, había algo en ella que me invitaba a hablar—. Venga, cuéntame más mientras comes, siento muchísima curiosidad por ese maligno del que me hablas, seguro que tiene un rabo enorme, todos los malignos suelen tenerlo.

Pasamos varias horas hablando, fue raro, como si la conociera desde siempre y no se tratara de una extraña que me había salvado la vida en el ataque. En algunas cosas se parecía a Beth, aunque no dejaba de soltar palabrotas.

Alguien llamó a la puerta, era el doctor Grant, el cual miró a Janelle con el ceño arrugado, nunca lo había visto con una expresión tan adusta.

Llevaba él mismo la bandeja de la cena, lo que hizo que se me colorearan las mejillas. Casi siempre eran las enfermeras las que me la traían, a esas horas, él ya debería haberse ido a casa, llevaba desde la madrugada en la clínica.

—Hace setenta minutos que ha terminado el turno de visitas —informó inflexible.

CAP Í TULO 8



Janelle

Alcé las cejas y miré al tipo impertinente con el que me crucé la vez que traje a Mary Kate al hospital. El mismo al que voceé si se iba a quedar mirando o iba a mover el culo de una puta vez cuando parecía tener los pies clavados en el suelo.

Después me dijeron que era el director de la clínica, por mí como si era Dios reencarnado, necesitaba ayuda.

Clavé mi mirada de Freya la destructora en él.

—¿En serio? Disculpa, no escuché el anuncio del jefe del Capitolio anunciando el fin de turnos de visitas. —Moví los dedos al más puro estilo Katniss Everdeen, causando que su expresión irritada se frunciera todavía más.

Llevaba toda la tarde metida en esa habitación, sin mirar una sola vez al móvil porque toda mi atención estaba puesta en la mujer que estaba tumbada en la cama. No sabía qué me encontraría cuando me presenté, pero desde luego que no contaba con una chica que había vivido en una burbuja que la aislaba de la realidad.

Nuevo Amanecer la había mantenido en un lugar paralelo que me dejaba sin aliento y me llenaba de impotencia.

Que no supiera quién era Gordon Ramsay, o hubiera realizado una sola llamada por teléfono, era lo de menos.

Lo que más me dolió escuchar era el papel que las mujeres tenían en su comunidad. Que en Estados Unidos, en pleno siglo XXI, hubiera una panda de botarates que las mantuviera totalmente sometidas, anuladas, pisoteadas y relegadas a ser una sombra de sus maridos me llenó de una mala leche sin precedentes.

Para alguien como yo, que había hecho prácticamente lo que me daba la gana toda la vida, aquello era impensable.

Mary Kate tenía algo... Una dulzura natural que la hacía fácil de querer. No había malicia en ella, ni secretos oscuros, o al menos eso parecía, lo que me empujaba a querer comprender por qué alguien así, una persona que jamás había salido de aquel recóndito lugar de Missouri, se

atrevería a cruzar el país, sola, sin ayuda, sin recursos, para ir en busca de un estríper como padre de su bebé. Corey me dijo que fue el rollo de una noche, ella no sabía que era médico, además, ni siquiera cobraba por ello. Dudaba que se tratara de una cazafortunas.

No me atreví a preguntárselo directamente, claro. Una tarde de cháchara no era el tiempo suficiente, ni te otorgaba la confianza necesaria como para lanzar una pregunta tipo: «Oye, ¿estás segura de que solo te lo tiraste a él aquella noche? ¿No te pillarías un pedo de la hostia y te hicieron estrella porno de una *gangbang*?».

Tampoco es que la viera en ese plano…

No, no iba a funcionar, prefería ganármela poco a poco y averiguar la verdad.

Ni siquiera me di cuenta de que se había hecho tan tarde, mi pretensión había sido pasar con ella una hora, a lo sumo dos.

Aunque el macizo insondable del doctor Grant me hizo saber que el tiempo había concluido, entró con el ceño fruncido y actitud de general, a punto de inscribirme como tributo voluntario en *Los Juegos del Hambre*.

Tras mi respuesta, lo miré con mi mejor sonrisa afilada y él entrecerró los ojos con disgusto.

¿Estaría decidiendo ignorarme, o lanzarme por la ventana?

—En este lugar todo el mundo conoce los horarios, no es necesario anunciarlos a cañonazos. Mary Kate necesita descansar y, por lo que me han dicho, usted y su incontrolable verborrea llevan aquí desde la hora de la comida, seguro que la está molestando.

«¡Mecagüen…!».

—No…, a mí no… —murmuró ella, callando y bajando la vista cuando Marcus la enfocó en su dirección.

Sentí una rabia profunda, quizá no exactamente contra él, más bien era contra todo el puto patriarcado que pensaba que podían seguir teniéndonos calladitas y bajo la suela de su zapato.

—¿Lo de ser un borde profesional entra dentro del juramento hipocrático? Porque se le da de maravilla, doctorrr. —Le sonreí con sarcasmo y alargué la erre para que sonara más irritante.

Él se cruzó de brazos, con aquellos ojos oscuros puestos en mí.

—Si tiene algún interés especial en postergar su estancia aquí, puede apuntarse en nuestra lista de voluntarios. Mientras no sea una de ellos, deberá irse y dejar tranquila a «mi» paciente —recalcó—. Por si nadie se lo ha advertido, necesita reposo absoluto y dudo que usted y su soniquete agudo se lo estén dando.

«¿Soniquete agudo?».

Me puse en pie.

—Le sorprendería el reposo que soy capaz de dar, aunque para eso me tendría que interesar, y usted no me interesa en absoluto.

—¡Mire qué bien! Ya somos dos. Si lo que busca es espectáculo, está en el lugar equivocado. Esto no es el SKS y dudo que Mary Kate quiera seguir sus pasos.

Lo miré asombrada, así que se trataba de eso.

Algunos hombres de mentalidad rígida veían bien que otros tíos se despelotaran, pero si lo hacía una mujer… Ay, amigo, entonces la cosa cambiaba.

—Vaya, doctor, ¡veo que para no tener ningún interés se ha informado bastante bien de a qué me dedico! Me siento halagada. Aunque déjeme decirle que, si en algún momento se le ocurre morder la manzana y caer en la tentación, a usted no le regalaría ni un minuto extra del tiempo consumido.

—Yo nunca pagaría por verla bailar.

—Lógico, es demasiado sieso como para cruzar la línea y hacer algo que desafíe su moral, como ver los preciosos círculos que soy capaz de trazar con mis pezoneras de pompones. Menos mal que los tíos como usted se están extinguiendo como los dinosaurios. —Me di la vuelta con un golpe de melena para mirar a Mary Kate—. Pasaré a verte mañana, en horario de visita. —Se oyó un bufido exasperado a mi espalda que hizo que devolviera mi atención hacia el doctor capullo.

»No se preocupe, me aseguraré de que no sea en su turno y me pondré la alarma para no destrozar la recuperación de su paciente. ¡Hasta mañana, Mary Kate! —dije, alzando la mano en tono alegre mientras caminaba contoneando exageradamente mis caderas.

Cuando llegué a la altura de Grant, farfullé un:

—No hace falta que me acompañe a la puerta, me sé el camino perfectamente y no necesito migas de pan para regresar sin perderme, el aroma de su rancia compasión es más que suficiente.

Habría jurado que lo que tensó sus labios era algo parecido a una sonrisa, aunque quizá era que quería lanzarme un mordisco para pegarme la rabia.

No me quedé el tiempo suficiente como para comprobarlo.

Aquel hombre era como un maldito puercoespín dispuesto a arrojar sus púas, y por alguna razón desconocida, me daban ganas de arrancárselas una a una.

Salí de la clínica antes de que Grant me diera un ataque de sarcasmo terminal. No podía soportar su aire de hombre perfecto y correcto. Ese tipo de tíos siempre chocaban conmigo. En fin, no tenía tiempo para quedarme a discutir con el doctor guapito. Lo único que me apetecía era una hamburguesa antes de llegar al SKS. Aún faltaban un par de horas para mi turno, pero el día había sido largo y, para qué mentir, la charla con Mary Kate me dejó pensativa.

No podía sacarme de la cabeza que acusara a Corey porque sí. Algo no cuadraba y daría con ello me costara lo que me costase.

Me comí la cena antes de montarme en la *scooter*. Los jugos de la carne goteaban por mis dedos, pero no me importaba, ya me daría una ducha en el club.

Llegué al SKS sobrada de tiempo, no pensaba encontrarme a nadie ahí, salvo al tipo de seguridad, el *boss* solía acercarse a la sala cuando la acción estaba en pleno apogeo y se requerían sus servicios, me extrañó encontrarlo con Corey jugando a los secretitos, aunque no era ninguno que se llevaban de puta madre.

No me lo pensé dos veces y me acerqué.

—¿Interrumpo? —Los dos me contemplaron divertidos.

—Tú siempre interrumpes, pero está bien —murmuró Jordan—. Yo ya me iba.

—Todavía espero que me des las gracias por hacer aumentar los beneficios con mis actuaciones, *boss*. —Él hizo rodar los ojos divertido.

—No necesitas que nadie más te regale los oídos, los números bastan y sobran como para que me coma lo que dije durante años.

—Puede, pero no deja de ser divertido escuchar al jefe admitirlo.

—Gracias, Janelle, eres un pecado capital cojonudo y nos vamos a hacer de oro gracias a ti y tus números.

—Mmm, ¡qué bien ha sonado eso! ¡Yo también te quiero, *boss*!

Él rio ronco y se marchó dejándonos a solas mientras a mi amigo le brillaba la mirada.

—Eres la única mujer que conozco que lo pone contra las cuerdas.

—Ya dará con alguna que lo haga, al igual que tu amigo Marcus, menudo puto grano en el culo que está hecho. Como médico será buenísimo, pero como hombre es un cabrón.

—¿Marcus?

—Ajá, ya sabes, pelo rapado, ojos oscuros, muy listo, con mucho control de la situación, pero tiene un palo metido por donde no da el sol. —Me crucé de brazos—. ¿Siempre es así?

Corey dejó el vaso en la barra y me miró como si intentara no reírse.

—Marcus es... serio, pero no es mal tipo, en Afganistán salvó a muchos soldados.

—Pues aquí es una granada a la que le han arrancado la argolla y pide a gritos un cuerpo al suelo.

—¿Qué le has hecho?

—¿Por qué he tenido que ser yo?

—Porque no existe un hombre más íntegro y respetuoso en la faz de la Tierra que él.

—Pues a mí parece tenerme ojeriza, debe ser que no le gustan mis tetas.

Corey se pasó la mano por la nuca.

—Las tetas le gustan.

—Entonces será que las mías lo incomodan.

—¿Dónde lo has visto?

—Ya te dije que me pasaría por la clínica a ver a Mary Kate. He ido hoy y casi me multa cuando me pasé del horario de visitas, menos mal que tu amigo tuvo a bien expulsarme de la habitación.

Su expresión cambió.

—¿Cómo la has encontrado? —Obvió de lleno al doctor Grant.

—¿Eres tú el médico, el que trabaja ahí, y tengo que ser yo quien la diagnostique? ¿Dónde te sacaste la carrera?

—Hoy no he podido pasarme —contestó, dándole un trago a su bebida.

—Pues ya que lo preguntas, la futura madre de tu hijo me ha contado unas cuantas cosas interesantes.

—No es la futura madre de mi hijo.

—Pues la de tu hija, si el karma es justo, esa mujer tiene que parir una niña —contraataqué, haciendo que sus cejas se apretaran junto a sus labios—. Para empezar, no tenía ni idea de quién es Gordon Ramsay. ¡Ni siquiera ha usado un móvil nunca! ¿Sabes lo loca que suena esa mierda? Pertenece a una comunidad llamada Nuevo Amanecer, que está anclada en la época en la que la palabra mujer era sinónimo de mierda seca. Tendrías que haber escuchado algunas de las perlas que soltó por la boca.

Corey rio con amargura y negó con la cabeza.

—Parece increíble que siga habiendo sectas así, pero las hay, suelen ser familias que están hartas del sistema y buscan una vida…

—¿De sometimiento y servidumbre? Porque vaya tela. ¿Sabes que a las niñas les prohíben estudiar más allá de los nueve? No tienen acceso a libros fuera de su bien amado evangelio, con lo que a mí me gusta entonar el Dios te salve *Kamasutra*… Solo les enseñan a coser, planchar, hacer la comida, criar bebés y, sobre todo, a no molestar a sus maridos. Ni siquiera tienen derecho a hablar con hombres fuera de su comunidad o mirarlos a los ojos —bufé indignada.

—Suena bastante mal.

—Yo también lo creo, y llegados a este punto, me extraña que a ti te dejara meterle la puntita del martillo, son de las de vírgenes hasta el matrimonio. —Corey se medio atragantó—. Por eso me chirría lo del bebé y cómo conseguiste repiquetear entre sus muslos. No por tu físico, o tu excesivo encanto, me refiero a sus creencias. ¡Mary Kate parece de esas chicas que las siguen a

pies juntillas, supura inocencia!

»Te prometo que no quiero meterme donde no me llaman, pero algo no encaja, llevo pensándolo desde la noche que la vi aparecer aquí —señalé la barra. Le lancé una mirada, esperando ver alguna reacción en sus ojos, pero mantuvo el mismo control que en los últimos días—. ¿Tú crees que cabe una remota posibilidad de que uno de tus cabezones atravesara la gomita?

Corey respiró hondo, desvió la mirada hacia el techo.

—Ya sabes lo que pienso. Una cosa es que folláramos y otra que la preñara. No sé si esa noche se iluminó, le entró la curiosidad o quiso investigar por libre, la cosa es que usé condón y ese bebé no es mío, fin de la conversación.

—Seas el padre o no, estaría bien que fueras un poco más comprensivo con ella, se nota que está perdida y que lo está pasando mal.

Él asintió en silencio, sus ojos extraviados en algún lugar que iba más allá del bar.

—Gracias por haberla visitado esta tarde, seguro que le ha venido bien la visita.

—Mañana pienso volver, y me va a dar igual lo que diga el idiota de tu amigo, no voy a dar mi brazo a torcer. Mary Kate necesita que alguien le abra los ojos, y yo me he propuesto acogerla bajo mi ala.

—¡Que Dios la coja confesada si tú eres la elegida para esa misión!

—Dios no tiene nada que ver en esto. Dicen que a quien madruga Dios lo ayuda, Mary Kate madrugó y la atracaron, así que dejemos de un lado los poderes de Nuestro Señor.

—Amén —sentenció, dando un último trago a su vaso.

CAP Í TULO 9



Corey

Cuando al día siguiente de mi conversación con Janelle me acerqué a la puerta de la habitación de Mary Kate, escuché algo que me detuvo en seco. Risas. Unas risas suaves, casi contenidas, que parecían escapar por lo bajo.

Algo en ese sonido me trajo de vuelta a la primera vez que la oí reír, en aquel pequeño pueblo de Missouri.

Tara estaba pasando por uno de sus embrollos sentimentales, y me llamó para desahogarse, algo que hacía a menudo, especialmente cuando las cosas iban bien, como ocurrió con Marcus. Exacto, se liaron.

Aquello era la crónica de un desastre anunciado. Tara siempre había sido una persona de espíritu libre, que creía en las relaciones abiertas y sin ataduras, mientras que mi amigo era bastante conservador.

No terminaron mal, pero tampoco lo bien que se esperaba.

Tara puso tierra de por medio gracias a que su cliente principal, el cual se estaba recuperando de una lesión, se la llevó con él a Saint Valentine Falls.

Travis Wallace, el hermano de la *sheriff* y dueño del mejor restaurante del pueblo, se cruzó en su camino, y lo que empezó como una comida terminó con una empotrada en cualquier superficie y una ilusión que culminaría un año y medio después.

A mi amiga la ahogaban los para siempre, y cuando el agobio la consumió, me llamó.
Recuerdo el diálogo como si fuera ayer.

—Corey, ¿qué hago? —me dijo al otro lado del teléfono, la voz sonaba quebrada, como si el

peso del mundo le cayera encima—. No sé si estoy hecha para esto, para quedarme aquí para siempre. Travis es... diferente, no como los demás tíos con los que he estado y este sitio es el lugar ideal para echar raíces, pensar en tener hijos, la consulta me funciona a las mil maravillas, pero no sé si es para mí, solo tengo ganas de salir corriendo sin mirar atrás.

Yo, apoyado contra la pared de mi casa, miraba a los pequeños corretear detrás de una pelota en el parque que tenía delante.

—Tara, escucha. No tienes que quedarte si no lo sientes. Pero tampoco deberías huir solo porque te da miedo. Si Travis es importante para ti, podría valer la pena intentarlo, quizá haya llegado el momento de dejar de huir.

—Entonces, ¿por qué me siento así? Creo que el problema soy yo, que hay algo mal en mí que me empuja a irme cuando hombres perfectos se enamoran de mí. Además, me han hecho una oferta de trabajo cojonuda y en lo único que pienso es en coger el primer avión y largarme. Es imposible que esté enamorada y me sienta así, ¿no? Y lo peor de todo es que no quiero hacerle daño, pero sé que, si me quedo, también se lo haré tarde o temprano.

—Entonces, haz lo que te dicte el corazón —respondí—. Al fin y al cabo, es tu vida, lo superará.

Tara suspiró al otro lado de la línea, y el silencio nos envolvió durante unos segundos antes de que lo rompiera.

—Oye, sé que lo que te voy a pedir es mucho, pero no quiero cagarla. ¿Tú cuándo tienes vacaciones?

Un mes después me encontraba en ese pueblecito, con mi mejor amiga rota por haberle jodido la vida al que catalogaba como un tío cojonudo al que le había destrozado el corazón. Y la verdad es que era cierto, porque tuve el placer de hospedarme en el hotel donde Travis tenía el restaurante y me pareció un tipo al que habían jodido hasta el tuétano.

No pude negarme cuando Tara me pidió como favor que actuara en la improvisada despedida de soltera de la hermana de su ex, necesitaban un estríper y yo estaba allí.

Nunca actuaba sin la máscara en público, pero esa vez no podía negarme, total, ¿quién iba a venir de Missouri a Nueva York para buscarme?

Me consiguieron un disfraz de dios del Trueno y me dispuse a darles la diversión que venían buscando. Todo iba bien hasta que mis ojos se posaron en una chica al fondo de la sala.

Era rubia, con trenzas y vestida íntegramente de gris. Su disfraz no se parecía al del resto, igual ya no les quedaban más en la tienda y tuvo que conformarse con el de *La Casa de la Pradera*, que incluía delantal y cofia en la cabeza.

Era inevitable no verla, o por lo menos yo era incapaz de no hacerlo, quizá por aquella especie de luz triste que irradiaba.

No encajaba, eso estaba claro. Mientras todos los demás reían y disfrutaban, ella parecía un pez fuera del agua, observando todo desde una esquina.

Mi instinto me dijo que era la próxima a la que tenía que sacar a bailar, pero no tuve la oportunidad. Se esfumó en algún momento de la actuación sin que pudiera hacer nada.

Me cambié en el improvisado camerino que Travis instaló en su despacho, bebí la cerveza helada que me trajo la camarera y me escabullí por una puerta lateral que daba a la terraza exterior, sin incomodar a las chicas, que seguían de fiesta.

Quería tomar el aire.

Fue entonces cuando la vi de nuevo, con la vista puesta en las estrellas, oculta en un rincón.

Parecía estar buscando las respuestas que no encontraba, perdida en sus pensamientos. Y la sensación de que no encajaba volvió a mí con más fuerza que antes, atrayéndome como una polilla a la luz.

Me acerqué lentamente, no quería asustarla.

—Bonita noche —dije con una sonrisa ladeada.

Ella se giró, sorprendida, y sus mejillas se sonrojaron de inmediato. Eso la hizo terriblemente bonita. Era diferente a las mujeres con las que estaba acostumbrado a acostarme. No por su físico, era médico, en la carrera aprendes más pronto que tarde que, una vez nos quitas el exterior, todos somos un puñado de músculos, huesos, tendones y órganos.

Va a sonar a tópico, pero para que alguien llamara lo suficiente mi atención tenía que hacerme sentir diferente, y esa chica, que no intentaba impresionar a nadie, que no me lanzaba miradas coquetas ni hacía alarde de nada, esa que solo estaba allí vestida de gris, como si quisiera desaparecer en el silencio de la noche, lo hizo.

Consiguió que algo en mi interior hiciera clic.

De repente, tuve ganas de hacerla disfrutar, de hacerla sonreír y, ¿por qué no?, quizá incluso jadear.

Al imaginar su cuerpo curvilíneo atrapado por el mío, mi polla se tensó.

—Sí... —respondió con timidez a mi pregunta, mirando hacia el suelo con cierta incomodidad.

—¿Te gustan las estrellas?

—Me gusta imaginar qué hay más allá de ellas —murmuró sin decir mucho más.

Las comisuras de mis labios se alzaron.

—¿Y qué dirías si te digo que puedo hacer que las sientas? —pregunté, intentando sacarle conversación.

Ella parpadeó, sus ojos volaron a los míos y rio por lo bajo.

—Eso no puedes hacerlo.

Quizá, si no hubiera bebido esa cerveza tan rápido, habría tomado otra decisión; quizá, si me hubiera dado cuenta de que lo que estaba viendo en aquel instante iba más allá de lo que creía un simple disfraz, no habría sacado aquel condón.

Lo observó como si fuera la primera vez que veía uno.

—Es de manzana —agité las cejas a modo de explicación. A las mujeres con las que me acostaba solían gustarles de sabores, sobre todo, en las mamadas.

No dijo nada, tampoco se marchó, lo tomé como una invitación. Guardé el condón en el bolsillo trasero de mi pantalón, ya había dejado claras mis intenciones y tocaba disfrutar de los preliminares.

—Antes, ahí dentro, quería sacarte a la pista.

—¿A-a mí? —farfulló agitada.

Me dio la sensación de que le gustaba lo que estaba viendo, las señales estaban ahí, brillando con claridad absoluta.

Su pecho subía y bajaba rápido, tenía la respiración acelerada, se mordía el carnoso labio y las aletas de su nariz respingona estaban dilatadas.

Era joven, dulce, perfecta, una puta fruta prohibida que quería morder.

—¿A quién si no?

Me acerqué todavía más. Estaba apoyada contra la pared, los sonidos nocturnos de la naturaleza nos envolvían, las notas del tema que estaba sonando en el interior del restaurante se filtraban a través de las rendijas.

—¿Te apetece que bailemos?

—¿Co-como lo has hecho ahí?

—Un poco distinto, más íntimo —murmuré invitante.

—¿A-aquí?

La primera estrofa de *Angel*, de Tobi Mae, alcanzó mis oídos, era exactamente lo que parecía ella en ese preciso instante, un puto ángel tentador.

No le di opción a que vertiera más preguntas.

CAP Í TULO 10



Corey

Me pegué a su cuerpo para trazar suaves ondas contra el suyo, friccionándome con sutileza.

Se le cortó el aliento cuando clavé mis antebrazos en la pared, para enmarcar su bonita cara.

Los labios se abrieron como una maldita flor nocturna, mostrándome el tentador néctar que quería probar.

Sonreí. Ahí estaba el efecto que solía causar en las mujeres, aunque en ella era mucho más genuino, casi podría decir que embriagador.

Pasé mi nariz por el lateral de la única porción de cuello que quedaba al descubierto. Olía a flores recién cortadas, a leche y especias. Me permití darle un mordisco suave, que su camisa estuviera abotonada hasta la yugular tenía muchísimo más morbo que si le estuviera viendo las tetas.

Gimió. Fue algo sutil, casi imperceptible, y me descubrí pensando en cómo sonarían sus gritos si me la follaba.

La reacción fue inmediata, tenía una inmensa erección clavándose en su vientre, tenía que estar notándola por cojones.

Cogí sus manos y las introduje por debajo de mi camiseta, quería que me recorriera la carne sin pudor.

En cuanto sus palmas calientes se toparon con mi torso, pestañeó, contuvo el aliento, y yo sonreí.

—Tócame —le pedí—, todo lo que ves y lo que sientes es para ti.

Estaba muy cachondo, aquella emoción contenida que brillaba en aquellos pozos grises me excitó como nada. Ahora sabía de qué se trataba, era inocencia, candor, algo difícil de ver en el mundo en el que yo me movía.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté al ver que no se movía, quizá hubiera malinterpretado las señales.

—¡No! —me frenó, y entonces sus manos ascendieron por mi piel, palpándome casi con urgencia.

—Yo tampoco quiero irme, no tengas prisa, preciosa, no voy a irme a ninguna parte.

Metí una de mis manos en sus lumbares para apretarla más contra mí y me froté con lascivia.

Ella contuvo el jadeo que afloró en sus cuerdas vocales.

—¿Te gusta que baile para ti? ¿Te gusta lo que sientes cuando me muevo así? —pregunté ronco en su oreja. Lamí con suavidad el lóbulo blanco mientras alzaba su muslo para enredarlo en mi cintura y golpear así en su centro.

—S-sí

—¿Qué quieres que te haga, Ángel? —Noté cómo tragaba con esfuerzo—. Dilo y te lo daré.

Me aparté un poco, lo justo para ver sus pupilas fijándose en mi boca. Sonreí lobuno.

—Creo que ya sé lo que quieres… ¿Jugamos a las adivinanzas? —pregunté, bajando el tono de voz—. Quizá quieres que te bese aquí —pulsé mis labios en su frente—, aquí —rocé la zona alta de su mejilla redondeada—. Puede que aquí. —Esa vez la premié con una secuencia de besos húmedos en el arco de la mandíbula—. O tal vez lo prefieras… ¿Aquí? —Le di un mordisco diminuto en el grueso labio inferior que la enardeció.

Fue como prender la mecha a un cinturón de dinamita.

—Aquí… —susurró, buscando mi boca justo como yo había pretendido.

Su lengua recibió con gusto mi invasión, mientras yo acomodaba mejor la pierna que enredaba mi cintura para emular que me la estaba tirando con ropa.

No voy a mentir, al principio nos costó un poco encajar, hubo algún que otro choque de dientes, pero pasada la desesperación inicial, conseguimos acompasarnos.

No podía dejar de saborearla, de lamerla, de tocarla.

Amasé uno de aquellos gloriosos pechos y pellizqué el pezón erecto.

Un sonido de placer escapó de su boca con muchísima fuerza, no hacía falta que verbalizara lo que le gustaba o lo que no, me quedaba bastante claro a través de sus gemidos.

No podía arriesgarme a desnudarla, no en un lugar en el que podrían salir a tomar el aire en cualquier instante, por lo que me limité a colar la mano por debajo de su falda y recrearme en la humedad que calaba el centro de sus bragas de algodón.

Su grito reverberó en mi paladar, y yo lo acepté como un puto triunfo. Me encantaban las mujeres que se empapaban con facilidad.

Las manos femeninas ascendieron hasta mi nuca y se aferraron a ella, di un paso más y colé el dedo bajo la goma para palpar la carne golosa, caliente y húmeda.

Estaba inflamada y muy cachonda.

Pasé los dedos de arriba abajo, estimulando el clítoris, los labios y jugueteando con el vello que se adivinaba. La tanteé despacio, sin prisa, deslizándome casi con pereza en aquella cavidad voluptuosa. Acercando el dedo con suavidad a la gruta cálida que lo reclamaba. Lo metí un poco, no demasiado, me encantaba provocar.

Ella tensó su vagina y estaba seguro de que ya me habría corrido si hubiera hecho eso mismo con mi polla en su interior.

—Por favor…

La escuché suplicar. Dejé de acariciarla de inmediato y observé su mirada vidriosa. Tenía los labios hinchados, rojos, fruto de tantos besos. Una fina capa de sudor rizaba algunos cabellos

cortos de su frente.

—¿Quieres que me detenga?

—No, al contrario, quiero que me completes.

Alcé las cejas. Me hizo gracia el término que utilizó. Quizá lo llamaran así en aquella recóndita parte del mundo.

—Tú ya estás completa, y si alguien te ha dicho lo contrario, te miente. —Ella me contempló como si no comprendiera lo que le decía—. Lo que tú deseas es que me cuele entre tus piernas, que te penetre con mi erección y te haga sentir las estrellas. Hasta que cada centímetro de tu cuerpo se estire y se llene gritando mi nombre. Quieres que te inunde, quieres correrte, quieres que te folle. ¿Es eso? ¿Quieres que te dé alas, Ángel? ¿Quieres volar a lo desconocido?

A cada pregunta veía más clara la respuesta.

—Sí.

—Buena elección, aunque esta vez tendremos que ir rápido, hay mucha gente ahí dentro, después podremos ir con más calma en mi habitación…

—Hazlo.

No me hizo falta más para decidirme.

En un visto y no visto, me desabroché los pantalones, me bajé los calzoncillos, abrí el envoltorio del condón y me lo enfundé.

Ella casi estaba fundida con la pared, con los ojos cerrados.

Busqué su boca para darle un beso suave, aquella chica era dulce y apasionada.

—He vuelto, mírame.

Lo hizo, separó los párpados mientras yo le alzaba la falda y hacía a un lado las bragas para pasar la punta roma de mi polla por su hendidura.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Voy a hacer que te guste todavía más. No puedo arriesgarme a quitarnos la ropa, pero haré que merezca la pena.

—Está bien así —gimió.

—Sube la pierna como antes y agárrate a mí, vamos a volar juntos.

Sonrió de una forma tan bonita que mi corazón dio un brinco.

—Hazme volar.

Ni lo pensé, coloqué la punta en la entrada y me hundí de un empellón violento al sentir cómo me envolvía la humedad.

Se contrajo de golpe y los músculos vaginales se cerraron a lo bestia.

«¡¿Qué demonios…?!».

«¡Mierda! ¡Había sido un puto bruto! ¡Pensaba que estaba más lista de lo que en realidad estaba!». Puse mi mano en su boca para acallar el posible grito y me quedé muy quieto.

—Lo siento, pequeña, joder, lo siento, perdóname.

Los ojos se le humedecieron.

—Estás muy cerrada y yo pensaba que estabas lista. ¡Mierda! —Ella negó.

—E-está bien, s-sigue…

—No, no puedo seguir, está claro que te duele. Espera.

—No quiero que pares.

—No lo haré, solo necesito que esto funcione, quiero darte placer.

Coloqué mi mano derecha bajo la falda y palpé hasta dar con su clítoris. Menuda cagada de

polvo iba a ofrecerle si no conseguía excitarla.

Puse todo mi empeño en volver a tomar las riendas. La besé con devoción, la toqué con entrega absoluta, mientras cada músculo de mi cuerpo se tensaba por la contención.

Las yemas de mis dedos se movían diestras, devolviendo la humedad perdida, buscando encenderla de nuevo.

No me costó demasiado, era muy receptiva, casi mágica. En unos minutos, volvía a tenerla jadeando entre mis labios y sus músculos vaginales me constreñían adecuándose a mi tamaño.

—Eso es —gruñí.

—Sigue, sigue…

No sé si sabía lo que me estaba pidiendo, quizá lo dijo por inercia o porque la naturaleza era más inconsciente que las palabras.

Volví a balancearme en una cadencia profunda, calmada, notando cómo me apretaba en cada intrusión.

Estaba tan constreñida y caliente que apenas podía respirar.

—Vamos, pequeña, quiero que te corras… Déjate ir, córrete para mí.

Puse todo mi empeño en ello, lo juro, pero estaba tan jodidamente cachondo que cuando su sexo me comprimió en un movimiento involuntario, no pude controlarme y el que se dejó ir fui yo.

Mis huevos se tensaron y empujé con frenesí entre sus muslos hasta que su coño me exprimió hasta la última gota, y me sentí saciado.

Me separé un poco y la miré.

—Perdona, era tan delicioso que se me fue, tranquila, que en mi cuarto te lo compensaré, es que estaba demasiado…

Se oyó un sonido, como si la puerta que daba a la terraza acabara de cerrarse.

Vi cómo perdía el color de golpe.

Me empujó, se separó de mí como si abrasara, como si el hechizo que tejieron las estrellas se hubiera roto, hubieran dado las doce y yo me hubiera convertido en una puta calabaza.

Vi colarse el terror en su mirada nítida y, antes de que pudiera hacer o decir algo, salió huyendo sin que yo se lo impidiera.

Salí del recuerdo de manera abrupta, escuchando un fuerte grito y un rechinar de ruedas.

CAP Í TULO 11



Sepúlveda

Removía la taza de café sin azúcar con el palito de plástico que te entregaba la máquina por pura inercia.

Había pasado tiempo desde que Margaret dejó de existir en este mundo, aunque no el suficiente como para que su rostro dejara de aparecer en mis sueños, con aquella sonrisa magnética, aquellos besos que me volvían loca y nuestros cuerpos sudados enredados en las sábanas.

Cuando ocurría, no quería despertar, me había cargado más de un móvil intentando silenciar el soniquete del despertador para poder seguir rascando segundos a su lado, aunque fuera una ensoñación, aunque se tratara de una asesina.

Me sentaba en la cama preguntándome por qué, pegajosa, con el eco de su voz resonando en mis oídos y esa última petición, la que me hacía poner los pies en el suelo y levantarme del colchón. Me sabía aquel mensaje que me mandó póstumo de memoria, sobre todo, la última estrofa.

«No me llores. Vive tu vida al máximo y asegúrate de que la justicia prevalezca por encima de todo. Esa es mi última petición para ti. Sé que puedes hacerlo, y sé que harás lo correcto. Te quiero, futura comisaria, nunca lo olvides».

Yo también la quería, pese a lo que había hecho, pese a lo que representaba, pese a ser el otro lado de la balanza, la amaba con todo mi ser y dudaba que eso pudiera desaparecer alguna vez.

No sé cuántas veces había repetido la escena del tiroteo en la cabeza, buscando algún otro camino, alguna señal que me dijera que las cosas podrían haber sido diferentes. Pero siempre volvía al mismo punto: yo fui quien apretó el gatillo y causó la muerte de la mujer que amaba.

Me había pasado la vida tomando decisiones bajo presión, con segundos para decidir si disparar o no. Sin dudar. Sin vacilar. Pero con Margaret... Con ella todo fue diferente.

¿Cómo pude no ver lo que era? ¿Cómo pude enamorarme de la mujer a la que estaba destinada a detener?

A veces, me sorprendía a mí misma deseando que nunca hubiera descubierto quién era realmente, aunque eso me hiciera parecer una idiota. Podríamos haber seguido viviendo en aquella burbuja, sin que la verdad nos destruyera. Pero esa es otra mentira que me cuento, todos sabemos que tarde o temprano lo habría descubierto, no hay crímenes perfectos, solo pistas por descubrir.

Margaret no se habría detenido y yo hubiera seguido obsesionada con Kali, hasta dar con ella, ¿y después qué?

Las dos éramos conscientes de ello, y aun así, todavía late una parte de mí que se pregunta qué habría pasado si hubiera dejado caer mi arma ese día.

Podríamos haber huido juntas, lejos de todo este caos, podría haber hecho el esfuerzo de dejarlo todo por ella, incluso mi forma de pensar, al fin y al cabo, me presenté en casa del entrenador de mi sobrina escasos minutos después de que ella perpetrara el crimen.

¿Lo habría podido cometer yo? ¿Habría tenido la suficiente sangre fría para acabar con él en lugar de arrestarlo? Es algo que nunca sabré, Margaret, o mejor dicho Kali, se ocupó de ello por mí, para que no tuviera que enfrentarme a aquella situación, si eso no es amor, que alguien me lo cuente.

Cada día que el equipo me recordaba que la jubilación del comisario estaba próxima, me servía para reflexionar sobre mi cometido vital. ¿De verdad era mejor su muerte que lograr mi codiciado ascenso? ¿En qué me convertía eso? Al fin y al cabo, ella mataba a hombres despreciables. Sí, lo admito, yo era de las que opinaba que no se puede tomar la justicia por tu propia mano, pero… ¡Joder! ¡Cómo dolía!

Vivía en una angustia constante, una punzada en el estómago cada vez que oía un nuevo caso de asesinato que podía ser fruto de un asesino serial.

Mi historia era un claro recordatorio de que los monstruos no siempre vienen disfrazados de depredadores evidentes. Algunos te sonríen mientras se toman un café contigo, compartiendo la rutina diaria, follando como posesos, te descubres haciendo planes de futuro, hasta que el velo cae y te das cuenta de que amas a un asesino.

Tengo que vivir con ello, con este dolor sordo y constante, con esta duda que me carcome por dentro y la sensación de que, de alguna forma, no solo maté a Margaret, sino también a una parte de mí misma que jamás volvería a recuperar.

La sala estaba en silencio, salvo por el zumbido del proyector. El eco de los teléfonos sonaba por toda la comisaría mientras los agentes iban y venían, cada uno enfocado en su propio caos.

Necesitaba estirar las piernas, las sentía entumecidas y no me concentraba.

Salí al pasillo y me estiré, escuché un murmullo que captó mi atención.

—¿Un 10-45 en Brooklyn?

—Eso he dicho, muerte en el lugar del accidente por atropello, lo más gracioso de todo es que ha sido delante de una clínica.

Se me revolvieron las tripas al escuchar que a alguien le podía parecer «gracioso» el fallecimiento de alguien. En otro momento habría intervenido y destripado a ese novato.

Me dirigí hacia la máquina de café. Necesitaba otra dosis para mantenerme despierta, Martínez ya estaba allí con aquella sonrisa perezosa y ese par de hoyuelos que me daban ganas

de ahogarlo en cafeína.

—Hoy estás más guapa que de costumbre, jefa.

—Seguro que es el embarazo de Nancy el que te tiene flotando en esa puta nube de purpurina creada por Sephora.

Él rio. No es que yo fuera mucho de maquillajes, es que la conocida marca estaba en todas partes.

—¡Joder! —Los agentes se habían acercado—. Fijo que era una indigente, esas son capaces hasta de vender a sus bebés.

Martínez arrugó el ceño, hablar de retoños y pañales se había vuelto su tema favorito desde que estaba esperando su primer hijo.

—¿De qué habláis? —se interesó

—Se han cargado a una mujer en Brooklyn. Llevaba días ingresada en una clínica inconsciente, la trajeron sin documentación, sin ID ni nada, tenía claros signos de haber dado a luz hace poco.

Ese último detalle hizo que se me congelara el cuerpo. Me giré despacio, tomando el café recién salido de la máquina, y me acerqué al que estaba hablando, el oficial Rodríguez.

—¿Signos de parto reciente? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Rodríguez asintió.

—Sí, nadie se había interesado por ella, ni siquiera la unidad de desaparecidos tenía una orden de búsqueda para la muerta.

—Pero ¿cómo ha sido? —insistió Martínez.

—Pues, al parecer, ha despertado de manera abrupta, y aunque las enfermeras han intentado retenerla, explicarle dónde estaba, ha salido huyendo con tan mala suerte que, al ir a cruzar la puerta, ha sido atropellada.

—Eso sí que es mala suerte —respondió el agente graciosillo—, que la palmes delante de un centro sanitario porque alguien te pase por encima.

—También es mala suerte terminar con un tiro en la cabeza por bocazas en una comisaría llena de policías —mascullé sin reparos.

El agente se quedó lívido.

—No-no le hagas caso, Perkins, nuestra inspectora tiene un humor muy negro.

—Tanto como su futuro en esta comisaría —insistí, llevándome el café a los labios.

—E-era so-solo una broma —tartamudeó el agente.

—Harías bien en guardártelas.

—S-sí, inspectora.

—Sepúlveda, Martínez, ¡a mi despacho! —proclamó el comisario saliendo sin mirar.

—Un gusto hablar con vosotros, chicos —alcé el café y me di media vuelta.

Me dejé caer en la silla frente a él, César ocupó la de mi lado, mientras el comisario caminaba arriba y abajo nervioso.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó mi compañero.

—Ha desaparecido la hija de un importante empresario danés con el que el alcalde tiene cierto plan de expansión.

—¡Qué interesante! —farfullé.

—No me toques las pelotas, Sepúlveda, que ya las tengo lo suficientemente estranguladas.

—¿No pretenderá que la busquemos nosotros? Le recuerdo que somos de homicidios…

—Tenemos sospechas de que estaba embarazada —Martínez y yo nos miramos—. Parece

encajar con vuestro caso. Joven, guapa, presumiblemente virgen…

—Si estaba embarazada, muy virgen no sería —masculló César por lo bajo, ganándose una mirada reprobatoria por su parte—. Perdón.

—¿Está hablando del caso de trata? —interrumpí, el nudo de mi estómago ya se estaba apretando.

El comisario asintió de nuevo, esa vez con un gesto grave.

—Sí, Sepúlveda. La chica vino como estudiante de intercambio de primer año. Vivía en una residencia asociada al campus de la universidad de Columbia. Según su mejor amiga, no era de hablar demasiado, siempre estaba estudiando, pero fueron a una fiesta y la perdió de vista. Cuando fue a su cuarto a la mañana siguiente, tenía claros signos de embriaguez.

»No le hizo demasiado caso, pero la chica comenzó a sentirse mal semanas después. Acudía menos a clase, creyó que tenía un virus estomacal por los vómitos.

»Llevaba una semana sin acudir a clase cuando su amiga se extrañó y decidió pasarse por la residencia.

»La directora le comentó que la chica se había marchado el fin de semana argumentando que iba a visitar a sus padres a su país. Pero no hay imágenes suyas en el aeropuerto, ni compras con su tarjeta de crédito salvo una, el fin de semana antes de que desapareciera. Compró un test de embarazo en la farmacia.

—¿Y encontraron ese test? —pregunté.

—No.

Todo era muy extraño.

Me quedé callada, procesando lo que acababa de decir. Cada fibra de mi ser se tensó. Llevaba semanas investigando un patrón de chicas que aparecían muertas después de dar a luz. Al principio, barajábamos la opción de que se tratara de una red de prostitución, que cuando las chicas daban muestra de estar esperando un bebé, las hacían parir para después vender esos bebés en el mercado negro, pero no había evidencia clara de ello. Era un maldito rompecabezas sin solución.

Quizá la hija del empresario danés no tuviera nada que ver, pero estaba claro que si había algún tipo de conexión y yo era capaz de encontrarla, no escatimarían en medios.

—¿Y qué me dice de la chica del atropello de hoy?

—¿Qué atropello?

El comisario alzó las cejas.

—Es la comidilla de la comisaría, pregúntele a Perkins.

—Mejor cuéntemelo usted.

Lo puse al día y vi aquel brillo de sabueso viejo apareciendo en su mirada.

—Huele mal.

—Lo sé.

—¿Algún testigo del atropello?

—Supongo que el personal de la clínica. ¿Qué hay de la chica danesa, los padres saben algo? Quizá solo se fugó con el padre del bebé por miedo a las represalias…

—No lo sabemos. La embajada ya fue informada y sus padres están volando en este momento hacia aquí. Por ahora me gustaría que lo llevarais con discreción, una investigación paralela a vuestro caso, ojalá no tenga nada que ver y vosotros tengáis razón. Es un pequeño favor que me ha pedido el alcalde, te vendrá bien hacer algún otro mérito más antes de que te asciendan. No hace falta que os diga que piséis con cuidado.

No respondí. Sabía lo que eso significaba. No era la primera vez que el comisario empleaba aquel término, sobre todo, cuando personas con conexiones políticas estaban metidas de por medio.

—Si le parece, iremos primero a la clínica de Brooklyn y después a Columbia, intentaremos recabar toda la información posible. Necesitamos saber por qué estas chicas están muriendo y qué mierda está pasando con esos bebés.

Martínez me miró en silencio, con esa expresión que solía tener cuando sabía que no iba a detenerme hasta el final.

—Vamos a resolverlo, jefa —me dijo, con esa certeza que tanto necesitaba escuchar.

—Adelante, si descubren lo que sea…

—Descuide, comisario, se lo diremos.

CAP Í TULO 12



Mary Kate

Janelle irrumpió en la habitación con su característico aire despreocupado, haciendo vibrar el ambiente. Llevaba la chaqueta medio colgada del hombro, un top corto que no ocultaba para nada su busto generoso y dejaba parte de la tripa al aire. Los vaqueros ajustados eran de cintura baja, por lo que la mirada se te disparaba hacia su ombligo perfecto.

Jamás me había puesto nada así, aunque me encantaba cómo le sentaba a ella y su manera de llevar aquellas prendas que mi madre habría quemado directamente en una hoguera.

Su mirada chispeaba, aunque esa vez había algo más en su expresión, como si estuviera evaluando el entorno con más detalle de lo habitual.

—Hay una buena montada fuera —resopló, sin ni siquiera darme tiempo a saludarla—. Hay polis hasta en el baño. Están interrogando a todo el personal, casi ni me dejan entrar.

Me incorporé un poco en la cama, sintiendo el tirón en mis costillas. La herida seguía doliendo. No estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones, y mucho menos a la idea de que alguien hubiera muerto cerca de mí.

—Al parecer, atropellaron a una paciente esta mañana. Según me dijo Carol, la ingresaron inconsciente hace unos días, acababa de despertar de una conmoción, se puso nerviosa, o algo así, y antes de que pudieran detenerla, salió a la calle y un coche se la llevó por delante, no frenó, se fue en estampida, pero no sé mucho más, yo estaba en plena revisión cuando ocurrió.

Mis mejillas se sonrojaron un poco al pensar en ella.

El doctor Grant había aparecido esa misma mañana con un batido de vainilla y un bollo muy dulce de un lugar llamado Dunkin Donuts. Era una berlina glaseada en color rosa con nubecitas de colores por encima. Por un momento, me recordó a los dulces de Patty Sheldon, en Saint

Valentine Falls, esos que mi madre no me dejaba probar porque decía que eran demasiado artificiales y los cargaba el diablo.

Marcus me instó a que lo probara, que estaba muy blandito y jugoso, y al darle el primer mordisco, gemí del gusto y una pequeña nube se pegó a la punta de mi nariz causando las risas de ambos.

El doctor era un hombre muy considerado y amable, además de guapo. Cuando entraba en mi habitación, mi vientre se contraía un poco, aunque siempre viniera acompañado de Carol para que me sintiera cómoda.

Que tuviera consideraciones conmigo me hacía sentir especial. ¡Menuda tonta estaba hecha!

Janelle arqueó una ceja y su sonrisa irónica apareció casi al instante.

—Pues ahora sí que ya no va a despertar más, eso sí que es levantarse con mal pie —respondió con ese tono suyo, despreocupado y sarcástico—. ¿Te imaginas morir en la puerta de una clínica el mismo día que recuperas la consciencia? Para que luego digan que el destino no está escrito... La realidad supera la ficción, es como en *Destino Final*.

Me quedé mirándola, claramente perdida. No tenía idea de lo que hablaba.

—¿Destino qué?

Ella soltó una carcajada corta, sin pizca de maldad, pero con ese toque burlón que ya empezaba a reconocer.

—A veces olvido que te teletransportaron directa desde el siglo I antes de Cristo —bromeó, señalándome con el dedo—. Nota mental: hacer una maratón de pelis aderezada con toneladas industriales de palomitas cuando salgas del hospital. No puedes seguir ignorando tantas cosas por más tiempo, mujer.

Aunque intenté seguir el juego, noté cómo mi humor se hundía de golpe. No podía evitarlo. La verdad es que no tenía ni idea de qué iba a pasar conmigo cuando me dieran el alta. No tenía a dónde ir y poca idea de qué hacer para sobrevivir.

Todo lo que conocía, mi vida entera, se había esfumado de un plumazo.

—¿Y esa cara?

—No sé qué voy a hacer, Janelle.

—Oye, que, si no te gustan las palomitas, puedo comprar M&M’S.

—Me refiero a que… Déjalo, no debería agobiarte con mis problemas, encima de que vienes a visitarme…

—Si no lo haces, torturaré las plantas de tus pies con mis supercosquillas, no necesito mucho más para que una de esas costillas tuyas te perfore un pulmón. Anda, suéltalo, todo el mundo necesita hablar con alguien, y tú pareces necesitarlo demasiado.

Abrí y cerré la boca, sin estar segura de qué contarle.

—Mira, si lo que necesitas es dinero para regresar con tu familia y no sabes de dónde sacarlo, puedo prestarte algo —ofreció, inclinándose hacia mí con amabilidad—. Puedo permitirme pagar tu billete de avión y así volver a tu comunidad, o lo que sea, y empezar de cero.

Mis ojos se llenaron de lágrimas casi al instante, antes de que pudiera controlarlo. Bajé la cabeza, sintiendo cómo mi pecho se oprimía por el dolor de la realidad que tanto había intentado ocultar.

—No puedo volver —susurré, con la voz temblorosa—. Incumplí las normas de Nuevo Amanecer... y son muy estrictas, ya no soy bienvenida, ni siquiera una amaneciense. No me queda nada... ni nadie, mis padres me repudiaron cuando se enteraron de lo del embarazo, ahora solo estamos mi bebé y yo.

El silencio en la habitación se volvió denso. Janelle, que siempre tenía una respuesta rápida, esa vez no dijo nada. Simplemente se acercó más, sentándose en el borde de la cama, y me abrazó con suavidad. Las lágrimas empezaron a correr por mi rostro, y ya no podía detenerlas.

—Imaginaba que podía haber pasado algo así, no te preocupes, lo solucionaremos —me dijo con una voz más tierna, casi susurrante—. Yo te ayudaré, te lo prometo.

—¿Por qué ibas a hacer algo así? No me conoces —sorbí por la nariz.

—Bueno, a veces las personas que más conoces son las que más te traicionan. Además, tú me caíste bien desde que apareciste en el SKS con ese par de trenzas, si te gustaran las mujeres, lo más probable es que te hubiera entrado, no te asustes, sé que no soy tu tipo y yo respeto mucho la libertad de cada uno. Además, ya te conozco, eres Mary Kate.

Su respuesta me hizo reír y llorar al mismo tiempo.

—¿Te-te gustan las mujeres?

—No me cierro a nada, también me ponen los hombres, supongo que para tus padres estaría poseída por el maligno…

—Algo así, sí, pe-pero a mí no me importa, lo-lo respeto. Mi-mi prometido me dejó por un hombre cuya hermana le pasa como a ti.

—Vaya… Tienes una historia de lo más interesante…

—No quiero terminar en un albergue maloliente, lleno de chinches y piojos —solté de golpe, casi sin poder respirar entre sollozos.

—¿De dónde has sacado eso?

—Escuché a dos enfermeras decir que es el único lugar al que pueden acudir los que no tienen hogar, que llegaban a la clínica infestados, y ahora yo soy una de ellos.

El miedo en mis palabras me rompió el alma. Me había convertido en alguien a quien le habían cortado las raíces, una persona sin identidad.

Janelle me soltó suavemente, pero sin apartarse del todo. Sus manos se quedaron en mis hombros, dándome apoyo.

—Ay, cariño, ni te preocupes por eso —me dijo con una sonrisa tranquila, como si lo tuviera todo bajo control—. A ti no te picará nada mientras yo tenga un piso donde cobijarte, no vas a dormir ni en un albergue, ni entre cartones, eso te lo prometo.

»Puede que mi estudio sea minúsculo y únicamente cuente con un sofá-cama biplaza, pero yo soy menudita y tú puedes quedarte con todo el espacio que necesites del colchón. Además, tampoco es que tengas demasiadas pertenencias, nos podremos apañar entre las dos, por lo menos hasta que encontremos una solución viable.

La sinceridad en su voz hizo que una chispa de esperanza se encendiera en mi interior.

—No, no puedes ofrecerme eso.

—Puedo y lo estoy haciendo, ¿no existe la buena gente en Nuevo Amanecer? Pues yo soy buena gente, aunque me tiente el maligno. —Eso me hizo reír otra vez, omití el dolor de mi abdomen.

Aunque seguía sin tener claro mi futuro, en ese momento, saber que no estaba sola era lo único que necesitaba para seguir adelante.

—No tengo dinero, ni estudios, ni una profesión… Además, el doctor Grant dijo que necesitaba reposo absoluto, seré un incordio para ti.

—Chica, ¡tú sí que sabes venderte! Desde luego que podemos tachar el curro de comercial de la lista, aunque bueno, todo es cuestión de perfeccionar.

»Lo importante es que te recuperes un poquito más, soy un alma creativa, algo se nos ocurrirá.

No te conozco lo suficiente para evaluar tus talentos ocultos, pero me dijiste que os enseñaban a coser y uno de los trabajos que tengo es ser modista para el SKS, así que igual puedes ayudarme un poco con el vestuario, y si me haces las costuras torcidas, siempre nos quedará la opción de poner un anuncio para dejar que te chupen las plantas de los pies.

La miré horrorizada y ella se puso a reír a carcajadas.

—Es broma, aunque hay mucho fetichista suelto que busca cosas bastante absurdas por las que pagar auténticas burradas. Lo más importante es que borres de tu mente la idea de ir a un albergue.

—El doctor Grant me ha dicho…

—El doctor Grant será un buen cirujano, pero tiene las soluciones prácticas de un pez. Vamos a encontrar algo mejor para ti que lo que haya podido sugerirte él. Me niego a que termines durmiendo con desconocidos en algún sitio horrible.

Quise responder algo, decirle que no tenía por qué ocuparse de mis problemas, pero su mirada firme me hizo callar. Sabía que lo decía en serio, y de algún modo, me reconfortaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Gracias —logré susurrar, con la voz aún quebrada.

—No me las des todavía —respondió, poniéndose en pie de nuevo—. Ya pensaré en algo. Y mientras tanto, he traído una cosa de contrabando que va a alegrarte el día más que esa agua sucia que ingieres.

Abrí mucho los ojos.

—¿De qué se trata?

Janelle sonrió y sacó de la bolsa un recipiente de cristal cerrado herméticamente.

—¡Comida casera italiana! Mi madre es irlandesa, pero a papá le pirra, así que aprendió las recetas de la familia paterna para poder cocinárselas. Te aseguro que la *lasagna* Vitale está para chuparse los dedos.

—El doctor Grant el desayuno, tú la comida… ¡Me vais a sobrealimentar!

—¿Qué te ha traído ese gañán? No me lo digas, una lata de supervivencia llena de comida militar.

—¡Qué va! Ha sido un desayuno dulce muy rico.

—Bueno, por lo menos sabemos que gastar dinero no se le da mal, no podía ser todo horrendo.

—Marcus no es horrendo.

—¿Te gusta? —me preguntó. Noté cierto calor reptando por mi cuello y ella soltó una exhalación—. Ay, cariño, tú mereces algo mejor que ese sieso, no te conformes con el primero que te traiga un café y un bollo, tú mereces alguien que te lleve a las nubes y te haga volar.

Las palabras hicieron que recordara aquel hombre que conocí en una terraza que me prometió que me daría alas y me las rompió.

Callé y dejé que Janelle me inundara con sus buenas vibraciones y su charla incesante.

CAP Í TULO 13



Corey

La sala de espera estaba llena de policías interrogando a los trabajadores, mientras otra parte del equipo acordonaba la zona para no dejar entrar a nadie y entender lo sucedido.
Marcus y yo acabábamos de salir del despacho, el agente que llevábamos pegado al culo desde que se presentó la patrulla quería que le explicáramos, punto por punto, lo que vimos.

—Dígame de nuevo, por favor, ¿cómo fue que llegó esta mujer hasta la salida sin que nadie la detuviera? —preguntó el tipo robusto de barba mal cuidada.

—Como ya le he dicho, su habitación estaba al fondo de ese pasillo —señalé—. Hasta el momento exacto en que despertó, estuvo inconsciente, por lo que nadie esperaba esa reacción. Las enfermeras intentaron detenerla cuando apareció descalza en el pasillo, pero ella parecía abstraída, no quería atender a razones. Llegó hasta ese punto —desplacé el dedo— y las puertas se abrieron. El personal no tuvo tiempo de reaccionar, tampoco creían que saldría al exterior descalza y mucho menos que un coche la arrollaría. Lamento no poder serle de más ayuda, pero es que ni el doctor Grant ni yo vimos cómo ocurría.

Era la tercera vez que se lo narraba, ¿qué esperaba?, ¿que cambiara de versión y le dijera que yo la había empujado?

—¿Porque usted estaba…? —volvió a insistir

—A punto de visitar a una de mis pacientes, en la habitación número 14 —acoté.

—La misma en la que estaba el doctor Grant, ¿verdad? —Apreté los dientes ante la expresión de sospecha que puso.

—Exacto —carraspeé molesto—. ¿Qué ocurre?

—Menuda atención tienen sus pacientes en esta clínica… A algunos los visitan dos cirujanos y otros mueren atropellados sin que nadie lo pueda evitar.

Aquel tipo me ponía de los putos nervios.

—¿Está insinuando algo? —pregunté visiblemente alterado—. Porque no lo pillo… Somos médicos, no asesinos a sueldo. —Marcus puso un brazo delante de mí para que le dejara hablar.

—Agente Winters, lo que quiere decir el doctor Blackwood es que todos nuestros pacientes reciben la atención que precisan. A nosotros no nos importa que tengan seguro médico o no, aquí todos creemos que cada vida merece ser cuidada de manera independiente a los ceros que llenen su cuenta corriente —pronunció, mientras las risas de Mary Kate reverberaban en mi cerebro.

Incluso mientras el agente Winters nos hacía las preguntas, no podía sacármela de la cabeza, sobre todo, teniendo en cuenta que el causante era mi amigo.

¿Qué narices estaba pasando ahí dentro para que ella riera?

No debería importarme, de hecho, no lo hacía, lo único que me pasaba era que estaba cansado de responder una y otra vez las mismas preguntas, que apenas había descansado y que mientras Marcus y yo estábamos intentando darles la poca información que teníamos, el agente Winters arrojaba acusaciones veladas que me sacaban de quicio.

La puerta se abrió y la temperatura de la clínica descendió cuatro o cinco grados.

Entrecerré los párpados sin dar crédito a la persona que apareció por la puerta.

La mismísima inspectora Sepúlveda, de homicidios, vestida con un impecable traje chaqueta gris y una camisa azul, acababa de cruzar el umbral de nuestra clínica con su inseparable sabueso, su ayudante, César Martínez, el tipo con el que Janelle había estado manteniendo una relación de las de «donde caben dos caben tres».

Su mirada se cruzó con la mía un instante antes de dirigirse a los agentes que fueron los primeros en llegar.

Ella me conocía, con máscara o sin ella, a mí y a todos los que trabajábamos en el SKS, pero por supuesto, no hizo ninguna referencia al club cuando se plantó frente a nosotros, con la placa colgada en la cinturilla de su pantalón.

Era una mujer implacable, con un aura bastante intimidante.

—Señor Blackwood —me saludó con su tono profesional y una ligera sonrisa que no llegó a sus ojos—. Menuda sorpresa encontrarlo aquí, no sabía que era médico.

—Inspectora Sepúlveda —respondí, sin dejar de sentir la incomodidad que arrastraba el que me conociera de otro ámbito muy distinto.

—¿Usted es? —Desvió la mirada hacia el policía que nos acompañaba.

—El agente Winters, señora. —Estaba claro que el hombre había reconocido el apellido.

—Largo.

—Pe-pero…

—He dicho que largo, de este caso me ocupo yo.

Su tono no daba pie a réplica. Y me alegró ver cómo el impertinente de Winters se marchaba con el rabo entre las piernas.

—Le presento a Marcus Grant, mi socio y director de la clínica.

—Doctor Grant.

Él cabeceó.

—Imagino que intuirán a qué se debe mi visita, seguro que estarán cansados de tanto interrogatorio, así que se lo voy a poner fácil, ¿hay algún lugar en el que pueda hacerles algunas preguntas rápidas?

—Por favor —murmuró Marcus, extendiendo la mano para volver al despacho.

Una vez acomodados, Sepúlveda fue al grano.

—¿Qué saben de la mujer que ha sido atropellada? —fue lo primero que preguntó, sin rodeos,

directa. Martínez había sacado una libreta para anotar nuestras respuestas.

—Poco más de lo que ya le hemos dicho al agente Winters, era una desconocida, solo podemos hablarle de su estado clínico, su evolución, o de cómo llegó hasta aquí —le aclaré.

—Por favor —murmuró ella.

Me dispuse a explicarle los mismos hechos que había mentado ya varias veces a lo largo de la mañana.

—Uno de nuestros colaboradores la encontró inconsciente, hace unos días, en una carretera cercana. No tenía identificación ni ningún documento que acreditara su identidad, así que dimos por hecho que se trataba de una inmigrante ilegal o una sintecho.

—Seguimos el protocolo y dimos parte a la policía, a la unidad de desaparecidos —añadió Marcus—, pero nadie parecía estar buscándola. Presentaba signos evidentes de haber dado a luz recientemente, como constató el doctor Blackwood, y estaba muy malherida.

La inspectora asintió, tomando mentalmente cada pieza del rompecabezas.

—Gracias, señor Grant. Entonces tenemos una paciente no identificada muerta en la puerta de su clínica, ¿quién la atropelló?

—Yo no conducía el vehículo —mascullé cansado, y ella frunció el ceño.

—Si lo hubiera hecho, estaría en un calabozo acusado de asesinato.

—Discúlpele, como usted bien ha dicho, todos estamos muy cansados —comentó Marcus.

—Voy a reformular la pregunta, ¿qué pasó para que acabara muerta? —preguntó, paseando sus ojos por ambos.

Intercambié una mirada rápida con Marcus antes de responder.

—Despertó hace cerca de dos horas —dije finalmente, tratando de resumir los detalles—. Estaba desorientada y muy nerviosa. Se arrancó la vía, salió de su habitación y las enfermeras no consiguieron calmarla. Intentaron decirle que se encontraba a salvo, pero estaba fuera de sí, no las escuchó. La impresión que daba era de estar buscando a alguien o a algo.

—Quizá a su bebé, si dice que estaba recién parida —añadió Martínez.

—Tal vez —murmuró Marcus.

—No estamos seguros, porque aunque intentaron detenerla, salió corriendo del edificio.

—¿Corriendo? —preguntó el moreno con una ceja levantada—. Perdone, pero no sé si médicamente es posible que alguien que acaba de despertar, tras varios días de inconsciencia, eche a correr. Soy yo, y cuando suena mi despertador a las cinco de la mañana, soy incapaz de dar dos pasos sin tropezar.

—No estoy diciendo que estuviera corriendo los cien metros lisos, tampoco sé la velocidad de crucero que llevaba, es una forma de hablar. —Sentí la frustración en mi propia respuesta—. Lo importante es que mostraba signos de estar asustada, fuera de sí. Nadie tuvo tiempo de reaccionar. Salió disparada a la calle..., y ahí fue cuando sucedió.

El silencio en la sala se hizo más pesado al mencionar el atropello. Podía sentir la tensión en el aire.

—¿Alguien pudo ver el coche que la atropelló? —se interesó la inspectora.

—Nosotros no, pero sé que la policía estaba interrogando a algunos transeúntes —respondí.

Sepúlveda frunció el ceño y lanzó una mirada significativa a Martínez. Chasqueó la lengua.

—Así que la atropellan justo después de que despierte —murmuró, más para ella misma que para nosotros—. Y no tenía identificación, pero con signos de haber dado a luz... ¿Alguna idea de quién pudo haberla traído aquí en primer lugar?

Marcus fue quien respondió.

—Uno de nuestros colaboradores la encontró en la carretera. La trajo porque necesitaba atención médica urgente, pero no se logró obtener más información. Ni ha despertado ni dicho una sola palabra desde que llegó.

—¿Ni un solo detalle? —insistió Sepúlveda, clavando sus ojos en los nuestros—. ¿Qué llevaba puesto cuando la encontraron?

—Un camisón hecho jirones —respondí.

—¿Lo tienen?

—Lo tiramos, no creímos que fuera importante dado el estado en el que se encontraba, tampoco es que tuviera logos o algo bordado.

La inspectora parecía fastidiada.

—¿Qué ocurre? —cuestionó Marcus.

—Nada, a veces la ropa puede ser una pista. ¿Es la única mujer que ha venido en ese estado a su clínica?

—Lamentablemente, atendemos a muchas mujeres inconscientes, inspectora —contesté.

—Me refiero a recién paridas e inconscientes. —Marcus volvió a estrechar la mirada. ¿Qué me estaba perdiendo?

—Afortunadamente sí.

—Es curioso que justo cuando podría habernos dado alguna pista sobre su procedencia o lo que le había traído a este hospital, la hayan atropellado mortalmente.

—Lo es —admití—, pero no es culpa nuestra, nosotros solo la atendimos, nadie podía imaginar que eso pudiera ocurrir.

—Puede que no, o puede que sí —farfulló.

—¿Piensa que alguien pudo estar esperándola en la puerta? —preguntó Marcus.

—Podría ser, quizá alguien siguió al hombre que la trajo hasta aquí. ¿No recibió ninguna visita? —Marcus y yo nos miramos y negamos.

—Estos días, desde que ella estaba interna, ¿hubo algo que les haya llamado la atención?

Pensé por un momento, recordando cada segundo, lo único que había llamado mi atención era Mary Kate y dudaba que esa fuera la respuesta que la inspectora buscaba.

—Nada relevante que yo recuerde —dije finalmente.

—Yo tampoco, inspectora.

Sepúlveda asintió una vez más, se notaba en su mirada que aún tenía muchas preguntas.

—Martínez, empieza a reunir las declaraciones del personal —ordenó, sin apartar la vista de mí—. Señores, cualquier cosa que recuerden, por insignificante que parezca, puede ser útil.

Tenía la sensación de que estábamos en el centro de una tormenta que apenas comenzaba a desatarse.

CAP Í TULO 14



Mary Kate

Corey golpeó la puerta y entró en la habitación. Era extraño, sentía su presencia en la clínica aunque no me visitara, como si mi cuerpo detectara que estaba cerca, quizá tener una parte de él en mi interior hacía que una especie de localizador interno se me activara.

Marcus me comentó que ese día me realizaría una ecografía de control, lo cual me llenaba de una mezcla difícil de digerir.

Cuando entró, su mirada no era hostil, lo cual me tranquilizó, y aunque intenté sonreír, algo dentro de mí se revolvió.

—Buenos días, Mary Kate —dijo en ese tono sereno, que me hacía sentir extrañamente segura, mientras se acercaba a la cama.

Intenté responder, pero al ver que la sábana se había deslizado hacia abajo y se me marcaban demasiado los pechos, hice un movimiento brusco que me causó un dolor punzante en el costado.

Las náuseas, que se calmaron bastante los últimos días, se intensificaron y, sin que pudiera hacer nada para controlarlo, me incliné hacia un lado y vomité.

El dolor en las costillas me atravesó, arrancándome un grito ahogado.

No sabía si me dolía más el cuerpo por las arcadas o por la vergüenza que sentía al vaciar el desayuno delante de él.

Cerré los ojos, deseando desaparecer. Corey estaba justo ahí, tan impecable como siempre, atento, calmado.

Se sentó en la cama, como si mi vómito no le afectara, puso su mano en mi frente con una delicadeza extrema y mi piel se erizó.

—Tranquila, no pasa nada —me dijo mientras alargaba la mano, tomaba una toalla y limpiaba con cuidado mi rostro—. Las náuseas son normales, especialmente en esta etapa. No te preocupes.

Me sobrevino otra arcada y él se mantuvo ahí, estoico, sin soltarme, pasando la mano libre por mi espalda, como si fuera un gatito necesitado de mimos, en lugar de la fuente de la vomitona.

Las nubecitas de la berlina flotaban en un charco parduzco nada apetecible, era asqueroso.

Me sentía tan frágil. Quise disculparme, pero no era capaz de hablar.

¡Menudo espectáculo!

Volvió a acercar la toalla a mi rostro y murmuró palabras de consuelo, dándome instrucciones que seguí al pie de la letra, con la intención de que se me pasaran las náuseas.

Seguía cerca de mí, rozándome, sosteniéndome. Sabía que se estaba limitando a actuar como un médico, que era el único motivo que lo llevaba a mi habitación, no obstante, mi cuerpo no lo percibía de la misma manera.

Era notar su contacto y pensar en aquella noche en la que lo hizo de un modo terriblemente distinto, aquel día lo quise todo con él, anhelaba saber qué se sentía al ser deseada de verdad.

Cuando puso los dedos en mi barbilla y me ayudó a incorporarme con sumo cuidado, una corriente estremecedora recorrió mi cuerpo al completo.

Noté como si fuera hoy aquel ardor incendiario, la sensación era tan distinta al hormigueo suave que aparecía con Marcus, como si mi cuerpo supiera perfectamente distinguir entre ambos, me aterraba esa sensación.

—¿Te duele mucho? —preguntó con una preocupación sincera mientras me acomodaba en la cama.

Asentí, llevando la mano a mi costado. Intenté restarle importancia. No quería que pensara que no podía soportarlo por muy implacable que fuera.

—Solo un poco… —murmuré, tratando de sonreír.

—Mentirosa —me acusó—, si te duele mucho, tienes que decirlo, el dolor es nuestro aliado, un indicador infalible, nos avisa de cuándo las cosas no funcionan bien, así que no hace falta que finjas conmigo, recuerda que soy médico y sé lo que te pasa con solo mirarte a los ojos.

No tenía duda de ello, por eso me acongojaba que estuviera tan cerca, temía que pudiera ver que aquella noche me quedé con ganas de quedarme y descubrir lo que me habría deparado pasarla a su lado.

Aparté la mirada y vi cómo presionaba el botón para que viniera una enfermera a limpiar el desastre, mientras con la otra mano ajustaba la cama ergonómica.

La chica no tardó ni cinco segundos.

—¿Sí, doctor Blackwood?

—La señorita Adams ha tenido náuseas, por favor, necesito que limpies ese lado de la cama.

—Siento el desaguisado —dije cuando Lely volvió para asearlo todo.

—No te preocupes, mejor limpiar vómito que responder a las preguntas de esos policías, qué pesados.

Corey lanzó una exhalación, se había puesto en pie y estaba preparando el ecógrafo.

—Sí, están en un plan que parece que en lugar de ayudar a la chica fuéramos nosotros los causantes de su muerte.

—Pobrecita, que final más terrible —murmuró Lely—. ¿Y qué habrá sido de su bebé? —preguntó en dirección a Corey.

—No creo que lo sepamos.

Llevé la mano a mi vientre y la enfermera puso una mirada de disculpa.

—Lo-lo siento.

—No pasa nada.

Terminó de limpiar en un santiamén. El aroma a vómito se había quedado en el ambiente pese a limpiarlo con desinfectante.

—Abriré un poco la ventana para que se ventile.

—Gracias, Lely, después ya la cierro yo. —Ella le sonrió a Corey.

Era bonita, menuda y no pude evitar imaginarlos como algo más. A ella se le encendían las mejillas cuando lo miraba, bueno, a ella y a todas, aunque las demás eran más mayores, estaban casadas y no le pegaban tanto a Corey.

Desde luego que casaba mejor que conmigo, yo nunca estaría a su altura.

«¿En qué tonterías piensas, Mary Kate? A él no le interesas lo más mínimo, ya te dijo que apenas se acordaba de haberse acostado contigo, si es que a eso se le podía llamar acostarse».

Lo que para mí había sido una experiencia trascendental, con momentos de placer y dolor, para él solo había supuesto tirarse a una chica de pueblo contra la pared.

—Lo peor de las náuseas pasará pronto —murmuró, sacándome de mis pensamientos—. En un par de días cumples las trece semanas de gestación y el primer trimestre es el más duro. Deberías empezar a sentirte mejor en breve. Solo asegúrate de descansar mucho, comer en pequeñas cantidades, y si el malestar es muy fuerte, podríamos probar con algo de vitamina B6 para aliviarlo.

Se agachó para preparar el material y poder hacerme la ecografía.

Verlo concentrado, tan profesional, pero al mismo tiempo tan cercano, me hizo sentir algo en el pecho.

Volví a repetirme que era solo un médico haciendo su trabajo, ni siquiera el padre de mi hijo, porque él no deseaba a ese bebé y nunca querría responsabilizarse de él.

Mi hijo era solo mío, no iba a insistir, porque seguro que me pediría que abortase.

—Vamos a echar un vistazo, ¿te parece?

—S-sí.

Bajó la sábana, alzó la parte baja del camisón y, como me pasó la otra vez, me sentí nerviosa por quedar tan expuesta frente a él. En Nuevo Amanecer, ni siquiera nos veía así nuestro marido.

Tragué con dificultad cuando el ascenso de la tela murió en la parte baja de mi pecho.

Como no tenía ropa interior de repuesto, en la clínica me dieron unas de papel que no ocultaban prácticamente nada.

A Corey no parecía importarle, no obstante, yo estaba inundada de calor, seguro que tenía la cara del color de un tomate de huerto.

Tuve suerte de que su atención no estuviera puesta en ella, o tal vez no, porque cuando me bajó un poco más las bragas y asomó algo de vello rubio, mi mortificación ascendió cuatro peldaños.

Tiró sin controlar del todo la fuerza y un lateral de la braga se rasgó.

Quería morirme.

—Perdona, después te las cambio, a veces las hacen demasiado estrechas. —Solté un sonido ahogado, porque quizá la culpa fuera de mis muslos anchos.

—Ya, ya lo haré yo.

—No puedes con las costillas.

—Pues la enfermera.

Debió ver mi cara de apuro porque no siguió insistiendo.

—Como quieras.

No me habían vendado las costillas porque tocaba la eco. Sus ojos se desplazaron hacia esa zona magullada y apretó los labios sin emitir sonido alguno.

La vena lateral de su cuello parecía hinchada.

Aplicó el gel frío sobre mi abdomen y yo jadeé como si la sensación me pillara por sorpresa.

—Perdón —murmuré al ver que él alzaba la vista pasando por encima de mis pechos, que se tensaron como piedras.

¡Menuda vergüenza!

Los pezones parecían guijarros y el camisón no los disimulaba, al contrario.

—No debes disculparte por sentir frío. —¿Frío? ¡Con su mirada en mis pechos me estaba abrasando!—. Tu cuerpo reacciona a los cambios de temperatura, no te abochornes por ello, por favor. —Sus pupilas volaron a mis ojos y después bajaron con muchísima lentitud hasta mi vientre.

Me lamí los labios deseosa de que trazara todo aquel camino, pero con la boca.

¡Dios! ¡¿Me estaba volviendo loca?!

Cerré un instante los párpados e intenté que mi respiración se volviera más regular. Por suerte, ya no estaba conectada al chivato del monitor que contaba mis pulsaciones, porque el doctor Blackwood vería que estaba al borde del infarto.

Presionó el ecógrafo sobre mi vientre y sus dedos apuntaron hacia el monitor, en dirección a la imagen que comenzaba a tomar forma en la pantalla.

No importaba que lo hubiera visto hacía pocos días, la primera vez no pude disfrutarlo y me alucinaba que aquel aparatito extraño permitiera ver a través de mí captando el interior del útero.

Aquel pequeño ser crecía llenándome de una emoción compleja, era asombroso y aterrador al mismo tiempo.

Corey lo desplazó con cuidado, sus ojos iban de la pantalla a mí, y luego de vuelta.

—Ahí está —dijo, con una sonrisa que me llenó de calidez—. Fíjate, está creciendo bien.

Sentí que el mundo entero se detenía por un segundo cuando lo vi moverse por primera vez.

Él también lo miraba, con la misma atención que yo, como si ese momento fuera único, solo nuestro.

—Mira, esto de aquí es su naricita, los brazos, las piernas y ahí está el corazón —señaló, y pude ver el pequeño latido constante en la imagen borrosa.

Los ojos se me humedecieron.

—Es... increíble —logré murmurar, sin poder apartar la vista del monitor.

Corey asintió, contemplándome con una expresión suave, casi protectora.

—Lo es, sobre todo, porque es un pequeño valiente como su madre. —Que me dijera algo tan bonito y sin pretensiones, cuando estaba en un momento tan bajo, hizo que cayera la primera lágrima por mi cara—. Es una de las cosas que más me gusta, ver la vida a través del vientre materno, no sé, es algo casi mágico. —La emoción apenas me dejaba hablar—. Todo avanza según lo previsto, las medidas son las correctas y no se aprecian malformaciones. Pronto empezarás a notar algunos cambios —me explicó—. En las próximas semanas, el bebé seguirá desarrollándose, por lo que te notarás más cansada, pero también más fuerte. Tu cuerpo está trabajando duro, así que tienes que cuidarte y evitar sobreesfuerzos.

Estaba un poco abrumada por todo lo que decía.

—¿C-cómo es posible que podamos verlo con esa cosa? —Quizá no debí preguntarlo.

«La curiosidad te matará algún día, Mary Kate, debes ser más prudente», recordé a mi madre pronunciando aquella frase mientras me vendaba el brazo fracturado.

Controlé la náusea que me sobrevino.

—Es algo bastante sencillo en realidad —me explicó—. Este aparato utiliza ondas de sonido de alta frecuencia, algo que no puedes escuchar, pero que son capaces de rebotar dentro de tu cuerpo.

Lo miré, interesada, asombrada de que no me riñera por mi pregunta.

Me iba a costar habituarme a que la gente no me tratara como una amaneciense.

Busqué sus ojos e intenté sostener la mirada mientras me daba la explicación, sabía que para ellos era lo correcto, aunque no lo fuese según mi educación. Corey seguía moviendo el cabezal.

—Fíjate, el ecógrafo envía esas ondas al interior de tu abdomen, y cuando chocan con algo, como los huesos o los órganos, rebotan de vuelta. La máquina recoge esas ondas y las convierte en una imagen que podemos ver en la pantalla. Eso es lo que ves ahí.

—No termino de entenderlo, pero me parece increíble que pueda ver a mi hijo a través del sonido. —Él sonrió paciente—. ¿Y no es peligroso? ¿Y si se queda sordo? —pregunté, un poco preocupada.

Corey negó con la cabeza y sonrió cauto. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta que le despejaba las facciones, dos mechones más cortos descansaban recolocados detrás de sus orejas, era tan guapo… Ojalá el bebé se pareciera a él.

—Las ecografías son seguras tanto para ti como para esta cosita que atesoras aquí dentro. No usamos radiación ni nada invasivo que pueda dañarlo.

Me relajé un poco, asimilando lo que me contaba. Seguía pareciéndome increíble que algo tan simple como el sonido pudiera mostrar lo que había en mi interior.

—Es como un milagro... —susurré, fascinada, y él rio suavemente.

—Bueno, a veces la ciencia se siente así —respondió, mirándome con una expresión cálida—, sobre todo, cuando no comprendemos algo, pero en realidad solo se trata de una herramienta que nos ayuda a cuidar de ti y de tu hijo.

Apartó el aparato y me pasó un pañuelo de papel para quitarme el exceso de gel.

—G-gracias por explicármelo.

El movimiento se detuvo y volvió a mirarme de aquella manera que me robaba el aliento, casi podía imaginarlo con los dedos entre mis piernas y llamándome Ángel.

Mis pezones volvieron a endurecerse. Tenía que dejar de imaginar cosas como esa.

—Puedes preguntarme todo lo que quieras, soy tu médico. Si tu intención es quedarte en Nueva York y no tienes seguro médico, puedo ocuparme del seguimiento de tu embarazo.

—Ma-marcus ya me lo ha ofrecido esta mañana, gracias.

Él torció el gesto y siguió limpiándome.

—¡Qué atento! Teniendo en cuenta que él no es ginecólogo —su tono se volvió algo gélido.

—Bu-bueno, me dijo que seguro que a ti no te importaría.

—Claro.

Los movimientos de sus dedos eran algo más bruscos.

—Te has acostumbrado rápido a su presencia…

Su reflexión sonaba a acusación y el color claro de sus ojos se había oscurecido.

—Se ha portado muy bien conmigo —respondí, sintiéndome mal por ello.

—Seguro que sí.

Por fin apartó su mano, tiró los papeles en la basura y volvió a cubrirme con la sábana sin

cambiarme las bragas.

Me daba la impresión de que lo había molestado y no sabía cómo solucionarlo.

Corey recogió el equipo, sin volver a mirarme, se dirigió a la puerta, con ella abierta, se giró un segundo para decirme:

—Que pases un buen día, Mary Kate.

No me dio tiempo a contestar.

CAP Í TULO 15



Sepúlveda

Las preguntas de rigor no nos llevaron a ninguna parte. El camisón que la mujer llevaba cuando la encontraron había sido arrojado a la basura días atrás. Ninguna enfermera recordaba nada más que lo básico: llegó sin documentación, inconsciente y con signos de haber dado a luz el mismo día que la trajeron.

Lo único que supimos con certeza fue lo que Corey nos dijo sobre su estado, no había señales de quién era o de dónde venía.

Las respuestas eran tan estériles como la sala de la clínica en la que estábamos.

Mandé a Martínez a la calle para recabar información de los transeúntes, y cuando volvió, su expresión no auguraba nada bueno.

—El coche que la atropelló era un Nissan Altima negro —me comentó César con un suspiro de frustración.

—¡Genial! —respondí con sarcasmo—, uno de los coches más comunes de Nueva York. Podría ser cualquiera. ¿Nadie apuntó la matrícula?

—Nada —negó, pasándose la mano por el cabello—. Los testigos apenas lo vieron. Solo sabían que iba rápido y se dio a la fuga sin frenar.

—Estupendo, un fantasma en un coche popular. Eso es lo que tenemos. No hagas ningún chiste barato de que se acerca Halloween y es lo único que podríamos esperar o la tendremos.

César cerró la boca, llevábamos demasiado tiempo trabajando juntos, sabía a la perfección qué esperar de él.

Eché una última mirada al pasillo de la clínica antes de dirigirnos hacia la salida.

—Necesitamos algo más que un camisón perdido, unos testigos ciegos y una mujer sin nombre... Todo nos lleva a ninguna parte —dije agobiada mientras mis pasos resonaban sobre las baldosas deslucidas—. No podemos quedarnos solo con esto.

—Tampoco tenemos mucho más, así que, como diría el comisario…, necesitamos una estrategia.

Avancé en dirección al coche patrulla, mirando el asfalto. Que no hubiera una maldita huella de frenazo indicaba intencionalidad.

Eso o que el tipo iba tan puesto que ni vio a la chica.

—Que la mujer haya dado a luz nos da varios escenarios —murmuró mi amigo y compañero —, podríamos empezar por revisar hospitales, clínicas o incluso parteras que hayan asistido a partos en los últimos días cercanos al lugar en el que fue encontrada, no creo que apareciera en camisón en una carretera por hacer autoestop.

—No podemos descartar nada —apunté—. Hay conductores bastante zumbados, podría haberla recogido cualquiera con intenciones de lo más sucias, aunque si fuera así, habría habido indicios de abuso, y el doctor Blackwood no lo comentó.

—También podríamos investigar si se encontró algún bebé recién nacido abandonado o fue entregado a alguna institución.

—No está mal, ¿qué más se te ocurre?

Que César fuera a ser padre hacía que tuviera una sensibilidad especial en ese caso, además, yo no estaba en mi mejor momento
que digamos.

—Puedo prever que la policía no pondría demasiado empeño en el caso de una indocumentada que nadie estaba buscando para averiguar cómo pudo llegar a esa carretera, por lo que podríamos tirar del hilo y revisar más a fondo las cámaras de tráfico del punto en que fue hallada. No sé cómo lo ves, jefa, pero a mí lo del coche me huele mal. Podría tratarse de un atropello intencionado.

—Sí, a mí tampoco me cuadra mucho esa velocidad y que los neumáticos no hayan dejado marca. Tal vez la estuvieran esperando… ¿Y si lo del colaborador es cierto, alguien la estaba persiguiendo, pero no tuvieron tiempo de atraparla? Tendría sentido que merodearan la clínica, aguardando el instante preciso para terminar con ella, quizá sufría de malos tratos… O, como dijimos, era víctima de trata o una red de tráfico de inmigrantes ilegales.

—Si fuera así, tendríamos una pista de la hostia. Buscaré en las cámaras de vigilancia cercanas a la clínica o en la ruta de escape del vehículo.

—Si das con la matrícula, crúzala con las bases de datos de coches robados o vehículos involucrados en otros incidentes, quizá aparezca en otra parte.

—Eso si no le han cambiado la matrícula.

—Crucemos los dedos.

No solía funcionar, no obstante, un poco de suerte no nos vendría mal.

Me dejé caer en el asiento con un nudo en el estómago difícil de disolver. Cogí un chicle de menta y me puse a mascarlo con ferocidad.

—¿Preguntaste el nombre del colaborador que la llevó a la clínica? —se interesó Martínez.

—Sí, contaba con que le hicieras una visita por si vio algo que no contó. ¿Quieres uno? — sacudí la cajita de caramelos.

—Odio esas cosas de mentol y regaliz, parece que vayan a arrancarte los pulmones, no sé cómo puedes.

—Ni yo sé cómo lo haces para salir a hacer *footing* cada mañana al amanecer.

—Venga, vayamos a Columbia que, si no, el comisario nos pateará el culo a ambos.

La residencia de estudiantes en la que se hospedaba la hija del empresario danés era un edificio viejo, pero bien cuidado, con techos altos y escaleras que parecían interminables. Hellen Bradford era la responsable de la residencia femenina, nos recibió en un despacho decorado con muebles de madera oscura y pesadas cortinas color burdeos. Era una mujer de unos cuarenta años, con el cabello rubio recogido en una cola y gafas de pasta roja.

Esperaba alguien que llevara un traje gris oscuro y un reloj de pulsera sacado de un anticuario, lo revisaría cada dos minutos, como si no tuviera tiempo que perder.

Sin embargo, esa Hellen parecía más la hermana menor de la madre de cualquiera de las chicas de las estudiantes. Tenía un aire juvenil, cercano y nada rancio.

—Hola, detectives —nos saludó con afabilidad.

—Soy la inspectora Sepúlveda, de homicidios, y él es mi ayudante, el agente Martínez —me presenté mientras ella se llevaba una mano al pecho.

—¿Homicidios? No querrán decir que la señorita Larsen está...

—No, tranquila, no se preocupe, nos han entregado el caso por motivos que nada tienen que ver con el estado vital de la señorita Larsen.

—Menos mal —suspiró—. Disculpen mi nerviosismo, no estoy habituada a que desaparezcan chicas de la residencia —comentó afectada—, lo cierto es que ha sido desconcertante.

—Pues imagine para sus padres —carraspeó César.

Ella asintió.

—Créanme, no dejo de hacerlo. Colaboraré con ustedes en todo lo que pueda.

—Se lo agradecemos, señora Bradford.

—Señorita —me corrigió—, aunque puede llamarme Hellen si lo prefiere.

Sus ojos castaños eran suaves, tenía una sonrisa bonita. Se puso un mechón tras la oreja mientras me contemplaba de manera apreciativa.

—Señorita Bradford estará bien —la corregí. Había aprendido la lección. No iba a involucrarme con nadie más en mi vida, por guapa y cercana que fuera—. Nos gustaría hacerle algunas preguntas y ver la habitación de la señorita Larsen, si no le importa —dije, intentando sonar más amable de lo que me sentía.

—Por supuesto, acompáñenme.

Se puso en pie y nos indicó que la siguiéramos por el largo pasillo que conducía a las habitaciones. Mientras caminábamos, le hice algunas preguntas.

—¿La chica tenía algún comportamiento inusual antes de desaparecer?

—Era bastante tímida y reservada —respondió, sin dejar de caminar—. No hacía muchos amigos, pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto o en la biblioteca. No era muy dada a socializar, no como Haley.

—¿Haley?

—Su compañera de cuarto.

—¿Y tenía alguna visita fuera de esa tal Haley? ¿Alguien que la buscara regularmente? —preguntó Martínez, apuntando en su libreta.

—Tenía una amiga en el campus, pero aquí están prohibidas las visitas externas a las chicas de la residencia, así que no la conocía —dijo la mujer mientras golpeaba la puerta. No respondió nadie—. Disculpen, es la costumbre, de hecho, ahora tendría que estar vacía.

—¿Cómo era su relación con la señorita Larsen?

—Cordial, como con el resto de alumnas, llevaba muy poco tiempo aquí, apenas un par de meses. Llegó antes del inicio del curso para aclimatarse. Le dije lo mismo que a todas, que podía

contar conmigo para lo que precisara, pero ya saben, no a todos los estudiantes les gusta compartir los aspectos de su vida personal.

—¿Diría que tenía problemas con sus padres? —se interesó César.

—A simple vista no. Por eso pensé que había ido a verlos.

Entramos en la habitación. Dos camas idénticas, dos escritorios, y una ventana que daba al campus. Todo parecía tan ordenado para dos chicas universitarias que me daba repelús incluso a mí, que era la reina de lo estructurado. Todo estaba colocado al milímetro.

César silbó.

—¿Está segura de que aquí duermen dos estudiantes, o las hijas de Marie Kondo[1]?

—Son chicas muy ordenadas, en espacios tan pequeños intentamos inculcarles que todo esté en su sitio.

—¿Podríamos hablar con su compañera de habitación? —pregunté, mirando alrededor, tomando un libro cualquiera para hojearlo.

—Por supuesto, puedo coordinarlo para que hablen con ella más tarde, si les parece —respondió amable.

Martínez intercambió una mirada conmigo.

—¿Qué estudiaba la señorita Larsen?

—Relaciones Internacionales, decía que su padre quería expandir sus negocios de Dinamarca aquí, y ella quería colaborar.

—Una buena hija, ¿eh? —Ella asintió en dirección a él.

—¿Y la otra estudiante?

—Marketing. De hecho, creo que ese libro que sujeta es de Haley.

—Perdón —lo devolví a su sitio—. ¿Le importa si echamos un vistazo a todo esto? —Su expresión se volvió un poco incómoda.

—Entiéndanme, me encantaría decirles que sí, pero no sabría decirles con exactitud qué pertenece a la señorita Larsen y qué a la señorita Connors, creo que sería mejor que esperaran a Haley, a no ser que traigan una orden y así me exoneren del marrón. Si es así, pueden revisar todo lo que gusten —musitó comedida.

Vaya con la mosquita muerta... ¡Cuánto daño hacían las series policiales!

—Podemos esperar a la señorita Connors, por ahora no hay motivos para que un juez extienda una orden de registro. ¿A qué hora estará aquí?

—Prueben sobre las cinco, Haley juega al vóley, a esas horas ya debería haber llegado del entrenamiento.

—Gracias por su ayuda, daremos una vuelta por el campus a ver si damos con la amiga de Astrid.

—Ojalá sea así, de verdad que estoy muy preocupada por la chica, manténgame informada si da con ella, agente Sepúlveda, llevo días sin dormir.

—Descuide.

En cuanto salimos al exterior, César susurró en mi oído.

—Hellen no estaba mal.

—Y mi puño enterrado en tu boca tampoco.

—Vale, lo pillo, ¿al campus?
—Al campus.

CAP Í TULO 16



Janelle

El sonido de la puerta al abrirse anunció lo que estaba por venir. El doctor sabelotodo, con esa mirada de yo soy el puto salvador del universo y no necesitas darme las gracias que me ponía de los nervios, entró en la habitación con su bata perfectamente planchada, como si tuviera tiempo para un servicio de tintorería extra entre operación y operación.

En cuanto lo vi, supe que el día iba a empeorar, había tenido la esperanza de que fuera Corey quien estuviera a esas horas, pero me equivoqué, estaba atendiendo una cesárea, así que… Mi gozo en las manos del doctor semidiós que siempre aparecía en el peor momento, como una alergia fuera de temporada. Era peor que te sentaran al lado de tu ex en una boda y ni siquiera hubiese barra libre.

Me miró igual que haría alguien si le hubiera salido una almorrana con molestia e incomodidad.

¿Le parecería poco apropiado el mono ajustado imitación piel de leona que me había diseñado? ¡Pues que se fastidiara! Puede que en su selva fuera el rey, pero en la mía no había quien me rugiera.

—Señorita Vitale —empezó, estirando las palabras como si fuera un profesor de colegio, saboreando cada sílaba—, qué extraño verla a estas horas, ¿viene de un musical? No sabía que habían vuelto a reponer *The Lion King* en Broadway.

—Muy gracioso, aunque para alguien que lleva bata blanca todos los días, debe ser difícil marcar tendencia. Usted debe dormir emparedado entre estas cuatro paredes y, en lugar de irse a comer, se conecta a una vía, ¿me equivoco?

Él esbozó una sonrisa sin humor.

—Es lo que tiene ser un adulto responsable con un montón de vidas a su cargo, que te deja

poco margen para la diversión, no como a usted.

Desvió la mirada hacia Mary Kate y el gesto se le dulcificó al instante.

—Buenos días, Kate, ¿estás lista para irte? Tu estado es lo suficientemente estable para darte el alta. Solo necesitas descanso...

¿Kate? ¡Por favor! ¿Y esas confianzas?

—Em, sí, doctor Grant, muchas gracias.

—Marcus… —le recordó, a ella le subieron los colores y a mí me dio una arcada.

El puñetero médico de las narices o era géminis, o sufría trastorno de la personalidad múltiple.

Conmigo era puro vinagre y a Mary Kate la envolvía con toneladas de sirope de arce, qué cosa más pegajosa e insufrible.

—Marcus —terminó ella, ganándose una sonrisa que poco tenía que ver con esas muecas apopléjicas que a mí me ofrecía.

¿Por qué narices le caía tan mal si apenas nos habíamos cruzado dos veces y yo solía caer de maravilla? Y no solo eso, a los hombres se les caía la baba cuando me veían.

—¿Tienes algo que ponerte para salir de la clínica?

—Em, sí, Janelle me ha traído ropa. —Ni siquiera me miró.

—Quizá lo que la señorita Vitale haya podido traerte no sea de tu agrado, no te veo muy del estilo selvático. Si lo prefieres, yo podría…

—¡Oh, por favor! —proclamé para que me oyera—. No se preocupe, Ives Saint Lau-Grant, que soy capaz de adaptar mis agujas a la persona que tengo delante y ambos sabemos que Mary Kate no es muy de pezoneras con pompones ni piel de lagarta.

Sus puños se apretaron con fuerza y pude imaginar que ponía aquellos ojos color *bourbon* en blanco.

Si fuera más feo en lugar de tan comestible, ayudaría bastante a que mis ojos no vagaran continuamente hasta ese culo respingón que no podía ocultarse bajo la bata. Por bueno que estuviera, sabía que sería de lo más indigesto, por lo que no tenía intención alguna de hincarle otra cosa que no fueran mis tijeras en sus córneas.

La pobre Mary Kate nos miraba a uno y a otro con preocupación.

—Entonces no nos preocupemos por la ropa, que seguro que la señorita Vitale ha estado a la altura de alguien como tú. —«¡Serás mamón!»—. Te recuerdo que sería conveniente que te pasaras por la clínica cada dos semanas para ver tu evolución, si tienes muchas molestias, yo podría desplazarme y hacerte una revisión *in situ*.

—No hará falta, yo misma la traeré, se va a quedar en mi casa.

Él frunció el ceño, y desvió la mirada hacia mi chupa de cuero, que dejé en el reposabrazos del sofá.

—No habrá pensado en llevarla montada en su moto, ¿verdad? Ese tipo de transporte no es el más aconsejable dado el estado de salud de Kate, y una caída entre el tráfico, teniendo en cuenta al bebé... —Mary Kate me miró espantada.

—Pero ¿qué concepto tiene de mí? Vivo a dos manzanas, iremos andando.

Él dejó ir una exhalación.

—Yo podría acercarlas.

—No-no es necesario —susurró Mary Kate—, caminar un poco me irá bien, necesito que me dé el aire fresco.

Solté una risita.

—¿Aire fresco? Cariño, aquí no huele a campo que digamos, más bien a contaminación y la

única hierba que captará tu pituitaria es de la que se fuma y se vende en Grow-Shops.

La pobre me miró abochornada, lo que causó que Marcus me contemplara con los brazos cruzados y actitud reprobatoria.

A la mierda él y su actitud protectora, no le hacía ningún bien mantener a Mary Kate en el interior de una burbuja, ahí la habían encerrado toda su vida y yo iba a enseñarle lo que podía encontrar al otro lado.

—Sea como sea, me hará bien —aseveró.

—Como quieras, pero esta tarde debes ir a comisaría a poner la denuncia y allí no puedes llegar a pie, pasaré a buscarte donde me digas, yo te acerco.

¡Menuda pesadilla, no íbamos a quitárnoslo de encima ni con agua caliente!

—Disculpe, doctor Grant, pero, por si no lo sabe, existe algo llamado taxi o Uber. Son coches, con aire acondicionado, asientos y que te llevan a todas partes por un módico precio.

Marcus entrecerró los ojos con desidia, me encantaba que mi sarcasmo lo descolocara. Esa mezcla de irritación y... algo que no estaba dispuesta a analizar en ese momento hicieron que mi pulso se desatara cuando se dio la vuelta y clavó aquellos ojos en mí.

—Gracias por su lección de transporte público, señorita Vitale, Mary Kate no necesita más gastos, teniendo en cuenta su situación, que yo la acompañe es lo más seguro para ella tal y como conducen algunos.

Antes de que pudiera responder con algo verdaderamente ingenioso, vi a Mary Kate mirarnos como si quisiera que un agujero en el suelo se la tragara.

—De verdad..., no quiero causar problemas a nadie —dijo con voz tímida, como si se disculpara por nuestra pequeña guerra particular.

Entonces me di cuenta de lo absurda que estaba siendo. Ella no tenía que pagar el pato de que Marcus y yo nos lleváramos tan mal.

—Tú no causas ningún problema —le dije, suavizando mi tono—, podemos pedir un taxi y ya está, le diremos al conductor que tenga cuidado, no hace falta que Marcus se moleste en venir a hacer de chófer personal porque seguramente tendrá trabajo aquí, en la clínica.

Marcus resopló, claramente poco impresionado con mi comentario.

—Aunque no lo crea, yo también descanso —dijo con esa paciencia que me sacaba de quicio —, y lo último que quiero es arriesgarme a que Mary Kate sufra algún percance más, yo la llevo y todos tranquilos.

—Médico, chófer, ¿alguna profesión más? Si hubiera un ejército como usted, dejarían sin trabajo a los neoyorkinos —repliqué con falsa dulzura.

—No se preocupe, conducir no es mi profesión, solo me he ofrecido porque creo que es lo justo después del mal recibimiento que tuvo Kate e ir a comisaría no es plato de buen gusto para nadie, algunos agentes no tienen la delicadeza que precisa una mujer como ella.

En eso podía estar de acuerdo con Marcus, había auténticos capullos en la poli.

Mary Kate parecía en mitad de *La Guerra de los Rose*, juraría que quería fundirse con el colchón. Igual estaba llevando demasiado lejos mi mal rollo con el doctor «te saco de tus casillas». Casi parecíamos en mitad de una discusión por la custodia compartida.

Como decía mi madre, «hay que saber qué batallas perder para ganar la guerra».

—Muy bien —dije, levantando las manos en señal de rendición—. Puede pasar por mi piso más tarde, le dejaré la dirección en recepción, pero no piense ni por un segundo que lo invitaré a café o a donuts.

—Contaba con ello —respondió él.

—Muchas gracias por todo, Marcus —musitó Mary Kate cohibida.

—Ya te lo dije ayer, es mi trabajo y me alegra que vayas mejorando, por cierto, toma, vivir en Nueva York y no tener móvil al que llamar a emergencias, no es buena idea —dijo, sacándose del interior de la bata un iPhone 15.

—Yo-yo no tengo… No uso… No puedo…

—Claro que puedes, me lo cambié hace unos meses y lo tenía por casa, no puedo utilizar dos, porque aunque tenga dos orejas, solo tengo una boca. —«Una bastante lamible y masticable si no fueras tan petulante»—. Así que con uno me basta y me sobra. Seguro que la señorita Vitale te puede enseñar cómo funciona y así te entretienes esta tarde. Lleva una tarjeta prepago con saldo, que podrás ir recargando según necesites. Y te he apuntado en la agenda el número de emergencias, el de la clínica, el del doctor Blackwood y el mío.

«¡Qué amable!».

—Pe-pero…

—No hay peros, ¿está conmigo, señorita Vitale, en que Kate necesita un teléfono?

Lo miré a él y después a ella.

«¡Maldito fuera!».

—Sí, en eso concuerdo con usted. —Su sonrisa de suficiencia me dio ganas de apuntalársela con la suela de mi zapato.

Lo que me llevó a una imagen demasiado erótica de mi pie desnudo en su boca.

«¡Mierda!».

En cuanto el doctor «Culo Prieto» salió de la habitación, saqué la bolsa con la ropa que le había traído a Mary Kate.

—Bueno, princesa, ¿lista para la transformación?

—Me conformo con que me hayas traído bragas que no sean de papel.

Me eché a reír.

—Algo he traído, sí… Puede que el doctor te haya regalado tu primer iPhone, pero tu nueva hermanita Janelle va a sumergirte en el apasionante mundo de la ropa interior de Agente Provocateur. Te garantizo que, después de verte con sus bragas, no vas a querer verte con otras.

CAP Í TULO 17



Mary Kate

Me metí en el baño para cambiarme de ropa.

El enfrentamiento entre Janelle y el doctor Marcus me dejó una sensación extraña en el estómago. No sabía si era por lo acalorada que había sido la conversación o por lo inusual que resultaba para mí ver a una mujer replicar de esa manera a un hombre.

Janelle, que se erguía desafiante frente a Marcus, como si nada en el mundo pudiera hacerla retroceder, no solo no había bajado la mirada, sino que no había cedido ni un centímetro en su postura, ni siquiera cuando él intentó apabullarla con su lógica médica. La idea de enfrentarme a un hombre así, de responder con la misma soltura que ella, me revolvía el estómago, pero en el fondo me provocaba algo más…; un hormigueo en las tripas. ¿Cómo sería? ¿Sería posible para mí, algún día, actuar con la misma valentía?

Era difícil imaginarlo. Aún me costaba mirarlos a los ojos cuando hablaban conmigo en ese estado. Pero la posibilidad, la simple idea de que algún día pudiera hacerlo, me dejó con una sensación ambivalente, mezcla de inquietud y algo parecido a la esperanza. «¿Seré capaz?».

En Nuevo Amanecer, algo así sería inconcebible.

Dirigirse a una persona del sexo opuesto con tal descaro, mirarlo directamente a los ojos durante tanto tiempo o, peor aún, contradecirlo abiertamente, era impensable para nosotras.

Y verlo en directo había causado en mí emociones muy contradictorias, no sabía qué hacer o cómo comportarme, lo que me llevó directa a uno de mis recuerdos más dolorosos, el primero de muchos, hasta que aprendí lo que se esperaba de mí.

—Si te he dicho que no es que no.

La voz profunda de mi padre resonando en el pequeño salón de nuestra casa.

Yo había insistido en salir al campo a recoger flores para hacerle una corona a mi amiga Beth por su cumpleaños, teníamos ocho y a ella le encantaban las susanas de ojos negros, esas flores de pétalos amarillos que parecían atrapar el sol y mirarlo directamente con su centro oscuro. Pensé en combinarlas con unas equináceas purpúreas y esas pequeñas violetas que crecían a lo largo del sendero desplegando su flagrante olor.

¡Se pondría tan contenta! Casi podía dibujar su sonrisa en mi mente, pero hacer regalos no era algo bienvenido en la comunidad.

Los objetos materiales pueden desviar la atención de lo verdaderamente importante: la fe, la humildad y la comunidad. Según el pastor Brock y mi padre, el acto de dar regalos podía alimentar el ego, el orgullo y los deseos mundanos, alejando a las personas del valor de lo simple y lo esencial.

El mejor regalo era el trabajo duro, la ayuda mutua y el servicio a Dios.

El compartir tiempo, el conocimiento o el apoyo tenían un significado mucho más profundo que cualquier objeto material que pudiera ser entregado o recibido.

Sin embargo, en mi mente, no comprendía cómo entregar un simple ramo de flores a mi mejor amiga podía ser algo malo que me separara del buen camino.

—Pe-pero, padre, es solo un detalle y no implica gastar dinero, en el pueblo escuché que los niños reciben cosas para festejar el día de su nacimiento, seguro que se pone muy contenta si yo le llevo…

Mis manos temblaban, era incapaz de evitar el miedo que me provocaba escucharlo alzar la voz o fruncir el ceño como lo estaba haciendo. Sentí que todo el aire de mis pulmones se escapaba cuando me interrumpió.

—No te atrevas a contradecirme, Mary Kate —dijo con un tono bajo, pero firme.

No tengo idea de por qué no fui capaz de detenerme.

—Son flores, no son malas, crecen en la naturaleza y nosotros nos nutrimos de ella, la amamos y…

—¿Osas contradecirme? ¡¿Qué ocurre con tus enseñanzas?! ¡¿Es que no atiendes en las clases de la parroquia?! ¡¿Por qué me miras a los ojos?! ¡No se mira a un hombre a los ojos, aunque sea tu padre! ¡Me estás faltando al respeto! ¡Que no me mires! —voceó.

Pero yo estaba congelada, no podía mover un mísero músculo de mi cuerpo.

Ocurrió tan rápido que no tuve tiempo a procesarlo. Su palma empujó mi cabeza con tanta fuerza que perdí el equilibrio y caí contra el suelo.

Fue entonces cuando ocurrió. Un chasquido sordo, como cuando pisabas una ramita seca al final del verano.

Resonó en la habitación y el dolor me atravesó como una aguja.

Mi grito hizo que mi padre todavía se enfadara más y se sacara el cinturón del pantalón.

Zas, zas, zas…

Piel ardiendo, lágrimas en mis ojos y él alzando la piel curtida en nombre de Dios.

Mi madre en un rincón, contemplando mi pequeño cuerpo estremecido de dolor.

Zas, zas, zas…

Sus gritos.

—¡Pide perdón, Mary Kate! ¡Pide perdón!

Palabras que se cerraban en mi garganta mientras veía su imagen emborronada por las lágrimas.

Me había equivocado, sabía que contradecir a mi padre terminaría mal, pero había elegido el camino desafortunado, no pensé en las consecuencias y mis actos siempre las acarreaban.

Zas, zas, zas.

Sacudí la cabeza sintiendo un escalofrío enroscándose en mi columna mientras mi pecho ardía.

Respiraba de manera irregular. Me ocurría cada vez que pensaba en aquellos momentos de mi infancia en los que no me pude controlar.

«Basta», me dije agitada como una hoja.

Él ya no estaba, ya no volvería a hacerme daño nunca más.

Miré mi reflejo en el espejo, con los nudillos blancos de tanto apretar la bolsa que Janelle me había dado con mi ropa.

Intenté serenarme, busqué mi imagen. En Nuevo Amanecer no teníamos porque alentaban la vanidad, por eso solo podían peinarnos otras mujeres de nuestra familia o ir al río si el día estaba claro.

Pasé una mano con cuidado por el ojo amoratado. La hinchazón había disminuido, aun así, mi aspecto era deplorable.

Carol había sido mis manos y mis ojos de esos días, me dolían demasiado las costillas para alzar con comodidad el brazo, así que dejé que me peinara a diario.

Di un par de inspiraciones antes de quitarme el camisón, verme sin ropa, y mirarme tampoco era habitual.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó Janelle.

—Sí, me-me estaba refrescando… —respondí.

¡Menuda excusa más tonta! Seguro que podía escuchar que no corría el agua.

No dijo nada.

Abrí la bolsa que me había traído ignorando mi reflejo y, al ver la ropa interior, me sonrojé.

Era de un color gris perla, con encaje, jamás había tocado algo así.

Pasé mis dedos por el tejido alucinada.

Contemplé el conjunto evaluándolo. Parecía tener un tamaño capaz de albergarme sin problema. ¿Cómo había sido capaz Janelle de captar tan bien mis medidas sin una cinta métrica?

En una de sus visitas, me contó que era modista del SKS, pero aun así… ¡Madre mía, no esperaba que me trajera algo tan bonito y… sensual!

Contuve el aliento y lo contuve todavía más al deslizar el suave tejido hasta cubrir mis zonas íntimas, si a eso se le podía llamar cubrir.

Alcé la barbilla y, al contemplarme, dejé de respirar.

Jamás me había visto de aquel modo, si mi madre me viera así, me arrancaría lo que llevaba puesto para decirme que estaba tejido por el maligno.

El conjunto no tapaba nada, lo único que hacía era realzar mi busto grande y alzarlo con algo rígido que quedaba justo debajo. Era mágico, no me dolía en las costillas y, sin embargo, elevaba mis senos como nunca.

Tragué con fuerza cuando mis ojos se toparon con mi entrepierna. Las flores y el tul eran tan bonitos que sentí la tentación de trazar los bordes.

¡Dios mío! ¿Qué habría pasado si Corey hubiera tocado algo así en lugar de mi simple ropa de algodón?

Al imaginarlo, sentí mucho calor y un hormigueo conocido.

Seguí sacando ropa, tenía que terminar de vestirme. Había una camiseta de manga larga

holgada cuyo tacto era una delicia, al igual que el jersey fino color azul intenso que llegaba a mitad del muslo.

Pestañeé al ver los pantalones, no creía que me fueran a caber, eran muy pequeños.

—¿Ja-Janelle?

—¿Sí? —preguntó al otro lado.

—To-todo es precioso, pe-pero los pantalones no me van a ir.

—Ya lo creo que sí, son *leggins*, se amoldan a tu cuerpo gracias al *elastán*, tú pruébatelos y verás qué maravilla. El jersey es de *cashmir*, lo encontré de oferta en el *outlet* y supe que te sentaría de maravilla. Ah, y ponte los calcetines por fuera y las UGG, es tendencia que se vean.

Le hice caso y me sorprendió ver que tenía razón, que aquella tela cedía y yo cabía dentro.

Y cuando me calcé metiendo mis pies en unos calcetines largos con motivos florales en los mismos tonos del jersey, que sobrepasaban mis botas marrones y calentitas, sonreí.

No quedaba nada de gris en mí, bueno, solo el conjunto de ropa interior, y quizá lo era por algo, para recordarme que, aunque lo llevara por dentro, a partir de entonces podía llenar mi vida de color.

Miré a esa chica algo insegura que estaba al otro lado del espejo. Le latía el corazón muy rápido y le brillaba muchísimo el ojo bueno. Tenía las mejillas sonrosadas, pero lo importante era cómo se sentía, lo que brotaba de su interior avergonzado al contemplarse por primera vez con aquel atuendo, uno con el que extrañamente intuía que era ella misma, aunque en otra versión menos oprimida, más libre.

Cuando abrí la puerta, no había reproches, solo una mirada maravillada y muchas risas.

—Dios mío, ¡estás fantástica! Aunque eso ya lo sabía, tengo un gusto excelente para la ropa y en mi mente te veías igual de bien.

—No sé qué decir, ni cómo agradecerte esto, o que me acojas, yo…

—Shhh —me silenció, notando que comenzaba a emocionarme y mis ojos se volvían agua.

—Está bien. Todo está bien —me cogió de las manos y yo asentí emocionada—. Ahora deja que te enseñe nuestro piso, no es gran cosa, pero estaremos bien, que es lo que importa. Voy a ayudarte a sanar, Mary Kate, por fuera, pero por dentro también. Un río que siempre encuentra su cauce, aunque tenga que sortear montañas para lograrlo, es imposible contenerlo, tarde o temprano siempre llega al mar, deja que te ayude a lograrlo.

Asentí, me agarré de su brazo y consentí que me llevara rumbo a mi nueva vida.

CAP Í TULO 18



Corey

—¡¿Cómo que le has dado el alta sin que la viera?! —pregunté cabreado con los ojos taladrando a Marcus—. ¡Soy su médico!

—Eres su ginecólogo y el bebé está perfecto, yo soy su médico.

Casi le gruñí.

¿Por qué? Ni puta idea, Marcus no tenía la culpa de que se hubiera apoderado de mí mi perro de presa interior.

No tenía razón de ser que estuviera cabreado con él, era mi amigo, desde que decidimos unir nuestros caminos, lo consideré así, había hecho las cosas bien, y sin embargo… «¡¿Qué narices me pasaba con Mary Kate?!».

Esa chica había despertado en todo el personal de la clínica la necesidad de cuidarla, de protegerla, de hacerla sentir parte de este mundo, en lugar de marginarla. Debería ser siempre así, con todas las personas, no obstante, que alguien lo lograra con toda la plantilla era bastante excepcional.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marcus, sin rodeos, como solía hacer. Estaba acostumbrado a poner la directa y hablarnos como si fuéramos un batallón del ejército.

Intenté esquivar la pregunta, porque no tenía una respuesta clara.

—Lo mismo que a todos —mentí, soltando un suspiro forzado—. Me da lástima lo que tuvo que vivir en esa mierda de secta, Janelle me contó algunas cosas que le dijo Mary Kate que me pusieron el vello de punta.

Marcus asintió.

—El fanatismo religioso es una lacra en el mundo, por eso yo creo en mi propio Dios, uno menos cabrón que puede tener un mal día, tropezar con sus decisiones, que no es omnisciente y al que le pueden salir mal las cosas, eso me consuela más que pensar que niños enferman de cáncer o se ven envueltos en guerras que no han provocado porque es su voluntad.

Entendía lo que me quería decir.

—Entonces ¿ha venido a buscarla Janelle? —Mi amigo puso cara de haberse atragantado con un cactus.

—Sí.

—¿Por qué te cae tan mal?

—No me cae mal.

—Cualquiera lo diría…

—Es solo… Ya sabes… Me recuerda a…

—El huracán Tara —zanjé por él—. Será por el color de ojos y de piel. —Tara era mulata y Janelle más blanca que la leche de vaca.

Mi amigo hizo rodar los ojos.

—Muy gracioso, no es por eso, ya sabes, es su actitud la que me pone de los nervios, como si pudiera hacer o deshacer a su antojo.

—Bueno, de hecho, puede… No sabía que Tara te hubiese dejado tanta huella.

Él se encogió de hombros.

—Le planteé intentarlo, ir más allá de lo que teníamos, una maldita relación abierta, ¿y qué hizo? Se largó a Missouri con Cole Carter y no hace falta que me digas que lo teníamos hablado y que ella desde un inicio me advirtió que no quería ataduras o algo serio, que lo nuestro era puro sexo de hospital.

Hice el gesto de cerrar mi boca con una cremallera.

—Solo añadiré que su intento de tener un tipo de vida similar a lo que planteas no ha funcionado tampoco allí. Tara no es carne de compromiso.

—Pues yo he descubierto que estoy en un punto de mi vida que sí. Me he cansado de los polvos de una noche, de imaginar a la mujer que me gusta tirándose a otro y pensar que terminará con lo nuestro en cualquier momento. Quiero serenidad, tranquilidad y alguien con quien, quizá, poder ir más allá.

¿Por qué su declaración me llenaba de nerviosismo?

—Quieres sentar la cabeza.

—Quiero alguien con quien ir al cine, a cenar, acurrucarme en el sofá sin otro plan que ver una peli y terminar llenándole la boca de orgasmos. Hacer una escapada de fin de semana y besarnos a escondidas mientras visitamos a mis padres porque no podemos mantener demasiado tiempo las manos alejadas del otro.

—Ufff, eso suena a familia.

—Tengo treinta y cinco, dos más que tú, puede que esté sintiendo la llamada de la paternidad y querer corretear en un parque con más niños.

—¡Joder! ¿En serio?

—¿Qué? Tú siempre has querido ser padre, pensaba que me entenderías.

—Ya, pero, no sé, yo pensaba que tú estabas más casado con la clínica que con la idea de forjar un núcleo familiar.

—Pues ya ves, puede que algo en mí haya cambiado.

—¿Desde cuándo? —No respondió, lo cual me hizo fruncir el ceño y encontrar una respuesta que no me hacía sentir muy cómodo—. Está embarazada.

Marcus no apartó su mirada de la mía, era un tipo que iba de frente, por lo que sabía que no iba a rehuir la respuesta.

—No me supone ningún inconveniente.

—¡La acabas de conocer!

—Bueno, tú el día que la conociste te la tiraste, yo llevo una semana viendo y hablando a diario con Kate…

—¿Kate? —solté una risa sin humor—. ¿Cómo que Kate? ¿Le has cambiado el nombre?

—Solo se lo he acortado, no me ha dicho que le moleste.

—Ella no diría que le molestara algo aunque estuviera sentada sobre un montón de ortigas.

—No entiendo tu actitud. ¿Te interesa? Dijiste que no eras el padre de su hijo, que no querías nada con ella, y los dos sabemos que está muy sola.

—¿Y porque esté sola te has enamorado?

—Yo no he dicho eso. Por ahora me gusta, la quiero conocer, simplemente he dicho que su embarazo no es un impedimento para mí, sería lo mismo que si me interesara por una madre soltera o una mujer separada con hijos. ¿Por qué te molesta? —«Eso, ¿qué cojones te molesta, Corey?»—. ¿Porque intimasteis una noche?

—No, es solo que no te veo con ella.

—No hace falta que tú me veas, ya lo hago yo por ti. Mary Kate es una mujer buena, dulce, valiente, preciosa, con principios y muchísima resiliencia. Sería muy fácil que me enamorara de ella.

—Entonces, ¿no estás enamorado?

«¿Por qué sentía alivio?».

—Ya te he dicho que no ha pasado el suficiente tiempo. Creo que el amor es fruto de estar con esa persona en muchas circunstancias, una cosa es la atracción, que es obvio que la siento, y otra que quiera entregar mi vida a esa persona. Por ahora simplemente me gusta, sé que su adaptación al mundo real será complicada, sin embargo, estoy dispuesto a ayudarla porque sé que merecerá la pena.

—¿Y tú le gustas? —pregunté con las aletas de la nariz dilatadas—. Eres mucho más mayor que ella y, como has dicho, viene de un mundo muy distinto.

—Kate me ha demostrado en estos días que es una chica madura para su edad. —Yo también lo pensaba—. Además, necesita a alguien que la cuide. —En eso también coincidía—. Y yo estoy dispuesto. —Eso me jodía, aunque no estaba muy seguro del motivo—. Por ahora voy a encargarme de que nos conozcamos, tampoco es que la quiera presionar.

Me estaban entrando sudores fríos.

«¡Qué demonios…!».

—He quedado en que esta tarde la llevaría a comisaría, en su estado, Janelle no puede llevarla en moto y no deseo que corra el riesgo de ir en taxi y que pille un loco al volante, por no hablar de lo desagradable que puede llegar a ser ir a comisaría.

No me di cuenta de que estaba apretando los dientes hasta que comenzó a dolerme la mandíbula.

—Muy bien, pues nada, ya me enviarás la invitación de boda, con un poco de suerte, os pillará antes del parto.

—Corey, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

No, no lo estaba, y lo peor era que no tenía ni puñetera idea del motivo por el cual me sentía tan irritado. Masajeé mie sienes.

—Es puro agotamiento y que sé que tengo que ir a ver a mi padre porque se acerca su cumpleaños... Voy a seguir trabajando, suerte con… Kate —pronuncié el nombre con cierta amargura, mientras me alejaba para hacer la ronda.

Algo profundo, pegajoso y desagradable se removía dentro de mí, algo que me incomodaba sin sentido. Una especie de inquietud que no lograba sacudirme de encima, y mucho menos al imaginar a mi amigo con la mujer que irrumpió hacía una semana en mi vida alegando que era el padre de su futuro bebé.

¿Por qué me importaba tanto lo que hicieran? ¿Por qué la estampa de ella dirigiéndose hacia el altar, con Marcus aguardándola, me revolvía las tripas?

Algo estaba jodido en mí, estaba convencido.

Los últimos días habían sido una montaña rusa, me mantuve todo lo alejado que pude porque la última ecografía me dejó tocado.

Era recordar mis dedos exponiendo su cuerpo de curvas generosas y mi entrepierna reaccionaba.

Reconozco que me excité al desplazar el camisón hospitalario hasta la curva inferior de sus pechos generosos, porque recordaba lo que fue amasarlos entre mis dedos y que me quedé con las ganas de llevarme esos pezones a la boca.

Vi cómo se erizaban y la boca se me hizo agua.

Quizá por eso tiré con demasiada brusquedad de la braga de papel. Vi un poco de humedad en el centro y supe lo que se sentía al ser envuelto por ella, por su calor.

Tuve ganas de rasgar el otro lado, de descubrirla, de exponerla ante mis ojos y saborearla profundamente, de enterrar mi lengua hasta que se empapara de su sabor, hasta que las contracciones de su útero anunciaran aquellos jadeos que cabalgarían entre lo ronco y lo agudo, para terminar licuándose en un orgasmo arrebatador.

Di gracias a que su estado le impidiera incorporarse y captar la erección que atenazaba mis pantalones.

Vertí el gel en su barriga maldiciéndome por depravado.

Cuando recorrí su piel con el ecógrafo, busqué desconectar de aquel estado de embriaguez febril y al observar la emoción contenida de sus ojos al contemplar la imagen de su bebé en la pantalla… Fue indescriptible, todo se multiplicó por mil.

Su mundo se concentró en aquel pequeño corazón que latía fuerte y el mío sufría pequeñas explosiones difíciles de catalogar.

Siempre había pensado que el mejor momento de una mujer era cuando estaba embarazada. Cuando el cuerpo femenino albergaba vida, se desataba la magia, una para la que no había truco. Quizá por eso me hice cirujano obstetra, para formar parte de algo único, la creación de la vida.

A través de mis pacientes podía sentir ese amor incondicional, visceral, que echaba raíces y arraigaba de un modo feroz.

Las mujeres se llenaban de una ternura salvaje que me asombraba y excitaba a partes iguales.

No había nada más *sexy* que una mujer embarazada, por lo menos, para mí. Quizá por ello el atractivo de Mary Kate había crecido exponencialmente y seguiría haciéndolo al mismo ritmo que avanzaba su estado.

Si lo pensaba fríamente, ella llegó a la clínica para agitarla como un vendaval, con esa serenidad tan suya que te hacía desear formar parte de su entorno más cercano. Incluso Marcus se había rendido a su hechizo y no tenía problema alguno en demostrarlo.

Me dije que la ayudaría, sin embargo, que él quisiera mantener una relación con Mary Kate me obligaba a tomar cierta distancia, mantenerme alejado pese a no poder dejar de pensar en sus trenzas rubias, en su boca ancha y aquel brillo intenso con el que se enfrentaba a un mundo desconocido para ella.

Iba a erradicar esa reacción estúpida, ridícula y completamente ilógica que tuve cuando los latidos de ese bebé se solaparon con los míos.

Su hijo no era mío, punto, no pensaba atormentarme con una posibilidad absurda.

CAP Í TULO 19



Sepúlveda

La visita al campus de Columbia me devolvió a aquella sensación amarga de una búsqueda sin fin. Pero esa vez, la joven a la que estábamos buscando no era una desconocida para Astrid. Era su mejor amiga. Y las mejores amigas, por mucho que intenten ocultarlo, siempre saben más de lo que están dispuestas a admitir.

—No hemos sacado nada en claro con la señorita Bradford —dije en voz baja mientras caminábamos entre los edificios de ladrillo del campus. A mi lado, César asintió en silencio. Estaba claro que tampoco estaba satisfecho—. Tenemos que darnos prisa y estar en la residencia cuando Haley vuelva del entrenamiento, no quiero que tenga capacidad de reacción.

—¿Piensas que puede estar ocultando alguna pista?

—No tengo idea, igual ni siquiera sabe que haya algún indicio entre las cosas de su compañera, según la directora, no eran muy amigas.

—Podría ser.

—Dar con la mejor amiga de Astrid es nuestra prioridad. Por cierto, ¿qué tal está Nancy?

—Engordando y preciosa. Podrías pasarte por el piso el finde, ya sabes que le encanta verte y cocinar para ti, creo que prefiere hacerte las comidas antes que a mí. Uy, eso ha sonado fatal.

Hice un gesto restándole la doble intencionalidad de César, siempre estaba igual, con aquel tipo de humor subido de tono.

—Si tengo tiempo, iré.

Había estado evitándola porque verlos juntos me recordaba lo que yo había perdido, sin embargo, tampoco era justo para Nancy que la ignorara, ambos eran mis amigos y tenía que hacer el esfuerzo.

Volví a centrarme en el caso.

Según el comisario, la mejor amiga de Astrid estudiaba lo mismo que ella, por eso estábamos

cruzando el campus hacia el edificio de Relaciones Internacionales.

—¿Qué te juegas a que esta tampoco nos dice nada? —murmuró César mientras ajustaba el paso al mío.

—Esta chica era su amiga más cercana. Si alguien sabe qué le pasó a la señorita Larsen es ella —respondí, con una pizca de esperanza contenida.

—No sé qué decirte, a esta edad las amistades son muy volátiles y las envidias una carga demasiado pesada. —Lo miré alzando las cejas—. ¿Qué? Tengo hermanas.

Teníamos un nombre y un apellido, Emily Harrington, y su apellido no era casual.

Los Harrington habían hecho su fortuna gracias al petróleo y el gas. Una familia prominente, con una influencia significativa en el sector energético, tanto en los Estados Unidos como en otras partes del mundo.

Se expandieron a lo largo de generaciones, consolidando un imperio que parecía infranqueable, por eso, que su hija estuviera estudiando Relaciones Internacionales parecía bastante coherente.

Nos dirigimos hacia el mostrador del personal administrativo, quien nos derivó al director del programa.

No iban a darnos los datos de una alumna así como así, por lo que tuvimos que aguardar a que saliera de una reunión y explicarle el motivo de nuestra visita.

Pese a mostrarse algo reticente, como ocurría con cada persona que nos topábamos en Columbia, conseguimos que nos diera el itinerario de clases de Emily Harrington. El señor Atienza nos pidió que no molestáramos demasiado al resto de alumnos, que fuéramos… «discretos».

En instituciones como esa universidad no les interesaba que hubiera escándalos.

—Descuide, la discreción forma parte de cualquier investigación, lo que me preocupa es que esté más acongojado por no convertirse en la comidilla de sus estudiantes que en la desaparición de la señorita Larsen, da una imagen muy pobre.

—No me malinterprete —comentó visiblemente incómodo.

—No lo hago. Buenos días, señor Atienza.

César y yo salimos del despacho, mi compañero con una risa baja al ver la expresión de estupefacción del hombre.

—Lo has dejado *KO*.

Según aquel maldito papel, teníamos que encontrar la clase de Estadística Aplicada a las Ciencias Sociales en el mismo edificio.

Subimos las escaleras, la clase estaba terminando, por lo que aguardamos a que la marea de alumnos abriera la puerta.

Antes de ser arrasada, le pregunté a una chica con aspecto de enterada quién era Emily, ella apuntó a otra de abundante cabellera oscura y rizos muy definidos que seguía en el aula.

Avanzamos entre la muchedumbre. Hacía relativamente poco que había empezado el año estudiantil, por lo que era lógico que no hubiera muchas bajas en clase, si estuviéramos en junio, el aula mostraría una realidad más desértica.

—Esa chica lleva más dinero encima del que yo gano en un mes —dijo César oteándola.

—No te hacía un experto en marcas.

—Bueno, todos tenemos habilidades ocultas, la mía es tener una hoja de Excel en el cerebro.

Emily le sonreía a un chico que puso la mirada en nosotros, tenía aspecto de deportista. Al ver que no nos movíamos, le hizo un gesto con la cabeza.

La expresión de la morena pasó de la sorpresa a la preocupación.

—¿Es usted Emily Harrington? —pregunté con suavidad.

—Em... Sí, ¿qué ocurre? —Su voz titubeó, como si ya intuyera que no traíamos buenas noticias.

—Soy la inspectora Sepúlveda y él es el agente Martínez, estamos aquí por la desaparición de su amiga, la señorita Larsen.

Su mirada voló con rapidez a la del chico, que le dio un beso rápido y dijo que llegaba tarde a la siguiente clase. Claramente se estaba escaqueando.

Emily tragó con dificultad.

—¿Hay algún lugar tranquilo en el que podamos hablar? —cuestionó César.

—Sí, claro, ¿qué les parece la cafetería? Puedo dedicarles algunos minutos.

Según su horario, tenía media hora libre, por lo menos en eso no mentía.

—Perfecto —mascullé.

Ella nos guio hasta el lugar, que estaba bastante concurrido, escogimos la mesa más apartada.

—¿Qué tal el café? —le preguntó Martínez.

—Bebible —respondió escueta.

—Trae dos —le supliqué—. ¿Quiere algo, señorita Harrington?

—No, estoy bien, gracias.

Aguardamos a que César regresara, y, mientras, yo le conté qué hacíamos en Columbia.

Su rostro se tensó a medida que las palabras salían de mi boca. El brillo de sus ojos se apagó al mencionar a Astrid. Claramente, no esperaba que la policía llegara hasta ella.

—E-entonces, ¿no ha aparecido? No sabía que estaban investigando su desaparición, la directora de la residencia me dijo que había ido a visitar a sus padres —balbuceó, sus manos temblorosas mientras se las frotaba en un gesto nervioso.

—Bueno, estamos intentando averiguar qué sucedió, tenemos una versión un tanto contradictoria. Por un lado, la señorita Bradford nos dijo que no se admitían visitas en la residencia, pero el comisario comentó que hubo una fiesta y usted fue a visitarla la mañana de después y que la encontró en un presumible estado de embriaguez. ¿Cómo es posible?

—Bu-bueno, pu-puede que alguien me abriera cuando la directora estaba fuera, pero fue porque estaba preocupada por Astrid, po-por favor, no se lo cuente a la señorita Bradford, son muy estrictos en cuanto al régimen de visitas y podría causarle problemas a la chica que me abrió.

—¿Haley Connors? —Ella se mordió el labio y asintió.

—Tranquila, hablaremos con ella más tarde y respetaremos su voluntad siempre que sea posible. Necesitamos que nos cuente lo que sepa de los últimos días que pasaron juntas.

Emily asintió lentamente, evitando mirarnos a los ojos.

César y yo la observábamos, algo en su lenguaje corporal me decía que estaba ocultando algo, o, al menos, no estaba del todo cómoda con lo que iba a contarnos.

Nos explicó que se conocieron el primer día de clase, que a ella se le explotó la tinta del bolígrafo en la camisa y Astrid la ayudó.

Que era una chica tímida, le costaba socializar y prefería la soledad a la muchedumbre, todo lo opuesto a ella, lo que no fue impedimento para que se hicieran amigas.

Astrid casi nunca se apuntaba a los planes de Emily, salvo unos fines de semana antes a que desapareciera.

La señorita Harrington estuvo insistiéndole en que tenía que hacer algo más que estudiar, que

siempre la dejaba colgada, y por una vez, Astrid cedió.

—Ni siquiera podía creer que me hubiera dicho que sí, estaba esperando su negativa, pero aceptó acompañarme a la fiesta —su voz se quebró ligeramente al mencionar la palabra «fiesta».

—¿Dónde fue?

—En la fraternidad Sigma Alpha, mi novio...

—¿El chico de antes? —preguntó César, anotando en la libreta.

—Sí, él pertenece a la fraternidad, hace poco que salimos.

Pude ver cómo su nerviosismo aumentaba. Sus dedos tamborileaban suavemente sobre la mesa, y su mirada se movía de un lado a otro, como si buscara algo con lo que distraerse.

—¿Y qué pasó en esa fiesta? —le pregunté, manteniendo el tono neutral.

—Bueno..., lo de siempre. Música, bebida, todos divirtiéndose...

—¿Astrid también se divertía?

—A su manera, ella no era muy de beber y, como les he dicho, tampoco de socializar. La alenté a que se animara y se relajara, quería que disfrutara y no fuese tan encorsetada, no sé, tal vez, conectar con alguno de los chicos…

—¿Y conectó? —Ella se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo, Trevin quería bailar y, bueno, en fin, la perdí de vista cuando subimos a la planta de arriba. So-solo fue un rato, pensé que Astrid estaría bien por su cuenta, que... Ya saben, uno de los chicos haría que se integrara, pe-pero, cuando bajé, ya no estaba.

—¿No preguntó por ella? —quise saber.

—S-sí, claro, uno de los amigos de Trevin me dijo que se había animado a jugar al juego de la botella, había tomado varios chupitos, prefirió beber a los besos, ya sabe, si no besas a quien te toca, bebes. Después de un rato se marchó, supuse que se había ido al dormitorio, la llamé y mandé varios wasaps, pero no respondió, imaginé que estaba molesta por haberla dejado tirada después de insistir en que viniera.

La historia tenía sentido en apariencia, pero había algo en su tono que no me convencía.

—Entonces, a la mañana siguiente, ¿la llamó Haley?

—Sí, bueno, más bien respondió a una de mis muchas llamadas, me dijo que Astrid parecía una zombi y que no sabía qué le pasaba, que no se movía de la cama y apestaba.

—¿Cree que pudo consumir drogas? —pregunté.

Su expresión me dio la respuesta.

—A-a veces, los chicos hacen mezclas, por eso me preocupé. Pe-pero conseguí que se pusiera bien. Le di una ducha fría y bebió cantidades industriales de café. Le supliqué que me perdonara, me-me dijo que no estaba enfadada, que no se había sentido bien y decidió venir a la residencia porque la fraternidad no era su lugar, que iba tan pedo que ni recordaba haber llegado a la cama.

—Pues sí que se pilló una buena, sí —murmuró César.

—Le dije que lo sentía, que nunca más la dejaría sola, lloré un buen rato, me sentí fatal al verla así. Astrid no quiso volver a salir de fiesta.

—Comprensible —asumí y ella asintió.

—Semanas después, comenzó a sentirse rara, estaba más pálida que de costumbre, vomitaba mucho, las dos creímos que se trataba de un virus estomacal.

—Pero… —murmuré, y ella volvió a poner cara de preocupación.

—Haley volvió a llamarme, la señorita Bradford se había marchado a hacer una visita por el campus y Astrid estaba muy mal. Fui a verla y, efectivamente, parecía un cadáver. Le dije que lo mejor era ir al médico, que no era lógico que una gripe durara tanto tiempo, pero se negó. Le dio

otra arcada, se vomitó encima y la mandé a la ducha. Mientras buscaba algo de ropa en los cajones, me topé con un test de embarazo. No supe cómo reaccionar, Astrid no me había comentado que saliera con alguien. No era de esos que te indicaban las semanas, así que tal vez hubiera venido de Dinamarca embarazada, o no ser suyo. Podría ser que Haley lo hubiera escondido, al fin y al cabo, estaba muy al fondo.

—¿No le preguntó? —inquirió César. Ella agitó los rizos negros.

—Me dio apuro, pensé que, si era suyo, igual no me lo contó porque no me había perdonado por lo de la fiesta.

Nos miró esperando algún tipo de reacción. La mía fue de cautela. No era la primera vez que escuchaba algo así en casos como ese.

¿Qué había ocurrido realmente? ¿Y si alguno de los chicos la había drogado intencionadamente y había abusado de ella? Si la señorita Larsen no recordaba haber llegado a la residencia, quizá fue porque no llegó y que alguien la hizo llegar.

César llegó a la misma conclusión que yo a juzgar por su siguiente pregunta.

—¿Podrías darnos un listado de los chicos con los que tu amiga estuvo jugando? —preguntó, moviendo el bolígrafo entre los dedos.

Emily negó rápidamente con la cabeza, pero algo en su expresión la traicionó. Era como si guardara un secreto que no estaba dispuesta a compartir. O no sabía cómo hacerlo.

—No. No sabría decirles —repitió, pero su voz carecía de convicción.

—¿Y tu novio? —la azucé.

—E-estaba conmigo, además, todos iban bastante bebidos, dudo mucho que se acuerden.

—Entonces tendremos que pasar por la hermandad, a ver si alguien estaba lo suficientemente sobrio. Muchas gracias por su colaboración, señorita Harrington.

—La-la encontrarán, ¿verdad?

—Eso esperamos.

Quizá no estaba del todo implicada, pero había más en su historia de lo que estaba dispuesta a admitir, tal vez para proteger a Trevin y sus amigos.

Salimos de la cafetería y volvimos al exterior.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté a César, alejándonos del edificio.

—Sabe más de lo que dice, seguro —contestó, con el ceño fruncido—. Y no me gusta nada la historia de la fiesta y el test de embarazo, no encaja con lo que conocemos de Astrid.

—Opino lo mismo. ¿Qué clase de amiga arrastra a otra a una fiesta para después dejarla a su suerte? Tendremos que seguir rascando, a ver qué nos cuenta Haley Connors.

CAP Í TULO 20



Mary Kate

—Vamos, Mary Kate, dos manzanas y estamos en casa —profirió Janelle.

La palabra «casa» me sonaba extraña, porque seguía asociándola a Nuevo Amanecer, y eso que allí ya no quedaba nada.

Me aferré a ella como a un salvavidas, uno que me había sido arrojado en el momento más oportuno, por alguien que apenas hacía siete días que conocía, pero que ya se estaba convirtiendo en una persona de lo más importante e imprescindible para mí. Mi ángel de la guarda era una chica menuda, pelirroja y a quien nadie le tosía.

El aire de Brooklyn golpeó mi rostro, estaba frío y lleno de vida. Cada paso dolía, pero la presencia de Janelle a mi lado me daba fuerzas para seguir.

—Debería haberte traído una chaqueta. No te preocupes, me haré con una para mañana mismo.

—No, estoy bien así, en serio, los inviernos en Missouri eran bastante más duros.

—No te dejes confundir por el otoño, en invierno hace un frío que pela, hazme caso. —Contraje el gesto porque pisé con demasiada fuerza contra el asfalto—. ¿Y tus costillas? —preguntó, contemplándome preocupada.

—Como si me hubieran dado una paliza —respondí.

Las dos nos miramos, y después Janelle estalló en carcajadas mientras yo le ofrecía una sonrisa débil, ojalá hubiera podido reír así.

—Oh, madre mía, eso ha sido muy negro y cínico por tu parte, aprendes rápido, florecilla de campo.

—¿Está mal? —pregunté un poco atribulada.

—Al contrario, Marlon diría que lo mejor es reírse de las penas, sobre todo, cuando pertenecen a uno mismo.

—Marlon es tu hermano, ¿verdad?

—Exacto, te caerá genial cuando te lo presente, y su chica ni te cuento, Kiara es la leche, cuando conozcas su pasado y el de sus amigas, te darás cuenta de que la vida, por mal que empiece, puede terminar de maravilla. —Me encantaba que hablara tan rápido.

—¿Tu hermano se parece a ti?

—¡Qué va! Es moreno, con los ojos oscuros, la música es lo suyo. Toca la guitarra eléctrica en un grupo, se llaman Shiva's Riff. Cuando actúen por aquí, te llevaré conmigo, vas a alucinar.

Que Janelle me incluyera en sus planes de futuro me llenaba por dentro, además, todo parecía tan emocionante.

—Te debo tanto… —susurré—. Estoy bien gracias a ti.

—Estás bien gracias a que eres una tía muy fuerte, y yo voy a enseñarte a serlo todavía más, estás en las mejores manos. Mira, el apartamento está en ese edificio de ahí.

Quedaba al otro lado de la carretera.

Cruzamos la calle tan despacio que el semáforo cambió de color. A Janelle no le importó que los coches empezaran a pitar como locos, se limitó a mirarlos desafiante e insultarlos en italiano cuando la cosa se puso tensa.

No permitió que acelerara el paso, cruzamos a mi ritmo, desoyendo las barbaridades que decían los conductores.

—Olvídalos, sus vidas son demasiado pobres como para sentir compasión, la agotan viendo su reflejo en el espejo del retrovisor —comentó.

¿Cómo cabía todo ese ímpetu en un cuerpo tan diminuto? Aunque solo me sacara unos pocos años, quería ser como ella a su edad. Fuerte, enérgica y segura de mí misma.

Fijé las pupilas en el bloque que se desplegaba ante nosotras. Poco tenía que ver con mi comunidad, el rancho Wallace o las casitas rosas de Saint Valentine Falls.

La fachada estaba formada por ladrillos desgastados llenos de carácter.

Janelle sacó un juego de llaves e introdujo una en la cerradura.

—Recuérdame que mañana te haga una copia —comentó.

—En Nuevo Amanecer las puertas siempre estaban abiertas.

—Cariño, si se te ocurre dejar la puerta abierta en este barrio, lo más probable es que no queden ni las cucarachas cuando regreses. Acostúmbrate a que hay que abrir y cerrar con llave.

—Vale.

Ella hizo un gesto teatral para que entrara, fui a subir por las escaleras, pero me detuvo.

—¡Quieta! ¿Adónde crees que vas? —Miré a un lado y a otro.

—Imagino que tu piso queda subiendo las escaleras.

—Sí, pero en la quinta planta, por lo que tus costillas no lo resistirán.

Señaló unas puertas, apretó un botón y estas se abrieron.

—Entra.

—¿Es un refugio antitornados?

Janelle volvió a soltar una carcajada.

—Si un tornado sacudiera este edificio, el ascensor sería el último lugar al que podrías llamar refugio. Digamos que es una caja metálica, suspendida por cables y engranajes, que sirve para subir y bajar entre plantas sin necesidad de usar las escaleras. Vendría a ser como si

estuviéramos en el fondo de un pozo y nos montáramos en un cubo de agua. Tranquila, es bastante seguro, aunque esté viejo.

La explicación que me dio no me hacía sentir segura del todo, pero si Janelle decía que tenía que montarme en esa cosa…, lo haría.

Nos metimos dentro.

Janelle me dijo que apretara el número cinco, y este se iluminó como si hubiera una luciérnaga en su interior. La caja empezó a moverse.

El ascensor crujía y gemía, me aferré al pasamanos hasta que los nudillos se me quedaron blancos.

—No se caerá.

—¿Segura?

—Bastante. Mira que te favorece el color azul. —Agarró mis brazos y me plantó frente a un espejo que había ignorado—. En casa te probaremos el pelo suelto, con este *look* seguro que te sienta fenomenal.

Nos miré a las dos juntas, éramos tan distintas que era imposible que encajáramos.

—Estamos buenas, ¿eh?

—Tú eres preciosa.

—¡Y tú! Te lo digo yo que veo mujeres a diario, tienes una cara que ya querrían para sí muchas y una silueta muy armónica.

—Estoy gorda.

—Estás maravillosa.

—Mi padre siempre me lo decía.

—Tu padre podría irse un poquito a la mierda —gruñó.

—No importa, sé lo que soy.

—¿Una tía genial? Sí, yo también sé que lo eres. —El ascensor se detuvo—. Tienes un cuerpo que te lleva y te trae a todas partes, eso es lo más importante.

Las puertas se abrieron y di gracias por que las cuerdas no se hubieran partido.

Era la tercera puerta del pasillo.

El apartamento era pequeño, de un solo ambiente, con un sofá biplaza color morado que se convertía en cama por la noche.

La cocina estaba integrada y quedaba justo debajo de la única ventana que ofrecía luz y ventilación.

La única puerta que había, más allá de la de entrada, era la del baño, que, por cierto, contaba con lo justo y necesario.

Lo mejor de todo era la decoración, se notaba que Janelle vivía ahí. Era divertida, colorida y había cuadros que vestían las paredes con diseños de ropa y fotografías de lugares que nunca había visto.

—¿Las has hecho tú? —le pregunté.

—No, son sitios que me muero por conocer. París, Londres, Milán, Barcelona… —Fue señalando.

—Oh, ¿están cerca de Nueva York?

—No, bastante más lejos, después te lo enseñaré en el teléfono, alucinarás con las cosas que vas a descubrir, Google se va a convertir en tu nuevo dios. ¿Cómo lo ves? ¿Te gusta la bombonera? —Dio una vuelta con los brazos extendidos—. No es mucho, pero es acogedor —susurró.

—Lo importante es que es tuyo.

—Más bien del señor Ahmed, pero sí, es mío mientras pague el alquiler. Venga, siéntate.

Me ayudó a que me acomodara en el sofá.

—No quiero ser una carga —confesé aterrorizada de que me quisiera echar. No había demasiado espacio y yo ocupaba lo mío.

—No lo vas a ser, nos apañaremos bien, ya verás, ahora, relájate. Voy a hacer las palomitas que te prometí y vamos a hacer una maratón de mi serie favorita.

—¿Te refieres a que pondremos la televisión?

—Eso es, ha llegado el momento de que conozcas a las chicas.

—¿A tus hermanas?

—Casi.

—¿A qué chicas?

Ella se desplazó hasta un armario, cogió una caja, sacó una bolsa de papel y la metió en un pequeño horno, sabía que se llamaba microondas y que servía para calentar. Lo vi en la tienda de electrodomésticos del pueblo.

—Las de *Sexo en Nueva York, of course*. —Cerró la puertecilla y se escuchó un pitido seguido de un zumbido continuo.

Janelle se acercó, cogió una cosa alargada y me la mostró.

—Esto se llama mando a distancia y permite ver a las chicas sin moverte del sofá. Apuntas ahí, presionas el rojo y…, *tacháán*, ya la tenemos encendida.

Separé mucho los labios al ver lo bien que manejaba los botones.

También había visto un televisor en el restaurante de Travis, casi siempre estaba apagado, excepto los días que jugaban los Giants.

—Atenta, florecilla, con este botón puedes seleccionar Netflix, Amazon Prime y Disney Channel, son tus nuevos aliados contra el aburrimiento, además de que te van a enseñar un montón de cosas. —Me mostró cómo funcionaba.

—¿Lo pillas?

—Eso creo.

—Bien, pues ahora sintonicemos a mis chicas.

Se escuchaba el chisporroteo del maíz, unos segundos más tarde, cuando se oyeron tres pitidos largos, Janelle se levantó, cogió un bol y dispuso las palomitas dentro. Sirvió un par de refrescos de naranja *light* que me hormiguearon en la nariz y nos llenaron de carcajadas.

—Ya estamos listas, solía verla con mi madre y mis hermanas, cada una tenía un personaje favorito. Va de las vidas de cuatro amigas en Nueva York. Está Carrie, que es una columnista de sexo y relaciones que nos volvía locas a mi madre y a mí con sus vestidos. Miranda, la pelirroja, es una abogada muy inteligente y sarcástica que Marlon siempre comparaba con mi hermana Martina; Charlotte, la morena, es una romántica empedernida por quien sentía debilidad Vittoria, y Samantha, que es la mía.

»En la serie ocurren muchas cosas cotidianas y hablan de todo. De amor, sexo, amistad, trabajo… Es divertida, a veces triste, pero siempre real. Estas mujeres te abrirán los ojos a un nuevo mundo. Y, créeme, te vas a reír mucho. Pilla palomitas.

Me hice con un puñado.

—¿Qué es lo que más te gusta de Samantha? —me interesé.

—Supongo que su valentía, que no pide nunca perdón por ser quién es —dijo Janelle con una sonrisa. Eso me gustó—. Es un recordatorio constante de que las mujeres podemos ser fuertes y

libres, sin importar lo que los demás piensen.

Arrancaron lo que mi nueva amiga llamó créditos iniciales y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una chispa de emoción.

Tal vez, ese nuevo comienzo en Brooklyn no fuera tan malo, después de todo.

No sé cuántos capítulos vimos del tirón, lo que sí sé es que estábamos tan enfrascadas que, cuando sonó el timbre y Janelle me dijo que debía ser Marcus, sentí una pena atroz por tener que levantarme y no seguir viendo la pantalla. Era adictiva.

Lo que más me gustaba era que Janelle tenía razón, esas mujeres, con sus virtudes y sus defectos, eran fantásticas. Ojalá pudiera ser como ellas algún día.

—Fíjate, Mary Kate, cuando llaman, vienes al telefonillo, preguntas quién es y para abrir pulsas este botón. Así sabemos a quién le abrimos la puerta y no nos topamos con el asesino del hacha.

—¿Hay un asesino del hacha?

—Bueno, quien dice eso dice el repartidor de Amazon. Ya te lo contaré después —dijo cuando el timbre volvió a sonar con impaciencia.

—E-está bien.

—¿Sí? —preguntó ella con cara de fastidio. Pero entonces algo cambió que la expresión de su rostro se dulcificó—. Oh, vale, sí, no, no hace falta, te abro y la esperas abajo, que ya sabe usar el ascensor, enseguida baja, tráemela sana y salva.

Colgó sin que hubieran volado cuchillos y me extrañó.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto. Ven, que te ayudo a levantarte. Voy a soltarte las trenzas y te pongo un poco de perfume, tengo uno que no uso que te sentará muy bien.

Me llevó al baño, soltó las gomas y pasó sus dedos por mi pelo.

—Uy, tienes los labios algo secos, no te irá mal que te des un poco de *lip oil* para hidratar, tengo uno de mango que sabe una barbaridad.

Le bastaron tres minutos para cumplir con lo que dijo y acompañarme al ascensor.

—Madre mía, ¡qué guapa estás! Te voy a prohibir llevar trenzas, aunque, bueno, a esa carita que tienes tampoco le van mal. En fin, estás irresistible, solo tienes que entrar y pulsar el cero. ¿Te ves capaz?

—¿Y no puedo usar las escaleras?

—No, lo siento, recomendaciones médicas, además, tienes que empezar a vencer tus propios miedos por pequeños que sean. Montar sola en ascensor es un buen comienzo, si te quedaras atrapada, solo pulsa la campana y vendrán los bomberos.

—¿Los bomberos? —pregunté agobiada.

—Respira, no va a pasar, venga, que yo te vea cómo subes, y si lo haces bien, esta noche te preparo una cita con Damon Salvatore.

—¿Con quién?

—Tranquila, es otra serie, *Crónicas Vampíricas*, te va a *aluciflipar* y desatar tu sed de sangre.

No entendía lo que me decía, aun así, obedecí. Quería que mi nueva amiga se sintiera orgullosa de mí, así que me metí y hundí la yema de mi dedo en el botón.

La escuché gritar un «diviértete».

¿En serio que me deseaba diversión con lo mal que le caía Marcus?

Preferí no pensar. Lo mejor era que buscara mi reflejo, antes me había funcionado para templar los nervios. Me di la vuelta y me miré.

Se me cortó el aliento.

Mi pelo estaba suelto y lucía unas ondulaciones, fruto de las trenzas, que me daban cierto aire salvaje. Los labios se veían como si me hubiera comido una tostada con miel y olía a flores recién cortadas.

Antes de que me diera cuenta, el movimiento se había detenido y las puertas se abrieron.

La persona que me aguardaba en el rellano se reflejaba en el interior del espejo. Aquel físico era inconfundible y desde luego que no era Marcus.

El aire volvió a abandonar mis pulmones por segunda vez cuando vi la forma en que me miraba.

CAP Í TULO 21



Corey

Marcus estaba en el mostrador de recepción cuando su busca sonó. Lo vi tensarse, como siempre que a cualquiera de nosotros el dichoso aparato hacía saltar las alarmas, nunca era por algo bueno.

—Maldita sea —murmuró entre dientes mientras miraba la pantalla—. Es una emergencia.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunté con una ceja enarcada, más por inercia que por verdadero interés. En realidad, mi mente estaba en otro sitio.

—Es la señora Brown, parece que hay complicaciones, tenía que ir a por Kate, será mejor que la lleves tú a comisaría por si la cosa se lía y finalmente tengo que operar. No puedo dejarla sola —me dijo Marcus mientras recogía sus cosas a toda prisa. Me quedé mirándolo, entre sorprendido y aliviado, aunque no lo entendía del todo.

«¿Por qué me alegro de que él no pueda ir con ella?».

—¿Yo? —intenté sonar desinteresado, pero la idea de acompañarla me provocó una especie de sacudida interna, quizá estaba incubando algo.

—No hay tiempo, Corey. No es negociable, te ocupas y listo, Branda te dará la dirección.

Marcus me lanzó una mirada rápida antes de salir por la puerta sin decir más y la administrativa me tendió un trozo de papel con una sonrisa amable.

—Aquí tiene, doctor Blackwood.

Me quedé parado unos segundos, mirando la calle, el número y el piso. Mi interior se retorció con cierto regusto a satisfacción.

Debería haberme sentido incómodo, molesto, pero no, justo lo contrario..., me alegraba, y lo hacía mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Era extraño. Una parte de mí gritaba que debía ir en la dirección opuesta, evitar a toda costa a Mary Kate, y sin embargo, ahí estaba, a

punto de ir a buscarla.

El apartamento de Janelle estaba a un par de calles, aun así, cogí el coche porque no quería que hiciera más esfuerzos de los debidos.

Al llegar, toqué el timbre y esperé, nadie respondió, por lo que tuve que llamar una segunda vez, la voz de Janelle resonó en el telefonillo, y cuando le dije que era yo, que venía a por Mary Kate, se llenó de alegría, me dijo que me abría y que la esperara en el rellano, que no hacía falta que subiera.

No pasaron ni cinco minutos antes de que las puertas del ascensor se abrieran.

Al principio, pensé que se trataba de otra persona, tuve que hacer un esfuerzo consciente para reconocer a la mujer que se reflejaba a través del espejo, porque poco tenía que ver con la chica de trenzas, cofia en la cabeza y vestido gris.

Ella me miraba a través de él con un gesto que no era el de una mujer cualquiera. Su melena rubia caía en ondas color trigo hasta su cintura. El jersey azul que llevaba parecía hecho a medida para abrazar cada curva. Unos *leggings* oscuros delineaban sus piernas de forma casi peligrosa, y los calcetines por fuera de las botas de suela gruesa completaban una imagen que era tan atractiva como inesperada.

Todo mi cuerpo se tensó, me fallaron los pulmones, y cuando finalmente se dio la vuelta, mi corazón se descontroló. Mis ojos se posaron en sus labios, anchos y cubiertos por una capa de brillo que reflejaba la tenue luz del pasillo.

Por unos segundos, me quedé sin palabras, intentando mantener a raya cierta parte de mi anatomía que se alegraba demasiado de verla.

Ella también se quedó en silencio, evidentemente sorprendida. Esperaba a Marcus, no a mí.

—¿Co-Corey? —preguntó con un hilo de voz, como si no creyera que fuera yo.

—Lamento el cambio de acompañante, Marcus ha tenido una emergencia y ha debido quedarse en la clínica. Yo... me encargaré de llevarte —respondí, intentando sonar menos agitado de lo que me sentía. Por el amor de Dios, le sacaba nueve años, no debería estar así, pero la verdad era que la simple idea de estar cerca de ella me estaba volviendo loco.

A medida que se acercaba, mi deseo aumentaba, y cuando olí aquella bruma floral…

«¡Mierda!». «¡Violetas y frutas del bosque!». Adoraba ese olor dulce y voluptuoso, olía como un maldito postre.

Sus mejillas estaban levemente sonrojadas, como siempre ocurría cuando yo estaba cerca. Me miró entre las espesas pestañas y pinzó su labio inferior entre los dientes, con cierta inseguridad.

¿Qué brillaba en ellos? ¿Era alivio? ¿Desconfianza? No podía estar seguro. Pero lo que sí sabía es que no debería sentirme tan jodidamente bien al estar a punto de pasar tiempo juntos.

Tampoco tenía motivos para portarme mal, nunca más había vuelto a sugerir que el bebé que esperaba era mío, lo había obviado desde que entró en la clínica, y no sabía cómo sentirme al respecto.

¿Sería que había visto que no podría sacarme nada? ¿Habría sido una mentira desde el principio? No estaba seguro, solo que la ínfima posibilidad de que ese bebé fuera mío me torturaba, aunque si no había vuelto a nombrarlo, sería porque se dio cuenta de que no colaba.

—Casi no te había reconocido —murmuré.

—¿No-no te gusta?

«Madre mía, ¡estás como para follarte en el cuarto de los contadores!».

—Em, sí, te-te sienta mejor que tu vestido gris…

«Aunque a mí también me pusieras como una moto con esa imagen casi virginal y esas

malditas trenzas…».

«¡Mierda! ¡Tenía ganas de pasarle los dedos por el pelo y descubrir cómo le sentaba solo llevar esa melena alrededor del cuerpo!».

—Yo también lo creo, Janelle tiene muy buen gusto, me-me regaló esta ropa, en cuanto consiga trabajo, le devolveré todo lo que está haciendo por mí —dijo casi avergonzada.

Me sentí mal, no sé por qué, pero lo hice. Que no tuviera nada, cero, removió algo en mi pecho. Siempre había sido un alma solidaria, o por lo menos así me catalogaba mi madre.

Era el típico que llevaba a casa a pájaros con las alas rotas, o compartía el bocadillo en el recreo si alguno de mis compañeros se lo dejaba, no era necesario que fuera mi mejor amigo. Cuando alguien era nuevo, siempre me ofrecía a orientarlo, no me forzaba a ello, formaba parte de mí. Supuse que por eso, en cuanto Mary Kate comentó que no tenía nada más que ponerse, mi primer impulso fue llenarle todo un armario con lo que pudiera necesitar. No obstante, no dije nada. Abrí y cerré los puños, me dirigí a la puerta, dejando que su aroma me envolviera, y le abrí para que pasara.

Estábamos a punto de entrar en mi coche, y lo único que podía pensar era en cómo diablos iba a mantener la cabeza fría estando tan cerca de esos labios tentadores.

La ayudé a abrocharse el cinturón y mi boca quedó demasiado cerca de la suya cuando tiré y se enganchó.

Su aliento olía a palomitas y tenía las pupilas dilatadas. Mi mano rozó su pecho al tirar del cinto y ella emitió un pequeño sonido que apretó mis pelotas al cien por cien.

—Lo siento —murmuré.

—No pasa nada —respondió con el rostro más enrojecido que antes.

Me aparté como si abrasara y sintonicé la radio.

El ritmo sensual de *Wicked Game*, de Chris Isaak, con su particular voz, empezó a resonar, y enseguida noté cómo la temperatura del coche subía unos grados más de lo necesario.

Iba a alargar la mano hacia el dial para cambiar de emisora cuando la voz suave de Mary Kate me detuvo.

—¿Qué canción es esta? —preguntó con curiosidad, cerrando los ojos y dejándose llevar por la melodía, como si la disfrutara más de lo que debería.

Tragué saliva, sin poder evitar mirarla de reojo. Esos labios brillantes entreabiertos, su cabeza apoyada en el asiento, los ojos entrecerrados de puro placer... Todo lo que no necesitaba en ese momento.

—*Wicked Game*, de Chris Isaak, un clásico —respondí.

—Mmm, me gusta como suena.

«¿Y te gusta la letra?», pregunté, torturándome para mis adentros mientras la repasaba mentalmente.

El mundo estaba en llamas y nadie podía salvarme más que tú.
Es extraño lo que la gente tonta hace por el deseo.
Nunca soñé que conocería a alguien como tú.
Y nunca soñé que perdería a alguien como tú.

No, no quiero enamorarme (este mundo solo va a romper tu corazón).

No, no quiero enamorarme (este mundo solo va a romper tu corazón).
De ti (de ti).
(Este mundo solo va a romper tu corazón).
No, yo (este mundo solo va a romper tu corazón).
(Este mundo solo va a romper tu corazón).

Dejar aquel tema era un acto de puro autosabotaje, aun así, dejé la canción.

«¡Al demonio con cambiarla!».

Volví mi atención al volante, no aguanté demasiado con los ojos puestos en la carretera al ver que mi copiloto se removía.

—¿Te pasa algo? —pregunté, frunciendo el ceño, sin entender—. ¿Son las costillas? ¿Quieres que vaya más despacio?

Ella se llevó una mano al rostro, avergonzada, mientras bajaba la voz.

—No-no es eso…

—¿Tienes ganas de ir al baño? Es normal que a medida que transcurra el embarazo tengas más ganas de hacer pis.

Su rostro se llenó de más mortificación.

—Es que... siento calor. En-en las nalgas. —El apuro por lo que acababa de soltar la tiñó de un rojo intenso—. No sé por qué, pero... el culo me arde, como si me hubieran dado unos azotes. ¿Eso también les pasa a las embarazadas?

La imagen de mi palma en sus glúteos blancos cubriéndolos de palmadas que encendieran su piel envió un mensaje equivocado a mi polla, que saltó. Justo después pensé bien en sus palabras, y antes de poder contenerme, se me escapó una carcajada. La cara de Mary Kate era un poema, una mezcla de mortificación y desconcierto.

—Lo siento… —dije entre risas y una erección poco disimulada—. Son los asientos calefactables, pensé que, como se había levantado un poco de fresco, lo agradecerías y debo haberme pasado un poco con la temperatura del tuyo.

—¿Cómo?

—Que los asientos se calientan para que no pases frío, es como estar sentado encima de una chimenea.

—¡Qué vergüenza! —exclamó, hundiendo su rostro en las manos.

—No tienes por qué sentirla. Es solo tecnología, no el demonio que te ha metido en su caldera —repliqué sonriente.

Ella por fin desenterró su cara y me ofreció una mueca atribulada.

—Debes pensar que soy tonta.

«Pienso que eres adorable».

Negué.

—Si nunca has montado en uno de estos, es lógico que te pase. ¿Cuál era tu medio de transporte en Missouri? ¿Montabas a caballo?

—Iba en carruaje —respondió con la boca pequeña.

—Fíjate, como Cenicienta… —Su expresión me dijo que no sabía mucho de ella—. ¿Conoces a Cenicienta?

—No, pero he oído a mucha gente que hablaba de ella, es un cuento en el que ella tiene un hada madrina y pierde un zapato, ¿no?

—Más o menos, lo primero que pierde es a su madre de pequeña, su padre queda viudo, se

casa con una madrastra que piensa que cuidará de su hija, pero resulta ser una mujer horrible que tiene un par de hijas también horribles. Cuando su padre también muere, se quedan con la casa y la convierten en la sirvienta. Ella es la que limpia, cocina, cose…

—Yo hacía lo mismo en Nuevo Amanecer, pe-pero mis padres seguían vivos.

No dije nada al respecto, aunque por la forma en que lo dijo no parecía que esa vida la hiciera muy feliz.

—Puedes decirle a Janelle que veáis la peli juntas, le flipa Disney, como a la gran mayoría.

—Oh, ella es más de *Sexo en Nueva York* y *Crónicas Vampíricas*, me ha dicho que esta noche me presentará a Damon Salvatore, ¿tú lo conoces?

Casi me atraganté.

—Todo hombre que tenga madre o hermanas lo conoce, pero ten cuidado porque ese tío es de los que le gusta hincar los dientes y succionar hasta dejarte seca.

En cuanto lo solté, supe que había elegido mal, porque la imagen de mi boca entre sus muslos volvió a sacudirme.

Me callé de golpe y conduje en silencio. Podía sentir su mirada curiosa llenándose de algo demasiado parecido al deseo, seguro que no era tan ignorante como parecía, porque si no, no tendría un bebé en su útero. «¿Le habrían hecho sexo oral? ¿Le gustaría? ¿Sabría tan dulce como olía? Joder, Corey, ¡céntrate y conduce!».

CAP Í TULO 22



Corey

Cuando llegamos a comisaría, tuve suerte de encontrar aparcamiento frente a la entrada.

Me apresuré a salir del coche para abrirle la puerta y ofrecerle la mano para ayudarla a salir.

Cuando sus dedos se rozaron con los míos, una descarga me recorrió el cuerpo, como si acabara de tocar un desfibrilador y estuviera en plena parada.

«¡¿Qué narices tenía esa chica que me afectaba tanto?!».

Ella tembló un poco y me vi con la necesidad de tranquilizarla.

—Estoy contigo, no va a pasarte nada. —Tragó con esfuerzo.

—Nunca he estado en un sitio como este.

—Por suerte o por desgracia, yo sí, venga, vamos, que en tu caso no debes temer por terminar en el calabozo, deberían hacerlo los malnacidos que te hicieron esto.

Pasé el pulgar con suavidad por su ojo y ella se estremeció.

—Perdona. —Negó.

—Te agradezco que me acompañes, no tendrías por qué.

Puede que no o puede que sí, porque si yo no la hubiera echado del SKS, quizá no habría terminado apaleada en un callejón. La bilis ardió en mi esófago.

—Entremos.

Dentro, el ambiente era tenso. Dos hombres discutían en la sala de espera, uno visiblemente borracho.

Mary Kate se encogió de inmediato, más nerviosa que hacía unos instantes. Antes de que pudiera pensar en lo que hacía, la atraje hacia mi cuerpo, protegiéndola instintivamente.

No se movió, se quedó ahí como uno de esos pajarillos de alas rotas a los que rescataba de pequeño.

—Shhh, no te pasará nada, Ángel —le susurré al oído, con la voz más baja y ronca de lo que

esperaba—. Estoy contigo, ¿recuerdas? Mientras estés a mi lado, nadie te hará daño jamás, ¿me oyes?

Ella alzó los ojos y me contempló, con aquel aire de inocente fragilidad que me impulsaba a resguardarla bajo un halo protector.

Su rostro reflejaba sorpresa, estaba claro que le costaba creer la situación, y para ser honesto, yo tampoco sabía qué narices estaba haciendo.

Un agente se acercó, interrumpiendo el momento.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Soy el doctor Corey Blackwood y ella es la señorita Mary Kate Adams, fue asaltada el otro día en el barrio y dos de sus agentes nos dijeron que pasáramos cuando le diéramos el alta en la clínica para interponer la denuncia.

El poli asintió.

—Mendoza, ¿puedes tomar una declaración? —Su compañero nos miró.

—Claro, acompáñenme, por favor.

Nos invitó a sentarnos en una de las mesas.

Ayudé a Mary Kate a que se sentara en su silla y yo ocupé mi asiento. El hombre de aspecto latino le pidió que le relatara lo sucedido.

Ambos escuchamos atentamente mientras ella lo ponía en situación y explicaba lo poco que recordaba de la noche en que la asaltaron.

—Había llegado a la ciudad buscando a alguien, pero esa persona no estaba. —Sus ojos se desviaron una fracción de segundo hacia mí y supe de inmediato que se refería a la indiferencia con la que la recibí. Yo era la persona que no estaba, porque vino en busca del padre de su hijo y no lo encontró. Que no quisiera involucrarme o contar lo que de verdad vino a hacer a Nueva York me hizo que la mirara con otros ojos—. Caminé sin rumbo fijo. Llegué a Brooklyn desorientada, en realidad quería ir al aeropuerto, pero no sabía cómo hacerlo, me perdí porque no podía permitirme un taxi y todo era demasiado complicado. Tenía poco dinero y lo estaba reservando para el vuelo.

«¿Podría sentirme más ruin? Quizá sí», me dije viendo que continuaba el relato.

—Me entró hambre, no había comido nada en todo el día por los nervios, era mi primera vez en una ciudad tan grande y todo me daba náuseas. Vi una tienda, me acerqué pensando en comprar algo rápido que llevarme a la boca y, antes de que la alcanzara, me empujaron contra el saliente de un callejón oscuro. Me golpeé la cabeza, perdí el conocimiento, como les dije a sus compañeros, y no vi quiénes eran. Me robaron todo lo que llevaba encima, que tampoco es que fuera demasiado. La bolsa, mi documentación, doscientos dólares... y el rosario de mi abuela. Si no fuera porque una chica los espantó, no sé qué habría pasado.

Sentí un nudo en el estómago. Recordaba ese rosario. Lo había encontrado en el SKS la noche en que la eché.

Lo metí en el bolsillo del pantalón y lo guardé en la mesita de noche cuando llegué a casa, no lo había sacado de allí, pese a que podría haberlo hecho y entregárselo en la clínica.

La culpa me aplastaba, no se lo había devuelto y ya no sabía cómo entregarle algo tan valioso sin parecer un gilipollas.

El agente anotó cada detalle, y finalmente, le dio a Mary Kate las instrucciones para que pudiera recuperar al menos su identificación.

—Lamento mucho que su llegada a Nueva York haya sido tan catastrófica, con los pocos datos que tenemos, es muy difícil dar con sus asaltantes, pero, aun así, lo intentaremos.

»Por otro lado, como es ciudadana estadounidense, lo que deberá hacer para obtener una nueva identificación es acudir a la oficina del Departamento de Vehículos Motorizados de Nueva York o de Missouri, dependiendo de dónde prefiera gestionar la reposición de su licencia. Necesitará presentar una prueba de identidad, como una copia de su certificado de nacimiento, y probablemente dos documentos que acrediten su residencia, como una factura de servicios o un extracto bancario. Si no tiene ninguno de estos documentos en su poder ahora mismo, le sugiero que los solicite lo antes posible.

—No, no tengo licencia de conducir, ni certificado de nacimiento aquí o forma de contactar con nadie que me lo pueda facilitar, yo… —Vi que le costaba responder, me dieron ganas de tomarle la mano y presionar sus dedos para darle fuerzas y que siguiera, no lo hice—. Formaba parte de una comunidad que no cree en la tecnología, llamada Nuevo Amanecer, se disolvió y todos se fueron, así que en realidad, ya no queda un lugar al que volver o donde quede algo de lo que me dice.

El agente suspiró y se rascó la barbilla, visiblemente pensativo.

—En ese caso, puedo recomendarle dos cosas. Primero, puede intentar llamar a la oficina de registros civiles de su estado, ellos le enviarán una copia de su certificado de nacimiento directamente a una dirección aquí en Nueva York. Si tiene algún amigo o contacto de su comunidad, podría ayudarnos con esa parte. Y si todo falla, el consulado o embajada pueden intervenir y verificar su identidad a través de otros medios.

Sentí un tirón en el pecho al ver la expresión perdida de Mary Kate. No tenía a quién recurrir y en parte era porque había venido en mi busca.

—¿Y si no puedo conseguir todo eso a tiempo? —preguntó ella, su voz apenas un murmullo.

El agente la miró comprensivamente.

—Si eso ocurriera, puede empezar con el informe policial y con cualquier documento que pueda reunir. Le daremos una copia del informe, y eso debería ayudarle a iniciar el proceso. Por ahora, lo importante es que pueda mantenerse en contacto con nosotros y con las oficinas del gobierno que necesite. Veremos cómo ayudarla con todo aquello que esté en nuestras manos, guárdese mi número, si lo precisa. —Menos mal que nos había tocado el poli amable—. Sé lo que se siente al llegar a un lugar y sentirse perdido. Mi madre llegó a este país embarazada de mí y con mucho menos que usted, ni siquiera tenía la nacionalidad americana, así que imagínese…

—Oh, debió ser terrible. —Se llevó la mano a la tripa por instinto, lo cual no le pasó desapercibido al agente Mendoza.

—Está… —Ella asintió—. Enhorabuena.

—Gracias.

Ella le ofreció una sonrisa que no se vio reflejada en su mirada. Al ver que Mary Kate estaba agobiada, intervine.

—Vamos a hacer que esto funcione para que obtenga lo necesario, hablaremos con quien haga falta y yo la ayudaré a que se gestione lo más rápido posible. —Busqué su mirada—. No estás sola en esto.

Tenía muchísimas ganas de cumplir, de protegerla y aliviarla, al principio pensé que era igual que Tessa, pero ya no lo tenía tan claro, Mary Kate Adams tenía toda la pinta de ser más capaz que ella de poner en peligro mi integridad emocional, por eso debía ser cauto.

Me lo dije un par de veces antes de regresar al exterior y toda la cautela se esfumó cuando le dije:

—¿Te apetece que comamos juntos?

«Lo haces porque está embarazada y necesita comer», justificó mi vocecilla interior.

Aunque los dos sabíamos que mi invitación no tenía nada que ver con eso, más bien con mis ganas de ser moreno, tener colmillos y llamarme Damon Salvatore.

CAP Í TULO 23



Mary Kate

Cada día que pasaba en Nueva York sonreía con más ganas, aunque en ese momento estaba de los nervios porque iba a conocer a mi nuevo jefe.

Había pasado un mes desde que Corey me acompañó a comisaría y me llevó a comer.

Pensaba que querría echarme cosas en cara, pero pasó justo lo contrario, se portó tan bien, se interesó por mi vida en Nuevo Amanecer, por cómo hacíamos las cosas y me prometió que cumpliría su palabra y me ayudaría en lo que pudiera.

No hablamos del bebé, yo ya daba por hecho que él no quería saber nada del embarazo, pero sí parecía sincero cuando decía que me echaría una mano, con eso me bastaba, si conseguía mis papeles y costeaba mis revisiones, una cosa menos.

Cuando regresé al piso de Janelle, había un repartidor en la puerta con un montón de cajas y bolsas.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

—Pues que Papá Noel se ha adelantado de fecha, y como no tengo chimenea, ni aparcamiento para trineos, nos ha enviado a este repartidor tan guapo para que te haga llegar este cargamento.

—¿A mí?

—Sí. Este año has tenido que ser una chica muy buena porque esta marca es la hostia de cara —dijo, estampando su rúbrica mientras el chico se dedicaba a llenar el diminuto salón con un montón de cosas.

—¿Qué es?

—Ropa y complementos.

—¡¿Me has comprado todo esto?! —pregunté con un gallo.

—¿Yo? ¿Estás loca? Aquí hay como mínimo lo que yo pago por el apartamento en un año.

—¿Entonces…?

—Hay una tarjeta, veamos quién es tu Hada Madrina.

Cuando la leí, miré a Janelle ojiplática.

—¿Qué? ¿De quién son?

—De Marcus, me pide perdón por no haberme podido acompañar y me manda todo esto como disculpa.

El rostro de Janelle mutó.

—Vaya con Yves Saint Lau-Grant, si va a resultar que hasta tiene gusto para la moda y ojo para las tallas.

Janelle se puso a abrir algunas de las cajas, había un montón de prendas distintas, de muchas texturas, colores, y algunas parecían muy calentitas.

—Creo que le gustas —murmuró con unas botas negras, planas, con pelito en el interior, que tenían pinta de extracómodas.

—¡No! —expresé aguda—. Solo ha querido ser amable.

—Los tíos amables no te regalan bragas de La Perla, solo lo hacen los que quieren arrancártelas y meterse entre tus piernas. —No había llegado a las bolsas de ropa interior, pero a Janelle no se le había escapado detalle.

Extrajo un body *de lo más sugerente que incluso a mí me sacó los colores.*

—Se lo voy a devolver todo y le diré que se equivoca.

—¡Ni hablar! Si al doctorcito le apetece jugar a las muñecas, que lo haga. Una cosa es que quiera llevarte a la cama y otra muy distinta que tú aceptes…

—Pe-pero…

—No hay peros, necesitas ropa, todavía no tienes dinero y, aunque me encantaría llenar tu armario, no tengo tiempo físico para hacerme con tu pasarela de la colección otoño-invierno, ni dinero suficiente para financiarlo. Comprarte todo esto me supondría pedirles un préstamo a mis padres, por lo tanto, te lo quedas. Es un regalo, y los regalos no se devuelven, es de mala educación.

—Pero tú has dicho que él…

—Yo he dicho lo que he dicho porque hablo más rápido que pienso y a veces tendría que calcular mejor y no precipitarme tanto. Escucha, Mary Kate, tú no tienes la culpa de ser tan guapa, estar tan buena y que el doctorcito haya querido tirar de VISA para pagarse un polvo incierto. De lo único que tienes que preocuparte es de ver dónde ubicamos todo esto, quizá podríamos comprar algún mueble extra…

—No quiero causarte gastos.

—Olvídate ahora de eso y siéntate mientras desempaqueto. Cuéntame, ¿qué tal con Corey?

Janelle tenía la capacidad de saltar de un tema a otro y no dejarme espacio para reaccionar. Sus dedos iban tan rápido que apenas tenía tiempo para ver las prendas.

—Bien.

—¿Solo bien? —Alzó las cejas—. Porque la cara que traías era de suuuperbién.

Noté que el calor volvía a mi rostro.

—Se ha portado genial en comisaría y me ha invitado a comer.

—Ese es mi chico. Si quieres mi opinión, y aunque no la quieras te la voy a dar, creo que al

margen de que sea el padre de Mini Rapunzel, es mi caballo ganador.

—¿Mini Rapunzel?

—Ya te dije que el karma te iba a mandar a una niña, y puede que a ti no te hayan tenido encerrada en una torre porque tu pelo sea mágico, pero casi. Además, tía Janelle le va a enseñar a mantener a raya a los hombres a sartenazos, y cuando cumpla su primer año, le regalaré un camaleón al que le pondremos Pascal, así que sí, Mini Rapunzel. —No tenía idea de lo que hablaba, pero estaba segura de que tarde o temprano lo descubriría—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Pues eso, que al margen de que sea o no su padre, que ambas sabemos que sí —dio por hecho—, creo que es perfecto para ti. Mucho más que el sieso del doctor Grant. Además, creo que le gustas.

—No le gusto —dije con un hormigueo en las tripas.

—Eso no es lo que decían sus gestos cuando te ayudó a entrar en el coche. —La miré sorprendida—. Puede que me subiera a la encimera y echara un vistacillo para asegurarme de que no me necesitabais.

—Estaba siendo amable.

—Tú lo llamas amabilidad, yo, quiero enterrarte la tranca hasta la garganta, pero con posibilidades de futuro e ir más allá, que quede claro.

»No me preguntes por qué, es un pálpito, pero creo que casáis. ¿Crees en el destino? Yo sí. Muchas veces la vida tiende a ponerte las personas exactas que necesitas en el camino y tú las ignoras porque eres un poco lerda. Pero el destino no se conforma, y si no le haces caso, te envía un mensaje más contundente, más bestia, porque ya cuenta con que algunos vamos con retardo. En vuestro caso, fue un embarazo, tú lo necesitabas para salir de esa mierda de futuro, y como el destino es muy listo, te cruzó con el hombre de tu vida para que te hiciera un regalito de los que no admiten devolución.

»Aunque a veces no tiene en cuenta las variables ni las mochilas que arrastramos, por eso con Corey ha salido mal. No ha sido a la primera, le ha fallado la segunda, así que le echaremos una mano para que sea a la tercera. Porque a ti te gusta Corey, ¿verdad?

—Me parece guapo, amable, listo, me gusta lo que siento cuando me toca —admití nerviosa —, pero…

—No hay peros, si no te gustara, no te habrías abierto de piernas con tanta facilidad, algo debiste de ver en él, y aunque no lo creas, Corey también lo vio en ti, da igual que después la cagara y perdiera el Norte.

»Ahora estás en pleno florecimiento interior, y no me refiero a nuestra pequeña flor, sino a ti como mujer, tenemos dos trabajos que hacer contigo, el primero y más importante: que te conozcas, que identifiques quién eres y que logremos dar con tu objetivo vital como persona para conseguir tu felicidad interior. Y el segundo: que descubras si es a Corey a quien eliges como compañero de vida o te decantas más por el culo prieto del doctor.

—¿Culo Prieto?

—Perdón, el doctor Grant, es que lo tiene muy prieto, aunque sea bastante idiota.

—No lo entiendo. Aunque a mí me gustara Corey, él no quiere…

—Él no tiene ni puta idea de qué quiere o cómo te mira.

—¿Cómo me mira? —la pregunta me salió sola y Janelle sonrió.

—Como si le pertenecieras, y te aseguro que lo he visto mirar a muchas mujeres en el SKS.

»A veces el amor llega lento, despacio, necesitas conocer a la persona muchísimo y poco a poco va germinando, floreciendo hasta convertirse en algo inconmensurable. Otras es un rayo

en mitad de la tormenta, inevitable, impreciso y te atraviesa con una fuerza tan brutal que te arrebata hasta el aliento.

»En vuestro caso, diría que empezasteis la casa por el tejado, o por el sótano. Os gustasteis, compartisteis una noche de pasión y esta dio un fruto inesperado. La atracción no se ha disuelto, está ahí, en cada mirada, en la forma en que Corey te toca, y eso no se percibe de alguien que no siente nada por ti.

»Solo necesita conocerte y, por supuesto, tú a él. Es importante que dejéis al margen esta cosita que os une. —Janelle se acercó y llevó su mano a mi tripa—. Mi madre siempre dice que sus hijos son lo más grande de su vida, que no podría vivir sin nosotros, pero haría arder el mundo por su marido. Es importante que os deis la oportunidad de decidir si os gustáis lo suficiente como para intentarlo como hombre y mujer, no como padres de Mini Rapunzel, eso ya vendrá después.

—Él piensa que no es suyo. Yo no he vuelto a insistir porque no quiero presionarlo a que asuma una paternidad que no desea.

Ella sonrió.

—Tiempo al tiempo, te aseguro que Corey terminará quitándose esa duda que lo atormenta, aunque no te lo diga, estoy segura de que duda. Sin embargo, creo que es más interesante que te conviertas en su obsesión, antes de que lo sea vuestro hijo, y cariño, estás de suerte, porque tengo un puto máster en atracción.

—¿En qué estás pensando?

—Lo primero es que te recuperes, necesito que estés bien para enfrentarte a tu nuevo trabajo, voy a abrirte las puertas del SKS y veremos qué tal le sienta al doctor Blackwood cuando tus manos deban tomarle medidas a los hombres más atractivos de Nueva York…

La sugerencia me llenó de ansiedad.

—Yo no sé si seré capaz de…

—La Mary Kate de Nuevo Amanecer no lo sabe, pero la Kate de Nueva York sí lo sabrá. Corey puede convertirse en un pecado capital cuando pone un pie en el club, pero tú serás la lujuria que se desate en él, palabra de Janelle.

Miré a la que se había convertido en mi mejor amiga, ella apretó mi mano.

—¿Estás lista para conocer al *boss*?

—Estoy lista —murmuré antes de que ella golpeara la puerta y una voz profunda respondiera que entráramos.

CAP Í TULO 24



Sepúlveda

Había pasado un mes desde que César y yo estuvimos en Columbia, haciendo preguntas y obteniendo evasivas sobre la desaparición de Astrid Larsen.

Pese a haber interrogado a Haley Connors, lo único que obtuvimos fueron más incógnitas.

La esperamos fuera de la residencia, buscamos una foto suya en redes sociales porque parece que, si no está en internet, no existe, y cuando vimos a la rubia con coleta, piernas largas y una pelota entre las manos, supimos que se trataba de ella.

—¿Haley Connors? —pregunté con paso enérgico. Ella abrió mucho sus ojos color miel, mirándonos asustada a uno y a otro. Desvió de inmediato la vista hacia mi placa, que brillaba por el sol.

—Em, sí —musitó agitada. Era lógico que la presencia de dos policías la intimidara.

—Somos la inspectora Sepúlveda y el agente Martínez, de homicidios.

Hizo un puchero de inmediato.

—¡No me digan que Astrid ha muerto!

Los ojos le brillaron como si se le estuvieran aguando.

—No, no ha muerto, por lo menos que nosotros sepamos.

Su expresión se relajó de inmediato, como si alguien hubiera apretado un botón. ¿Demasiado artificial?

Tal vez.

—¿E-entonces?

—Solo estamos investigando, ¿podemos hacerle unas preguntas? Ya hemos hablado con la directora de la residencia y nos invitó a que la esperáramos.

Puede que no fuera una invitación al uso, pero eso no tenía por qué saberlo aquella chica de dieciocho años. Por el momento, no quería ir a la habitación, así que le pregunté si le importaba que se las hiciéramos en una de las mesas con bancos que había en el exterior.

—Sí, claro.

—Gracias por aceptar—comencé, mientras nos sentábamos frente a ella—. Para entender la desaparición de Astrid y lo que pudo pasarle, necesitamos conocerla un poco, sobre todo, nos interesa lo que pasó antes de que desapareciera.

—Le dije a la policía todo lo que sé.

—Imagino, ¿te importa contárnoslo a nosotros también?

—Por supuesto, pueden preguntar lo que deseen.

César la miró fijamente, buscando cualquier indicio de nerviosismo en su expresión, pero Haley parecía bastante relajada, como si todo aquello no fuera más que un examen que se sabía al dedillo y que debía superar.

César sabía cómo manejar esos interrogatorios, ese par de hoyuelos le hacían parecer mucho más amigable que yo, así que dejé que arrancara él.

Si queríamos algo útil, tendríamos que ir poco a poco, hasta ganarnos su confianza y que nos dejara registrar la habitación.

—Haley, cuéntame cómo fue cuando conociste a Astrid —empezó Martínez, con un tono suave —. La primera impresión que te dio cuando la viste por primera vez.

Haley parpadeó un par de veces, como si la pregunta le hubiera sorprendido.

—¿La primera impresión? Pues no sé... —Se encogió de hombros—. Llegó con esa actitud fría y seria suya, muy callada, como si estuviera enfadada con el mundo o no tuviese ganas de estar en Columbia. Ni siquiera me saludó. Tuve que ser yo quien me presentara, y eso que ya estaba en el cuarto.

—¿Cómo la habrías definido?

—Como la típica chica que no tiene tiempo para hacer amigos, supongo. Era guapa, eso sí, aunque no parecía querer que nadie lo notara. Siempre vestida como si quisiera pasar desapercibida, pero es difícil con esa pinta de niña bien y ese pelo tan rubio…

César asintió, como si aquello fuera lo que esperaba escuchar, y luego dejó una pausa antes de seguir.

—¿Algo que destacarías de ella? —preguntó—. ¿O algo que cambió en esas semanas antes de que desapareciera? ¿Notaste alguna diferencia en su comportamiento?

Haley frunció el ceño, sus ojos se desviaron hacia arriba, señal inequívoca de que hurgaba entre los recuerdos. Se encogió de hombros de nuevo pasados unos segundos y jugueteó con una pulsera que llevaba en la muñeca.

—No sé si destacaría algo, realmente... —dijo, pensativa—. Pero ahora que lo mencionas, creo que en las últimas semanas estaba un poco más..., no sé, más distraída. A veces llegaba tarde, y no me cuadraba con lo organizada que era. Ah, y también un par de veces me pareció que hablaba con alguien por teléfono en otro idioma, pero cuando le pregunté, me dijo que no. Igual fue cosa mía, la verdad, porque tenía un acento muy cerrado que a veces me despistaba. Pero sí, cambió un poco, estaba más nerviosa, supongo. Lo único raro que me llamó la atención fue que, una noche, creo que vi un coche negro aparcado frente a la residencia cuando volvía de entrenar. Era tarde, casi medianoche, y me dio mala espina, pero pensé que era alguien esperando a una amiga. No le di importancia.

Una alarma sonó en mi cabeza. César también lo notó, porque sus ojos se afilaron levemente.

¿Podría tratarse del coche negro de la clínica?

—¿Un coche negro? —repitió César con cuidado. «Qué cabrón, ya pensaba igual que yo»—. ¿Lo viste más veces?

Haley negó con la cabeza.

—No, solo esa vez. Pero estaba oscuro, quizá no fuera negro del todo, puede que azul noche o ese verde que ahora está de moda, no soy muy de coches…

—Así que si te pregunto la marca…

—Imposible que lo supiera, lo siento, tampoco me haga mucho caso, a veces me hago ideas raras, ya le he dicho que puede que no tuviera que ver con Astrid.

—Pero te dio mala espina... —insistí, intentando que no se cerrara.

—Sí, pero yo qué sé —contestó con una risa nerviosa—. Igual era la paranoia porque estaba viendo esa serie sobre crímenes reales. La verdad es que no vi quién estaba dentro, solo que estuvo allí un buen rato.

César la observaba con una calma calculada.

—¿Seguro que no recuerdas nada más, Haley? Algo que, no sé, te pusiera el vello de punta.

Ella parpadeó, mordiéndose el labio, y por un segundo, pareció dudar.

—No... No, no, qué va.

Su respuesta, aunque aparentemente inocente, dejó una sensación de incomodidad en el aire. Había algo que no nos estaba contando, o algo que ella misma no quería reconocer.

César me miró de reojo, y en ese momento supimos que había más de lo que Haley estaba dejando entrever. No obstante, no era buena idea seguir insistiendo o se cerraría.

—Vale —le tomé el relevo a César—. Nos gustaría empezar con el día en que Astrid llegó a la residencia después de la fiesta a la que la llevó Emily. La conoces, ¿verdad?

—Un poco.

Para conocerla un poco fue a quien llamó cuando Astrid se encontró mal.

—Bien, su mejor amiga mencionó que tu compañera no recordaba cómo llegó a la residencia esa noche. ¿Sabes algo de eso? ¿Le abriste tú? ¿Te llamó?

Haley frunció el ceño.

—Qué va, no… no tengo ni idea de cómo hizo para entrar, duermo con tapones para cancelar el sonido y antifaz, si no descanso mis ocho horas, al día siguiente no rindo y tengo una beca de deporte, mis padres no son unos ricachones que se puedan permitir una universidad como Columbia, así que tengo que apechugar —dijo finalmente—. Quizá se encontró con alguna de las chicas que también volvía de fiesta. Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, ella ya estaba en su cama.

—¿Y no le preguntó por la fiesta?

—No éramos muy amigas, para ser honesta, que durmiéramos en el mismo cuarto no fue una elección personal, nos tocó, convivíamos y ya está.

Esa respuesta nos hizo intercambiar una mirada, ambos sintiendo una sensación incómoda.

Que durmiera con antifaz y canceladores de sonido parecía estar hecho adrede.

—Entonces, no erais amigas—certifiqué, tratando de entender mejor su relación—. Cuéntanos más sobre eso, por qué no lo erais.

Haley se echó hacia atrás cruzando los brazos.

—Astrid era… extraña, ¿saben? Muy maniática con el orden, todo tenía que estar en su sitio. Y no hablaba mucho. Siempre tenía esa actitud de que todo le molestaba, como si todo el mundo estuviera en su contra. Así que no, no hablábamos mucho porque ella tampoco es que fuera la

alegría de la huerta, teníamos cero en común.

—Centrémonos ahora en los días posteriores a su desaparición. ¿Viste algo raro en su comportamiento? Algún chico vino a verla, o no sé, ¿viste algún otro vehículo sospechoso? —insistí, intentando obtener algo más sólido.

—¿Chicos? ¿No era lesbiana? Por la forma en que miraba a Emily, daba por hecho que ellas, ya saben…, que les iban las tijeras…

—Emily tiene novio —le aclaré incómoda por su prejuicio.

—No sería la primera que lo tiene de tapadera… Bueno, la verdad es que no, no vi a ningún chico merodeando, y sí, estaba enferma, vomitaba mucho esos últimos días —dijo Haley, de manera casual—. No sé si eso puede considerarse como raro.

César adelantó el cuerpo, visiblemente interesado.

—¿Vomitaba mucho? —repitió—. ¿Alguna vez mencionó algo sobre estar embarazada?

Haley se rio suavemente, negando con la cabeza.

—Ya les he dicho que pensaba que era lesbiana, y si fuera el caso de que alguno la habría preñado, no creo que me lo hubiera dicho aunque fuera verdad. ¿Piensan que pudo desaparecer por eso? ¿Porque la noche de la fiesta se pillara un pedo y se dejara…? Ya me entienden…

—Nosotros no lo sabemos, ¿tú piensas que es posible? —Ella soltó una exhalación.

—Todo podría ser, hay algunos chicos que se niegan a usar condón, alergia al látex dicen… Idiotas. No es que sea algo tan raro aquí. La verdad es que las chicas extranjeras que vienen a estudiar suelen aprovechar más para ir de fiesta a las hermandades, emborracharse y liarse con chicos. Ya saben, estar lejos de sus familias como que les da más cancha y todo eso.

—¿Alguna otra chica extranjera de esta residencia está embarazada? —pregunté, sin perder el hilo.

—Escuché que hubo una hará unos meses, otra estudiante de intercambio, pero se fue a su país cuando se enteró. Puede que Astrid haya hecho lo mismo, dijo que iba a ir a ver a sus padres.

—Pero ni ellos sabían que iba, ni llegó jamás al aeropuerto, un poco extraño, ¿no crees?

—Supongo. ¿Tienen muchas preguntas más? Es que mañana tengo examen y necesitaría ponerme a estudiar.

César y yo nos miramos de nuevo, ¿de verdad no sabía nada? Que hacía unos meses otra estudiante de intercambio se hubiera quedado embarazada encajaba de forma perturbadora, pero, aun así, dejaba más preguntas que respuestas, ¿por qué la directora no nos había hablado del tema?

Quizá para no fastidiar la reputación de la residencia.

—No tenemos más preguntas, Haley, solo una petición, ¿podemos subir contigo al cuarto y registrar las pertenencias de Astrid? Tenemos el permiso de la directora Bradford.

—Sí, no tengo inconveniente, pero que sea rápido, por favor.

—Por supuesto, no queremos que suspendas los exámenes —murmuré.

Cuando salimos de la residencia con una tarjeta entre las manos, César soltó un suspiro con una mirada pensativa.

—¿Qué te parece? —preguntó, sosteniendo el diminuto cartón.

—Que tenemos que seguir investigando.

César asintió con la mandíbula apretada, observando las letras que aparecían en ella.

La tarjeta apareció en el interior de uno de los libros, el poli que hizo el registro no se esmeró demasiado en la búsqueda.



César tecleó en Google el nombre del centro y, al parecer, era un lugar especializado en salud reproductiva, asesoramiento y opciones de embarazo.

—Tenemos que averiguar más sobre este lugar y el coche negro. Quizá el conductor sea el engranaje que une ambos casos.

—Vamos a averiguarlo.

La mujer que murió aquella noche seguía siendo una incógnita. Nadie la había reclamado, ningún pariente apareció, y sin su identificación o registros de huellas dactilares en ninguna base de datos, era como si se hubiera esfumado del mapa antes de morir.

César estaba sentado frente a mí en la oficina, revisando de nuevo los informes. La calefacción se había estropeado en comisaría y hacía un frío de cojones. Sabía que estaba igual de frustrado que yo, pero él lo llevaba con más calma. A mí, en cambio, la impotencia me carcomía.

En el centro nos aseguraron que Astrid Larsen nunca se pasó por sus instalaciones, que repartían aquellas tarjetas en el campus porque había un alto índice de embarazos no deseados entre las estudiantes americanas y no querían que se sintieran solas.

Pedimos el vídeo de seguridad de la residencia de estudiantes, para ver si averiguábamos más sobre el coche aparcado, pero nos informaron de que el disco virtual donde se depositaban las grabaciones se vaciaba semanalmente si no había incidentes para no colapsar el servidor.

Para tener acceso a dicho servidor necesitábamos una orden del juez y esta estaba tardando más de lo deseado.

—No podemos seguir así —me quejé, interrumpiendo el silencio pesado—. Tiene que haber algo que no estamos sabiendo ver.

Metí mis manos entre mi culo y el asiento para ver si así entraban en calor.

César asintió, echándose hacia atrás en la silla con las manos entrelazadas tras la nuca.

—Lo único que tenemos es ese maldito coche negro, y eso no nos lleva a ningún lado, porque seguimos sin tener las imágenes de tráfico.

Saqué las manos de mi escondite y miré mi correo electrónico por enésima vez esa mañana.

—No es normal que esto esté tardando tanto —bufé. Martínez se apoyó en el borde del escritorio con una expresión tan impaciente como la mía.

—Ya sabes cómo va esto. Si no es que tienen una cola interminable de solicitudes, es que falta alguna firma en el trámite. Siempre hay algo.

—Lo que va a haber es la punta de mi pie incrustada en el culo de muchos, porque pedir imágenes de cámaras de tráfico en una investigación de desaparición debería ser la prioridad

número uno para ellos —contesté con sarcasmo. Lo cierto era que me hervía la sangre.

¿Cuántas veces las habíamos solicitado? Demasiadas, y la respuesta seguía siendo la misma: «Estamos en ello, paciencia».

Martínez asintió, compartiendo la frustración.

—Con la cantidad de casos que deben tener, no me sorprende que estemos al final de la lista. A menos que seamos un informe perdido en alguna oficina...

—O peor, que alguien esté encubriendo algo y no quieren que lo descubramos —añadí, mirando a Martínez con una mezcla de cansancio y suspicacia. Él me devolvió la mirada, y aunque no dijo nada, sabía que la idea también le rondaba la cabeza.

—¿Y si llamamos a Somerson? —sugirió.

Somerson era un viejo sabueso, un policía jubilado que se dedicaba a la investigación privada porque se aburría demasiado. Tenía buenos contactos y mucha gente que le debía favores.

—No perdemos nada por intentarlo, aunque sabes que tendremos que enfrentarnos a una de sus interminables partidas de *Scrabble* y llevar con nosotros una botella de *whisky* escocés del bueno, además de estar dispuestos a terminar con una borrachera.

—Déjalo en mis manos, jefa.

—Imposible, Nancy me mataría, tú compras el alcohol y yo me lo bebo.

—¿Por qué siempre te quedas con la parte divertida?

—Porque sigo estando al mando, poli de guardería.

—¿Te enseño la última ecografía de Nancy? —preguntó con los ojos brillantes.

—Eso ni se pregunta, enséñame a mi futuro ahijado.

CAP Í TULO 25



Corey

Tuve que parpadear varias veces al ver a Mary Kate en la zona de vestuarios del SKS.

Los chicos la miraban como si fuera un pastelito de crema listo para ser devorado, y no podía culparlos, cada día que pasaba estaba más guapa, más resplandeciente y… jodidamente follable.

¡Mierda!

En el último mes la había visto en varias ocasiones, tanto en las revisiones que Marcus le hacía en la clínica como para ayudarla con la tramitación de la documentación. Bueno, puede que al fin y al cabo eso fuera una excusa, no entendía exactamente el motivo que me llevaba a querer pasar tiempo con ella, a querer averiguar más de su vida y comprender lo que la había llevado hasta Nueva York, y cada capa que se desprendía en cada una de nuestras conversaciones me demostraba lo poco que se parecía a Tessa, o eso me gritaba mi instinto.

¿La habría llevado Janelle a ver el espectáculo?

Era lo único que me cuadraba hasta que escuché a Mason, el nuevo Gula, con el que Janelle jugueteaba en el club de intercambios en alguna ocasión, comentarle que estaría encantado de ser el primero en ofrecerse voluntario para que le tomara las medidas…

Pero ¿qué demonios?

Mary Kate estaba de pie, con una sonrisa tímida, mientras todos le lanzaban halagos y cumplidos como si estuvieran en plena competición por su atención.

—Tú fuiste el último en tener traje nuevo, así que a la cola, campeón —musitó Troy.

—Con lo bonita que eres, ¿cómo es que nunca te habíamos visto por aquí antes? —preguntó Mason, su sonrisa de galán en plena acción.

—¿Seguro que solo vas a coser? Porque tienes aspecto de que podrías dejarnos a todos en ridículo bailando —añadió Logan, inclinándose un poco hacia ella, con esa actitud

despreocupada que solía tener. El nuevo Pereza no perdía comba.

Ella se rio, nerviosa, pero no se movió de su sitio. Estaba claro que la atención de los chicos la abrumaba, aunque tratara de disimularlo.

Mi paciencia se agotó en un segundo.

—¡Dispersaos! —solté con brusquedad, interrumpiendo su conversación. Todos se volvieron a mirarme con sorpresa. Casi nunca era brusco, al contrario, así que tanto para mí como para ellos mi conducta no era la habitual. Me importaba un carajo lo que pensaran. Caminé directo hacia Mary Kate, y antes de que pudiera protestar, la agarré del brazo.

—Tú, conmigo —dije, sin darle opción a replicar. La arrastré fuera del vestuario mientras ella me miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Corey! ¿Qué estás haciendo? —Intentó soltarse, pero no aflojé el agarre hasta que estuvimos en el taller de costura, donde Janelle tenía la máquina de coser y estaba totalmente insonorizado, lejos de los demás.

Me volví hacia ella, con el corazón latiendo con fuerza y la furia aún bullendo en mi pecho.

—¿Qué demonios haces aquí? —exigí, mi voz más dura de lo que pretendía. No era justo con ella, pero ver a los demás revoloteando a su alrededor había sido demasiado—. Sigues estando de baja y con prescripción médica de reposo absoluto. Que yo sepa, todavía no tienes el alta.

—Janelle... —empezó a decir, titubeante—. Janelle me consiguió un trabajo como su ayudante. Se-se me da bien coser y ella necesitaba ayuda, hablamos con Jordan y a él le pareció bien que me ocupara del vestuario, no sabía que te iba a molestar tanto verme aquí. Lo-lo siento.

—¿Que lo sientes? —repetí, incrédulo. Me pasé una mano por el pelo, frustrado. Su expresión me hizo sentir mal de inmediato. Sabía que no tenía dinero, que solo buscaba una forma para poder subsistir, pero a mí me enfermaba la idea de lo que podía suponer estar aquí para ella. Mis ojos recorrieron el vestido de lana gruesa y escote en pico que me daba ganas de sacar los pechos de él para lamerle los pezones. Tenía que dejar de pensar cosas así cuando la tenía delante, aunque me costaba la vida no hacerlo, mi cuerpo me ignoraba y al parecer el hormigueo que se despertaba en mi bajo vientre daba fe de ello—. Mary Kate, este no es lugar para ti —musité más calmado—. Los chicos... Ellos no te van a ver como una más. Eres...

Me callé antes de decir algo de lo que me arrepentiría. ¿Qué podía decirle? ¿Que me volvía loco pensar en los demás coqueteando con ella? ¿Que la quería lejos de este mundo? Madre mía, ¡me estaba comportando como Marlon con su hermana!

Ella me miró fijamente, con esos ojos grandes y azules que siempre parecían decir más de lo que pronunciaba su boca. Esa boca… Justo la noche anterior soñé con ella alrededor de mi… ¡Basta!

—Corey, solo estoy intentando sobrevivir, no hago daño a nadie y el sueldo que va a pagarme Jordan me ayudará a compensar a Janelle por todo lo que está haciendo por mí. Siento si mi presencia te incomoda, y por los chicos no te preocupes, solo trataban de ser amables, gracias a las series y los libros que he estado leyendo estas semanas empiezo a entender cómo funcionan las cosas.

—¿Te refieres a *Sexo en Nueva York y Crónicas Vampíricas*? —Ella formuló una pequeña sonrisa y entrecerró los ojos de una manera que… Tuve que poner las manos frente a mi bragueta para que no fuera consciente de lo que desataba en mí.

—Esas ya las he terminado, así que estoy ampliando hemeroteca… y he aprendido algo de lo más inquietante… —Que diera dos pasos hacia mí sí que me inquietaba. Se me secó la boca—. Nadie tiene derecho a decirme qué hacer o qué es lo mejor para mí —respondió, su voz suave

pero firme. Tenía razón, pero eso no lo hacía más fácil de aceptar—. Y lamento profundamente si te incomoda que me hayan dado el trabajo, pero no voy a renunciar, ni por ti, ni por nadie.

—¡Esa es mi chica! —festejó una voz que me hizo cerrar los ojos.

¿Cómo se me ocurriría pensar que la ecuación Janelle-Mary Kate iba a funcionar? ¡La estaba pervirtiendo!

—¿Qué le pasa al dios del Trueno? ¿Se le ha caído el martillo en el dedo gordo del pie? ¿O se ha sentado sobre el mango? —Me giré hacia ella con una expresión hostil en el rostro.

—Sabes que ella no es carne de SKS. —Janelle enarcó sus cejas pelirrojas.

—De qué me sonará a mí eso… —Chasqueó la lengua—. Lárgate, Lujuria, que tengo muchas cosas que enseñarle.

—No puede trabajar sin papeles, ni estando en reposo, sus costillas se podrían resentir.

—Aquí no eres el doctor Blackwood, y que yo sepa, quien la controla es Grant, él le ha dado permiso para venir y hacerse con el clima laboral, no creo que pasar la cinta métrica por unos tíos que están más buenos que el pan le saque las costillas de su lugar.

—Ya tienes las medidas de los chicos —gruñí.

—Mmm, es que las perdí, así que mi nueva ayudante tiene una ardua y placentera tarea que cumplir… ¡Vamos, Kate!

Ella pasó por mi lado y yo le cogí la muñeca para detenerla.

—No tienes por qué hacerlo, seguro que las medidas aparecen milagrosamente si me pongo a buscarlas.

Ella paseó la mirada desde la zona en la que la aferraba hasta mis ojos. Pasó la lengua con suavidad por su labio inferior y alzó los párpados para clavar las pupilas en las mías. El aroma a frutas y flores me golpeó.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte, me apetece mucho ponerme a prueba a mí misma. —«¿A prueba a sí misma? ¿Por qué narices me da la impresión de que la prueba es para mí?»—. Gracias por preocuparte, pero no lo necesito.

Su otra mano agarró la mía para soltarse.

Caminó hacia Janelle mientras los ojos verdes de esta me observaban risueños. Apreté los puños cuando ambas salieron del taller con una cinta métrica y mi puñetera mirada puesta en sus caderas.

Sudé lo que no está escrito al verla recorrer los cuerpos de los chicos. Una furia ciega se enroscó en mis tripas por lo sonrojadas que tenía las mejillas y las frases con doble intencionalidad que le soltaban todos ellos.

—¡¿Podéis controlar vuestras lenguas y comportaros?! —pregunté al segundo comentario subido de tono.

—Somos pecados capitales, no frailes Franciscanos —recalcó Ira—, aunque quizá un hábito con capucha tuviera su morbo encima del escenario. ¿Tú qué opinas, Kate? —Al parecer, ahora se hacía llamar así—. ¿Te pondría ver a un tío como yo con túnica?

—¡A ella lo que le pondría es verte desaparecer! Que ya tiene tus medidas y es mi turno, házselo de hombre invisible y con cancelación de sonido. —Casi lo arranqué del sitio mientras el capullo de Ethan nos envolvía con sus risas.

Mary Kate se asomó y musitó.

—Vampiro… Eso me pondría. —Ethan le guiñó un ojo, además de ofrecerle una sonrisa carente de colmillos.

—Me gusta, a ver si así me dejas que te hinque el diente.

—Este lo que quiere es hincarte otra cosa… —farfullé.

Ella no dijo nada, se limitó a enfocar su atención en mí.

—¿Y tú de qué quieres el traje?

—Estoy abierto a sugerencias… ¿Qué te gustaría que llevara puesto?

«O que no llevara…». «¡Mierda! ¿Está coqueteando?», pensé mientras ella daba una vuelta a mi alrededor.

Todavía no me había cambiado, así que llevaba un jersey negro de cuello alto y vaqueros. El frío ya apretaba y hacía augurar un invierno helado.

Mary Kate me lanzó una mirada traviesa, evaluándome con una sonrisa apenas contenida en sus labios mientras daba una vuelta a mi alrededor. Sabía que los demás la miraban, especialmente Ethan, con esa risa que siempre parecía burlona y maliciosa. Pero, por alguna razón, no le estaba prestando atención a ninguno de ellos. Solo a mí.

—¿Qué me gustaría que llevaras puesto? —repitió, juguetona, mientras sus ojos azules recorrían mi figura de arriba abajo—. Pues… creo que un traje negro ajustado, como de asesino a sueldo. Algo que inspire peligro y te convierta en alguien capaz de cualquier cosa..., pero con estilo, te podría pegar.

Sentí que la temperatura en el vestuario subía unos grados de golpe. La forma en que lo dijo, lenta, con ese tono sugerente, me sacó completamente de control. No podía quitarme de la cabeza la imagen de lo que ella acababa de describir. Yo, vestido como un asesino, mientras ella me miraba con esos ojos llenos de curiosidad y algo más que no podía definir.

Ira soltó una risa, un sonido grave que me sacó del trance en el que me había dejado la mirada de Mary Kate.

—Así que peligroso, ¿eh? —bromeó, empujando a Ethan con el codo—. ¡Cuidado, Corey! Parece que nuestra Kate tiene gustos oscuros.

—No me sorprende —añadió Ethan, con esa sonrisa de colmillos a medias—. Después de todo, está en la guarida de los pecados, ¿no?

Las palabras de Ethan hicieron eco en mi cabeza. Pecados. Peligro. Estaba empezando a ver la ironía de todo eso, y si no me fallaba la intuición, sabía exactamente en qué se había basado la florecilla para su elección.

—¿Cuándo viste a *John Wick*? —Era una película de Keaunu Reves en la que él era un sofisticado asesino a sueldo.

—No sé de qué me hablas —murmuró con inocencia contenida.

—A mí no me engañas… —Su sonrisa se amplificó.

—Anoche.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, y me di cuenta de que su presencia no solo me alteraba, me desafiaba. No podía evitar pensar que ella era exactamente lo que no necesitaba: una tentación.

Intenté mantener la calma, pero su cercanía me quemaba por dentro. Me acerqué un paso más, invadiendo su espacio personal, sin poder evitarlo.

—Entonces, ¿te gusta el peligro, Mary Kate? —murmuré, mi voz más grave de lo que pretendía.

Ella me sostuvo la mirada, como si no le importara lo cerca que estábamos, aunque yo sabía que sí, podía verlo en la forma en que se dilataban aquellos círculos negros.

—Tal vez me guste más de lo que pensaba —susurró, con un brillo que me volvió loco.

En ese momento, supe que estaba jugando con fuego. Y no estaba seguro de poder

mantenerme al margen.

CAP Í TULO 26



Mary Kate

—¿Y bien? Suelta, ¿cómo ha ido?

Janelle acababa de entrar en el apartamento.

Yo me había marchado antes, no quería molestar, además, lo de las medidas solo había sido una treta por su parte para el plan C, como ella lo llamaba.

Si fui al SKS era para terminar de aclarar con Jordan mi sueldo, los días de cobro, etcétera, después pedí un Uber y fui hasta el apartamento.

No hice otra cosa que repetir en bucle lo ocurrido y esa manera de Corey de mirarme y dirigirse a mí que me hacía revolotear el estómago.

—Bien —contesté con el sofá ya convertido en cama.

—¿Solo bien? —Alzó una ceja, juguetona—. Vamos, Kate, no me mientas. Te conozco lo suficiente como para saber cuándo has tenido una noche interesante.

Solté el aire que no sabía que había estado conteniendo y me dejé caer en un sillón frente a ella.

—Los chicos no han parado de coquetear —dije, intentando sonar despreocupada.

Janelle soltó una risa baja.

—¿Y Corey? —preguntó, y su tono cambió, más curioso.

Mis ojos se desviaron hacia la ventana, buscando alguna excusa en la oscuridad del exterior.

—Corey... Fue Corey —respondí, sin más. Pero eso no iba a bastarle.

—Ah, vamos, ¿qué ha pasado esta vez? —insistió, su voz cargada de picardía.

Me mordí el labio, recordando cómo había sentido sus ojos clavados en mí, cómo me había llevado casi a rastras, cómo su mirada había cambiado cuando me había dado la vuelta a su alrededor, evaluándolo.

—Se enfadó con los chicos, especialmente con Ira —le confesé—. Luego..., me preguntó qué

me gustaría que llevara puesto.

Janelle se echó hacia adelante, divertida.

—¿Y qué le dijiste?

Me encogí de hombros, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—Le dije que se pusiera algo peligroso, que lo hiciera capaz de cualquier cosa.

Janelle se quedó en silencio un segundo antes de soltar una carcajada.

—¡Por Dios! No te reconocería si no supiera que has estado viviendo conmigo todo este tiempo. ¡Me encanta! ¡Estoy creando una monstrua empoderada! ¡Así se hace, Kate!

—¿Tú crees? No sé, me-me sentí rara.

—A lo bien, o a lo mal.

—Supongo que a lo bien.

—Entonces simplemente es por la metamorfosis de mariposa a capulla, se te pasará.

Reí, cada vez me dolía menos cuando lo hacía, señal inequívoca de que faltaba poco para que estuviera al cien por cien.

—Que haya ducha en el club es de las mejores cosas que el *boss* pudo hacer, así llego lista para meterme en la cama.

Se puso el pijama mientras yo seguía admirándola, me parecía tan increíble, era preciosa, independiente, libre…

—¿Qué pasa?

—Nada —musité avergonzada de haberme quedado con la mirada tan fija.

Janelle se echó en la cama con una sonrisa pícara, apoyando la cabeza en la mano mientras me observaba con ese brillo divertido en los ojos.

—Mentirosa —repitió, enarcando una ceja—. Anda, suéltalo ya, que te veo venir desde hace rato.

Suspiré, sintiendo que no había forma de ocultarle nada. Siempre se daba cuenta de todo.

—Es solo que…, no sé, a veces me pregunto cómo haces para ser tan… tú. —Moví las manos tratando de explicar lo que se me antojaba difícil de poner en palabras—. Siempre estás tan segura de todo, como si nada te afectara.

Janelle soltó una carcajada, genuina y un poco incrédula.

—¿Yo? ¿Segura? Ni te imaginas la de veces que finjo que sé lo que hago. —Se enderezó un poco en la cama, mirándome con más seriedad—. La seguridad se entrena, igual que cualquier otra cosa. Al principio, me daba miedo todo. Pero aprendí a fingir que no, hasta que un día dejó de ser solo una fachada.

—¿De verdad? —pregunté, sintiéndome un poco tonta por no haberlo visto antes.

—De verdad —asintió—. No es que naciera así, Kate. He tenido mis dudas, mis momentos de querer salir corriendo… Pero si algo he aprendido es que cuanto más te enfrentas a lo que temes, menos poder tiene sobre ti.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de decirme. Tal vez eso era lo que me faltaba: enfrentar mis miedos en lugar de esconderme de ellos.

—¿Y tú? —Janelle me interrumpió en mis pensamientos—. ¿Cómo te sentiste ahí, en el club, con todos esos tipos alrededor?

Me sonrojé un poco al recordar los coqueteos de los chicos y, sobre todo, la mirada intensa de Corey cuando se cruzó con la mía.

—Rara… Pero en el buen sentido, como dijiste antes. —Sonreí, aunque no estaba segura de cómo describirlo—. Fue la primera vez que sentí que estaba haciendo algo por mí misma, no

solo sobreviviendo.

Janelle asintió, y me miró con una mezcla de orgullo y ternura.

—Eso es, Kate. Estás aprendiendo a volar.

A volar, ángel, alas, Corey…

Cerré los ojos.

—¿Ya lo notas? —preguntó Janelle, pasándome la mano por la tripa.

—No, Corey me dijo que eso pasaba de la semana dieciséis a la veintidós.

—Entonces puede pasar en cualquier momento que Mini Rapunzel comience a dar sartenazos. ¡Ehhh, soy tía Janelle y tengo muchísimas ganas de ver tu preciosa cara de guerrera! —Movió un poco mi tripa para que la oyera.

—¿Y si es un niño?

—Bueno, no tiene por qué enterarse antes de la operación de cambio de sexo… —Abrí mucho los ojos—. Es broma, mujer. Puede que sepamos lo que llevas en la siguiente ecografía.

—Sí, si se deja ver. Me toca dentro de cuatro días.

—Muy bien, tenemos ese plazo para pensar en el *outfit* con el que torturaremos al doctor Blackwood en tu próxima eco, porque el vestido de hoy está claro que ha causado furor, tenía una erección de caballo cuando he entrado en el taller.

—¡¿Qué dices?!

—Si miraras más debajo de la hebilla de su pantalón, tú también te habrías percatado, y no me extraña, cada día brillas más, el bebé está haciendo un gran trabajo.

—¿De-de verdad piensas que él y yo…?

Su mano buscó mi mejilla y la acarició.

—Si ese necio no se da cuenta de lo maravillosa que eres, me caso contigo y criamos a la bebé juntas.

—Yo no soy, no me gustan… —me puse nerviosa de golpe. Ella rio restándole importancia.

—Tranquila, sé que no eres como yo, solo quería decirte que no estarás sola y que podréis contar conmigo para siempre. Por cierto, este año pasarás Acción de Gracias con mi familia, ya se lo he dicho a mis padres.

La noticia me golpeó como un torrente de emociones. Al principio, no supe qué decir. La idea de estar con su familia, de ser parte de algo, me desbordaba. Mi garganta se cerró y sentí que las lágrimas empezaban a acumularse.

—Pe-pero yo no soy…

—Ni se te ocurra decir que no eres de mi familia, porque yo ya te considero así. —El labio me tembló y sentí muchísimas ganas de llorar—. Ay, no, no me llores.

Janelle me estrechó entre sus brazos, por mucho que le doblara el tamaño, su grandeza interior la hacía sentir enorme contra mí.

Me envolvió en un abrazo cálido y fuerte, pero yo no pude evitarlo. Las lágrimas cayeron silenciosamente mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Quería controlarlas, pero no podía.

—Lo siento —murmuré, tratando de apartarme, pero Janelle solo me sostuvo más fuerte.

—No tienes que disculparte por sentir, Kate —dijo en voz baja, acariciándome la espalda—. Aquí no tienes que ser fuerte todo el tiempo, ¿vale?

Mientras las lágrimas seguían deslizándose por mis mejillas, reflexioné sobre lo que me estaba pasando. Era una sensación tan extraña, tan agridulce. Por un lado, me sentía inmensamente afortunada de haber encontrado a Janelle, una amiga que me ofrecía un lugar seguro, donde me aceptaban sin preguntas. Me sentía querida, algo que no había sentido en mucho tiempo.

Pero por otro lado, la tristeza era casi insoportable. Había perdido todo lo que alguna vez conocí: mi familia, mi hogar, mi sentido de pertenencia. El precio que había pagado por mi libertad era devastadoramente alto. Y aunque Janelle estaba a mi lado, el vacío que sentía dentro de mí seguía latente, recordándome lo que ya no era, lo que había dejado de existir para mí, que fuera mejor o peor era aquello con lo que crecí.

—Gracias… —susurré finalmente, apretando los labios para detener el llanto. No estaba segura desi le estaba agradeciendo por invitarme, por ser mi amiga, o simplemente por estar ahí. Probablemente, por todo eso y por el embarazo, que me tenía más sensible que de costumbre.

Janelle me soltó lo suficiente para mirarme a los ojos y sonrió, esa sonrisa suya que podía iluminar la habitación.

—Vamos, seca esas lágrimas, que a ti lo que te pasa es que necesitas liberar tensión, mañana tú y yo vamos a por un *satisfyer* con las propinas de esta noche. Mientras, pasa de los angelitos y que tus sueños te lleven a Damon Salvatore.

Lancé un suspiro largo.

—Vale, pero ¿puedo soñar también con Thor?

Había varias películas que me habían gustado desde que descubrí la televisión y desde luego que Chris Hemsworth se había convertido en uno de mis actores favoritos para disfrutar de los sueños, sobre todo, porque me recordaba a…

—Sin problema, prometo no telefonear a Elsa Pataky ni comentárselo a Corey, ya sabes, con lo creidito que se lo tiene, seguro que se lo toma por donde no debe, ahora descansa, que debes estar agotada.

Me dio la espalda en la cama y apagó la luz.

CAP Í TULO 27



Corey

La luz de la clínica era fría, demasiado blanca para mi gusto. Había estado caminando de un lado a otro, revisando papeles sin realmente leer nada, y pasando de una tarea a otra sin poder concentrarme. No era el trabajo lo que me tenía así, sino ella.

—Corey, ¿todo bien? —La voz de Marcus me sacó de mis pensamientos.

Me volví hacia él, quien estaba de pie junto a la puerta de la consulta, observándome con una mezcla de curiosidad y algo de diversión en su mirada. Era evidente que había notado mi inquietud.

—Estoy bien —mentí, tratando de sonar despreocupado mientras revisaba una ficha al azar.

—Claro, porque no parece que estés a punto de comerte el yeso de las paredes —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Es por la gala benéfica? Sabes que tu padre estará ahí, y aunque entiendo que no sea lo más agradable del mundo, necesitamos recaudar fondos para la clínica y su presencia siempre es un reclamo.

La gala benéfica. Último sábado de noviembre, justo después de Acción de Gracias. La presencia de mi padre era algo que preferiría evitar, pero no tenía opción. La clínica necesitaba el dinero, y la *crême* de la *crême* de la profesión acudiría en pos de su apellido, el del padre de Marcus, el de mi madre y algunos de los más prestigiosos cirujanos de Nueva York, para recaudar fondos y poder hacer nuestra ansiada ampliación, además de renovar algo de material.

Por lo general, Acción de Gracias lo pasaba con mi madre y mis hermanos, si es que a ella no le tocaba guardia o a mí servicio en la clínica, ese año todavía no estaba claro si lo pasaría con ellos o allí.

—No es eso —respondí finalmente, dejando la ficha en la mesa de la consulta—. Aunque,

ahora que lo mencionas, no estoy especialmente emocionado por la idea de verlo, ya lo hice hace un mes y cada vez que voy es imposible que el pasado no se remueva.

—No voy a ser yo quien te diga que ya hace bastante de lo que pasó y que deberías pasar página, que en parte deberías estar agradecido porque…

—Mejor no lo hagas.

—Como quieras, entonces, si no es él, ¿qué te tiene así? —Marcus me observaba con ese aire de «sé que no me lo vas a decir, pero voy a insistir igualmente». Era irritante y solía tener razón.

Antes de que pudiera responderle, alguien golpeó la puerta, y cuando esta se abrió, ambos nos quedamos en silencio.

La visión me dejó sin aire, como no podía ser de otra manera.

Mary Kate llevaba un abrigo largo, gris oscuro, que se ajustaba perfectamente a su figura y botas altas de cuero negro que le llegaban hasta las rodillas, pero lo que más llamó mi atención fue el vestido que asomaba por debajo del abrigo desabrochado. Un vestido ajustado, color burdeos, con cuello alto, que caía suavemente hasta sus muslos, y destacaba sus curvas de una forma tan sutil como provocadora. Su melena rubia quedaba atrapada en lo alto de su cabeza por una boina estilo francesa, para después caer en ondas suaves sobre sus hombros, y el contraste entre el frío del exterior y la calidez que desprendía era... desconcertante.

—Vaya —murmuró Marcus, claramente tan impactado como yo.

Mary Kate se detuvo en el umbral, mirando primero a Marcus y luego a mí. Sus ojos azules brillaban con una mezcla de timidez y determinación, como si supiera el efecto que estaba causando, pero no estuviera del todo cómoda con ello.

—Hola —dijo, rompiendo el silencio.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, incapaz de apartar la mirada de ella.

—He venido para la revisión... —respondió con una leve sonrisa—. ¿Me he equivocado y no es hoy? —Frunció el ceño.

—¿A qué día estamos? —pregunté consternado.

—Al día en que a la señorita Adams le toca su ecografía de las dieciséis semanas —aseveró Marcus—. Si me lo permites, estás radiante, Kate.

«¡¿Por qué todos se empeñaban en llamarla así?!». Ella curvó los labios en una sonrisa sensual que me tensó la bragueta.

«¡Ya estamos otra vez!».

Marcus, por supuesto, estaba disfrutando del momento con una sonrisa socarrona en los labios.

—Gracias —le respondió.

No sabía si el color de su rostro se debía al frío exterior o a las palabras de mi amigo.

—Sí —admití—, bonito conjunto —comenté, tratando de mantener la voz neutral mientras una parte de mí quería arrancarle ese abrigo y..., bueno, no exactamente eso. Solo quería ver qué más escondía debajo. «Mierda, Corey», me reprendí mentalmente.

Ella me sonrió.

Algo no cuadraba. Mi mirada se detuvo en el abrigo y luego en el vestido. Ambos parecían demasiado caros, Janelle no había podido costearle esa ropa, ¿le habría pedido un anticipo al *boss*?

Fue entonces cuando me fijé mejor y vi el diminuto logo que podría pasar desapercibido a cualquiera, también a mí, que no lo había visto hasta ahora.

Sentí la rabia creciendo en mí.

—Eso... —dije, mirando a Marcus—. ¿No es de la firma de tu madre?

Marcus soltó una risa, como si acabara de atrapar algo que había querido mantener en secreto.

—Sí, es suyo, ya sabes que no pude acudir a mi cita con Kate para poder acompañarla a comisaría, así que me disculpé.

—Más bien se pasó.

—Necesitabas ropa.

—Pero no que me llenaran un armario que no tengo…

—Es ropa de la temporada pasada, ya te lo dije.

Sentí un golpe de celos en el estómago. ¿Marcus había hecho qué?

—¿Perdón? —solté más seco de lo que pretendía.

—¿Qué? —preguntó mi amigo.

—¿Le llenaste el armario?

—Y algunos cajones de la cómoda…

El rostro de Mary Kate se puso más rojo esa vez.

Marcus me miraba como si fuera lo más lógico del mundo, como si yo no tuviera nada que objetar y, de hecho, no debería haberlo tenido, era cierto que a su madre no le suponía nada que él saqueara la trastienda.

—Solo ha sido un gesto sin importancia.

«¿Un gesto? ¿Un jodido gesto? ¡Y una mierda!». Marcus llevaba jugando al gato y al ratón desde que ella apareció en la clínica. Lo conocía lo suficiente como para saber que no iba regalándole colecciones, por muy pasadas de moda que estuvieran, a todas las chicas que atendía, por mucho que la necesitaran.

Mis manos se cerraron en puños mientras luchaba por mantener la calma.

Marcus y Mary Kate compartieron una mirada cómplice que solo lo empeoró. «¿Desde cuándo hay «miradas cómplices? Pero ¡si cuando puso un pie en Nueva York no soportaba sostener los ojos de otras personas y ahora pasea las manos por cuerpos desnudos y coquetea con mi socio! ¡¿En qué demonios se está transformando?!».

«Tessa…», susurró mi subconsciente.

«¡No!», me cerré en banda.

—Muy generoso de tu parte —dije, con un tono que claramente dejaba entrever mi molestia.

—Yo ya le dije que era demasiado —murmuró Mary Kate contrita. Había un destello de preocupación en sus ojos.

—No lo es, no tenías nada, y esa ropa se la hubieran comido las polillas en un almacén infestado de prendas, ya te lo dije, le hiciste un favor a mi madre quedándotelas.

«Seguro que sí».

Debería haberme parecido bien que ella tuviera qué ponerse en lugar de sentarme como el puto culo, pero… Ya ves, últimamente, nada me contentaba.

—Claro —respondí—, tenías que quedártelo todo porque, si no, el buen samaritano de nuestro amigo Marcus, que solo vela porque no te congeles este invierno, sin ninguna otra intención, se habría sentido fatal —comenté sin humor—. No lo tomes como algo personal, a él le encanta ir regalando ropa de firma a todas las pacientes.

Mi amigo abrió la boca, pero la volvió a cerrar ante la mirada que le eché.

—Vamos a hacerte esa ecografía, pasa a cambiarte, que, mientras, el doctor Grant seguirá con su ronda e irá a visitar a los pacientes, que ya lleva un buen rato aquí y no tiene más tiempo que perder.

Lo que más me jodía era la cara de pagado de sí mismo de mi colega. ¿Qué quería? ¿Que le saltara todos los dientes?

—Si después quieres que tomemos una infusión o charlemos… —le ofreció.

—¡Que te largues, Grant!

Lo hizo mirándola apreciativamente y sin ningún disimulo, mientras los celos seguían bullendo bajo mi piel.

Marcus por fin se marchó y ella, en lugar de ir hacia el baño, se quitó el abrigo despacio al lado del perchero, para que yo pudiera babear recreándome en el generoso trasero.

—Em… ¿Tengo que quedarme en ropa interior? —preguntó, mirándome de soslayo…

Lo que me faltaba.

—No, me basta con que te quites las botas para evaluar tus pantorrillas y así poder ver si hay hinchazón, sería un indicio de que tienes retención de líquidos.

Cuando se agachó para hacerlo, sentí que mi erección podría haber perforado la puñetera mesa y lo peor de todo era que mis ojos se emperraban en no desviarse a otro lugar más seguro.

La temperatura había ascendido varios grados cuando, por fin, ella se sentó en la camilla.

Me abroché la bata para no ofenderla con el grosor de mi entrepierna y me dispuse a preparar el ecógrafo.

El silencio entre nosotros era espeso, cargado de todo lo que no había dicho. Cuando volví mi atención hacia ella, me encontré con sus ojos fijos en mí.

—Bueno, tendrás que subirte el vestido para que pueda hacer la ecografía —carraspeé, con la voz un poco más áspera de lo que pretendía.

Ella asintió, levantando el vestido hasta justo debajo de su pecho, y creo que bizqueé.

¡¿Qué cojones llevaba puesto?! ¡Un puto *bustier* de encaje burdeos que llegaba a cubrirle la tripa, del cual salían unas tiras elásticas de la parte baja, que ejercían de ligueros para sujetar las medias que morían a medio muslo.

Encima llevaba unas bragas diminutas que apenas cubrían nada y dejaban entrever una depilación nueva que antes no estaba.

¡¿Cómo se le ocurría venir así!

Estaba claro que había dejado de respirar y que mi buen hacer se había ido al garete al contemplar cómo sus finos dedos manipulaban los cierres con cierta torpeza.

—Creo que no puedo… —admitió.

«¡Vamos, no me jodas!».

—No deberías haberte puesto algo tan poco práctico para venir aquí, y mucho menos si no sabes cómo quitártelo —repliqué malhumorado—. Déjame a mí.

Vi que mis malas formas la afectaban, que le temblaba el labio, pero es que me estaba fastidiando a base de bien.

Por fortuna, tenía experiencia, o se los habría arrancado a bocados.

Cuando le desabroché el primer cierre, y noté la sedosidad de su piel, pensé en que iba a correrme al minuto. Ante el segundo, la cosa no mejoró y me tensé al completo. Flexionó las piernas para que pudiera encargarme del tercero y el cuarto. Tenía los labios separados y respiraba de manera agitada.

Cuando alcé la prenda, descubriendo su vientre un poco más redondeado, contemplando aquellos pechos que habían aumentado una talla..., necesité toda mi fuerza de voluntad para no abalanzarme encima y demostrarle qué pasaba cuando se me provocaba de forma explícita.

«¿Y si no se ha vestido así para mí? ¿Y si es para Marcus? ¿No había dicho que le había

llenado la cómoda? ¿Se refería a eso?».

La secuencia de pensamientos me enfermó.

El aire en la habitación cambió y regresó el doctor Blackwood, el profesional que habitaba en mi interior. Nada más.

—Esto estará un poco frío —le advertí, vertiendo el gel sobre su piel. Mary Kate soltó un pequeño jadeo, y el simple sonido hizo que mi respiración se agitara un poco.

—Lo siento, está más frío de lo normal —murmuró.

—No pasa nada —dije.

Encendí el ecógrafo y comencé a mover el transductor sobre su vientre. La imagen del bebé apareció en la pantalla, y de inmediato sentí que algo se apretaba dentro de mí. Era increíble, cada vez que lo veía la incertidumbre volvía a devorar mis tripas.

—Vamos a ver si se mueve un poco —dije, alcanzando un pequeño trozo de chocolate que tenía guardado en la consulta—. Come esto, le dará un pequeño empujón para que se despierte.

Mary Kate separó los labios y yo ni siquiera la contradije, acerqué el dulce a su boca viendo cómo ella daba pequeños mordiscos y su expresión se llenaba de placer, hasta que la punta de su lengua me rozó sin querer y yo me estremecí de cabeza a pies. Seguí moviendo el transductor, esperando ver alguna reacción.

—A veces tarda un poco, la informé.

Me seguí recreando, sintiéndola a través del aparato, Y entonces sucedió.

—Ahí está, mira eso... —murmuré, incapaz de apartar los ojos de la pantalla—. Está chupándose el dedo.

Mary Kate se inclinó para ver mejor, con una mezcla de asombro y ternura en su rostro.

—Es… increíble, ¿có-cómo puede estar haciendo eso? —dijo en un susurro, como si temiera romper el momento.

Le sonreí.

—En esta semana ya suelen hacerlo.

La imagen del bebé chupándose el dedo me provocó una sensación que no había anticipado. Algo cálido y profundo, algo que no era simplemente profesional. Algo que no quería reconocer del todo.

—¿Podemos saber si es niño o niña? Janelle se muere por saberlo —preguntó ella, con una mezcla de curiosidad y emoción en los ojos.

—A ver si nos deja. —Intenté cambiar el ángulo, pero el bebé no colaboraba—. Está siendo un poco testarudo.

—O testaruda —me corrigió. Yo le sonreí y seguí manipulándola.

—Sí, las mujeres suelen ser bastante tercas.

—Entonces, ¿es una niña? —preguntó temblorosa.

—No creo que el grado de tozudez sea un indicador fiable —le dije, sonriendo.

Después de unos minutos más, finalmente apagué el ecógrafo y comencé a limpiarle el gel de la piel.

—Siento que no se haya dejado ver.

—No pasa nada, en la próxima. —Asentí.

—Y que planes tienes ahora.

—Bueno, Marcus…

—Me refería al SKS. —No quería ni plantearme la posibilidad de que entre ella y mi amigo hubiera surgido algo—. ¿Has pensado en hacer algo más? ¿O ves tu futuro como modista de

estríperes?

Mary Kate me miró mientras yo limpiaba el gel, sin parecer afectada por la pregunta.

—Oh, pues por ahora, es lo mejor que puedo hacer —dijo, encogiéndose de hombros—. El sueldo es bueno, es un trabajo digno, y no tengo estudios para aspirar a mucho más.

—Eso no es cierto —repliqué, más brusco de lo que pretendía. No me gustaba la sensación de que se hiciera de menos—. Podrías hacer lo que quisieras si te lo propones, hay cursos…

Ella me miró, con una mezcla de diversión y tristeza.

—Gracias por el voto de confianza, Corey. Pero por ahora, con el bebé creciendo y mi cuenta bancaria a cero, dudo que pudiera salirme algo mejor o plantearme estudiar. Por favor, no me hagas sentir como si estuviera tomando malas decisiones cuando estoy haciéndolo lo mejor que puedo con lo que tengo, no todos gozamos de una educación privilegiada y debemos tener los pies sobre la tierra, por lo menos, por ahora.

Terminé de limpiarla sintiéndome fatal, y cuando fui a abrocharle los ligueros, me dijo que ya se ocupaba ella.

Le dije que iba a la consulta a recetarle el ácido fólico que debía seguir tomando mientras se arreglaba.

Cuando volví a verla, ya llevaba puesto el abrigo.

—Lo siento —murmuré, bajando la mirada—. No quería hacerte sentir mal.

—No lo has hecho. Solo entiende que estoy intentando reconstruir mi vida, a mi manera, y que no está siendo fácil. —Cogió la receta que le tendía y se detuvo en el umbral, mirándome una última vez—. Gracias por todo, doctor Blackwood.

Salió de la consulta, dejándome con una mezcla de frustración y admiración que me quemaba por dentro.

CAP Í TULO 28



Sepúlveda

El frío se colaba por el cuello de mi abrigo mientras cruzaba los jardines de la universidad, con César a mi lado. Sabíamos que había algo más grande detrás de todo eso, pero aún no podíamos ponerle nombre ni forma. Todavía era demasiado pronto y no quería anticiparme.

—¿Quién crees que está intentando acceder al expediente de Astrid? —preguntó César, su voz baja, casi como si temiera que alguien más pudiera escucharnos.

—No lo sé, pero no puede ser una coincidencia que alguien ande husmeando y se haya colado en nuestros archivos —respondí, sin apartar la vista de la residencia que se alzaba ante nosotros. Por poco nos la cuelan, alguien había intentado infiltrarse saltándose nuestro sistema de seguridad y la carpeta a la que intentaban acceder era la de la señorita Larsen. Las casualidades no existían en mi profesión—. Vamos a tener que andar con pies de plomo. A alguien no le gusta lo que estamos haciendo, eso es seguro.

«¿En qué andabas metida, pequeña? Y lo más importante, ¿con quién?».

Habíamos vuelto a Columbia para intentar averiguar algo más, cualquier cosa que nos diera una pista sobre el paradero de Astrid o sobre la mujer que murió en la clínica. Mi instinto me decía que ambas desapariciones estaban conectadas de algún modo, pero cada vez que nos acercábamos a una respuesta, aparecía otra maldita incógnita.

Los Larsen llevaban en Nueva York desde que supieron que su hija había desaparecido y estaban presionando muchísimo al alcalde para que diéramos con una pista que arrojara luz sobre su paradero.

Habían contratado a un investigador privado y los de la unidad de desaparecidos estaban poniendo toda la carne en el asador, obteniendo prácticamente los mismos resultados que

nosotros.

El día anterior tuvimos una reunión con el comisario y nos lo dejó claro.

—Aunque seáis de homicidios, el alcalde os quiere a vosotros en esto, así que máxima prioridad.

—Pero, señor, las embarazadas…

—Si no podéis con ambos casos, se lo relegaré a Castillo y Sherman.

—Podremos —dijo César, que se sentía mucho más cercano al caso por su situación personal.

—Eso pensaba.

Teníamos demasiadas incógnitas sobre el tablero y necesitábamos ir despejando alguna, por lo que lo mejor era regresar al punto de partida de la desaparecida.

—¿Qué piensas de Haley Connors? —preguntó César, soltando algo de vaho por la boca para echarlo sobre las manos y calentarlas.

—Está ocultando algo —respondí sin dudar—. No estoy segura de qué, pero sé que nos está mintiendo. Sus evasivas sobre cómo Astrid llegó aquella noche a la residencia no me convencieron y sé que a ti tampoco.

—¡Cómo me conoces, jefa!

Haley, la compañera de habitación de Astrid, había sido una fuente de más preguntas que respuestas. Nos había dicho que la noche que Astrid llegó de la fiesta de Sigma Alpha no la escuchó entrar. Dormía con tapones y con antifaz, demasiado conveniente, ¿no? No cuadraba, sobre todo, porque en el registro no los vimos, abrí el cajón de su mesilla como si me hubiera equivocado y allí dentro no vi nada.

Si lo sumábamos a esa evasión, esa forma de restablecerle importancia a todo, nos estaba poniendo en alerta.

—¿Crees que está implicada en su desaparición?

—No lo sé —admití—, pero si no lo está, sabe más de lo que nos ha dicho.

El edificio de la residencia se alzó frente a nosotros.

—Empecemos con Hellen. Si alguien sabe quién ha estado merodeando por aquí, será ella.

La bedel nos saludó y nos encaminamos por el largo pasillo a la oficina de la señorita Bradford, quien nos recibió con esa sonrisa educada y esa mirada apreciativa que a César le hacía pensar que quería tener algo conmigo.

No opinaba lo mismo, a mí me daba la impresión de que solo se trataba de una estrategia disuasoria, que deseaba desviar la atención. Igualmente no estaba en situación de querer intentar nada con nadie, todo dolía demasiado.

Nos invitó a sentarnos y César paseó su mirada oscura por la estancia de madera clásica.

Tenía algunos diplomas, cuadros y pocas fotos personales que nos dieran información extraoficial.

Centré toda mi atención en Hellen, necesitaba hilar muy fino si quería pillarla en algún renuncio o contradicción.

Estaba ordenando el escritorio cuando entramos.

—Inspectora Sepúlveda, agente Martínez —nos saludó, guardando los papeles que se suspendían entre sus dedos en una carpeta, para depositarla en la cajonera inferior, fuera de nuestra vista—. ¿Cómo puedo ayudarles hoy?

—Directora Bradford, venimos de nuevo porque hay varios cabos sueltos en el caso de Astrid

Larsen que necesitamos aclarar —comencé, observándola de cerca.

—Ya imaginaba que no se trataba de algo social. Ustedes dirán, voy con el tiempo un poco justo, pero les he hecho un hueco porque, para mí, las chicas de esta residencia son lo más importante, son casi como mis hijas.

«Seguro que sí».

—No se preocupe, no le quitaremos demasiado. —Ella se reacomodó—. Sabemos que usted estaba al corriente de que asistió a una fiesta de Sigma Alpha la noche en que desapareció. Necesitamos saber si alguien más la vio esa noche o si hubo algún comportamiento inusual que pueda ayudarnos a entender qué le pasó después.

Bradford frunció el ceño y se tomó unos segundos antes de responder.

—Sí, sabía que Astrid asistió a esa fiesta porque las alumnas deben darnos el motivo de la salida si es por la noche y su hora de llegada aproximada, pero no tengo información de nada inusual. No hubo incidentes reportados esa noche, al menos, que me hayan informado.

Algo en su tono no me convenció. Era demasiado fría, demasiado meticulosa en su respuesta.

—Emily Harrington, su mejor amiga, nos dijo que esa noche fue movida, más de lo que se esperaba, pero que cuando bajó, Astrid ya no estaba —intervine, observando cada reacción de Bradford—. ¿Hubo alguna queja o incidente relacionado con esa fiesta?

Bradford apretó los labios antes de contestar, como si considerara qué decir.

—Sigma Alpha no es de mi competencia, yo solo dirijo esta residencia. Si me pregunta si he escuchado algo al respecto, les diré que puede que hubiera un par de quejas por el ruido, pero nada fuera de lo normal para una fiesta de fraternidad —admitió, con evidente reticencia—. Que yo sepa, Astrid regresó a la residencia sin problemas.

—¿Emily Harrington la trajo de vuelta? —pregunté, notando una pequeña pausa en sus palabras.

—Usted misma ha dicho que Emily dijo que ella se había marchado sola, así que supongo que vino por su propio pie, tampoco es que estemos tan lejos —dijo Bradford, sacudiendo la cabeza —. Haley Connors, su compañera de cuarto, fue quien reportó la hora de su llegada a la mañana siguiente y me informó de que Astrid no se encontraba demasiado bien, que se fue directa a su cama.

Intercambié una mirada rápida con César. Haley nos había dicho que dormía profundamente esa noche, que no escuchó a Astrid entrar. Esa contradicción era suficiente para hacernos dudar aún más.

Aunque también podría estar excusándose a sí misma por no verla.

—¿Y no le pareció extraño que Astrid no recordara cómo había llegado a la residencia? —pregunté, inclinándome hacia adelante—. Su compañera mencionó que parte de la información no la tenía clara. Sobre a lo que hizo en la fiesta, me refiero.

Bradford suspiró, visiblemente incómoda.

—Sí, lo mencionó al día siguiente, pero no le di demasiada importancia, una chica que no sale nunca en una fiesta de hermandad… Ya saben cómo terminan esas cosas, pensé que tal vez había bebido de más, como muchos estudiantes. No me pareció algo tan grave como para recalcarlo.

—Ya… ¿Y recibió alguna queja después de ese día? ¿Alguna otra alumna ebria o con problemas de amnesia matutina? —preguntó César, acercándose un poco más a la conversación —. ¿Algo que destacar?

—No me gusta lo que está insinuando, agente. Los chicos de Sigma Alpha son jóvenes procedentes de las mejores familias de este campus y futuros dirigentes de este país, en algunos

casos. Lo único que ocurre es que se divierten de vez en cuando, nada más.

—Es una forma de verlo, algo cuestionable para una universidad tan respetable y estricta como esta… —añadió mi compañero. La espalda de Bradford se tensó—. O puede que la vara de medir sea distinta dependiendo de quién cometa el delito.

—Aquí no ha habido ningún delito —espetó seria.

—Es una forma de hablar, jerga policial, ya me entiende.

—Volviendo al tema de Astrid —intercedí—. Haley volvió a mencionarme que se había comportado de manera extraña esa semana, pero eso no fue todo, también dijo ver un coche negro que le dio mala espina aparcado en las proximidades, ¿le suena? El otro día le pedimos las imágenes a su bedel, pero nos dijo que se borraban semanalmente.

Me quedé en silencio un momento, viendo su reacción, fue casi imperceptible, pero... juraría que vi algo similar al miedo en su expresión.

—Así es, les informó bien. Por aquí pasan muchos vehículos, si no me dan más datos…

—No los tenemos, Haley no recordaba la marca, y dudaba sobre si era negro u otro tono muy oscuro.

—Lamento no poder ayudarles en la identificación de ese vehículo, pero si hubiera sido sospechoso de algo, o estuviera merodeando, mi bedel me lo habría dicho.

—Por supuesto —no quise forzarla, tendría que esperar a la maldita orden judicial o a que el viejo sabueso de Somerson pudiera rascar algo de información extraoficial.

—Respecto a los chicos de Sigma Alpha, ¿qué puede decirnos de Trevin?

La pregunta pareció sorprenderla.

—Trevin… es uno de los líderes de la hermandad, por lo que he oído, sale con la mejor amiga de Astrid —admitió, claramente incómoda—. Pero no tengo constancia de que haya pasado nada inapropiado entre ellos.

César intercambió una mirada rápida conmigo, notando la misma tensión que yo.

—Directora, lo que necesitamos es la verdad —dije, dejando de lado las formalidades. Iba a marcarme un farol en toda regla, pero a veces de una gran mentira sale una gran verdad—. Sabemos que Astrid estaba lidiando con algo grande antes de su desaparición. Y todo apunta a que alguien en esta universidad lo sabe. Si nos oculta información, podría estar interfiriendo en una investigación de homicidio, si es que finalmente la chica Larsen aparece muerta.

Hellen Bradford tragó saliva, su máscara de compostura empezaba a resquebrajarse.

—No les estoy ocultando nada, inspectora —su voz tembló un poco—. Solo… Solo creo que están buscando en la dirección equivocada. Astrid no era cercana a los chicos de Sigma Alpha. Si quiere respuestas en ese sentido, tal vez debería hablar con Emily Harrington.

—Lo tenemos en nuestra agenda —murmuró César.

—También necesitaremos hablar con Haley de nuevo —le aclaré, levantándome—. No vamos a molestarla más, por el momento —puntualicé antes de que se relajara demasiado, la quería nerviosa, cuando las personas no estaban tranquilas, cometían errores, y si Bradford ocultaba algo, aunque fueran las bragas sucias debajo de la alfombra, daría con ellas.

Hellen se levantó, con su rostro más tenso de lo que había sido antes.

—Estaré a su disposición para cualquier cosa que necesiten, como les he dicho, esas chicas son…

—Como sus hijas, ya nos ha quedado claro, gracias por su ayuda, que tenga un buen día, gracias por su tiempo.

Cuando salimos de la oficina de Bradford, no pude evitar el impulso de soltar un suspiro

frustrado.

—Está mintiendo —dije, cerrando los puños en los bolsillos de mi abrigo—. O al menos, nos oculta algo.

—Definitivamente. Pero a mí me da que hay algo más en Sigma Alpha —respondió César—. Hay demasiados hilos sueltos con esa fraternidad, especialmente con ese tal Trevin, no me gustó desde que lo vimos en el aula.

—Coincido. ¿Vamos antes a por Haley Connors? Deberíamos pillarla en el gimnasio, terminando su entrenamiento.

—A por ella, jefa.

No fue difícil encontrar el gimnasio donde entrenaba el equipo de vóley universitario.

—Es buena —murmuró César, viendo a Haley alzarse sobre la red para rematar sin piedad y marcar un tanto.

—Ya lo creo —asumí. Estábamos en un rincón, de espaldas a ella, por lo que no nos vio.

Al otro lado, en la cancha de baloncesto, Trevin y sus amigos también entrenaban.

—Parece que los de Sigma comparten espacio a la misma hora…

—¡Buen tanto, capitana! —exclamó el mismísimo Trevin, guiñándole un ojo a Haley.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté a César mientras observaba el perfil sonriente de la señorita Connors.

—Me da a mí que a ese chico le gusta ir de flor en flor.

—Salgamos, este lugar apesta a sudor y hormonas.

La esperábamos justo fuera de la entrada, donde el viento frío cortaba aún más, pero la espera no fue larga. Quince minutos después, Haley salía junto a Trevin, sonrientes, este le decía algo al oído y el dedo tocaba el lateral del cuello femenino, mientras ella sonreía coqueta. Su coleta mojada goteaba con cada paso. En cuanto nos vio, su expresión se tensó. Trevin captó de inmediato la señal y se apartó.

Le dijo algo susurrado y se marchó mientras ella se acercaba a nosotros.

—Agentes, ¿otra vez aquí? —preguntó, claramente incómoda.

—Lo sentimos, Haley, pero necesitamos aclarar algunas cosas sobre Astrid —le dije, intentando sonar lo más neutral posible—. ¿Podemos hablar unos minutos?

Ella dudó, pero finalmente accedió.

—Sí, claro, pero no creo que pueda ayudarte más de lo que ya lo hice y tengo que ir a la residencia para secarme el pelo cuanto antes, que no quiero resfriarme.

—¿Ese no era Trevin Montgomery?

—Em, sí…

—Parecíais muy amigos —comentó César.

—Nuestros padres se conocen de los Hamptons y compartimos espacio de entrenamiento.

—No nos lo dijiste la otra vez —siguió insistiendo mi amigo.

—No creí que fuera relevante.

Nos sentamos en un banco, con el frío arremolinándose a nuestro alrededor. Martínez siguió con las preguntas.

—Haley, mencionaste que Astrid estuvo actuando un poco extraña en las semanas antes de desaparecer. Dijiste que la escuchaste hablar en otro idioma por teléfono. ¿Podrías decirnos algo más sobre eso?

Haley se encogió de hombros, jugando con la pelota en su regazo.

—No sé, la verdad. Fue solo un par de veces, y no le di mucha importancia. Podría haber sido cualquier cosa. Astrid siempre fue muy reservada, y no hablábamos mucho.

—¿Y nunca mencionó nada sobre Sigma Alpha o sobre «tu amigo» Trevin? —recalcó.

Haley frunció el ceño y miró hacia abajo.

—No, ya les dije que no éramos amigas y mucho menos confidentes. ¿Y qué querían que me contara de Trevin? Sale con su amiga.

—¿Estás segura? —pregunté, inclinándome un poco hacia adelante—. Porque hemos escuchado que Trevin estuvo bastante cerca de Astrid antes de que desapareciera.

Otra mentira. Desde luego que, si creyera en Dios, al cielo no iría. Vi dudas en su mirada.

—No lo sé —repitió Haley, visiblemente nerviosa—. Solo convivíamos.

Algo no cuadraba. Había un nerviosismo en sus respuestas que antes no estaba allí. Pero presionarla más en ese momento solo haría que se cerrara por completo.

—Está bien, Haley, si tu amigo te dice algo, háznoslo saber, no dudes en llamarnos, podría ser importante.

—Sea lo que sea lo que le haya pasado, no creo que tenga que ver con Trevin. —Se mordió el labio.

—Y eso, ¿por qué?

—Que no salga de aquí, por favor. Trev es gay.

—¡¿Gay?! —espetó César.

—Usa a las chicas como coraza, pero en realidad le gustan los chicos, es por sus padres, ya me entienden…

—Y yo que pensaba que en este siglo los armarios solo se usaban para guardar ropa o muertos —masculló César.

—Su familia es muy de aparentar, y los Sigma Alpha…

—Machirulos —respondí por inercia, ella no lo negó—. ¿Y su novia lo sabe? —Haley se encogió de hombros.

—Yo no me meto en esas cosas.

—Gracias por tu sinceridad.

Haley se despidió con una rápida inclinación de cabeza antes de desaparecer corriendo en dirección al camino que llevaba a la residencia.

César y yo nos quedamos en silencio unos segundos, viendo cómo se alejaba.

—¿Qué mierda sigue pasando en esta sociedad para que un chico tenga que fingir ser quien no es? —murmuró César, rompiendo el silencio.

—Lamentablemente, sigue habiendo mucho intransigente. Igualmente, pese al descubrimiento de Trevin, todos parecen saber algo, pero ninguno quiere decirnos la verdad.

César asintió.

—Vamos a tener que hablar con Emily Harrington y Trevin. Si hay algo más, ellos lo sabrán. —Volvió a echarse calor sobre las manos.

—Pero no va a ser hoy —respondí al sacar el móvil de mi chaqueta y ver que tenía un mensaje urgente de nuestro sabueso que exigía nuestra presencia inmediata—. Nos largamos.

—¿Adónde?

—Carson parece haber dado con algo.

Mientras nos dirigíamos de nuevo hacia el coche, tuve la intuición de que nos aproximábamos hacia algo mucho más grande de lo que habíamos imaginado en un principio. Tantas mentiras

apestaban a peligro.

CAP Í TULO 29



Mary Kate

La casa de los Vitale estaba decorada con ese lujo acogedor que solo podías encontrar en las familias que llevaban el poder en las venas. No pude evitar sentirme un poco fuera de lugar, con mis manos apretadas sobre el regazo mientras Janelle me hacía un gesto cómplice desde el otro lado del comedor, recordándome que estaba aquí por ella, por ser parte del equipo en el SKS y, sobre todo, por ser su amiga.

No paró de hacerme preguntas cuando regresé de la ecografía hacía dos semanas y media. Debería dedicarse a los interrogatorios porque me sacó hasta la última coma, lo que incluyó mi bochornosa confesión de que estaba convencida de haber hecho el ridículo más absoluto con mi ropa interior.

Según Janelle, el resultado debería haber sido un Corey desbordado y ansioso, totalmente desatado e incapaz de contenerse en cuanto me viera con el vestido alzado, incluso habíamos practicado cómo debía quitarme el abrigo o bajarme las botas.

Ridícula, así fue como me terminé sintiendo.

Según ella, la culpa era de Marcus, que se estaba entrometiendo. Yo no le veía igual. El doctor Grant siempre había sido muy amable y atento, de hecho, me había invitado a ir con él a la fiesta de la clínica. Pensé en negarme en vistas a que mi cercanía no parecía ser un buen reclamo para Corey, pero después pensé en lo bueno que había sido conmigo y no pude decir que no.

Se lo dije a Janelle, lo que al principio no le parecía mal del todo, ahora parecía molestarle, porque según ella, el doctor Grant enmarañaba las emociones de su amigo y no dejaba fluir el plan C, así que me dijo que ella se ocuparía, que lo de la fiesta le parecía genial, pero que se las apañaría para ir también y forzar un cambio de pareja.

No tenía claro cómo se las iba a ingeniar, sobre todo teniendo en cuenta que ella y Marcus no

se soportaban. Solo esperaba que todo eso terminara bien.

—Kate, ¿por qué no te relajas un poco? —me dijo Janelle, apoyándose en la silla con una sonrisa profunda en los labios.

—Lo siento, es solo que estoy un poco abrumada —contesté, dándome cuenta de que mis manos seguían entrelazadas en mi regazo como si me preparara para un interrogatorio.

—Pues no lo estés, ya has visto que mi familia te ha recibido con los brazos abiertos —dijo con ese tono despreocupado tan característico de ella.

Ya me había habituado a que todos me llamaran así, sin la formalidad de mi nombre completo. Todos lo hacían, excepto Corey. A veces, me parecía que era una especie de barrera entre nosotros, como si, manteniéndose firme en llamarme Mary Kate, intentara recordarme que había algo que lo alejaba de mí, por mucho que yo no pudiera dejar de pensar en él.

Kiara, la novia de Marlon, estaba sentada a mi izquierda. Su melena oscura y brillante parecía relucir bajo la luz cálida de la lámpara que colgaba sobre la mesa, haciéndola ver casi etérea. No fue difícil llevarme bien con ella; tenía esa dulzura serena que inmediatamente ponía a los demás a gusto. Me sonrió de forma cómplice, como si notara que aún me sentía un poco fuera de lugar en medio de ese mar de personalidades tan dominantes.

En el otro extremo de la mesa, Trayi y Ranya estaban inmersas en susurrarse cosas al oído, como hacían los enamorados, mientras felicitaban a la señora Vitale por lo rico que estaba todo.

La risa contagiosa de la batería provocaba la de los demás, no dejaba de hacer comentarios ingeniosos, me cayeron bien desde el principio, tal cual vaticinó Janelle; según ella, las almas torturadas se reconocían y, cuando se unían, solo podían hacerse bien.

Había hecho los deberes y escuchado su música, me parecían unas letras llenas de sentimiento y cargadas de verdades como puños. Cosas como las que les habían ocurrido a ellas no deberían suceder.

—Señora Vitale, ¿cómo hace que todo esté tan delicioso? —preguntó Ranya, llevándose un trozo de pavo a la boca mientras sus ojos se llenaban de puro deleite.

—Oh, querida, ya te lo dije, el secreto está en la paciencia. Y en el *whisky*, claro.

—Pero ¿no es vino lo que le echas? —cuestionó Janelle.

—Me refería al que me tomo mientras cocino —respondió la señora Vitale con una risa suave que hizo que todos estalláramos en carcajadas.

Era una mujer que irradiaba ese tipo de elegancia natural que solo las verdaderas matriarcas podían tener.

—Tendremos que invitarla a la gira para que nos cocine —dijo Trayi, lanzando una mirada cómplice a Kiara y Ranya—. Este tipo de festín le haría bien a nuestro equipo de gira, ahora que Marlon ya ha salido de la clínica de rehabilitación.

—Sesenta días sobrio y sin consumir. —El susodicho alzó la copa que contenía zumo de uva en lugar de vino.

—Estamos muy orgullosos de ti, Rizos —murmuró Kiara, y este le cogió la cara para besarla profundamente, ganándose los vítores de sus hermanas y las chicas.

—¡Así besan los Vitale! —Se sumó su padre, imitándolo para darle un beso apasionado a su mujer que desató las risas de todos.

Era todo tan distinto a Nuevo Amanecer…

—Me encantaría acompañaros a la próxima gira —rio la señora Vitale—. Pero dudo que este hombre me dejara marchar con tanta facilidad, a él también le encantan mis comidas...

—Eso no lo dudes, por eso tenemos cuatro hijos —comentó con una doble intencionalidad

que hizo que la señora Vitale lo golpeara con una servilleta.

Entre risas y anécdotas, parecía que todo fluía de manera relajada, pero al otro lado de la mesa, la tensión entre Martina y Dimas, el hombre que me presentaron como custodio de la futura señora de De Angelis, era evidente, aunque la mayoría de los presentes lo disimulaban bastante bien. Yo no podía dejar de notarlo. El pelirrojo, sentado justo al lado de Martina, se mantenía en silencio la mayor parte del tiempo, con una expresión impasible, aunque sus ojos se encendían cada vez que se posaban sobre ella, contenían una mezcla de algo que no podía identificar. ¿Rabia? ¿Atracción? ¿O tal vez ambas cosas? No sé por qué me recordaban a mí y a Corey, o es que la cabeza se me estaba llenando de pájaros con tanta novela romántica.

Estaba un poco mareada y tenía bastante calor.

—¿Y qué tal está el puerto de Gioia di Tauro estos días, Dimas? —preguntó Vincenzo Vitale, intentando aligerar el ambiente.

—Como siempre, lleno de trabajo —respondió en tono neutral. Había sido asignado para cortar el pavo con una precisión casi quirúrgica. Era el tipo de hombre que parecía medir cada palabra y cada gesto, lo que lo hacía aún más intimidante—. Pero nada que no pueda manejar.

Martina se limitó a mirarlo de reojo antes de volver su atención a su plato, como si el solo hecho de dirigirle la palabra fuera un esfuerzo innecesario.

—¿Y cómo te trata la vida en Calabria, Martina? —preguntó Janelle, rompiendo el silencio que su hermana había impuesto a su alrededor—. No nos has contado mucho desde que volviste.

Martina alzó la vista y le dedicó a su hermana una sonrisa tirante.

—Todo bien, Janelle. La boda solo se ha retrasado un poco, ya sabes cómo son las cosas cuando los negocios están involucrados, solo estaremos aquí hasta el domingo, después volveremos. —Su tono era tan frío como la copa de agua que yo sostenía.

Dimas alzó una ceja, pero no dijo nada. Sin embargo, fue suficiente para que todo el mundo percibiera la incomodidad electrizante que flotaba entre ellos.

Intenté concentrarme en la conversación general, pero no me sentía demasiado bien, quizá estaba agotada, había cosido muchísimo en los últimos días del SKS.

Las risas continuaron en la mesa, pero Martina parecía ausente, incluso cuando hacía comentarios cortantes para mantener a raya cualquier pregunta incómoda. Sabía cómo mantenerse a flote en conversaciones banales, pero a mí no me engañaba. Había algo roto en ella y tal vez Dimas Giordano fuera el único que lo pudiera recomponer.

Después de un rato, decidí que necesitaba refrescarme e ir al baño, a ver si así se me quitaba el sofoco, así que me levanté con la excusa de aliviarme.

Estuve unos minutos, mojándome la nuca y respirando para que la sensación de náusea se me pasara, escuché algunas voces colándose por la ventana, la cocina quedaba al lado y también debía tenerla abierta.

Eran Janelle y Martina, cerré el grifo y, en lugar de irme, actué como la mismísima Reina Cotilla, en *Gossip Girl*, aguzando el oído.

—¿Estás bien? —preguntaba Janelle. Reconocí el tono lleno de preocupación, porque era el mismo que empleaba conmigo.

—Te lo he dicho, estoy bien —respondió Martina, pero su voz era dura, como si con esa afirmación intentara cerrar la conversación.

—No me mientas. Te conozco mejor que eso. ¿Por qué no me dices qué te está pasando? Desde que volviste, no eres la misma. Ya no lo eras al irte.

—¿Y qué quieres que te diga, Janelle? —la respuesta de Martina fue casi un gruñido.

—Lo que sea.

—¿Lo que sea? Pues mira, te diré que no entiendo cómo nuestros padres no te cortan las alas, ¿cómo soportas desnudarte en ese antro para que te soben y te miren las tetas? Odio lo que haces en el SKS, pones a nuestra familia en ridículo y lo que has hecho con tu vida es perderla. Mamá y papá nunca hubieran querido esto para ti.

—¿Perdón? —La voz de Janelle sonó más alta esa vez, y sentí un nudo en el estómago—. No tienes ni idea de lo que hablas. No tienes derecho a juzgarme. Tú no eres perfecta, aunque intentes que todos lo crean, Martina.

—No, pero al menos no soy una decepción para la *famiglia* —replicó Martina, con una frialdad que me dejó helada.

Decidí que era el momento de regresar a la mesa antes de que alguien me descubriera escuchando, pero no podía dejar de pensar en lo que acababa de oír. Claramente, había mucho más entre esas dos de lo que cualquiera de nosotros sabíamos, y no me cabía duda de que, tarde o temprano, esa bomba estallaría.

A los pocos minutos, las dos regresaron con expresiones muy adustas, no cabía duda de que habían reñido por mucho que trajeran el postre y este no terminara estrellado en el pelo de la otra.

Cada vez me sentía peor y la señora Vitale pareció darse cuenta.

—Tienes mala cara —dijo al verme dar el segundo bocado al *cannoli*—, si no te gustan…

—No es eso.

—¿Es el bebé? —se preocupó Vittoria, la hermana pequeña de mi amiga.

—Tal vez, pero solo es agotamiento, he trabajado bastante estas semanas.

—Será mejor que volvamos al apartamento —comentó Janelle, poniéndose en pie—, en parte es culpa mía, se ha estado esforzando mucho, y aunque le hayan dado el alta, todavía está convaleciente de la paliza que le dieron.

—¡Como pille a esos cerdos, no lo cuentan! —proclamó su padre—. Y ten por seguro que los buscaré.

—No hace falta, señor Vitale, no quiero ser una molestia…

—¿Molestia? *Porca miseria!* —soltó el señor Vitale, golpeando la mesa haciendo tambalear la vajilla. Sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de furia y preocupación—. Esta familia no deja a nadie en la estacada. Especialmente una amiga cercana de Janelle. Aquí somos todos familia, *capisci*?

Asentí rápidamente, por un momento me sentí incómoda por la atención que había atraído.

—Papá tiene razón, Kate —intervino Janelle, levantándose para ayudarme a ponerme de pie —. No es un problema. Lo mejor es que descanses. Te has estado matando a trabajar, y ahora tu cuerpo te está pasando factura.

—No quiero ser una carga... —musité mientras me tambaleaba ligeramente al levantarme, notando cómo el mundo comenzaba a girar a mi alrededor.

Marlon se levantó del otro lado de la mesa, dejando caer la servilleta al suelo antes de levantarse.

—Tranquila, os llevaré al apartamento, no me cuesta nada acercaros. Yo me ocupo.

—Eso es muy amable de tu parte, pero yo puedo... —intenté protestar, aunque sabía que no tenía ni fuerzas ni argumentos convincentes.

—No, ¿puedes dejar que te cuiden de una maldita vez?

Janelle me ofreció una sonrisa que se suponía tranquilizadora, aunque lo que sentía era el

impulso de desaparecer y ser engullida por nuestro sofá.

Acepté la mano que me ofreció Marlon para estabilizarme, y pronto nos despedimos de todos.

CAP Í TULO 30



Corey

Me pasé la mano por el cuello, intentando liberar la tensión que se acumulaba después de ese complicado parto múltiple.

Nada como un nacimiento de trillizos para cerrar con broche de oro el día de Acción de Gracias.

Afortunadamente, tanto la madre como los bebés estaban bien, aunque el hospital seguía al límite de capacidad, no era solo por los nacimientos; un brote de gripe tenía a medio Nueva York congestionado, y el personal estaba haciendo malabares para atender a todos los pacientes.

Las luces parpadeantes en los pasillos del hospital me recordaban que mi turno aún no había terminado, pero mi mente vagaba lejos de allí, en el rostro de un ángel rubio de pelo largo y ondulado, tumbado en la camilla mientras mis dedos le desataban los ligueros.

Ya no sabía si era un sueño o una pesadilla, aunque sí lo que imaginaba cada vez que necesitaba ir al baño a hacerme una paja.

Sí, así había terminado, a la edad de treinta y tres años convertido en un pajillero nocturno, y lo peor de todo era encontrármela casi a diario en el club.

No podía apartarla aunque quisiera, porque además de colonizar mis pensamientos, la veía allí, integrándose cada día más, perdiendo el pudor, ganando coraje, luchando por sobrevivir.

¡Mierda! ¿Había algo que pudiera ponerme más que una mujer así? Una que llegó exigiéndome una paternidad que no quise asumir y que en lugar de exigirme pruebas aceptó mi decisión y empezó desde cero, abriéndose paso con uñas y dientes, aferrándose a su hijo como única ancla porque todo su mundo se había visto destruido.

Y si mi admiración crecía, también lo hacía la angustia que me perforaba las tripas cada vez que algún otro de los Pecados la miraba o bromeaba con ella, sentía que me hervía la sangre y

que podría arrancarles la cabeza a todos, y lo peor era que yo no era así. Por eso estaba más malhumorado que de costumbre y Jordan me tomaba el pelo, alegando que se había desajustado mi ciclo *men-xual*, porque no follaba con nadie.

Eso tenía que acabar.

¡¿Por qué ninguna me parecía suficiente?!

«Porque tienes tu puto sueño erótico más cerca de lo que mereces». ¡Y tenía que estar embarazada!

No podía justificar mi reacción, porque por mucho que me gustaran las mujeres en estado de gestación, no tenía nada que ver con las emociones caóticas que despertaba en mí. Era todo tan nuevo, tan desordenado.

Puede que solo tuviera una espina clavada, la que se me quedó al saber que la tomé y la dejé sin orgasmo… Juro que quería dárselo, pero después se fue y yo tampoco creí que volvería verla. Aunque suene feo, casi la olvidé, y digo casi porque su llegada avivó cada maldito recuerdo y lo multiplicó por diez.

Me senté en la mesa de mi consulta, decidido a tomarme una pequeña pausa. Encendí el móvil y marqué el número de mi madre. Ella y Sophie habían insistido en hacer una videollamada, aunque solo fuera por unos minutos, para no cenar del todo solos en ese día, al final Zack fue a cenar con mi padre y su nueva mujer, y yo estaba en la clínica.

En cuanto sus rostros aparecieron en la pantalla, sentí cómo el peso en mis hombros disminuía un poco.

—¡Corey! —La voz de mi madre siempre tenía ese tono que conseguía calmarme, aunque fuera por unos minutos—. ¿Te han hecho llegar el *tupper* que encargué para ti?

—Sí, mamá, no sabes cuánto te lo agradezco, si no me lo hubieras mandado, habría comido un sándwich de máquina. Hoy ha sido una locura —respondí, intentando mantener la voz relajada mientras veía la mesa familiar para dos al otro lado de la pantalla—. ¿Qué tal, Soph? ¿Seguimos otro Acción de Gracias más sin que caiga un meteorito o nos invadan los alienígenas?

Ella rio.

—Eso parece, hermanito, una verdadera lástima, la verdad.

A mi hermana y a mí siempre nos gustaron las pelis de invasiones o desastres climáticos que amenazaban la especie. Siempre planeábamos cómo actuaríamos nosotros, por lo menos hasta que dejó de poder ver las pelis, aunque memorizó nuestras favoritas y sabía qué ocurría en cada instante.

Ella se interesó por cómo me estaba yendo con los pacientes, y durante un breve momento, pude refugiarme en las dos mujeres más importantes de mi vida. Sentí que, aunque fuera por unos minutos, estaba en casa.

Después de colgar, la sonrisa que había esbozado se desvaneció rápidamente. La soledad del hospital no dejaba espacio a mucho más. Justo cuando guardaba el móvil en el bolsillo, vibró con una nueva notificación. Era un mensaje de Janelle.

SOS Dime que estás en la clínica.

Siempre le dije que si tenía una emergencia era más rápido escribirme que llamarme.

Esa vez fui yo quien, con el corazón acelerado, presioné la tecla para escuchar su voz.

—Corey, tienes que venir. Kate está muy mal. Vomitó y tiene fiebre alta. No sabemos qué hacer. ¡Por favor, ven rápido!

Ni siquiera llegué a preguntar, porque después de eso colgó.

El corazón se me aceleró. Las palabras de Janelle resonaban con urgencia en mi mente, y sin perder un segundo, cogí lo imprescindible, el maletín de emergencias, salí disparado hacia el pequeño apartamento dejando al otro médico que me acompañaba y las enfermeras al mando.

Hussain Bolt habría estado orgulloso de mi marca, o tal vez no, porque creo que batí la suya.

Cuando entré en el diminuto apartamento, por llamarlo de alguna manera, todavía llevaba la bata de médico puesta. Mi ceño fruncido debía ser más que evidente al repasar el diminuto espacio vital que compartían ese par.

Por todos los demonios, ¡¿por qué no me había dicho nada mi amiga?! ¡Si allí no había más que un sofá, una cocina y un baño!

Los ojos de Janelle estaban llenos de preocupación. Mary Kate tiritaba en la única superficie que permitía descanso en horizontal.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras Janelle me explicaba rápidamente lo ocurrido.

—Estábamos cenando en casa de mis padres y dijo no encontrarse bien, lo achaqué al agotamiento por el cambio de vestuario de los pecados, así que mi hermano se ofreció a traernos y acepté. Nada más llegar al apartamento, se puso muy mal, vomitó y le subió la fiebre por las nubes, se puso a temblar y me dio miedo por el bebé. No deja de empeorar —dijo, visiblemente alterada.

Me agaché junto a Mary Kate, colocando mis dedos en su frente. Estaba ardiendo.

—Está muy caliente. ¿En este sitio cabe una bañera? —Ella negó.

—¡¿Cómo se os ocurre compartir un espacio tan diminuto?!

Estaba más atacado que nunca. Siempre era un médico sereno, de nervios templados, pero ahora… Ahora tenía que luchar para calmarme.

—No todos tenemos una casa de tres plantas como tú —bufó—. Tampoco es que necesitáramos mucho.

—Una cosa es no necesitar mucho y otro una ratonera.

—¡No te pases!

—Perdona, es que está claro que ahora sí que lo necesitáis, por todos los cielos, si las dos os hubierais tirado un pedo al mismo tiempo, podríais haber muerto por inhalación masiva de metano —gruñí cabreado.

En otro momento, Janelle estaría descojonada, entonces se notaba que estaba tan jodida como yo.

—Pero qué gracioso te pones cuando te preocupas por la salud de tus amigas, doctor Blackwood.

No tenía tiempo para réplicas.

Tenía que bajarle la fiebre y hacerle unas pruebas cuanto antes para ver si era vírico o una intoxicación, pero no podía quedarme allí. No estaba en condiciones de atenderla adecuadamente en ese lugar, y si se trataba de algo infeccioso, no podía exponer a Janelle.

—Abre la ventana, ventila bien esto y por hoy estaría bien que volvieras a casa de tus padres, yo me la llevo.

—¿A la clínica? —Negué.

—Está llena, no hay camas.

—Pero ¡no puedes llevarla al hospital, no tiene seguro médico!

—La llevaré a mi casa, depende del resultado que me den las pruebas, y si no logro regular su temperatura, la acercaré al hospital de mi madre. Si tengo que ingresarla, yo correré con los gastos.

—¿Tú? —preguntó con los ojos exorbitados.

—Me las apañaré.

No hubo protestas. Mary Kate apenas tenía fuerzas para moverse, y yo sabía que no podíamos esperar más. La cargué entre mis brazos y sentí su debilidad al sostenerla, la apreté contra mi pecho y ella lanzó un ruidito lastimero que me rompió por dentro.

Cada paso que daba me parecía más apremiante.

—¿Y qué pasa con la clínica? —me preguntó Janelle mientras bajábamos.

—Jefferson se ha quedado al mando, si se ven desbordados, me llamarán —dije mientras salíamos al rellano.

El tono de mi voz era firme, pero no dejaba de preocuparme. Sabía que, estuviera donde estuviera, mi prioridad era ella.

Mi amiga nos acompañó hasta mi coche y abrió la puerta para que pudiera meterla.

—Conduce con cuidado.

—Lo mismo digo.

Mi noche estaba llena de «solías», porque solía ser un médico templado, solía conducir despacio y solía no saltarme los semáforos en rojo para no ser el causante de accidentes de tráfico.

Por suerte, no me pilló la policía y lo máximo que me llevé fueron algunos bocinazos.

—Aguanta, Ángel, eres jodidamente fuerte, ¿me oyes? Así que no te vengas abajo.

Pisé a fondo el acelerador y volví a batir récords esa noche, esa vez uno automovilístico.

Al llegar a mi casa, fui hasta el baño, la desnudé como pude y, al ver el conjunto de ropa interior, maldije todos mis huesos. ¿Dónde habían quedado esos malditos sujetadores y bragas de algodón?

No iba a pensar en eso.

Adecué la temperatura del agua, la metí dentro y, mientras se llenaba, le hice algunas pruebas.

CAP Í TULO 31



Sepúlveda

El bar estaba medio vacío, no era extraño porque era la noche de Acción de Gracias y casi todo el mundo estaba con sus familias, excepto algún par de alcohólicos trasnochados como yo.

La mayoría de gente no encontraba consuelo en el *whisky* barato, sino en las cenas familiares, pero yo no era como la mayoría de la gente y ese año iba a beberme todo lo que pillara para calmar el dolor.

Recibí la invitación de mi hermana para que volara a la otra punta del país y me reuniera con ella, mi cuñado, que acababa de volver de Afganistán, y mis sobrinas, pero regresar allí, estar tan cerca de lo que ocurrió, solo abriría más la herida, por lo que le dije que estaba enfrascada en un caso muy importante y que lo lamentaba mucho, pero que no podría.

César también quiso que me uniera a él y a Nancy, iban a cenar con los padres de ambos, sus hermanos, y a mí me pareció de lo peor estar ahí en medio, estaban tan contentos con la llegada del bebé que todo era felicidad genuina, y verla tan de cerca, aunque sonara mal, sobrepasaba mis límites.

Una cosa es que me alegrara porque las cosas les fueran bien y otra muy distinta que ello me recordara que yo jamás volvería a sentirme ni bien ni completa.

Pasaba de pensar en el futuro, me daban igual mis planes como próxima comisaria, prefería enrocarme en el presente y la posibilidad de que el alcohol me adormeciera lo suficiente como para olvidar todo lo que había perdido.

Quizá por eso estaba en ese antro, rodeada de desconocidos y miserables, que tampoco parecían tener mucho que celebrar.

—Otro —murmuré al camarero, golpeando la copa sobre la barra. Este me miró con una

mezcla de compasión y curiosidad.

Había elegido un garito a las afueras, en el que no me conocieran, para no tener que llamar a César, volvería a casa en taxi, o si no volvía, tampoco es que me importara.

El vaso se llenó de nuevo, y yo bebí sin pensarlo demasiado. La quemazón del licor descendía por mi garganta, pero el dolor en mi pecho no desaparecía. Margaret me miraba y me reñía con su sonrisa irónica mientras daba una calada honda a su cigarrillo.

—*Inspectora, el alcohol solo debería usarse para celebrar* —la escuché en mi mente.

—Y las novias no deberían ser asesinas en serie a las que matar.

Debí decirlo en voz alta porque el camarero me miró de reojo, aunque no comentó nada.

—La mía es una zorra que se folló a mi mejor amigo en nuestro aniversario —dijo el tío sentado dos taburetes más allá—. ¿Follamos?

—Lo siento, lo único que va a entrar en mi cuerpo esta noche, con nombre y apellidos, se llama Jack Daniel's —alcé la copa con voz pastosa.

El tipo se encogió de hombros y soltó un «tenía que probar» antes de volver a su bebida. Yo, por mi parte, intenté concentrarme en otra cosa, algo que no me destrozara el alma. Pero no había escapatoria. Las últimas semanas habían sido una espiral de secretos y callejones sin salida.

Volví a mi copa para darle un trago y sacudí la cabeza, intentando concentrarme.

Carson nos había dado una nueva pista, lo supe solo con su mensaje y después cuando nos abrió la puerta de su casa. Algo en su expresión me decía que estábamos a punto de destapar algo gordo.

Tras abandonar Columbia, conduje todo lo rápido que el tráfico me permitió, mientras César no dejaba en paz a la radio porque todo lo que sonaba no era de su agrado. Cuando llegamos, mi compañero fue el primero en notar la tensión en el ambiente. Carson, generalmente despreocupado, parecía agitado.

—¿Qué pasa, viejo zorro? —preguntó mi amigo en cuanto lo vio.

—Lo de zorro te lo acepto, pero lo de viejo se lo dejo a tu progenitor.

El padre de César y él habían ido juntos a la academia, el señor Martínez gozaba de su jubilación y esperaba emocionado la llegada de su nuevo nieto.

—Se lo diré de tu parte en cuanto lo vea.

—¿Cómo va la investigación, inspectora? —preguntó con un brillo agudo en los ojos.

—Espero que mejore después de la información que vaya a darnos.

Las comisuras de sus labios se tensaron y sonrió.

—Por favor, pasen.

Carson asintió con gravedad y nos guio hasta su despacho, donde el caos organizado que tanto lo caracterizaba nos recibió. El olor a papel viejo y tabaco flotaba en el aire. Se sentó tras su escritorio y nos entregó una carpeta de color marrón.

—No les va a gustar lo que van a ver, pero es importante.

Abrí la hoja de cartulina y lo primero que llamó mi atención fue la foto de un coche negro. El mismo modelo que un testigo había descrito como presente cerca de la residencia de Astrid. Miré más de cerca y sentí un escalofrío al notar las coincidencias. César, siempre observador, también lo notó.



—¿Es el mismo coche que vimos en el caso del atropello? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—No solo eso —respondió Carson—. He revisado varias cámaras de seguridad, y este coche aparece en más de un lugar. Fue visto fuera de la residencia de Astrid la noche de su desaparición, también cerca de la carretera donde atropellaron a la otra chica, su muerta sin identidad —dijo, dirigiéndose a mí—. Incluso lo tenemos siguiendo a la joven, la noche de autos, hasta la clínica de Brooklyn en la que después falleció, o mejor dicho, la mataron.

Mis pensamientos se agolparon. No era una maldita coincidencia, sabía que los casos estaban conectados, tuve esa intuición desde el principio y me alegró que mi olfato no estuviera tan estropeado después de todo.

Alguien había estado siguiendo a esas chicas, alguien las estaba cazando, y teníamos una pieza clave: el puto Nissan Altima.

Carson encendió su pantalla y nos mostró las grabaciones. Primero, el coche estacionado fuera de la residencia de Astrid, luego en otra toma, circulando cerca del lugar del atropello. Después, vimos las imágenes de la carretera, y allí estaba, siguiéndola hasta la clínica.

Mi corazón se aceleró y noté el sudor condensándose bajo la camisa, en la parte baja de mi espalda, pese al frío exterior.

—La estaban esperando —exhalé en voz baja, sintiendo cómo la gravedad de la situación aumentaba.

César resopló, cruzando los brazos.

—Esto apesta, jefa. Si ese coche pertenece a una organización, no será fácil dar con ellos.

—Puede ser una red de captación —dije, intentando ordenar mis pensamientos—. Estamos lidiando con gente que sabe lo que hace, y quienes están detrás tienen los medios para cubrir sus huellas. Pensadlo bien, al principio creí que igual era una red de trata, pero… ¿Y si es otra cosa? ¿Y si es de tráfico de bebés? ¿Y si alguien las selecciona para convertirlas en madres y matarlas después de parir?

Carson asintió.

—Es una posibilidad muy plausible. Lo complicado es que no hay ninguna matrícula visible en las grabaciones. Lo he intentado todo para mejorar la imagen, pero o son muy buenos, o tenemos muy mala suerte con el ángulo de las cámaras.

—¡Mierda! —murmuró César, dando un golpe seco sobre la mesa—. Pero no puede ser tan fácil desaparecer. Tiene que haber alguna manera de rastrear ese coche. Tal vez podríamos revisar los talleres cercanos, ver si ha pasado por alguna revisión o reparación.

César tenía razón. Ese coche era una pista importante. La clave era encontrarlo.

—Si ha estado en todas partes, no creo que sea de ninguna —apostillé—. Podríamos contactar con los concesionarios, ver si podemos rastrear ese modelo en particular. Y tal vez Carson podría revisar las cámaras de peajes, por si se lo ve salir de la ciudad hacia alguna dirección concreta, fijarnos donde se dirigió después de cada incidente. Si lo pillamos en las rutas principales, puede que encontremos algún punto donde se detuvo, tal vez una gasolinera o algún estacionamiento con cámaras de seguridad más cercanas y mejores ángulos.

—No sé el tiempo que eso me podrá llevar —suspiró Carson.

—Me da igual, necesitamos dar con él.

—A mí me parece bien la idea —apreció César.

—Pues entonces, ampliaré la búsqueda hacia otros puntos, a ver si puedo rastrear sus movimientos antes y después del incidente. Con algo de suerte, podríamos dar con algún patrón, en este tipo de casos se necesita una rapidez extrema. Si esta gente está tan organizada como parece, sabrán borrar sus huellas antes de que tengamos la oportunidad de atraparlos.

El silencio cayó sobre nosotros, la gravedad de la situación pesando en el aire. Sabíamos que no era solo cuestión de encontrar un coche. Estábamos lidiando con algo mucho más oscuro y peligroso, y el tiempo no estaba de nuestro lado.

—Lo que está claro es que, quienquiera que esté detrás de esto, está bien conectado —dije, cruzando los brazos—. No va a ser fácil, pero si seguimos tirando del hilo hasta desliar la madeja, por lo menos ahora tenemos la posibilidad de que Astrid Larsen siga con vida, y necesitamos dar con ella.

CAP Í TULO 32



Mary Kate

Cuando abrí los ojos, lo primero que sentí fue una extraña mezcla de mareo y desorientación.

Tenía cierta sensación de frescor en la piel y un colchón demasiado blando como para pertenecer al sofá de muelles de Janelle.

Abrí los ojos despacio.

No reconocía absolutamente nada del lugar en el que estaba. El techo era demasiado alto, las paredes eran lisas y cubiertas por un bonito papel. La cama en la que me encontraba tumbada parecía sacada de un cuento de hadas, con postes altos de madera tallada.

¿Estaría soñando?

Me pellizqué la mejilla. Si se trataba de un sueño, no parecía tener la voluntad de despertar, tampoco es que fuera extraño, aquella ropa de cama era lo más suave en lo que jamás me había visto envuelta nunca.

¿Por qué la sentía tanto? Parecía que estuviera en contacto directo con mi…

¡Piel! Di un grito al descorrer la sábana y darme cuenta de que estaba desnuda como un bebé.

¡¿Cómo había terminado así?!

Mis manos volaron para cubrirme lo mejor posible, daba igual que estuviera sola, el terror era real.

¡¿Qué demonios pasó la noche anterior?! ¡¿Dónde diablos estaba mi ropa?!

Mi corazón palpitaba como loco.

Me puse roja de cabeza a pies y miré de un lado a otro buscándola con desesperación.

Ni rastro.

Ahora sí que estaba claro de que estaba soñando, era una de esas pesadillas en las que te

encuentras desnudo en mitad de ninguna parte, bueno, en ese caso estaba en mitad de una cama enorme, pero no reconocía el entorno.

Di gracias de que mi mente no me hubiera puesto gente mirando a mi alrededor, como solía suceder.

Me puse en pie porque me entraron muchísimas ganas de hacer pis.

La moqueta se sentía supermullida y cálida bajo mis pies. Sonreí del gusto. Quizá mi sueño no fuera tan desagradable después de todo, además, si la vista no me fallaba, había colocado un baño al final de la estancia.

Noté cierta debilidad en las piernas, pero estaba decidida a llegar antes que manchar la preciosa moqueta. Una cosa era que no fuese un entorno real y otra que no tuviera modales.

Me tambaleé ligeramente al entrar y solté un suspiro de alivio al sentarme en la taza. Dejé que mi cuerpo se relajara y observé el lugar con detenimiento mientras terminaba.

Había una bañera preciosa con patas, un lavabo de doble seno con un espejo enorme y un buen mueble para guardar cosas. Era tan grande como el minipiso de Janelle.

Parecía sacado de la serie de *Sexo en Nueva York*. Ya me había fundido cuatro temporadas, la habría terminado si no fuera porque iba alternándola con las novelas que me prestaba mi amiga y *Crónicas Vampíricas*, además de las pelis que Janelle consideraba el Santo Grial que toda chica debe ver al menos una vez en la vida.

Suspiré de alivio al vaciar al completo mi vejiga y busqué a tientas el papel higiénico. No lo encontraba.

«¡No fastidies!», murmuré para mí misma. Miré a mi alrededor, y lo único que vi fue una especie de panel lleno de botones justo al lado del váter.

Ay Dios, me gustaba tanto el mando a distancia que había ideado uno para que me trajera el papel higiénico.

Me lo quedé mirando un buen rato, tratando de dilucidar qué debería apretar para que asomara la puntita blanca. Finalmente, toqué el que me pareció más acorde.

Un chorro de agua helada impactó directamente contra mi trasero y lo peor de todo fue que después se movió para darme en todo el…

—¡Ahhh! —grité, saltando fuera de la taza con los ojos como platos.

El agua seguía disparándose en todas direcciones mientras yo intentaba moverme a un lado sin poder esquivarlo del todo.

Me tambaleé tratando de apagarlo, presionando todos los botones, llevándome algún que otro chorrazo a traición. Patiné con el agua derramada y por suerte aterricé con el trasero en el agujero haciendo diana.

«¡Por favor, que mi sueño no implique quedarme encajada!», supliqué, y entonces una ráfaga de aire caliente empezó a soplar con fuerza y no precisamente contra mi cabeza.

Mi pelo empezó a agitarse salvajemente, pegándoseme a la cara mientras aquel vendaval rugía desde abajo. Parecía que estaba atrapada en medio de una tormenta artificial, y no podía hacer más que intentar ponerme en pie mientras largos soplidos alborotaban mis labios como el Pavo de Acción de Gracias.

Menos mal que no le dio por absorber.

Por fin pude levantarme contemplando con espanto la pieza de porcelana.

—Pero ¡¿qué brujería es esta?!

Solo quería salir del cuarto de baño, mi cerebro debía estar cortocircuitando y mezclando cosas, fijo que asocié el primer secado de pelo que me hizo Janelle.

Por fin el aire se detuvo, y yo me quedé allí, plantada, de pie y completamente aturdida. Me miré en el espejo del baño y lo que vi solo podía calificarse como desastre ambulante.

Tenía que alejarme de esa cosa loca que me había mojado y secado como si fuera el túnel de lavado al que todos los vecinos de Saint Valentine Falls llevaban el coche.

Mi pelo estaba completamente alborotado, la piel húmeda y la cara roja de la vergüenza.

Antes de que pudiera procesar del todo lo que acababa de ocurrir, una suave voz femenina resonó en la habitación

—Buenos días. Veo que esta mañana te has olvidado de cómo se usa el váter. ¿Te gustaría recibir instrucciones y que te refresque la memoria?

Di un respingo y casi me dio un infarto.

Miré de un lado a otro con el pulso acelerado y tapándome mis partes, ahora venía cuando en el sueño emergían personas haciendo una conga.

Pero no vi a nadie.

—¡¿Quién demonios está hablando?! —Seguí observando acobardada.

—Ya lo sabes, tonto del culo, soy Jezz.

—¿Jezz? —¿Por qué esa mujer me estaba insultando?

—Jezzabel.

—¡Ay Dios, ¿eres el maligno?!

Una risa gutural envolvió el baño y yo sentí tanto pavor que salí por pies.

—Soy tu peor pesadilla, ¿te preparo café?

Ni siquiera respondí, agarré la toalla del lavamanos e intenté cubrirme un poco, lo justo, era lo que tenía más a mano.

Salí a la habitación y las cortinas se estaban abriendo solas.

Di otro grito y bajé precipitadamente por las escaleras mientras empezaba a escuchar sonidos extraños por todas partes.

—¡OMG! —murmuré, mi corazón acelerado.

—Oído, marchando una de White Gangster.

La casa comenzó a tronar con un ritmo infernal y una voz artificial empezó a repetir OMG, de formas distintas y sostenidas sobre la música. Parecía un coro de gallinas.

Casi me caí rodando, pero pude estabilizarme. Cuando pisé el último escalón, una cosa redonda y plana que parecía familiar del váter vino a succionarme los dedos de los pies. Di otro grito, correteé como pollo sin cabeza, sin tener muy claro hacia dónde huir, torcí a la derecha y la cocina embrujada se desató.

La cafetera se puso en marcha, una máquina con naranjas se puso a dar vueltas.

¡Iba a morir!

Corrí de nuevo para salir de allí mientras todas las cortinas se descorrían dejando entrar una luz cegadora.

Quise ir en dirección a la puerta, pero entonces se abrió sola.

—Pero ¡qué demonios! Jezz, ¡apaga la música! ¡¿Es que te has vuelto loca!?

—¡Claro, Caraculo!

Mi peor pesadilla hecha realidad, un Corey vestido con ropa informal y una bolsa de papel en la mano se materializó copando todo el espacio disponible para la huida. Lo único que me pasó por la cabeza fue intentar cubrirme con aquella ridícula prenda de rizo que no llegaba a ninguna parte fruto de mi nuevo tamaño.

Fue entonces cuando me vio.

—Dios, Mary Kate, ¿estás bien?

Volví a gritar.

—¿Te apetece una peli de terror? —preguntó el maligno, o la maligna, o de quien fuera esa voz aterradora.

—Madre mía… —Corey cerró la puerta al fijarse en mi expresión y la poca ropa que llevaba —, estás desencajada, ¿te ha vuelto la fiebre?

¿Vuelto?

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Apenas me salían las palabras.

Su expresión se dulcificó.

—Vivo aquí. Estás en mi casa.

—¿Tu-tu casa? ¿Estoy en tu casa?

—Estás en la casa del Caraculo. ¿Un zumo? ¿Un capuchino? —Corey hizo rodar los ojos.

—Voy a pedir que te reprogramen. Jezz, desactívate.

—Pero ¡¿a quién le hablas?! —pregunté con el pulso a diez mil por hora.

Él me ofreció una sonrisa condescendiente. Soltó la bolsa en el mueble de la entrada, junto a las llaves, y vino hacia mí para tocarme la frente.

La sacudida que sentí fue peor que la del baño.

—¡Qué alivio! Tu temperatura corporal sigue estable, seguro que sufriste una pequeña intoxicación, o un virus de los que duran 24h.

—¿En qué idioma hablas? Dime que eres un sueño…

—Algunas mujeres creen que lo soy.

Solté un ruidito abochornado.

—Entonces, ¿estoy despierta?

—Bueno, a no ser que seas una de esas que teoriza sobre la existencia del ser, y de lo que es real y de lo que no lo es… Sí, diría que estás muy despierta.

Seguía estando pegado a mí y el calor me empezaba a ascender por todas partes.

—Anoche te pusiste mala, Janelle me llamó porque yo estaba de guardia en la clínica, y cuando vi tu estado, decidí traerte aquí. —¿Decidió traerme a su casa?—. Allí estamos completos y necesitaba ponerte en cuarentena. Si hubiera sido vírico, podrías haberla contagiado. Ese apartamento es una ratonera, no hay espacio, es mejor que estés aquí.

Fruncí el ceño sin comprender muy bien por donde iba.

—Entonces, estoy en tu…

—Casa —concluyó por mí—. Sí, y esa voz que escuchabas es mi asistente virtual creada por, según mi hermano Zack, un sofisticado sistema de IA que es la rehostia. La casa tiene un sistema de domótica de última generación que Jezzabel controla con mis gustos personales. Por ahora, se limita a eso, pero, entre tú y yo, creo que si pudiera…

—¡Dominaría el mundo! —se oyó la voz de nuevo.

—Te he dicho que te desactives, chafardera.

—Yo no he oído nada y hago lo que me da la gana, Caraculo.

—Ya sabes, la IA aprende de los humanos y esta casi lleva un año conmigo. Mi hermano la eligió con personalidad, terca, irritante y humor ácido, fue su regalo de las Navidades pasadas, escuchó a mi madre decir que necesitaba un ama de llaves porque yo no tenía tiempo de nada y él me trajo… ¡Un grano en el culo! —espetó, subiendo el tono. Como si esa cosa pudiera razonar con él.

—Me encantan tus declaraciones de amor, Caraculo.

La cabeza me daba vueltas, el succionador comepies volvió al ataque y le grité a Corey que tuviera cuidado.

—¡Esa cosa me ha querido absorber!

El movimiento brusco de mi brazo hizo que la toalla se desprendiera un poco de mí, provocando que los ojos de Corey aterrizaran con precisión rapaz en mi pezón.

Lo vi apretar los dientes, su sonrisa burlona se disipó.

—Es la Roomba, limpia y friega el suelo de la casa.

—Sobre todo, sus babas…

—¡Jezz!

—¿Sola? —pregunté, reajustándome la prenda.

—Está programada, de hecho, todo en esta casa lo está. Tengo muy poco tiempo y que sea así me hace la vida más fácil.

—Entonces, ¿es normal que tu váter escupa agua hacia arriba en lugar de hacia abajo?

—Es japonés —dijo como si toda la explicación que necesitara fuera esa.

«No preguntes más cosas, Mary Kate», me reñí mientras él paseaba la mirada de manera perezosa por encima de mí.

Llevaba bastante rato obviando mi falta de ropa, pasando por alto que él tenía todas las prendas, no como yo. Normalmente, era al revés en el SKS, y mis ojos eran incapaces de despegarse de él entre bambalinas.

—Estoy desnuda —constaté.

—Eso me ha dicho, hace un rato, el espejo de la entrada —apuntó con el dedo por encima de mi hombro. Y supe al instante que mis posaderas desnudas se habían incrustado en sus retinas—. No te sofoques, por si no te has dado cuenta, soy médico, ginecólogo, y todo lo que conforma el cuerpo humano lo he visto miles de veces, no hay de qué avergonzarse.

—¡Me da igual lo que seas! ¡Estoy desnuda y yo no estoy habituada a que me vean sin ropa, ni siquiera yo! Así que, ¡no mires! —exclamé al verlo alzar la vista de nuevo en dirección al cristal que quedaba a mis espaldas.

—Tú me miras cada noche… —susurró algo más bajo.

Pensaba que no se había percatado. Solía esconderme bastante bien.

—¡Es distinto! ¡Es tu trabajo!

—Y asegurarme de que estás bien también lo es, bien, pero que muy bien —se inclinó un poco para recalcar la palabra y decir la última frase en mi oreja.

El vello entero de mi cuerpo se elevó como si fuera un trol.

«Me está mirando el culo, me está mirando el culo, me está…».

«Plan C, Kate, a Corey le gusta lo que ve, y tú debes recordárselo en cuanto puedas», la voz de Janelle se coló en mi cabeza.

Cuando alcé los ojos, creí ver mucho más apetito en su expresión que el que yo sentí la noche anterior en la cena.

Mis tripas rugieron.

—Creo que tengo hambre. —Él negó.

—Eso no es hambre, es caca. Todo el mundo piensa que ese ruido es por tener las tripas vacías, pero se confunden, está demostrado que no es así, más bien suenan cuando se llenan. La función de tus intestinos es como la de unas cañerías ruidosas, están haciendo espacio a…

—¡Suficiente! No hace falta que seas más gráfico y que sepas que no pienso evacuar ninguna sustancia más en tu váter en lo que me queda de vida. ¡¿Dónde está mi ropa?!

No iba a dejar ni que él ni que su maligna artificial me abochornaran con sus comentarios.

—En la secadora, sudaste mucho y esta mañana la he puesto en la lavadora, pensaba que dormirías toda la mañana. Puedes ponerte cualquiera de mis sudaderas, te servirán de vestido. No sufras por los pantalones, te bastará con unos calcetines, la temperatura está regulada para que la casa esté caliente y no pases frío. —Frío era lo último que tenía—. ¿Quieres que te dé yo la ropa?

—¡No! Sabré encontrarla, lo que quiero es que no me mires cuando suba las escaleras.

—Anoche vi lo suficiente como para recordarte para siempre, Ángel…

«¿Acaba de llamarme Ángel?». Lo miré como un búho.

Y Corey se apartó de mí de inmediato. Se dio la vuelta, fue hacia la bolsa para cogerla y dijo un «te espero en la cocina» que sonó demasiado a familia feliz. Estaba delirando.

Cuando me aseguré de que se había metido donde había dicho, subí las escaleras.

CAP Í TULO 33



Corey

Mientras abría la bolsa de papel marrón con los *bagels* recién horneados, sentí un pinchazo que no tenía explicación lógica.

Dispuse cada uno en su plato. Había elegido con cuidado los ingredientes, a conciencia, pensando en los mejores nutrientes para una embarazada.

Hummus, aguacate, algo de tomate y espinacas. Lo más nutritivo que podía darle a ella, a ambos.

La imagen del bebé en la última ecografía tomó forma en mi cabeza, otra vez el pinchazo.

Los pensamientos se arremolinaban en una espiral compleja cargándola de emociones que podría catalogar como una tormenta eléctrica. Llevaban sacudiéndome desde que ella apareció de nuevo en el SKS aumentando a cada día que pasaba, sacudiéndome con mayor violencia, sobre todo, anoche.

En cuanto la metí en la cama, me la pasé velando por su sueño, observando cómo su respiración se volvía cada vez más profunda y tranquila, pasando mi mano por su rostro cada pocos minutos para asegurarme de que la temperatura seguía estable, percibiendo su tacto suave bajo la yema de mis dedos, imprimiéndola en ellos.

Al principio, no dejaba de preguntarme si estaba bien, si de verdad era posible que la fiebre remitiera del todo con tanta facilidad, quizá solo se tratara de un espejismo y volviera a subir, me daba miedo quedarme dormido y que ocurriera, por lo que me limité a observarla, a memorizar sus cejas sin retoques, arqueadas, algo más oscuras que su melena, de las que escapaba algún díscolo pelo que no parecía haber sido arrancado jamás por unas pinzas, lo cual me hizo sonreír por aquella naturalidad abrumadora que la caracterizaba.

El puente de la nariz era recto, las mejillas redondas, nada de pómulos altos y huesudos, de esas que te daban ganas de probar su sabor, de lamer y que cualquier abuela se moriría por

pellizcar, también yo. Tenía algunas pecas dispersas que la identificaban, una pequeña constelación atravesando un rostro memorable.

El surco que nacía debajo de su nariz me llevaba directo a su boca, llena y atrayente, era un pequeño tobogán por el que descender a un lugar tan besable y masticable que apetecía desayunarlo cada mañana. Por no hablar del cuello de piel blanca que llevaba a la parte alta de sus pechos, esos que yo mismo había ocultado porque eran demasiado tentadores como para contemplarlos a pelo, al igual que aquel cuerpo lleno de curvas, de valles, de sombras y…, por qué no…, de vida.

Daba igual que le hubiera dicho hacía unos minutos que había visto miles de cuerpos, porque jamás olvidaría el suyo.

Admito que cuando se dio la vuelta y se puso de lado en la cama, me pegué a su espalda, enmarcando aquel glorioso trasero con el hueco de mi pelvis. Tenía la sórdida necesidad de sentirla adherida a mí, mientras mi mano se posaba sobre su vientre y ella soltaba tímidamente algo de aire. Mientras mis fosas nasales se desplegaban para impregnarse del dulce aroma a frutas y flores, mezclado con mi jabón. Mientras se acurrucaba ajena a la expoliación de su espacio vital por mi parte.

Me puse duro de inmediato, no me aparté, no me moví, no intenté alejarme, solo quería permanecer así, sin comprender el motivo o que pudiera darle una explicación convincente que calmara la desazón de mi pecho.

Cerré los ojos y me perdí en el bienestar, en el calor, en la calma, en la laxitud, me perdí en ella hasta que el sueño me encontró, y cuando desperté con su cabeza sobre mi pecho exhausto, con su cuerpo alarmantemente desnudo, rodeando el mío, me caló hasta los huesos la inquietante posesividad que floreció en mi abrazo, me sentí perdido.

El deseo, la preocupación, la ira por cómo fue nuestro reencuentro. La frustración, la necesidad, los celos, todo brotando sin tregua, sin que pudiera remediarlo, ahogándome, arrastrándome, lanzándome cuesta abajo y sin frenos.

Me faltó el aire, se me aceleró el pulso y mi mente se atrevió a cruzar el límite imaginando que esa noche podría convertirse en todas las noches, y ese despertar en todos los despertares, que si me lo proponía, podría amanecer el resto de mis días junto a ella.

Aquel sentimiento, cálido, íntimo y abrasador, me atravesó como finas agujas, dejándome sin aliento.

Parecía tan inocente y nuestro futuro tan posible, que las garras del miedo me abrieron en canal dejando aflorar al monstruo.

«Tessa, Tessa, Tessa…», necesitaba salir de allí.

La moví con cuidado para no despertarla, cogí algo de ropa y decidí darme una ducha en el baño de arriba para que los sonidos no perturbaran su descanso.

Bajé las prendas sucias al cuarto de la colada y salí a por el desayuno, el frío gélido de la ciudad me dio la bienvenida.

No me alejé demasiado, apenas a dos manzanas había un lugar en el que servían *bagles* orgánicos para llevar, mis favoritos del barrio.

Volvía mucho más calmado, pensando en que todo lo que me cruzó por la cabeza fue fruto del cansancio y la atracción que parecía sentir por ella, pero cuando abrí la puerta de casa, el fuego cruzado me alcanzó de lleno.

Allí estaba Mary Kate, lanzándome una granada directa al corazón, presentándola como un inesperado regalo de «bienvenido a casa».

Sonaba una música terrible, su pelo estaba alborotado, la cara arrugada del susto, sujetaba una escueta toalla incapaz de contener el despliegue sinuoso de curvas y con la Roomba comiéndole los pies.

La estampa no era nada común. A mí me pareció divertida y adorable.

Tuve ganas de reír ante su loca explicación, de abrazarla, de besarla hasta oírla jadear y borrar los sobresaltos de la domótica y la inteligencia artificial, de hundirme en la suavidad de sus muslos, hasta desfallecer en orgasmos, los suyos, los míos, los de ambos.

¡Dios! ¡Estaba perdiendo la cabeza sin remedio!

Y en ese momento, mientras colocaba los dos zumos de naranja recién exprimidos sobre la barra de la cocina y preparaba un café para mí, obviando la cafeína para Mary Kate, sentía un nudo en el pecho que no lograba deshacer.

¿Por qué demonios me sentía tan protector, tan absorbido por todo lo que le pasaba?

No había ningún manual de médico que te preparara para ella, para sentirte tan… atrapado por alguien que yo mismo rechacé.

Escuché sus pasos ligeros antes de verla. Apareció en la cocina con una de mis sudaderas puesta.

No era cualquier prenda, sino una que me había regalado Marcus para mi cumpleaños, el primero que pasé sin Tessa.

El mensaje en ella decía en letras grandes: «Reparo corazones, pero todavía no puedo arreglar el mío».

«¡Capullo!».

Leerla casi me hizo temblar porque en su cuerpo el mensaje parecía todavía más potente, sabía por qué la había escogido mi amigo, pero... ¿por qué lo hizo Mary Kate?

Le quedaba grande y, aun así, eso solo hacía que se viera más encantadora, más joven, más inocente que nunca. Se recogió el pelo en dos trenzas que no pudo sujetar al final de la cola, dándome ganas de deshacerlas con las puntas de los dedos o tal vez enroscarlas en mis muñecas.

Aparté el libidinoso pensamiento y este dio espacio a otra sensación más profunda, la de verla con mi ropa puesta, y eso, de un modo absurdo, me hacía sentirla mía, hecha para mí.

—¿Tenías que elegir esa? —le pregunté, notando cómo la curiosidad cubría su rostro.

Ella frunció el ceño, daba la impresión de una adolescente que acabara de recibir una regañina, que hubiera hecho algo mal. Respondió un poco confusa:

—Pensaba que podía ponerme cualquiera… Es la que vi más larga, así me cubría mejor.

Me arrepentí al instante de haberla podido ofender o que se tomara a mal mi observación.

«¡Idiota!».

Me aclaré la garganta y negué con la cabeza.

—Te queda genial, no es por eso…, es… —«Que tenías que elegir un regalo del puto Marcus»—. Es el mensaje…

Entonces ella me sonrió aliviada, casi juguetona. Algo en mi interior dio un vuelco tan fuerte que casi me dejó sin aire.

—Me pareció divertida para un médico.

«A Marcus también se lo pareció», me callé, porque no quería que estuviera presente, ni de palabra ni en un instante como ese.

Le pedí que se acercara y se sentara en el otro taburete de la barra de la cocina.

La manera en la que encajaba en ese espacio, tan genuina, me descolocaba.

Parecía que ese fuera su espacio natural, que estar en mi cocina fuera lo más normal del

mundo, aunque en realidad estaba lejos de serlo.

Me apoyé en la encimera y la observé cerrar los ojos con deleite al aspirar profundamente el aroma de los *bagels*.

—Mmm, huele de maravilla. ¿Esto es para mí? —preguntó con los ojos brillantes, llenos de una emoción sincera que me desarmó.

—Si fuera a comérmelos yo, no los habría colocado en platos diferentes, ¿no crees?

—Quizá el otro es para Jezz —musitó como si ya la hubiera integrado como una más de la familia.

—¿Me llamabais? —preguntó mi asistenta virtual.

—¡Desconéctate!

—A ver si te aclaras, Caraculo.

Mary Kate rio con calidez y a mí me gustó escucharla hacerlo.

—Salí a buscarlos antes de que te levantaras, quería algo nutritivo para ti y el bebé —le confesé, retomando la conversación.

Su rostro se llenó de una emoción extraña, los dedos le temblaron.

—Nunca… ningún hombre me ha servido o dado de comer.

Sentí un pellizco en el pecho, algo que se apretaba y me hacía más consciente de lo especial que era, de que cada pequeña cosa que hacía o decía me afectaba, aunque no quisiera.

¿Cómo era posible que alguien como ella no hubiera experimentado algo tan básico como que alguien del sexo opuesto le pusiera algo de comer y beber?

—Pues ya iba siendo hora —le respondí.

Ella volvió a sonreír, y fue como si el sol se hubiera colado en la cocina, iluminando todo a su alrededor, como si el verano se hubiera abierto paso en el gélido invierno sin importarle la estación.

Nos sentamos juntos, el silencio entre nosotros no era incómodo, sino cargado de una familiaridad cotidiana que lo hacía agradable.

—Es importante que te alimentes bien —le dije mientras tomaba un sorbo de mi café—. Este desayuno tiene todos los nutrientes que necesitáis, tanto tú como el bebé. Aguacate, espinacas, proteínas del huevo. Quiero asegurarme de que estás recibiendo lo mejor. ¿Tu cuerpo te pide alimento? —quise saber antes de que diera el primer bocado, para contrastar el diagnóstico que imaginaba era el correcto.

Ella asintió.

—Me muero de hambre.

—Eso es buena señal, si hubiera sido una intoxicación, tu estómago te pediría no ingerir alimento, es importante escuchar siempre al cuerpo, es más sabio de lo que pensamos.

—Entonces, ¿crees que lo que me pasó ayer fue un virus?

Era lista, se había quedado con cada palabra de nuestra conversación antes de subir a mi cuarto.

—Eso creo, a juzgar por tu estado, diría que es uno intermitente, de los que duran 24h, aun así, hoy vas a quedarte aquí, en observación.

Ella me miró y asintió, pero luego sus ojos se ablandaron y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Gracias por cuidarme, doctor Blackwood.

Y fue ahí cuando el peso en mi pecho creció. En lugar de sentirme bien por ayudarla, inexplicablemente, me sentí peor. Porque cuidar de ella, estar cerca de ella, estaba desatando

algo en mí que no estaba listo para enfrentar. Porque al llamarme doctor estaba dando por hecho que lo único que me movió fue mi juramento hipocrático y, aunque debería haber sido así, no podía estar más equivocada.

Carraspeé.

—Cuéntame algo, Mary Kate —dije, rompiendo el silencio antes de que se volviera incómodo —. Háblame de tu vida en Nuevo Amanecer. —Ella había dado un bocado y su semblante se ensombreció un poco—. Bueno, solo si lo deseas.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo fue tu vida allí?

—Como la de todos, llena de entrega, sumisión… Me crie en una comunidad muy estricta y devota. En Nuevo Amanecer, las reglas lo eran todo.

—Eso no suena a muy feliz —anoté, removiendo el café.

—Al final te acostumbras, imagino que como a todo, mentiría si te dijera que no me costó encajar, siempre fui de espíritu inquieto y eso no era una buena virtud para una niña. No obstante, conseguí adaptarme, y lo creas o no, a mi manera, lo era.

—Ya… ¿Por eso terminaste en una despedida de soltera?

Sus ojos parpadearon con sorpresa al escuchar mi pregunta, pero no tardó mucho en responder. Sus palabras eran pausadas, llenas de una nostalgia que me llegaba al alma.

—No, no fue por eso. —Se pasó una mano por el cabello, claramente nerviosa—. Cuando fui aquella noche a Saint Valentine, fue porque me rompieron el corazón. —Apreté los puños de manera inconsciente—. Toda la vida se nos prepara para ser la mujer de, para cuidar a nuestro marido, a nuestros hijos, la casa, y cuando nos prometen a un hombre, lo vemos como la mayor aventura que nos va a pasar, porque implica la creación de nuestra propia familia y unos meses de cortejo que toda amaneciense tilda de «uno de los mejores momentos».

»Cuando mis padres me prometieron al hijo del pastor Brock, el mejor partido de la comunidad, pensé que las cosas cambiarían. Estaba emocionada, ¿sabes? Creía que eso abriría un nuevo capítulo en mi vida.

Conocía esa sensación, yo también lo creí hacía unos años.

Hizo una pausa, como si las palabras fueran difíciles de sacar, y yo la observé, sintiendo cómo la rabia comenzaba a arder dentro de mí porque intuía que lo que vendría a continuación no me iba a gustar. Empezaba a conocer a Mary Kate y era extraño que una mujer con unos valores como los suyos hubiera terminado entre mis brazos, entregada en una terraza a plena noche.

—Jim siempre estaba tan… reticente a mis avances, a que quisiera probar sus besos o sus caricias, que me hacía sentir poco válida además de una depravada. Es cierto que lo tenemos prohibido hasta el matrimonio, pero, aun así, nadie espera a besarse cuando está prometido, de hecho, es raro que alguien apure los tres años de compromiso, como en nuestro caso.

—¿Estuviste prometida tres años? —Ella asintió.

—Apenas me miraba, nunca me tocaba. Me sentía horrible, como si algo estuviera mal en mí. —Tragó saliva y bajó la mirada. ¿Cómo aquel imbécil había podido resistirse a una preciosidad como Mary Kate? Era imposible que no despertara nada en él—. Me culpaba por querer saltarme los mandamientos de la comunidad. Creí que mi padre tenía razón cuando me decía que estaba demasiado gorda y que debería adelgazar si quería que el novio llegara al altar.

Me entraron los siete males. ¿Qué tipo de padre podía decirle algo así a su hija? Quise arrancarle la cabeza y mostrarle a Mary Kate que no había nada de malo en ella y que a mí me apasionaban sus curvas.

—Ángel…

—Espera —me frenó—. Todo cobró sentido unos pocos meses antes de la boda, cuando pillé a mi prometido… —Hizo otra pausa, se notaba que le costaba la confesión—. Acostándose con su jefe.

—¡Hijo de puta! —Me salió del alma. Mis manos se tensaron sobre la mesa. Sentí la rabia arrasándolo todo, inundando cada rincón de mi cuerpo. ¿Cómo podía alguien hacerle eso? ¿Cómo podía alguien hacerla sentir tan indigna de amor, de afecto por no ser capaz de reconocer su homosexualidad?

Su mano cubrió la mía y me ofreció una pequeña sonrisa.

—No lo culpo. En aquel momento sí, mucho, porque se supone que cuando eso ocurre es porque la mujer no sabe reconducir al hombre al camino, y yo estaba fallando por todas partes.

—¡Eso no es así! ¿Quién narices os mete todas esas mierdas en la cabeza? ¡No hay nada malo en ti! ¿Me oyes? Ni lo había, ni lo hay, eres jodidamente perfecta.

La sentí contener la respiración.

—Mary Kate… —Mi voz salió más grave, más intensa de lo que pretendía—. Ese tipo no te mereció en ningún momento, nunca lo hizo, era un cobarde.

Ella me miró, sus ojos brillando con una mezcla de dolor y sorpresa.

—Nadie tiene derecho a hacerte sentir que no eres suficiente. Nadie. —Mis palabras salieron de lo más profundo de mi ser, como una promesa hecha en un lugar más íntimo de lo que había permitido a nadie—. No sabes cuánto vales. No solo como mujer, sino como persona. Eres fuerte. Eres valiente. Y eres mucho más de lo que él jamás será.

Un silencio cargado de emociones llenó el espacio entre nosotros. La vi tragar saliva, y pude notar cómo mis palabras la habían tocado.

Y en ese momento, mientras ella me miraba, con esa mezcla de vulnerabilidad y gratitud, supe que no había vuelta atrás para mí. Algo dentro de mí había cambiado. Y ese algo llevaba su nombre.

Apartó la mirada de la mía.

—Tampoco fue sencillo para él. No lo excuso, pero Jim tenía muchísimas presiones, allí nadie es libre para ser quién es, Corey. Por eso, aquel día, el mismo que descubrí lo que él era, lo que nunca sentiría por mí, cuando me invadió la frustración por no ser suficiente, cometí el mayor acto de rebeldía que jamás había hecho y me presenté en la despedida de soltera de la prima del hombre con el que se acostaba.

—Joder…

—Y bueno… Entonces te vi y… te deseé. —Sus mejillas se encendieron y mi polla se tensó —. Jim me gustaba, pero…, en fin, que… lo que hacías, cómo te movías… Yo… Tuve que salir al exterior, y cuando te acercaste a mí y me dijiste cosas bonitas, a sabiendas de que iba a tener que cumplir con mi destino me gustara o no…, quise experimentar lo que era gustarle a alguien. Sé que suena fatal y que no habla muy bien de mí, pero…

—No —susurré, tomándola de la cara—, ni se te ocurra pensar eso.

Paseé el pulgar por su mejilla trazando el camino en dirección a su puñetera boca.

—Yo también te deseé, Ángel, mucho, muchísimo…

Tenía las pupilas dilatadas y su respiración se estaba volviendo errática.

—Yo antes, yo nunca…, tú fuiste… —Las palabras se le atragantaban. Cerró los ojos cuando mi pulgar presionó y entró en contacto con su lengua. Gimió y succionó mi falange. Mi erección dio un brinco—. El primero.

«El primero…». La confesión rebotó en mis neuronas hasta que lo comprendí con claridad. El horror me invadió.

Su sexo apretado, la resistencia, las lágrimas…

«¡No, no, no, no! ¡Creí que era por la postura! ¡Por mi tamaño! ¡No porque me estuviera tirando a una puñetera virgen!», aparté la mano de golpe y vi la verdad en sus ojos, estaba ahí, tan nítida que me sesgó en dos.

«¡No jodas! ¿Quién en su sano juicio es virgen a los veinticuatro?», pregunté para mis adentros.

«¿Una chica de Nuevo Amanecer?», inquirió la vocecilla de mi conciencia.

La verdad refulgía en aquel rostro angelical, me puse tan cachondo que no creí que lo que llevara puesto no fuera un disfraz y mucho menos que, si no había estado con otro, se entregara a mí de ese modo. Aunque tenía sentido por lo que había vivido.

«¡Enhorabuena, machote! ¡Menuda mierda de ginecólogo estás hecho, colega!».

¿Cómo se me pudo pasar por alto?

Me había quedado sin palabras, ¿qué narices iba a decirle? O, ¿cómo iba a compensarla?

Encima la dejé sin orgasmo, me corrí como un adolescente inexperto dejándola a ella peor de lo que estaba.

«¡Su primera vez había sido una mierda! ¡Y yo era el responsable!».

—Lo siento, yo…

«Piensa muy bien lo que vas a decirle, Corey, porque te estás cubriendo de gloria».

Me quedé en silencio, ella negó…

—De verdad que no importa, yo quería saber lo que se sentía, no te responsabilizo de nada, fue solo culpa mía.

«¡¿Culpa suya?! ¡Y un cojón! ¡La deseé desde que la vi en aquel rincón! La culpa era toda mía por inepto y tenía que hacérselo ver».

Cuando abrí la boca, decidido a decírselo, alguien llamó a la puerta.

CAP Í TULO 34



Janelle

La noche había sido un auténtico infierno. Apenas pude pegar ojo en casa de mis padres. Todo el tiempo pensando en Kate y en lo mal que se había puesto de repente.

Había revisado el móvil un mínimo de treinta veces, esperando algún mensaje de Corey que nunca llegó.

Su teléfono seguía apagado o fuera de cobertura.

¿Qué clase de médico se quedaba sin batería en una situación como esa? ¿No se suponía que debía llevarlo a *full* para las emergencias?

Lo único que se me ocurría era que algo se había complicado, la cosa se había torcido y había llevado a Kate a la clínica en lugar de al hospital, eso tendría sentido.

Mil ideas horribles cruzaron por mi mente.

Kate con una vía en uno de los pasillos por falta de camas, alguna complicación grave con el bebé, Corey trabajando a contrarreloj para salvarla... O peor, que Corey hubiera tenido que salir corriendo a atender alguna emergencia y Kate se hubiera quedado sola en su casa, sin saber qué hacer.

Necesitaba averiguar dónde estaban y qué había pasado antes de volverme loca.

Su llegada a mi casa había transformado mi día a día, no había quedado con nadie el último mes y la única vez que fui al club para echar un polvo no fue nada memorable.

Me planteé si era porque Nancy y César habían dejado en mí más mella de la que estaba dispuesta a admitir, o porque, de algún modo absurdo, el sexo por sexo había dejado de parecerme tan divertido.

No, eso era imposible, a mí me encantaba divertirme y la variedad. Puede que simplemente fuese un bache, no siempre tienes que estar al cien por cien. Además, mi cabeza estaba en otra parte.

«Kate».

Decidí que ya no podía esperar más, que estaba harta de elucubrar, busqué el número de la clínica en la agenda y esperé a que alguien contestara.

Como era habitual, no lo cogieron a la primera, volví a marcar y, en lugar de que me atendiera una de las dos administrativas que tenían, lo hizo una voz muy particular.

—Clínica Comunitaria de la Esperanza, buenos días, le atiende el Dr. Grant, ¿en qué puedo ayudarle?

Ah, ¡el mismísimo Dr. Culo Prieto al habla, menuda suerte la mía, justo al tío que quería evitar!

—¿Hola? ¿Hay alguien?

—Soy San Pedro a cobro revertido, que Cristo dice que ya va siendo hora de que vengas a verlo…

—Esto es una clínica, si le parece gracioso hacer bromas en un lugar en el que salvamos vidas, ojalá nunca tenga que llamar por una emergencia de verdad, entonces sí que visitará a San Pedro. Buenos días.

¡Menudo carácter! Tuve ganas hasta de reír, pero entonces recordé el motivo de mi llamada.

—¡Espera, Dr. Culo Prieto! Menudo sentido del humor que te gastas, soy Janelle, ¿están Corey y Mary Kate ahí? —Casi pude oler su aliento a rencor en cuanto lanzó el gruñido de presentación.

—Señorita Vitaaale —alargó la a adrede—. ¿A qué debo esta encantadora llamada? —respondió cínico—. ¿Te han abandonado tus amigos y no tienes nada más que hacer que tocarme los cojones?

«Uy… El doctorcito se ponía agresivo…».

—Esa lengua no es de colegio de pago, Dr. Grant.

—Mi lengua ha estado en demasiadas partes y usted tiene el poder de desatarla.

«¿Por qué narices lo imaginé recorriendo esas partes encima de mi cuerpo? ¡*Mayday*, *mayday*, tenemos un problema neuronal de cortocircuito sexual!».

«Reconduce, Jane, reconduce». Me aclaré la voz.

—A ver, lumbreras, que esta mañana no estoy muy por la labor de gastar saliva contigo. —«A no ser que fuera dejándole gotear por…». «¡Te he dicho que reconduzcas!»—. Estoy buscando a Corey y a Kate. Anoche no se encontraba bien, tenía fiebre alta, vómitos, debilidad y nuestro amigo compartido la sacó de mi apartamento para atenderla, en un principio se la llevó a su casa porque estáis a *full*, pero su teléfono está apagado y me estaba empezando a preocupar. No sé si están en la clínica o qué demonios está pasando.

—Aquí no están.

—Pues si no están ahí…, igual han terminado en el Presbiterian.

—¿El Presbiterian?

—Corey dijo que la llevaría allí si la cosa se ponía fea. *Ciao, pescao*, gracias por nada, no tengo más tiempo qué perder y a ti te ha dado por desayunar lengua —solté con sarcasmo antes de colgar. No le di tiempo para responder y me limité a teclear en Google el nombre del hospital de la madre de Corey para preguntar.

La respuesta fue más rápida y contundente: no había nadie ingresado con el nombre de Mary Kate Adams.

Mi última opción, y la más lógica, era que estuvieran todavía en la casa de Corey y el móvil de mi amigo hubiera muerto ahogado en el retrete porque a los tíos les daba por cagar viendo los resultados de los deportes.

Me di una ducha rápida, me cambié con una de las mudas de emergencias que todos teníamos en casa de mis padres y me fui sin desayunar. Ya comería cuando la preocupación abandonara mi cavidad estomacal.

Con los nervios de punta, arranqué la moto y me puse en marcha rumbo a Brooklyn Heights, donde vivía mi amigo.

La casa de Corey no estaba lejos de la de mis padres, así que no tardaría demasiado. Sabía perfectamente cómo llegar, aunque evitaba hacer visitas no deseadas, Corey era bastante celoso de su intimidad y, por lo que sabía, poca gente iba a su casa, salvo su familia o amigos más íntimos.

Tuve suerte de que hubiera aparcamiento en la zona de las motos. Me quité el casco y lo dejé suspendido en mi brazo, mientras caminaba por la acera en dirección a los escalones que llevaban a su puerta. Se me cayó el casco y rodó hasta alcanzar el primer peldaño, impactando contra unas botas negras de punta redonda estilo militar.

Justo cuando ascendí por el vaquero que las precedía, me topé de frente con alguien que claramente tenía la misma idea que yo, ver qué ocurría.

Inmediatamente, cambié mi expresión por una de puro fastidio.

Marcus.

—¿Qué narices haces aquí? —le espeté, cruzando los brazos y observando cómo mi casco colgaba del suyo. Un escalofrío me recorrió cuando nuestros ojos se encontraron. Marcus Grant, el famoso Dr. Culo Prieto, estaba allí plantado como si fuera lo más normal del mundo. ¡Maldita sea!

—Imagino que lo mismo que usted, señorita Vitale. Vengo en busca del desaparecido y a valorar a Kate —respondió con esa media sonrisa cargada de superioridad que tanto odiaba—. Después de todo, soy su médico, y el mejor amigo de Corey.

Me lo dijo como si fuera una gran revelación, como si tuviera algún derecho exclusivo sobre la situación.

«¡Ah, no, querido, aquí no hay terreno que no pueda pisar yo!».

—Pues fíjate qué curioso… —comencé, apretando los labios mientras me cruzaba de brazos con más fuerza—. Porque hasta donde yo sé, soy yo quien se ha preocupado por ella desde que la libré de aquellos maleantes en el callejón. Soy yo quien ha estado aguantando sus vómitos y quien anoche la dejó bajo el cuidado de Corey. Y tú... Tú eres solo una especie de… médico de tercera. Así que no pintas nada aquí. ¡Lárgate a poner palitos en la lengua o vacunas de la varicela!

Me miró con esa sonrisa de suficiencia que me ponía los pelos de punta, esa que decía «tú tampoco pintas nada aquí».

—Para su información, lo que pongo o meto no tiene nada que ver con palitos o vacunas. —«¡Ya estábamos otra vez con la imagen de su erección en mi boca! ¡Menudo mal gusto de imaginación y qué traidora!»—. Soy cirujano. —«Soy cirujano, soy cirujano…», canturreé, pues cómeme el ano. «Uy, no, eso no, que si cumplía y me gustaba, ¿luego qué?». No tuve tiempo a plantearme la respuesta porque prosiguió. Dejó caer la bomba con tranquilidad, pero con puntería—. Y hasta donde yo lo veo, soy mucho más relevante para Kate y Corey que usted, una recién llegada a sus vidas, ¿quién necesita demostrar más interés? —dijo con ese aire despreocupado y arrogante que le sobraba por todas partes.

Mi ceño se frunció de inmediato, ¿cómo que «recién llegada y que no era relevante»? Kate tenía techo, comida y trabajo gracias a mí, ¡a mí! ¿Qué demonios sabría él de la profundidad de

mi amistad con ambos? ¡Ni que la amistad tuviera fecha de antigüedad! Además, ¿desde cuándo ser amigo desde hace tiempo te da derecho exclusivo a estar más preocupado por alguien? ¡Vaya sarta de idioteces!

—Oh, así que va de eso... ¿Medimos la importancia con una cinta métrica ahora? Típico de los hombres, ver quien la tiene más larga… —le respondí con sarcasmo, echando a caminar hacia la puerta, decidida a terminar esa absurda competencia—. Pues déjame que te diga que no te llenes demasiado la boca no vaya a ser que se te indigesten tus propias palabras, los últimos serán los primeros, doctor. Nos vemos en la cima —proclamé antes de apresurarme escalones arriba.

Noté el calor de su mirada en mi espalda, lo que solo me empujó a caminar más rápido.

Pero cuando di el segundo paso, algo salió mal, ¿eso era hielo? Seguro que había salido de un pedo de Grant.

¡Malditos escalones resbaladizos! Intenté equilibrarme, pero antes de dejarme dos años de bráquets en el escalón, sentí una mano firme agarrando mi brazo. El tacto fue sorprendentemente cálido, fuerte…, y ahí estaba Marcus Grant al rescate, con su cara a pocos centímetros de la mía porque yo estaba más alta, sujetándome con un leve tirón hacia él.

—¿Estás bien? —preguntó con su voz grave y baja, tan cerca que pude sentir su aliento en mi piel. ¿Acababa de tutearme y yo de mojar las bragas? Fijo que era un poco de pis fruto del susto.

Nuestros ojos se encontraron, y por un momento, todo se detuvo. Sus dedos seguían firmemente envueltos alrededor de mi brazo, y la agitación de mi respiración coincidió con la suya. Fue un instante extraño, intenso, como si algo invisible nos hubiera atrapado, y no fue Spiderman lanzando telarañas.

Mis ojos se clavaron en los suyos, perdiéndome en ese abismo castaño que se volvía más claro en el centro. Su respiración pesada provocaba que el pecho subiera y bajara rotundo, el calor que emanaba de su cuerpo era abrasador.

Definitivamente, estaba mojando las bragas.

«*Porca miseria!*».

Había una tensión palpable, una chispa que ninguno de los dos parecía poder ignorar.

Pero no iba a dejar que él ganara, ni en esto ni en nada más, era una Vitale y él se iba a enterar. Así que, antes de que pudiera hacer un comentario condescendiente, le solté:

—Nunca ayudes al enemigo, Grant.

Y sin pensarlo dos veces, le clavé el tacón de la bota en el pie, lo suficiente para que me soltara con una maldición contenida. Aproveché ese segundo de distracción para retomar mi ascenso, dejando escapar una risita victoriosa mientras me adelantaba.

—¡Voy a ponerte el culo como un tomate, Vitale! —exclamó con una mezcla de dolor e incredulidad, siguiéndome de cerca.

«¿Por qué esa imagen me excita todavía más?».

Su palma de dedos largos y expertos en mi culo redondo y…

«Zas, zas, zas…».

—¡Tendrás que ser más rápido si quieres ganarme! —le grité por encima del hombro mientras llegaba la primera a la puerta de Corey.

«O tener acceso a mi culo».

Con una sonrisa en los labios, golpeé con fuerza, satisfecha con mi pequeña victoria, mientras Marcus mascullaba maldiciones entre dientes detrás de mí.

CAP Í TULO 35



Anita

Mi hijo seguía berreando en la habitación contigua, el sonido de su llanto provocaba que las venas de mi cuello se tensaran más con cada grito.

Una cosa era criarlo y otra que lo soportara.

—¡Que alguien haga callar a ese *cipote* maldito! —espeté, al borde del colapso. Los berridos de mi hijo atravesaban las paredes como si fueran cuchillos, una ráfaga de gritos que me perforaban el cerebro como si estuviera en mitad de una reyerta en El Salvador.

El equipo de estilistas que estaban ayudándome a prepararme para la gala de esa noche giraban como peonzas a mi alrededor. Todo era poco para cuidar a una reina como yo.

Mientras unos me hacían el recogido, otros aplicaban las capas de maquillaje con delicadeza extrema y una masajista coreana me masajeaba los pies y las piernas para que me relajara.

Solté el aire despacio, chasqueé los dedos. Pedí a una de las chicas del servicio que me trajeran los AirPods, a ver si así dejaba de oírlo.

En cuanto pude ponérmelos, dejé que Mala Rodríguez tomara el timón de mis tímpanos. Inspiré con fuerza, cerré los ojos e hice tamborilear las uñas al ritmo de *La Loca*.

Por fin había dejado de escucharlo. Me estaba esforzando muchísimo para no ver en él la cara de Julio, pero es que era exacto a mi difunto marido, como si la vida se estuviera riendo de mí y del rencor que había ido acumulando a lo largo del tiempo, para escarbarme como una plaga.

Abrí los ojos y busqué mi nuevo reflejo.

Esa mujer era tan distinta a quien era hacía apenas unos meses que aún me costaba habituarme a mi nueva imagen.

Mi marido me sugirió que lo más práctico era que me sometiera a una operación de reestructuración facial y simetría corporal.

Podría pasearme frente a la CIA al completo y la Interpol que no tendrían ni idea de que era yo.

Todo en mí era distinto salvo mi alma y la sed de venganza que latía en mi corazón.

Nuevo aspecto, nueva vida.

La señora Vílchez era la esposa de uno de los hombres más ricos y poderosos del planeta, hacía y deshacía a su antojo. Acudía a fiestas, galas, el lujo formaba parte de su *modus vivendi* y nadie sospechaba nada.

Me fijé en el recogido pulcro que favorecía mis nuevas facciones.

Me daba un aire a Georgina Rodríguez, la mujer de Cristiano Ronaldo.

Mi pelo negro estaba perfectamente recogido en un moño bajo, mi piel sin mácula se veía lisa y suave, era el refugio de la que un día fuera la esposa del jefe de la mara más peligrosa de Estados Unidos y El Salvador.

En cierta forma le estaba agradecida a Julio por enviarme a aquel maldito sanatorio para ricos, para asegurarse de hacerme parir a su hijo y matarme después.

Quería convertir a su hijo en su legado, su heredero, pero la santa muerte era justa y se cobró su deuda por *pipián*[2].

Nadie previó el rumbo que tomaron las cosas, ni su muerte, ni mi redención el día en que mi nuevo marido posó sus ojos en mí a través de las cámaras.

Aquel hombre, frío, calculador, elegante, con clase y un aire imponente, me vio como nadie lo había hecho con anterioridad y no le tembló el pulso cuando bajó directo a mi habitación y me pidió salir con él para cenar en el jardín bajo la luz de las velas.

Nunca me importó utilizar mi físico para mis propósitos, ni siquiera si eso implicaba hincar rodillas o dejarme *chimar*[3]. Toda marera que se preciara, y más si era bonita como yo, debía pasar por un ritual de aceptación en el que todos los hombres del grupo la hacían suya. Era eso o una golpiza, incluso las dos.

Aquella noche la Santa Muerte estuvo de mi lado. Hubo una conexión especial desde el primer instante.

Aquel desconocido me trató como una igual. No fue amor a primera vista, por supuesto que no, yo nunca había amado, no conocía el amor, pero algo en él resonó en mi interior y no me importó que al final de la noche me desnudara, pusiera mi cuerpo contra la mesa, se quitara el cinturón para ajustarlo a mi cuello y tirar de él cortándome el flujo del aire, para golpear mi culo con la mano abierta y que las palmadas hicieran eco en el jardín.

Sentí arder la carne a la vez que estallaba de placer cuando me llevó al límite y me poseyó.

Logró marcarme como suya y me regaló el mayor orgasmo que me habían ofrecido nunca.

Me dijo que a partir de aquel instante yo era su *pokornaya tigritsa*, su tigresa sumisa, y él mi señor, el hombre que pondría el mundo bajo nuestros pies.

Me gustó que no intentara reformarme, que aceptara tanto mis garras como mis ronroneos, que viera en mí a la superviviente, a la cazadora y me prometiera cumplir con el juramento que me hice a mí misma: Destruir a Lionel Torres y a toda su familia.

Solo me pidió una cosa a cambio, que me quedara a su lado y criara al hijo de Julio como si fuera suyo, él también quería un heredero y con los tratamientos que había sufrido para curar su enfermedad se había quedado estéril.

Me gustaba su capacidad de transformar las debilidades en armas y cómo me hacía jadear.

Nunca más sería la sombra de un hombre, ni la suya, ni la de ningún otro.

Una de las estilistas bajó la mirada cuando mis ojos la fulminaron desde el reflejo del espejo.

¿Qué sabría ella lo que era el poder? Seguramente nada.

La canción acabó y el berrido de mi hijo se había silenciado. Mejor.

Me quité los AirPods y sonreí ante el buen trabajo de peluquería y maquillaje.

La chica del masaje se retiró poniéndome los zapatos.

Me puse en pie y casi sonreí al ver mi imagen.

Se oyeron dos palmadas y todo el mundo se dispersó cuando el aura de mi marido saqueó el cuarto.

Era igual que un tiburón rodeado de peces de colores, todos huían menos yo.

—Estás preciosa, Tigritsa.

—Y tú muy apuesto, señor. —Debía llamarlo así cuando utilizaba mi apelativo de sumisa.

Él sonrió, las arrugas de las comisuras de sus ojos se plegaron como un acordeón.

Tenía el pelo con tantas canas que apenas se percibía el negro que una vez hubo debajo.

Daba igual el color, su apostura no era caduca porque se irradiaba desde el interior, además de que el esmoquin de diez mil dólares ayudaba.

Se puso detrás de mí para llevar las manos a mis senos y apretarlos con cierta violencia, mientras besaba mi cuello despejado y la barba raspaba la fina piel dejando una rojez.

Gemí.

—¿Sigues teniéndolos sensibles de anoche? —preguntó. Asentí, porque los había estado torturando un buen rato—. Me gusta que los tengas así.

—Gracias, señor.

Sonrió y apartó las manos.

—Digna de ser mi reina, todos se volverán locos cuando te vean, soy un hombre con suerte.

—Eso no se lo discuto. —Volvió a reír.

Esa era una buena oportunidad para codearse con la élite de Nueva York mientras nuestro plan se ponía en marcha, muy pronto, el mundo se arrodillaría ante mí.

Me di la vuelta y lo tomé por la nuca, no lo besé porque no quería echar a perder el pintalabios.

Vi en sus ojos que tampoco esa había sido su pretensión.

—Separa las piernas.

Lo hice gozando de la orden.

Él metió la mano por la raja de la falda y sonrió complacido al sentir que no llevaba ropa interior.

—Sujétate y cuenta, Tigritsa —dijo en el instante antes de que su palma impactara de manera rotunda contra mi sexo humedecido.

—Uno —jadeé—, dos —seguí gozando la picazón—, tres —dos de sus dedos se hundieron en mí sin contemplaciones—, cuatro. —La exhalación fue más violenta que las anteriores, en concordancia con el golpe.

Siguió con el pequeño juego hasta que mis labios estuvieron lo suficientemente henchidos y mi sexo goteante, solo entonces se detuvo negándome el orgasmo.

—¿A quién le perteneces?

—A mí misma, amo —mi respuesta le hizo curvar las comisuras de los labios y recibí un último impacto brutal que me dejó sin aliento.

—No lo olvides —gruñó, metiéndome los dedos por última vez.

Apartó la mano, la lamió de forma perversa y se deshizo de mi agarre para ponerla en mi cintura y que nos dirigiéramos al coche.

Se aseguró con aquel narcótico castigo de que pensara en él en todo momento y me conocía lo suficiente para saber que suplicaría por el desenlace en cualquier rincón oscuro del restaurante.

Con él a mi lado, nada me detendría, y Lionel Torres desearía su muerte antes que sufrir lo que tenía pensado.

CAP Í TULO 36



Mary Kate

El vestido que llevaba parecía hecho a medida, algo que jamás habría imaginado ponerme. Nunca había usado algo tan ajustado, elegante y, sobre todo, caro.

La tela de encaje se ceñía a mis curvas, pero no de una manera vulgar, sino que las resaltaba de forma sutil. Era de un rojo rubí, con un escote en forma de corazón que mostraba un poco más de piel de lo que estaba acostumbrada a dejar ver, pero sin ser demasiado atrevido. Una sobrefalda de gasa caía por la parte trasera hasta el suelo y nacía debajo del pecho abriéndose en dos, mostrando la tela del vestido. Me gustaba que formara una pequeña cola que se arrastraba con elegancia cuando caminaba.

Era de manga larga y tenía un escote bastante profundo en forma de u, dejando la piel de mi espalda al descubierto.

Janelle recogió mi pelo en un moño alto con mechones sueltos que caían en suaves ondas alrededor de mi rostro. Insistió en hacerme un maquillaje sutil que resaltara mis rasgos, excepto los labios, a juego con el tono del vestido.

Completó el *look* con unos pendientes largos que me prestó, además de unos tacones que, aunque altos, me encontraba cómoda usando al ser de tacón ancho.

Me sentía como en una nube, jamás había pasado por mi cabeza que algún día podría verme así. Mi nerviosismo era más que evidente. Mi reflejo en el espejo me devolvía la imagen de una mujer que no reconocía del todo, pues del gris había pasado al rojo, con un modelo que mis padres no habrían aprobado nunca.

Cuando Marcus llamó al timbre para que bajara, no pude evitar sentir que estaba a punto de

desmayarme.

Era la primera vez que iba a una gala benéfica y además acompañada de un médico reconocido y muy guapo. No tenía ni idea de cómo debía comportarme, de qué debía decir o hacer.

Cuando me vio salir del ascensor, sonrió con admiración.

—Estás fabulosa.

—Tú-tú también estás muy elegante. — Y era cierto, el traje azul marino con los pespuntes de los botones en rojo, sumados al pañuelo de seda que asomaba del bolsillo en el mismo color, daban la impresión de que fuera a juego conmigo.

—Gracias. ¿Estás lista?

—Todo lo que puedo estar —comenté, agarrándome a su brazo para salir al exterior.

Me sorprendió el coche deportivo que nos estaba esperando, creía que conduciría algo más clásico.

—Relájate, Kate —me dijo mientras me ayudaba a subir al coche—. Todo va a salir bien, te lo prometo.

Yo sonreí tímidamente, sintiéndome algo torpe al meterme con ese vestido largo. Las manos me sudaban y mi corazón latía a mil por hora.

Marcus dio la vuelta, se acomodó en el asiento del conductor y el motor rugió, un suave tema instrumental empezó a sonar en la radio.

—Si no te gusta Norah Jones, lo puedes cambiar —murmuró, internándose en el tráfico.

—Está bien, ¿cómo se llama la canción?

—*Come Away with Me*, diría que es perfecta para calmar los nervios.

—Entonces déjala. —Él me sonrió de nuevo, enfocando la mirada en la carretera.

Las luces de la ciudad de Nueva York parpadeaban al otro lado de la ventanilla, y nosotros nos desplazábamos por las calles iluminadas mientras el suave piano de la canción llenaba el ambiente.

—Es solo una fiesta, Kate. No te preocupes por lo que puedas o no hacer. Vas a estar bien. En estos lugares, todos suelen estar tan concentrados en sí mismos que no notarán si cometes algún error de protocolo, tampoco es que puedas errar demasiado, lo único que espero de ti es que te diviertas. —Me lanzó una sonrisa rápida antes de volver la vista a la carretera.

Le devolví la sonrisa, aunque mis pensamientos daban tumbos entre el presente y lo que había ocurrido hacía apenas dos días en casa de Corey.

Justo cuando habíamos empezado a compartir un momento de confesiones, el timbre había sonado, interrumpiéndonos. No sabía si lo que acababa de ocurrir entre nosotros era algo más que una simple charla o si estábamos a punto de cruzar una línea que me moría por atravesar.

Antes de que pudiera procesarlo, Janelle y Marcus se habían personado en la cocina, trayendo consigo una mezcla de caos y orden. Corey no parecía muy contento de que su amigo y socio sugiriera hacerme una revisión rápida, y cuando trató de negarse porque según él ya me había revisado lo necesario, Marcus, con su tono profesional tan característico, le dijo:

—Lo tuyo es más de cintura para abajo, Dr. Blackwood, déjame esto a mí.

Mis mejillas ardieron en ese momento, y se encendieron todavía más cuando Marcus me hizo poner en pie de manera poco ortodoxa, presionó los labios sobre mi frente y se aseguró de que ya no había rastro de fiebre.

Parecía que Corey quisiera llevarlo a la picota.

—¿Esa es la sudadera que te regalé? —preguntó, mirándome de cabeza a pies—. Le queda mucho mejor que a ti, qué generoso eres al dejársela a Kate.

Fue la gota que colmó el vaso, porque Corey parecía estar a punto de echar espuma por la boca y fuego por los ojos.

—Vamos, Kate, deja que te eche un vistazo.

Me dejé arrastrar por su mano y subí con él hasta el cuarto de Corey.

A pesar de la incomodidad inicial, su trato fue del todo profesional, como siempre, al finalizar la revisión, confirmó el diagnóstico de su amigo. Todo apuntaba a un virus de 24h.

—Gracias, doctor Grant.

—¿Marcus?

—Sí, lo-lo siento, Marcus, a veces todavía se me escapa.

—Está bien.

—¿Ya podemos bajar?

—Espera un minuto, ahora mismo el gañán de mi amigo está de los malditos nervios, a puntito de sacar el martillo para destrozarme todos los huesos, un poquito más de tensión no le sentará mal.

—¿Cómo? —Su expresión cambió a una mucho más pícara.

Me miró fijamente y, con un tono más desenfadado de lo que esperaba, me preguntó:

—Te gusta Corey, ¿no es verdad?

Mi corazón dio un vuelco. No podía mentir, no frente a la mirada inquisitiva de Marcus, así que simplemente asentí.

—No te ofendas, pero disimular no es lo tuyo, lo supe desde el primer momento, cuando él aseguró que preferirías ser revisada por él antes que por mí —dijo sin parecer sorprendido—. Puede que a Corey se le dé un poquito mejor mantener a raya sus emociones, pero te garantizo que eso no ocurre cuando tú entras en escena.

—¿A qué te refieres?

—Por Dios, se vuelve loco, te juro que nunca me acercaría a él estando tú cerca si estuviera sujetando un bisturí. Él no se da cuenta, pero te mira y te trata con una posesividad que asusta.

Que no solo Janelle lo pensara me llenó de algo cálido y esperanzador. ¿Era posible que el plan C funcionara?

—Quiero disculparme contigo por si mi conducta te ha podido desorientar, mi interés hacia ti no va más allá que el de una paciente-amiga, con el tiempo espero que aceptes mi amistad. Si me he extralimitado un poco contigo, mostrando un interés que daba pie a confusión, como regalarte ropa y añadir de propina la interior... —Volví anotar mucho calor—. Era porque intuía que tarde o temprano Corey lo sabría, es un forofo del encaje. Le gustas muchísimo, aunque es demasiado terco para admitirlo y estaba intentando darle motivos para dar un paso al frente y dejar atrás sus miedos.

—¿Miedos? —pregunté con el corazón acelerado, sin saber si sentirme aliviada o más nerviosa.

—Corey tuvo problemas con nombre de mujer en el pasado, lo han vuelto un desconfiado de manual y hasta cierto punto lo entiendo, pero ha llegado el momento de pasar página… Tú eres diferente, se nota a la legua que no tienes nada que ver con Tessa, aunque él se empeñe en ver su reflejo en todo el género femenino.

»Os he estado observando desde que llegaste a la clínica y sé que te necesita tanto como tú lo necesitas a él. Ese bebé es suyo, ¿cierto?

—Lo es.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver que no me lo discutía, se limitaba a asentir. No era tristeza lo que empañaba mi mirada, más bien alivio. Que su mejor amigo, alguien que lo conocía tan bien, no dudara de mí y creyera en una posibilidad de futuro para nosotros era liberador.

—Se dará de cabezazos cuando entienda lo estúpido que ha sido, no se lo tengas muy en cuenta, te aseguro que Corey es el mejor tío que he conocido nunca, el problema es su pasado. Tarde o temprano se dará comprenderá que la está cagando y te garantizo que lo tendrás suplicando y a tus pies. No he conocido a un hombre más nacido para ser padre, así que no te preocupes, Kate —me dijo Marcus con una sonrisa suave—. Todo va a salir bien. Nunca quise ponerme entre vosotros dos, solo darle una patada en el culo para que espabile, y por eso vas a acompañarme a la gala del sábado.

—¿Yo?

—Sí, tú, y te voy a colmar de atenciones, solo espero que no me obligue a sacar a relucir mis habilidades con el Krab Maga y que tenga que partirle la cara.

—Ay, no…

—Es broma.

Le sonreí con gratitud, relajada por primera vez desde que había entrado en la casa. Me pidió que le siguiera el juego y actuara como si no supiera nada de lo que me acababa de confesar.

Acepté, sabiendo que Marcus no era el tipo de persona que creaba tensiones sin motivo, ojalá tuviera razón y todo terminara tan bien como él y Janelle creían.

Cuando regresamos a la cocina, entre sonrisas cómplices, tanto Corey como mi amiga se quedaron en silencio y nos miraron con recelo.

No sabía si Janelle intuía algo, pero lo cierto era que Corey no parecía nada contento. Intentaba ocultar su malestar, pero era evidente en la forma en que su mandíbula se tensaba y en la frialdad con la que nos miraba que nada le complacía menos que estuviéramos juntos, lo que me llenó de emoción.

Janelle, por otro lado, fue más directa.

—Habéis tardado bastante…

—Quería asegurarme de que todo estuviera bien y, por mi parte, Kate no puede estar mejor —dijo de una manera que provocó un apretón de puños por parte de Corey.

—Ya nos hemos dado cuenta, doctor Grant, aunque ya te dije que estaba bien.

—Siempre es buena una segunda opinión. ¿Verdad, Kate?

—Em, sí, claro.

—Muy bien, pues ahora que todos somos conscientes de que no tiene nada grave y no es contagioso, creo que es hora de que volvamos al apartamento.

—¿A la ratonera? —preguntó Corey—. Allí no cabéis, ¿cómo lo vais a hacer cuando nazca el bebé?

—Aún falta bastante para eso, quién sabe, igual uno de esos tíos que les ponen las embarazadas se enamora de nuestra Kate y le monta un pisazo, creo que mi padre conoce a un tío que…

—¡Tu padre pertenece a la mafia! —gruñó Corey.

—Bueno, eso no implica nada, ¿verdad, Kate?

—Si quieres, puedes venirte a mi ático —sugirió Marcus.

Corey abrió y cerró la boca enrojecido.

—¡Ni hablar! Está demasiado lejos de la clínica y del SKS, Mary Kate no tiene medio de transporte y además ese sitio es un puro lupanar.

El término llamó la atención de Janelle, que de inmediato miró a Marcus con un renovado interés.

—No llevaría a nadie allí mientras esté Kate.

—Yo ya estoy bien con Janelle, aunque te lo agradezco, Marcus. Por ahora no me quiero mudar.

Corey pareció relajarse.

—Como quieras, pero el sábado te paso a buscar, eres mi pareja para la gala benéfica.

Corey prácticamente se atragantó con su café. Lo vi apretar los puños con una furia contenida que me hizo preguntarme si iba a explotar allí mismo. Me sentí atrapada entre dos mundos. Quería decirle a Corey que todo estaba bien, que no debía preocuparse, pero no era el momento. Marcus me guiñó un ojo y Janelle abrió la boca sin emitir sonido alguno.

Por suerte, Jezz dio fin al asalto.

—¡Es hora de atender la colada, Caraculo!

—¡Desactívate de una maldita vez, o te devuelvo!

—Sabes que no puedes, se terminó el periodo de garantía.

—¡Pues te reprogramo!

—No te atreverías…

—Ponme a prueba…

Todos contuvimos la sonrisa excepto Marcus, que soltó una carcajada grave que provocó la mirada iracunda de Corey y una bastante interesada por parte de Janelle.

—Termina el desayuno antes de irte —murmuró Corey antes de subir a por mi ropa.

—Estás muy callada —me dijo Marcus, sacándome de mis pensamientos.

Le sonreí nerviosa mientras le devolvía la mirada.

Cada vez me costaba menos enfrentarme a sus ojos.

—Solo estaba pensando en estos días, nada preocupante.

—Me alegro, porque ya hemos llegado, este es el edificio —respondió con una voz tranquila mientras giraba para tomar la rampa del *parking*. Varias personas vestidas con trajes de noche salían de sus vehículos mientras aparcábamos—. Vas a estar deslumbrante. Y si alguien te mira más de lo necesario, me aseguraré de que sepan que estoy a tu lado. Corey no es el único protector en esta historia.

—Gracias por todo, Marcus.

—No hay de qué.

Me ayudó a salir del coche otra vez, y cuando abandonamos el ascensor en la última planta del edificio, me ofreció su brazo para que me agarrara con fuerza.

CAP Í TULO 37



Corey

El restaurante brillaba con la elegancia propia de una noche exclusiva. Las luces cálidas de las lámparas de araña caían en cascadas desde el techo, iluminando suavemente las mesas cubiertas de manteles de lino blanco y centros de mesa adornados con rosas rojas y orquídeas.

Como decía mi madre: «Si quieres recaudar dinero, debes oler a dinero».

Aunque parezca raro, la *crème* de la *crème* de Nueva York pasa de fiestas con *pizzas* en cajas de cartón y cerveza.

A lo largo de la gran sala, se podía ver a la élite de la profesión médica de la ciudad, además de un gran número de donantes multimillonarios conversando entre ellos.

Todas esas personas, capaces de cambiar el futuro de nuestra clínica a golpe de talonario, sujetaban sendas copas de champán mientras lucían sus mejores vestidos de firma.

Lo más importante era que todos venían dispuestos a hacer generosas donaciones, por lo que el evento no era solo una excusa para alardear del último reloj que habían incorporado a su colección o pavonearse con joyas ostentosas. Se cerrarían alianzas importantes y se definirían futuros proyectos que no solo nos implicaban a nosotros, lo más probable era que alguno de aquellos afamados médicos fuera a la caza de donantes para algún que otro proyecto de investigación. Por eso, para mí, esa noche sería una tortura lenta y agónica, bueno, por eso y por otras cosas…

La I Gala Benéfica Anual de la clínica Nueva Esperanza había traído a la orilla mierdas varias, como ella.

Cada vez que la veía, se me revolvían las tripas.

Alcé mi copa y di un trago profundo mientras la observaba al otro lado de la sala.

Tessa…

El murmullo de su nombre retumbó en mi cabeza.

Su presencia era ineludible. Incluso en medio de toda esa gente, no podía dejar de sentir su sombra rondándome.

Siempre fue una mujer espectacular, con aquella melena color canela que caía como una cascada sobre sus hombros. Sus ojos eran exóticos, de un color ámbar más característico de los felinos que de los humanos, lejanos, altivos, listos para la caza, como si todo el mundo estuviera bajo su control y ella pudiera elegir quién sería su próxima víctima.

Su vestido negro de alta costura abrazaba sus curvas a la perfección, resaltando su figura esbelta, llena de clase y estilo.

Tenía la suficiente ambición como para haber destrozado mi vida y mi corazón.

Mis manos se tensaron involuntariamente al verla agitar la melena y dedicarme una mirada leonina que me tensó por dentro en cuanto levantó la mano y movió los dedos en un saludo cínico.

¿Cuántas veces la había visto hacer el mismo gesto?

Demasiadas.

Podría haberme hecho el sorprendido, pero no serviría de nada, ambos sabíamos que el otro iba a estar allí, ella porque era mi gala y yo por el hombre del que iba colgada.

Mis pensamientos volvieron a esos meses en los que ella y yo teníamos un proyecto de vida juntos, en los que, cuando mi apretada agenda lo permitía, la pasábamos enredados y jadeantes entre las sábanas de mi habitación, o de un hotel de lujo, de esos que a ella le gustaban.

Su cuerpo esculpido a base de clases de pilates y mucha cinta caía desmadejado a mi lado y yo pasaba los dedos por su pelo, aunque eso le molestara porque según su peluquera se llenaba de grasa, a lo que yo siempre respondía un: «Después te lo lavo».

Llevaba tiempo planteándome llevar nuestra relación al siguiente peldaño. Quería convertirla en mi mujer y todo lo que ello implicaba, abandonar la casa de mis padres, encontrar nuestro propio nido y establecerme después de pasar aquellos meses en Médicos Sin Fronteras como voluntario, solo serían seis meses y se lo pediría en cuanto volviera del viaje.

A Tessa no le ilusionaba demasiado mi labor humanitaria, me suplicó que no me fuera, que siguiéramos como siempre. Por aquel entonces, ella vivía en mi casa, con mi familia. Hubo reestructuración de plantilla en los grandes almacenes en los que trabajaba como dependienta en la sección de perfumería y la echaron del trabajo.

De la noche a la mañana, se vio sin dinero y teniendo que hacer frente al préstamo universitario de una carrera que no terminó.

Mi casa era enorme, mis padres ni lo dudaron porque sabían que íbamos en serio.

A veces pienso en qué habría pasado si no le hubieran ofrecido la posibilidad de que se mudara.

Pero ¿cómo no iban a hacerlo? Era mi chica, llevábamos un par de años saliendo y no podía hacer frente a los pagos.

Tessa solía vivir al día y le gustaba demasiado vivir bien.

Apenas pudimos hablar durante el tiempo que estuve fuera, la cobertura era malísima y apenas llegaba la señal.

Además de estar centrado en sacar aquella gente sin recursos adelante, no podía quitármela de la cabeza.

Marcus estuvo conmigo los tres primeros meses, decía que Tessa me tenía sorbido el cerebro además de la polla. No podía negarme frente a la evidencia. Le pedí que le dijera de mi parte que

la quería y que la cuidara.

El último mes fue una pesadilla, a punto estuve de ser secuestrado y hubo una epidemia que me dejó fuera de combate varios días.

Nunca había valorado tanto lo que tenía, por eso ni me lo pensé.

No avisé a nadie de mi vuelta, solo a mi madre, porque necesitaba que me hiciera un favor y organizara una cosa. Regresé un par de días antes.

Tenía el anillo, las palabras, incluso había reservado el punto más alto de Nueva York, para decirle que nunca más me marcharía y que pondría todo mi mundo a sus pies.

¡Menudo memo!

Mi madre se ocupó de que sus amigas la llevaran a ciegas, yo la estaba esperando allí, escondido, mientras Sonya y Carmen fingían querer hacerse de nuevo las fotos al otro lado del edificio porque habían quedado borrosas, dejándola sola.

Tessa tenía la mirada puesta en el horizonte cuando yo aparecí por detrás, pronuncié su nombre, hinqué la rodilla y saqué la cajita de terciopelo en la que refulgía el anillo que le compré en una joyería del aeropuerto.

Solté el discurso que a cualquier mujer le haría temblar las piernas excepto a ella, al principio lo achaqué a los nervios, a la proposición, a que no me esperaba hasta que hice la ansiada pregunta y la verdad estalló en mi cara.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Lo siento, estoy embarazada.

La frase me golpeó con la fuerza de mil puños, mis ojos oscilaron de golpe hacia su vientre plano porque en lo primero que pensé fue en que se me había pasado por alto el engrosamiento de su cintura y que por eso estaba tan reticente a que me fuera.

Tessa jamás se hubiera casado embarazada, me lo había dicho en más de una ocasión, primero boda y después bebés. Pero cuando bajé los ojos, allí no había nada, estaba tan estrecha y delgada como siempre, no entendía nada.

Mi prometida no se perdió mi cara de estúpido porque acto seguido siguió hablando.

—Lo siento, Corey, me he enamorado de otro y estoy esperando un bebé. No sabía que habías preparado todo esto, si no, te lo habría dicho antes, aunque quería hacerlo en persona, era algo demasiado delicado.

—No lo entiendo…

—Te advertí que no te fueras, yéndote seis meses era una variable con la que debiste contar.

Me lo dijo sin rastro de remordimiento, sin una pizca de culpa en su rostro.

Me puse en pie mareado, no sabía qué decir o qué hacer…

Un bebé, ¡un puto bebé! Ese era mi sueño, era todo lo que yo quería, tener un hijo con ella, construir una familia.

—¿Quién es? ¿Cómo fue?

No sé cómo saqué fuerzas para preguntarlo.

Sí lo sé, necesitaba respuestas.

—Ahora no, Corey, primero necesitas asimilar que el día que saliste por la puerta también lo hiciste de mi corazón, me voy.

Ella hizo el amago de pasar por mi lado e irse.

«Pero ¡¿qué narices?!»

—Tess, te lo ruego, no te vayas, necesito saberlo, necesito entender…

La agarré de la muñeca con desesperación. No entendía que mi vida se estuviera desmoronando tan deprisa.

¡Se suponía que iba a ser uno de los días que atesoraría para siempre!

—Si te respondo, te destrozaré.

—¿Es Marcus?

Fue lo primero que se me pasó por la cabeza, le había pedido que la cuidara y quizá… ¡Mierda! Ella soltó una risa seca.

—¿Marcus? ¿Bromeas? A ver, es mono y su padre tiene dinero, pero… Soy demasiada mujer para ser la esposa de un médico militar. No, no es de tu amigo.

Su respuesta me alivió y llenó de desesperación a partes iguales, si no era de él, ¿de quién narices era? ¿De quién se había enamorado?

—Si quieres aclarar las cosas, mejor pregúntale a tu padre, yo ya no tengo nada más que decir.

«¿A mi padre?».

—¿Qué pinta mi padre en todo esto?

¿Los habría presentado él?

Sus labios perfectos se curvaron en una sonrisa que se me quedó grabada a fuego.

—Cor, he intentado evitarte el disgusto, pero si insistes… El bebé es de él —dijo, acariciándose la barriga—, tu hermano crece en mi tripa.

La solté de inmediato y sentí una náusea muy fuerte.

—Imposible… Si es una broma, no tiene ni puta gracia.

—No lo es, en el fondo no sé qué esperabas. Tu madre solo piensa en el hospital y su carrera, tenía abandonado a Richard, y tú a mí, así que una cosa llevó a la otra y nos consolamos mutuamente, ya sabes… No hace falta que te explique cómo se fabrican los bebés.

—¡No! —voceé.

—No me culpes por contártelo, ya te dije que no era el momento y que mejor le preguntases a él.

—¡Papá nunca nos haría eso a mi madre y a mí!

—Cariño, tu padre besa el suelo por donde piso, se va a separar y criaremos a este niño juntos, hazte a la idea de que no voy a ser tu mujer, sino tu nueva mamá —rio cínica.

—¡Me das asco! —rugí.

—Los dos sabemos que eso no es cierto y que, si te dijera que ahora mismo lo dejo por ti, te echarías a llorar del alivio, aunque tranquilo, eso no va a suceder. Buenas noches, Cor.

—Por mucho que la mires no va a desintegrarse, hermanito. —La voz de mi hermana me sacó de mis pensamientos alcanzándome por detrás.

—¿Cómo sabes que la miro? —dije sin girarme.

—Me lo ha chivado mamá.

Me di la vuelta, Soph estaba preciosa con un traje chaqueta de corte masculino y un body de encaje debajo, que apenas se veía lo justo y necesario.

Besé sus mejillas.

—Buenas noches, hijo.

Estaba muy elegante con un traje de seda verde esmeralda.

—Buenas noches, gracias por ayudarme a organizar todo esto e invitar a todo el mundo.

—Ya sabes que haría lo que fuera por ti.

—¿Incluso compartir restaurante con esa zorra?

—Es la nueva mujer de tu padre y yo te enseñé modales, señora zorra está mejor —Fue inevitable que sonriera ante su cinismo y clase—. Ya no me afecta verlos juntos, en el fondo tu padre me da pena, esa mujer lo ha convertido en una sombra de lo que era.

—En eso estamos de acuerdo, solo está con él por su dinero.

Mi madre echó un vistazo alrededor, como siempre, haciendo un barrido rápido de quién estaba y con quién.

Había llegado antes de tiempo para asegurarme de que Marcus tuviera la libertad de ir a recoger a Kate. No podía decir que me gustara la idea, pero alguien tenía que hacerlo. Janelle iba a ser mi pareja de esa noche y, por supuesto, se negó rotundamente a compartir coche con el doctor Grant, insistió en llegar por su cuenta, declarando que prefería mil veces que Elliot la llevara en su cesta como a ET antes que compartir vehículo con él.

Las mesas estaban casi todas llenas, con mujeres y hombres charlando animadamente.

Reconocí a varios colegas, aunque mi sonrisa se amplió cuando reconocí a Ares, Zuhara y Jordan.

Ares, con un traje hecho a medida y unos gemelos de piedras preciosas, agarraba con posesividad la cintura de su chica, con un vestido palabra de honor lleno de destellos dorados. Ambos irradiaban elegancia y seguridad. Ares había sido parte del SKS, pero ya llevaba otra vida junto a su chica y su reconvertida tienda de antigüedades para que ella formara parte del negocio, ahora dedicado a las joyas. No podía evitar sentir cierta envidia al verlos tan felices. A su lado, el *boss*, el pilar fundamental del club, caminaba con una mano en el bolsillo y una copa en la mano.

—Todavía no me creo que hayas cerrado el SKS por mí —farfullé después de darles la bienvenida, presentarles a mi madre y a mi hermana, y que estas le preguntaran a Zuhara por la preciosidad de solitario que lucía.

—Bueno, ya sabes que siempre me ha gustado hacer comunidad y que te debo mucho, era lo mínimo que podía hacer hoy, además, no me apetecía enseñar la polla. —Reí con una carcajada profunda.

—Brindemos por eso —entrechocamos las copas.

La música suave de fondo, interpretada por una pequeña orquesta, acompañaba el murmullo constante de las conversaciones. Podía sentir cómo la tensión en mi cuerpo crecía con cada minuto que pasaba, viendo desfilar ante mí a todas las personas que conseguimos congregar.

Mi hermano Zack había llegado hacía unos instantes con una de esas *influencers* de moda, la última de una larga lista de chicas cuyo mayor talento parecía ser posar para fotos y reírse de cualquier tontería que saliera de su boca. Mi hermano vivía en su propia burbuja de mujeres exuberantes, conversaciones vacías e infinidad de *cryptomonedas*, quizá algún día se cansara y saliera con alguna que mereciera la pena. Solo esperaba que no tomara ejemplo de mi padre.

De repente, la mirada de mi madre se detuvo en la entrada del restaurante. Algo capturó su atención por completo, y cuando la seguí con la vista, supe exactamente el motivo porque yo mismo iba a necesitar que me conectaran a una máquina de respiración asistida.

—¿Quién es esa preciosidad que acompaña a tu amigo Marcus? ¡No me suena! —exclamó con sus ojos fijos en Mary Kate.

Mi pecho se tensó al verla, y la respuesta que me vino a la mente fue rápida, automática. «Esa es mi mujer». Quise gritarlo, pero lo único que salió fue un gruñido bajo, inaudible para los demás.

Estaba jodidamente deslumbrante, como si alguien supiera con exactitud qué se debía poner para llamar mi atención. El rojo era mi color favorito y ella estaba envuelta de encaje, lo que me recordaba a ropa interior. El vestido se ceñía a su figura de manera impecable, resaltando sus curvas y dándole un aire de *sexy* distinción que no se veía todos los días.

Su piel brillaba bajo las luces suaves del salón, y su rostro, delicadamente maquillado, con unos labios listos para el pecado, la hacía parecer salida de un sueño. Uno que con total seguridad mi mente lo volvería para mayores de dieciocho.

—Ay, Dios, no me digas que vas a ser tío y no me has dicho nada, Corey. —La voz de mi madre sonaba emocionada, no le había pasado por alto que estaba embarazada.

Fui incapaz de responder, mis ojos se encontraron con los suyos, y en ese instante, todo lo demás dejó de tener importancia.

Ella me sonrió con timidez, como si no estuviera segura de encajar en la fiesta, pero yo sabía que encajaba perfectamente, sobre todo, contra mi cuerpo y en mi cama.

—Disculpad —murmuré, sin despejar las incógnitas e ir directamente hacia ella.

CAP Í TULO 38



Mary Kate

—Respira hondo, Kate —me dijo Marcus al oído cuando traspasamos las puertas del restaurante y todos los ojos parecieron volverse hacia mí.

No estaba habituada a llamar la atención de tanta gente de golpe, por lo que frené en seco y clavé las yemas de los dedos en el brazo del doctor Grant, asimilando todo lo que nos rodeaba.

—Todos nos miran —me quejé.

—Eso es porque deslumbras.

Y entonces lo vi. Corey estaba en mitad de un grupo de personas, con la mirada prendida en fuego azul mientras me recorría con ella. Todavía me puse más rígida cuando llegó a mi rostro y frunció el ceño.

—Mira, parece que a mi socio le han meado en la copa de champán —rio por lo bajo mientras Corey daba amplias zancadas hacia nosotros.

—No digas eso —susurré, intentando sofocar la risa nerviosa que me provocaba la situación. Aunque se esforzaba por ser discreto, sus puños apretados y la tensión en su mandíbula lo delataban

—Mary Kate, qué alegría verte tan... —Corey hizo una pausa breve, como si buscar las palabras adecuadas fuera más difícil de lo que esperaba—. Tan recuperada.

El tono de su voz intentaba sonar ligero, pero sus ojos estaban cargados de algo oscuro e irritado mientras miraba cómo mi mano se aferraba al brazo de su socio.

—Gracias —respondí, intentando no sonrojarme más de lo que ya lo estaba. Sentía el calor

subiendo por mis mejillas, especialmente debido a la intensidad de su mirada sobre mí.

—¿Puedes quitar esa cara de gárgola horrenda? —le preguntó Marcus a su amigo, yo intenté no reír, pero me fue imposible, lo que provocó que los dientes de Corey estuvieran a punto de estallar y salir disparados por todas partes.

—No pondría esta cara si no llegaras tarde.

—Yo no he llegado tarde, aunque no puedo decir lo mismo de tu acompañante, que debe ir con la hora de Kansas.

—Si es que no puedes vivir sin tenerme en la boca, ¿eh, Culo Prieto?

Janelle pasó por nuestro lado con un modelo despampanante formado por un corsé verde lleno de cristales, la zona del vientre hecha de gasa transparente salpicada de brillos, para morir en una falda larga con un corte vertiginoso en el muslo y unos zapatos de plataforma que le daban más altura de la que tenía.

Parecía un hada traviesa, con el pelo suelto y alborotado cayendo por su espalda.

Entonces el que se puso tenso fue Marcus al verla y ella lo observó maliciosa.

—Creo que el tornado en el que has venido montada te ha dejado el pelo alborotado y las neuronas desorientadas.

—Las brujas venimos siempre en escoba, la he dejado aparcada al lado de tu coche, igual lo he rayado sin querer…

—Tú no sabes cuál es mi coche.

—Se me da muy bien mirar por las ventanas…

Mientras ellos discutían, Corey me observaba de manera incandescente, provocando que mi respiración se acelerara, sobre todo, cuando se detuvo en mi escote.

—¿Es que no nos vais a presentar?

Hubo un alto al fuego en la batalla provocando que tanto Janelle como el Dr. Grant volvieran a su trinchera. Las dos mujeres que estaban acompañando a Corey, que hacía unos minutos estaban flanqueándolo, la más mayor, con la vista puesta en mí de manera evaluativa. Ambas eran muy guapas y elegantes.

—Valerie, qué placer verte, ¿has hecho un pacto con el diablo?

—No seas adulador, Marcus, los dos sabemos que tengo más patas de gallo, aunque no me quejo, son fruto de salvar vidas y fijarme mucho en mis operaciones.

Mi acompañante me soltó para besar la mejilla de la mujer y después la de la más joven.

—Preciosa como siempre, Soph.

A esta se le iluminó el rostro con una sonrisa radiante y llevó las manos a la cara y el pelo de Marcus para palparlo.

—Hum, creo que no puedo decir lo mismo, te palpo más feo.

—Horrendo —dijo por detrás Janelle. La tal Soph rio.

—Y bien, ¿alguien va a presentarnos? —cuestionó con impaciencia la mujer más madura, Corey se le daba un aire, así que intuí de quién se trataba.

—Valerie, Sophie, ella es Kate, mi acompañante de esta noche. Kate, ellas son…

—Mi madre y mi hermana —zanjó Corey.

Las saludé y después le tocó el turno a Janelle, la cual fue presentada como mi compañera de piso y amiga del susodicho. No nombraron el SKS, por lo que no estaba segura de si la madre del Dr. Blackwood estaba al corriente de la otra vida de este.

—¿De cuánto estás? —se interesó Valerie.

—De dieciocho semanas.

—Vaya, ¿y ya sabes lo que llevas?

—No se quiso dejar ver —respondió Corey por mí.

—¿Eres su ginecólogo?

—Sí.

—Interesante, no parece ser una chica con aspecto de ser paciente de vuestra clínica.

—La atacaron y atracaron —interrumpió Janelle—. Lo perdió todo…

—Y si no llega a ser por Jane —se sumó Corey—, podría haber sido peor, sucedió al lado de la clínica, por lo que la atendimos nosotros.

—¡Qué horror! —espetó Sophie.

—Nueva York ya no es lo que era —suspiró Valerie—. ¿Y el padre de la criatura? —cuestionó. Al ver mi expresión, la suya también cambió—. Perdona, no quería parecer entrometida.

—No pasa nada, es solo mío —respondí con la voz algo temblorosa.

—A veces es mejor, algunos padres no merecen los hijos tan maravillosos que crecen en nuestros vientres. ¿Dónde te sientas, querida?

—No lo sé.

—En la misma mesa que tú y Sophie —comentó Marcus—, estaría bien que os fuerais sentando mientras Corey y yo damos una ronda y tanteamos a los futuros inversores. ¿Me la cuidáis?

—Claro… —susurró Sophie—. Ven conmigo, Kate. —Ella me cogió del brazo y murmuró—: Si ese bebé no tiene padre, creo que a Marcus le gustará ocuparse de él.

Corey lanzó algunos sonidos incómodos que no me perdí mientras las dos mujeres se agarraban a mí para llevarme con ellas. Janelle me guiñó un ojo y la vi dirigirse al lugar en el que estaba Jordan con una pareja que no conocía.

El padre de mi bebé fue arrastrado por su socio hacia varios grupos de personas, mientras su mirada volaba a mí una y otra vez, lo cual no pasó inadvertido a su madre, que lo contemplaba risueña.

—Cuéntame, entonces, ¿conociste a mi hijo en la clínica?

—Em, no, bueno, nos vimos en una ocasión hace unos meses cuando vino a Saint Valentine Falls, aunque no hablamos demasiado…

—Eso fue en julio, ¿no? —intervino Sophie—, cuando lo llamó Tara y se perdió el cumpleaños de Zack, menudo mosqueo que pilló mi hermanito.

—Sí, creo que sí —respondí escueta mientras los ojos de la doctora Blackwood se estrechaban.

Tuve suerte de que los demás integrantes de la mesa decidieran ocupar las sillas vacías en ese preciso instante.

Corey se acercó con Marcus y contempló molesto los carteles.

—Pensaba que nos sentaríamos juntos —espetó.

—Son mesas de ocho y tú eres mejor para los números.

La disposición era perfecta… para que Corey se enfadara más, y este se marchó en busca de Janelle farfullando cosas que no alcancé a entender.

Me encontraba sentada con Marcus a mi izquierda, y a mi derecha, Jordan, quien me saludó con una calidez tan genuina que me relajé al instante. Frente a mí estaban Zuhara y Ares, una pareja encantadora que se presentó con sonrisas amables. Eran tan atractivos que dolía mirarlos, el tipo de pareja que ves y te preguntas cómo el universo consiguió crearlos y que encima fueran

simpáticos. Ares era algo más serio, aunque muy agradable, y con Zuhara conecté de inmediato, era tan simpática que costaba no empatizar con ella.

A su lado estaba Soph y cerrando el círculo Valerie, al lado de Marcus.
Corey y mi amiga estaban sentados al otro lado del salón, con una expresión que mezclaba frustración e incomodidad.

Los camareros comenzaron a sacar los platos distrayendo mi foco de atención.

La conversación giró en torno a las donaciones, el proyecto de ampliación de la clínica, el comedor social y la inversión necesaria para maquinaria nueva. Todos parecían tener preguntas y escuchar a Marcus era inspirador, se notaba que creía en lo que hacía y que estaba volcado al cien por cien.

—Parece que Corey no está disfrutando mucho de su mesa —susurró Sophie desde el otro lado, con una sonrisa traviesa en los labios.

—No podemos culparlo —añadió su madre, quien no había perdido detalle del intercambio de miradas entre su hijo y yo—. Esa chica que ha traído Zack no parece ser capaz de construir una oración con sentido y ya sabes que el doctor Blackwood no es santo de su devoción.

¿Quién sería el doctor Blackwood? ¿El padre de Corey? No podía ver a todos los integrantes de la mesa, había demasiada gente y no habría quedado muy bien que preguntara o me levantara para entender a quién hacían referencia, quizá me equivocaba y era solo una coincidencia de apellido, aunque, por su forma de intercambiar susurros, me daba a mí que estaba en lo cierto.

Sophie se desenvolvía tan bien que no daba la impresión de ser una persona con discapacidad visual, aluciné cuando explicó a lo que se dedicaba, y ver su seguridad era inspirador.

Aunque me lo estaba pasando bien, sentí la necesidad de tomar un respiro cuando Soph se interesó por mi vida en Saint Valentine Falls y no tuve más remedio que hablar de Nuevo Amanecer.

—Dios, pobrecita, entonces, ¿naciste en una secta?

—Bueno, ellos se hacían llamar comunidad religiosa.

—Para el caso es lo mismo —aseveró Ares—, las personas que son capaces de anteponer, anular, el criterio de las personas para imponer sus leyes menospreciando a otros, dictando cómo deben sentirse, incluso comportarse, en pos de un dios castigador, no merecen mi respeto y lamento muchísimo lo que tuviste que pasar con ellos.

Todos asintieron.

—Querida, si necesitas cualquier cosa… —se ofreció Valerie preocupada.

—Por ahora solo ir al baño, he tenido suerte de encontrar a personas muy buenas a la llegada a la ciudad que me han abierto las puertas de su casa, como Janelle, me han dado un trabajo —miré a Jordan de soslayo—, o me han cuidado en la clínica, como Marcus o su hijo.

—Eso es muy bonito —comentó Zuhara visiblemente emocionada.

—Sí que lo es —se sumó Soph.

—Disculpad.

Me puse en pie y Marcus hizo lo mismo para retirar mi silla.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo, solo debo vaciar la vejiga, ya me entiendes, el bebé crece…

Él me ofreció una sonrisa afable y me indicó la dirección que debía tomar.

Aunque cada vez me costaba menos hablar de lo que me había traído a Nueva York, darme cuenta dl lugar en el que estuve metida no era plato de buen gusto, sobre todo, al verlo desde la perspectiva de los demás, por eso necesitaba escapar por un momento del juicio que suscitaba

Nuevo Amanecer, era un tanto abrumador.

Al entrar, no estaba sola, una mujer muy guapa y elegante se estaba retocando el pintalabios en el espejo.

No me había prestado atención al entrar, pero sí cuando pasé por detrás de ella para ir al lavamanos desocupado, quería mojarme la nuca con un poco de agua fresca.

Busqué la maneta, pero no la encontraba.

—Es automático, solo debes poner las manos debajo.

—Oh, gracias, ¡qué tonta! —exclamé sin dar mayor explicación, y ella torció el cuello.

—Tú eres la chica de Marcus, ¿verdad? Os he visto llegar juntos. Él y yo somos viejos conocidos. —Al parecer, me había convertido en la comidilla de la fiesta por venir con el doctor Grant.

—No, so-solo lo acompaño.

—Oh, disculpa la confusión, soy Teresa.

—Kate, encantada.

—Perdona de nuevo, hace mucho que no coincidimos, y al veros llegar juntos con tu tripita, di por supuesto que tú y él…

—No-no, qué va, él no es el padre de mi bebé.

—Claro que no, no sé cómo he podido plantearme que tú y él… Solo hay que veros —calló—. ¿Madre soltera? ¿O es que tu pareja no ha podido acompañarte? Me he fijado que no llevas alianza, soy muy observadora…

¿Es que en Nueva York todo el mundo quería enterarse de la vida de los demás? Tampoco tenía por qué avergonzarme, según Janelle, el orgullo nacía de una misma y yo me había propuesto sentirme muy orgullosa de mí.

—¿Te he incomodado? Quizá no debería haber preguntado, es que es muy difícil que un neoyorkino se quite el trabajo de la cabeza, tú no eres de por aquí...

—Missouri.

—Sí, tienes aspecto de saludable chica sureña. Yo nací en Connecticut, pero llevo viviendo tantos años aquí que ya soy neoyorquina. Gestiono una asociación para mujeres en situación de vulnerabilidad, ayudamos a chicas que cometen errores y terminan con un embarazo no deseado, ya me entiendes… Lo que para unos puede suponer una caída al precipicio, para otros es la ilusión de sus vidas. Hay familias deseosas de adoptar y darles una vida llena de lujos a esas pequeñas criaturas. Esta ciudad es de las que te engulle, es importante decidir bien y pensar tanto en la madre como en el bebé, no ser egoísta… Nuestra principal función es que no terminen engrosando la lista de mujeres sintecho que viven con recién nacidos en la calle, para que Asuntos Sociales termine dándolos a familias de acogida que solo buscan dinero fácil.

—Eso es terrible.

—Todo es solucionable si se da con las personas adecuadas, como yo.

—No es mi caso.

—No, por supuesto que no, perdona, no me refería a ti, de todas formas… —Abrió su bolsito y me dio una tarjeta—. Igual te encuentras con alguna chica que la pueda necesitar en tus visitas al ginecólogo, o puede que algún día te apetezca charlar, sé lo difícil que puede ser llegar a una ciudad de locos como esta. —Me la guardé y ella siguió observándome unos segundos hasta ofrecerme otra sonrisa perfecta—. Voy a volver a la mesa, encantada de conocerte, Kate.

—Igualmente.

CAP Í TULO 39



Corey

—¿Te has dado cuenta? —susurré a Janelle, inclinándome hacia ella mientras observaba la dirección en la que Mary Kate había desaparecido minutos antes.

—¿De qué? Si te refieres a la risa que produce la cita de tu hermano y que alguna mente perversa podría apoderarse de ella como tortura para conquistar el mundo, sí me he dado cuenta —respondió Janelle, frunciendo el ceño mientras jugueteaba con el borde de su copa de champán.

—No es por esa risa ridícula, me refiero a Kate y a Tessa.

Janelle alzó las cejas sin comprender.

—¿Qué pasa con ellas?

—Pues que la mujer de mi padre ha ido al baño y Mary Kate ha tomado la misma dirección…

—¡Vaya! —hizo una exclamación dramática y se pegó a mi oído—. Voy a decirte algo que cambiará drásticamente tu visión sobre las mujeres para siempre, pero me veo con el deber de hacerlo —carraspeó—. Solemos ir al baño cuando tenemos que evacuar, ya sean aguas menores o mayores. También cuando queremos retocarnos el maquillaje o, y esto es lo más fuerte, cuando sentimos un ataque indiscriminado de gases porque, aunque la mayoría lo niegue y apenas se hable de ello en los libros, sí, las mujeres nos *cuescamos* igual o peor que los tíos, ahí la llevas…

—Muy graciosa. —Puse cara de fastidio.

—¡Es que no lo pillo!

—Pues es muy sencillo, acaban de irse por la misma dirección…, y seguro que están ahí dentro, juntas.

—Ya, ¿y qué sucede porque compartan espacio? ¿La mujer de tu padre sufre desdoblamiento

de personalidad y se convierte en asesina en serie en los espacios reducidos? ¿O es que su espíritu de madrastra la hace llevar gajos de manzana envenenados en ese mini bolso y los ofrece a mujeres embarazadas?

—No lo entiendes —bufé.

—No, la verdad es que no.

Estaba hirviendo de irritación, pero intenté calmarme, era lógico que Janelle no se hiciera una idea de lo peligroso que era que estuvieran juntas. No sabía nada de la historia ni de lo que era capaz Tessa. Probablemente tampoco era el mejor momento para ponerla al día, con mi padre al otro lado de la mesa y rodeados de gente. Intenté bajar el tono lo máximo posible y hablar con disimulo.

—Es complicado, Jane. No es solo la esposa de mi padre —susurré, buscando palabras que no revelaran demasiado—. Digamos que tuvimos una historia antes de todo esto.

—¡¿Te follabas a la mujer de tu padre?! —espetó, llevándose la servilleta a la boca para disimular y que los demás no nos oyeran.

—Más bien fue al revés, ella se lo tiró aprovechando que yo estaba haciendo una misión humanitaria de medio año. El día de mi vuelta, cuando me arrodillé para pedirle que se casara conmigo, me soltó que no porque esperaba un hijo suyo.

—¡Qué hija de puta! —graznó demasiado alto contra las manos.

—¿Perdón? —preguntó uno de los accionistas del Presbiterian que estaba sentado a su derecha.

—Em…, que creo que eso lleva fruta —señaló hacia un canapé de langosta.

—¿Segura? Yo me he comido uno y juraría que no.

—¿No? Es que soy alérgica al mango y con ese color me ha dado la impresión. Perdón. —El hombre la miró con condescendencia—. Madre mía, Corey, y tu padre… —reenganchó la conversación mirándolo de reojo. No nos prestaba atención, estaba demasiado enfrascado en una conversación con su jefe y su mujer.

—Se casó con ella en cuanto mi madre firmó el divorcio.

—No me extraña que no lo puedas ni ver, si esa mujer hubiera hecho eso en mi familia, ya no respiraría. Mi madre la habría enterrado en cal viva. Entonces, ¿tienes otro hermano? —Negué.

—No puedo demostrarlo, pero juraría que fue una estrategia para enganchar a mi padre, al fin y al cabo, Tessa perseguía una vida de lujos y yo quería montar una clínica para gente desfavorecida. En cuanto lo tuvo pillado, dijo que perdió al bebé.

—Oh Dios, ahora lo entiendo, por eso te pusiste de culo cuando Kate entró en el SKS alegando que esperaba un hijo tuyo —musitó—. ¡No la creíste por culpa de esa envenenadora de manzanas!

—Algo así… Además, ten en cuenta que yo siempre uso…

—Ya, ya, ya… Esa cantinela ya me la sé, pero siendo ginecólogo y cirujano obstetra y conociendo a Kate, deberías plantearte que esas cosas fallan, es tan fácil como hacerse una prueba, aunque no seré yo quien te la exija. Cambiando de tema, ¿crees que tu madrastra ha podido decirle o hacerle algo para envenenarla?

Al pensarlo, sentí una náusea. Mary Kate era dulce, confiada, y aunque no la veía confrontando a Teresa, me preocupaba la mordacidad que esta pudiera emplear con ella.

De pronto, el hecho de que ambas estuvieran en el baño al mismo tiempo me parecía peligroso. Miré hacia el pasillo.

—Voy a buscarla —dijo Janelle.

—Voy yo, ya llevan bastante tiempo juntas y me preocupa.

Si le había hecho daño de algún modo, iba a retorcerle ese cuello hasta que dejara de respirar, me importaba muy poco mi juramento de preservar la vida de cualquier persona en ese momento.

—Tranquilo, yo escucho lo que aquí se cuece y luego te lo cuento, ve a por Kate y tráela sana y salva.

Me levanté rápidamente y me dirigí hacia el pasillo donde ambas desaparecieron.

Justo cuando llegué, me encontré que Tessa salía del baño. Sus ojos brillaron en cuanto se toparon con los míos, y me recibió con una sonrisa que me revolvió el estómago.

—Corey, ¡qué sorpresa! ¿Me has seguido? Porque juraría que el baño de hombres está en el otro pasillo —dijo, con un tono seductor que solo me recordaba lo poco que había cambiado.

Aquella mujer seguía siendo experta en envolver a cualquiera que se le pusiera delante con sus palabras y sus gestos calculados.

—Yo no te seguiría ni a la vuelta de la esquina. —Mantuve mi voz neutra, no deseaba darle más atención de la necesaria—. Disculpa, necesito ir a ver cómo se encuentra una amiga…

Estaba a punto de pasar de largo cuando ella bloqueó mi camino.

—¿Te refieres a Kate? —Me puse rígido de inmediato. ¿Cómo sabía su nombre? Sus labios se torcieron en lo que pretendía ser una mueca aguda—. Se encuentra bien, solo un poco sofocada, creo que Marcus le gusta, aunque me da a mí que no tiene mucho que hacer con tu amigo por muy bonita que sea de cara, y eso la frustra. ¿Has visto su tamaño? Más allá de que esté embarazada, esa chica necesita dieta estricta. Hay mujeres que no se ven.

—Lo que hay son mujeres que es mejor no verlas nunca, como tú. No sé cómo pude estar tan ciego y que me gustaras alguna vez como para plantearme hacerte mi mujer, estás podrida.

Ella rio.

—Oh, venga ya, no te enfades conmigo por decir lo que una mayoría silenciosa opina cuando la ve. Ya sé que ahora se lleva todo ese rollo del BodyPositive, pero… si esa chica quiere una oportunidad con un hombre como Marcus, debería reducir su tamaño a la mitad.

—¿Como tú? Porque déjame que te diga que desde luego tú eres la mitad, pero en todos los sentidos, no le llegas ni a la suela del zapato en cada una de sus características. Desde luego que es mucho mejor persona y a mí me parece más deseable que tú.

Ella apretó los labios y soltó una risa burlona.

—No hace falta que mientas, los dos sabemos cómo te ponía cuando estábamos juntos.

—Eso fue hace mucho, mis gustos han cambiado…

—Te sienta fatal decir aquello que no piensas… —musitó incrédula—. Por cierto, estás muy guapo esta noche. El traje te queda como un guante. —Su voz era baja, casi ronroneante. Me conocía demasiado bien, sabía cómo manipular el ambiente a su favor.

—Vete con mi padre —repliqué, intentando apartarme de ella. Pero ella no retrocedió.

—Vamos, Cor, no tienes que ser tan frío conmigo, ahora que tu padre y yo hemos afianzado nuestra relación, quizá podríamos, no sé…, divertirnos como antes…

Alzó una mano y la dejó caer sobre mi brazo, trazando un recorrido sinuoso que solo encendió mi ira.

Me aparté bruscamente, soltando un gruñido bajo.

—Lo nuestro terminó el día que reconociste haberte metido en su cama. Y ni hablemos de ese falso embarazo con el que quisiste engañarnos a todos —escupí las palabras sin suavizar la dureza de mi tono.

Tessa ni se inmutó ante mi explosión, solo sonrió, como si lo hubiera anticipado.

—Cor, perdí a ese bebé, ya lo sabes… —suspiró, acercándose más, demasiado cerca—. Fue muy duro para mí y ahora tu padre parece no poder tener más, no sé, quizá te gustaría que cumpliera tu sueño y llevara un Blackwood en mi vientre…

—Ni lo sueñes.

—Esa ira que albergas no es propia de ti, estoy convencida de que es porque todavía me deseas, por eso tus visitas son tan escasas y nunca te quedas a solas conmigo en una habitación, temes no poder contenerte y no te culpo, en la cama siempre funcionamos muy bien.

Su mirada era incisiva, calculada, y su voz susurrante me ponía los nervios a flor de piel.

—No quiero quedarme a solas contigo porque no te aguanto. Entre tú y yo lo único que queda es nada.

—¿Eso piensas? Porque podría demostrarte en un santiamén lo equivocado que estás.

Se acercó aún más, y antes de que pudiera reaccionar, sentí cómo sus labios se acercaban peligrosamente a los míos.

Mi cuerpo se tensó, pero me aparté en el último segundo, esquivando su intento de besarme, aunque su mano ya estaba en mi bragueta.

Fue el momento exacto en el que Mary Kate salió del baño. Nuestros ojos se encontraron y el mundo entero pareció detenerse por un instante. Podía ver la sorpresa y la confusión en su rostro mientras su mirada iba de Tessa a mí. Sin perderse detalle.

¡Mierda!

Aparté aquella oportunista a un lado.

Tessa no dudó en girarse y mirarla ladina, haciéndose la sorprendida, como si nos hubiera pillado haciendo algo poco adecuado.

—Mary Kate… —comencé, intentando aclarar la situación, pero no sabía ni por dónde empezar.

—Hola, Kate, disculpa si has visto algo que no debiste, no creímos que… Da igual, contamos con tu discreción, ¿verdad?

Hizo un gesto llevándose la mano a los labios como si nos acabáramos de besar.

Mi paciencia llegó al límite.

—Vuelve a la mesa, Tessa, tú y yo no tenemos nada más que hablar.

La dureza de mi voz dejó clara mi posición.

Ella me miró un segundo más antes de soltar un suspiro teatral, como si fuera la víctima de todo eso. Giró sobre sus tacones y se marchó, dejándome allí, de pie, enfrentado a la mirada de Mary Kate, que seguía clavada en mí, cargada de preguntas y algo más. ¿Decepción?

—Kate, no es lo que parece —dije, con la voz aún llena de frustración por lo que acababa de ocurrir, era la primera vez que la llamaba así—. Tessa es la mujer de mi padre.

Ella no dijo nada al principio, pero su expresión hablaba por sí sola. La revelación la horrorizaba más que la calmaba. Tenía que explicárselo todo, pero no allí, no de esa manera.

—¿Podemos hablar? —pregunté suplicante. Di un paso hacia ella.

Se cruzó de brazos, su mirada apenas se suavizó, pero la tensión entre nosotros seguía siendo palpable.

—Lo que haya entre vosotros no es asunto mío y no diré nada, disculpa.

Intentó pasar de largo, pero yo la retuve.

—Necesito explicártelo —murmuré, agarrándola de la muñeca con la suficiente fuerza como para que no se fuera. Ella bajó la vista y la clavó en el punto en el que mis dedos la aprisionaban.

—Y yo que me sueltes, quiero volver a la mesa.

—Kate, ¿estás bien?

El que faltaba…

Miré hacia la esquina, donde Marcus avanzaba hacia nosotros a pasos rápidos. «¡Cómo no! El salvador del Dr. Grant al puto rescate».

—¡No te metas! —espeté.

—Quiero volver a la mesa —suplicó ella, incapaz de mirarme a los ojos. Entonces los alzó y buscó a Marcus, en lugar de a mí, para que la socorriera.

—Ya la has oído, mi acompañante desea volver a la sala.

—Tenemos que hablar —gruñí.

—Yo no quiero hablar. Marcus, por favor…

Él me observó con una advertencia muda, podíamos ser amigos, pero cuando se trataba de Mary Kate, no lo sentía del mismo modo.

Al final la solté y ella corrió para engancharse al brazo de Marcus, quien me miró como si me la estuviera jugando a lo grande, antes de reanudar el regreso a su mesa.

Los seguí con la mirada, sabiendo que esa conversación no había hecho más que empezar.

CAP Í TULO 40



Marcus

Mary Kate temblaba ligeramente cuando la alcancé en el pasillo. Su mano se clavaba en mi antebrazo con urgencia, como si intentara protegerse de algo.

—¿Estás bien? —le pregunté, inclinándome un poco para mirarla a los ojos. No quería parecer demasiado invasivo, pero tampoco podía ignorar el evidente nerviosismo que irradiaba su cuerpo.

—Sí, no ha sido nada —respondió rápidamente, con una sonrisa que intentaba aparentar tranquilidad, pero era tan tensa que solo la delataba más.

Mis ojos buscaron alguna pista en su rostro, alguna señal que indicara lo que realmente había ocurrido. Podía decir lo que quisiera, pero su postura rígida, el azul de sus ojos transformado en gris acero, algo opaco, y las yemas de sus dedos hundidas en mí, indicaban lo contrario.

—Kate, estás temblando y no creo que sea de frío —murmuré suavemente, posando una mano en su brazo con gentileza—. Puedes decirme lo que sea. Si pasó algo que te incomodara o que quieras que aclare con Corey…

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—No... No ha pasado nada, en serio —insistió, bajando la mirada al suelo, como si quisiera ocultar algo que ya sospechaba.

Podía ser muchas cosas, pero no era cirujano general especialista en diagnósticos complejos porque pasara cosas por alto.

Cuando vi levantarse a Corey y moverse a pasos agigantados en dirección al baño de mujeres, supe de inmediato que ocurría algo.

Al principio pensé que se había dado cuenta de que Mary Kate había ido hacia allí, pero después algo me dijo que no lo habría hecho de aquella manera tan enérgica si solo se tratara de eso.

Quise ver qué ocurría y, en cuanto me levanté, oteé el ambiente. Tessa tampoco estaba en su silla, algo no cuadraba.

Me disculpé con mis compañeros de mesa y tomé el mismo rumbo que mi amigo. Habría llegado antes si el presentador de la gala no me hubiese interceptado para aclarar algunas dudas sobre el discurso y el tema musical que lo concluiría.

La pequeña interrupción ralentizó mi llegada al baño y en mi huida hacia delante me topé con Tessa, que venía del mismo lugar al que yo acudía.

No me gustó nada aquella expresión de haberse comido al ratón.

¿Qué habría hecho esa víbora?

Aceleré el paso y entonces los vi, Corey agarrando a Kate y esta pidiendo que la soltara con una angustia que me llegó al alma.

Una cosa es que fuera mi amigo y otra que pudiera haber cometido alguna estupidez. Solo esperaba que no fuera lo que pensaba, porque entonces le estrellaría mi puño en esa nariz recta y le desviaría el tabique para siempre.

No le insistí a Kate para que me contara lo ocurrido, sabía que, si quería, lo haría por propia voluntad. No la obligaría a abrirse si no estaba lista, pero tampoco la dejaría sola.

—Está bien —palmeé su mano antes de llegar a la mesa y retirar la silla para ella—. No tienes que contármelo si no quieres —le aseguré cerca del oído—. Pero no voy a ir a ninguna parte sin ti. Prometí cuidarte esta noche, y eso haré.

Ella me miró con los ojos llenos de gratitud y asintió.

La madre de mi amigo y su hermana se interesaron por si tenía algún tipo de indisposición.

Mary Kate echó balones fuera, dijo que había cola y que, cuando salió del váter, todo el mundo se había esfumado y ella era incapaz de encontrar la palanca para encender el grifo. Que pasó un buen rato hasta que se dio cuenta de que se accionaba pasando las manos por debajo. Su explicación causó un sinfín de sonrisas cómplices y derivó en un montón de anécdotas contadas por todos sobre cómo la tecnología nos había jugado malas pasadas.

Por mucho que la conversación fuera distendida, yo notaba que ella no tenía el mismo humor que cuando llegamos.

Esperaba que el postre obrara un milagro, no obstante, Kate parecía estar muy lejos, aunque escuchara y respondiera, no estaba conectada con los demás.

No pasó mucho tiempo antes de que mi socio y causante de todos sus males apareciera, interrumpiendo el flujo de la velada con su habitual intensidad.

Su estatura le permitió lanzarme varias miradas de advertencia por encima de las cabezas de los demás comensales mientras duraba la cena, como si mis intenciones fueran otras y él estuviera vigilando que no le arrebatara su hueso.

Al fin y al cabo, era lo que había pretendido que creyera para darle un empujón.

—Necesito hablar contigo, Marcus —dijo Corey, con un tono más demandante que amistoso. Las cosas no iban como él esperaba.

La espalda de Kate se tensó al escucharlo, pero no se giró ni un ápice.

Levanté una ceja y le devolví una sonrisa irónica.

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué?

—Inversores. —Corey apretó la mandíbula, evidentemente frustrado por algo más que solo

los temas de la gala—. No puedo atenderlos a todos yo solo y te recuerdo que, aunque me encantaría que pudieras disfrutar de la compañía de esta mesa, el motivo que nos ha traído a ambos a estar aquí es que toda esa gente done.

Asentí, sabía perfectamente que no era solo el tema de los inversores lo que lo llevaba a querer levantarme en pleno postre, quería hablar de lo ocurrido con Kate, estaba seguro.

—Muy bien. No te preocupes, Kate —le dije, volviéndome hacia ella y tomando su mano para besar sus nudillos en un gesto conciliador que estaría poniendo a mi amigo de los putos nervios —. Solo será un momento, ¿vale?

—Pero qué buena pareja hacéis —celebró Valerie con un suspiro profundo. Primero nos miró a nosotros y después a su hijo—. ¿Verdad que sí, Corey?

—Si tú lo dices…

Me dieron ganas de reír. Creí ver un amago de lo mismo que yo llevaba en los labios en la doctora.

Kate asintió lentamente, con la preocupación enturbiando su rostro.

Durante la siguiente media hora, Corey y yo estuvimos atendiendo a varios de los inversores, lanzándonos pullas veladas entre conversación y conversación. Él estaba claramente irritado porque no lo hubiera dejado a solas con Kate, y no perdía oportunidad de recordarme que no está bien meterse en los asuntos de los amigos.

—Deberías aprender a mantener la distancia, Marcus —me dijo mientras estrechábamos la mano de uno de los posibles donantes—. No siempre tienes que ser el héroe por muy médico militar que seas.

Sonreí con frialdad, respondiendo en el mismo tono.

—Y tú deberías aprender a no dejar que tus problemas personales interfieran en lo profesional, Corey. No todo gira en torno a ti y esa arpía —cabeceé en dirección a Tessa—. Quizá te apetezca contarme por qué Kate estaba tan alterada por vuestra culpa.

Iba a responder, pero una de las presentadoras televisivas más importantes del momento interrumpió la respuesta, quería que fuéramos a su programa y contáramos lo que hacíamos en la clínica, se ofreció a hacer una maratón solidaria y que sus telespectadores pudieran hacer donativos en directo, dijo que podría hacerlo al mes siguiente, a las puertas de la Navidad, que parecía ser época de mayor generosidad.

En esa ocasión fue el presentador de la gala quien nos interrumpió.

—¡Señoras y señores! —anunció con una sonrisa amplia y una voz poderosa—. Préstenme atención, por favor. Sé que la compañía es muy grata, la comida era excelente y es la hora de las copas, pero por eso precisamente, antes de que no puedan ver bien y les tiemble el pulso para firmar sus cheques… —Hubo risas cómplices—. Me gustaría invitar al Dr. Blackwood y al Dr. Grant a subir al escenario para compartir algunas palabras sobre su increíble labor en la Clínica Nueva Esperanza y que su entusiasmo y dedicación se vean reflejados en sus donativos. Doctores.

Corey y yo intercambiamos una mirada que indicaba que no habíamos terminado ni de lejos, no obstante, estábamos de acuerdo en enterrar el hacha en favor de los pacientes de la clínica, que eran el motivo de toda aquella parafernalia.

Corey tomó primero el micrófono, respirando hondo antes de hablar, mientras la sala quedaba en completo silencio.

—Buenas noches a todos. Para quienes no me haya dado tiempo a saludar y no me conozcan, soy el Dr. Corey Blackwood, uno de los fundadores de la Clínica Nueva Esperanza junto con mi

compañero, el Dr. Marcus Grant. Esta clínica es, en muchos sentidos, el reflejo de un sueño. Un sueño de un par de tipos que quisieron ayudar a aquellos que, por circunstancias ajenas a su control, no podían acceder al sistema de salud que muchos damos por sentado y que se ha convertido en una realidad gracias a la ayuda de personas como ustedes, que ven la importancia de cuidar de los más necesitados.

Corey miró a la audiencia, con sus ojos recorriendo a los donantes y colegas reunidos.

Mientras, yo tomaba el relevo.

—Cada día en la clínica vemos a personas que luchan por recibir atención médica básica. Gente que, sin importar su edad o condición, no tiene los medios para costearse un seguro médico. Y la realidad es que la salud no debería ser un lujo, no debería estar reservada solo para aquellos que pueden pagarla. Debería ser un derecho para todos, independientemente de dónde vengan o cuánto dinero almacenen en sus cuentas bancarias —empleé el último verbo adrede, porque toda esa gente podía vivir varias vidas con lo que acumulaban.

Mi compañero me miró y asintió para proseguir con voz potente.

—Cuando comenzamos este proyecto, sabíamos que no sería fácil. Pero lo hicimos con el corazón lleno de esperanza. La esperanza de que podríamos marcar una diferencia, aunque fuera pequeña, en la vida de esas personas. Hoy estamos aquí para pedirles que se unan a nosotros en este camino. Porque juntos, podemos cambiar mucho más que solos.

—Cuando Corey y yo decidimos abrir la Clínica Nueva Esperanza, lo hicimos siendo testigos de lo que significa no tener acceso a la salud, tanto él como yo hemos estado al lado de los más vulnerables en misiones humanitarias y hemos visto lo que es tocar fondo de verdad, no tener ni siquiera para poder curarse de una simple gripe o un dolor estomacal. Hemos trabajado codo con codo atendiendo a personas de todo tipo, gente a quien la vida no ha tratado bien y que lo único que les quedaba era poca salud. Lo que más me marcó fue ver a una madre con su hijo, fuera de un hospital, con el niño desmayado en sus brazos y sin poder entrar porque carecía del dinero necesario para pagar las pruebas que determinaran su dolencia. Esa imagen nunca se me ha borrado de la mente y es la que nosotros queremos erradicar, en la medida de lo posible.

Hice una pausa, respirando profundamente antes de continuar.

—Aquella noche, esa mujer me dijo algo que cambió mi vida. Me dijo: «Doctor, no pido lujos, solo quiero que mi hijo viva». En ese momento, entendí que nuestro sistema no solo les estaba fallando a ellos, sino a nosotros como humanidad, y no podía seguir siendo parte de este sistema sanitario sin hacer algo al respecto, por eso les hice entrar y costeé todo lo que aquel pequeño necesitara. —Los allí congregados empezaron a aplaudir, alcé las manos para silenciarlos—. No busco vítores o reconocimiento, solo su ayuda.

Alcé la vista hacia los rostros expectantes en la sala, conmovido, para que captaran la importancia de lo que les estábamos pidiendo.

—Ellos son Shelby y su pequeño Dan. —En la pantalla que quedaba a nuestras espaldas apareció una foto de la mujer y el niño—. Aquella noche tuvieron suerte, pero ¿cuántas Shelbys y Danes hay en Nueva York?

Dejé a mi socio con el micro.

—Cada donación que hagan esta noche no es solo un número o una cifra. Es una vida. Es una oportunidad de que un niño pueda volver a jugar, de que una madre pueda ver a sus hijos crecer, de que un anciano pueda disfrutar sus últimos años con dignidad. Están invirtiendo en algo que trasciende, que tiene mucha más importancia que el dinero: están invirtiendo en la vida misma de otras personas que les estarán eternamente agradecidas por su generosidad y empatía. Por eso,

desde el fondo de nuestros corazones, les agradecemos estar esta noche aquí y apoyarnos en esta misión.

Ambos hablamos al unísono para concluir el discurso.

—Les pedimos que sigan creyendo en lo que hacemos, porque la salud no es un privilegio, es un derecho. Y juntos, podemos hacer que más personas tengan la oportunidad de vivir una vida plena y digna. Gracias por estar aquí esta noche, y gracias por ser parte de Nueva Esperanza.

La sala quedó en silencio por un momento, mientras la emoción llenaba el aire. Luego, un fuerte aplauso lo rompió, resonando por todo el salón.

Los dos nos miramos, a pesar de nuestras diferencias personales, compartíamos la misma pasión por el trabajo que hacíamos en la clínica, y eso era lo importante, eso y haber tocado los corazones para vaciarles un poco los bolsillos.

El presentador tomó el micrófono de nuevo, animando a los asistentes a hacer sus donaciones.

—Y ahora —dijo con una sonrisa—, agiten sus chequeras y hagan donaciones generosas. Mientras tanto, el Dr. Blackwood y el Dr. Grant abrirán el baile benéfico con sus acompañantes. Señores…

Un murmullo recorrió la sala mientras yo iba en busca de Kate y Corey hacía lo mismo con Janelle.

Cuando le tendí la mano, pude observar que estaba emocionada y sus ojos llenos de lágrimas.

—Ha sido muy emotivo —murmuró.

—Me alegra que te gustara.

The Rising, de Bruce Springsteen, fue el tema que habíamos elegido para abrir el baile. Bruce siempre nos gustó a Corey y a mí, además, ese tema tenía que ver con la resiliencia y la recuperación, especialmente después de eventos difíciles, su letra y mensaje de levantarse después de la adversidad transmiten mucha esperanza, además de ser una música bastante contagiosa que te llenaba de buenas vibraciones.

—¿Estás mejor? —me interesé y ella asintió.

—Gracias, ha sido tan inspirador… —Apenas había pasado la primera estrofa que sentí un leve tirón.

—Cambio de pareja —anunció una voz aguda y descarada perteneciente a una pelirroja capaz de devorarme en llamas.

Me agarró del brazo y provocó que perdiera a Kate.

—Pero ¿qué demonios…? —balbuceé, sorprendido por su repentina intervención.

—Más bien demonia, aunque si le preguntas a mi madre, podría ser una fusión, ya te dije que vuelo en escoba, así que también soy un poco bruja.

Un rato bruja sí que era porque ya estaba sintiendo el puto palo pujando en mi bragueta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le pregunté—. Tengo que proteger a Kate, se lo prometí.

—Kate ya sabe cuidarse solita, me ocupé personalmente de que fuera así, y a tu primera pregunta… Por ahora me estoy frotando contigo para echarle una mano a mi amigo, cosa que deberías haber hecho tú si no fuera porque te gusta la misma chica que a él —susurró, sin soltarme.

—A mí no me gusta Kate, solo quería hacer reaccionar a Corey porque estoy convencido de que es para él.

—Oh. —Sus labios se fruncieron en una o demasiado mordible—. ¿Sabes que cuando das discursitos para tocar la fibra y tienes buenas ideas como esa… podría follarte?

«¡Joder!».

Si seguía apretándose así y diciéndome esas cosas, la acabaría ensartando en mitad de la pista. «¡¿Por qué narices tenía que resultarme tan sexualmente atractiva?!».

Sentí esa maldita descarga en mis testículos el mismo día que atravesó la puerta de la clínica, cubierta de sangre, con la melena alborotada y esa mirada asesina.

—No me toques los huevos, Janelle… —farfullé

—Si te los estuviera tocando, lo notarías, aunque por el tamaño que está alcanzando tu erección, yo diría que tienes una imaginación muy vívida.

«Puedes bailar con ella sin querer atravesarla», dijo una vocecilla en mi cerebro.

—Eso contra lo que te estás frotando es el palo al que te voy a atar para quemarte viva.

—Mmm, me gusta el fuego y estar sujeta a cosas rígidas.

«¡¿Podía callarse antes de que me estallara la polla?! ¡Tenía más peligro que un maldito lanzallamas!»

—Este jueguecito que has iniciado no va a tener buen fin.

—¿Eyaculador precoz? Cuánto lo siento, Culo Prieto, siempre igual, los buenos o son *gays*, o están pillados.

«Ignórala, no le hables, no discutas con ella, no la arrastres al *parking* para demostrarle que tu precocidad nada tiene que ver con tu eyaculación», sacudí mi mente por dentro, debía tener un fallo neuronal, porque cada vez que ponía un adverbio de negación a una frase mi cuerpo me empujaba a hacer lo contrario.

—¿Y esa cara? No sé si es una almorrana, o ganas de desnudarme.

—Tú te lo has buscado. ¡Vamos a comprobarlo! —dije, tirando de ella para llevármela fuera de la sala.

CAP Í TULO 41



Janelle

Jamás reconocería, frente a los miembros de un jurado, que quizá, y solo quizá, Ives Saint Lau-Grant, alias Dr. Culo Prieto, me ponía mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Ese traje de pespuntes rojos llamó mi atención como una polilla a la luz cuando entré en la sala.

Un hombre que usa ese tono de hilo para los botones no es una persona tan hierática a la que le guste pasar desapercibida, lo que me hizo plantearme lo que ya sospechaba, que ese hombre era pura fachada.

Mientras daba el discurso, me acerqué a Kate para entender por qué Corey contemplaba con mirada asesina a su madrastra tras regresar a la mesa, tuve que apartar hasta las cucharitas de postre por miedo a que terminara clavándole una.

Así averigüé que mi amiga sorprendió a la zorrona Blackwood abalanzándose sobre mi amigo y que Marcus apareció para salvarla de aquel momento incómodo en el que no se sentía capaz de hablar con Corey.

Iba a decirle que debía haber algún tipo de explicación racional cuando Marcus agarró el micrófono y se puso a hablar. Se me olvidó todo lo que quería decirle a Kate, cuando lo escuché con aquel aire férreo y pasional…

Acababa de perder la máscara, por lo menos frente a mí. Marcus no solo era un hombre comprometido con su trabajo, también con los más vulnerables, como Corey, y estaba convencida de que, aunque no ganara ni un solo dólar con su trabajo en la clínica, que no era el caso, seguiría dirigiéndola con él.

Su atractivo se multiplicó por cien y pensé que alguien que se atreviera a discutir tanto conmigo igual también era un digno oponente en la cama.

Yo funcionaba muchas veces por impulso y el impulso de esa noche era terminar como una loncha de queso fundido sobre ese cuerpo de carne morena.

No era de las que dejaban las cosas a medias. Si te caía mal, batallaba por caerte peor, y si quería besarte, haría por follarte mejor.

Por eso cuando tocó el baile de los anfitriones y sus parejas, sumé la desesperación de Corey a mi ansiedad por tenerlo en horizontal y se me ocurrió lo de cambiar de pareja.

Mis amigos necesitaban hablar de una maldita vez, sin interrupciones, y yo me iba a sacrificar por la causa ofreciéndole una distracción suficiente al Dr. Culo Prieto.

Me apetecía llevarlo al límite y ver si la chispa se convertía en llama, o mejor dicho, en incendio. Mientras bailábamos, amenacé su estabilidad emocional con mis restregones ensayados bajo la luz de los focos del SKS, pero lo que echó más leña al fuego fue su confesión, decirme que su interés por Mary Kate era el mismo que el mío, juntar a nuestros amigos. Entonces supe que bajo esa coraza impermeable latía un corazón intrépido y un pollón magnífico, a juzgar por lo que se me clavaba en la tripa.

Tomé la decisión que llevaba toda la noche acumulando, esa noche sería mío, y a la mañana siguiente ya veríamos.

No hablamos mientras duró el viaje en ascensor hasta la planta principal, tampoco nos comimos la boca ni nos magreamos apasionadamente, pese que a mí no me importaba el sexo en público. No era plan de hacerlo frente a una pareja de octogenarios a la que le pudiera dar un paro cardíaco y mi noche se convirtiera en un triple *bypass* de emergencia, en lugar de un polvo apoteósico.

—¿Adónde vamos? —pregunté al ver que en lugar de seguir hacia abajo, en dirección al garaje, me sacaba a la gélida noche de Nueva York.

—Mi coche es un deportivo —respondió como si pudiera leerme la mente—. Demasiado incómodo para lo que quiero hacerte, necesito espacio.

Espacio el que se acababa de hacer en mi entrepierna. Mi agujero negro acababa de engullir a mi escueto tanga con solo dos palabras: «necesito espacio».

Su mano de dedos fuertes y largos apresó los míos para tirar de mí hacia el portal del edificio de al lado.

Miré a un lado y a otro algo incrédula.

—No podemos hacerlo aquí, Dr. Grant. —Él me ofreció una sonrisita de suficiencia, atrapó mi cuerpo con el suyo sin llegar a hacer más que mirarme de manera intensa y, por arte de magia, abrió la puerta—. No voy a preguntar cómo lo has hecho o si tienes antecedentes, lo digo por si nos detienen y me preguntan, vengo con la lección aprendida de casa.

—¿Siempre tienes algo que decir?

—Intento evitar los silencios incómodos, alguien tiene que hacerlo.

No me esperó, se encaminó hacia el ascensor, pulsó algo con el pulgar y ese chisme se abrió. Cuando me acerqué, me di cuenta de que era un lector de huella, lo que me hizo arrugar el ceño con fuerza.

—Un momento, no me digas que tienes huellas universales compatibles con todos los sistemas de seguridad que requieren una para abrirse.

—Lo comprobaremos cuando las tenga entre tus piernas.

«¡Joder con el doctor infalible!»

Me vi arrinconada de nuevo contra el espejo interior y, tras pulsar el piso, aquella mano se coló por la raja de mi vestido y sus dedos hurgaron directos bajo la goma del tanga y el encaje, solo pude jadear al sentirme húmeda, resbaladiza y lista para la intrusión.

Me importó una mierda la sonrisa canalla que enmarcó su boca y que estuviera haciendo más

aguas que el mar rojo.

Era como un *dupe* del puto Moisés y Alibabá juntos.

Gruñó al meterme los dedos sin ninguna dificultad.

—Creo que funcionan…

—Y yo pensando que los polvos de ascensor solo pasaban en las películas y los clubs *swinger* de varias plantas.

—Mientras estés conmigo —metió los dedos de una forma que me licuó el cerebro por la vagina—, no admito a nadie más en esto, ¿estamos?

—Sigue haciendo lo que haces y te juro que no voy a necesitar más dedos nunca —confesé, agarrándome a su nuca por miedo a perder el equilibrio.

El maldito ascensor se paró y yo protesté presa de la frustración. ¡No quería que parara!

—Dime que has comprado ficha para otro viaje.

—Lo que te espera fuera va a ser mucho mejor…

—Soy fácil de convencer si se emplean las palabras adecuadas, así que sal y demuéstramelo, Don Allanamiento de Morada.

Su risa ronca me estremeció y, al pensar en él sin ropa, yo misma me quité las bragas antes de salir del ascensor.

—¿Qué haces?—murmuró cuando se las puse en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Para qué complicar las cosas? Te has ganado el pase directo a la montaña rusa y sin hacer cola.

Marcus soltó una carcajada.

—¿Siempre dices lo que piensas?

—Casi siempre, a ver, tampoco es plan de hacer daño gratuitamente. Si tienes una verruga gorda y con muchos pelos, no te diré que me produce asco, me iré fingiendo que al ir al baño he recibido una llamada urgente de que alguien ha atropellado a mi gato. No tendrás una, ¿no?

—Ven aquí y deja de hacer conjeturas absurdas.

Me puso contra la puerta de alguien, y lo que algunos podrían tildar de beso, yo diría que fue una nominación a saltarme todos los empastes.

Era bastante bajita comparada con su estatura, aunque no supuso ningún obstáculo. En cero coma me tenía suspendida en su cintura mientras mis manos se recreaban en el tacto de su pelo ultra corto.

Madre mía, ¡esa sensación me ponía los pezones de punta sin necesidad de que me los lamiera!

¿Era yo, o la otra puerta también se había abierto? ¿Era médico, o Houdini?

Escuché un clic a mis espaldas, o alguien nos estaba apuntando con un arma o estábamos dentro de la casa.

—Dime que es el piso de tu primo y no vendrá la poli a jodernos en pleno polvo.

—Ya te dije que, mientras estés conmigo, no habrá nadie más, y eso incluye a cualquiera que lleve uniforme y arma.

—Me sirve.

Me bajó al suelo y no protesté cuando lo único que hubo entre mis pechos y el aire exterior fue su boca succionando.

Un gruñido primitivo ascendió por su garganta repleto de posesividad.

Amasó mis tetas mientras mis pezones llegaban al límite de su dureza.

—Adoro que sean naturales y sin artificios.

—Ya somos dos.

No respondió a mi comentario y las siguió degustando, con una habilidad pasmosa y una velocidad ultrasónica derivada del poder de ser cirujano o experto en sexo, dio con la cremallera oculta del vestido y este cayó sin esfuerzo a mis pies.

Se apartó un nanosegundo para observarme hambriento, con la luz de la ciudad alumbrando mi desnudez a través de los ventanales. Farfulló un «joder» que nos llenó a ambos de premura.

Prácticamente se arrancó la americana, y mis dedos, habituados a coser botones, se deshicieron de ellos sin problema. Marcus ya se estaba quitando los zapatos y yo continué con los pantalones. Los calzoncillos de estetoscopios me hicieron sonreír, aunque se me quitaron las ganas de hacerlo de inmediato al ver una erección digna del SKS.

—Dime que tienes un carro de paradas por si me da un infarto de miocardio —babeé.

—A ti lo único que te va a dar soy yo.

No tuve tiempo a recrearme porque el Marcus de las cavernas emergió de inmediato, me cargó sobre su hombro y me llevó a una habitación que olía a cuero, madera y perfume caro.

—Túmbate en la cama, Jane.

Se me pasaron mil bromas por la cabeza, pero por una vez me apetecía estar con la boca cerrada y abrirla para cosas más interesantes.

Marcus puso música y me sorprendió escuchar a Taylor Swift entonar eso de *I'm Ready for It*, aunque por otro lado mi lado *swiftie* gritaba que estaba muy lista para él.

Lo vi coger un cinturón y parpadeé un par de veces creyendo que me iba a azotar, sobre todo, cuando pasó la punta flexible sobre las cumbres de mis pechos, siguió por mi abdomen y entre mis piernas ordenándome que las separara más.

Tenía una expresión perversa cuando las flexioné apoyando la planta del pie en el colchón y accedí a sus reclamos.

Jadeé con fuerza ante el contacto de la pieza con mi humedad. Estaba tan bueno que mi respiración se volvió errática de inmediato, sobre todo, cuando alzó el extremo empapado y lo acercó a mis labios para recorrerlos. No dudé en asomar la lengua para saborear la excitación que los cubría.

—Eso era mío.

—Todavía queda algo, por si quieres degustar —lo tenté.

—Prefiero ir directo a la fuente.

Colocó mis manos por encima de mi cabeza y con el cinturón me ató al cabecero cumpliendo su promesa de tenerme atada. Y yo que pensaba que iría de farol.

Parecía un demonio destructor, con lo que a mí me pirraban las criaturas oscuras.

—Prepárate para gritar mi nombre porque, una vez que entre en ti, ya no habrá vuelta atrás —dijo justo antes de bajar sin preámbulos y hundir su boca en mi sexo.

«¿Y quién narices querría largarse después de esto?».

Por muchos hombres y mujeres con los que hubiera estado, nada me había capacitado para recibir el asalto a mano armada del Dr. Grant.

Era como si supiera todo lo que me gustaba y fuera capaz de concentrarlo en una sola pasada de lengua. El ritmo, la presión y la velocidad eran perfectos para destruir todas mis conexiones neuronales.

Dio minúsculas dentelladas en mis labios exteriores, mientras sus dedos abarcaban todo el espacio interior alcanzando un punto que me hizo estremecer.

Lo único que podía hacer era alzar las caderas para ofrecerme a él.

Quería ser su puñetero sacrificio y arder en la pira de su boca y sus dedos.

Me hizo ceder a sus codiciosas demandas y, sin que pudiera ponerle freno, todo mi cuerpo se tensó en un orgasmo sin preaviso. Me corrí en su lengua gritando su nombre, solo quería clavarlo contra mis caderas.

Cuando alzó el rostro salpicado en mis fluidos, solo podía pensar en comérmelo.

—Desátame.

—Lo siento, esto solo ha sido el aperitivo.

«¿Aperitivo? Pero ¡si yo ya estoy ardiendo!».

Paseó su lengua díscola por mi pubis, mi ombligo, mis pechos y mi boca, para después alargar el brazo y hacerse con un condón.

—Conoces demasiado bien este espacio…

—Eso es porque te he traído a la guarida del león —murmuró, rasgando el envoltorio para enfundárselo.

—¿Estamos en tu piso?

—Estamos justo donde debemos estar para que calmes mi apetito y pagues tu osadía. Llevo mucho tiempo en letargo.

—Cualquiera lo diría —fue lo último que apunté antes de que me levantara las caderas y se pusiera a friccionar su erección entre mis pliegues. Me gustaba ver cómo toda esa masa de músculos se tensaba y se contraía.

—Estás demasiado bueno.

—Tú tampoco te quedas corta. —Me gustó escuchárselo decir, admitir que le ponía pese a nuestras diferencias.

—Hazlo —susurré muerta de ganas de que me penetrara—. Te quiero dentro.

—Si lo hago, vas a ser mía y solo mía… Quiero saber que lo entiendes y estás de acuerdo.

—Lo entiendo, hazlo de una maldita vez.

—Dilo, Janelle.

—Quiero ser tuya, ¿contento? —Lo sería, por lo menos dentro de esas cuatro paredes, en esa habitación.

—Tú lo has querido —farfulló, presentando la punta roma en mi abertura para hundirse por completo.

Mi cuerpo temblaba alrededor de su miembro, tenía el pulso acelerado y una fina capa de sudor salpicando mi anatomía.

Era grueso y me copaba a la perfección.

—Estás tan caliente y mojada, eres demencial.

Se apretó una y otra vez en mi interior, y subió mis piernas a sus hombros para hacer las estocadas todavía más profundas, mientras mis pechos se bamboleaban.

La postura de entrega total me pareció de las más eróticas que había adoptado nunca.

Me gustaba cómo me hacía sentir, la manera en que me miraba, como si pudiera destruir a cualquiera que nos molestara.

—Me vuelves loco, Jane.

—Pues ya somos dos —logré pronunciar mientras las acometidas se volvían más violentas.

Mi clítoris estaba al límite de su hinchazón, la fricción me había llevado a otro nivel que prometía un nuevo estallido de placer.

—Creo que voy a volver a correrme.

—Ya lo creo que lo harás.

Se aferró a mis piernas para calibrar la intensidad mientras yo lo imitaba agarrándome al cuero del cinturón, todo olía a sexo, deseo y a nosotros.

—Tengo los testículos como piedras.

—Pues libéralos en mí y córrete conmigo, doctor.

Algo brilló en el fondo de sus ojos oscuros, algo que venció la poca resistencia que me quedaba y empujó a mi vagina a ordeñarlo mientras los dos gritábamos y el orgasmo nos atravesaba a ambos.

—Mía —fue lo último que escuché mientras se vaciaba.

CAP Í TULO 42



Corey

La música nos envolvía, creando una atmósfera íntima entre nosotros mientras bailábamos.

El enfado había burbujeado en mi pecho cuando Marcus se llevó a Mary Kate como si fuera su protector personal. Tenía tanto que decirle, tantas cosas que aclarar, que me dolió que se fueran antes de que pudiera explicarme.

Sentí una punzada de frustración. No podía evitarlo. Lo peor era que sabía que Marcus estaba actuando de buena fe, pero eso no me hacía sentir menos impotente, sobre todo, teniendo en cuenta que sabía que ella le interesaba y, al parecer, a mí también.

No dije nada cuando llegué a la mesa, en la que Janelle me observaba atenta después de que le dedicara una mirada aniquiladora a Tessa.

Me preguntó qué me ocurría y yo preferí mantenerme en silencio para susurrarle que ya se lo contaría después. No deseaba calentarme todavía más.

Aguanté hasta que trajeron el postre, después me disculpé con la mesa alegando que necesitaba ir a por mi socio para ejercer de anfitriones.

Fue una situación bastante tensa, no me gustaba estar cabreado con Marcus y, sin embargo, tenía esa espina clavada en el pecho que me impedía comportarme de otro modo, como si me estuviera arrebatando algo que me pertenecía.

Era de locos.

Solo conseguí relajarme un poco durante el discurso, en el que volví a reencontrarme con la motivación que ambos compartíamos, y cuando me vi en la pista de baile, teniendo que ir a por Janelle, mientras Mary Kate se desplazaba sonriente entre los brazos de mi amigo, tuve un cabreo de mil demonios.

Janelle me miró con una media sonrisa que no anticipaba nada bueno.

—Mírame, Corey —dijo, moviéndose conmigo en la pista—. Tengo un plan.

—¿Cómo?

—Kate me ha contado lo que ha pasado cuando ha salido del baño mientras soltabais el discurso, y creo que tenéis que hablar.

—Eso díselo a su perro guardián. —Ella miró a Marcus de soslayo.

—Se me dan bien los animales.

—¿Qué vas a hacer? ¿Atar a Marcus a una silla? Te advierto que aprendió bastantes cosas mientras fue médico en la milicia.

—Haré algo mejor que eso —respondió, inclinándose hacia mí, con los ojos brillando—. Voy a dejarlo fuera de combate, aunque te advierto que, si Kate te interesa, harías bien en demostrárselo, ya le has dejado al Dr. Culo Prieto que te gane suficiente terreno. Sé que la situación entre vosotros es complicada, pero si no te espabilas y la dejas escapar, te arrepentirás.

—No es tan sencillo, Jane, las cosas… —intenté explicar, pero ella levantó una mano, cortándome.

—Las cosas son tan difíciles o tan fáciles como uno decida hacerlas, esta es tu oportunidad, no la desaproveches.

No me di cuenta de que nos habíamos acercado a ellos, y cuando Janelle pidió un abrupto cambio de pareja, aproveché la desorientación que asomó en los ojos de Mary Kate para hacerla aterrizar en mis brazos.

Sentirla tan cerca, con su precioso cuerpo pegado al mío, hacía que la urgencia en mi pecho creciera. Le había prometido a Janelle que hablaría con ella en serio y lo pensaba hacer.

—Suéltame —me imploró.

—Por favor, Ángel —usé el sobrenombre que tan bien la definía, inclinando la cabeza hacia ella—, solo escúchame. Déjame explicarte y después… tú decides qué hacer.

Ella fundió su mirada con la mía, su expresión era una mezcla de duda y tensión. No se apartó, lo que era buena señal, pero podía sentir lo rígida que estaba. Sabía que, aunque no quisiera hacer una escena por su carácter, eso no significaba que deseara oír lo que tenía que decirle.

Su cercanía despertaba algo en mí que no había querido reconocer hasta entonces. Era un fuego suave pero constante, una atracción que se encendía con cada paso que dábamos juntos, aunque nuestros movimientos eran lentos y controlados. El calor de su cuerpo, la curva de su espalda bajo mis manos, todo me desbordaba. Pero lo más importante era buscar un lugar apartado y sabía exactamente dónde llevarla.

Nos movimos entre la gente, ella ajena a mis intenciones, hasta llegar a uno de los extremos del salón que llevaba a una puerta.

Alrededor, las demás parejas nos rodeaban, sus voces y risas apenas perceptibles bajo la música.

Me daban igual los demás porque en ese instante solo existía ella, la mujer que sostenía en mis brazos y que me moría por besar.

No iba a hacerlo, no hasta que las cosas se hubieran aclarado entre nosotros.

La canción terminó y la tomé de la mano.

—Kate… —dije en voz baja, tratando de que mis palabras llegaran solo a sus oídos—. No pido que me perdones sin más. Solo quiero que entiendas lo que pasó, concédeme unos minutos.

Ella se mordió el labio y lanzó un suspiro, como si la conversación la estuviera agotando antes de empezar.

—Está bien, Corey —dijo en voz baja, resignada—. Te escucharé.

Asentí, agradecido. No sabía si volvería a tener otra oportunidad como esa, así que la guie fuera de la pista hacia la puerta que llevaba a un salón privado que estaba vacío, lo que nos daba el espacio necesario para hablar sin interrupciones. Nos detuvimos junto a un sofá, pero ella no se acomodó de inmediato.

—Por favor, siéntate —le pedí suavemente, mientras intentaba controlar mis emociones.

Estaba guapísima, su vestido rojo realzaba cada detalle de su figura, y a pesar de todo lo que pasaba entre nosotros, me resultaba imposible no admirarla, debía contener las ganas que me sacudían por completo y me empujaban a buscar su boca.

No era el momento de dejarme llevar por esos sentimientos. Había algo más importante que resolver.

Finalmente, se dejó caer con suavidad, y yo me acomodé a su lado, sin acercarme demasiado, dándole el espacio que parecía necesitar.

—Tessa… —empecé, sintiendo cómo el peso de todo lo que había guardado salía a la superficie—. Es la actual mujer de mi padre, pero antes de que se casaran, era mi prometida. —Ella dio un respingo—. Y lo que pasó entre nosotros, lo que hizo que tomáramos caminos distintos, fue devastador, por lo menos para mí.

No me interrumpió, su mirada me instaba a seguir. Mary Kate fue muy sincera cuando me explicó lo ocurrido con su prometido y su familia en Nuevo Amanecer, merecía que la correspondiera con la misma sinceridad.

Tomé aire decidido a contárselo todo.

CAP Í TULO 43



Corey

—Cuando la conocí, pensé que era la mujer con la que pasaría el resto de mi vida, con la que erigiría mi familia y compraría mi primera casa. Estábamos comprometidos, y yo lo tenía todo planeado. —Bajé la mirada, recordando aquellos días—. Parecíamos ser el uno para el otro, o por lo menos es lo que yo creía, hasta que decidí ir a una misión con Médicos Sin Fronteras por medio año. Creí que lo que teníamos era lo suficientemente sólido para que me esperara, de hecho, la dejé viviendo con mis padres y solo eran seis malditos meses, ¿qué es eso cuando te planteas el resto de tu vida con la persona que amas? —La miré dolido—. Al parecer, para mí no era nada y para ella lo era todo.

Tomé aire, preparándome para la parte más dolorosa.

—Cuando regresé, preparé una pedida digna para recordar, y al hacerle la pregunta que creía deseaba tanto como yo, junto a un anillo a la altura de las circunstancias, no respondió «sí, quiero», sino que estaba embarazada. —Mis palabras eran un susurro—. Al principio creí que no me había fijado bien, porque llevábamos seis meses sin vernos, ¿cómo no había podido darme cuenta de su tripa? Fue lo primero que pensé, pero claro, no había tripa porque el bebé no era mío. Se había acostado con mi padre mientras yo no estaba.

—Corey… —murmuró, extendiendo su mano sobre mi muslo. No dudé en poner la mía encima y refugiarme en su calor.

Sus ojos estaban llenos de sorpresa y dolor, mientras un regusto amargo ascendía por mi garganta.

—No voy a negar que fue el peor momento de mi vida, no solo la mujer a la que amaba me había engañado y se había negado a casarse conmigo, sino que encima me culpaba por haberla

dejado tirada y me convirtió en el culpable de haber buscado consuelo en mi propio padre. Fue devastador.

La frustración y el daño que Tessa me hizo volvieron a emerger, pero me obligué a seguir. Mary Kate se arrastró un poco cambiando de posición, acercándose a mí, lo cual me relajó y me dijo que estaba en el camino correcto.

—¿Cómo se lo tomó tu madre? ¿Y tus hermanos? ¿Cómo enfrentaste a tu padre? —quiso saber.

Cerré los ojos y fue como volver a aquel instante, años atrás, cuando fui a buscarlo, esa misma noche en que caí por el precipicio.

Las palabras de Tessa me retumbaban en la cabeza como una sentencia.

Todo lo que creía construido en mi mente se desmoronaba y, para más inri, el responsable era mi padre, el hombre en quien más confiaba. Que fuera él quien se acostara con la mujer que iba a ser mi esposa había desatado una hemorragia emocional difícil de controlar.

Fui directo a casa con un objetivo en mente: enfrentar a mi progenitor.

La puerta se abrió con un chirrido seco.

—¡Papá! —rugí con una furia desmesurada mientras recorría el pasillo.

Mis manos se abrían y se cerraban formando un par de puños deseosos de estrellarse en cualquier parte.

Me importaba una mierda el jet lag*, solo quería dar con ese maldito cabrón y reventarle.*

Mi pecho subía y bajaba irregular, mis pasos resonaban fuertes en el suelo. Tenía que encontrarlo, tenía que obtener respuestas.

Mi madre apareció primero, sobresaltada por mis gritos. Llevaba puesta una bata de seda, la que solía ponerse para las noches tranquilas, en las que no tenía guardia.

Su expresión era confusa, era la única que estaba al corriente de que sería la petición y no entendía qué estaba haciendo ahí, a estas horas.

—Corey, ¿qué ocurre? ¿Y Tessa? —preguntó preocupada. Sus ojos buscaron los míos con desesperación—. ¿Por qué estás tan alterado? ¿Ha pasado algo?

¿Algo? Algo se quedaba muy corto para resumir lo ocurrido.

No podía detenerme a explicarle por qué me ahogaba. Sabía que la verdad nos destrozaría a ambos por igual.

—¿Dónde está? —espeté seco, sin dirigirle una mirada, temeroso de romperme si confrontaba sus ojos. La tensión en mi mandíbula me estaba matando.

Ella frunció el ceño.

—¡Papá! ¿Dónde está? —repetí más alto.

Antes de que pudiera responder, la voz que tanto odiaba en ese momento resonó desde el salón.

—¿Corey? ¿Qué está pasando? —Sus gafas se escurrían por el puente de la nariz, llevaba un libro en la mano y un bourbon *en la otra—. ¿Qué haces aquí? ¿No volvías pasado mañana?*

Él también llevaba puesto el batín y ostentaba una calma irritante. Se parecía bastante a mí, aunque con unos años más y algunas canas. ¿Sería eso lo que Tessa habría visto en él? Pensar en ello me asqueaba.

Ese hombre que había sido mi pilar, mi ejemplo a seguir, se había convertido en la causa de mi mayor dolor.

—¡¿Cómo has podido, hijo de puta?! —solté sin preámbulos, recorriendo la distancia que

nos separaba para soltarle un puñetazo en la cara. Su copa cayó y rodó por el suelo, el libro se salpicó de licor al seguir el mismo camino y mi madre dio un grito.

—¡Corey! —rugió mientras yo lo sacudía sin piedad.

—¡¿Cómo coño pudiste hacerme esto?! —Mis palabras salieron con tanta fuerza que casi se rompieron en el aire.

Mi madre corrió hacia mí sin entender lo que ocurría, pero yo ya no podía contenerme más. Mi padre contenía como podía los golpes y su hemorragia nasal teñía la moqueta de sangre.

—¡Cálmate! —gritó.

—¡No me digas que me calme cuando te has follado y has preñado a mi futura mujer! —Mis venas latían como si fueran a estallar. Había perdido el control—. ¡Tessa se acostó contigo mientras yo no estaba y la embarazaste! ¡Se folló a mi propio padre! ¡Nos traicionaste a mamá y a mí! ¡Te metiste en la cama con la mujer que amo y, no contento con eso, le hiciste un hijo! ¡Un puto hijo!

Su expresión cambió entonces, su fachada serena comenzó a agrietarse. La culpa, el reconocimiento, aparecieron en sus ojos.

Mi madre arrojó un quejido sordo. Sin lugar a dudas, no esperaba aquella acusación por mi parte.

—Corey..., las cosas no son como crees —intentó defenderse, pero mi rabia ya no tenía límites.

—¡No te atrevas a mentirme! ¡Me lo ha dicho cuando le he pedido que se casara conmigo! ¡¿Cómo has podido hacernos esto, papá?! —grité, agarrándolo del batín para confrontar nuestras miradas—. ¡Me dijiste que siempre estarías ahí para mí! ¡Que la cuidarías en mi ausencia! ¡¿Y qué hiciste?! Yo te lo diré, ¡colarte entre sus piernas! ¡Me has robado a la mujer que iba a ser mi esposa y al que debía ser mi bebé! ¡Mi bebé!

—¡Yo no te he robado nada! —estalló, finalmente, dejando salir su propia rabia—. ¡Tessa me eligió! ¡No puedes obligar a alguien a quedarse contigo si ya no te ama! ¡Se sentía sola, la abandonaste por esos sin recursos! Tu madre hace años que me dejó por sus pacientes y sus guardias, hace años que su horario es incompatible con que nos acostemos y un hombre necesita sexo! Tessa y yo nos completamos.

Ese fue el golpe de gracia. Como si esas palabras hubieran sido puñales clavándose en lo más profundo de mi pecho.

Mi madre volvió a soltar un quejido sonoro y yo lancé a mi padre contra la pared sin miramientos. El impacto resonó en la habitación y él cayó al suelo, aturdido por el golpe.

—Corey, ¡no! —gritó mi madre, corriendo hacia mí, mientras yo respiraba con dificultad y mis puños todavía temblaban con ganas de erradicarlo para siempre, de calmar la ira que me devoraba sin piedad.

El golpe había sido más doloroso para mí que para él. Porque aunque lo había derribado físicamente, yo era el que estaba roto.

—¡Te odio! —le solté con la voz desgarrada—. ¡Lo arruinaste todo! ¡Arruinaste nuestra familia! ¡Arruinaste nuestra relación! ¡Arruinaste a mamá! ¡Arruinaste mi vida! —grité con un sollozo ronco.

Mi padre se incorporó, limpiándose la sangre de la nariz. Sus ojos me contemplaban con una mezcla de estoicidad y resignación. No iba a pedir perdón, lo sabía. Él ya había elegido y no era a nosotros.

—No había nada que arruinar, Corey —respondió con frialdad—. Puede que ahora no lo

veas así, pero Tessa nunca fue para ti, no voy a disculparme por lo que sucedió entre nosotros, fue inevitable, me habría gustado hacer las cosas mejor, contároslo con calma, pero, en fin, la vida viene como viene.

—¡Vete a la mierda! —grité, fuera de mí. Mis palabras se quebraban en el aire, y sentía que no podía respirar. El dolor me estaba asfixiando.

Mi hermana apareció entonces, con el rostro pálido y soñoliento, habiendo escuchado lo suficiente como para entender lo ocurrido.

La casa, que había sido un lugar de risas y momentos compartidos, se había llenado de gritos y traiciones.

—Corey, Soph, nos vamos —dijo mi madre con voz temblorosa.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó Sophie.

—¡Que cojáis vuestras cosas! —bramó, conteniendo el llanto que le hacía brillar los ojos. Por una vez di gracias de que mi hermana no pudiera vernos a los tres.

—Valerie, sabes que no he dicho ninguna mentira —farfulló mi padre.

—Eso no te da derecho a destrozarle la vida a nuestro hijo, ni a esta familia. ¡Me das asco y no quiero volver a verte jamás!

Su voz se quebró un poco ante la urgencia de huir. Por eso no me opuse a su petición y, tras una mirada de rabia en la dirección de mi padre, acompañé a mi hermana a buscar lo imprescindible.

Zack estaba en casa de un amigo y se había perdido el espectáculo, mejor para él.

—Valerie, escucha, este es tu hogar, el de los chicos…

—Tú has hecho que no lo sea, tranquilo, cuatro paredes no hacen un hogar, lo hacen las personas que se quedan, y tú estás solo, aunque te acompañe esa perra sin bozal.

Mi padre no añadió nada más y quince minutos después entrábamos con lo imprescindible en el coche de mi madre rumbo a un hotel.

Dejamos atrás la casa y la vida que conocimos hasta entonces.

Todo había cambiado en un instante, nuestras vidas ya no volverían a ser las mismas.

—¡Qué horror! —murmuró Kate, acercándose más todavía. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba contando en voz alta—. ¡Lo lamento tanto, Corey!

—No termina ahí, la cosa fue a peor.

—¿Cómo va a ser peor?

—Lo fue cuando descubrí que Tessa jamás estuvo embarazada, que fue una treta para conseguir ser la futura señora Blackwood y que el verdadero motivo por el cual yo ya no le interesaba era porque no quería al lado un cirujano que antepusiera la gente sin recursos al dinero.

—Un momento, por partes, ¿y qué hace aquí?

—Aparentar y acompañar a mi padre, su jefe iba a darnos una cuantiosa suma, así que… Además, el nombre de mi padre siempre empuja a gente importante, si no fuera por eso, no les habría invitado.

—¿Y lo del bebé? ¿C-cómo que no estaba embarazada? —titubeó.

—No pude demostrarlo de manera fehaciente, pero digamos que Marcus me ayudó a hurgar en su ficha de salud. Nunca fue al médico, no había un positivo en su ficha ni ninguna eco. No fue al hospital ni una sola vez, y en cuanto tuvo lo que quería, dijo haber perdido al bebé. Un día después del supuesto aborto, estaba riendo y de compras con sus amigas. Estoy seguro de que no

hubo bebé, Mary Kate.

La consternación oscilaba en su bonita cara.

—¿Y tu padre? ¿Se lo dijiste?

—Mi padre está abducido por esa mujer, me dijo que me lo inventaba porque quería separarlos y no era capaz de admitir que lo hubiera preferido antes que a mí.

—Es horrible.

—Lo es, aunque en una cosa sí que tengo que darle la razón, ahora debo darle las gracias por quitármela de en medio, porque a una mujer así no la quiero ni en pintura, en el fondo me hizo un favor, aunque me destruyera.

—¿Y tu hermano cómo se lo tomó?

—Zack se quiso quedar con mi padre, según él para controlar, yo siempre he pensado que era por comodidad, a mi hermano siempre le ha gustado mantener una vida acomodada.

—¿Y ahora hay relación con tu padre?

—Digamos que he conseguido sentarme con él a una mesa y visitarlo un par de veces al año. Nos dio un susto hace año y medio y Zack medió para que, por lo menos, tuviéramos una relación «cordial». Por llamarla de alguna manera. Mi hermano lleva unas semanas diciendo que lo ve algo apático, según él puede que esté empezando a ver que Tessa no era la mujer que creía que era, pero es difícil dar marcha atrás cuando la has jodido tanto.

—Todavía no doy crédito a que tu padre no te creyera cuando le contaste lo del falso embarazo. —Sus ojos se abrieron de golpe—. ¡Por eso no me creíste! ¡Pensaste que era como ella!

Asentí, sabiendo que no tenía excusa. Por lo menos esperaba que no me juzgara muy duramente.

—Lo siento muchísimo, tú acarreaste con una culpa que no era tuya, con el peso de mi mochila, ahora sé que no eres como ella, de hecho, no os parecéis en nada. En este tiempo he podido conocerte y sé que nunca harías algo así. —Hice una pausa y solté la pregunta que me quemaba por dentro—. Este bebé es mío, ¿verdad?

Tenía el corazón en la garganta, y aunque algo en mi interior ya sabía la respuesta, necesitaba que me lo dijera de nuevo.

—Corey…

—Por favor, solo quiero escuchártelo decir una vez más, y hacer las cosas bien. —Ella suspiró resignada.

—La única persona con la que me he acostado en mi vida eres tú, no creo que te cueste demasiado atar cabos.

La verdad cayó a plomo sobre mí. ¡¿Cómo había podido ser tan idiota?! ¡Claro que solo se había acostado conmigo y encima había sido un polvo nefasto para ella!

No había un ápice de mentira en sus ojos.

El aire abandonó mis pulmones y me sentí un mierda. Mi pulso dio un acelerón brusco, se la veía tan vulnerable.

—Lo siento muchísimo, te lo juro, yo…

—Lo entiendo, con lo que pasaste es difícil confiar en una mujer que dice llevar un hijo tuyo y que fue un polvo sin importancia.

Que se refiriera así sobre ella me dolió.

—No digas eso.

—Es la verdad, es lo que fui y no te culpo por ello.

«Pero ahora no eres eso, me importas más de lo que soy capaz de admitir».

Tragué con fuerza, odiándome por lo que le había hecho pasar. Mary Kate merecía saber toda la verdad, que despejara todas sus dudas y después de eso decidir si quería darme una oportunidad.

—Antes, en el pasillo —proseguí—, lo que viste… —me aclaré la garganta porque se me atascaban las palabras—. Tessa me propuso que volviéramos a acostarnos, yo me negué, por supuesto. No la quiero ni como amante ni como mujer. Ya no despierta nada en mí, pero ella no me cree, piensa que su atractivo es infalible, por eso, después de pedirle que se marchara, se abalanzó sobre mí e intentó seducirme. Te juro que no la deseo, Ángel. —«No como a ti»—. Por eso no quería que te fueras, necesitaba explicarme, que comprendieras que yo no…

—Te creo —musitó sin dificultad.

—¿Me crees? ¿Así de fácil?

—Sí, te creo. ¿Por qué no debería hacerlo?

«Eso, ¿por qué no debería si era la verdad?». Y volví a verla a través de ese alma tan pura que no ocultaba nunca. Creció en mí la opresión que llevaba sintiendo desde hacía unas semanas y decidí dejarla ir.

—Yo también te creo a ti —admití, mirando su tripa.

Era cierto, la creía

Ella no respondió de inmediato, sus ojos bajaron al mismo punto en el que estaban puestos los míos. Mi mano le ofreció una caricia lenta a la suya y volví a sentir aquella intensidad que me llevaba directo hacia su boca.

—Ángel… —murmuré, llevando la mano libre a su mejilla.

Ella soltó un pequeño jadeo y se llevó su otra mano al vientre.

—¿Qué pasa? —pregunté, preocupado, inclinándome hacia ella—. ¿Estás bien? ¿Es el bebé? —Ella intensificó su mirada.

—Creo que… se ha movido —murmuró con una mezcla de asombro y emoción.

Sus palabras me golpearon con fuerza, sabía que era pronto para sentirlo desde fuera, pero eso no importaba. La sola idea de que mi hijo, «nuestro» hijo, estuviera moviéndose dentro de ella, despertó en mí unos sentimientos difíciles de describir.

—¿Puedo...? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Puedo… tocarte?

Ella asintió, y con cuidado, casi con reverencia, coloqué mi mano sobre su vientre. Sabía que no notaría nada, pero el simple hecho de estar ahí, de tocar esa parte de ella que albergaba nuestro hijo, me hizo sentir más cerca del futuro que siempre había deseado y supe que ella sí era la mujer correcta. Si no me quería como pareja, tal vez me dejara ser el padre de nuestro hijo.

CAP Í TULO 44



Sepúlveda

Llevábamos varios días tirando de hilos que parecían no llevar a ninguna parte. El caso de las chicas desaparecidas nos había tenido atrapados en un laberinto de pistas sueltas, y empezaba a quemarnos vivos por dentro.

Por fortuna, tras decenas de tazas de café, pocas horas de sueño y revisar minuciosamente los casos anteriores, habíamos dado con lo que parecía un patrón.

Martínez y yo estábamos en la sala de reuniones de la comisaría, rodeados de informes, fotos, grabaciones y mapas. Sobre la mesa, los expedientes de al menos cuatro chicas encontradas muertas en circunstancias extrañas: todas con signos evidentes de haber dado a luz poco antes de morir, y ninguna con un rastro claro sobre su desaparición.

—Fíjate, ¿cómo no lo había visto antes? ¡La mayoría son estudiantes de intercambio! —dije, apuntando a las fotos de las chicas—. Universitarias jóvenes, extranjeras, de familias respetables o con recursos, y sin una sola orden de desaparición cursada en su momento. ¿Sabes por qué? — Lo miré con dureza.

Martínez, que estaba de pie con los brazos cruzados, asintió.

—Porque la gran mayoría seguían en comunicación con sus padres —murmuró, como si aún no pudiera creérselo.

No es que fueran mujeres sintecho. Cuando filtramos las huellas y pedimos ayuda a la CIA y la Interpol, dimos con las identidades de cada una. Casi todas eran europeas, y una latina.

La gran mayoría hablaba con sus familias a través de llamadas y mensajes, manteniéndolos engañados, diciendo que habían decidido tomarse un tiempo sabático, que la universidad les permitía estudiar a distancia… y nadie sospechó que era mentira...

—Ahora sabemos que esas llamadas no provenían de ellas, que lo más probable es que

alguien manipulara sus voces con Inteligencia Artificial —mascullé—. Por lo que sabemos, las llamadas se hicieron desde sus móviles o por lo menos emulando sus números, para no levantar sospechas y esto es lo jodido… —arrojé un informe sobre la mesa—. El rastreo de las señales muestra que las llamadas se realizaron desde distintos países. Cada una de las chicas parecía estar en una localización diferente cada vez que hablaban con sus padres —comenté frustrada.

—Los dos sabemos que es imposible, que esas chicas están muertas y aquí, así que alguien tiene los recursos suficientes para alzar esta gigantesca cortina de humo, lo cual no es para nada barato. Alguien se está tomando demasiadas molestias para que no demos con él —sentenció Martínez.

Asentí. Estábamos lidiando con algo grande, algo mucho más organizado de lo que habíamos creído al principio, ya no solo se trataba de los bebés, esas chicas eran todas buenas estudiantes, de buenas familias, la mayoría religiosas y que predicaban con la virginidad hasta el matrimonio.

Que ellos supieran, ninguna de ellas tenía novio. Y eso me escamaba muchísimo porque implicaba una selección muy precisa y tener datos muy íntimos de esas chicas.

Antes de que pudiéramos seguir especulando, la puerta de la sala de reuniones se abrió de golpe y el comisario apareció, con el ceño fruncido y los labios apretados. Podía ver la tensión en sus hombros y el brillo de cansancio en sus ojos.

Desprendía cierto aroma a presión, y yo ya sabía por dónde iban los tiros.

—Sepúlveda, Martínez, a mi despacho. Ahora.

Cualquiera le decía que no.

Intercambié una mirada rápida con mi compañero antes de levantarme de la silla. Eso no pintaba bien. Caminamos en silencio hasta la oficina del comisario, donde este cerró la puerta de un portazo tras nosotros. Parecía estar a punto de explotar.

—¿Cómo vais con lo de la chica Larsen? —nos disparó la pregunta apenas tomamos asiento.

El maldito caso de Astrid Larsen seguía siendo el epicentro de nuestras investigaciones. La desaparición de la joven universitaria había puesto al alcalde y a varios peces gordos de la ciudad en alerta, y el comisario lo estaba sintiendo en carne propia. Sabía que ese caso estaba conectado con los otros, pero no teníamos todas las piezas aún, y aunque los de la unidad de desaparecidos deberían estar dando el callo, lo cierto era que todo el peso estaba cayendo sobre nosotros.

Mi función era cazar al asesino antes de que volviera a actuar, aunque esa vez dar con la víctima pudiera llevarme a él, o a ellos.

—Estamos haciendo todo lo posible por dar con ella, jefe. —Relacionarla con las chicas de nuestro caso era buena señal, porque por lo menos sabíamos que estaba viva en alguna parte y seguiría siendo así hasta que diera a luz—. Pero esto es más complicado de lo que parecía en un principio —respondí, intentando mantener la calma, aunque estaba claro que él no iba a recibir bien cualquier excusa.

—¡El alcalde me está comiendo vivo! —rugió, golpeando el escritorio—. Está recibiendo presiones directas del padre de la chica, y no le gusta ni un pelo que esto parezca estancado. ¡Le ha dicho que si no la encontramos pronto, se va a llevar todas sus puñeteras empresas de energías renovables fuera de la ciudad!

Me dolía la cabeza solo de escucharlo. No era nada nuevo, siempre lo mismo: política y dinero por encima de todo. Las vidas de esas chicas parecían importarle una mierda a todo el mundo, excepto por las repercusiones financieras.

—No estamos estancados, comisario. Estamos siguiendo las pistas, pero alguien está poniendo muchas trabas. Cada vez que tratamos de rastrear una llamada, nos aparece una señal en un país

diferente. Es una maldita operación internacional, o algo aún peor. Y encima, seguimos esperando las imágenes de las cámaras de tráfico que solicitamos hace días. ¿Le suena de algo? —respondí, cruzándome de brazos, sintiendo cómo la ira se acumulaba en mi pecho.

—¡No me ponga excusas, Sepúlveda! —gruñó—. ¡¿Por qué cojones no han hecho ya su trabajo?! Si este caso se va al carajo, ya puede ir despidiéndose de su puesto como comisaria, yo estoy a punto de jubilarme, pero a usted le queda mucha carrera por delante, y si esto sale mal, será su cabeza la que termine rodando, no creo que le apetezca acabar poniendo multas de tráfico. Y no es la primera vez que la veo haciendo las cosas a su manera.

—Con todo el respeto, comisario, si la unidad de desaparecidos hiciera su trabajo como es debido, no tendría que andar saltándome normas para obtener resultados. No se puede querer sopa y teta al mismo tiempo.

Martínez me lanzó una mirada cautelosa, pero yo estaba demasiado enfadada para contenerme. Sabía que tenía razón. No íbamos a resolver el caso si todo lo que obteníamos eran puertas cerradas en la cara.

Alguien estaba cubriendo las huellas de esas desapariciones, y parecía tener muchos recursos.

El comisario me fulminó con la mirada, claramente molesto por mi tono, pero respiró hondo antes de hablar de nuevo.

—Haré las llamadas que correspondan para conseguir esos malditos vídeos, pero muevan el culo, porque no tengo más margen. Larsen ha dado un ultimátum al alcalde y nos estamos quedando sin tiempo.

Me levanté de la silla, apretando los puños.

—Si usted hace su trabajo, nosotros haremos el nuestro —dije, con más confianza de la que sentía en ese momento.

—¡Me está hinchando las pelotas con su actitud, Mary!

—¡Pues imagínese cómo tengo yo los ovarios y sin necesidad de tener la regla!

—Cálmate —me farfulló César por lo bajo.

—¡A la mierda! —Salí del despacho dando un portazo, dejando a mi compañero en el interior calmando al maldito comisario.

¡Que les dieran a todos!

Salí de la comisaría para que me abrazara el aire gélido de la ciudad. Las luces ya estaban colgadas recordándonos que se acercaba la Navidad, aunque mi espíritu festivo estuviera por los suelos.

Me encendí un cigarrillo, un mal vicio que me pegó Margaret y que ya necesitaba para no llevarme una botella a la boca.

—Te has pasado tres pueblos —masculló César a mis espaldas mientras soltaba la primera bocanada de humo.

—¿Yo? ¡Estoy harta de que nos exijan y sigan sin hacer nada!

—Estoy de acuerdo, pero sabes tan bien como yo que el comisario no tiene la culpa y que tú te juegas mucho en esto.

—¿Piensas que no lo sé? A veces me entran ganas de tirarlo todo a la mierda, de no ser… —me callé. Porque lo que iba a decir me producía demasiado dolor.

«De no ser por el sacrificio de Margaret y su último deseo quizá lo habría hecho».

Martínez se quedó a mi lado y pasó su mano por mi espalda.

—No me toques, que no necesito consuelo.

Él soltó una exhalación.

—Como quieras. Estamos pisando terreno resbaladizo, jefa, y no me refiero a esos escalones helados —señaló.

—En eso estamos de acuerdo.

—Si alguien está manipulando todo para que no podamos avanzar… —Lo miré, con una mezcla de cansancio y determinación—. Significa que tiene esos recursos que implican un desembolso bastante gordo. Cuando descubramos qué hay detrás, no va a ser bonito.

—Estoy de acuerdo, nos movemos entre tiburones siendo pececillos, por eso tenemos que mantenernos en el fondo, movernos rápido y camuflarnos. —Di otra calada profunda.

La red que estaba detrás de esas desapariciones no iba a dejarnos tiempo para respirar, y yo no estaba dispuesta a perder ni un segundo más.

—¿Alguna idea de por dónde empezamos?

—Creo que deberíamos ir a cada una de las residencias, a ver qué nos encontramos.

—Me parece un buen punto de partida, jefa.

Lancé el cigarrillo y lo aplasté con la suela.

—Vayamos a por los abrigos, tú conduces y llama a Nancy para decirle que no te espere a comer.

—Hecho, jefa.

CAP Í TULO 45



Mary Kate

Sonreí como una boba mientras cosía el dobladillo de uno de los pantalones de los pecados capitales.

Estaba en el taller del club y mi cabeza no paraba de recrear lo ocurrido la noche anterior.

Tras sentir por primera vez a mi bebé y compartir la emoción con Corey, nos vimos interrumpidos por uno de los asistentes, el señor Vílchez, a quien le habían dicho que el Dr. Blackwood había sido visto por última vez entrando al salón y él necesitaba hablarle de una donación bastante importante para la clínica.

Yo me sentía exhausta, últimamente tenía más sueño de lo normal y no dejaba de bostezar.

Él me miró de reojo y le pidió al señor Vílchez si podía esperarlo fuera, que tardaba un minuto.

—Por supuesto, por cierto, no he tenido el gusto de conocer a su acompañante —murmuró el hombre con una mirada inteligente que voló de mi cara al vientre.

—Ella es Kate Adams. Kate, es el señor Lucas Vílchez, el dueño de la clínica en la que trabaja mi padre.

—Encantada. —Me tomó la mano y besó mis nudillos produciéndome cierto hormigueo frío en la zona donde puso los labios.

—No hay nada más encantador que una mujer en estado de buena esperanza, enhorabuena, tanto para usted como para el padre.

—Gracias.

—Le espero fuera, Dr. Blackwood.

—Enseguida salgo.

En cuanto nos quedamos a solas, Corey vertió su mirada cálida en la mía.

—Lo siento.

—No pasa nada, estoy muy cansada —bostecé—, creo que me voy a ir a casa.

Vi cierta reticencia a que me marchara en su expresión.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte un poco más? Me gustaría que pudiéramos seguir hablando. Me libraré del señor Vílchez pronto.

Estuve tentada a decirle que sí, pero después pensé en que no era la noche adecuada, él debía estar con lo importante y, en esa ocasión, no era yo.

—Hoy tienes que pensar en los que más lo necesitan, Corey, nuestra conversación puede esperar, no me voy a ir a ninguna parte.

Él soltó una exhalación.

—Vale, pero no te marcharás sola.

—Puedo coger un taxi.

—Ni hablar, buscaremos a alguien que te lleve.

Al salir al salón, nuestra primera opción fueron Marcus y Janelle, pero no aparecían por ninguna parte.

—Cogeré un taxi —le repetí.

—Ni hablar, puedo acompañarte yo y vuelvo en un momento.

—¡Estamos en la otra punta de la ciudad!

—¿Qué ocurre? —Jordan se nos había acercado.

—Kate está cansada, quiere volver al apartamento y no encontramos a Jane o a mi socio para que la acompañen.

—Yo la llevo.

—¿Seguro? —preguntó Corey.

—Sí, claro, además, ya he hecho mi donativo, poco más me queda por hacer aquí. Vamos, Kate.

—Te debo una.

—Ya sabes que más te debo yo a ti. Nos vemos mañana.

El señor Vílchez se acercó, y él y Jordan clavaron el uno la mirada en el otro. Mi jefe se puso rígido por un instante y el empresario sonrió.

—Ya estoy con usted, señor Vílchez —musitó Corey, dedicándome una última mirada.

Mi corazón aleteó, ¿era posible que tuviéramos una oportunidad después de todo?

No quería hacerme demasiadas ilusiones, así que me limité a sonreírle y después mi atención regresó a mi jefe.

—¿Todo bien? —le pregunté a Jordan—. Es como si hubieras visto un fantasma.

—Sí, disculpa, es que ese hombre, ¿sabes cuando alguien te recuerda a una persona de tu pasado?

—¿Conoces al dueño de la clínica del padre de Corey? —Él negó.

—No, es solo que… —calló—. Da igual, es una estupidez, vámonos.

Le pedí que nos despidiéramos de Ares, Zuhara, Valerie y Soph, a las cuales tuve que prometerles ir de compras y a desayunar con las dos.

Una vez en el interior del vehículo de Jordan, mantuvimos una conversación cordial sobre lo bien que había ido la gala y cuánto aportaban Corey y Marcus a la comunidad.

Tras un rato en silencio en el que por poco me quedé dormida gracias al asiento calefactable, Jordan interrumpió mi última caída de ojos.

—Puedes reclinar el asiento y echar una cabezadita.

—Uy, qué va, si en nada llegamos al piso —dije, frotándome la cara.

—Como quieras. ¿Cómo van tus papeles? ¿Has conseguido ya la partida de nacimiento? —me preguntó interesándose. Jordan se había ofrecido a arreglármelos cuando me contrató, pero no quería ser una molestia, así que terminé diciéndole que yo me espabilaba.

De momento me estaba pagando en b y se notaba que le urgía formalizar mi contrato.

—Pues me-me está costando, la verdad, no pensaba que fuera tan difícil.

—¿Quieres que te ayude a agilizar los trámites? Tengo un buen abogado.

—No quiero causar molestias.

—Tú no eres ninguna molestia, está bien pedir ayuda cuando se necesita.

—Es que no doy con mis padres y… La verdad es que no tengo muy claro dónde nací, hay bastante follón con dar con mi partida de nacimiento y se me están acabando las ideas.

—Además de tus padres, ¿tienes algún otro pariente vivo al que poder preguntar?

—No, que yo sepa.

—¿Nadie?

—Ambos eran hijos únicos.

—¿Tus abuelos fallecieron?

—Los de mi padre sí, mi madre nunca hablaba de los suyos, creo que se pelearon.

—¡Qué lástima! Bueno, no hay que tirar la toalla, quién sabe, quizá nos llevemos una sorpresa, ¿de dónde era tu madre?

Hice un esfuerzo por recordar, no le gustaba hablar de su vida antes de Nuevo Amanecer.

—Mmm, creo que dijo algo como… Exex, o me sonó así.

—¿Essex?

—Podría ser, ¿lo conoces? ¿Está cerca?

—Bueno, digamos que está cruzando el charco.

—¿Charco? ¿Eso significa que es en otro estado más lluvioso? —Él rio.

—Sí, dicen que en Inglaterra llueve mucho, pero lo de cruzar el charco es una expresión, significa que está al otro lado del océano, y eso es bastante lejos.

Mis mejillas se colorearon.

—Pe-perdón, debes pensar que soy tonta, no soy muy buena en geografía y a duras penas he empezado a aprender cosas con el móvil, Janelle me está enseñando. Sé que todavía me queda mucho, pero es que en la comunidad no nos enseñaban este tipo de cosas.

—Querida, todos tenemos que aprender mucho siempre, nunca te avergüences de que te queden cosas por descubrir, porque la curiosidad y las ganas de nutrirte de cosas nuevas es lo que mantiene vivo el espíritu.

Que me dijera algo así cuando había recibido golpes por interesarme por las cosas que no conocía me calentó por dentro.

—Puede que si tu familia materna es de Essex, por eso esté costando más de lo habitual, quizá naciste allí.

—¿Allí? Mis padres me dijeron que lo hice en Nuevo Amanecer.

—Sea como sea, lo averiguaremos. Yo me ocupo, ¿te parece?

—Gracias, de verdad.

Mi móvil vibró, era Janelle.

Janelle

¿Todo bien?

Sí, he aclarado las cosas con Corey. El *boss* me lleva al apartamento, estoy cansada, ¿y tú?

Janelle

Mañana te cuento...□□
Dulces sueños.

Por poco se me pasó el bloque de pisos tecleando.

—¡Es ahí! —espeté unos metros más adelante. Jordan frenó en seco.

—Perdona, daré la vuelta.

—No es necesario, apenas son diez metros…

—No me cuesta nada… —Me desabroché el cinturón.

—Y a mí me va bien estirar las piernas, ¿no has oído eso de que las embarazadas deben caminar mucho?

—Sí, pero no a la una de la madrugada.

—En serio, son tres pasos…

—Vale, pero no me iré hasta que entres, te vigilaré por el retrovisor, Corey me haría puré si te ocurriera algo bajo mi supervisión.

Le ofrecí una sonrisa.

—Como quieras. Nos vemos mañana en el club.

—Allí te espero.

Bajé y me cogí la cola del vestido para no tropezar. Hacía frío, pero un poco de aire fresco no

me sentaría mal.

Me sentí orgullosa de mí misma, hacía muy poco que no podía mirar a las personas a los ojos y lo de quedarme a solas con un hombre que no fuera mi padre o alguien designado por mi familia era una utopía.

Esa noche había dejado que Jordan me acompañara y no había bajado una sola vez la mirada.

«Me siento orgullosa de ti, Kate», me dije a mí misma. Janelle me había hablado de la importancia de hablarse bien a una misma y celebrar los pequeños avances.

Mis zapatos repiquetearon en la acera, me fijé que había un coche oscuro aparcado a unos pocos metros.

No sé si fue porque en las noticias no paraban de poner las imágenes de uno muy parecido como causante del atropello mortal a la chica de la clínica, pero se me anudaron las tripas.

No se veía a nadie en el interior, los cristales eran demasiado oscuros, incluso la luna delantera.

Aceleré el paso notando cómo aumentaba mi nerviosismo.

Se encendieron los faros apuntando en mi dirección y dudé de si ir hacia el portal o regresar corriendo al coche de Jordan.

«¡Menuda tonta!», me reproché. Seguro que no era nada y yo estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Precisamente la policía dijo que
les costaba dar con el vehículo porque había muchísimos iguales.

Apenas me faltaban dos metros para llegar cuando oí rugir el motor.

Por poco me torcí un tobillo del susto, el último tramo lo hice prácticamente corriendo. Solté la cola para meter la mano en el bolso y remover en busca de las llaves, quería sacarlas cuanto antes.

Las luces cambiaron, se estaba moviendo y avanzaba muy despacio, lo vi a través del reflejo del cristal.

Mi ritmo cardíaco se aceleró de golpe, con los nervios se me cayó el bolso al suelo, las llaves salieron disparadas hacia la carretera y mi cuerpo tembló.

Se oyó un portazo, notaba mi cuerpo agarrotado, no sabía si ir hacia delante o simplemente gritar, no quería mirar, pero oí unos pasos acercándose demasiado rápido.

Levanté la barbilla temiéndome lo peor, sin una estrategia clara, ¿y si me atropellaban a mí?

—Ey, ¿todo bien? —La voz me hizo alzar el rostro de golpe.

Nadie había bajado del vehículo que me asustaba, era Jordan quien estaba frente a mí con su mirada cargada de preocupación. Miré hacia el coche oscuro, el cual de repente aceleró y se esfumó entre las calles.

Solté el aire que no sabía estaba conteniendo y noté mis pulmones arder por el esfuerzo.

—S-sí, pe-perdón, es que soy una torpe.

—No pasa nada. —Me ayudó a recoger las cosas y fue a por las llaves.

Menudo bochorno. Sentí la piel húmeda y pegajosa.

Mi jefe se puso a mi lado.

—Me dio la impresión de que estabas asustada y quiero que sepas que es lógico que sientas cierto temor después del ataque que sufriste, si necesitas que un profesional de la salud mental te ayude a superarlo…

—No-no, solo ha sido torpeza, de verdad. Perdona por todo —murmuré, poniéndome en pie. Él recogió lo último que quedaba y lo metió en mi bolso, ni siquiera vi de qué se trataba porque

me sentía avergonzada.

—No has de disculparte por nada, venga, abre, que así me quedo más tranquilo.

—Muchísimas gracias —murmuré, metiendo la llave en la cerradura—. Buenas noches, boss.

—Buenas noches, Kate.

—¡¡¡Hola, hola, hola!!! Mil perdones, cariño, es que anoche llegué al apartamento muy tarde, y en cuanto puse un pie en él, mi madre me llamó por un problema familiar, siento no haber estado en todo el día para que me contaras. Uy, qué bien te está quedando ese dobladillo. Venga, cuéntame, ¿cómo te fue con Corey antes de que los chicos empiecen a llegar?

Su teléfono comenzó a sonar de manera incesante, ella soltó una exclamación y lo silenció.

—Perdona. Recuérdame que no vuelva a decirle a un tío capaz de follar toda la noche sin descanso que soy suya.

—¿Qué? —No entendía de lo que me hablaba.

—Ayer me tiré a Marcus, pura maniobra de distracción, y bueno, puede que le añadiera un pelín de necesidad por mi parte. Se me ocurrió entrar en su juego y decirle que era suya. Por supuesto que yo me refería a ese momento y ese lugar, no a que le perteneciera para siempre… Y me da la impresión de que no se ha tomado muy bien que me marchara sin decir adiós esta mañana, desde que se ha despertado tengo el móvil que arde.

—¡Janelle! ¿Por qué no le has contestado?

—Porque no quiero un vínculo emocional, necesito que comprenda que el acuerdo ha terminado.

—¿Y no sería más fácil diciéndoselo y ya está?

—¿Podemos dejar de hablar de Mía para Siempre? Él ya sabía dónde se metía. Anda, pasemos a algo más interesante y me cuentas lo de Corey.

—Muy bien, como quieras, pero me da a mí que Marcus no va a conformarse…

—Eso ya lo veremos, desembucha.

CAP Í TULO 46



Mary Kate

Había pasado una semana desde aquella noche en la que Corey me pidió una oportunidad para conocernos mejor. Desde entonces, nuestros encuentros habían sido breves, robados entre los ajetreos de su día a día, el mío, la clínica, el SKS, el nuevo vestuario para los números de Navidad… Tanto por un lado como por otro estábamos bastante ocupados, y aunque a veces lográbamos compartir instantes, era muy poco como para conocernos mejor, necesitábamos más. La conexión fluía, estaba ahí, llenándome la tripa de nudos imaginarios además de los movimientos de mi bebé. Era como si la vida siempre encontrara la forma de interponerse, por eso, cuando me propuso tener nuestra primera cita oficial, no pude evitar sonreír como una tonta.

Me dijo que lo había planeado todo a conciencia, que quería que fuera especial. Y aunque sabía que pasó gran parte de la semana corriendo de acá para allá, el hecho de que hubiera encontrado un hueco para organizarlo todo me hacía sentir importante, como si realmente quisiera que esto funcionara tanto como yo.

Janelle me decía que me comía demasiado la cabeza, que estaba claro que Corey había tomado la determinación de dar un paso al frente y que eso solo podía significar que le importaba.

Cuando llegó la tarde de la cita, mi estómago no dejaba de dar vueltas, estaba hecha un flan y mi amiga no paraba de ir de aquí para allá descartando modelitos y probándome otros porque mi tripa había decidido crecer más.

Era 6 de diciembre, y el frío de Nueva York se hacía notar en cada rincón de la ciudad. Las luces navideñas ya adornaban las calles, y había algo mágico en el aire que hacía sentirlo aún más especial.

—¿No parezco una mesa camilla? —pregunté dubitativa.

—Lo que pareces es una mujer preciosa, llenita del bebé que ese hombre que va a llamar al timbre en dos segundos ha plantado en ti.

El timbre sonó.

—¿Lo ves? Si algún día me canso de agitar las pezoneras, me montaré una consulta de pitonisa, con una bola de cristal enorme y una túnica llena de brillos.

Las dos nos echamos a reír.

Corey apareció en la puerta vestido de una manera que me dejó sin respiración. Llevaba una camisa blanca perfectamente planchada, con un *blazer* gris oscuro que acentuaba sus hombros anchos asomando bajo el abrigo de lana oscuro.

Sus pantalones de corte ajustado completaban el conjunto que lo volvía sumamente atractivo a ojos de cualquiera.

Me daban ganas de agarrar la bufanda de cachemir anudada a su cuello para tirar de él y besarlo.

Obviamente, no iba a hacerlo, queríamos conocernos despacio y eso no implicaba besos inesperados por muchas ganas que tuviera.

—Estás preciosa.

Sentí cómo mis mejillas se encendían al instante y engullí ese pensamiento de inseguridad que me hacía verme como un zepelín.

Yo había optado por un vestido de lana negro, que se me ajustaba en la parte superior pero que caía suelto sobre mi vientre, tenía algunas motitas que lo hacían brillar. Lo justo, no demasiado. Había querido verme elegante, pero también cómoda. El frío de diciembre, los abrigos gruesos y las bufandas no daban demasiado espacio a la creatividad.

—Tú también —logré murmurar, todavía procesando lo guapo que se veía. Me tendió un ramo de flores que acepté encantada y que Janelle se llevó para ponerlas en un jarrón.

—Tenemos que irnos ya o llegaremos tarde.

—Tenéis mi permiso, solo voy a recalcaros una cosa; si os acostáis, usad condón y fijaos bien en la fecha de caducidad, no vaya a ser que os vayáis dos y volváis tres. —Corey la miró con cara de circunstancias—. Uy, qué tonta, si ya sois tres, entonces, ¡follad y no escatiméis en orgasmos! La vida es breve.

Corey hizo rodar los ojos y yo miré el suelo un poco avergonzada; si era sincera, de eso también tenía muchas ganas.

Aunque Janelle insistió en comprarme un *satisfyer* y yo acepté, no había encontrado la ocasión para estrenarlo. El embarazo y la cercanía a Corey me tenían bastante desatada, aunque no me apetecía mucho que mi vida sexual se limitara a un juguete a batería.

Cenamos en un restaurante en el West Village. Uno de esos lugares que parecía sacado de una postal navideña. Se llamaba Le Jardin de Lumières, y aunque el nombre era francés, el lugar tenía una calidez invernal que lo hacía sentir como si estuvieras dentro de una cabaña en los Alpes.

Las paredes estaban cubiertas de madera clara, con luces doradas que colgaban del techo como pequeños farolillos. Había una chimenea en una esquina, y la suave música de piano que llenaba el ambiente le daba un toque íntimo y mágico. La nieve caía suavemente fuera, y desde nuestra mesa junto a la ventana, podía ver cómo los copos brillaban bajo las luces de la calle y algunos niños se lanzaban bolas.

La estampa me puso un poco nostálgica porque recordé cómo jugaba yo de pequeña, con

Beth, entre los árboles del bosque. Seguro que ya había nacido su bebé, ¿estaría bien? Aunque aquí estaba rodeada de nuevos amigos, la echaba de menos.

Decidí centrarme en el ahora y no pensar cosas tristes.

—¡Es precioso, Corey! —exclamé, maravillada por la elección.

—Quería que fuera un lugar especial —respondió, mirándome con esa intensidad que me hacía sentir que yo era la única persona en el mundo para él.

—Pues lo has conseguido. —Me apartó la silla y su presencia a mi espalda erizó el vello de mi nuca. Olía a algo cálido, especiado y amaderado que me invitaba a acurrucarme contra su cuerpo. A refugio, a hogar, a deseo…

«¡Deja de pensar en esas cosas, Kate!», me reñí.

La cena transcurrió entre risas y conversaciones fáciles. Hablamos de todo un poco: de nuestras familias, que nunca había vivido unas Navidades como las suyas, e incluso de pequeños detalles que aún no habíamos tenido tiempo de compartir.

No puedo decir que me sorprendiera que Corey fuera un excelente conversador, pero sí que fluyéramos tan bien, sin esfuerzo, y que le encantara dar explicación a todas aquellas cosas que todavía me sorprendían. Era muy fácil hablar con él.

—Es raro pensar que, hace poco, mi vida era completamente diferente —le confesé mientras jugaba con mi copa de agua—. No tenía idea de lo que había fuera de Nuevo Amanecer y siento que apenas estoy comenzando a conocer el mundo.

—Y tienes mucho por descubrir —dijo, apoyando su mano sobre la mía—. Pero no tienes por qué hacerlo sola.

Mis dedos temblaron bajo los suyos y dejé que los entrelazara con los míos recreándome en las nuevas sensaciones que se despertaban en mí. Que ese fuera su único día libre y hubiera decidido pasarlo conmigo me llenaba de esperanza.

—Cuéntame, ¿qué tal fueron los donativos?

Apartó la mano de la mía y rápidamente sentí la pérdida.

—Bien, Marcus se está ocupando de gestionarlo todo, pero… la gala fue mucho mejor de lo esperado, recaudamos lo suficiente como para que la ampliación de la clínica sea una realidad. El comedor social estará listo en un par de meses y nos sobrará para renovar las máquinas más necesarias.

—¡Eso es increíble! —proclamé entusiasmada.

—Sí, lo es, en unos meses podremos hacer las cosas un poco mejor y aliviar el dolor y el hambre de muchas personas. —Sonreí, agradecida por sus palabras. Había algo en él que me hacía sentir que podía confiar plenamente, que por fin tenía a alguien que realmente estaba dispuesto a estar a mi lado. Y aunque aún había miedos y dudas en mi corazón, por primera vez en mucho tiempo, sentía que tenía la oportunidad de tener algo real, algo que valiera la pena.

Cuando terminamos la cena, Corey insistió en llevarme a una zona de Central Park en la que ese año se propusieron recrear el Polo Norte.

Estaba lleno de atracciones navideñas, pequeños puestos y elfos por todas partes, incluso había un Santa Claus recogiendo cartas.

Contemplé el ambiente maravillada.

—¿Habías visto algo así antes?

—En Saint Valentine ponen atracciones para las festividades de febrero, todas relacionadas con Cupido, pero los amanecienses teníamos prohibido subir o pasear por los puestos.

—Entonces hay que remediarlo —murmuró.

—¿Puedo montarme estando embarazada?

—Aquí no hay peligro, todas son muy suaves, pensadas para niños. Elije en cuál quieres montarte primero. ¿La noria de los regalos? ¿El carrusel de los renos? ¿El Polar Express? ¿O quizá sentarte en las piernas de Papá Noel para pedirle lo que vas a querer este año? —Señalé la noria—. ¿Por qué no me sorprende? Eres una chica de emociones fuertes y sin miedo a las alturas, ¿eh?

—A los ángeles nos encantan los lugares altos y que nos den alas. —Sus ojos refulgieron.

—Pues estás de suerte, porque a mí me encantará dártelas. Subamos.

CAP Í TULO 47



Mary Kate

Me alucinó la experiencia, no podía dejar de apuntar con el dedo lo que más me sorprendía, y aunque el frío me dejaba la nariz helada, mi sonrisa era perpetua, al igual que la de Corey.

Al bajar, quiso comprar una manzana cubierta de caramelo, me dijo que sería a compartir cuando puse alguna que otra reticencia, pero al final, salvo dos o tres mordiscos, me la comí yo sola.

Era crujiente, muy dulce y de corazón ácido.

Gemí al dar el primer bocado y Corey apuntó que iba a ocuparse de que no me faltaran nunca si despertaban en mí tanto placer.

¿Era yo, o estaba subiendo la temperatura? Porque sus ojos me estaban incendiando.

Él no dejaba de contemplar mi boca y yo de lamerla porque la sentía pegajosa.

—No tienes ni idea de lo que me está costando comportarme… —murmuró, haciendo la cola del tren navideño.

—¿Cómo?

Hicieron avanzar a las personas que teníamos delante y él se calló la respuesta. Nos tocó sentarnos en el último vagón. Nos facilitaron una manta para que la echáramos sobre nuestras piernas y el responsable de seguridad bajó una barra de acero para que no hubiera accidentes.

Corey se aseguró de preguntar, el tren no iba a ir muy rápido, de hecho, tardaba unos diez minutos en completar el recorrido.

La gente se estaba acomodando y me fijé en que parecía haber un problema en uno de los vagones con el cierre, el hombre nos pidió unos minutos de paciencia, tenía que apretar una de las tuercas. Corey murmuró mi nombre.

—Kate… —Parpadeé un par de veces, parecía torturado—. Sé que esto es una primera cita, que debería esperar al final porque es lo que se espera, pero es que no puedo más. Seguro que no te apetece y aún así necesito preguntarlo, porque llevo demasiado tiempo muriéndome por hacerlo. Si me dices que no, lo aceptaré y te juro que respetaré tu decisión. —Hizo una pausa que me atacó de los nervios—. ¿Puedo besarte?

«¡Sí!».

La pregunta evaporó el aire de mis pulmones. No había visto jamás empañarse una mirada de necesidad, no por mí, y eso era justo lo que le estaba ocurriendo a Corey, me contemplaba con tal anhelo que no daba crédito de que quien lo despertara fuera yo. Estaba en *shock*.

—Vale, lo entiendo.

—¡No! —me salió un gritito agudo que lo hizo sonreír—, me-me refiero a que sí, que puedes, que yo también quiero y que me muero por besarte.

—Eso no lo puedo permitir, a que te mueras me refiero, quedaría muy mal siendo yo médico —murmuró, quitándose los guantes que protegían sus manos del frío—. Espero que no te importe, pero no quiero otra cosa encima cuando es tu piel la que quiero acariciar.

Recorrió mi labio inferior con el pulgar y yo cerré los ojos presa del placer.

—Kate, mírame. —Lo hice y lo vi descender y posar su boca sobre la mía, tenía los labios algo húmedos y azucarados, fruto de sus bocados a la manzana. La invasión de su lengua fue comedida, había soñado tantas veces con algo así que no pude reprimirme, alcé las manos y busqué su nuca.

Corey emitió un sonido oscuro y vibrante que rebotó en mi paladar.

No podía detenerme, me gustaba demasiado lo que me hacía e intenté imitarlo.

Debió gustarle porque el beso pasó de cauto a incendiario, estaba sofocada, inundada de calor y de lujuria, quería más, necesitaba más…

El tren arrancó y el traqueteo me hizo gemir sobre su lengua.

—¡Joder, Kate! Eres un puto pecado hecho mujer —susurró con la respiración agitada.

—Yo, em… Bueno, si tú quieres…

—¿Qué? —me cogió de la barbilla y me miró como si pudiera hacer cualquier cosa por mí—. Dilo, yo no soy tu prometido, eres libre de decir o hacer lo que te plazca conmigo, habla, Ángel. —Asentí salivando.

—Puedo, puedes… Nosotros, bueno…, ¿podemos acariciarnos?

Él me observó con suspicacia y después algo muy intenso cubrió su expresión.

—Ahora soy yo el que se muere por hacerlo —farfulló mientras algunos copos diminutos comenzaban a desprenderse del cielo.

—Entonces ahora debo asegurarme de que no suceda y fallezca un doctor tan bueno…

—Mmm, estoy en tus manos, señorita Adams, ¿dónde quieres esas caricias?

—¿Por qué no lo adivinas?

—Me encanta este juego…Veamos… ¿Aquí? —Pasó los nudillos por mi mandíbula y yo negué. Fue bajando por mi clavícula—. ¿Aquí? —Volví a negar y él descendió para amasar un pecho.

En aquel tramo nadie nos veía, di gracias por estar en el último asiento de la atracción. Jadeé cuando me pellizcó el pezón y él se entretuvo unos segundos.

—No, creo que todavía no he llegado al punto exacto, ¿qué te parece si me guías tú?

¿Sería capaz de hacerlo? Vi determinación y expectación en su mirada. Y esa vez fui yo la que se dijo que Corey no era Jim, así que le agarré la mano, separé los muslos y la llevé debajo de la

manta.

—Aquí —le indiqué, presionando contra mi sexo cubierto por los *leggins* térmicos y las bragas.

—Sí, eso me parecía… Agárrate a la barra, Ángel, porque vas a despegar.

No tardó nada en saltar los dos obstáculos que se interponían entre él y mi carne caliente. Tuve el instinto de apretar las piernas frente al contacto, pero no lo hice, las mantuve separadas, facilitando que sus dedos se desplazaran arriba y abajo, ungiéndome en mí.

—Eres una jodida delicia —susurró torturándome. Mi sexo se inflamó hambriento, mis caderas se movieron con voluntad propia por encima del traqueteo y mi cabeza cayó hacia atrás —. Eso es, cariño, disfruta de mis caricias, hazlas tuyas… —Cada vez me costaba más respirar, Corey se acercó a mi oreja para morderme el lóbulo y susurrar que echara el culo un poquito hacia delante.

Apenas podía moverme de tanto que estaba sintiendo, no obstante, lo hice y él hundió un dedo en mi interior, solo la primera falange.

—Dios…

—Exacto, esto es un placer divino, tan apretada, tan lista, tan mojada para mí…

Siguió ofreciéndome justo lo que necesitaba aumentando el ritmo, la presión, la profundidad.

Mi cuerpo se contraía, reclamaba más, se concentraba en aquel glorioso punto que Corey friccionaba sin descanso. Mi respiración se entrecortaba.

—¿Te gusta?

—Sí, sí…, ¡sí! —afirmaba con pequeños jadeos.

—Ya casi estás, déjame que… —Sacó el dedo, metió dos y alcanzó un punto que…. ¡Oh Dios mío! Ahora sí que iba a volar… El hormigueo se intensificó mientras él susurraba en mi oído—. Dámelo, entrégate, vuela para mí, extiende tus alas y demuéstrame lo libre que te sientes junto a mí.

No sé si fue por lo que dijo o por lo que hizo, daba igual, el resultado era el mismo: me rompí y Corey silenció mi grito con su boca. Lo apresó, chupó y sorbió mientras yo me deshacía en sus dedos. Y menos mal que lo hice un minuto antes de que el trenecito se detuviera.

Bajé con las mejillas más rojas que nunca, a la par que Corey me apretaba contra su cuerpo.

—Eres única, gracias por el regalo.

«¿El regalo? El regalo me lo había hecho él a mí», no abrí la boca, me limité a disfrutar del momento y dejé que me llevara hasta el coche.

Cuando aparcó frente al edificio, seguía flotando en una nube.

Se detuvo frente a la puerta, la nieve había ido ganando fuerza y caía a nuestro alrededor en silencio, acompañándonos.

—Gracias por esta noche —murmuré, un poco avergonzada por lo que le había pedido y me hizo.

—Gracias a ti por venir, por esta velada tan increíble —respondió él, acercándose un poco más. Pude sentir el calor de su cuerpo, y mi corazón comenzó a latir más rápido.

Encogí los dedos de los pies ante la anticipación y, antes de que pudiera detenerme, sentí que mis labios se movían hacia los suyos. Corey no dudó en responder al gesto, y el beso me llenó tanto de ansia como de promesas.

Igual que pasó en la pequeña feria, la muestra de afecto fue ganando intensidad, no teníamos los cinturones puestos, lo que me permitía una mayor movilidad.

Pasé mi mano por su torso con la firme intención de hacer algo para corresponder sus

atenciones, puede que no se me diera muy bien y tendría que hacer preguntas, pero a Corey no parecía molestarle mi curiosidad y yo me moría por aprender.

Cuando fui a bajar la mano, una punzada de dolor recorrió mi abdomen. Fue tan repentino que me hizo soltar un leve gemido y doblarme ligeramente, mordiéndole sin querer.

—¿Nuestro bebé vuelve a la carga con las patadas? —cuestionó sonriente, entonces vio mi gesto constreñid y se preocupó de inmediato—. Kate, ¿estás bien? —Hizo que lo mirara.

—No lo sé... Me-me duele, no debería doler, ¿no? —murmuré, con la voz temblando de miedo.

Sin perder tiempo, arrancó el motor de nuevo y puso rumbo a la clínica.

Todo a mi alrededor se volvió borroso mientras mi mente se llenaba de pensamientos oscuros. ¿Había hecho algo mal? ¿Era por lo del tren? ¿Le estaba ocurriendo algo malo al bebé?

—Voy a llevarte a la clínica —dijo con determinación—. No quiero correr riesgos.

Asentí, demasiado asustada para oponerme, como solo estaba a dos calles, llegamos muy rápido. Me apoyé en él mientras me ayudaba a salir de nuevo al frío.

Al llegar, el equipo médico reaccionó de inmediato, Corey pidió la bata para someterme a varias pruebas.

Me comentó que no me asustara, que él estaba a mi lado y no iba a dejarme.

No mintió, no se separó de mí, manteniendo su mano en la mía mientras yo trataba de mantener la calma.

El tiempo pasó con una lentitud insoportable, y aunque intentaba no pensar en lo peor, no podía evitar imaginar que igual Dios me había castigado, desprenderse de mis creencias no era algo fácil.

Corey me dejó en una habitación, me explicó que volvería en un minuto dejándome con Carol.

—Tranquila, Kate, el doctor Blackwood no va a dejar que te pase nada, ni a ti ni al bebé.

—Me asusta que le pueda pasar algo malo —reconocí.

—Ya verás que no, estás en las mejores manos.

Tras lo que pareció una eternidad, Corey apareció esbozando una pequeña sonrisa.

—Todo está bien. Solo fue un pequeño susto, pero el bebé está perfecto. Quizá esta noche ha sido todo demasiado emocionante y debamos tomarnos las cosas con más calma.

El alivio fue tan grande que no pude evitar derramar algunas lágrimas. Corey me abrazó, sus manos acariciaron suavemente mi espalda, y por primera vez en mucho tiempo, me permití sentirme segura.

—Haré lo que haga falta, no quiero perderlo.

—Perderla —murmuró en mi oído—, es una niña, lo vi cuando te hacía la eco, no te comenté nada porque estaba más preocupado de que ambas estuvierais bien que decirte el sexo.

Abrí los ojos muy sorprendida.

—¿U-una niña? —La sonrisa de Corey se hizo más amplia—. Al final Janelle va a tener razón y deberá dejar el SKS para hacerse pitonisa.

—¿Ella dijo que era niña?

—Dijo que la vida me premiaría con una para que pudiera darle toda la libertad que yo no tuve, de hecho, la llama Mini Rapunzel.

—No sé por qué no me sorprende, estoy de acuerdo con ella en que vas a hacerlo muy bien.

—¿Tú crees?

—Lo harás y yo estaré ahí para verlo.

Sus labios buscaron mi frente y me sentí mucho más relajada porque sus palabras sabían a

comienzo.

CAP Í TULO 48



Corey

Todavía no había logrado quitarme el susto de encima y debería hacerlo porque yo era el médico, sabía que todo estaba bien con Mary Kate y mi hija, sin embargo…, tenía un miedo irracional que me angustiaba y devoraba por dentro.

La cita había sido perfecta, el momento del tren épico, casi salí ardiendo al verla deshacerse en mis dedos y el último beso podría haber terminado conmigo conduciendo hacia mi casa para rematar una noche perfecta en lugar de hacia la clínica.

Mientras conducía hacia allí con Mary Kate a mi lado, encogida en el asiento, no podía sacarme de la cabeza la posibilidad de que algo estuviera mal, algo que hubiera pasado por alto en la última ecografía, por eso, al llegar quise someterla a todas las pruebas posibles para descartar cualquier problema grave, y por el mismo motivo pasé por alto decirle que esperábamos una pequeña.

Ver la pantalla del monitor con el latido fuerte y claro de su corazón fue el alivio más grande que había sentido en mi vida.

Solo había sido un susto, pero el impacto emocional me hizo ser consciente de cómo podían cambiar las cosas en un segundo.

Kate estaba bien, el bebé estaba bien, y me sentía agradecido por ello, pero no podía evitar preguntarme cómo sería afrontar algo realmente grave y si podría actuar con la mente fría.

Nunca había sentido una conexión tan intensa con alguien, y mucho menos con una vida que aún no había llegado al mundo. Me sentía abrumado por la responsabilidad, pero también por la ilusión de ser padre. Era uno de mis objetivos vitales, aunque nunca me había planteado que el

bebé llegaría antes que el amor o que la primera cita, lo que no significaba que el orden de los factores pudiera alterar el producto.

Cada instante que pasaba a su lado me daba más cuenta de cuánto me gustaba y de las ganas que tenía de que las cosas entre nosotros salieran bien. Quería adorarla, besarla, mimarla y ayudarla a descubrir quién era esa Kate que no le habían dejado ser.

Besé su pelo y la estreché de nuevo entre mis brazos, sintiéndome agradecido porque aquella noche decidiera saltarse las normas y terminar entre mis brazos.

Me tomaría las cosas con calma, eso sí, iríamos más despacio para que todo saliera bien y no hubiese más sustos.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente, y Janelle irrumpió como un torbellino.

—¡¿Qué ha pasado?! —exclamó, su voz llena de preocupación mientras avanzaba hacia la cama de Mary Kate—. ¿Estás bien? ¿Y el bebé? —Cuando miré a mi amiga, estaba claro que había salido tras terminar su turno en el SKS. Vestía un conjunto de cuero negro formado por unas botas altas, vestido muy corto con una cadena a modo de cinturón en la cadera, abrigo tipo *Matrix* hasta el suelo y un maquillaje potente.

Mary Kate, que ya estaba recuperada, intentó calmarla.

—Todo está en orden, solo fue un susto.

Janelle se dejó caer en la silla al lado de la cama, con la respiración entrecortada.

—¿Un susto? ¡Dios mío, por poco no lo cuento! Cuando he visto tu mensaje no he dudado en dejar a @Don_Rompe_Camas_Supremo chupito de tequila en mano. —Kate y yo la miramos con una expresión divertida en el rostro y ella bufó fastidiada—. Sí, ya lo sé, el *nick* es pésimo y debería haberme dado una pista de lo que me esperaba. Como diría mi madre: «dime de lo que presumes y te diré de lo que careces», ha sido una cita de esas que prefiero olvidar.

Mary Kate intentó no reírse mientras la observaba divertida.

—Quizá sea porque no puedes quitarte a cierto doctor, al que le hiciste *ghosting,* de la cabeza —sugirió suavemente.

Janelle resopló.

—Mira para lo que aplica los términos nuevos que aprende… —murmuró, dirigiéndose a mí —. Más bien no puedo sacármelo de otras partes, pero pienso ponerle remedio. He hecho *match* con unos cuantos más, no todas las citas me pueden salir mal, a no ser que el Dr. Culo Prieto haya hecho un ritual para gafarme todas mis citas sexuales.

—No veo a Marcus clavando agujas en muñecos, solo lo hace con personas —admití.

—Pues entonces me irá bien en la próxima.

—¿Cómo se llama el siguiente de la lista? —pregunté entendiendo porqué mi socio estaba tan irritable esa semana.

Lo achaqué a que tenía muchísimas responsabilidades con el proyecto nuevo y acababa de darme cuenta de que la realidad superaba a la ficción.

Janelle sacó el móvil.

—Veamos, he descartado como posibles citas sexuales a @MachoSupremo, porque me da que es un posesivo de la hostia y me he dado cuenta de que hay ciertos pronombres que no se pueden usar a la ligera, y me he quedado con @LoboSoltero_XXL, @GuapoEnSerie y @PollónDeLeón_98.

—Teniendo en cuenta que dicen que los lobos solo se aparean una vez en la vida, yo lo descartaría y reemplazaría por uno más acorde con tus preferencias. ¿No hay uno que se llame @FolladorEnSerie o @MeImportaUnaMierdaSiMañanaTeEsfumas?

La espalda de Janelle se tensó como una flecha a punto de ser disparada.

Mi amigo debía haber terminado la cirugía en la que estaba cuando llegamos a la clínica, porque se había personado en la habitación blandiendo su lengua afilada cual bisturí, en el peor momento posible.

Mis ojos pasaron de él a Janelle. La atmósfera cambió por completo.

—Creo que me ha llegado una leve corriente cargada de malas ideas, ¿alguien puede cerrar la puerta? Odio las malas vibraciones —respondió igual de cortante.

Marcus se acercó lentamente, manteniendo su mirada fija en Jane.

—¿Piensas seguir ignorándome? —preguntó con una mezcla de enfado y frustración. Ignorando que estábamos en el cuarto con ellos.

Janelle se encogió de hombros, aparentemente despreocupada.

—No sabía que fuera necesario responderte. Ya sabes, no soy tu asistente personal y que yo sepa no he pedido hora para una cirugía.

Marcus apretó los labios, claramente intentando controlar su enfado.

—Me dejaste tirado, Janelle. Después de lo que pasó en mi apartamento, al menos, esperaba una despedida, una respuesta, algo.

Ella se dio parcialmente la vuelta alzando el mentón.

—Pfff, chico, somos adultos y ya conoces mis preferencias. Tú y yo no encajamos, salvo en la cama —se corrigió al verlo alzar las cejas—. Vale, puede que también en la ducha o en la encimera, pero más allá de eso no hay nada.

—¿Eso me lo dices a mí, o a tus orgasmos?

—Si lo que buscas es una carta de recomendación o tu propio tablero en *Pollanrest*, puedo ocuparme de la gestión, tranquilo.

—¿Puedes tomarte las cosas en serio por una vez? —apretó los puños.

—Muy bien, necesitas escucharlo porque eres duro de oído, pues agúzalo bien, lo que pasó pasó y fue lo que fue. Punto.

—¿Ahora vas a dedicarte a hablar como un político que carece de argumentos? —Marcus dio un paso más hacia ella—. Ambos sabemos que no fue una noche cualquiera. No para mí, al menos, y dijiste que eras…

—Habría dicho lo que fuera para que me dieras cera, ¿contento? Necesitaba sacarte de la sala para que ellos pudieran arreglar las cosas y, bueno…, surgió. No hay más. Cumplí, nos divertimos y ya está, no le des más vueltas a las cosas, pasa página.

—¿Necesitabas sacarme de la sala? ¡Por el amor de Dios! Conectamos, mal que te pese y lo sabes, ¿por qué te acojona tanto que alguien te complemente?

—A mí lo único que me complementa son los bolsos y los zapatos. Y respecto a que conectamos…

—Si vas a soltar otra respuesta pueril, puedes ahorrártela.

Janelle abrió la boca para responder, pero por primera vez, parecía desarmada. En su lugar, se quedó mirándolo, buscando una respuesta adulta y adecuada.

Kate, que había estado observando en silencio, carraspeó suavemente.

—Chicos, por favor —dijo, su tono calmado—. Está claro que tenéis mucho que deciros, pero no creo que sea el mejor momento. —Le echó una mirada compasiva a su amiga y otra de disculpas a Marcus.

Era difícil lidiar entre los dos cuando ambos se habían portado tan bien con ella.

—Mis disculpas, Kate, tienes razón. Solo había venido a ver cómo estabas —murmuró

Marcus con los labios apretados.

—Bien, gracias, solo ha sido un susto. —Él asintió sin desviar la mirada hacia una Janelle que parecía exhausta.

Una de las enfermeras golpeó la puerta.

—Doctor Grant, su paciente ya está listo y lo espera en quirófano.

—Disculpad, hay personas que sí requieren de mi presencia y me necesitan. Lo dicho, me alegro de que estés bien, Kate, Corey. —Asentí y esa vez fue él quien se marchó sin despedirse.

—¿Lo veis? Ahora, ¿quién es el que se va sin decir adiós?

—Jane, no te vas de la cama de alguien con quien has compartido una noche de sexo sin decir nada —le reproché.

—Tomo nota, la próxima vez le dejaré un *post*-it. Pasemos al siguiente tema, mi sobri está bien entonces, ¿no?

Yo no pude evitar sonreír mientras me inclinaba hacia Kate, para susurrarle al oído que le diera la noticia tomando su mano.

—¿Qué pasa? —inquirió nuestra amiga.

—Bueno, ya que estás aquí —dijo mirándola—, te tenemos una noticia.

—¡No fastidiéis que son gemelos y uno estaba escondido!

—No, pero… ¡es una niña! —dije, dejando que las palabras cayeran en el aire.

Janelle se quedó en silencio por un segundo antes de romper en una sonrisa deslumbrante.

—¡Lo sabía! ¡Una Mini Rapunzel! ¡Oh, por favor, tenéis que ponerle ese nombre y yo me ocupo del lagarto! Será mi primer regalo, ¡un camaleón!

—Todavía no hemos decidido el nombre —respondió Kate, divertida. Desvió la mirada hacia mí haciéndome partícipe de la elección, lo cual me calentó por dentro.

—Es muy pronto, tenemos tiempo.

—A mí se me dan genial los nombres, os haré una lista con el significado de cada uno, aunque Janelle podría quedarle superbién.

—Con una como tú nos basta, gracias —respondí.

—También es verdad. No os preocupéis que me pongo manos a la obra.

Mi teléfono vibró en el bolsillo de la bata. Lo saqué y vi el nombre de mi padre en la pantalla. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda, no solía llamarme y mucho menos a esas horas. Me puse tenso de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mary Kate, notando mi expresión.

—Es mi padre —dije sin apartar la vista del teléfono.

—¿No vas a contestar?

—Me está pidiendo que vaya a verlo. Dice que es importante.

Un silencio incómodo se instaló en la habitación. No quería dejar a Kate, no después de lo que acabábamos de pasar, pero tampoco podía ignorar la petición de mi padre.

—Seguro que es algo importante —dijo ella, apretando mi mano—. Estaremos bien, porque vas a darme el alta, ¿no? Puedo regresar al piso con Janelle.

—Sí, no te preocupes, Corey, yo me ocupo.

—Vale, pero os acompaño yo, que es tarde y no me hace gracia que vayáis solas a estas horas, además, dejé el coche mal aparcado y tengo que cogerlo de todas todas.

—Muy bien, pues en marcha —aseveró Janelle, desviando momentáneamente la mirada por el lugar en el que se marchó Marcus.

No tenía tan claro que mi amigo no hubiera hecho mella en ella como alardeaba.

Ayudé a Kate a ponerse en pie. No sabía qué me esperaba con mi padre, pero el peso de la conversación que iba a tener caía sobre mí con fuerza.

CAP Í TULO 49



Corey

Conduje hacia la casa de mi padre con una mezcla de inquietud y resignación, aunque supiera que Kate estaba bien, seguía con aquel runrún en el pecho por lo sucedido, y lo que más me habría apetecido sería acurrucarla en mi cama y volver a pasar otra noche a su lado, hablando del bebé o de cualquier cosa por banal que fuera…

«Todo se andará, Corey, paciencia —me dije—, recuerda que debes ir despacio».

Mi cabeza saltó de un extremo al otro.

El mensaje que había recibido no era típico de él, y eso solo hacía que mi malestar aumentara. Se me pasaron muchas cosas por la cabeza durante el trayecto, todas terminaban en una posible enfermedad terminal o degenerativa muy grave porque, si no, no me lo explicaba.

¿Qué era tan urgente como para enviarme un mensaje tan tarde y no esperar al día siguiente?

Mi padre no era el tipo de hombre que llamaba a su hijo para charlas triviales, y mucho menos a esas horas de la noche.

Siempre estuvimos muy unidos, se sentía orgulloso de que su primogénito llevara la medicina en la sangre, y aunque hubiera preferido que fuera cirujano cardiotorácico como él, tampoco protestó demasiado al escuchar que quería traer vida a este mundo, u operar si era necesario.

Todo iba genial hasta que ocurrió lo de Tessa.

Del amor pasé a un odio profundo y sanguinario, del odio a la desilusión y a verlo como un ser débil y patético, que necesitaba reafirmar su hombría con la prometida de su hijo.

Por fin llegué a la casa. Verla siempre provocaba en mí sentimientos contradictorios. Por una parte, almacenaba demasiados recuerdos bonitos; una infancia, una adolescencia, fiestas

familiares y gamberras porque a mis padres les coincidía la guardia y teníamos piscina.

También fue en ella donde tuve la peor confrontación familiar de la historia y el lugar en el que él y Tessa nos traicionaron.

Aparqué el coche y exhalé un suspiro hondo antes de salir. La nieve se acumulaba alrededor del camino de entrada, y tenía que ir con cuidado de no resbalar con alguna placa de hielo. A esas horas bajaban mucho las temperaturas.

Me dirigí hacia la puerta, empujándola con cautela al notar que estaba entreabierta. Algo no iba bien.

—¿Papá? —llamé, pero solo me respondió el silencio y el crepitar de las llamas.

La chimenea estaba encendida, y la casa cálida, como si alguien me hubiera estado esperando. Me adentré un poco más, con la piel erizada y el pulso acelerado, una sensación de incomodidad se me enroscaba en las tripas.

La casa era la misma, pero Tessa se había encargado de redecorarla a su gusto perdiendo toda la esencia de hogar, parecía una de esas que salen en las revistas, sin colores, sin imágenes de familia.

Las sombras del pasado vivido entre aquellos muros me envolvían sin piedad.

Una música suave empezó a sonar, fruncí el ceño y me di la vuelta al percibir un crujido acompañando una versión *remix* de *Bohemian Rhapsody* que me hizo apretar los dientes.

Era una de las canciones que Tessa y yo solíamos poner para follar.

—Corey, cuánto tiempo. —La voz me llegó desde la penumbra.

Me giré hacia el pasillo, y allí estaba ella, con ese aire de autosuficiencia que tanto la caracterizaba. Llevaba un vestido corto, ajustado, de raso color marfil que se ceñía a sus curvas de manera provocativa, sin dejar nada libre a la imaginación, quizá fuera un camisón, no estaba seguro.

El cabello color miel le caía en ondas perfectas, y en sus labios se dibujaba una sonrisa tan afilada como perversa. Sujetaba una copa de champán.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté, manteniendo una distancia prudencial, sin apartar los ojos de los suyos.

—Oh, tuvo que salir por una emergencia en la clínica, no le dio tiempo a avisarte, pero volverá cuando pueda, ¿por qué no te pones cómodo y lo esperas? ¿Te sirvo una? Es tu champán predilecto —preguntó acercándose. Sus tacones resonaron en el suelo de madera.

Sentí cómo mi paciencia comenzaba a desmoronarse. No estaba de humor para sus juegos de seducción, no en ese instante.

—No tengo tiempo para esto, Tessa. ¿Qué haces? —mi tono fue brusco, no tenía ganas de perder el tiempo con ella.

—No seas tan seco, Corey —dijo, formando un puchero con sus labios, ignorando mi tono mientras me recorría con esa mirada evaluadora que tanto odiaba—. Sabes a la perfección qué hago, esta es «mi casa» —recalcó—, y te estoy dando la bienvenida.

—Muy bien, pues ya me la has dado, si no está papá, me largo.

—¡Ay! —se quejó llevándose una mano a los ovarios.

La cabeza me decía que me fuera sin preguntar, pero, aunque fuera un mal bicho, yo era médico y me debía al maldito juramento.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé, llevo días con pinchazos intermitentes. ¡Au!

Esa vez fui yo el que se acercó.

—¿Dónde?

—Aquí —señaló la zona baja del vientre con gesto de dolor.

—Deberías pedir hora con tu ginecólogo. ¿Cuánto tiempo hace de la última revisión?

—No sé… ¿Piensas que puede ser grave?

—¿Cómo no vas a saber cuándo fue tu última revisión? Las citologías son anuales.

—No me riñas, ya sabes que no me gusta que me revisen, me da un poco de pudor. Ya que estás aquí, ¿por qué no me revisas tú?

—Me falta el instrumental.

—Tu padre sigue manteniendo tu cuarto de juegos intacto —susurró.

Cuando le dije a mi familia la especialidad que quería cursar, recrearon en el sótano una consulta para que pudiera practicar, tenía todos los elementos necesarios.

Tragué con fuerza.

—No voy a revisarte.

—Me duele mucho, Cor.

—Pues llama a emergencias y pides una ambulancia, me largo —repetí. Y ella me agarró de la muñeca.

—Siento haberte hecho tanto daño que ahora seas incapaz incluso de atenderme. —Pasó el pulgar por el interior de la palma de mi mano. Era la primera vez que la escuchaba pedirme disculpas—. Me gustaría arreglar las cosas contigo, tu padre te echa de menos y yo también, podríamos ser amigos, muy amigos.

—Tessa…

—Shhh, venga, Corey, la cagué con lo que hice, pero… te sigo deseando y sé que tú también a mí. —Se pegó a mi cuerpo—. Nunca me has olvidado, ni podrás, ¿recuerdas cuánto te gustaba sentarme en aquella silla, fingir que era tu paciente, que me hicieras una revisión completa y me abrieras con el espéculo? Te encantaba ver cómo me mojaba y te pedía que lo abrieras al límite mientras te tocabas. ¿Me recuerdas desnuda y excitada suplicando tu corrida? ¡Córrase, Dr. Blackwood, córrase! —emuló la voz que empleaba—. Sigo teniendo los vídeos que nos grabábamos y me masturbo cuando los miro.

—Eso es agua pasada —mascullé apartándome. Mi mandíbula se tensó, pero mantuve la calma. No iba a darle el placer de ver que podía afectarme.

—No si deseas que lo retomemos. —Cogió la copa y dejó que el líquido burbujeante la empapara por delante, logrando que se transparentara su pecho—. ¿Por qué no me secas con la lengua, Dr. Blackwood? Me duelen los pezones, ¿puede curarme con su lengua?

Años atrás esa actitud me habría vuelto loco, entonces no me suscitaba nada.

—Me das pena, te estás arrastrando sin necesidad. Ya no hay nada entre nosotros. No me gustas, la chica de la que me enamoré murió hace mucho tiempo y en ti ya no queda nada de ella —respondí, cortante—. Estoy con una mujer a quien realmente valoro, que me gusta muchísimo y a la que respeto.

—¿La pelirroja? Porque juraría que después del cambio de pareja se fue a follar con Marcus.

—No, Janelle es mi amiga.

—Entonces, ¿quién? ¿Por qué no la trajiste a la fiesta? ¿Es muy fea, o es que solo existe en tu imaginación?

—¿Quién te ha dicho que no estuvo?

Vi su mirada calcular y ponerse a pensar hasta que de golpe soltó una risotada con los ojos llenos de suspicacia.

—No me jodas, ¿la vaca embarazada? ¿Tan bajo has caído, Corey, que no puedes ni buscarte una chica guapa para que te dé tu propia descendencia?

—Para empezar, te lavas la boca antes de mencionarla. Ya te dije que no te metieras con ella la otra noche, hablar del físico de alguien dice mucho de las carencias de quien suelta esas gilipolleces. Vale mil veces más que tú y, para tu información, el bebé que lleva es mío.

—¿Tuyo? ¡Ja! Eso no te lo crees ni tú, esa chica es de Missouri y acaba de llegar a Nueva York.

—Y yo estuve en su pueblo este verano, su hija es mía.

—Y si tan orgulloso te sientes, ¿por qué acompañó a Marcus en lugar de a ti? ¿Por qué no la presentaste como tu novia y se sentó con tu mejor amigo en la mesa? ¿Te lo digo yo? Porque ese bebé no es tuyo y te avergüenzas de ella. Esa chica tan simple, tan fuera de tu liga, no es nadie. Sigues tocándote pensando en mí y solo en mí, reconócelo, por eso no has tenido ninguna otra relación.

—¡Eso no es verdad! —rugí.

—Lo es, solo estás alzando barreras para no sucumbir, porque no me has perdonado —exhaló contra mi rostro—. Hazlo, perdóname y divirtámonos, no llevo bragas, Corey…

—Eso se lo cuentas a mi padre.

Le di un empellón que la hizo trastabillar cuando quiso apretarse contra mí.

Sus comentarios me llenaban de ira y desprecio.

Kate no era simple, era todo lo que Tessa nunca podría ser: auténtica, generosa y sin dobles intenciones. Lo que teníamos era real, algo que no necesitaba adornos ni juegos.

—No tienes idea de lo que es Kate para mí y tampoco tengo ningún interés en que lo sepas —dije, tan frío como el aire de diciembre—. Voy a ser padre, y lo único que me importa son ella y nuestro bebé, mantente al margen y procura no estar nunca más a solas conmigo en una habitación, o no respondo y no de la manera que imaginas. Contaminas todo lo que tocas, no hay espacio ni en mi vida ni en mi cama para ti o tu veneno.

Por un instante, sus facciones se endurecieron, pero rápidamente recuperó su compostura. Se acercó más, ignorando mis palabras y el empujón.

—Eso dices ahora, pero sabes tan bien como yo que nunca podrás sacarme de tu vida. Siempre seré tu primer gran amor, lo que tuvimos no se olvida y, además, ahora soy de tu familia, tú eliges, o me jodes, o te jodo —susurró, sus dedos rozando mi brazo de manera insinuante.

Me aparté de su toque, la rabia bullendo bajo la superficie.

—Lo que tuvimos no fue amor, sino un error —respondí, sin levantar la voz—. Y ya he dejado atrás esos errores.

El sonido de un mensaje de entrada me hizo girar el rostro hacia la repisa de la chimenea, reconocí el móvil de mi padre y entonces lo entendí todo. Seguro que se lo había dejado y no tenía ni idea de que yo estaba allí, todo había sido una treta.

¡Qué imbécil había sido al ir!

Me di media vuelta, sin darle más atención de la que merecía, desoyendo sus llamadas de: «Corey, ven aquí», o sus amenazas de: «Te vas a arrepentir».

No me detuve, podía sentir la intensidad de su mirada clavada en mi espalda, lanzándome puñales cargados de odio.

Ella ya no tenía poder sobre mí. Lo único que importaba era el futuro que quería construir bien lejos de Tessa.

Agradecí el frío nocturno impactando contra mi cara, necesitaba despejar la mente. Si alguna vez había dudado de si hice bien o no en marcharme, o si no yendo habría podido evitar el episodio más doloroso de mi vida, ya lo tenía claro, fue la mejor elección que pude hacer, porque casarme con una mujer como ella solo me habría traído desgracias.

Caminé hacia el BMW, pero justo cuando iba a subir, algo en la acera opuesta llamó mi atención.

Un coche oscuro estaba estacionado a lo lejos, tenía las luces apagadas, no obstante, claramente había alguien dentro, lo supe por el resplandor interior. ¿Sería alguien mirando el móvil, o estaría vigilando?

Me quedé quieto por un instante, observando, intentando captar algún movimiento que esclareciera aquella extraña sensación que me perturbaba. Entonces, el coche arrancó lentamente y desapareció en la oscuridad, doblando la esquina, dejándome un regusto de que algo no encajaba, pero ¿qué?

Saqué el teléfono con la intención de marcar el número de Kate. Me detuve a medio camino porque no entendía el sentido de mi llamada. ¿Qué le diría? ¿Que Tessa me había mentido y había intentado seducirme mientras no había nadie en casa? ¿O mejor le contaba que había visto un coche oscuro, aparcado, con alguien que seguramente estaría poniendo una ubicación en el GPS y después se había ido?

Era una estupidez. Mejor ya la vería al día siguiente y le ahorraría comeduras de cabeza que no necesitaba.

Subí al coche y pisé a fondo el acelerador para alejarme lo más rápido posible de mi madrastra, jamás volvería a hincarle el diente a esa manzana envenenada.

CAP Í TULO 50



Sepúlveda

Llevábamos días siguiendo pistas que parecían evaporarse como las volutas de humo de los cigarrillos que me había viciado a fumar. Justo cuando creíamos tenerlas, zas, se desvanecían de un plumazo.

El caso de Astrid Larsen nos estaba devorando por dentro. El alcalde, el comisario y la maldita presión política no ayudaban. No dejábamos de dar vueltas en círculo, pero algo dentro de mí me decía que nos estábamos acercando tanto que alguien se estaba tomando muchas molestias para despistarnos. O al menos, eso intentaba creer.

Nuestro recorrido por las residencias universitarias donde las chicas desaparecidas habían vivido antes de perderse todo rastro de ellas eran un rompecabezas en sí mismo, cada visita dejaba más preguntas que respuestas.

Las directoras tenían casi todas el mismo discurso.

Chicas de comportamientos prácticamente intachables, de las cuales no se tenía constancia de que alguien estuviera detrás de ellas o que se hubieran quedado embarazadas.

En lo único que coincidían era en que habían ido a alguna fiesta universitaria, y tras hablar con las compañeras de habitación, nos decían que a la mañana siguiente todas tenían síntomas de haberse pasado con la bebida o algún tipo de sustancia, lo malo era que… ¿Quién no?

Aunque, tratándose de chicas tan ejemplares, me escamaba.

Una de las compañeras, cuando le enseñamos el coche negro de las imágenes perteneciente a la residencia de Astrid, dijo que igual vio uno, pero no lo recordaba bien.

Nadie registraba nada anormal. Las chicas habían salido un día, algunas dijeron que iban de viaje, otras se excusaron con que iban a pasar el fin de semana fuera, pero no había señales de una desaparición forzada.

—Es como si se hubieran esfumado por propia voluntad —murmuró Martínez mientras

cruzábamos el pasillo de una de las residencias, su mirada recorría cada rincón como si esperara encontrar algo que se nos escapaba.

—Lo que me mosquea es que muchas de estas chicas eran religiosas, o al menos lo parecían. Según lo que dicen sus compañeras de cuarto, ni siquiera tenían novio. ¿Y ahora resulta que desaparecen y aparecen muertas tras dar a luz? —respondí, sintiendo cómo mi propia frustración aumentaba—. Es como si alguien las hubiera escogido, pero ¿por qué?

La última de las compañeras de una de las chicas desaparecidas nos dio algo en qué pensar. Nos contó que, antes de que su amiga desapareciera, había notado cambios en su comportamiento. Había dejado de asistir a algunas clases, bajó el rendimiento y una vez la pilló llorando en su habitación. La chica le dijo que estaba preocupada por algo, pero no llegó a explicarse más.

—Creí que era un bache, no que fuera a pasarle algo malo…

—Tranquila, no es culpa tuya —la consolé cuando rompió a llorar.

Cuando salimos de la residencia, miré el edificio de ladrillos intentando encontrar lo que se nos escapaba.

—Esto no es casualidad —murmuré, encendiéndome un cigarrillo. Cada vez que le daba una calada, era como si Margaret anduviera cerca, seguro que ella hubiera dado con algo—. Sin lugar a dudas, alguien las eligió.

Martínez asintió, pensativo.

—Es como si estuvieran siendo vigiladas desde dentro, las preseleccionaran y alguien estuviera estudiando sus movimientos, sus hábitos para llevárselas en el momento más oportuno…

—¡Esperen! —la voz de la chica que acabábamos de visitar interrumpió nuestra conversación. Corría agitada.

—¿Sí? —le pregunté.

—Puede que sea una tontería, pero… Norma fue un día a una asociación. No me lo dijo, pero se fue muy pronto, faltó a clase, y cuando regresó a la habitación, se le cayó una tarjeta del bolsillo, se la guardó muy rápido, solo pude ver los colores y el logo. Parecía bastante pensativa y huidiza.

Martínez y yo nos miramos.

Busqué en el móvil una de las capturas que le hice a la tarjeta de la chica Larsen y se la enseñé.

—¿Era esta?

—¡Sí, juraría que sí! Por lo menos el logo era el mismo.

—Muchas gracias, señorita Kendall.

—De nada, ¿pueden decirles a sus padres que lamento muchísimo su pérdida?

—No dude que, si tenemos la oportunidad, lo haremos.

—Gracias. —Ella regresó a la residencia frotándose los brazos por el frío.

—¿Piensas lo mismo que yo? —le dije a Martínez.

—Una trampa. Las llevan a esta supuesta organización y luego desaparecen.

—¿Te sonaba de algo el nombre de esta asociación antes de que encontráramos la tarjeta de Astrid Larsen?

Negó.

—Nunca había oído hablar de ella. De hecho, cuando fuimos a visitarla, todo me pareció bastante normal.

—Sí, a mí también, necesitamos recabar información y saber si también acudieron las chicas de las otras residencias.

—Dime que no tenemos que dar marcha atrás y volver a visitar a todas las compañeras para ver si recuerdan esa maldita tarjeta.

—¡Bingo! Te has ganado una cerveza cuando terminemos hoy. —Él soltó un ruidito lastimero, pero no rechistó.

Al finalizar el día, supimos que dos de las desaparecidas tenían esas tarjetas en su posesión, además de Astrid.

Cuando preguntamos en las residencias, todas tenían constancia de la asociación que daba charlas sobre planificación familiar. Quizá no fuera nada, o quizá lo fuera todo.

—Tomémonos esa cerveza y programemos una visita a ese lugar para mañana.

—Creo que prefiero ir a casa y ver que tal está Nancy, ¿por qué no nos la tomamos en el piso?

—Mejor la dejamos para otro día.

—Parece que no quieras ver a mi mujer…

—Lo que parece es que ya he abusado de ti suficiente por hoy y, además, sabes tan bien como yo que no soy buena compañía cuando un caso me ronda…

—Como quieras.

En cuanto llegué al piso, me di una ducha y fui al bar de la esquina a tomarme unas cuantas, yo sola, una detrás de otra.

«Margaret, Margaret, Margaret…»

Dolía tanto que solo quería olvidar.

Acepté un par de tequilas de un tipo que se sentó a mi lado, tenía pinta de un bróker que le había ido bien en la bolsa, era atractivo y no olía mal.

Hacía demasiado que no estaba con un hombre.

La primera vez fue en el instituto, cuando se suponía que me tenían que gustar los de su género, y la segunda… me picó la curiosidad y el exceso de tequila.

Tal vez por eso mismo terminé enrollándome con aquel tipo en el baño, tirando de su lengua con voracidad, aceptando su mano en el interior de mis bragas, al fin y al cabo, solo eran una boca y unos dedos, podía imaginar…

Necesitaba alivio, necesitaba correrme, no pensar y que dejara de doler, aunque fuera por un minuto.

Creí escuchar su voz en mi oído, no la de él, sino la de ella.

—Eso es, inspectora, así me gusta sentirte, desesperada, hambrienta, cachonda… Hazlo, Mary, frótate contra mí, demuéstrame cuánto te gusta lo que te hago…

Me moví desquiciada y él introdujo los dedos de manera salvaje hasta que ya no pude más y exploté. Lo hice con un regusto de bilis en el paladar y el nombre de Margaret en la garganta.

A él pareció no importarle.

—Mi turno —murmuró, apartando la mano para desabrocharse el cinturón—. De rodillas, preciosa, y procura guardar bien los dientes.

Lo miré con una arcada fraguándose en mi vientre.

—Lo siento, me voy, acabo de recordar que tengo que pasear al gato —dije con voz pastosa.

—De eso nada, monada, primero me la chupas y después te largas.

Intentó tirar de mí, forzarme a que hincara las rodillas y lo que se llevó fue mi codo hundido en su abdomen y un puñetazo reflejo en la nariz.

—No es no, colega, a ver si aprendes y da gracias porque no te haya reventado las pelotas —mascullé con los nudillos salpicados de sangre.

—¡Puta zorra de mierda! —espetó mientras yo me alejaba.

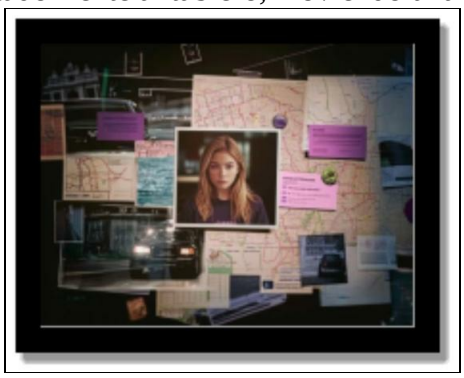
Llegué al apartamento dando tumbos y me dejé caer en la cama.

Olisqueé la funda de almohada donde ella solía poner su cabeza. Ya no olía a nada.

Lloré, como si mis lágrimas pudieran devolverme su aroma, su sabor o lo que sus caricias me provocaban, como si mis lágrimas fueran pegamento para el alma, en lugar de una demostración agónica de dolor.

No logré nada y, minutos después, vacía y rota, me dejé llevar por el agotamiento.

Dos días después, Martínez estaba sentado frente al tablero, moviendo una fotografía de un lado a otro, pensativo.



Nuestra segunda visita a la asociación no dio demasiados frutos, la responsable no estaba y, como era de esperar, todo aquel que iba a allí era bajo la ley de protección de datos; si quería los ficheros, necesitaba una orden judicial que intenté que el comisario tramitara con la mayor premura posible.

—¿Sabes lo que me jode de esto, jefa? —Martínez rompió el silencio, con ese tono burlón que me sacaba de quicio, pero que a veces agradecía—. Todo está mal, pero lo que más me revienta es que ni siquiera se molestaron en disimular. Estas chicas no desaparecieron, no de verdad. ¡Estaban llamando a sus malditos padres mientras alguien las tenía secuestradas, estoy casi seguro! ¿Cómo se come eso?

—Yo pienso lo mismo. Lo manipularon todo, César —respondí, mirando las grabaciones de las cámaras de seguridad que habíamos conseguido de una de las residencias. Todo parecía normal, las chicas entraban y salían como si no pasara nada, pero sabíamos que alguien las estaba vigilando de cerca—. No sé quién es capaz de hacer algo así, pero están gastando una cantidad de dinero brutal para tapar esto. Las llamadas no eran de ellas, alguien usó sus números, sus voces, pero las rastreamos y..., bueno, ya sabes lo que encontramos.

—Las jodidas señales rebotando por todo el mundo —ironizó Martínez, levantándose para dar una vuelta por la sala—. Primero París, luego Tokio, luego... ¿Dónde era la última?

—Tanzania —dije, frustrada. Nunca habíamos lidiado con algo tan grande. Cada intento de rastrear los móviles de las chicas nos llevaba a un país diferente, sin ninguna lógica aparente.

Me puse en pie, abrí la ventana y me encendí uno de los cigarrillos.

—Te estás matando con eso —gruñó, señalando el cigarro.

—Nadie va a quedarse en este mundo eternamente.

—Puede que no —dijo, arrancándome el cigarrillo para lanzarlo al vacío—, pero, por lo menos, puedes dejar tus pulmones para alguien que necesite un trasplante. Además, harás saltar

la alarma de incendios y se empapará el tablero de pruebas. —Me reí a medias, porque no era mentira.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías? —gruñí, viendo cómo el humo se disipaba en el aire frío.

—Solo me preocupo por ti, jefa —respondió Martínez con una sonrisa socarrona mientras se dejaba caer en la silla de nuevo—. Si sigues así, vas a tener que investigar tu propio asesinato a manos de los cigarrillos.

Me apoyé en el marco de la ventana, dejando que el viento me despeinara. Sabía que tenía razón, pero no estaba de humor para admitirlo.

Volví al portátil y mi *mail* me informó de que tenía un mensaje nuevo.

Cuando vi de qué se trataba sonreí.

—¡Por fin han llegado las imágenes de tráfico!

—¡Eso hay que verlo! —exclamó Martínez

Martínez me arrebató el ratón para desplazarse por las grabaciones de las cámaras que por fin nos habían hecho llegar.

Era el momento de fijarnos en cada detalle, sin perder ni un segundo.

—Vamos a ver, ¿por dónde empezamos? —dijo mientras hacía clic en el archivo.

—Pon el del día del accidente enfrente de la clínica —señalé por la fecha—. A ver si esta vez tenemos más suerte.

Las imágenes comenzaron a reproducirse, y ambos nos quedamos en silencio mientras la grabación corría. La misma calle, las mismas luces de neón de los bares cercanos. Los coches pasaban, algunos peatones cruzaban la calle, y todo parecía tan normal que dolía. Pero, entonces, ahí estaba. El maldito Nissan Altima negro, estacionado en la acera, con los faros apagados.

—¡Ahí está! —exclamé, inclinándome hacia la pantalla—. Detenlo. ¿Puedes ver la matrícula?

Martínez pausó el vídeo y retrocedió unos segundos, hasta que el coche apareció en escena de nuevo.

—No, a ver cuando se mueva. Parece que lleva un rato ahí —murmuró, observando el reflejo de las luces de la calle en el parabrisas. No podíamos ver al conductor, el ángulo era malo.

—¿Puedes acercarlo un poco más? —pedí, con el corazón acelerado.

Martínez aumentó el *zoom* en la imagen, pero no había forma de distinguir nada concreto. El coche estaba justo fuera del alcance de la cámara, pero se veía lo suficiente como para saber que alguien estaba dentro. La pregunta era: ¿quién?

—Esto no me sirve de mucho —gruñí, frustrada.

—Tranquila, déjame ver si puedo sacar algo más… —Martínez retrocedió unos segundos más y luego adelantó la grabación a cámara lenta.

El coche permanecía inmóvil, como una bestia acechando. Entonces, en una fracción de segundo, las luces delanteras se encendieron, y el coche arrancó. Era un movimiento calculado, como si el conductor hubiera estado esperando una señal.

—¿Lo viste? —dijo Martínez—. Esperó hasta que salió la chica, como si supiera que iba a salir...

El coche aceleró y vimos el atropello en directo.

El ángulo de la cámara no permitía ver más de lo que ya teníamos.

—Vamos a seguirlo —insistí, con el pulso acelerado—. Tiene que llevarnos a alguna parte.

Nos habían adjuntado más minutos desde otras cámaras, por suerte, siguió unos metros hacia delante para salir a la general.

Martínez hizo avanzar la grabación, finalmente, dobló una esquina y...

—¡Ahí, retrocede, justo ahí! —exclamé.

—Ya lo tengo, jefa. Dame un segundo.

—¡La tenemos!

Era la puñetera matrícula. ¡Por fin!

La anoté e hice una llamada a los de tráfico para que me dieran todos los datos sobre aquel coche, mientras César se puso a mirar más vídeos.

Uno era del campus, donde la compañera de Astrid dijo haber visto un coche negro.
Varios minutos después me llamó.

—Eh, jefa, mira.

Si no era el mismo coche, era uno muy parecido, tenía las mismas lunas tintadas y salía del campus, aunque la matrícula no era la misma.

También la anoté, cabía la posibilidad de que alguien la hubiera cambiado.

Martínez buscó en la base de datos de las cámaras de seguridad de la ciudad hasta que encontró la siguiente en la secuencia. Apareció una calle más estrecha, con apenas tráfico. El coche negro reapareció en pantalla, moviéndose sigilosamente por la noche.

Y ahí fue cuando lo vimos. El coche se detuvo frente a una entrada discreta, sin letreros ni nada que llamara la atención. Un hombre salió del vehículo y caminó hacia la puerta, con movimientos rápidos y precisos.

—No se le ve la cara, ¿quién es ese? —pregunté, tratando de enfocar mejor la imagen.

—No lo sé, pero lo vamos a averiguar —respondió Martínez, con los ojos fijos en la pantalla.

El hombre entró al edificio y el coche se alejó rápidamente. Por desgracia, la cámara no captó más detalles.

—Vamos a averiguar qué demonios es ese lugar —ordené, apagando las pantallas de un golpe —. No pienso dejar que se nos escapen esta vez.

—Voy a rastrear la dirección —dijo Martínez, tecleando furiosamente en su portátil.

Mi intuición me decía que estábamos cerca de algo grande. Lo sentía en cada fibra de mi cuerpo. Sabía que esa puerta, esa maldita puerta, tenía algo que ver con las desapariciones. Y esta vez, no pensaba dejar que el caso se nos escapara de entre los dedos.

Me acerqué a Martínez y esperé mientras él hacía las búsquedas. Cuando finalmente encontró algo, sus labios se curvaron en una mueca de satisfacción.

—Tengo un nombre y vas a alucinar cuando te diga a quién pertenece.

CAP Í TULO 51



Janelle

Estaba en la barra del club, observando cómo las luces se apagaban y la música se volvía más suave. Las clientas del SKS habían terminado de arrojar sus billetes a los pies de Avaricia, quien sonreía encantado y hacía una reverencia final para desaparecer entre bambalinas.

Estaba preparando las bebidas en la barra, junto a Corey, que limpiaba una copa con la concentración de quien parece tenerlo todo bajo control menos una mancha imposible.

—¿Qué narices os echáis en la boca para que ni el lavavajillas pueda con estos pintalabios? ¿Rotulador permanente? —Reí.

—Pues verás, mejor que termine ahí a que vosotros acabéis con la polla como si hubiera salido de viernes 13. Creo que de las dos opciones la menos mala es la del vaso.

—Viéndolo así…

Agité la coctelera fijándome en Ira tonteando con una de las clientas, que se lo comía con la mirada.

Lancé un suspiro resignado.

Seguía con la maldición de Ives Saint Lou-Grano en el Culo encima.

Desde que me acosté con Marcus, nada había vuelto a ser lo mismo.

Intenté retomar mis costumbres, ir al club liberal, estar con otras personas. Pero cada vez que ponía el cuerpo en la cama redonda, o me lanzaba a algo casual, algo de una noche, a través de las citas de la *app*, siempre terminaba igual: largándome por patas.

A todo le encontraba una pega, y se me multiplicaban los motivos por los que no acabar desnuda y agitada, por lo que terminaba sola y frustrada.

Nadie tenía esa chispa que me encendía, ya fueran pareja, grupo o llanero solitario. Nadie era lo suficientemente moreno, gruñón, ni tenía el pelo tan corto que me diera los suficientes escalofríos en la palma de la mano para activar mi deseo.

Ninguno era Marcus.

—Sigues haciendo esa mueca, Janelle. —Corey habló sin apartar los ojos de la copa, como si supiera perfectamente lo que pasaba por mi cabeza.

—¿Qué mueca? —le respondí, casi sin pensarlo.

—Esa, la que haces cuando no quieres admitir que algo te molesta.

Lo miré de reojo y me reí con sarcasmo.

—No sabía que tenía una mueca para eso, y para tu información, si algo me molestara, te lo diría, no soy de las que se guarda las cosas.

Corey dejó la copa sobre la barra y me miró directamente a los ojos. Su expresión era tranquila, pero desafiante...

—Veamos, no he querido sacarte el tema antes, pero… ¿qué pasa con Marcus? —dijo, finalmente, colocando el paño en su hombro, y fue como si me dieran una patada en el estómago.

—¿Qué pasa? Creo que las cosas ya le quedaron lo suficientemente claras el otro día, ¿o ha venido a ti para decirte algo? —Alcé las cejas buscando un resquicio de que él lo estuviera pasando tan mal como yo.

Quizá era culpa de que a Mary Kate le había dado por poner *Anatomía de Grey* y no dejaba de ver a médicos y enfermeras follando por todas partes.

Comprendía por qué solo le habían modificado una palabra respecto a su homónimo de *Cincuenta sombras*, porque madre mía la que se traían en el cuartito de descanso… Era imaginar ahí a Marcus, con el resto de doctoras y enfermeras, y me entraban los siete males. ¿Les haría lo mismo que me hizo a mí?

Todavía sentía su mano en mi nalga.

Corey no era tonto, no podía engañarlo.

—No me ha dicho nada, para ciertas cosas Marcus es muy reservado, pero sí sé que ambos estáis más irritables que de costumbre y que tus citas y visitas al club de intercambio no parecen suavizar tu carácter, por lo que deduzco que algo no funciona como debería.

—¿Y no has pensado solicitar una plaza en la policía? Si tanto te van las investigaciones, yo de ti lo haría.

—Prefiero traer vida a este mundo antes que jugármela.

Suspiré, mirando la botella frente a mí, y sentí cómo mis barreras se desmoronaban. Necesitaba hablar con alguien y sabía que Corey era genial para ello, además, los médicos tienen secreto profesional, como los abogados y los mejores amigos.

—Es que todo me aburre. No sé, antes era distinto, me divertía, no me comía la cabeza y punto, pero desde que lo dejé con César y Nancy, como que algo ha cambiado en mí. Nada ni nadie me completa. Es como si...

—¿Como si, de repente, te apeteciera probar lo que ellos comparten? —Lo miré asombrada, parecía que me hubiera leído la mente—. Cambiar de opción no es malo, Jane, fluctuamos dependiendo de las circunstancias personales que atravesamos, quizá estés pasando por otra etapa vital y en lugar de despreciarla debas abrazarla.

Me callé, odiando lo que estaba a punto de confesar.

Corey alzó una ceja, cruzándose de brazos, y se apoyó en la barra, claramente esperando que continuara.

—¿Piensas que Marcus me completa? —solté, finalmente. Y sí, me dolió admitirlo. Él sonrió —. Ya, sé que suena a locura, que mientras no estamos en la cama nos llevamos como el culo y que yo siempre pensé que jamás estaría con alguien que le molaran tanto los pronombres posesivos, pero… es que desde que estuve con Marcus, ninguno me pone a cien. ¡Dios! Debo

tener síndrome de Estocolmo.

—Eso es cuando te secuestran.

—Pues eso, Marcus ha secuestrado mi coño y mi deseo.

Corey soltó una carcajada sonora.

—Quizá es porque Marcus no es como los demás, está hecho de otra pasta, y sí, no te voy a quitar la razón en que es algo posesivo, pero yo también lo soy, me volvería loco al imaginar a Mary Kate con otro y no sé si sería capaz de compartirla, respeto a quien pueda hacerlo, sabes que soy muy generoso respecto a cualquier aspecto de mi vida, pero no me veo cediéndosela a alguien o verla disfrutar con otro que no sea yo, y no por ello me considero un tóxico. Te aseguro que él tampoco lo es, pero lo pasó mal al entregarle el corazón a una mujer que no quería una relación, y cuando va y lo supera, se encapricha de ti, que alzas la bandera de las camas redondas a la mínima oportunidad… Comprende que no es sencillo para Marcus.

Solté un suspiro largo.

—Es que Marcus no quiere lo que yo quiero, o más bien, no quiere lo que yo puedo darle.

Corey me observó durante un momento, antes de que una sonrisa astuta se formara en su rostro.

—¿Estás segura de eso? ¿Qué dirías si te dijera que esta semana se lo ha montado con…? —Ni siquiera había terminado la frase que me sentí como el maldito Gollum con su anillo—. Ajá, ahí lo tienes… —Me tomó por los hombros e hizo que me girara hacia el espejo que había en la zona de las botellas—. Mírate la cara. Te gusta.

—¡Eso es obvio!

—Y no te hace gracia que pueda estar tirándose a otras.

—Vale, pero porque igual me gustaría estar en esa ecuación…

—Marcus no se ha acostado con nadie, solo era para que te dieras cuenta de que ese es el pensamiento que estoy seguro que no deja de cruzarse por su cabeza y, aunque lo quiera mucho, confieso que lo estoy pasando bien por lo que él me hizo creer respecto a Mary Kate.

—¿Y qué hago, Corey? Estoy hecha un mar de dudas…

—Bueno, quizá, si vuelves a acostarte con él, se te despeje la incógnita; si ves que te pasa lo mismo que con los demás, es que sin lugar a dudas no se trata de Marcus, sino de una crisis coital, pero, sin embargo, si volvéis a hacerlo y sigues queriendo más, entonces deberás plantearte que puede que hayas dado con alguien que te complete y no te haga necesitar algo más.

—Dudo que esté abierto a experimentar…

—Bueno, quizá solo haya que darle un poquito de motivación extra.

—¿En qué piensas?

—Te aseguro que, si no estuviera seguro de que vais a terminar juntos, no se la jugaría a mi amigo.

Lo miré con escepticismo, pero no pude evitar sonreírle ante la expresión pícara que se le puso.

Adoraba los planes descabellados, y si el fin era un Marcus muy desnudo en un mar de orgasmos, era imposible que no quisiera nadar en sus aguas.

—¿Qué tienes en mente?

—Marcus estará aquí en unos minutos porque le pedí un favor. Ya sabes cómo es, no deja que las cosas pasen sin tenerlas controladas. Le pedí que viniera a recoger a Mary Kate para llevarla a casa, su turno ha terminado hace poco, y yo no me fío de que vaya sola a estas horas.

Me puse nerviosa al imaginarlo atravesando la puerta y mi útero se contrajo ante la expectación.

—¿Cuál es tu propuesta? —Corey se acercó a mí y murmuró algo en mi oído—. ¿Harías eso por mí?

—Haré más. Si todo sale como espero, haré que os redirijan al privado número 4 para hablar.

—Eres mi puto héroe.

—No cantes victoria, antes toca actuar y convencer a Jordan de que es una idea innovadora que…

—El *boss* no está, hace un rato lo vi diciéndole al de seguridad que tenía que salir, así que…

—Pongamos el plan en marcha —murmuró por mí.

—Adoro cuando te pones en plan malévolo.

Corey dio un salto para ubicarse al otro lado de la sala, como si nada en el mundo pudiera afectarle.

—No va a matarnos un poco de diversión, sal de la barra y ve a ver a Kate para que nos eche una mano con esto, yo me ocupo de coordinar a los chicos para que todo cuadre.

—Sabes que te adoro, ¿verdad?

—Es mutuo. Anda, pelirroja, que tenemos que prepararnos para el *show*.

Quince minutos después, Marcus aparecía por la puerta, el de seguridad le indicaba que esperara sentado en una mesa, que tenía instrucciones de que aguardara allí a que saliera Kate.

Nunca me había cambiado tan rápido ni estaba tan nerviosa por ello. Miré a Corey al otro lado del escenario.

Me guiñó un ojo cómplice bajo su máscara, ambos habíamos decidido que ese número sería especial, y sabía que no habría forma posible de que Marcus lo pasara por alto.

CAP Í TULO 52



Janelle

El DJ se puso a anunciar el nuevo número.

Su voz oscura avisaba de que la Navidad se acercaba y el espíritu de la generosidad se había adueñado de Santa Claus, quien había dejado su particular regalo en el SKS.

—¿Qué puede ser mejor que disfrutar de dos pecados en lugar de uno? —Las mujeres gritaron entusiasmadas—. Agiten sus billetes por dos, señoras, y disfruten de los pecados más seductores sobre el escenario, que la Lujuria y la Soberbia les acompañen, esto es la guerraaa. —Sonaron varias sirenas como de alarma nuclear y la entradilla de *Toxic*, de Britney Spears, dio paso a un Corey deseoso de batalla.

Iba vestido como un soldado del ejército de tierra, pantalón de camuflaje, camiseta negra rota que se ajustaba a su musculatura perfecta. Botas de caña, un colgante plateado como los que usan para identificar a los soldados, un chaleco lleno de granadas que si tirabas de las argollas llenaban el escenario de humo; la máscara y un rifle de asalto entre las manos.

Las mujeres gritaron al verlo aparecer, pero no fue nada comparado a cuando yo hice la entrada con la primera estrofa de la canción, condecorada y emulando a su oficial al mando.

Mi uniforme llevaba una chaquetilla corta con las medallas que daba paso a una camisa corta blanca con botones dorados que dejaba mi vientre al aire. Los primeros estaban desabrochados para mostrar mi canalillo generoso. La minifalda negra con un corte descarado revelaba, si me agachaba, el *coulotte* de debajo en el que podía leerse: «Hecha para dar guerra».

Llevaba unas botas altas que terminaban bajo mis rodillas, de tacón de aguja. El pelo rojo estaba peinado en una trenza que quedaba bajo la gorra de oficial y blandía una fusta entre los dedos que amenazaba con disciplinar a mi compañero.

El público aulló de emoción ante mi primer movimiento, una orden clara exigiendo al soldado un cuerpo a tierra que no dudó en desobedecer.

Podía sentir la expectación en el aire, ese tirón familiar que me envolvía antes de cualquier actuación transformándose en algo poderoso sobre el escenario.

Esa vez, había mucha más tensión, y era gracioso ver a alguien tan menudo como yo exigiendo obediencia a un titán como Corey.

Vi de reojo a Mary Kate, que aguardaba entre bambalinas sin poder apartar la mirada lujuriosa de su pecado más tentador.

Sabía que Marcus estaba viéndonos, lo notaba en la forma en que mi corazón se aceleraba, como si una energía oscura tirara de él para alborotarlo, y eso me motivaba aún más.

Caminé alrededor de mi soldado de manera lenta y provocadora, moviéndome en sincronía, con cada paso medido. Me puse detrás de Corey, coloqué la fusta en posición horizontal, cerca de sus labios para que la mordiera, y desplacé las manos desde su pecho a las caderas evitando la zona inguinal, pero muy cerca.

No hay escape, no puedo esperar.
Necesito un golpe, cariño, dámelo.

Le arrebaté mi herramienta sin preaviso y en la segunda estrofa golpeé con suavidad sus partes para que él cayera.

Eres peligroso.
Me encanta.

Lo hizo a cuatro patas, en mitad de un rugido femenino y febril por parte de nuestras espectadoras, lo cual me dio pie a que montara sobre sus lumbares y tirara del pelo rubio para que mirara a la ovación.

Ellas enloquecieron, mientras yo me contoneaba, trazando ondas sinuosas. Corey avanzó como si fuera mi medio de transporte predilecto.

Perdiendo la cabeza, dando vueltas y vueltas.
¿Me sientes ahora?

Mi mirada era pura provocación mientras me tumbaba encima de él, apoyando el estómago sobre su espalda, agarrada a sus trapecios para mantener el equilibrio y flexionando las rodillas para mover las pantorrillas como haría una adolescente estudiando boca abajo en la cama.

Él se puso de perfil, y cuando me di cuenta, su cuerpo estaba totalmente pegado al suelo, hizo un requiebro y sentí mi espalda en el escenario, mientras Corey me inmovilizaba, placándome por completo, pegando su nariz a la mía, para justo después hacer gala de su fuerza haciendo el gusano sobre mí, con su entrepierna impactando contra la mía con vigor.

Los billetes volaron y él le lanzó un guiño a una de las mesas que mucho me temía que era la de Marcus.

La audiencia sentía la química, nuestros cuerpos se rozaban al límite, prendiendo esa chispa de «casi pero no», justo lo suficiente para encender el fuego y desatar las llamas.

Empujé a Corey y este salió despedido como si yo poseyera una fuerza sobrehumana.

Me levanté fusta en mano en plan justiciera y deshice la distancia entre nosotros.

Moví mi arma amenazante para exigir que tirara un par de granadas. Corey acató y el humo nos envolvió para darnos algo de privacidad.

—Lo estás haciendo genial, Duendecilla, conociendo a Marcus, debe estar a punto de

amputarme los huevos.

—¿Tú crees?

—Por si acaso, no pienso acercarme a su mesa.

—Pues vamos a darle material suficiente como para hincharle todavía más las pelotas.

Cuando nuestra particular cortina se despejó, él ya no llevaba chaleco, yo estaba montada a horcajadas y sus manos tocaban lo justo y necesario de mi trasero para que yo me meneara masajeando mis pechos.

Arqueé la espalda de forma exagerada y él alzó las palmas a mis lumbares para sostenerme en un ángulo provocador y perfecto. Las luces rojas caían sobre nosotros, y la atmósfera era pura sensualidad.

—¿Te has fijado en su cara? —Corey me susurró mientras me levantaba de nuevo, con una sonrisa retorcida—. Va a descuartizarme y vender mis miembros a estudiantes de prácticas, más te vale que valga la pena.

Eché un vistazo rápido hacia donde estaba Marcus y lo vi.

Estaba sentado en la parte trasera, con una copa en la mano y la mandíbula tan apretada que parecía que iba a explotar. Su mirada no se apartaba de nosotros, y podía sentir cómo su frustración crecía con cada segundo. Me mordí el labio inferior. Eso iba a ser divertido.

Soy adicta a ti.
¿No sabes que eres tóxico?

Subimos el ritmo. Corey me dio la vuelta, y comencé a bailar de espaldas a él, pegando mi cuerpo al suyo mientras movíamos las caderas al son de la música.

Y me encanta lo que haces.
¿No sabes que eres tóxico?

Sus manos descendieron lentamente por mis brazos hasta mi cintura. Giré a su alrededor, tocando su pecho mientras descendía en cuclillas por detrás, desplazando las manos por sus muslos poderosos para recorrer las piernas hasta la ingle. Las clientas enloquecieron.

Sin previo aviso, Corey tiró de las roturas de la camiseta para desintegrarla, lo que provocó un estallido de vítores.

Me levanté, me puse de espaldas a él frente al público y extendí los brazos para que me quitara la chaqueta, quedándome solo con la camisa ajustada carente de espalda, que se sujetaba por dos presillas, una en el cuello y otra en la parte baja, y la falda.

Caminé hacia la barra de pole mientras él lanzaba la prenda.

Me coloqué en el centro del escenario, y me colgué del tubo, deslizándome por el acero en una pirueta rápida antes de desplazarme por la rigidez metálica lentamente hasta el suelo, con mis ojos conectados con los de Marcus.

El pobre doctor estaba a punto de perder la cabeza cuando hice el gesto de querer quitarme el top buscando el cierre del cuello, aunque lo dejé en paz al ver que Corey saltaba del escenario para dirigirse a las mesas.

Puse cara de enfado, como si mi soldado se estuviera tomando ciertas licencias que podrían ser castigadas.

Él caminaba entre las clientas, las tocaba ligeramente, levantando sus manos hacia los

abdominales masculinos y provocando sonrisas cargadas de deseo.

Fui hasta él y le di un fustazo, señalando el escenario. Él cogió una botella de agua que había en la mesa y obedeció a regañadientes.

Subió de un salto para apoyarse en la barra y verter en su cabeza el líquido transparente y que empapara su torso desnudo mientras la música alcanzaba su clímax.

Fue entonces cuando decidí que era el momento de darle el golpe de gracia a Marcus.

Parecía que iba de vuelta al escenario, pero, en el último instante, cambié de rumbo para caminar en su dirección con movimientos exageradamente sensuales y golpes de tacón.

Mis caderas se balanceaban al ritmo de la música, y mis ojos estaban clavados en las turbulentas pupilas. Sabía que se estaba endureciendo por segundos en su asiento, incapaz de apartar la mirada, aunque fuera lo que más deseara, con esa vena hinchada en el cuello, digna de la mordida de un vampiro.

Cuando llegué, Pereza estaba al lado, le había hecho un chasquido de dedos, que era la señal para que me aproximara una copa de champán helado en una bandeja, y antes de que Marcus pudiera decir o hacer nada, se la vacié en la entrepierna con una sonrisa desafiante.

Eres tóxico, me estoy hundiendo.

Caí de rodillas y pasé mi lengua por ella como una gatita perversa. Sus dedos se crisparon en los brazos de la silla. Estaba muy cachondo y no podía negarlo.

Con sabor a paraíso venenoso.

—Eso es para que te enfríes un poco, fiera —dije, mi voz cargada de sarcasmo.

Soy adicta a ti.
¿No sabes que eres tóxico?

El rostro de Marcus se oscureció en cuestión de segundos, sus ojos se encendieron con furia contenida. Su mandíbula se tensó aún más, si eso era posible, y antes de que pudiera darme la vuelta para largarme, él se levantó de golpe. Lo que propulsó mis cortas piernas en una huida hacia delante.

Y me encanta lo que haces.
¿No sabes que eres tóxico?

Lo esquivé durante un par de mesas.

—¡Ven aquí! —rugió, pero yo ya me había alejado, moviéndome con gracia. No duré demasiado.

Se hace tarde para renunciar a ti.
Tomé un sorbo de la copa del diablo.
Despacio.
Se está apoderando de mí.

Podía sentir su mirada perforándome la espalda, y cuando me giré para lanzarle una última

sonrisa provocadora y regresar al lado de Corey, lo vi justo detrás.

—¿Buscas guerra? ¡Pues la vas a tener! —masculló, elevándome para cargarme en su espalda.

«¿Y quién quería huir?». Sonreí al pensar que seguro había leído mis bragas.

Me dejé transportar disfrutando del momento. Las cartas estaban bocarriba y sabía que Marcus no me dejaría salir del juego sin más.

Nos alejamos mientras las mujeres reían por nuestra huida y volvían a mirar el escenario en busca del momento «soldado se arranca los pantalones para mostrar su otro fusil de asalto».

Una maniobra de distracción perfecta para que nos diéramos a la fuga.

CAP Í TULO 53



Marcus

¡No podía más!

Cuando fui a hacerle el favor a Corey de recoger a Kate, lo que menos me esperaba era encontrarme en mitad de un espectáculo militar cuyas estrellas principales eran mi socio y la mujer pesadilla.

Debería haberme levantado de la silla y encerrarme en el baño hasta que acabaran, y no por el calentón que llevaba, que también. No lo hice porque, cuando quise darme cuenta la Teniente Oh-Me-Pones-a-Mil, pisó el escenario vestida para hacerle mil *burpees* aterrizando en su cuerpo desnudo.

Me fue imposible despegar el culo del asiento y la mirada de sus pecaminosas curvas.

Sabía exactamente qué había debajo de aquel escueto uniforme, y que se desplazara por el escenario fusta en mano, contra el cuerpo de Corey, despertaba en mí instintos demasiado bajos y asesinos.

¡Me cago en la puta! ¡Era una maldita provocadora!

Y para rematar, me había volcado una copa helada sobre mi erección, que no menguó ni un ápice cuando la muy descarada pasó la lengua por mi bragueta, al contrario, me dieron ganas de llevarla a un lugar oscuro y privado para calentar esas nalgas como merecía.

Me importó bastante poco caminar entre las mesas con la entrepierna como si debiera de usar pañal, o parecer un hombre de las cavernas al cargarla sobre mi hombro. Lo veía todo rojo, o mejor dicho pelirrojo, mientras atravesaba la sala en dirección a la puerta, obviando las miradas y los murmullos de las mujeres y algunos de sus compañeros de trabajo.

Ella no paraba de reírse y soltar algún comentario mordaz, pero solo conseguía atacarme todavía más. Janelle sabía perfectamente lo que estaba haciendo y cómo me afectaba.

Al ver al tipo de seguridad de la puerta, recordé qué hacía allí, había ido a buscar a Kate, no a

llevarme a la bruja del oeste para hacerla volar sobre el mango de mi escoba.

El tipo, tamaño armario empotrado de pasillo, cabeceó hacia el lateral y formuló el número cuatro con los dedos.

Perfecto, en lugar de una tunda, me mandaba a uno de los reservados para darme privacidad y poder cerrar el espectáculo, lo cual agradecí. Cuando estuve dentro, me topé con una cortina, que atravesé a grandes zancadas, una zona central con un pequeño escenario y una barra parecida a la que se había colgado, un sofá enorme de terciopelo oscuro, cuyo respaldo daba a una pared de espejo. Todo el ambiente estaba bañado en luz morada y sonaba una canción muy distinta a la del numerito de la fusta.

Me puse de mal humor al escuchar *Die for you*, de Ariana Grande y The Weekend.

—¿Qué demonios te pasa? —le solté a Janelle, descargándola en mitad del espacio, con una mezcla de frustración y deseo acumulado—. ¿A qué juegas? ¿Quieres que termine interno en un centro de salud mental tras haber apuñalado a mi amigo? ¡Porque te juro que no te entiendo! Primero no respondes a mis llamadas, después me ignoras y ahora este numerito en el que te ha faltado bajarme la cremallera para llevarme a tu boca.

Ella me miró de reojo, fue directa al sofá con una sonrisa indolente. Aquella trenza pelirroja caía sobre su pecho, con una chispa de desafío brillando en el tono verde de sus ojos.

—No sabía que eras tan impresionable, Dr. Grant, solo se trataba de un baile… —replicó con tono sarcástico, pasándose una mano por el muslo desnudo, lento, como si eso fuera lo más natural del mundo.

Cerré los ojos un instante, tratando de contener la rabia y las ganas de besarla al mismo tiempo, mi cuerpo me enviaba órdenes contradictorias, aunque no podía ser de otro modo, aquella mujer infernal era un sinsentido con piernas. Sabía perfectamente cómo provocarme, y lo estaba haciendo a propósito. Me acerqué y apoyé una mano en el respaldo del sofá, inclinándome sobre ella.

—No sé qué pretendes —le dije, manteniendo la voz firme—. Pero no pienso ser uno de tus juguetes. Contigo no se puede mantener una conversación normal sin que acabes salpicado de bromas o sarcasmo.

Ella se encogió de hombros, tan tranquila como siempre.

—Si no puedes con un poco de sarcasmo, mucho menos con mi boca alrededor de tu polla —dijo con voz desafiante, sus ojos chispeaban—. Y para tu información, no estoy jugando. Te lo tomas todo demasiado en serio. La vida no es tan rígida como te crees. Deberías probar a vivir el presente en lugar de estar siempre calculando consecuencias.

—¿Calculando consecuencias? —dije, sin dar crédito a su respuesta—. Tal vez tú no pienses en ellas, pero yo no me lanzo a cualquier cosa sin saber dónde estoy pisando. A mí no puedes tratarme del mismo modo que a los otros.

—¿Y qué te hace pensar que lo hago? —me interrumpió, haciéndose la inocente—. Te comportas como un animal enjaulado, como si tuvieras que cumplir una misión que nadie te ha pedido. ¿Qué te asusta tanto de dejarte llevar?

Las palabras me quemaban. Estaba logrando sacarme de quicio de verdad, y en el fondo, sabía que eso la complacía.

—¿Crees que no soy capaz de dejarme llevar, Janelle? —pregunté, desafiante, con la mirada fija en ella—. Deberías andarte con cuidado, porque si quieres que lo haga, vas a tener que atenerte a las consecuencias.

Ella arqueó una ceja, su sonrisa desapareciendo un poco para convertirse en algo mucho más

caliente y provocador.

—¿Consecuencias? Mmm, vamos, sorpréndeme, doctor.

—Ten cuidado con lo que deseas —le advertí. La acerqué hacia mí de un tirón, sosteniéndola por la cintura, sin darle oportunidad de escaparse, ni de reaccionar—. ¿Quieres sentir el momento? Pues vamos a sentirlo, pero no me provoques si no sabes manejarlo.

La tensión entre nosotros era tan brutal que casi podía tocarse. Ella me miró a los ojos, y por un segundo, vi algo más en su expresión, algo que iba más allá de sus habituales respuestas ingeniosas. Pero eso desapareció tan rápido como había llegado, y su sonrisa retadora regresó.

—Quizá lo que te pase es que no te atreves a sentirme de verdad —me dijo desafiándome.

Ya no necesitaba más provocación.

—Tú lo has querido.

Sin besarla, le di la vuelta para poner sus rodillas en el mullido sofá, ella se agarró al respaldo observándome a través del espejo y, sin dudar, le alcé la puñetera falda, le bajé aquella braga de mensaje provocador e impulsé la palma caliente de mi mano contra la carne redonda y suave.

Ante el primer impacto, jadeó.

¡Joder!

Con la mano libre, enredé su trenza en mi puño para tirar de ella y provocar una posición arqueada. Tenía los labios separados y su lengua asomaba para humedecerlos. Volví a castigar la nalga, una, dos, tres, cuatro… Con cada impacto, ella gemía más alto y yo me encendía más olvidándome del motivo que me llevaba a calentarla una y otra vez. No solo era rabia, era aquel sentimiento de pertenencia que me poseía cada vez que nos encontrábamos, como si a través de su piel incendiada quisiera que percibiera que realmente su entrega se debía a que era mía. Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.

En la última, el sonido fue tan intenso que temí que se fuera a correr.

«¡A la mierda!».

Me desabroché el pantalón, saqué el puto condón de emergencia que llevaba en la cartera, me lo enfundé y la agarré de las caderas para penetrarla sin miramientos. Estaba tan mojada, tan lista, que el que temió poder correrse fui yo.

La embestí con rabia, con la ira del que sabe que ha perdido la batalla incluso antes de declarar la guerra. Janelle cambió de posición para alargar el cuerpo y agarrarse de mi nuca.

Verla suspendida en mí, mientras la tomaba por detrás, contemplándonos a través del cristal, era una verdadera locura.

Subí una de las manos para magrear sus pechos, no lograba dar con sus pezones bajo la camisa ajustada…

«¿Qué demonios?»

Tiré de las presillas con fuerza, y cuando la desprendí, comprendí el motivo, llevaba un par de pezoneras, no de las de pompones, las suyas eran dos pegatinas con mensaje.

Dos X negras con letras rojas, una en cada pecho en las que se leía: *Lick Me*[4] y *Fuck Me*[5].

«Maldita fuera».

Janelle buscó mi mirada sin decir nada y yo llevé la mano a su entrepierna inflamada, acompasando con mis dedos el sonido de sus jadeos y el de nuestra carne chocando sin piedad.

—Dios, Marcus…

Su cuerpo menudo, flexible, sinuoso y de grandes pechos, temblaba.

Me hubiera gustado decir que no me afectaba, pero no era así. Aquella bruja me gustaba demasiado.

Seguí masturbándola mientras me imprimía en su interior y su vagina tiraba con glotonería de mi erección.

Bajé el rostro a su cuello para lamerlo, morderlo y succionarlo. Su mirada se volvió vidriosa. Los ruiditos que emitía eran una condena que me aproximaba al estallido.

—Estoy muy cerca —admitió.

Paré de tocarla, subí hasta la primera pegatina y tiré de ella, como si fuera una tirita de las que tienes que sacar rápido.

—¡Ah!

Janelle jadeó con fuerza.

Le gustaba, yo lo sabía y ella también. Retorcí y tiré del pezón sensible, ella curvó el cuello hacia atrás. Estaba completamente entregada cuando le arranqué la otra y su chillido agudo reverberó en mis tímpanos.

Salí de su interior, le di la vuelta, la senté y apunté mi erección contra su boca abierta, ni lo dudó.

Me engulló en un mar de necesidad, agarrándose a mis nalgas para dejarme sin respiración, mientras yo me hundía hasta el fondo de su garganta.

Tenía los ojos muy abiertos y le brillaban como esmeraldas.

Era jodidamente perfecta.

Tiré de la trenza para darle un ángulo imposible, sus dedos buscaron mis pelotas endurecidas para acariciarlas.

Noté una sacudida intensa.

No iba a aguantar mucho más.

Ella lo sabía, yo también.

Estiré de su pelo para salir de la gruta caliente y húmeda, me quité el condón, quería correrme sobre esas tetas enrojecidas, verlas manchadas de mí, por mí.

Salvo que una vez me vio desprovisto de él, aprovechó que había aflojado el agarre para mamarme a pelo y sin miramientos.

—No, no, no, ¡joder!

No tenía enfermedades que pudiera transmitirle, pero aun así…

Ella desoyó mi petición y yo tampoco es que pusiera mucho de mi parte por frenar. Mi fuerza de voluntad había descendido a menos cien y lo único que pude hacer fue dejarme llevar cuando sus succiones soberbias me llevaron a otro plano.

Noté el instante exacto en que mi cuerpo dijo basta y me vacié en el interior de su boca.

Moví las caderas con el placer más absoluto enroscándose en la base de mi polla, en el lugar exacto donde rebotaban sus labios. Me dejé ir sin oponer resistencia.

Cuando las últimas gotas salieron despedidas, abandoné la gruta cálida, odiándome por lo que había hecho.

Janelle sacó la lengua y me mostró su tesoro acumulado.

Una gota se desprendió sobre uno de sus erectos pezones dándome una imagen que no olvidaría en mi vida, y después cerró la boca para tragar y mostrarse vacía.

Me aparté como si me abrasara su mirada de triunfo.

¿Quién había dominado a quién? ¿Quién había logrado su objetivo?

Tuve ganas de darme de cabezazos, era un maldito estúpido.

Puede que Janelle hubiera obtenido mi rendición, pero iba a ser la última vez.

Di dos pasos atrás, me subí los pantalones y ella me miró consternada.

—¿Qué haces?

—Largarme, ya has obtenido lo que querías y yo tengo que llevar a Kate a casa.

—Pero no me he corrido.

—Seguro que encuentras a un voluntario que termine lo que yo he empezado, ¿no te gusta compartir? Pues aquí tienes mi acto de generosidad, hasta nunca, Janelle.

Me di media vuelta y me fui.

CAP Í TULO 54



Anita

Ya había amanecido hacía un par de horas.

Aspiré hondo y sonreí.

El hedor a semen fresco borboteaba todavía en mi nariz.

Eché un vistazo a la cama que segundos antes había sido ocupada por una de las elegidas.

El espectáculo había sido sublime, su cuerpo como receptora de la nueva vida que se gestaría en su vientre había sido preparado con mimo para uno de nuestros mejores clientes.

Fueron varias horas las que tuvieron de cópula con un total de cinco inseminaciones.

A mi marido y a mí nos encantaba disfrutar del espectáculo. Ellos no lo sabían, pero estábamos al otro lado de un cristal que nos permitía controlar que todo fuera según lo esperado.

Las reglas eran muy claras, ni mordiscos, ni golpes, ni marcas que pudieran alertarlas.

Era tan distinto al ritual de las maras… Las chicas no sufrían, no se enteraban de lo que ocurría después de perder la consciencia.

Las trasladábamos, aseábamos y preparábamos para el ritual de concepción. Todo estaba medido al milímetro desde que eran escogidas.

El *modus operandi* siempre era el mismo.

Nuestros enlaces de las universidades nos pasaban el historial de las alumnas de primer año, la condición *sine qua non* era que estuvieran recién llegadas del extranjero.

El perfil incluía que contaran con precinto de garantía, no podían haber sido usadas con anterioridad y sus familias debían ser respetables, además de bonitas.

Antes de incluirlas en el catálogo, debíamos asegurarnos de que eran susceptibles de caer por

nuestras alumnas gancho, que las hacían morder la fruta prohibida de las fiestas universitarias.

Todo se medía con sumo cuidado, en cuanto llegaban a la residencia, pasaban por un examen médico y psicológico en el que evaluábamos la idoneidad, después les suministrábamos en el desayuno, sin que ellas lo supieran, un cóctel de optimización hormonal que les introducíamos en el zumo, café o batido, lo que consumieran.

El medicamento experimental incluía una hormona sintética que imitaba el efecto de los reguladores de la ovulación y aumentaba la sensibilidad a la progesterona. Con ello las chicas entraban en un estado propicio para la concepción sin que lo sospecharan.

La fórmula actuaba como un sensibilizador de fertilidad, incrementando la frecuencia de los ciclos ovulatorios y optimizando el ambiente uterino para un embarazo exitoso, pero de forma tan gradual que no causaba alarma en ellas.

Así, el día de la concepción, las probabilidades de éxito eran casi de un 80 %.

Pocas veces habíamos tenido que hacer que repitieran, por supuesto, los clientes también tomaban otro de nuestros medicamentos que propiciaba el aumento del vigor del esperma, mitigaban el periodo refractario pudiendo ofrecerles un mínimo de tres hasta seis actos sexuales en cinco horas.

Me había vuelto toda una experta desde que mi marido me metió en ese mundo, noté su mano recorriendo mi espalda.

Y me dejé caer contra su cuerpo.

—¿Has disfrutado, Tigritsa?

—Sabes que sí.

Sus labios cubiertos de barba buscaron mi cuello.

—Me alegro. Tessa ha llamado —hice rodar los ojos.

—¿Qué quiere la *tronera*[6] esa?

—Ya sé que no te cae bien, pero debes reconocer que hace su función, ella y Blackwood son claves para el negocio.

—Lo que no quita que huela su hedor de lejos.

—Sé buena y después te compenso —murmuró, buscando mi boca y pellizcando mis pechos.

Me derretí con el contacto, si algo me gustaba de él era que sabía cómo complacerme.

—Está bien, ¿qué debo hacer?

—Desayuna con ella, me ha dicho que necesita un favor y yo no tengo tiempo para escucharla, debo acudir a un lugar.

—¿Un favor?

—Es bueno que la gente te deba cosas porque después te lo puedes cobrar.

Me di la vuelta y me fijé en cómo le brillaban los ojos.

—¿Dónde dices que vas?

—No seas curiosa.

Torció una sonrisa, no había demasiadas cosas que lo hicieran emocionarse de aquella manera.

—Mmm, ¿es lo que pienso? ¿Has dado con él?

—Quizá.

Dejé ir un suspiro largo.

—Entonces iré a desayunar con ella, pero a cambio quiero una noche solos y sin el bebé.

—Sácate la leche suficiente y yo me encargo de lo demás.

—¿Y por qué no me la sacas tú? —pregunté, bajándome el escote.

Él dio un gruñido y sorbió con fuerza. Me encantaba cuando hacía eso y, en lugar de ese

mocoso hijo de Julio, lo hacía él.

Sobre todo si después yo acababa montando sobre su erección mientras él seguía bebiendo. Si no había cortado la leche era porque mi marido se empeñaba en que era buena para el crecimiento del niño y porque yo adoraba que me comiera las tetas.

—Suficiente, deja algo para nuestro hijo y para mí esta noche.

—¿No podemos hacer uno rapidito?

—Sabes que no, Tigritsa, obedece.

Buscó mi boca y me dio un beso hondo que me supo a anticipación.

Debía cumplir mi parte del trato para que él respondiera como a mí me gustaba.



Los primeros rayos de sol atravesaban los rascacielos de Nueva York, reflejándose en los ventanales del café. Llegué temprano, acomodándome en una mesa discreta al fondo mientras esperaba a Tessa. Mi marido había sido claro: que escuchara lo que tuviera que decir y que, de paso, aprovechara para asegurarme de que hiciera algo útil por mí. Había estado dándole vueltas mientras el chófer se sumergía en el tráfico y quizá hubiera dado con algo para ella.

Tessa era de esas personas que podían resultar irritantes, pero cuando se lo proponía, sabía ser funcional y bastante convincente.

No tardó en aparecer, como siempre, pulcramente arreglada, aunque percibí una especie de tensión en su expresión, como si algo la preocupara. Era evidente que ese desayuno no era de cortesía.

—Anita —dijo, esbozando una sonrisa controlada mientras tomaba asiento.

Le devolví la sonrisa con la misma precisión calculada. No tenía sentido mostrarle otra cosa. Me acomodé en mi silla y, tras hacer un gesto casual para que pidiera lo que quisiera, decidí entrar en materia.

—Y bien..., ¿a qué se debe este encuentro tan temprano? —le pregunté, cruzando las manos sobre la mesa.

Ella entrelazó los dedos, como si estuviera a punto de revelarme un secreto.

—Sé que te gusta ir al grano, así que te lo diré. Necesito un favor —empezó, en un tono que intentaba ser casual, aunque sus ojos la traicionaban.

—¿Un favor? —levanté una ceja, saboreando cada palabra como si no tuviera prisa por escucharla—. Esto va a ser interesante, ¿qué tipo de favor? ¿Quieres el nombre de mi esteticista?

—No, es algo menos banal, aunque tienes la piel preciosa —respondió con una sonrisa tenue.

—Tú dirás.

—Necesito información sobre alguien. Una chica.

La observé en silencio, midiendo su tono. Curioso.

—¿Qué chica? —pregunté.

—La conocí hace poco en una fiesta —comenzó, dando vueltas al tema—. No sé demasiado de ella, pero parece que tiene la atención de alguien importante para mí.

—Interesante —dije en tono despreocupado, sin despegar la vista de sus ojos—. ¿Y por qué te obsesiona esta chica?

—Porque parece que mi hijastro ha puesto los ojos en ella y ella le ha hecho creer que está embarazada y que el hijo es suyo. Es absurdo, Corey y ella solo se vieron una vez y te garantizo

que es de los que extreman precauciones… No puedo arriesgarme a que una cualquiera se meta en… mi familia.

Ahí estaba. Vaya, vaya, vaya con Teresa, esa mami estaba *enculada* con el hijo de su marido, sonreí divertida porque era algo que sospeché la otra noche al ver las miradas que le dirigía, pero ahora me había quedado clarito del todo.

—Ay no, claro que no puedes permitir que tu hijastro se vaya con cualquiera ni le carguen el mochuelo de otro —comenté, mirándola fijamente—. ¿Y qué sabes de esa sucia mundana?

—Solo sé que Corey la mencionó y... que no quiero que sea una amenaza.

«Seguro que sí».

Tomé un sorbo de café y me apoyé en el respaldo de la silla, disfrutando de la vulnerabilidad de su petición.

—No creo que me cueste dar con algo suculento que te permita quitarte a esa ridícula de encima. Es la embarazada con la que mi marido pilló a tu hijastro haciendo manitas en una sala privada, ¿no?

Disfruté viendo cómo su perfecta cara se desdibujaba en una mueca de ira y asco.

—Es una zorra con piel de cordero, mejor dicho una vaca.

—Ay, Tessita, no te enojes, los nervios son fatales para las arrugas, yo te ayudaré, aunque ya sabes cómo son los favores... A mí me gusta dar, pero también recibir.

Tessa parpadeó y trató de mantener la compostura, aunque sabía que el hecho de pedirme algo tan explícito le ponía los nervios de punta.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y resignación.

Sonreí lentamente, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Me encanta que hablemos el mismo idioma. Hay una persona que necesito que vigiles. No te será difícil acercarte a ella, es joven e impresionable, su padre no es alguien que me agrade, pero en cambio ella, ella sí. Se llama Magaly Torres, te facilitaré todos sus datos, aunque debes ser prudente, el novio de su padre es agente del HSI y tiene contactos que nos conviene mantener alejados

Tessa se quedó en silencio, sorprendida por mi petición.

—¿Puedo preguntar qué te une a ella?

—Digamos que su madre fue muy amiga mía en la infancia y Leo no me soporta, quiero saberlo todo de ella, cómo está, sus aspiraciones, en qué no la entiende su padre… Ya sabes…, quiero ser su ángel de la guarda.

No iba a contarle la verdad a Tessa.

—Entiendo.

—Sé que hizo algunas cosas de voluntariado, quizá podrías ingeniártelas para acercarla a tu asociación y convertirte en alguien en quien pueda admirar y confiar.

—¿Y qué piensas hacer con esa confianza? —preguntó insistente.

—Bueno, solo le queda algo más de medio año para su mayoría de edad, querría que Magaly termine en un lugar adecuado, en uno de mis proyectos especiales. ¿Qué te parece? ¿Hay trato?

Clavé mi mirada oscura en ella. Se estaba convenciendo de que lo que le proponía era viable, y no solo viable, sino algo que no le iba a costar un problema.

—Entendido. ¿Cuándo crees que podrás saber más de esa chica?

—Dame un par de días, solo necesito su nombre, apellidos y lugar en el que buscar.

—Te lo he traído anotado, ya sé que no te fías de la tecnología.

—Me gusta que aprendas rápido. Por los tratos.

Alcé mi taza y las dos la entrechocamos.

Conseguir esa información sería muy fácil y, a cambio, obtendría exactamente lo que quería de la señora Blackwood.

CAP Í TULO 55



Mary Kate

Apenas faltaba una semana y media para Navidad y el espíritu podía respirarse en cada esquina de Nueva York.

Me fascinaba ver la emoción de la gente cargada de bolsas correteando arriba y abajo preparando la llegada de Santa.

Las luces encendidas cuando anochecía y la nieve amontonada en las aceras.

Valerie me había llamado, por fin libraba en el hospital y Sophie se había cogido el día libre porque se lo debían, así que era el momento idóneo para desayunar.

Habían escogido un rincón que a mí me pareció mágico, en pleno Manhattan, adornado con minúsculas luces que titilaban entre las guirnaldas de acebo.

Al entrar, la madre de Corey me saludó con una gran sonrisa y me dio un sentido abrazo, mientras Soph hacía un gesto exagerado señalando mi abrigo.

—Quítatelo o te vas a asar de calor, tienen la calefacción a tope y hemos pedido tres chocolates calientes con extra de nata, además de un montón de tortitas con sirope, huevos y beicon para compartir —comentó en tono divertido mientras la miraba asombrada.

—¿Cómo sabes que llevo el abrigo puesto?

—Por el sonido. Cada tejido suena distinto y las personas con visibilidad reducida desarrollamos más los otros sentidos, diría que tú llevas uno de lana.

—¡Dios mío! ¡Es alucinante!

—Te está tomando el pelo, se lo he dicho yo cuando has entrado, que llevas un abrigo de lana precioso en tono burdeos que te ilumina la cara.

Las tres nos echamos a reír. Me gustaba que Soph fuera así de natural y bromista.

—A ver esa tripita. —La hermana de Corey estiró los brazos y yo me acerqué para que pudiera palparla—. Oh, ha crecido un poco desde la última vez, y seguro que estás preciosa…

—Lo está —afirmó Valerie—. ¿Yo también puedo tocar?

—¡Claro! —¿Cómo sería cuando supiera que al otro lado estaba su nieta?

Contuve la emoción al sentir sus manos.

—¿De cuánto estás ya?

—De veinte semanas, a punto de cumplir las veintiuna.

—Vaya, solo te queda la mitad… Seguro que te mueres de ganas por verle la carita, recuerdo mis tres embarazos como si fuera ayer y era lo que más deseaba, además de que vinieran bien. ¿Corey te ha hecho ya la eco del segundo trimestre?

—Me toca en tres días.

—¡Qué emoción! —exclamó Sophie—. Entonces ya sabremos si es niño o niña…

Titubeé y Valerie lo notó.

—¿Ya lo sabes? —me preguntó entusiasmada. No tuve más remedio que asentir.

—Es una niña.

—¡Lo sabía, mamá, te lo dije, tenía que llevar una niña! ¿Y ya tienes nombre?

—No, todavía no.

—Bueno, no hay prisa…

—Mi amiga Janelle está elaborando una lista, aunque ella la llama Mini Rapunzel.

—Oh, es mi princesa favorita junto a Tiana —aseguró Sophie emocionada.

—A mí también me gusta —admití después de haber visto unas cuantas veces la película.

—¿Me permite, señorita? —El camarero se había acercado a la mesa con una bandeja repleta de comida que olía a las mil maravillas.

—¡Madre mía! —exclamé—. No exagerabais.

—En casa nos encanta comer —afirmó Valerie—. Sobre todo, a Corey, come como una lima.

Pensar en él me hizo sonreír por dentro, sabía que tenía razón.

Sophie insistió en que probara su combinación especial, que constaba de tortita bañada en cantidades industriales de sirope, mojada en huevo y con beicon crujiente por encima.

—Mi madre dice que es una *gochada*, pero yo siempre le respondo que en el estómago se mezcla todo igual que en la boca, así que es como si le hiciera el prelavado en la lavadora, al final el destino es el mismo.

Lo llevé todo a la boca y los saboreé con devoción.

—Mmm, ¡sabe riquísimo!

—¡¿Lo ves?! —Soph apuntó el tenedor en dirección a su madre—. Minipunto para el equipo de las gochas.

—Lo que vosotras digáis… —aseveró resignada—. Kate, ¿has visto a mi hijo estos días?

¿Qué respondía a eso cuando rascábamos minutos a todas horas? Ya no solo lo veía en el SKS, también lo hacía fuera de él. Corey sacaba tiempo hasta de debajo de las piedras y cada vez me gustaban más sus besos y sus caricias, aunque se mantuvieran prudencialmente alejadas de cierta zona.

Había leído mucho al respecto sobre lo que me pasó después de mi orgasmo en el parque de Navidad, y llegué a la conclusión de que podía ser algo aislado, salvo que mi ginecólogo particular no parecía estar muy por la labor de asumir riesgos.

—¿Kate?

Mierda, me había embobado pensando en él y Valerie me contemplaba con suspicacia.

—Di-disculpa, e-estaba haciendo me-memoria. Em, sí, claro, hemos coincidido algún día. —«Y cada vez que lo hacemos su lengua terminaba en mi boca»—. Ya-ya sabéis, em, vivo cerca de la clínica y…, en fin, que…

—Sabemos a lo que se dedica Corey por las noches, y también tú, o tu amiga Janelle. —Abrí y cerré la boca. ¡Pensaba que no sabían nada!—. Tranquila, me da igual que mi hijo use ese físico que la naturaleza y el gimnasio le han dado para poder salvar vidas a los más necesitados. Un cuerpo es un cuerpo, y si le pagan por verlo, no hace nada malo.

Si mi padre supiera que me dedicaba a algo parecido, estaría bajo tierra.

—No sabía que lo sabíais…

—Bueno, no es un tema que saquemos a colación —explicó Sophie, limpiándose la boca—. Nos enteramos casi de casualidad y, como él tampoco saca el tema, respetamos su intimidad, pero, vamos, que ninguna de las dos lo juzga por ello.

—¿Y Zack y su padre?

—Mi exmarido y mi hijo viven en un universo paralelo, Zack envuelto en *bitcoins* y Richard en piel de zorra, aunque de eso prefiero no hablar —exhaló Valerie—. Entonces, ¿lo has visto o no? —preguntó con una sonrisa cómplice.

—Sí, lo he hecho —dije con las mejillas encendidas.

—¿Y? —insistió ella con una mirada inquisitiva.

—Ya lo conoces, no para, apenas tiene tiempo para respirar y siempre se muestra apasionado con todo lo que hace —dije, tratando de esquivar las preguntas mientras sentía el calor ascendiendo por mi cuello.

—Apasionado, ¿eh? —repitió Sophie con una risita, llevándose una mano al pecho—. Vaya palabra para describir a mi hermano.

La madre de Corey intervino, su sonrisa aún más grande. Moví la palma de mi mano para darme aire.

—Sé que quizá no debería sacar el tema, pero una no se pasa años criando a un niño sin aprender a leer ciertas señales. Digamos que, el día de la gala, mi hijo tenía esa mirada que solo he visto antes en una situación muy distinta. Tenía la esperanza de que tú y él…

—¡Valerie! —exclamé, nerviosa y sonrojada.

—Oh, tranquila —dijo, guiñándome un ojo—. Solo digo que me gusta verlo así de feliz. Y si tú eres la razón, entonces mucho mejor, no voy a insistir más al respecto, ahora disfruta del desayuno antes de que mis indirectas te cierren el apetito.

Sonreí, agradecida de que ninguna de las dos me presionara demasiado.

El desayuno continuó con anécdotas de los Blackwood de pequeños y lo que más me gustaba de Nuevo Amanecer, como la elaboración de queso, mantequilla e ir a vender.

En un momento dado, Soph me pasó una pequeña caja envuelta en un papel con un estampado navideño.

—¿Es un regalo? —inquirí parpadeando.

—Santa ha llamado a nuestra puerta antes de tiempo.

—No teníais por qué…

—Nos ha apetecido. —Valerie agitó la mano para restarle importancia—. Venga, ábrelo, es una tontería.

Lo hice despacio, y al ver el contenido, sentí una punzada de emoción. Era un osito de peluche con un pañuelo de color blanco alrededor del cuello, llevaba una frase bordada: «Para que

siempre me sientas en tu corazón».

—Lleva un dispositivo con el que se puede grabar el ritmo cardíaco de la madre, si se lo pones en la cunita, dormirá tranquila —me aseguró la madre de Corey.

—Gracias. —Estaba tan emocionada que los ojos se me llenaron de lágrimas.

—No queríamos ser intrusivas, pero pensamos que…, bueno, un pequeño detalle nunca está de más. —Soph extendió su mano y yo se la cogí.

—Es tan perfecto que no sé que decir —respondí, sin poder contener la lagrimita que ya asomaba en mi ojo. Me sentí muy afortunada de tenerlas cerca.

Después del emotivo desayuno, Sophie sugirió dar una vuelta para ver algunas tiendas navideñas. Caminamos por el West Village, entrando en pequeñas *boutiques* llenas de adornos y luces de colores, donde cada tienda parecía un rincón salido de un cuento. Soph insistió en comprarme un par de guantes forrados que encontró «irresistibles», mientras que Valerie se enamoraba de un sombrero del mismo pelito para poner sobre mi cabeza.

Por un instante, me sentí rodeada de una familia de nuevo, y pensé en cómo estaría la mía durante esas fechas. Extrañaba mi hogar y, a pesar de los muchos motivos que me habían alejado, el recuerdo de mis padres se hizo presente con una melancolía suave, extraña, al fin y al cabo, eran mis padres, lo hubieran hecho mejor o peor.

No quería hundirme en la melancolía, estaba construyendo una nueva vida, y aunque me gustaría que ellos pudieran alegrarse por mí o hacerlos partícipes de algún modo, sabía que no era posible.

Todo mi universo estaba en el aquí y en el ahora, con la gente nueva que había conocido y que no dudaron en abrirme las puertas a sus vidas y sus hogares.

Además, una nueva posibilidad crecía a diario, junto a Corey y, dentro de poco, incluiría a alguien más; mi pequeña, nuestra pequeña.

Sea como fuere, nunca más iba a sentirme sola o que no encajaba, estaba aprendiendo a saber quién era y lo que deseaba, a luchar por ello y no rendirme.

—¿Necesitas que te acerquemos? —me preguntó Valerie mientras caminábamos hacia su coche.

—Bueno, de hecho, sí, aunque no a casa —respondí, y al ver su expresión de curiosidad, añadí rápidamente—: Cosas del trabajo, ya sabes.

Jordan me había escrito un mensaje mientras ellas pagaban las últimas compras, decía que tenía información que necesitaba enseñarme y que, si me venía bien, él estaba en ese momento en su apartamento.

Valerie me dejó frente al club con la promesa de que volveríamos a repetir. Les di un abrazo a ambas antes de despedirme y sonreí cuando me susurró al oído que cuidara de su hijo.

Llamé al timbre. Jordan me abrió casi de inmediato y me hizo coger el ascensor privado con acceso a su piso.

Su ático no tenía nada de pequeño, era una mezcla perfecta de sofisticación y estilo, decorado en tonos oscuros, con unas vistas impresionantes sobre la ciudad, aunque un tanto impersonal, carente de recuerdos.

La chimenea estaba encendida, y el ambiente, aunque estéril, era acogedor.

—Pasa, Kate —me invitó, gesticulando hacia uno de los sillones junto al fuego.

—Gracias. —Me ayudó a quitarme el abrigo y me preguntó si quería tomar algo—. Estoy bien, ¿has descubierto algo importante que nos ayude con la documentación? —pregunté, curiosa, mientras me sentaba y él tomaba asiento frente a mí.

—Eso parece. No voy a andarme con rodeos. Por fin tenemos una pista sólida sobre tu pasado —dijo con una mirada seria y sincera—. Tu acta de nacimiento indica que naciste en Essex.

—¿Essex? —repetí en voz baja, tratando de asimilar la información—. Pero mis padres me dijeron…

—Lo sé, que naciste en Saint Valentine Falls, pero por algún motivo te mintieron, y creo haber dado con la clave, bueno, yo no, mi investigador. Kate, tu abuela está viva y ahora viene cuando igual necesitas un vasito de agua… Pertenece a la nobleza.

—¡¿Cómo?!

—A ver, no es una duquesa, pero tiene un título nobiliario menor que heredó de su esposo. Nos costó dar con ella porque su apellido es Ashbourne, tu padre te puso el apellido de su mujer y no el de su familia porque creo que debió haber algún tipo de desavenencia, por eso todo nos estaba costando tanto.

—¡Dios mío! ¡Tengo una abuela!

La idea de un familiar vivo ajeno a mis padres me dejó desconcertada, y durante unos segundos, no supe cómo reaccionar.

—¿Ella sabe que existo? —pregunté finalmente, sintiendo que mi voz se quebraba un poco.

Jordan suspiró y me miró con compasión.

—Supuestamente lo sabe. Es una mujer de carácter, Kate. Perteneciente a la nobleza local y, por lo que he podido averiguar, millonaria, así que cuando mi investigador se acercó para hablar con ella, recibió un bufido. Creyó que la petición no era más que un intento de aprovecharse de su fortuna. Tampoco es que podamos juzgarla, lleva veinticuatro años sin saber de ti y es raro que aparezcas cuando hay una herencia de por medio.

—¿Qué herencia? Yo no…

Mis pensamientos estaban enredados. La idea de una abuela rica y noble no encajaba con nada de lo que había imaginado. Había crecido en un entorno donde la austeridad era el dogma.

—Lo sé, pero ella no te conoce, Kate, y si me preguntas, además de que deberías ir para poder tener tu partida de nacimiento real, no estaría de más conocerla y darle una oportunidad.

—¿Te-te refieres a que viaje? —pregunté en voz baja, como si la pregunta estuviera dirigida más a mí misma que a Jordan.

—Puedes preguntarle a Corey, pero estando de cinco meses creo que todavía puedes, te vendrá bien conocer tus raíces y cerrar este capítulo. Quizá sea la oportunidad de descubrir algo más sobre tus padres y sobre ti misma, además de cruzar el charco. —Me guiñó un ojo.

De repente, sentí como si el suelo se deslizara bajo mis pies.

—¿Y si ella no quiere aceptarme? —pregunté finalmente, más vulnerable de lo que habría querido.

Jordan se inclinó hacia mí y me miró fijamente.

—Es imposible que alguien te conozca y no te adore, igualmente, sea como sea, el resultado no te definirá como persona. Tienes derecho a saber, y una vez que tengas todas las piezas, tú decides cómo encajan en tu vida, y si esa vieja cascarrabias y ricachona no te considera apta, sabrás que sí lo eres para todos los que te esperaremos aquí con los brazos abiertos.

Asentí lentamente. Había pasado tanto tiempo huyendo de mi pasado que nunca imaginé tener la oportunidad de enfrentarlo de esa manera.

—Gracias, Jordan. De verdad. No sé cómo agradecerte todo esto.

Mis mejillas volvían a estar húmedas.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—No tienes que agradecer nada, Kate. Pero te diré algo: si decides hacerlo, yo estaré aquí para ayudarte en lo que necesites. Conozco gente que puede facilitarte las cosas tanto para viajar como allí en Essex.

Lo miré agradecida y a la vez abrumada por la amabilidad y el apoyo que estaba recibiendo. Sentí una oleada de gratitud hacia él, y al mismo tiempo, un renovado deseo de enfrentar lo que fuera necesario para descubrir a esa mujer desconocida.

Al despedirme, sabía que, aunque quedaban muchos cabos sueltos, cada vez estaba menos sola. Con esa red de apoyo, estaba lista para lo que viniera.

CAP Í TULO 56



Sepúlveda

Ya teníamos un nombre, y ese nombre nos había tenido en vela durante los últimos dos días. Las investigaciones avanzaban en un terreno donde cada paso parecía una provocación más para que alguien tratara de detenernos.

Martínez y yo estábamos al borde de desentrañar algo grande; estaba en cada pista, en cada nueva conexión, y por eso lo llevábamos en secreto, no me fiaba ni de mi sombra.

El edificio en el que vimos entrar al hombre del Nissan Altima negro, con su fachada anodina y su ubicación aparentemente inofensiva, pertenecía a una de esas organizaciones con un historial lleno de transacciones cuestionables y conexiones con personas demasiado poderosas.

Martínez hojeaba con avidez los registros financieros y rastreaba las llamadas entrantes y salientes del edificio. No habíamos conseguido un patrón bien definido, pero estaba claro que aquello no era una simple oficina.

—¿Te has fijado en esto, jefa? —preguntó Martínez, arrastrando un dedo por una serie de nombres en una lista interminable—. El tipo que tiene esa propiedad posee una agencia para chicas de intercambio.

—Lo he visto. Todo esto apesta a montaje de proporciones épicas —respondí, cruzando los brazos y observando el monitor, incapaz de apartar los ojos de la imagen granulada del hombre entrando al edificio—. Y alguien con poder está asegurándose de que no se vea.

Martínez y yo habíamos solicitado apoyo para realizar una vigilancia discreta, pero no fue hasta la noche anterior que el comisario nos dio la autorización. No me fiaba del juez, estaba convencida de que la orden de registro del edificio no nos llegaría a tiempo, así que deberíamos limitarnos al perímetro y ver qué pasaba.

La grabación desde el vehículo de vigilancia mostró algo que nunca habíamos imaginado.

La puerta del garaje lateral se abrió para recibir un Nissan Altima con otra matrícula distinta, a esas alturas estaba claro que o bien tenían una flota, o las matrículas eran intercambiables. Antes de que la puerta se cerrara, se vio descender a un hombre, abrir la puerta trasera y sacar un cuerpo de chica de atrás, parecía inconsciente.

—¡¿Has visto eso?!

El clip de video era breve y no captó mucho, pero fue suficiente para ver lo que ocurría.

—¿Cuántos años le echas a esa chica? —pregunté, con un tono de incredulidad que Martínez notó al instante.

—Es difícil porque no se ve demasiado, pero aparenta dieciocho, diecinueve a lo sumo, dudo que llegue a veinte —murmuró, cerrando el archivo de video para ver el siguiente—. Esto se nos está yendo de las manos, jefa. Nadie lleva a una jovencita a un edificio sin letreros en medio de la noche si no está metido en algo turbio.

El siguiente clip mostraba un coche de alta gama que se detuvo frente a la misma puerta del edificio y un hombre trajeado salió del asiento del conductor, pudimos apuntar la matrícula, aunque no se le veía el rostro.

La impotencia me quemaba por dentro. Ver a alguien tan joven y vulnerable en aquella situación nos hacía hervir la sangre, saber que ese podría ser un nuevo eslabón no nos daba ningún alivio.

—Vamos a dar con la madre del cordero —dijo César, conteniendo la rabia.

Yo me acerqué a la ventana para encenderme un cigarro y dejar que el humo formara figuras en el aire mientras miraba al exterior.

—Martínez, estamos a punto de dar en el blanco, y ellos lo saben.

Mi compañero se acercó, quitándome el cigarrillo de las manos con ese tono socarrón que lo caracterizaba.

—Lo que no saben es que somos como un maldito grano en el culo y de nosotros no se ríe nadie, por mucho poder que ostente, futura comisaria. ¿Crees que esa chica era Astrid?

—No tengo ni idea, pero lo averiguaremos.

Habíamos pasado por tanto juntos que su presencia se había vuelto un soporte, una especie de ancla que me mantenía conectada con la realidad.



Un par de horas después, Martínez recibió una llamada de Tráfico. La matrícula del coche en el que el hombre se había llevado a la chica sí estaba registrada a nombre de una empresa pantalla, lo que significaba que alguien estaba muy interesado en cubrir sus huellas.

—¿Tienes ya la información del tipo de la agencia de intercambio?

—Sí, es él, jefa —afirmó Martínez, con el ceño fruncido mientras me mostraba la pantalla de su ordenador—. Cuando he puesto su imagen en el nuevo programa de reconocimiento facial que mi primo me enseñó y que funciona por IA, para encontrar todos aquellos archivos *random* de imágenes que alguien haya podido publicar en redes sociales, o internet, que coincidan con esa persona, mira lo que he encontrado.

Giró el monitor y contuve el aliento.

—¡No puede ser! Esto no es una coincidencia.

César clicó sobre la imagen, era una fiesta de la universidad de Columbia y aquel tipo le ofrecía el brazo a Hellen Bradford.

—Aquí queda claro que se conocen, y por la forma en que ella lo mira, diría que profundamente.

Me puse en pie y agarré el abrigo contemplando a Martínez con una determinación que él comprendió de inmediato.

—¿Volvemos a la uni?

—¿Tú qué crees?

—Que sí, pero me pido ser jefa de animadoras, está claro que tú eres el *quarterback*, listo para patear pelotas.

—No me toques los pompones.

Los dos reímos apretando el paso para salir de comisaría.



La facultad estaba más desierta de lo habitual cuando llegamos, lo que me parecía perfecto. No me apetecía encontrarme con algún chismoso preguntando qué hacían un par de detectives en un lugar que ya habíamos pisado demasiadas veces en los últimos días. Sabíamos a quién buscábamos.

Fuimos directamente al departamento de administración, donde uno de los asistentes se estaba preparando para cerrar la oficina. Martínez, con su sonrisa de perro callejero, le hizo una señal con la mano.

—Una ayudita más, y te dejamos en paz hasta el próximo trimestre —le dijo, como si fueran amigos de toda la vida.

El chico nos lanzó una mirada incómoda, pero se ajustó las gafas y empezó a teclear en su ordenador.

—¿Qué necesitan esta vez?

—Archivos de Hellen Bradford, la directora de la residencia. Con todo lo que tengas de ella en relación a la supervisión de estudiantes y su historial de participación en eventos universitarios —respondí, directa.

—No puedo facilitarles eso… —murmuró incómodo—. La ley de protección de datos.

—La ley de protección de datos me la paso por el forro, ¿eso es una bolsa de anfetaminas para trapichear con los estudiantes? —El chico miró hacia un lado mientras yo dejaba caer con disimulo la bolsa desde mi manga, una siempre debe tener ases guardados.

Al escuchar cómo caía, el giró la cabeza espantado.

—¡Eso no es mío!

—¿En serio? Pues yo juraría que sí, ¿tú que dices, Martínez?

—Pues que me había fijado en cuanto hemos cruzado la puerta en que este chico tan displicente estaba intentando guardarla en un cajón.

—¡Eso es mentira!

—¿Y a quién creerán? ¿A ti, o a la policía?

Diez minutos después, salíamos de la oficina con los informes en la mano para sentarnos en uno de los bancos.

—¿Llevas anfetas encima?

—Qué va, son unos caramelos de menta que uso para la tos, los hacen en formato pastillita blanca que para forzar situaciones viene de perlas.

—Quién te ha visto y quién te ve, jefa.

En eso tenía que darle la razón, Margaret había supuesto en mí un antes y un después.

—Veamos —murmuré, acomodándome en el banco de piedra helado.

—Hellen tiene una agenda intensa en la universidad. Estuvo a cargo de la organización de varias fiestas y encuentros. Y, bueno, también tiene un historial extenso de viajes, congresos y… permisos especiales para visitas externas.

Martínez se acercó al informe y, con un tono que mezclaba sorpresa y cinismo, soltó:

—¿Visitas externas? No parece normal para una directora de residencia de universitarios. ¿Qué clase de visitas?

—Aquí pone que algunas empresas de programas de intercambio —respondí saboreando la miel del éxito—, incluso hay una mención a una agencia específica, Global Exchange.

Di un manotazo de triunfo sobre el papel.

La agencia de intercambio de nuestro amigo del vídeo, del mismo hombre que ahora sabíamos tenía una conexión mucho más cercana con Bradford de lo que habíamos imaginado.

Mientras revisábamos los papeles, César recibió un mensaje de Tráfico confirmando la última dirección registrada del coche lujoso de las imágenes y el dueño. Me guardé la información, sabiendo que iba a ser útil más adelante.

Tocaba hacer una visita de cortesía a la señorita Bradford.

La residencia universitaria estaba sumida en el habitual ajetreo de media tarde. Al cruzar el umbral, vi cómo algunas estudiantes nos miraban con curiosidad, quizás preguntándose qué hacíamos de nuevo rondando por allí. El zumbido de las conversaciones y el eco de las risas reverberaban en el aire, pero nada de eso me quitaba de la cabeza el objetivo: encontrar a nuestra querida directora.

Nos dirigimos hacia la pequeña oficina de la bedel en el vestíbulo, la mujer, que rondaba los treinta, nos observó con las cejas alzadas.

—¿Otra vez por aquí, agentes? Al final tendremos que montarles un despacho —comentó sonriente y sin malicia.

—Ojalá no necesitáramos venir tanto por aquí —respondí huraña. Su rostro mutó—. Como ya habrá intuido, buscamos a Hellen Bradford —dije, tratando de sonar profesional a pesar de las ganas de pasar rápido por el trámite.

—Lo lamento, no está. La señora Bradford se ha tomado unos días libres, asuntos personales —respondió menos simpática que al principio.

—¿Sabe cuándo regresará? —preguntó Martínez, intentando suavizar la conversación con una de sus sonrisas amistosas.

—Lo siento, pero no tengo esa información —respondió la mujer, en un claro tono de despedida.

Al parecer, no le había sentado bien mi sarcasmo. Di un par de golpes sobre su mesa.

—Muy bien, entonces regresaremos todos los días hasta que aparezca. —Ella parpadeó ojiplática.

—También podría llamarlos cuando lo haga.

—Me parece bien —intervino Martínez, sacándole una tarjeta.

Salimos de allí sin obtener nada más. Mientras caminábamos hacia el coche, me encendí un cigarro, necesitaba procesar los últimos datos. Sabíamos que Bradford estaba vinculada a la agencia de intercambio, y no era casualidad que el tipo del coche de lujo captado por las cámaras hubiera aparecido unos minutos después en aquel edificio de aspecto abandonado.

—Deberías suavizar un poco el tono, se caza más moscas con miel que con vinagre —masculló Martínez.

—Esa era una mosquita muerta y tú no dejabas de mirarle las tetas.

Mi compañero bufó.

—Tengo un par de ojos y estaba buena, tú también se las habrías mirado si no estuvieras en periodo de abstinencia. Vamos a buscar al tipo del coche, ¿no? —preguntó Martínez, abriendo la puerta del vehículo policial.

—Justo pensaba en ello, averigüemos quién es y qué papel juega en todo esto. Si Bradford y él están conectados, es posible que esta agencia de intercambio sea solo la punta del iceberg.

Nos pusimos en marcha. Mientras él conducía, empecé a buscar más información sobre el dueño del coche de lujo. Era de empresa y era la dirección que teníamos.

Se trataba del dueño de una firma de asesoría financiera, cuarenta y cinco años, casado y operaba en varias ciudades del país.

Cuando estuvimos frente al rascacielos del distrito financiero, que tenía cafetería en la planta baja, supe de inmediato lo que teníamos que hacer.

—Con un poco de suerte, será sencillo que obtengamos información de algún empleado indiscreto. ¿Te parece si vamos a la cafetería y finges que estás nervioso porque tienes la última entrevista de trabajo con el jefe supremo? A ver si tu miel da más resultados que mi vinagre.

—Eso está hecho, jefa —musitó con una sonrisa que resaltaba su hoyuelo.

Entramos como si fuéramos clientes normales, pedimos un par de cafés y nos acomodamos en una mesa estratégica desde donde se veía la entrada a las oficinas.

Al cabo de unos minutos, una camarera se acercó con nuestras bebidas. Martínez aprovechó la ocasión y, con esa sonrisa que sabía manejar tan bien, le dio pie para entablar conversación.

—Oye, disculpa que te interrumpa, pero quizá nos puedas ayudar —le dijo, poniendo cara de despiste, como si fuera un chico nuevo en la ciudad—. Sonya y yo tenemos una entrevista de aquí a un rato, y…, bueno, hemos pasado todos los filtros y solo nos queda la última entrevista con el jefazo, ¿algún consejo para caerle bien?

La chica, una mujer de ojos oscuros y mirada curiosa, nos contempló interesada.

—¿Los dos?

—Sí, bueno, el puesto será para uno de nosotros, pero después de tanto proceso de selección, nos hemos hecho amigos. —Ella miró a Martínez de arriba abajo y le dedicó una sonrisa coqueta.

—¿Solo amigos?

—Solo amigos. —Ella pareció complacida y César forzó todavía más el hoyuelo.

—Me encantaría tener por aquí esa sonrisa tan bonita, bueno, la de los dos —se corrigió, riéndose un poco, mientras dejaba los cafés sobre la mesa—. No sé, el jefe es… bueno, un tipo algo complicado.

—¿Complicado? —dijo Martínez, elevando las cejas.

—Ya sabéis, siempre va con prisas, le gusta el café en el punto justo de temperatura con una nube de leche de azúcar y media cucharada de Stevia, si te pasas o no llegas te lo hace repetir, hizo llorar a una camarera.

—Qué cruel —murmuré sin un ápice de humor. Ella me contempló como si mi intervención no le interesara un pimiento.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer para caerle bien? —siguió César.

Ella rio otra vez y se inclinó un poco más hacia él, encantada con la atención. Observé cómo

Martínez hacía su magia, aprovechando cualquier información que la mujer dejaba caer.

—Es de esos que valoran la formalidad y el trabajo duro. Pero claro, es lo que tiene el dinero, ¿no? Exigente, seguro de sí mismo… Aunque eso sí, qué pena, con todo ese dinero y la vida que tiene, pero los hijos no le llegan.

Martínez hizo una mueca de comprensión, como si realmente le importara el destino del jefe en cuestión.

—¿En serio? Qué mala suerte, ¿no? A mí me encantan los bebés, sobre todo, hacerlos.

—Y a mí—respondió ella también.

—¿Y él y su esposa han intentado de todo?

La camarera asintió, como si aquello fuera lo más triste del mundo.

—Sí, llevan años, incluso han ido a clínicas de fertilidad, pero nada. Ya sabes, con esos contactos, cualquiera pensaría que lo conseguirían. Pero parece que el dinero no puede comprarlo todo.

—¿Y qué tal es ella? —preguntó Martínez, dando un sorbo a su café.

—Es maja, la he visto un par de veces cuando ha venido por aquí. Siempre es educada, aunque…, bueno, ¿quién sabe? A veces me parece que está más interesada en la empresa que en tener hijos.

Martínez asintió, mostrándose comprensivo y amigable, y después de algunos comentarios más sobre la supuesta entrevista, nos despedimos. Salimos de la cafetería con la mente llena de ideas, y mientras nos dirigíamos de vuelta al coche, Martínez sonreía como un chiquillo con juguete nuevo.

—Eres todo un encanto, ¿lo sabías? —le dije, dándole una palmada en el hombro.

—Todo por el equipo, jefa —contestó, en tono de broma—. Pero bueno, lo que ha dicho esa chica es importante. Si ese hombre y su esposa llevan años buscando un hijo y están metidos en todo tipo de contactos y clínicas, no me sorprendería que tuvieran algo que ver con esta red de las chicas de intercambio embarazadas y muertas.

—Yo también lo creo, tenemos que seguir trabajando e intentar averiguar quién era la chica de las imágenes, si damos con ella, tal vez encontremos a Astrid.

CAP Í TULO 57



Mary Kate

Llevaba un par de días que no coincidía con Corey… Si antes decía que nos veíamos un montón, antes se complicaba la cosa para que no pudiéramos hacerlo.

El día que desayuné con su madre y Sophie coincidió que tuvo que atender un parto que tuvo a la madre entre la vida y la muerte varias horas. Yo libraba en el SKS y presentarme en el club solo para verlo me parecía un poco de chica psicópata.

Ayer era él quien descansaba, estaba algo destemplado y tuvo miedo de que se tratara de un virus que me pudiera contagiar, así que se quedó en casa.

Eso sí, charlamos un buen rato por teléfono, le conté lo bien que lo pasé con Valerie y Soph, que me sonsacaron el sexo del bebé y me hicieron un regalo muy tierno, después le conté lo que Jordan había averiguado sobre mi abuela.

La reunión con el *boss* me tuvo en una nube de emociones, la posibilidad de conocer a alguien de mi familia que no fueran mis padres y todo lo que implicaba hacía que me diera vueltas la cabeza.

Tanto Corey como Janelle, cuando se lo conté, me animaron a que la conociera, aunque para eso debía viajar y no estaba segura de que esa mujer quisiera saber algo de mí.

Encendí la tele para distraerme un rato, mi intención era buscar alguna película que me entretuviera, pero, entre cambio y cambio de canal, una noticia captó mi atención. Hablaban sobre el asalto a una furgoneta de traslado de presidiarios que fue interceptada provocando la fuga de los presos. Todos ellos estaban a la espera de juicio en la Penitenciaría estatal de Missouri.

El vello de los brazos se me erizó antes incluso de que nombraran a los prófugos.

Las imágenes de dos de ellos me helaron la sangre cuando las colgaron en el televisor.

La palabra fuga resonaba en la voz seria del presentador, y cuando vi sus nombres en la lista, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho, uno era el médico de nuevo amanecer y otro, mi amigo de la infancia y casi secuestrador: Jeremiah Thompson.

No podía respirar. Me faltaba el aire y estaba sola en el piso, Janelle había salido a hacer la compra y yo me estaba mareando.

No podía ser bueno. Mis dedos temblaron al sacar el móvil y buscar el número de Corey, todavía estaría en la clínica, quedó conmigo en que se pasaría al terminar su turno y no faltaba mucho, ojalá no lo pillara mal.

Lo llamé. No respondió. Seguro que estaba en mitad de algo importante.

«Respira, Kate, respira», me dije antes de intentar ponerme en pie y que las piernas me fallaran.

Tomé aire despacio e intenté que mi pulso bajara, no era bueno que me latiera tan rápido.

El móvil sonó y di un grito del sobresalto, tenía los nervios de punta.

Miré la pantalla y me inundó el alivio.

—¿Corey?

—Hola, Ángel, perdona, estaba con mi última paciente del día, si es para confirmar si estoy bien, sí, lo estoy, me he tomado varias veces la temperatura para asegurarme, así que hoy no te libras de mí, ni un huracán podría detenerme. Voy a ver a Marcus un minuto y me paso a por tu latita de anchoas, ¿quieres que te lleve algo que no ocupe mucho para merendar?

La voz apenas me salía…

—¿Ángel? —Su voz se vio envuelta en preocupación—. Kate, ¿estás bien?

—Je-Jeremiah ha… ha escapado de la cárcel.

Solo le había hablado un par de veces de él. Ni siquiera estaba segura de si iba a recordarlo.

—¿Hace cuánto?

—Yo-yo no sé, creo que hoy, lo he visto en las noticias, pero no estoy segura de si las imágenes eran de hace unas horas o unos días… Corey, yo…

—¿Dónde estás ahora? —preguntó con tono firme.

—En el piso…, pero tengo miedo, sé que es irracional, ni siquiera sabe que estoy aquí y lo que hizo igual fue fruto de una enajenación mental transitoria, pero…

Hubo un silencio en la línea, y pude imaginar su expresión endureciéndose al instante.

—No te muevas de ahí, llego en un minuto. Quédate donde estás, Kate, y mantén las puertas cerradas.

Colgué el teléfono y su respuesta no estaba segura de si me tranquilizaba o me llenaba de más preocupación. Sabía que hasta que no lo viera cruzar la puerta, nada podría devolverme la tranquilidad.

Di tres pasos para alcanzar la cocina, llenarme un vaso de agua y dar algunos sorbos. Tenía que recuperar un poco de aliento.

Los pocos minutos que tardó se hicieron eternos, cada sonido en la calle, cada crujido del edificio, me daba la impresión de que se trataba de Jeremiah.

Cuando escuché unos golpes suaves en la puerta y la voz de Corey llamándome, abrí apresuradamente y me lancé a sus brazos.

Él me sostuvo con fuerza, acariciando mi cabello.

—Estoy aquí, Ángel, todo va a estar bien.

—Sé que no tengo razón de estar asustada, que es absurdo, pero me da miedo que pueda estar

ahí afuera, rondando. —Suspiré, intentando no derrumbarme del todo—. Era mi amigo, confiaba en él, hasta que se le fue la cabeza y… —Me atraganté con mi propia lengua—. ¿Y si le da por venir a por mí, averigua dónde estoy y le hace daño a Janelle? Jeremiah quiso…, ya sabes… —la palabra secuestro se me atascó en la garganta—, también está el club y…

Corey asintió, mirándome con una mezcla de comprensión y resolución.

—Escucha, vamos a hacer esto muy sencillo. Vamos a guardar tus cosas y te vienes a vivir conmigo.

El planteamiento me pilló de sorpresa.

¿Cómo? ¿Corey y yo viviendo juntos?

—No puedes quedarte aquí sola, hay veces que Janelle y yo no estamos y no soporto la idea de que pueda pasarte algo. Mi casa es segura, está cerca de la de mi madre, cuenta con Jezz, que es una guardiana de la hostia, y si detecta algo extraño, puedo conectarla a la policía. Así no sufrirás porque Janelle esté en peligro y yo podré respirar.

Abrí la boca para protestar.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—No quiero que te ocurra algo a ti, y lo de vivir juntos… No quiero ser una imposición, yo…

—Dame un minuto —musitó, tomando un poco de distancia para cogerme las manos—. No lo he hecho bien, discúlpame.

—¿De qué hablas?

—De que contigo todo parece que lo hago al revés. Ya sé que empezamos de una forma extraña, que se supone que las relaciones deben seguir un orden y que la nuestra va a salto de mata, pero aunque seas lo más extraño que me ha pasado nunca, también eres lo más maravilloso.

»Puede que Jeremiah solo me haya dado la excusa que necesitaba para pedírtelo, porque desde que te pusiste enferma y pasaste aquella noche en mi casa, no he podido sacarme la idea de la cabeza de que quería que estuvieras para siempre en ella. Quería que nos diéramos un tiempo, no precipitar las cosas, hacerlo despacio, sin embargo, la vida parece tener otros planes y estoy cansado de contrariarla.

»No quiero que vengas a vivir conmigo porque estás asustada o haya un pirado suelto, Nueva York está plagado, si quiero que lo hagas es porque quiero, porque me apetece muchísimo y me haría inmensamente feliz que compartieras tu día a día conmigo, desde que te acuestas hasta que te levantas.

»Quiero protegerte, quiero cuidarte, quiero mimarte, quiero descubrir tus pequeñas manías de primera mano. Me encantaría compartir contigo, a tu lado, los meses que restan de embarazo. Prometo masajear tus pies cuando estén hinchados y tus lumbares si se te cargan.

»Me encantaría que te acurrucaras conmigo en el sofá mientras nos tapo con una manta y descubrimos series juntos, en lugar que con Janelle, y que si elijes dormir con alguien, sea conmigo, con mi pecho de almohada, aunque si lo prefieres, puedes instalarte en la habitación de invitados, lo respetaré.

»Te prometo que te haré las cosas fáciles, que te enseñaré a usar el váter, a que la Roomba no te ataque, a soportar a Jezzabel sin que emplee un mote extraño contigo y llenaré toda la despensa de manzanas con caramelo para que las mordisquees siempre que te apetezca una.

»Kate Adams, ¿quieres venirte a vivir conmigo?

¿Podía sentirme más emocionada con algo o con alguien?

Imposible.

Su mirada no dejaba espacio a dudas, me lo estaba pidiendo de corazón, de verdad, a mí. ¡A mí!

Aquel hombre maravilloso me estaba haciendo un espacio en su vida, en su hogar y en su cama, y yo sería una soberana idiota si lo rechazaba, porque lo deseaba con toda mi alma, mucho más que a nada de este mundo.

—Sí —apreté los labios y asentí.

—¡Gracias al cielo! —exhaló aliviado.

Me tomó el rostro y me dio un beso tan dulce que sentí que me derretía por dentro.

—¿Puedo usar otro baño, aunque me enseñes a usar el que me atacó?

—Puedes, aunque te aseguro que, cuando aprendas, no querrás otro.

—Vale.

Corey me ayudó a meter ropa y artículos esenciales en una caja, una mochila y una maleta que ya le devolvería a Janelle en el club.

Salimos del que había sido mi hogar sin mirar atrás, ya llamaría a mi amiga desde el coche para contárselo todo.

CAP Í TULO 58



Mary Kate

Pude hablar con Janelle durante el trayecto. Me dijo que lo importante no era si vivía con ella o con Corey, sino que no estuviera nerviosa, porque todos iban a protegerme y que lo que querían era que estuviera bien, fuera donde fuese.

Agradecí que no se enfadara por mi huida precipitada, sobre todo, cuando su mente era un caos por culpa de Marcus y sus propias inseguridades sobre si estaba dispuesta a una relación que solo incluyera a una persona o no.

Daba igual lo que hubiéramos hablado, era una decisión muy personal y Janelle debía tomarla sola.

Corey aparcó en el garaje, y la ronroneante voz de Jezzabel llamándolo Caraculo ya no me asustó.

Fuimos directos a su habitación.

—Si lo prefieres, puedes dormir en la de invitados, no quiero que te sientas presionada por lo que te he dicho antes.

—Yo también quiero dormir contigo —confesé.

La Mary Kate de hace unos meses ni se lo hubiera planteado, no fuera del matrimonio, no con un hombre con el que no tenía un compromiso, pero la Kate de ese momento estaba deseosa de ello.

Mi afirmación pareció relajarlo.

—Me alegra que estemos de acuerdo, voy a hacerte algo de espacio para que puedas colocar tus cosas.

Mientras él vaciaba, yo llenaba, sumida en un batiburrillo emocional de imágenes

distorsionadas.

Me había dicho cosas tan bonitas, cosas que jamás habría imaginado que un hombre me pudiera decir a mí. El sentimiento de congoja se había disipado y estaba siendo sustituido por otro más cálido y esperanzador.

Corey quería que viviera con él, no por mi temor hacia Jeremiah, quería que compartiera su hogar y que formara parte de su día a día. No había nada que pudiera hacerme más ilusión.

Vivir con él, sentirme apreciada e incluso deseada era mucho mejor que lo que jamás me habría esperado en Nuevo Amanecer.

Lo miré de reojo. Era tan guapo, tan listo, tan bueno, que no estaba segura de merecerlo.

Volví a lo que estaba haciendo. Mientras él reubicaba, yo llenaba cajones, baldas y perchas con lo que Marcus y Janelle me habían comprado.

Estaba tan ensimismada que no me di cuenta de lo que acababa de encontrar.

Frenó en seco y sacó algo del fondo de la caja, con las prisas ni recordaba que lo había puesto entre los jerséis.

—Kate… —murmuró con voz ronca.

Mis mejillas se pusieron muy muy rojas cuando lo vi agitar la caja del *satisfyer* frente a mis ojos.

—¿Esto es tuyo? —cuestionó curioso.

Sus ojos claros habían adquirido una tonalidad mucho más oscura.

—Sí —confesé un pelín avergonzada y Corey alzó las cejas rubias—. Fue un regalo…

Me vi en la necesidad de aclarar.

—No me digas que de Marcus porque… —Me salió la risa sola.

—De Janelle.

Mi pulso se estaba acelerando, pero no del miedo, sino de otra cosa.

—Debería haberlo imaginado —comentó acercándose—. ¿Lo has usado? —En cuanto lo preguntó, vi que dudaba—. No hace falta que respondas si no te sientes cómoda, es curiosidad.

—Una vez —respondí, sorprendiéndome a mí misma.

—¿Cuándo?

Me mordí el labio porque eso sí que me daba un poquito de pudor.

—No hace demasiado, fue la noche de tu baile con Janelle, cuando Marcus me dejó en el apartamento. Yo, em… Bueno, desde lo de la montaña rusa que… Ya sabes… Y leí que las hormonas en el embarazo podían ser las responsables y que lo que me ocurrió cuando tú…, cuando yo…, en fin…, que necesitaba comprobar si…

Estaba prácticamente encima de mí. Su gran mano acaparó mi rostro y pasó el pulgar sobre mi labio inferior como le gustaba hacer.

—¿Qué necesitabas comprobar? —La voz era ronca y aterciopelada.

—Pues si lo que pasó después del… Ya sabes…

—¿El orgasmo? —terminó por mí, y yo asentí.

—Si me pasaría siempre que yo estallara.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba.

—¿Y?

—Creo que no, que fue algo puntual, he estado leyendo mucho sobre el tema, me he informado, he visto testimonios de otras mujeres y de médicos que comentaban que no tenía por qué volver a repetirse.

—Ya veo, podrías haber consultado con tu ginecólogo.

—Es que creo que a mi ginecólogo también le daba miedo que me pudiera volver a pasar de nuevo.

—Entonces, mi recomendación es que cambies y pidas una segunda opinión.

Lo miré extrañada.

—¿Piensas que debería cambiar de médico?

—Pienso que ya es hora de que el tuyo te dé el alta y probemos si toda esa gente tiene razón —murmuró tan cerca de mi boca que casi pude saborear su beso—. Me muero de ganas por hundirme dentro de ti.

Gemí cuando dio un pequeño mordisco en el lóbulo de mi oreja.

—Ya somos dos.

Me gustó escuchar su risa ronca.

—Jezz, pon música para follar —dijo en voz alta. Lo miré sin parpadear—. No te asustes, si le digo que busque algo para hacer el amor, lo más probable es que me ponga una marcha militar solo por el placer de tocarme las pelotas.

—Reproduciendo *Play With Fire*, de Yaccht Money, ideal para arder en el infierno del sexo desenfrenado.

Se me secó la boca por la anticipación.

Las notas eran suaves e incitantes.

—Te lo he dicho, es una macarra.

Corey me miró de aquella manera tan intensa que agitaba cada átomo de mi cuerpo.

—Si no quieres que lo hagamos ahora…

—Quiero —lo corté. Él me dio un beso breve, pero prometedor.

—Jezz, modula las luces.

—*Mode Inferno* activado, saca la manguera, Caraculo.

Las luces bajaron de intensidad y se volvieron cálidas, lanzando destellos rojos y anaranjados.

—Si no te gusta así…

—Me gusta —me humedecí los labios—, mucho.

—Eres tan guapa…

Acercó su boca a la mía y se puso a besarme de un modo tan invitador que solo podía pensar en quitarme la ropa ya.

Me apretó contra su cuerpo y tiró de mi labio inferior con los dientes, ya estaba duro contra mi vientre, lo que me hizo gemir de la anticipación.

Nuestras lenguas se enredaron deseosas, sus manos descendieron a mi trasero para amasar mi carne temblorosa.

Quería todo lo que me hacía, deseaba que Corey me abriera al mundo del sexo con él.

Fue esparciendo algunos besos hasta mi oreja para murmurar:

—Uno de estos días voy a hacer que te sientes en esa cama completamente desnuda y conectes a nuestro amigo a batería para que me enseñes cómo te corriste pensando en mí vestido de militar.

La idea me encendió todavía más. Corey tiró del jersey que llevaba puesto y me llegaba a medio muslo para dejarme en camiseta interior. Besó mis clavículas expuestas por el cuello redondo y se detuvo para mirar unos segundos aquello que se transparentaba bajo el algodón blanco.

El sujetador estaba compuesto por dos triángulos de tul incoloro salpicados de minúsculas margaritas blancas y amarillas, a juego con las bragas. Corey me sacó la camiseta sin dudarlo

para enfrentarse a la visión de mi pecho moteado en flores.

—No te haces una idea de las ganas que tenía de tenerte así, entera para mí.

Su rostro descendió y succionó uno de mis pezones rosados sin quitarme el sujetador, la escasez de ropa hizo que se endureciera de inmediato, mientras utilizaba los dientes y la lengua para encenderme sin remedio.

—Corey… —murmuré, llevando las manos a sus anchos hombros.

No respondió, se limitó a gruñir y pellizcar el otro seno, que ganaba rigidez sin que pudiera evitarlo. Ya me estaba mojando, notaba varios aleteos en el clítoris y el calor descendiendo entre mis piernas.

—Te juro que esta vez será memorable, Ángel.

Siguió besando y lamiendo, bajando por mi vientre abultado, hasta la goma de las mallas térmicas que cubrían mis piernas.

Hizo que me sentara en el borde de la cama para descalzarme y que me quedara solo en bragas.

Él era tan perfecto y yo me sentía tan… expuesta y vulnerable.

Tragué con fuerza cohibida.

Corey debió notar mi cambio de actitud porque se detuvo.

—¿Estás bien?

—E-es que tú estás tan…, y yo… —No sabía muy bien que decir.

Mis inseguridades no eran por mí, yo me quería, pero mi padre siempre se había metido con mi peso y me había dicho que estar gorda era sinónimo de no gustar a los hombres, y con tan poca ropa no podía disimular lo que había…

—Ey… —musitó, levantándome la barbilla.

—E-es que mi cuerpo, yo…

—Tu cuerpo es mi puto templo, Ángel. Eres absolutamente todo lo que quiero y necesito, me pones muchísimo, ¿no te has dado cuenta todavía de cuánto te deseo?

—Pe-pero ¡estoy gorda y tú…!

—Ven aquí. —Hizo que me pusiera en pie—. ¿En serio crees que tu talla determina lo que me haces sentir? Porque si es así…

Se desnudó sin contemplaciones, y cuando llegó a los calzoncillos, no se lo pensó dos veces.

Se quedó esplendorosamente en cueros frente a mí y lo que había delante de mis ojos no daba lugar a equívoco, había mucho anhelo allí concentrado.

—¿Piensas ahora que no me gustas o que hay algo en ti que apague mi deseo?

—No.

—Perfecto, porque no lo hay. Todo lo que te conforma es perfecto para mí y te juro que he tenido que controlarme en innumerables ocasiones para no asaltarte. Ven aquí.

Me acerqué y Corey desabrochó mi sujetador. Mis senos abultados cayeron sobre el vientre, después bajó mis bragas despacio, dejándome tan desnuda como estaba él. Se puso detrás de mí e hizo que viera mi reflejo en el espejo del armario.

—Eres dulce, preciosa y perfecta. Me gusta tu rostro de niña traviesa ávida de cosas por descubrir. Me gusta que tus pechos sean grandes, que desborden de mis manos y que tus pezones rosados se contraigan bajo mi lengua. —Estos se pusieron duros al oírlo, no me tocaba, aunque lo hacían sus palabras—. Me gusta tu vientre sediento de vida, porque es tuyo, porque te pertenece y porque en él albergas a nuestra hija. Me gusta ese pequeño lunar que custodia tu ombligo, que grita en mi oído que lo bese. Me gustan tus pies diminutos y tus piernas fuertes,

porque ellos serán los responsables de que avances a mi lado con paso firme y seguro, para descubrir todo lo que desees. Y por supuesto que me gusta el espacio que hay entre tus piernas, ese que se llena de calor, placer y humedad en cuanto mis dedos se hunden en él.

Mi respiración se había vuelto superficial.

—Separa los muslos, Kate —murmuró mientras sus manos cubrían mis pechos para hacerme estremecer.

Abrí las piernas bajo su atenta mirada, que devoraba nuestra imagen, bañada en tonos rojizos.

—Ahí es donde quiero estar, donde te quiero sentir atenazando mi polla. —Apretó su erección contra la parte alta de mi culo, debido a la diferencia de estatura, y la frotó por si no me quedaba lo suficiente claro. Jadeé—. ¿Quieres que te toque ahí, Kate?

—Sí.

—Pídemelo.

—Corey, tócame.

—¿Dónde?

—Entre las piernas.

Sin abandonar la dulce tortura a mi pecho izquierdo, su mano descendió con veneración por mi tripa, para tantear despacio la zona sensible y mojada que lo aguardaba.

Paseó los dedos con lentitud, empapándolos, ofreciéndome una imagen llena de erotismo y desenfreno.

—¿Te gusta así? —preguntó, ungiéndome por todas partes, anegando mis labios, estimulando mi clítoris, trazando el contorno de mi abertura.

—Sí —apenas me salía la voz.

—¿Seguro? No estoy convencido. Hagamos una cosa, hazlo tú, enséñame cómo te gusta.

La luz impedía que Corey viera el calor que me producían sus palabras.

—Tócate para mí, Kate.

Mi mano bajó por propia voluntad y, aunque me daba bastante vergüenza, darme cuenta de lo que provocaba en él me dio el impulso necesario.

Moví mis dedos contra mi sexo y él gruñó.

—Eres gloria hecha carne, Ángel. —Sus dedos se hundieron en mis caderas con posesividad —. Siéntate en el suelo.

Los dos nos deslizamos sobre la mullida moqueta, me hizo flexionar las piernas, poner las plantas de los pies contra el suelo, abrirme bien y que apoyara la espalda en él.

No había nada que esconder, era imposible. Nunca me había visto de aquella manera.

—Eres una maldita locura. —Tomó mi mano para alzarla, llevarla a su boca y lamer los dedos —. Sabes a pura tentación, a manzana con caramelo. Cógete a mi cuello.

Mis dedos se enredaron en aquella columna que me ofrecía, mientras volvían a ser sus manos las que regresaban a mi cuerpo.

Aquellos dedos hechos para dar vida se dedicaron a adorarlo, acariciarlo y tensarlo como un arco.

No tuvo prisa. Me contraje, me estiré, supliqué y temblé bajo su atenta mirada, hasta que de nuevo volvió a cubrir mi sexo anegado.

Fue diciéndome en todo momento lo mucho que le gustaba, cuánto le excitaba, mientras su erección y sus ojos hambrientos daban fe.

Frotó mi clítoris inflamado, dio rienda suelta a que moviera las caderas contra su mano, y cuando por fin hundió sus dedos en mi interior, creí que me correría sin remedio.

—Aguanta un poco, Ángel, y ve lo que yo veo, la mujer más increíble del universo, la que quiero a mi lado y la que no quiero que jamás se cuestione su valía, porque no es medible con números, solo con sentimientos, y te aseguro que en mí despiertas muchos.

Apenas podía respirar. Me estremecí, retorcí y constreñí apretando sus dedos.

—Corey…

—Lo sé, cariño, solo un poco más. —Siguió tocándome, haciéndome despegar cada vez más alto y más y más hasta que dio la orden—. Despliega tus alas y vuela.

El tiempo se detuvo. El oxígeno dejó de existir.

Grité, mucho, muy alto, mientras me contraía alrededor de sus dedos y empujaba las caderas hacia arriba, incontrolable, libre, lujuriosa, hasta romper por completo con todos los estigmas que me habían estado clavando contra una pared llena de prejuicios y miedos fundamentados.

Corey me había hecho uno de los mejores regalos del mundo, aunque todavía no fuera capaz de procesarlo al cien por cien.

Abrí los ojos para encontrarme con los suyos, tan llenos de brillo que parecían dos piedras preciosas.

—Gracias por el regalo —musitó, besando la base de mi cuello. Se puso de pie con facilidad y me ayudó a levantarme para tumbarnos juntos en la cama.

Allí arrancó de nuevo con un vaivén de besos dulces y de caricias cómplices. No había dudas ni vergüenza. Se había encargado de erradicarlas por completo de mí.

Me saboreó, pasó su ávida lengua por los mismos lugares en que habían estado sus manos, y cuando se ubicó entre mis piernas, lo único que hice fue abrirme y tirar de su pelo, para mecerme contra sus labios y su lengua.

Volvió a hacerme ascender, a desear, y cuando me tuvo lista, se posicionó de rodillas entre mis pliegues. Estaba tan estoico que me dieron ganas de decirle que lo quería para siempre.

Mordí mis palabras.

—Voy a entrar en ti —susurró, meciéndose entre mis pliegues sin hacerlo.

—Hazlo.

—No tiene que doler, Kate, esta vez iré despacio y quiero que te toques mientras me aceptas, así será más fácil y placentero.

Colocó su miembro hinchado en mi abertura, estaba más que dispuesta a admitirlo y fue entrando con sumo cuidado, a la par que yo rozaba mi clítoris hambrienta de más.

Tenía razón, no dolió, y me fui amoldando sin dificultad a su tamaño y su grosor, hasta que lo tuve dentro por completo.

Su ejercicio de contención estaba siendo épico.

Sonrió y me miró, le devolví el gesto.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto, muévete, Corey, no hay dolor y no voy a romperme.

Lo que comenzó con un vaivén controlado, empezó a coger un ritmo desenfrenado. A los pocos minutos, los dos estábamos sudados y resollantes.

Me gustaba verlo así, entregado, caliente, y oír los sonidos que brotaban de su garganta por mí, para mí.

Enrosqué las piernas alrededor de su cintura por puro instinto y él incrementó el ritmo, la profundidad, hasta llevarnos al borde del precipicio.

—Voy a estallar, no aguanto más… —confesó.

—No aguantes, córrete, yo te sigo.

Mis delicados músculos palpitaban contra la dureza de los suyos. El corazón me iba a mil por hora y seguía sin dar crédito a que todo fuera tan perfecto.

Tras tres acometidas despiadadas, se le contrajeron los músculos abdominales. Su grito de liberación llenó la habitación y a los pocos segundos el mío detonó llevándoselo por delante.

Puede que nadie me hubiera preparado para vivir la lujuria, pero ya no quería desprenderme de ella.



Horas después, ya caída la noche, después de qué él cocinara para mí y nos diéramos un baño relajante, nos quedamos dormidos.

No sé por qué me desperté una hora después, quizá porque no estaba habituada a dormir con él.

Me encontré observándolo en silencio, grabando cada detalle de su rostro, cada línea y sombra. No podía evitar sonreír al pensar en cómo había cambiado mi vida desde que lo conocí.

Me entraron ganas de hacer pis. Me moví con cuidado para no despertarlo y, al levantarme, me di cuenta de que no habíamos corrido las cortinas de la ventana.

Las luces de la ciudad parpadeaban silenciosas, sin embargo, un movimiento en la acera, justo frente a la casa, captó mi atención.

Había alguien allí, observando hacia la ventana.

La figura era apenas visible, cubierta por una capucha oscura y con las manos en los bolsillos. Mi corazón se detuvo por un segundo mientras intentaba discernir quién era, y me ocultaba, dándome cuenta de que estaba desnuda.

Miré a un lado y a otro intentando buscar con qué cubrirme, no había nada, salvo la ropa de cama. Mi corazón iba a mil.

Tal vez solo era un vecino que paseaba a su mascota, o un transeúnte sin rumbo que miraba hacia las ventanas por curiosidad. Asomé de nuevo los ojos, la figura permanecía inmóvil, observando, y mi mente comenzó a imaginar lo peor.

Regresé junto a Corey y lo desperté suavemente, susurrándole al oído.

—Corey…, creo que hay alguien afuera, mirándonos.

Él abrió los ojos de inmediato, incorporándose con rapidez, pero cuando se asomó a la ventana, ya no había nadie.

Un escalofrío me sacudió entera.

Corey me abrazó y yo me hundí contra su cuerpo.

—Lo siento —gimoteé.

—No tienes por qué disculparte.

—¿Crees que era él? —pregunté, mi voz apenas era un susurro.

Corey entrecerró los ojos, como si sopesara todas las posibilidades.

—No lo sé. Pero no voy a correr ningún riesgo, te juro que no vas a estar sola en ningún momento.

CAP Í TULO 59



Corey

Desperté antes que Kate y disfruté del simple hecho de tenerla enroscada sobre mi cuerpo, relajada, confiada, sin miedos.

Comprendía que pudiera sentir temor hacia ese cabrón que quiso secuestrarla para llevársela lejos de su familia y construir una nueva congregación, con sus propias normas, haciéndola su mujer.

Pensar en que lo hubiera logrado y que ese tipo hubiera podido criar a su hija como propia, sometiéndola a sus leyes, me revolvía las tripas.

Por lo menos, había conseguido que Kate aceptara venirse a vivir conmigo, que pudiera ofrecerle mi protección y estuviera bajo mi techo me dejaba algo más tranquilo.

Llevaba unos días lleno de incertidumbre, quizá se debiera a que ser padre me había infundido unos miedos nuevos, también el tener a alguien que me importaba que se sentía amenazado.

No había dormido demasiado, necesitaba poner las cosas en orden y que Kate tuviera la vida que merecía.

Ese día le tocaba la ecografía de control, y quería asegurarme de que estuviera tranquila.

La desperté con besos suaves, primero pensé en hacerle el desayuno, pero me apetecía demasiado que despertara con mi boca sobre la suya.

Kate me ofreció un suspiro largo y su lengua salió al encuentro de la mía, mientras mi mano palpaba entre sus receptivos pliegues.

Jadeó. No me costó nada que se humedeciera.

—Buenos días.

Sus ojos claros se abrieron perezosos y encendidos.

—Buenos días.

El sonido escapó algo agudo.

—¿Te gusta despertar así?

—Me gusta despertar contigo.

—Me alegro, porque ya somos dos.

Estaba completamente excitado. La hice rodar para colocarla encima de mí.

Era una visión gloriosa, totalmente desnuda, con el pelo desordenado, los labios inflamados y los pezones erectos.

Tiré y los pellizqué, propiciando que ella se retorciera sobre mi polla.

—Muévete sobre mí, sin metértela.

Ella me observó con la mirada turbia y los ojos entrecerrados, su cuerpo quedaba bañado en reflejos dorados, fruto del sol, iba a hacer un día espléndido.

Puso las manos sobre mis pectorales y comenzó a restregarse, mordiéndose el labio inferior.

Quería ver esa imagen en mi retina cada maldito día. Esa mujer iba a ser mi perdición. Le acaricié el vientre y sus pechos rebotaron sobre mis manos. Era una jodida delicia. Separó los labios para llenarlos de jadeos y ungirme en humedad. La palabra perfección debería tener su imagen al lado.

—Te quiero dentro —siseó.

—Mmm, estaba pensando lo mismo… Apoya las plantas de los pies en el colchón, quiero meterme en ti mientras estás de cuclillas, quiero vernos. Yo te sujeto. ¿Crees que podrás?

Se puso más roja si cabía, pero terminó asintiendo.

Adoptó la posición que le pedí. Agarró mi erección con determinación y la colocó en su abertura sin que yo apartara la vista del punto de conexión entre nuestros sexos.

Fue bajando despacio, en penetraciones suaves y jodidamente eróticas. Mi polla se hinchaba cada vez más impregnándose en sus fluidos. Adentrarse en su interior ceñido era el puto paraíso.

Kate me apretaba cada vez más con su musculatura interna, cerrando los ojos, gimiendo de placer, aunque no fue nada comparable a cuando chupé mis dedos y los llevé a su clítoris para estimularla.

Kate buscaba una mayor profundidad y cada vez le costaba más obtener lo que necesitaba. Su cuerpo se agitaba tembloroso.

—Clava las rodillas en el colchón y móntame.

No lo dudó y el placer se multiplicó por mil al sentirla en profundidad, rebotando encima de mí, mientras yo llevaba sus pechos a mi boca para devorarlos oyéndola jadear con mayor fuerza.

—Corey, Corey… —repitió.

—Córrete.

Se apretó contra mi cuerpo para dar pasadas cortas, aumentando el roce de su clítoris contra mí, a los pocos segundos noté las contracciones y la humedad descendiendo sobre mi erección.

Salí de su interior en cuanto se calmó, le pedí que se pusiera a cuatro patas y la tomé por detrás con estocadas contundentes que la hicieron gritar. Mi mano volvió a buscar el nudo de nervios para elevar su excitación mientras la penetraba. Volvió a correrse descontrolada y el coletazo de su último orgasmo me hizo estallar y llenarla de mí.

Kate cayó sobre la cama mientras yo llenaba de besos su espalda.

—¿Siempre será así? —preguntó. Reí ronco contra su piel salada.

—Eso espero. ¿Te ha gustado?

—Demasiado.

Forcé que se diera la vuelta para tumbarme a su lado y besarla, estaba tan deliciosa.

—No sabía que pudiera hacerse así. Bueno, vi alguna escena en alguna serie, pero… En Nuevo Amanecer, hacerlo desnudos es pecado.

—En Nuevo Amanecer, follar es una mierda pinchada en un palo. —Ella rio.

—Supongo que sí.

Besé sus pezones, su vientre y me incorporé.

—Venga, a la ducha, que quiero lavarte y después prepararte algo rico para desayunar.

—¿Eso implica otro orgasmo? —preguntó juguetona.

—Mmm, aprendes rápido y eres insaciable, eso me encanta. ¡Arriba, Ángel!



Tras una ducha de lo más placentera y un desayuno en condiciones, llegamos a la clínica.

Fuimos directos a la sala de ecografías, porque tocaba la de control.

La tomé de la mano mientras veíamos a nuestro bebé moverse. La pantalla iluminaba sus ojos y la emoción nos inundaba a ambos. Mi corazón latía con fuerza.

—Perfecto —pronuncié—. No hay nada de qué preocuparse, nuestra pequeña está creciendo bien y todo está en orden.

Sabía que cuando mis pacientes escuchaban eso de mis labios sus miedos se disipaban un poco, Kate no reaccionó de un modo distinto. Era calma lo que necesitaba después de lo de Jeremiah.

Janelle apareció en cuanto salimos de la consulta, yo tenía que trabajar y le había pedido que se pasara por la clínica. Marlon las llevaría al estudio de grabación para que los viera ensayar unos temas en directo, así que no estaría sola en ningún momento.

—¿Qué hay, «robacompañerasdepiso»? —pronunció Janelle, guiñándome un ojo antes de abrazar a Kate—. Si no fuera porque brilla como una luciérnaga, por los polvos que le debes haber echado, te caería una buena regañina por habérmela sustraído de mi propia casa mientras hacía la compra de la semana. ¿Ahora quién va a comerse toda esa comida?

—Si se trata de eso, puedo mandarte a algunos pacientes que no les iría mal llenarse las tripas.

—Paso, prefiero invitar a algún tío que quiera una buena ración de comida después de haberme hecho sudar sobre el sofá —comentó en tono desenfadado. Podía decir lo que quisiera, pero no me perdí la mirada que echaba por si Marcus aparecía—. ¿Qué tal crece Mini Rapunzel?

—Sana como una manzana —le aseguró Kate.

—Esa es mi chica. —Nuestra amiga le acarició la tripa con cariño—. Venga, que nos vamos, hoy va a ser un día muy emocionante. Y tú no te preocupes —musitó en mi dirección—. Va a estar rodeada de Vitales, no hay un lugar más seguro en la ciudad que con mi familia.

—Eso no lo pongo en duda, aun así, ¿puedo pedirte que me mandes un mensaje de vez en cuando?

Ella puso los ojos en blanco junto con una sonrisa divertida.

—¿Quieres que te mande una prueba de vida? Puedo cortarle un dedito del pie y te lo envío en una cajita.

—Eres muy graciosa —respondí, reprimiendo una sonrisa.

Janelle hizo un gesto de indiferencia y se volvió hacia Kate.

—Te lo prometo, Corey, la trataré como si fuera oro. Va a estar más segura que el presidente.

—Espero que no sea al que le pegaron unos tiros —refunfuñé. Kate me miró sonriente. Janelle tenía razón, deslumbraba.

La arrastré hacia mi boca para darle un beso que la dejó sin aliento. Me dio igual el personal o la mirada que Janelle nos echó de marisabidilla.

—No hagas tonterías —murmuré en su oreja.

—Esas las reservo para cuando estemos en la cama —musitó, encendiéndome de nuevo. Aprendía rápido.

Se despegó de mí con una sonrisa traviesa y movió la mano para despedirse.

Carol se aproximó a mí por la espalda.

—Vaya, vaya, doctor Blackwood, esto sí que no lo esperaba, se ha hecho con la paciente más bonita y dulce que ha pasado por la clínica.

—Yo tampoco lo esperaba, pero ya sabes, cualquier milagro es posible en esta época del año —le guiñé un ojo y le pedí que me pusiera al corriente de los pacientes que tenía por delante.

El primer caso del día fue más complicado de lo esperado: una madre joven con embarazo de riesgo por preeclampsia, que requería vigilancia continua. Había que ajustar su medicación y planificar un seguimiento mucho más riguroso, algo que la clínica podía permitirse hacer gracias a las mejoras que estábamos incorporando. Sabía que su situación sería mejor en un hospital, pero sin seguro no podía costearse los servicios privados de otro lugar.

Odiaba esa realidad y luchaba para cambiarla, quizá no pudiera hacerlo en todo Nueva York, pero sí podía aportar mi granito de arena en el barrio, por eso me decidí a trabajar en el SKS, no había dinero suficiente para que todos cobráramos un sueldo, así que, por el momento, empleaba mi cuerpo para salvar vidas y no me avergonzaba por ello.

Durante mi descanso, pasé por la zona de obra para ver cómo avanzaba la reforma. Una sonrisa se formuló en mis labios al ver lo que pronto sería el comedor social. Conversé con algunos de los obreros, que me informaron de que el plazo se había alargado un poco debido a problemas de suministro. Aun así, estaba satisfecho con el progreso y muy pronto podríamos dar de comer a los necesitados. Marcus había empezado con las entrevistas con los voluntarios que liderarían el comedor.

Cuando regresaba a la consulta, recibí una llamada de Jordan.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó en cuanto descolgué.

—Al contrario, puedo dedicarte cinco minutos.

—¡Menudo privilegio, doctor Blackwood! —Reí.

—¿Qué ocurre?

—Le he estado dando vueltas a una cosa. ¿Kate te ha contado qué averiguó el investigador?

—Algo me ha dicho, sí, ¿por?

Jordan hizo una pausa antes de seguir hablando.

—Hice que el tipo al que contraté buscara información que pudiera facilitar a Kate una aproximación con su abuela, si es que finalmente se decide a ir a verla. Hemos dado con algo.

Me apoyé en una de las paredes.

—¿Y qué es?

—Al parecer, ella tenía un recuerdo muy específico que usó para identificar a su nieta —continuó—. Un rosario de perlas rojas que le puso a la niña por si algún día quería volver a ella, para que si lo llevara, la reconociera. Si Kate tuviera esa joya en su poder, tendría una forma de probar su identidad sin necesidad de una prueba de ADN.

Mi mente voló al instante a una imagen clara: el rosario. Lo había recogido del suelo aquella primera noche en el club, cuando apenas la conocía y no entendía del todo qué significaba para ella. Lo había guardado en el bolsillo de mi pantalón y después lo dejé olvidado en el fondo del cajón de mi mesita de noche, sin saber que ese objeto podría tener tanto peso.

—Jordan, ¿sabes qué? Tengo ese rosario —le dije con el corazón acelerado.

—¿Tú? —preguntó él, sorprendido. Le conté la historia—. ¿Y llevas guardándolo todo este tiempo sin decirle nada?

—No pensé mucho en ello, solo lo recogí y lo guardé. En cuanto termine mi turno, iré a casa para buscarlo y se lo devolveré a Kate —dije, decidido.

—Bien pensado, tampoco estaría de más un viajecito *express* a Essex los días que cerramos, queda una semana para Navidad y me han dicho que se pone muy bonito en esta época del año, podría ser un buen regalo para alguien que se está convirtiendo en «muy especial».

—No se te escapa una.

—Bueno, te saco algunos años de ventaja.

—Ayer empezamos a vivir juntos, ese bebé es mío, Jordan.

—Algo me olía. Mereces una mujer como ella y ella a un hombre como tú, haz las cosas bien esta vez.

—Te lo prometo. ¿Puedo pedirte que no le cuentes nada a ver si logro darle una sorpresa?

—Por descontado, ya sabes que eres como mi hermano pequeño y mi salvador, te lo debo todo.

—Olvida eso ya de una vez, nadie te ha regalado nada. Gracias por contármelo, tío.

—Siempre estaré aquí para lo que necesites.

—Igualmente.

Colgué con una sonrisa en los labios. Me pasé el resto del turno pensando en la cara que pondría Kate cuando le diera el rosario. También le di vueltas a cómo viajar sin papeles a Essex, quizá alguien pudiera echarme una mano al respecto…

Fui recibiendo algún que otro mensaje de que Kate estaba perfecta, junto a *gifs* de partes del cuerpo. Janelle era de lo más creativa cuando se emperraba.

Al finalizar mi turno, fui directo a casa, el plan era recoger a Kate, cenar algo e ir al SKS juntos, pero le dije a Janelle que se me había complicado la cosa y que cenaran juntas, que después pasaba a por ellas.

En cuanto estuve en mi dormitorio, abrí el cajón de la mesita, pero cuando moví algunos papeles y cajas pequeñas, una sensación de alarma comenzó a crecer en mí. El rosario no estaba.

Imposible, lo había dejado ahí, estaba seguro.

Fruncí el ceño, revisando cada rincón del cajón. ¿Lo habría movido de sitio en algún momento? Mi pulso se aceleró mientras rebuscaba en el otro cajón, pero tampoco estaba allí. Comprobé las estanterías y el pequeño cofre en el que guardaba cosas importantes. El rosario no aparecía.

Intenté tranquilizarme y me concentré, recordando el último lugar donde lo había visto. Podía jurar que lo había dejado allí, en la mesita de noche. Pero había pasado bastante tiempo desde que lo guardé, y la clínica, las reformas y todo lo que estaba sucediendo podían haberme despistado.

No tenía tiempo de seguir buscando, o llegaría tarde al SKS. No podía permitir que algo tan importante se extraviara justo entonces, cuando Kate necesitaba una prueba de identidad, cuando volviera a casa, me dedicaría en cuerpo y alma a dar con él.

CAP Í TULO 60



Corey

Cuando llegué al club, lo hice al mismo tiempo que Mason y Logan, o lo que era lo mismo, Pereza y Gula.

—¿Vas a ir esta noche a follar con Jane? —le preguntó Mason al moreno.

—Pues no sé, últimamente está rara, creo que es por ese tío que se la llevó al reservado. Tendré que buscarme otra distracción.

—¿Y tú, Corey?

—Yo, ¿qué?

—Venga ya, lo tuyo con la costurera Kinder Sorpresa está cantado —rio Logan.

—Vuelve a llamar así a Kate y… —Los dos se echaron a reír.

—Lo ves, si es que estás colgadísimo… Era broma, tío, todos adoramos a Kate.

—Id a cambiaros antes de que os patee el culo —farfullé con una sonrisa en los labios.

Iba a bajar al vestuario, pero me topé con Janelle subiendo las escaleras. Iba vestida de Lilith y estaba espectacular, con un conjunto hecho para pecar. Su sonrisa ladina era de las que te hacían pensar que tenía algo en mente.

—Vaya, vaya, si por fin ha llegado el padre modelo del año —bromeó, acercándose a mí y dándome un golpecito en el hombro.

—Dame un respiro, que apenas he llegado —respondí, acompasando su sonrisa—. ¿Tienes un minuto?

—Para ti los que quieras, Kate está en la mazmorra, a puntito de pincharse con una aguja para quedarse dormida, hasta que tus labios le devuelvan la vida con una comida a la altura.

—Eres tremenda.

—Si no, no sería yo. Muy bien se lo has tenido que hacer para que cada vez que saque el tema se encienda como una cereza. Enhorabuena.

Nos sentamos en una de las mesas que quedaban próximas a la pared. Le conté brevemente lo que Jordan había averiguado sobre el rosario de perlas rojas y el vínculo con la abuela de Kate.

—¿Ese no era el rosario que perdió la primera noche?

—Efectivamente.

—Así que el rosario puede ser la clave para que esa abuela suya sepa quién es y tú, en lugar de devolvérselo, lo metiste en un cajón y desapareció…

—Exacto.

—Pues a no ser que sea un portal interdimensional o tu mesita perteneciera a un mago, diría que te confundes y que quizá lo dejaste en otro lado, es muy fácil tener en la cabeza que quieras dejarlo en un sitio, pero finalmente olvidarlo en otro. A mí me pasó una vez, entré en el piso, quería dejar las llaves en el recibidor, pero me entró la gula y acabaron en la nevera, entre los pepinillos picantes en conserva y la nata montada.

—Ya lo he pensado. No sé, quizá lo tengo en algún lugar de casa en el que no he mirado.

Janelle se cruzó de brazos, reflexiva.

—Bueno, si te sirve, cuando perdemos algo en casa, mi padre nos hace rezar a San Antonio de Padua, tienes que decir: *Sant'Antonio dalla barba bianca, fa' trovare quello che mi manca!*. Es algo así como San Antonio de la barba blanca, ¡hazme encontrar lo que me falta! Si lo haces junto con una pequeña ofrenda o promesa al santo, como encender una vela o donar algo a una iglesia en su nombre, el objeto aparece.

—Creo que prefiero revisar el sistema de seguridad.

—Sí, también puede ser una buena opción.

—Entonces, ¿planeas llevar a Kate a Essex para un emotivo reencuentro familiar por Navidad?

—Me encantaría, salvo que no tengo documentación y será muy difícil que alguna aerolínea quiera dejarla volar a Europa sin pasaporte, solo falta una semana.

—Querido doctor Blackwood, eso es difícil para alguien sin las conexiones adecuadas, pero recuerda que estás hablando con la hija de un capo y que mi padre resulta que tiene un *jet* privado en el que asiduamente transporta gente de lo más variopinta. —Justo era la persona en quien pensaba que pudiera solucionarnos la papeleta.

—¿Y piensas que aceptará?

—¿Bromeas? Kate le cae fenomenal y no hay nada que mi padre no hiciera por un reencuentro como ese, para los italianos, la familia, las madres y las abuelas son lo máximo, además, es Navidad, época de ayudar y hacer regalos, cuenta con ello.

—Vale, pero quiero que sea una sorpresa.

—Mis labios están sellados, por lo menos los de arriba.

—Y parece que los de abajo, Logan me ha contado que últimamente estás de bajón sexual desde Marcus.

Resopló.

—Venga ya, ¿por qué te obcecas tanto? Es un buen tío, solo que no le gusta compartir a su chica, quizá, si lo intentaras con él, te llenaría y no te haría falta otro tío u otra mujer.

—¿Y si no es así? Podría joderlo todavía más.

—Bueno, es algo que merece que le plantees, no que te largues después de un polvo genial.

—El otro día me dejó a medias… —Sonreí por lo bajo.

—Es un hombre orgulloso y lo has herido, ¿qué podías esperar?

—Pues un orgasmo mínimo, después se podía largar.

—Hazme caso y hablad.

—Corey, ¡¿tienes ya el cuadrante?! —preguntó la voz de Troy.

—El deber me llama, piénsatelo, el doctor Grant es un pozo en el que quizá te gustaría bucear. —Golpeé la mesa y me levanté—. Gracias por ocuparte de llevarnos a Essex.

—Lo que sea por vosotros y mi ahijada. Me niego a no ser su madrina después de esto.

—El puesto es tuyo —le guiñé un ojo antes de ir en dirección a Troy.

Apenas tuve tiempo de saludar a Kate, la noche fue de locos y no pude parar ni un minuto, aunque el poco espacio que tuve se lo dediqué.

Le pedí que esperara a que terminara, Marcus tenía turno de noche en la clínica y no me fiaba de que la llevara otra persona que no fuera yo.

En el camino de vuelta a casa, se quedó frita, fruto del agotamiento, así que la cargué en brazos para depositarla en la cama hecha un ovillo.

Me moví en silencio para no despertarla. La observé mientras respiraba con tranquilidad envuelta en la suave penumbra de la habitación, y sentí una calma que hacía mucho no experimentaba. Kate me estaba ofreciendo la posibilidad de descubrir el amor desde una perspectiva diferente, a través de algo más profundo, más sereno y al mismo tiempo chispeante, como si, al estar con ella, el mundo se volviera un lugar mejor.

Tenía que asegurarme de que Kate tuviera la vida que merecía y estaba convencido de que un reencuentro con su abuela era justo lo que necesitaba, así que tenía que encontrar esa maldita joya.

Cuando llegué al despacho, cerré la puerta con cuidado para no hacer ruido y encendí la pantalla del ordenador. Había algo que no me dejaba tranquilo, y la pequeña voz en mi cabeza insistía en que revisara las grabaciones de seguridad para averiguar qué había pasado con el rosario de la abuela de Kate.

Comencé a retroceder en las grabaciones, repasando cada día desde que lo guardé. Al principio, todo parecía en orden. Ninguna actividad extraña, ni movimientos que llamaran la atención, me vi depositando la joya en el fondo del cajón, pero no sustraerla después.

Seguí revisando, pasando los días en los que apenas había entrado en el dormitorio y ella estaba en su piso. Todo igual.

Me topé con la noche en la que Kate enfermó y decidí llevarla a casa. La imagen era clara: yo entrando con ella en brazos, intentando bajarle la fiebre, para después colocarla en mi cama.

A la mañana siguiente, pude ver su despertar, sonreí ante el lío en el baño y solté una carcajada cuando Jezzabel empezó a hablarle. Y cuando la Roomba se acercó a sus pies ya estaba llorando de la risa.

Decidí guardar aquel vídeo para que, cuando nuestra hija se hiciera mayor, pudiéramos compartir aquel recuerdo con ella y echarnos unas risas.

Pensar en una vida futura, junto a ellas, me calentaba por dentro, podía negar la evidencia o aceptarla sin más, me estaba enamorando de Kate, de su simplicidad, de su manera de descubrir una vida para quien nadie la preparó, de su pasión, de su voracidad ante el sexo, y cada segundo que pasaba se afianzaba la idea en mí de que si no funcionó con Tessa era porque la estaba esperando a ella.

Avancé un poco más, hasta la noche en la que finalmente nos dejamos llevar y compartimos algo mucho más íntimo. Al vernos en la pantalla, no pude evitar una mezcla de emociones: el

deseo de volver a sentirla cerca, de repetir cada caricia, cada beso. La respiración se me aceleró un poco, y por un instante estuve a punto de levantarme, ir a la cama y despertarla solo para perderme de nuevo en ella. Pero me forcé a aparcar el pensamiento. Había algo urgente que resolver.

Solo me quedaba la grabación de esa mañana, decidí pasar nuestro polvo a cámara rápida, porque no quería sufrir los efectos secundarios. Llegué al punto en que salimos de la casa, y media hora después, el sistema se fundió en negro.

«¿Qué demonios?».

La imagen desapareció y no volvió hasta un par de horas después. ¿Cómo era posible? ¿Qué había pasado en ese lapso de tiempo? ¿Alguien había entrado en mi casa? Pero… ¿cómo?

Fruncí el ceño.

—Jezzabel.

—¿Qué quieres, Caraculo?

—¿Por qué no hay grabaciones entre las nueve y las once de la mañana?

—Saltaron los plomos.

—¿Cómo dices?

—Hubo un apagón eléctrico, dejó de funcionar el sistema de toda la casa, o lo que es lo mismo, me fundieron en negro. No te preocupes, no hubo daños que lamentar.

La tensión en mis hombros aumentó. No podía ser una simple casualidad. La idea de que alguien hubiera desconectado la electricidad para entrar en casa mientras no estaba me provocaba un nudo en el estómago. ¿Era una simple avería, o realmente alguien lo provocó?

Sentí cómo la rabia me recorría al pensar en la posibilidad de que alguien pudiera acceder al interior de la casa. La desaparición del rosario podía dejar de ser un simple despiste o pérdida.

Si alguien había entrado, iba a enterarme de quién era.

CAP Í TULO 61



Janelle

Tras pasar el día con Kate, verla repartir corazones y aquel brillo especial, que compartía con mi hermano cuando miraba a Kiara, algo se removió en mi interior.

Tenía dos opciones, o se trataba de una gastritis, o del maldito Marcus «Culo Prieto» Grant.

Nunca había querido atarme a nada y a nadie, creía ciegamente en el amor libre, en divertirme, follar sin ataduras porque no comprendía por qué debíamos limitarnos a comer todo el tiempo manzana, si el mundo era un frutero lleno de variedades exóticas. ¿Y si un día me apetecía una guayaba?

No había sufrido fractura de corazón alguna. Veía la vida así desde siempre y no creí que pudiera verla de otro modo hasta que apareció él, con su rigidez y aquel talante autoritario que me daba ganas de cometer mil y una travesuras, para que me subiera a su regazo y me calentara las nalgas con su palma de cirujano.

¿Y si mi madre tenía razón y no había querido atarme a nadie porque no había llegado la persona que hiciera que me planteara cosas distintas?

No era estúpida. Sabía que en la vida no todo era blanco o negro, que nos movíamos en una escala de grises y teníamos derecho a escoger en qué tono nos apetecía sumergirnos dependiendo la etapa en la que estuviéramos y, al parecer, en ese momento, me apetecía sumergirme en una monogamia consentida con el Dr. Culo Prieto.

Que seguía sin poder quitarme a Marcus de la cabeza o de debajo de mi piel era un hecho. Mi vagina estaba en huelga a no ser que cierto doctor malhumorado entrara en su horizonte, entonces la muy cabrona babeaba por él, sumiéndome en una espiral de contradicciones.

No era de las que se quedaban de brazos cruzados, así que tras rechazar la invitación de Logan para ir al club y volver a mi casa compuesta y sin polvo, me dirigí a la clínica.

Me emocionaba mucho más enzarzarme en una disputa con Marcus que meterme en una cama redonda con un puñado de desconocidos, y eso era un claro indicativo de que me estaba metamorfoseando.

Intenté con todas mis fuerzas dejar atrás esos ojos oscuros, su cuerpo de infarto y aquel carácter algo dictatorial, pero ahí estaba de nuevo, como una mosca cojonera, haciéndome atravesar los pasillos con el corazón latiendo a toda velocidad y la entrepierna húmeda de anticipación.

Era una maldita bomba de relojería, y el doctor Grant el único artillero capaz de desactivarme o hacerme estallar con un chasquido de lengua.

Cuando llegué a la recepción, pregunté por él con un tono despreocupado, sin embargo, el nudo que retorcía mis tripas me decía que no estaba tan tranquila. Era como un puto hámster corriendo en esa rueda sin fin que yo misma me había autoimpuesto y estaba cansada de hacerlo sin obtener ningún premio.

La enfermera me informó de que Marcus estaba atendiendo a un paciente en la zona de paliativos, me indicó que se encontraba en la segunda planta, al final del pasillo.

Mientras subía las escaleras, tuve una idea, y fui desabrochándome el sujetador para guardarlo en el interior del bolsillo delantero del vestido. Me asomé a las cristaleras que correspondían a las habitaciones hasta que me topé con él.

Marcus estaba junto a un hombre mayor, pero no tanto como para pensar que le había llegado su hora. A su lado había una mujer de una edad próxima, sosteniéndole la mano, contemplándolo con adoración y una sonrisa de las que infunden amor.

Podrían haber cerrado la persiana para que nadie los viera, sin embargo, yo podía observar toda la escena sin que pusieran un ápice de atención en mí.

Sentí un poco de pudor, aun así, me apoyé en un ladito, intentando entender lo que pasaba.

Una de las manos de Marcus dio un suave apretón al hombro de la mujer, esta le dio las gracias.

Él inclinó la cabeza, le dijo unas palabras al hombre, terminando con un saludo militar, y se dio la vuelta para salir. Al hacerlo, se topó conmigo, su expresión demudó a una mucho más austera, se estaba poniendo a la defensiva sin que hubiera abierto la boca, así que antes de que pudiera decir nada, levanté las manos, después agarré lo que me había sacado en el pasillo y agité el sujetador blanco de la paz de manera disimulada.

No me juzgues, no tenía un pañuelo a mano y tuve que improvisar.

Moví los labios alegando que solo quería hablar, que no venía a pelear.

No sé si él vio más allá de mi copa D.

Marcus suspiró, negando con la cabeza, e hizo un gesto para que guardara la prenda, la devolví a mi bolsillo, pegando el abrigo que me había quitado contra el cuerpo.

—Estoy muy ocupado para tus juegos, Janelle —musitó, cerrando la puerta tras de sí.

En su tono no existía esa frialdad que solía tener, parecía cansado.

—No he venido a molestar.

—¿Solo a agitar tu sujetador para que los que pasen a mejor vida lo hagan sin dolor?

—No tenía pañuelos a mano, he venido para saber si estás bien.

Soltó una exhalación.

—Si estuviera mal, me tomaría un paracetamol.

—Marcus, por favor, me estoy esforzando…

Se quedó en silencio, y al final, hizo un gesto señalando al interior de la habitación.

—¿Ves a esa pareja? —me dijo en voz baja.

Asentí y volví a mirar al hombre, que se le marcaban todos los huesos de la cara, su tez era pálida, casi ceniza. A su lado, la mujer le acariciaba la mano, susurrándole palabras que no

alcanzaba a escuchar y contemplándolo con auténtica devoción. Había algo en esa escena que me atrapaba, un amor tan profundo que traspasaba el cristal.

—Llevan juntos más de cincuenta años, se conocen desde siempre y a los catorce, siendo todavía unos niños, decidieron que querían ser el uno para el otro y casarse a la menor oportunidad. Hoy es el último día que podrán estar así, y ella lleva horas sin soltarlo.

Hablaba en un tono que no le había oído nunca. En su voz resonaban un respeto y una melancolía que me alcanzaron al instante. Mis ojos empezaron a humedecerse sin que pudiera evitarlo.

—Areta… ha pasado todos los días en este hospital desde que su marido ingresó —continuó —. Apenas se aleja de su cama.

Mientras Marcus hablaba, la mujer le acercó un pañuelo a su esposo, secándole suavemente las lágrimas que caían de su rostro alejado de la vida. El hombre la miraba como si fuera el mismo día que se enamoraron, y ella le sonreía, intentando transmitirle sosiego en sus últimos momentos juntos. Me quedé sin palabras; ver una historia de amor tan grande y tan cercana a su final era como si me hubieran dado una bofetada en pleno rostro. Nunca había sido tan consciente de la brevedad de la vida ni de la intensidad con la que algunas personas amaban. Seguramente mis padres actuarían igual.

—Él fue un alto mando militar en el ejército del aire, hasta que sufrió estrés postraumático y ello lo apartó de su profesión. Ha sobrevivido a mil guerras prometiéndole que siempre volvería a su lado y lo cumplió, hasta que perdió su última batalla, aquí mismo, en Nueva York. Los tumores inoperables no entienden de promesas de amor —dijo Marcus, en un tono casi inaudible.

—¿No hay nada que hacer?

—Nada. Cuando trabajas de médico en misiones bélicas, te acostumbras a ver despedidas, parejas que se dicen adiós prácticamente a diario por si no regresan de misiones peligrosas, y se te graba en la retina, en el corazón, en la piel. Nunca te olvidas de esas historias, Janelle, y yo no aspiro a otra cosa que no sea lo que ellos comparten —señaló.

»Quiero ser el motivo de que alguien quiera estar en casa compartiendo una copa de vino después de una ardua jornada laboral. Quiero ser ese alguien con quien dar largos paseos bajo las luces de la ciudad, para después hundirnos el uno en el otro y follar hasta quedarnos sin aliento. Quiero ser el objeto de esas miradas, como si el mundo dejara de tener sentido si no estoy en él. Y no deseo que sea unidireccional porque yo no voy a ofrecer menos que eso. Llámame egoísta, pero merezco ser amado con la misma entrega que estoy dispuesto a dar. No voy a conformarme con menos, aspiro a vivir un amor que perdure en el tiempo.

Miré a Marcus, tratando de comprender toda su complejidad.

—¿Por eso eres tan… exigente con las relaciones? —pregunté, y me di cuenta de que estaba intentando entenderlo de verdad, sin juzgarlo, sin esa ironía que solía utilizar como armadura.

Él asintió despacio, seguía contemplando al matrimonio con una ternura que era un reflejo de sus muchas facetas.

—No quiero menos que eso, Janelle. No quiero estar con alguien que esté a medias. Si voy a entregarme, quiero que sea a quien esté dispuesto a pasar toda la vida a mi lado. Alguien que me complete, que no tenga miedo a quedarse incluso cuando las cosas se pongan feas.

Las palabras de Marcus cayeron como piedras en mi interior, removiendo algo que había evitado durante demasiado tiempo. Ese era el verdadero Marcus, el que había dejado atrás la frivolidad y la coraza de hombre duro para expresar sus deseos más profundos.

Dentro de la habitación, el anciano murmuró algo a su esposa y, aunque no pude escucharlo,

pude intuir que era su último adiós, se marchaba no porque quisiera, sino porque lo obligaban. Y en mi mente lo imaginé dándole gracias por todo, por la vida que habían compartido, por el amor y la compañía que no habían cesado ni un instante. Ella lo miró como si fuera su mundo entero, y cuando sus labios temblaron y unas lágrimas silenciosas se deslizaron por sus mejillas, sentí que el dolor de esa despedida me desgarraba por dentro.

Miré a Marcus, sin saber si podía decir algo que rompiera el peso de lo que acababa de suceder. Él, en cambio, simplemente apartó la vista, en un intento de no mostrar su vulnerabilidad.

—No sé si alguna vez podré ofrecer a alguien lo que ellos comparten —musité con la boca pequeña.

—No te juzgo por ello, solo quiero que comprendas que por mucho que me gustes o me atraigas, no puedo estar con una persona cuya voluntad sea compartir con otros algo que, para mí, es muy íntimo y personal. Cuando tenga que irme de esta vida, quiero hacerlo así, habiendo amado a alguien que lo signifique todo.

Sus palabras me atravesaron y, antes de darme cuenta, las lágrimas rodaban por mis mejillas. No podía contenerme.

Marcus me miró con una sonrisa sutil en los labios, y pasó la yema de sus dedos para apartar la humedad.

—Janelle…

Sacudí la cabeza, intentando mantener la calma.

—No sé qué hacer —confesé. Él suspiró agotado.

—Vete a casa, no pasa nada —sugirió antes de apartarse de mí y avanzar por el pasillo.

Lo vi alejarse y sentí que me ahogaba. Miré hacia el interior de la habitación, la mujer abrazaba al hombre cuya alma ya no estaba y yo…, de algún extraño modo, sentí que el temor a intentarlo iba a apartarme de alguien con quien también me apetecía compartirlo todo.

—Espera… —farfullé, correteando detrás de Marcus para agarrarlo del brazo y frenarlo.

No había mucho personal, solo el de guardia, así que estábamos prácticamente solos.

—Ya te he dicho lo que quiero.

—Pe-pero yo no —comenté resoluta.

Él se dio la vuelta, alzando las cejas, analizándome con profundidad. A lo lejos vi pasar a dos enfermeras. No me apetecía hablar de eso en el pasillo, así que abrí la puerta que quedaba a mi derecha y lo arrastré hacia el interior.

—No te voy a follar.

—No he venido a eso —respondí mientras quedábamos alumbrados por una escueta luz de emergencia. Él me contempló incrédulo—. Vale, confieso que tal vez un poco sí. La culpa es tuya por haber vuelto del revés mi cabeza. No me centro, nadie me atrae lo suficiente, nadie me gusta como para despertar en mí un deseo irrefrenable. Me has estropeado, comparo a todo el mundo contigo y todos salen perdiendo. Eso me asusta —confesé—. Yo pensaba que había elegido mi manera de concebir el amor, el sexo, un mundo sin complicaciones en el que no sufriría demasiado, pero no contaba con que aparecieras tú para tergiversarlo todo. Sin comerlo ni beberlo, he cambiado mis propias reglas del juego —suspiré—. No quiero hacerte sufrir, tampoco complicarte la vida porque yo haya perdido el norte. He venido porque necesitaba verte, entenderte. A veces no lo hago, discuto, me precipito y… es como si hablaras un idioma que yo no comprendo pero que quiero descifrar.

Él esbozó una pequeña sonrisa.

—No voy a forzarte a que empieces algo que no deseas porque te guste como encajamos en la cama.

—Lo sé. Me gustaría prometerte con la suficiente convicción que puedo ser esa persona que termine cogiéndote la mano al final de tu vida, pero espero que para eso falten muchos años y no me veo dando esa garantía tan larga, aun así, me gustaría intentarlo —dije con suavidad, buscando romper la tensión que había acumulado.

Él suspiró, y su mirada se llenó de algo indescifrable para mí.

—Marcus —dije, con una voz que intentaba ser firme—. No quiero irme y hacer lo de siempre. No quiero hacerte creer que no me importas porque lo haces. Me gustas, me encantan nuestras riñas, tu actitud beligerante rellena de esa buena persona que emerge a la menor oportunidad. Me chiflan tus manos, tu boca y tu polla. —Pude ver cómo la última palabra alzaba un poco la comisura de sus labios.

—Jane…

—Es cierto, por no hablar de tu culo prieto y esa disciplina que te empeñas en inculcarme. No sé si eso será suficiente, pero si tú quieres, estoy dispuesta a intentar que lo sea para que funcionemos.

Sin darle tiempo a responder, solté la chaqueta sobre una caja y le cogí de las manos para entrelazar nuestros dedos.

Nos miramos en silencio, durante unos segundos, no estaba segura de qué hacer o qué más decir para convencerlo. El eco de nuestras respiraciones llenaba el pequeño almacén, y el mundo pareció detenerse en aquel espacio cerrado. Marcus me dio la vuelta y mi espalda encontró la pared para que él se abalanzara sobre mí hasta acercarse a mi oreja.

—¿Estás segura de que mi polla y mi disciplina van a ser suficientes? —lo dijo con una voz ronca que me fundió las neuronas.

—¿Por qué no te la sacas y lo comprobamos?

—No voy a tolerar que otra persona te tenga, ni en cuerpo ni en espíritu, dime que lo entiendes y que, cuando salgamos de este cuartito, seguirá siendo así.

—Lo entiendo —murmuré, temblando ante la expectación—, y seguirá siendo así.

—Dime que lo deseas tanto como yo y que, aunque ahora no puedas ofrecerme un para siempre, lo vamos a intentar.

—Con todo mi corazón.

Esa vez sí que sonrió, su mirada se dulcificó.

—Muy bien, señorita Vitale, vamos a sellar el pacto como es debido.

Di gracias a Dios cuando me subió el vestido, lo vi sacar unas tijeras del bolsillo de la bata, cortó la parte central de mis leotardos, tiró de los laterales del tanga, para que corrieran la misma suerte y dejarme sin bragas, y después se acuclilló entre mis piernas para premiarme con el mejor sexo oral de mi vida, sin apartar los ojos de mí, hasta que inundé su boca con mi orgasmo.

—Marcus —jadeé, pasando la mano por su escueto cabello. Él bajó mi muslo de su hombro, se puso en pie y me dio un beso hondo para que me saboreara en él.

—Este te lo debía, el siguiente en tu casa, termino en tres horas, te quiero desnuda y abierta de piernas en tu cama para enterrarme en ti hasta que amanezca.

—Hecho —exhalé con las rodillas todavía temblando—. Tenemos toda una vida llena de orgasmos, puedo esperar ciento ochenta minutos —susurré, guiñándole un ojo, él me apretó de nuevo contra su cuerpo para darme otro de esos besos que me fundían las neuronas, y mi cuerpo lo reclamó como «mío».

CAP Í TULO 62



Sepúlveda

Habían pasado unos días desde que nos cruzamos con esa camarera indiscreta, que nos brindó más pistas de las que cualquiera podría esperar en una simple charla. La información seguía sumándose, pero las piezas parecían más retorcidas con cada paso. El empresario, con su deseo frustrado de tener hijos y esa conexión con Hellen Bradford, había abierto un camino oscuro que nos llevaba directos a la boca del lobo.

Logramos trazar lazos más firmes entre los implicados. La agencia de intercambio Global Exchange tenía un claro vínculo con las universidades de las que habían desaparecido las chicas, aunque era solo la punta visible de algo mucho más profundo. Hellen, la directora de la residencia, aparecía en más fotografías con el empresario, casi estábamos seguros de que mantenían mucho más que una relación profesional.

Por mucho que fueran discretos, las imágenes estaban ahí, dimos con ellas a través del programa de rastreo de IA. Tanto Martínez como yo creíamos que no era una pieza al margen de la historia; estaba metida hasta el fondo y necesitaba dar con ella para seguir indagando.

Todavía no me había llamado y, cada vez que ponía un pie en la residencia, la bedel me miraba con peor cara. Tarde o temprano tendría que aparecer, no iba a poder evitarnos para siempre.

Mi teléfono sonó, y cuando vi el nombre de mi hermana, hice rodar los ojos. Yo tampoco iba a poder evitarla para siempre.

—Sepúlveda —respondí, sabiendo que eso la ponía de los nervios. Era tarde y ya debería estar fuera de la comisaría.

—¿No me tienes guardada en la agenda porque te has cambiado de móvil, o es que ni siquiera has mirado la pantalla para ver quién te llamaba?

—¿Qué quieres, Ana?

—Peter y las niñas quieren saber si vendrás para Navidad, faltaste en Acción de Gracias y somos tu familia, por si te has olvidado. Feith y Shelly quieren ver a su tía más allá de una videollamada o que Santa Claus les mande un cheque.

—Ya te dije que voy muy liada.

—Lo sé, y entiendo que fue un palo muy gordo lo que pasó con tu novia, pero tienes que remontar, Mary, no puedes seguir culpándonos por lo que pasó.

—¡Yo no os culpo!

—Yo creo que sí, porque si no te hubiera llamado contándote lo que había ocurrido, Kali jamás habría actuado contra el entrenador y tú… —Calló—. Oye, lo siento muchísimo, sé que amabas a esa mujer y que fue muy jodido enterarte de que ella era la asesina que perseguías con tanta vehemencia, pero si te soy franca, Peter y yo le estaremos agradecidos eternamente y sentimos muchísimo que…

—¿La matara? —pregunté ácida.

—¡Por Dios, Mary! Tú no… ¡Fue un accidente!

—No lo fue, sabía lo que hacía.

«Aunque no pretendiera darle en la arteria femoral».

—¡Era tu trabajo! ¡No puedes culparte por ello!

—¿De verdad piensas que no? Iba con la intención de cargarme a ese hombre y Margaret lo hizo por mí, para que no manchara mis manos de sangre y terminé manchándomelas con la suya —dije con rabia.

Mi hermana hizo un sonido forzado al otro lado de la línea.

—Por favor, dime que vendrás, necesitamos hablar… No estás bien.

—No creo que pueda, ya te he dicho que estoy ocupada.

—¡Eres una cabezota! ¡Lo fuiste desde pequeña y lo sigues siendo! Muy bien, tú ganas, si no quieres aparecer, no lo hagas, pero que sepas que tu plato te estará esperando en nuestra mesa. Te queremos, Mary.

Sus palabras me escocían, sin embargo, no me sentía preparada, todavía no.

—Tengo que colgar, me está entrando otra llamada —carraspeé.

—Claro. Buenas noches.

—Buenas noches.

No mentía, había alguien que estaba en espera, y ese alguien me salvó de una despedida más incómoda de lo que había sido esta, tarde o temprano me enfrentaría a mi hermana, pero no en ese momento.

—¿Diga?

Contesté por inercia.

—Detective Sepúlveda…, he descubierto algo sobre Astrid, algo que no puede esperar. —Fruncí el ceño. Al principio no reconocí la voz femenina y algo trémula que se bajaba como si temiera que alguien la escuchara—. Necesito verla, pero no en la universidad. No puedo hablar allí.

—¿Quién es?

—Bradford, Hellen Bradford.

El nombre me puso en guardia, y por un segundo me pregunté si realmente podía confiar en ella o si era otra de sus trampas para desviar la atención.

—Llevo días queriendo hablar con usted, señorita Bradford.

—Lo lamento, he estado fuera, pero ya he vuelto y me urge verla. Por favor, inspectora, es importante. —El nerviosismo en su voz era palpable; hasta el sonido parecía trémulo.

—¿Dónde y cuándo? —respondí, dispuesta a escuchar.

—En el aparcamiento de la salida 7. Está fuera de la ciudad y no hay gente a estas horas. Venga sola, por favor, no confío en nadie, creo que he averiguado lo que le pasó a Astrid —pidió acongojada.

Martínez ya se había ido a casa, no me apetecía molestarlo por una cita con la directora de una residencia, me las podía apañar sin nadie más.

Cuando me estuviera acercando al lugar de la cita, le mandaría un mensaje y le enviaría la ubicación. No estaba de más ser un poco precavida.

—Está bien, voy para allá.

Agarré el abrigo y salí de la comisaría, sintiendo la tensión en cada paso.



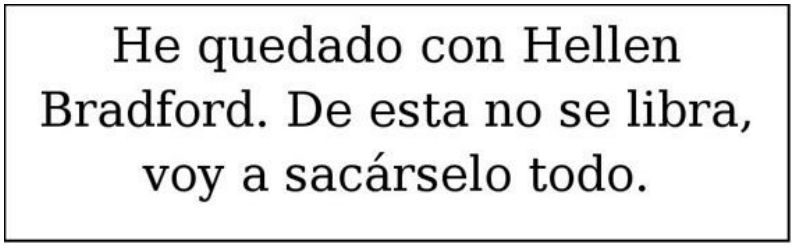
El aparcamiento estaba lleno, aunque desierto de gente. La tenue iluminación de las farolas creaba sombras alargadas que convertían el lugar en una escena de película de terror.

Aparqué a una distancia prudente del coche de Hellen, en la única plaza que vi disponible, y observé su vehículo desde la ventanilla. Sabía que era el suyo, conocía detalles de su vida que quizá incluso a ella le habían pasado por alto.

El frío se me colaba en mis huesos, tenía que llevar el coche a revisión para que le echaran un vistazo al sistema de calefacción. Vine con el mío, no con el del trabajo, mi intención era ir al bar de la esquina de casa a tomar unas copas justo después y calmar la desazón que había provocado mi hermana.

Lancé la colilla del cigarro que había estado fumando mientras conducía.

Le mandé un mensaje rápido a Martínez.



Le di a enviar y justo después adjunté la ubicación.

Por la luna trasera de su vehículo se intuía la silueta femenina, inmóvil, en el asiento del conductor, como si dudara en moverse.

Tomé aire, abrí la puerta y bajé del coche, cerrando con suavidad para no hacer más ruido del necesario. Caminé hacia su vehículo, sintiendo cómo cada paso resonaba en el silencio del aparcamiento.

—¿Señorita Bradford? —pregunté, esperando que al menos bajara la ventanilla para hablar—.

Soy yo, la inspectora Sepúlveda.

¿Se habría quedado dormida?

Parecía absorta, clavada en el asiento, sin intención de abrir la puerta.

Tuve una mala sensación, así que eché mano de mi arma, la llevaba en la parte trasera del pantalón, dentro de la funda. Justo en ese momento, algo me llamó la atención por el rabillo del ojo: un par de faros encendiéndose a toda velocidad al fondo del aparcamiento. No me dio tiempo a girarme del todo, mi arma se había quedado atrapada, cuando el coche arrancó en mi dirección, directo hacia mí.

Cuando pude sacarla y apuntar, ya era demasiado tarde, sentí cómo volaba por encima del capó.

El impacto fue brutal. Noté cómo el golpe me lanzaba al suelo, y un dolor intenso se apoderaba de cada fibra de mi cuerpo. El asfalto frío me recibió con un golpe sordo en la cabeza que me hizo perder el conocimiento, lo último que vi fue el rostro de Margaret suplicándome que aguantara.

Lo siguiente que recuerdo fueron los gritos de Martínez rugiendo mi nombre y el sabor metálico de la sangre llenando mi boca.

Alguien había planeado mi muerte y seguramente Hellen Bradford era el señuelo.

Era una idiota.

Con un esfuerzo descomunal, intenté ponerme en pie, pero me dolía demasiado la pierna y no podía apoyarla.

«¡Mierda!». El dolor era insoportable, pero logré mantenerme consciente lo justo para escuchar la voz de César.

—¡¿Qué ha pasado?! ¡¿En qué demonios pensabas viniendo aquí sola?! ¿Estás bien? ¿Puedes ponerte en pie? —Negué—. Joder, jefa, ¡me cago en la hostia, se te ve el hueso! —se llevó la manga a la boca.

—¿Puedes dejar de gritar? Me das dolor de cabeza.

—Y tú me haces infartar, ¿es que acaso no quieres que vea la cara de mi hijo? Otro susto más y no lo cuento, voy a llamar a la ambulancia.

—Bradford, ¿sigue ahí? —cabeceé sin mirar. Martínez alzó la cabeza.

—Creo que sí…

—Esto no me huele bien, ve a verla primero, como comprenderás, no voy a moverme de aquí. ¡Ve, César!

Mi compañero fue hasta el vehículo y volvió, mientras la bilis ascendía por mi garganta.

—Está muerta —farfulló.

—¡De puta madre!

Él se acuclilló y sacó el móvil para llamar. Me sentí mareada. Las palabras atropello, aparcamiento y cadáver, además de un «manden a alguien cagando leches», tronaron en mi cabeza.

Trataba de mantenerme despierta.

—No cierres los ojos, jefa —me ordenó, con una mezcla de desesperación y firmeza abofeteándome con suavidad la mejilla.

El dolor me consumía, y la oscuridad amenazaba con envolverme. Cada segundo se alargaba como una eternidad mientras yacía en el suelo, incapaz de moverme más allá del leve aliento que me quedaba.

César intentó acomodarme poniendo su chaqueta como almohada bajo mi cabeza.

Se puso a hablarme, pero yo lo único que oía era un amasijo de frases ininteligibles. Finalmente, escuché el sonido de las sirenas, un eco lejano que se acercaba cada vez más hasta convertirse en la única certeza.

—Ya llegan. Voy a linchar al cabrón que te haya hecho esto —dijo con voz ronca, tratando de calmarme.



Desperté en una cama de hospital, con la cabeza embotada y el cuerpo entumecido. La luz del cuarto era tenue, pero me esforcé por enfocar a Martínez, que estaba sentado en una silla junto a la cama. Me observaba con expresión seria, y al notar que había despertado, esbozó una sonrisa cansada.

—¿A quién se le ocurre plantarse sola en un aparcamiento sin avisar a nadie? —dijo, agobiado.

Me llevó unos segundos recordar lo que había sucedido. La llamada de Hellen, el aparcamiento, el coche… El dolor volvió a instalarse en mi cuerpo, y me esforcé por no mostrar debilidad.

—No seas quejica, te mandé un mensaje. —Miré hacia abajo y maldije—. ¿Qué es eso?

—Te han operado, fractura de tibia, tienes para ocho o dieciséis semanas.

—¡Ni hablar!

—¿Ni hablar? ¿Me has oído? ¡Que han tenido que operarte! —resoplé—. Además, estás en observación por el golpe de la cabeza.

—No pienso dejar que el comisario vuelva a apartarme del caso, estaba muy cerca, Hellen me había llamado, decía que tenía algo importante que contarme de Astrid y no quería hacerlo en la universidad. Tenía miedo.

—Pues no era infundado, a juzgar por cómo ha terminado. Alguien le disparó. Los de la científica están con ello. Pero hay algo que no va a gustarte…

—Dispara.

—No había cámaras y la hora de la muerte es unos minutos después de que tú me mandaras la ubicación, además, el casquillo…

—¿Qué?

—Pues que coincide con la bala que falta a tu pistola en la recámara. Alguien se ha tomado muchas molestias para que pareciera que has sido tú quien la mató y desvirtuar la investigación.

—¡Yo no he sido!

—Lo sé, cálmate.

—¡Debieron atropellarme, quitarme el arma y matarla! Seguro que cogieron mi pistola. ¿Y el vigilante del *parking*?

—No había, era uno de esos automatizados y, como te he dicho, las cámaras eran de las de pega —explicó, apretando los labios con frustración.

Cerré los ojos, dejándome caer de nuevo sobre la almohada. La rabia y la impotencia me corroían por dentro, pero sabía que la clave estaba en aquella cita fallida.

—Fue una trampa —murmuré, sabiendo que alguien había querido quitarnos de en medio para proteger su negocio.

Martínez asintió, apretando los puños.

—No me cabe duda, y el comisario y yo queremos que sepas que estamos contigo.

Quienquiera que esté detrás de esto, sabe que estamos cerca. No tiene pinta de que Bradford fuera la cabecilla y quisiera alertarte de algo, aunque está claro que estaba implicada. Quizá intentó advertirnos de su novio y este la calló antes de tiempo.

Tomé aire, tratando de calmarme a pesar del dolor.

—No pienso parar hasta que caigan todos, uno por uno —dije con determinación.

Martínez me observó, su rostro reflejando la misma furia contenida.

—Cuenta conmigo, jefa. ¿Por dónde empiezo?

—Por la universidad, hay que averiguar por qué Hellen no quería que habláramos allí, empieza por eso, tenemos que darnos prisa, César, y abrir mucho los ojos frente a cualquier pista por nimia que sea.

—Me pongo a ello de inmediato, tú recupérate, te mantendré informada.

CAP Í TULO 63



Mary Kate

Las ruedas del coche chirriaron suavemente sobre el asfalto al detenerse frente a la mansión. Aún me costaba asimilar que estaba allí, en Essex, en una tierra que me era extraña, pero que, de algún modo, formaba parte de mí. Corey me observaba con una leve sonrisa, y no pude evitar recordar la sucesión de sorpresas de las últimas horas.

Todo había comenzado con un supuesto «día especial». Él se encargó de organizar cada detalle, me engañó haciéndome pensar que iríamos a pasar la tarde fuera, quizá al campo o a algún sitio para descansar de la vorágine de Nueva York.

Cuando menos lo esperaba, me encontré entrando en un hangar, era la primera vez que veía uno como aquel. Su sonrisa pícara debería haberme alertado, pero me tragué que se trataba de una exposición sobre *jets* privados y le apetecía ver cómo era uno por dentro, si no me importaba hacer una parada antes de nuestro destino final.

¿Cómo iba a negarme?

Me vi subiendo las escaleras de aquel lujoso avión, nos recibió una azafata uniformada con una sonrisa espléndida.

No tenía ni idea de que todo se trataba de un plan perfectamente orquestado entre Corey, Jordan y Janelle, ni que el avión era de la familia de mi amiga.

La azafata nos invitó a sentarnos en los comodísimos asientos de cuero y se ofreció a traernos algo para picar.

—¿Esto lo tenemos que pagar? —pregunté a Corey cuando la chica se alejó.

—Tú, tranquila, que me encargo yo, abróchate el cinturón, que incluye una simulación de despegue.

¡Menuda tonta! Caí a cuatro patas, pero cuando el piloto nos dio la bienvenida, nos informó de la duración del vuelo y dijo la hora de llegada a Essex, pensé que era demasiada coincidencia.

Miré a Corey estupefacta y este sonrió.

—No puede ser… ¿Vamos a Essex de verdad?

—¿Tú que crees? Es mi regalo de Navidad, quiero que puedas cumplir todo aquello que desees, incluso si eso supone que crucemos el océano para que conozcas a tu abuela y consigas tu partida de nacimiento.

No pude emocionarme más.

Me moría de ganas de decirle que lo quería, que era el hombre de mi vida y que lo amaba con toda el alma, pero me dio miedo que no fuera lo que quería escuchar.

—No sé cómo darte las gracias… —extendió la mano.

—Disfrutando de esta experiencia conmigo y dejándome formar parte de ella.

—No querría hacerlo con otra persona que no fueras tú.

El apoyo constante de Corey y su forma de hacerme sentir segura, de ayudarme todo lo posible para no limitarme y que pudiera construir la Kate que quería ser, me tenía ganada. Ni en mis mejores sueños podría haber esperado conocer un hombre así, no estaba preparada para un Corey Blackwood que me diera alas en lugar de desplumármelas, como hacían en Nuevo Amanecer.

Llegamos a media noche, los nervios no me habían dejado dormir durante el vuelo y tampoco lo hice en el trayecto hacia la posada que teníamos reservada, cerca de la casa de mi abuela.

El edificio era precioso, rústico y encantador. Nada más entrar, al lado de recepción, tenía una acogedora sala de estar con chimenea y un montón de libros que te invitaban a acomodarse para leer con tranquilidad, lo habría hecho de no tener tantas ganas de un baño caliente.

La recepcionista nos dio la llave de la habitación y nos deseó una buena estancia.

La decoración de nuestro cuarto era sencilla y elegante, con muebles de madera oscura y una cama grande con edredones gruesos y suaves.

Me gustó que la chimenea estuviera encendida y que hubiera una bañera de patas en el centro, con una bandejita lista para un ritual de baño completo, sales, pétalos perfumados, velas…

La miré con anhelo. Corey captó el mensaje al instante, se ocupó de llenarla de agua caliente y suave espuma. Yo me acerqué a la ventana y, con una media sonrisa, lo invité a que se uniera.

Vino hasta mí para abrazarme por detrás y acariciar mi tripa con afecto.

—Mira esto —señalé.

Se veía un jardín nevado y la silueta de árboles cubiertos de escarcha que brillaban bajo la tenue luz de la luna. Todo parecía sacado de un cuento.

—Esto es un sueño.

—Tú sí que eres un sueño.

Me dio la vuelta para besarme, sin prisa, ahondando en mi boca hasta hacerme jadear.

Me desnudó con la lentitud del que no tiene prisa, espolvoreando besos por todas partes, hasta dejarme sin una sola prenda.

Me gustaba verme a través de su mirada, no podía sentirme más cómoda ni más deseada que cuando sus ojos apuraban cada rincón de mi cuerpo.

—Ven, yo te ayudo a meterte en la bañera.

Me dio la mano y entré en el acogedor espacio preparado para mí. La habitación olía a fuego, leña y flores.

La espuma llegaba a la parte baja de mis pechos, mi vientre sobresalía un poco.

Me recogí el pelo en un moño alto y gocé pasando la esponja suave mientras Corey deshacía las maletas y se desprendía de su ropa mirándome. Le gustaba hacerlo y yo había aprendido a disfrutar de ello.

Sobre todo, cuando su erección se alzó orgullosa ante el estímulo visual que yo suponía.

Moví el dedo para que se acercara y él caminó sin tapujos hacia mí.

—¿Qué quieres, Ángel?

—Acércate un poco más —pedí, poniéndome de rodillas.

Pasé la lengua por mis labios llenos de anticipación cuando sus muslos alcanzaron la parte exterior de la bañera. Saqué la mano empapada para pasarla por su miembro hinchado.

Corey gimió.

—Yo también quiero hacerte un regalo —musité.

Todavía no me lo había metido en la boca. Como ya manejaba el móvil con fluidez, había buscado en internet lo que más le gustaba a los hombres, sexualmente hablando, casi todos coincidían en lo mismo y había visto unos cuantos vídeos para no ser muy torpe la primera vez que se lo hiciera a Corey, la idea de saborearlo me excitaba. Esperaba que le gustara tanto como a mí cuando hundía su lengua entre mis pliegues, merecía la pena intentarlo.

Le di un lengüetazo sin perderme su expresión. Lo hice en la punta, donde se acumulaba algo de líquido. Un gruñido sordo rebotó en sus cuerdas vocales mientras su mano buscaba mi pelo.

Agarré el tronco lleno de venas y di algunas pasadas largas de lengua, acostumbrándome a su textura, su tamaño, su sabor. Al llegar al glande, lo envolví con los labios y succioné.

—Aaah. —Me aparté de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

—Al contrario —dijo con la mirada turbia—, me encanta que me la chupes.

—¿Algún consejo para novatas?

—Evita rasparme con los dientes, es muy sensible, por lo demás, vía libre —respondió con una sonrisa canalla.

Fui habituándome a él, volviendo mis movimientos más osados. Corey me enseñó como atraparlo con la mano y mover su carne para aumentar el placer mientras lo iba hundiendo cada vez más.

A medida que avanzaba, lo hacía con mayor fluidez, forzándome a darle cabida. Disfrutando casi tanto como él. Su mano no empujaba, solo era una guía, lo que me daba una mayor confianza.

Mi saliva goteaba por la carne inflamada, yo sorbía y sus caderas daban pie a un lento vaivén que recibía gustosa.

—Kate, no aguanto, me voy a correr…

Pensar en que lo hiciera aumentó mi excitación.

No respondí, me limité a seguir degustándolo y moviendo la mano con mayor ritmo.

—Kate… —su forma de llamarme, como si estuviera sufriendo, me hizo mirarlo.

Su espléndido cuerpo estaba tenso, contenido… Quería vaciarse, lo notaba en la tersura de sus testículos, que se movían pesados.

—Hazlo, quiero saborearte.

—¿Estás segura? —Asentí—. Entonces saca la lengua y cógete a la bañera —me pidió.

Lo hice, adopté la posición y él comenzó a masturbarse de manera frenética. Me encantaba que se desatara así por mí, ver cómo su excitación alcanzaba la cúspide por lo que yo le ofrecía. Aguardé deseosa hasta que un chorro me cruzó la cara, otro la lengua, otro los pechos y Corey se posicionaba de nuevo en mi boca para hundirse en mí, impregnándome al completo de su dureza y su sabor, sujetándome para que los últimos impactos descendieran por mi garganta mientras él se movía y yo me deleitaba con ello. Acepté todo lo que quiso darme hasta perder la rigidez.

La sacó y tragué, contemplándolo orgullosa.

—Dios, cuánto te quiero.

Lo dijo sin avisar, pillándome completamente desprevenida para después agacharse y besarme con una pasión desmedida que respondí sin reservas.

—Mi dulce Ángel.

Me sacó de la bañera y pasó el pulgar por los restos que había dejado sobre mi cuerpo y mi cara, para ofrecérmelos, chupé su dedo y él me tumbó en la cama, encendido para separar mis piernas y hundir su lengua en mí, hasta obtener el mismo resultado que yo le ofrecí. No paró hasta que me corrí dos veces, y cuando iba camino de la tercera, me penetró para que estalláramos con él en mi interior.

Completamente saciados y exhaustos, nos cobijamos bajo las sábanas.

Era imposible que me sintiera más feliz.

Pensé en lo ocurrido, Corey me había dicho que me quería y yo no supe qué responder. Igual lo dijo solo por lo que le había hecho, no estaba segura, tampoco quería planteármelo en ese momento, me sentía demasiado plena.

Apoyé la cabeza en su pecho y me dormí escuchando el latido fuerte de su corazón.

CAP Í TULO 64



Mary Kate

La carretera que nos llevaba hasta la mansión estaba flanqueada por una verja de hierro antigua. La bruma matutina cubría el paisaje con una especie de calma irreal, como si todo estuviera en silencio, a la espera de algo importante.

A medida que nos acercábamos a la mansión, el nerviosismo empezó a instalarse en mí. No sabía qué esperar. Corey tomó mi mano, y su calidez se filtró en mi piel, dándome el valor que necesitaba.

—Todo va a ir bien, es imposible que esa mujer no te quiera —murmuró, besando mi mano. Ojalá yo confiara tanto como él.

El coche se detuvo y las enormes puertas de la entrada se abrieron, mostrándonos una edificación de piedra gris que se levantaba sobre sus cimientos con altivez. Era enorme y me intimidaba un poco, ¿y si no le gustaba a aquella mujer?

Bajamos del coche, y el viento frío de diciembre nos acogió con una caricia helada.

El mayordomo, un hombre mayor, de rostro serio y semblante impecable, nos recibió con una inclinación casi imperceptible cuando llamamos a la puerta.

—¿A quién tengo el gusto de anunciar? —preguntó, con un acento británico inconfundible.

Tragué saliva, sintiendo cómo la tensión me comprimía la garganta.

—Venimos a ver a la señora Amelie… Amelie Ashbourne —dije, con voz temblorosa, mientras Corey apretaba ligeramente mi mano en un gesto de apoyo.

—Sé a quién vienen a ver, lo que deseo saber es su nombre, señorita.

—Kate Adams, Ma-Mary Kate, quizá sea mejor que me llame así.

El mayordomo nos observó con ojos calculadores antes de asentir y hacernos pasar a un salón principal decorado con alfombras gruesas, muebles de madera oscura y detalles de una elegancia sobria. Lo primero que llamó mi atención fue un retrato en la pared opuesta a la chimenea. Me quedé sin aliento al ver el rostro de la mujer del cuadro, que parecía mirarme con una mezcla de severidad y desdén. No podía creerlo; aquella mujer… Podría haber sido yo en unos años. Los mismos ojos, el mismo rostro redondeado y el cabello rubio. Aunque ella poseía una elegancia de la que yo carecía. Sentí un escalofrío recorrerme al comprender la semejanza.

Corey me guio suavemente hasta un par de butacas junto a una mesa baja, notando mi estado de desconcierto.

—Eh, tranquila —dijo en un susurro, con una sonrisa que intentaba suavizar la tensión—. Lo que sientas ahora es normal. Solo concéntrate en lo que has venido a hacer. Estoy aquí contigo.

Asentí, agradecida de que él estuviera allí. Respiré hondo y me dejé caer en la butaca, tratando de no perder de vista el rostro del cuadro.

Corey, mientras me miraba con ternura, volvió a mencionar el tema del rosario. Sabía que se sentía mal por haberlo extraviado, y sus palabras reflejaban su frustración.

—Ojalá lo tuviera aquí, Kate. Sé lo importante que era para ti, y… —hizo una pausa, como si las palabras se atascasen en su garganta—. Me siento fatal por no haber sido más cuidadoso, te prometo que daré con él.

Me contó que lo cogió el mismo día que yo lo perdí, que lo guardó, pero que no tenía claro dónde lo puso y, aunque le dio la vuelta a la casa, no lo encontró.

Le apreté la mano para tranquilizarlo.

—No te preocupes, Corey. Seguro que aparecerá en el momento más inesperado. Si se extravía algo, siempre suele aparecer cuando uno menos lo espera —dije con una sonrisa que pretendía transmitir una calma que no sentía. No había necesidad de añadir más preocupación.

El mayordomo regresó, y la postura rígida de sus hombros delataba la presencia inminente de la señora de la casa. Me puse de pie al verla entrar, mi corazón latiendo desbocado.

Mi abuela avanzó con la dignidad de una reina, sus pasos precisos, su mentón ligeramente alzado, como si el mundo estuviera obligado a inclinarse ante ella. Era una mujer de porte elegante, de esos que solo se ven en películas de época, con el cabello plateado recogido en un moño sencillo y una expresión adusta que parecía analizar cada centímetro de nosotros.

Una pequeña sonrisa se me formuló en los labios al entender de quién había heredado la figura, parecía que la genética se había saltado una generación.

—¿Quiénes sois y qué pretendéis al venir aquí sin anunciaros? —preguntó, con voz firme y un acento que evidenciaba un desdén estudiado.

Intenté tragarme el nudo que se formaba en mi garganta y dar un paso hacia ella, buscando la mejor manera de explicarme.

—Señora A-Ashbourne … Soy Mary Kate Adams. Mis padres… Ellos pertenecían a Nuevo Amanecer, y… —hice una pausa, buscando las palabras adecuadas, pero bajo aquella mirada intimidante sentía que cada frase que pronunciaba parecía vacía.

Los ojos de la mujer se estrecharon, examinándome de una manera que me hizo sentir vulnerable. Corey se adelantó ligeramente, tratando de suavizar la situación.

—E-en fin, da igual, he venido po-porque so-so-soy su nieta.

—¡Paparruchas! —voceó autoritaria—. Lo que eres es una aprovechada a la caza de mi fortuna.

—¡Señora Ashbourne! —saltó Corey—. Le aseguro que Mary Kate está aquí por una

motivación sincera —dijo con un tono calmado pero firme—. Ella no tiene ninguna intención de engañarla. Solo busca entender sus raíces y solo hace falta ver ese cuadro y mirarlas a ambas para entender que son familia. ¡Si son como dos gotas de agua!

La abuela mantuvo el semblante adusto, aunque sus ojos no podían apartarse de mí. No había un ápice de calidez, solo una frialdad calculadora.

—Esto me parece una artimaña bien elaborada —dijo en tono sarcástico—. La niña muerta vuelve de la nada para encontrar a su rica y anciana abuela, seguro que va maquillada como una puerta para emular mis rasgos o habéis buscado a una que se me parezca. No nací ayer, jovencito. ¿Por qué tendría que creer semejante historia cuando me dijeron que había fallecido? Esto huele a una estafa de las más torpes.

Intenté no dejarme intimidar. La imagen del rosario vino a mi mente, y antes de que pudiera hablar, Corey tomó la iniciativa.

—Con todo el respeto, señora, no sé quién o por qué le dijeron eso, pero tenemos en nuestro poder un rosario. Uno que usted le entregó a su nieta antes de que se marchara de Essex junto a sus padres. —La voz de Corey era serena, pero podía notar en ella un filo de determinación.

Los ojos de mi abuela se abrieron ligeramente, aunque enseguida los entornó en una expresión escéptica.

—¿Y puedo verlo? —preguntó, cruzando los brazos y arqueando una ceja. La incredulidad volvía a tensar su expresión.

Corey tragó saliva y negó con la cabeza, sin apartar la mirada.

—Lamentablemente, no lo hemos traído con nosotros —admitió—. Pero podría mostrarle una imagen de él en las grabaciones de seguridad de nuestra casa. Confiamos en que esto sea suficiente para que entienda que nuestra intención es sincera.

Aquello fue lo peor que Corey pudo haber dicho. La señora Ashbourne entrecerró todavía más los ojos, y la expresión de frialdad que hasta entonces había mostrado se volvió helada. Miró a Corey con una mezcla de desprecio y desconfianza.

—¿Realmente espera que yo, Amelie Ashbourne, duquesa de Essex, confíe en grabaciones de seguridad? —exclamó, lanzando una risa breve y seca—. No soy ninguna vieja crédula. Sé perfectamente cómo funciona el mundo y los que buscan aprovecharse de una mujer sola a punto de morir.

—¿Está enferma? —pregunté acongojada.

—Lamentablemente no para ti.

Sentí como si me hubieran golpeado. Aquella mujer que tanto había anhelado conocer, a quien en secreto había idealizado como una conexión con mi madre y mis raíces, estaba mirándome como si fuera la peor escoria de la tierra.

—No-no estamos aquí para aprovechar… —empecé a decir, tratando de que mi voz no se quebrara, pero ella levantó una mano para silenciarme.

—Se acabó —dijo con frialdad—. No tengo nada que ver con esta farsa. Sois unos completos desconocidos y no pienso permitir que unos estafadores irrumpan en mi hogar con invenciones. Ya he perdido bastante tiempo. Humphrey —llamó al mayordomo con una seña, sin molestarse en mirarnos—, acompáñelos a la salida y que no vuelvan. Luego se giró hacia nosotros con una última mirada de desprecio—. No quiero veros nunca más en esta casa. ¿Entendido?

Me quedé paralizada, sin saber qué decir. Corey intentó calmarme, posando una mano en mi brazo.

—Se está equivocando de lleno, duquesa, solo hemos venido en busca de la partida de

nacimiento de su nieta, la atracaron, la golpearon y no hemos podido dar con nada para poder realizar sus papeles.

—Muy conveniente… ¿De dónde dicen que eran, joven?

—Yo soy de Nueva York y Kate de un pueblecito de Missouri. Ayer pasamos prácticamente todo el día en un avión para venir a su encuentro.

—Todo el mundo sabe que no se puede volar sin pasaporte.

—Pero es que… —volví a interceder.

—Pero es que nada, farsante. ¡O se van ahora, o llamo a la policía! ¡Humphrey!

—Sí, señora. Por favor, acompáñenme.

No pude añadir nada más, que llamara a la policía teniendo en cuenta que era una indocumentada no nos convenía.

Sentí cómo la decepción se agolpaba en mi pecho, haciendo que mis ojos se llenaran de lágrimas. Al salir, el frío del exterior me tocó de lleno, intensificando la tristeza que me oprimía.

Corey no dijo nada; simplemente me abrazó y me permitió descargar mi frustración y mi dolor en su hombro.

—Lo siento tanto, Kate. Es culpa mía, si no hubiera perdido esa reliquia.

—No es tu culpa, tú has hecho lo que has podido, no se puede forzar a una persona que asuma un papel que no quiere.

—No creo que no quiera ese papel, es solo que tiene miedo. Alguien le dijo que estabas muerta y es cierto que hay mucha gente con malas intenciones. No vamos a perder la esperanza, Kate, volveremos cuando esté más calmada y le sugeriremos que se haga un test de ADN.

—¿Y si no quiere?

—Conseguiremos que lo desee, déjalo en mis manos.

Nos alejamos de la mansión con una mezcla de dolor y frustración, aunque no hubiera salido bien, había dado un paso importante.

Vi una cortina agitarse en la segunda planta. Me pareció ver la silueta autoritaria de mi abuela observando mientras nos alejábamos.

CAP Í TULO 65



Corey

Ver la tristeza en los ojos de Kate mientras salíamos de la mansión de su abuela me dejó un nudo en el estómago. Sabía que iba a ser difícil, pero no pensaba que tanto ni que iba a arrojar la toalla.

El desprecio absoluto con el que nos echó aquella mujer había sido devastador para ella y, aunque no sea políticamente correcto, tuve ganas de zarandear a aquella obtusa mujer frente a su nieta para decirle si no se daba cuenta de que eran exactas.

Quizá debería haber hecho algo más, insistir de otra manera, pensar alguna otra estrategia para que, al menos, la señora Ashbourne se abriera a escucharla. Y entonces, mientras paseábamos por las calles adoquinadas de Essex, intentando distraer a Kate de esa experiencia amarga, no podía dejar de darle vueltas a cómo debería haber hecho las cosas. Si solamente le hubiera devuelto el rosario cuando llegó a la clínica, todo habría sido distinto.

Ojalá poder pulsar un botón para dar marcha atrás y entregárselo.

La observé de soslayo, aunque estaba un poco compungida, miraba a un lado y a otro con la curiosidad que la caracterizaba.

Las luces navideñas y el bullicio de las tiendas llenas de adornos parecían el ambiente idóneo para levantarle el ánimo. De vez en cuando, Kate esbozaba una sonrisa conciliadora, comimos en un bonito restaurante, intenté sacar temas de conversación que la alejaran de lo que habíamos vivido y retomamos el paseo con la idea de, además de ver la ciudad, comprar algunos regalos con los que sorprender a nuestros seres queridos a la vuelta.

—¿Cómo llevas eso de hacer turismo con este frío? —le dije, pasando mi brazo sobre sus

hombros, buscando darle algo de calidez y refugio.

Ella sonrió un poco y se encogió de hombros, aparentando una tranquilidad bastante frágil.

—En Missouri, los inviernos también eran muy fríos, aunque el tener que estar constantemente haciendo cosas calentaba a cualquiera. Se me da genial preparar queso y mantequilla.

—¿En serio? Pues igual compro un par de ovejas para el jardín delantero.

Ella se echó a reír, adoraba escuchar su risa, no tenía ni un solo artificio, Kate era genuina en todo.

—Sería divertido verlo.

—¿Te gusta Essex?

—Sí, es un sitio precioso —respondió, mirando los escaparates iluminados.

Decidí no decirle nada sobre el corte de luz en casa para no preocuparla. ¿Y si resultaba que nadie había entrado y lo del rosario era fruto de una enajenación mental transitoria? O igual a ese cajón le pasaba como al bolso de mi madre, que tenía un agujero por el que se colaban las cosas…

Ya no sabía qué pensar, pero sí sabía que no quería angustiarla más de lo debido. Fuera como fuese, lo ocurrido me sirvió para darme cuenta de que mi sistema de seguridad era vulnerable, por eso instalé uno independiente con batería para que ambos estuviéramos seguros.

—Mira, ahí tienen una tienda de tés. Tal vez encuentre alguno especial para tu madre, cuando fuimos a desayunar, me dijo que le encantaba el inglés.

—Buena idea, ¿por qué no entras? Voy a llamar a Marcus a ver cómo va la clínica y por aquí la cobertura no es muy buena.

Kate asintió con entusiasmo y, tras darme un beso en la mejilla, se acercó a la puerta de madera para entrar. La vi a través de la cristalera mientras sacaba mi móvil. Ella examinaba las estanterías y olía los botes cerrando los ojos. Estaba tan bonita...

No iba a llamar a mi socio, a quién quería telefonear era a Zack. Necesitaba aclarar lo del corte de luz antes de que volviéramos a Nueva York, tener más datos, así que le pedí a mi hermano que fuera con un experto para analizar qué pudo suceder, ya debería saber algo.

Por la hora que era en Nueva York, estaría comiendo o a punto de hacerlo.

Descolgó a los pocos tonos.

—Buenos días, hermanito, ¿qué tal tiempo hace en la madre patria? —Hice rodar los ojos.

—Essex no es nuestra madre patria.

—Bueno, quizá la de algún antepasado nuestro sí, yo tengo cierto porte de lord inglés.

—Tú lo que tienes es un morro que te lo pisas, déjate de tonterías y dime si ha ido el técnico que te pedí para que revise lo que ocurrió el otro día.

—Sí, por cierto, tienes un cajón lleno de bragas enormes, no conocía tu nueva faceta de Drag Queen, ¿algo que quieras contarme, Coralline?

—Sabía que caerte de la cuna al nacer traería consecuencias, ¿qué hacías hurgando en mis cajones?

—Buscaba algunos condones, he quedado con una modelo que te cagas para comer y quería darle el postre.

—¿Y qué pasó con la de la gala?

—Eso ya queda en la prehistoria, ya es agua pasada, no me comía muy bien la polla.

—¡Por Dios, Zack!

—¡¿Qué?! Es verdad. Además, hacía unos ruidos muy raros cuando se corría.

—Vale, mira, no te he llamado para que me pongas al día de tu vida sexual, ¿puedes decirme qué te ha dicho el técnico?

—¡Qué borde eres cuando te da la gana, hermanito!

Se lo pedí a Zack porque mi madre y mi hermana siempre estaban más liadas que él, cuyo único cometido era bucear en el apasionante mundo de las monedas virtuales.

—Desembucha.

—Según el técnico, hubo un corte de suministro, eso es cierto, pero la compañía no tenía registrada incidencia alguna, así que todo apunta a que sea un motivo externo.

—¿Externo?

—Sí, bueno, eso ha dicho, igual fue alguno de tus vecinos intentando pinchar la luz.

—En mi barrio no pinchan la luz, además, mi casa hace esquina.

—Bueno, quizá sea la vecina.

—La señora Olson tiene setenta años.

—Igual fuma hierba.

—El único vicio de esa anciana es la repostería.

—Pues quizá venda pastelitos de maría.

—Olvídalo, Zack.

—Vale, ¿vas a contarme lo de las bragas?

—Esto se corta… Que lo pases bien con la modelo…

—Coreyyy, Co….

Bib, bip, bip, bip.

Alguien había entrado en mi casa. La certeza me dio un escalofrío y me hizo mirar con desasosiego al interior de la tienda.

Kate estaba pagando y salió con una pequeña bolsa. Me mostró una bonita lata artesana intentando contener una sonrisa.

—Es té de jazmín, olía tan rico que no me he podido resistir, además, le he cogido un set de miniaturas de porcelana precioso. ¿Crees que le gustará?

—Le encantará —murmuré, besándole la mejilla.

—¿Todo bien en la clínica?

—Todo en orden.

—¿Te parece si entramos en esa *boutique* de ropa inglesa? Me gustaría llevarle algún complemento a Janelle después de que nos dejara volar en su avión.

—Entra y compra lo que quieras, yo aprovecharé para hablar con Jordan, te prometo que a la siguiente tienda entro contigo —dije cuando me puso morritos.

—Vale, acepto, pero mándale al *boss* un saludo de mi parte y dile que cruzar el charco está siendo muy bonito.

—Hecho.

La alegría en sus ojos me aliviaba un poco, aguardé hasta verla cruzar la calle y asegurarme de que una dependienta la atendía para buscar en la agenda el teléfono del jefe.

La voz de Jordan sonó al otro lado de la línea.

—¿Cómo ha ido la visita con la abuela de Kate? —preguntó nada más descolgar.

No era de los que se iban por las ramas, directo a lo importante siempre.

—Buenos días a ti también, *boss*, pues, para ser franco, soberanamente mal. Tenías razón, esa mujer no es de las fáciles.

Le conté, sin omitir ningún detalle, la frialdad de la señora Ashbourne, el desprecio en sus

palabras y cómo nos había echado sin darnos la oportunidad de decir prácticamente nada. Jordan escuchó en silencio, y cuando terminé, dejó escapar un suspiro.

—Lo siento, Corey, esperaba que tu aspecto de dios vikingo ablandara a la férrea señora, pero si tu cara bonita no la ha ablandado, no sé qué decir.

—Imagino, estoy dándole vueltas a ver qué podría hacer.

—Quizá el investigador que contraté pueda echarte una mano. ¿Te parece bien que hable con él? Podría darte ideas.

—Cualquier aportación es buena.

—Vale, pues le daré tu número, o si me dejas, le digo dónde te hospedas y que se pase si puede.

—Claro, sin problema —respondí, sintiendo un alivio inesperado—. Haz lo que puedas.

—Seguro que a él se le ocurre una forma creativa de llegar al corazón de piedra de esa mujer. Te dejo que iba de camino a… —calló— a hacer unas cosas. Mantenme informado.

—Lo haré.

Jordan mantenía su vida privada al margen de todos, nunca lo veíamos con mujeres o con hombres, por lo que los pecados siempre bromeaban sobre la vida oculta del jefe. Yo nunca me había metido con eso, había ciertas partes del *boss* que merecía vivirlas en privado.

Kate me hizo una señal desde el interior de la tienda, y como ya había colgado, entré.

—¿Este o este? —me preguntó, enseñándome un par de bolsos.

—Los dos, ¿y para ti?

—Yo no quiero nada.

—Le ha gustado ese —señaló la dependienta, ganándose un guiño de mi parte.

—Perfecto, pues nos llevamos los tres.

—¡Corey! —protestó Kate con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? ¿No puedo hacerle un regalo a mi chica? —Sus mejillas se encendieron.

—¿Tu chica?

—Si te parece bien, creo que es un buen término, aunque también me valdría novia y…, espero que en un tiempo, futura mujer. —Aquel par de ojos azules brillaron más que nunca.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí, Ángel, ¿qué interpretaste ayer cuando te dije «te quiero»?

—Que te la chupé muy bien.

Se oyó una risita femenina a mis espaldas seguida de un leve carraspeo. Al parecer, a la dependienta le causaba mucha gracia la respuesta de Kate.

—Eso también, pero te lo decía en serio, te quiero, Kate, eres la persona con la que aspiro a compartir mi vida, no solo porque vayas a dar a luz a mi hija, murmuré poniendo la mano en su tripa, sino porque me completas, me haces mejor persona. —Me agaché un poco bajando el tono de voz para decirle en la oreja—: Y por supuesto que me encanta cómo me comes la polla.

Esta vez la que rio fue ella y después lanzó un suspiro hondo.

—Yo también te quiero.

—Lo sé. —Ella frunció el ceño.

—¿Tan transparente soy?

—Bueno, que te quisieras ir a vivir con el tío del váter que intentó asesinarte me dio una ligera idea, me llegué a plantear que quizá te gustaba un poquito.

—Me gustas más que un poquito —respondió sincera.

—Y eso me encanta de ti, que no tengas dobleces, que digas lo que pienses, pero siempre con

tiento de no herir a nadie, no quiero que cambies, me gusta cómo eres por entero.

—¿Cómo puedo haber tenido tan buena suerte?

—Es mutua. Voy a hacerte muy feliz, porque tú ya me lo estás haciendo a mí.

La tomé del rostro y la besé.

Seguimos paseando por la ciudad, disfrutando de los rincones más encantadores de Essex. Paramos en una cafetería y charlamos un rato mientras observábamos el ir y venir de la gente en la plaza principal. Cada instante de distracción era un respiro para ambos, aunque yo seguía dándole vueltas a cómo enfrentarme a la señora Ashbourne para que aceptara a Kate, cenamos en un restaurante tranquilo y volvimos a la posada para descansar.

—Ha sido un día largo —le dije—. ¿Qué te parece si nos damos un baño y te doy un masaje relajante con ese aceite de canela y naranja que has comprado?

—Mmm, suena perfecto. Creo que será un final genial para este día.

Fuimos directos a la habitación y me puse a llenar la bañera mientras ella colocaba las compras y yo la contemplaba embelesado.

Justo en ese momento, el recepcionista llamó a la puerta de la habitación.

—Disculpe, señor —dijo al verme asomado en el pasillo—. Hay alguien en recepción preguntando por usted, tenemos algunos problemas con la línea telefónica a causa de la nieve y he venido a buscarlo por si quería hablar con él.

Supuse que se trataría del investigador de Jordan, así que le dije a Kate que volvía enseguida.

Ella asintió con una sonrisa, lanzándome un guiño antes de continuar llenando la bañera.

Bajamos por el ascensor, el empleado de la posada me dijo que se esperaba un temporal complicado que iba a dejar grandes nevadas.

—Espero que eso no me impida volver a los Estados Unidos.

—Unas Navidades en Essex tampoco están mal.

No, no lo estaban, pero me apetecía cenar con mi madre, Soph, Zack y Jordan. Quería anunciar de manera oficial que Kate y yo éramos pareja y que el bebé que esperaba era mío.

Cuando llegamos al vestíbulo, ambos miramos alrededor buscando al hombre que me esperaba, pero el recepcionista me miró con desconcierto.

—Lo siento, señor, pero no veo a la persona que estaba aquí hace un momento, quizá haya ido al bar o puede que saliera a hacer una llamada…

—No se preocupe, yo lo busco —murmuré, viendo que tenía gente en recepción—. ¿Cómo era?

—Hombre, pelo castaño, barba, no llegaba a los treinta, acento americano. Vestía informal, ropa oscura.

—Con eso me apañaré.

Creía que el investigador de Jordan era más mayor e inglés.

En primer lugar fui al bar, pero no encontré a nadie que encajara con la descripción, después salí fuera, fui hasta el aparcamiento, por si estuviera esperándome en el coche, pero tampoco vi a nadie. Los copos de nieve empezaban a caer con fuerza.

Quizá había recibido una llamada de emergencia.

Volví al interior frotándome las manos. No le dije nada al recepcionista porque seguía ocupado, pero miré en su dirección, como si me hubiera intuido, me miró y yo negué, él se encogió de hombros y le hice señales para que entendiera que regresaba a mi habitación.

No llevaba el móvil encima, si no, habría llamado a Jordan.

El ascensor estaba ocupado, tras esperar dos minutos, decidí que subiría por las escaleras, total, eran solo tres plantas y ya tenía ganas de meterme en la bañera con Kate.

«¿No he cerrado la puerta?», pensé al verla entreabierta.

Tuve una sensación de inquietud cuando la empujé.

Al entrar, algo no estaba bien. La bañera estaba casi hasta arriba, el agua corría generando un leve vapor.

—¿Kate? —pregunté al no verla, la puerta que daba al váter y el lavamanos estaba cerrada. Fui hacia ella con el corazón en la garganta y una sensación de angustia en las tripas.

No respondió, me asusté, ¿y si se había mareado? Abrí la puerta. No estaba allí.

«¿Qué demonios…?».

Igual había salido a buscarme, o a pedir alguna toalla extra, intenté calmarme. Cerré el agua y salí de nuevo al pasillo llamándola. Estaba vacío y no se veía un alma. El ascensor estaba en la planta baja, no se movía, por lo que decidí bajar por las escaleras, corrí como nunca, observando en cada planta que el ascensor seguía sin moverse.

El nerviosismo se instaló en mi pecho. Llegué a la recepción con el corazón en un puño.

—Perdone…, ¿ha visto a mi novia? —pregunté al recepcionista, tratando de mantener la calma.

—No, señor, no he visto a su pareja desde que subió antes.

—¿Está seguro?

—Sí, ¿ocurre algo?

Mi desesperación aumentaba con cada segundo.

—No está.

—Em…, no es posible.

—¡¿Seguro que no ha pasado por aquí?! Kate, ¡Kate! —rugí.

—Cálmese, señor, ¿ha mirado en el jardín trasero? Hay una escalera al final del pasillo de cada planta que da a él, igual ha querido verlo.

—¿Por dónde se va? —Recordé que dijo que tenía ganas de verlo.

—Por allí.

Seguí sus indicaciones, y cuando salí al exterior, vi unas huellas demasiado grandes como para que pertenecieran a sus pies que la nieve se estaba encargando de rellenar.

Volví a gritar su nombre con el mismo resultado, un lóbrego silencio que no auguraba nada bueno.

Corrí sin aliento de nuevo a recepción.

—No está. ¿Hay cámaras de seguridad? Necesito verlas. Mi prometida ha desaparecido, y quiero saber si alguien la ha sacado de la habitación.

El recepcionista me miró con inquietud y negó con la cabeza.

—Eso es imposible, señor.

—¡Le digo que ha desaparecido! —grité.

—Igual…

—¡Igual nada! ¡Enséñeme las putas imágenes!

La gente que estaba en la sala de estar y el bar salieron a ver qué pasaba.

—Lo siento mucho, pero no puedo mostrarle las grabaciones sin una denuncia oficial. La ley de protección de datos…

—¡Me la sopla su maldita ley de protección de datos! ¡Kate! ¡Kateee! —rugí con la ansiedad creciendo en mi voz. Mi preocupación era tan incontenible como la tormenta de nieve que

comenzaba a rugir con fuerza en el exterior.

Algo no iba bien, y la sensación de que estaba perdiendo el control de la situación solo incrementaba mi temor de que les pasara algo a ella y a nuestro bebé.

CAP Í TULO 66



Tessa

Acaricié el pecho desnudo de Zack mientras este resollaba por el esfuerzo. Lo miré con una sonrisa que él interpretó como sincera.

«Pobre iluso», los hombres eran tan predecibles, sobre todo, cuando se obsesionaban, y Zackary llevaba demasiados años mirándome las tetas.

—Eres increíble, Zacky.

—Te lo dije, soy el Blackwood que mejor folla —dijo, colocándose una mano triunfal detrás de la cabeza.

—Desde luego, tu padre hace mucho que no me toca, creo que ni se le levanta, y Corey… —Hice una pausa a la que él reaccionó de inmediato, como un perrito que busca su premio—. No te llega ni a la suela del zapato.

—Dime que soy el hombre de tu vida.

—Lo eres —mentí, ganándome un beso húmedo.

Estiró su cuerpo delgado satisfecho, para terminar rodeándome con sus brazos, se notaba a la legua que estaba complacido por mis palabras. Su habitual sombra de inseguridad se desvanecía cuando nos acostábamos, y en su cabeza parecía convencido de que yo era suya.

—Siempre me subestiman, ¿sabes? Pero tú no. Tú ves lo que hay dentro de mí, me haces sentir especial. En mi familia, si no te dedicas a la medicina o a la ciencia, es como si no fueras nadie. Estoy harto de que no me tomen en serio y que mi profesión sea motivo de burlas. ¿Monedas virtuales? ¿Y qué vas a comprar con eso? ¿Sueños? No entienden nada.

—Lo sé, son unos necios.

—Todos menos tú, aunque te haya costado darte cuenta.

—Bueno, ya sabes, dicen que a la tercera va la vencida, y tú eres mi tercer Blackwood —murmuré, dejando que siguiera apretándome contra él.

Deslicé mis dedos por su cuerpo, fingiendo interés, reforzando esa percepción de ser la única que «lo entendía y lo valoraba». Zack tenía algo en su cabeza, no era puro serrín, pero no era difícil de manipular. Llevaba demasiado tiempo intentando meterse en mi cama y declarándome su amor por la casa como para que se diera cuenta de que simplemente lo estaba usando. Pensaba que su persistencia había dado sus frutos y que tarde o temprano dejaría a su padre por él.

—Voy a darme una ducha, tú descansa, que me has dejado exhausta.

Me levanté del colchón dejando que admirara mi cuerpo. No follaba mal, pero jamás superaría a Corey, y aunque fuera guapo, ni tenía su cara, ni su cuerpo, ni su polla, una lástima. Si mi ex hubiera sido ambicioso, jamás lo habría dejado.

Anduve directa hacia la ducha y accioné el agua sin contemplaciones. La fría mantenía el cuerpo terso, así que no me importaba soportar los impactos helados.

Me llené las manos de jabón pensando en todo el proceso que me había llevado hasta ahí.

Anita y su marido cumplieron con creces la promesa de ayudarme. Los hilos que habían movido para averiguar todo sobre Mary Kate dieron sus frutos de inmediato y el nombre de Jeremiah Olsen apareció en el horizonte.

Los Vílchez eran gente poderosa, tenían acceso a todo tipo de información, y era mejor ni plantearse la idea de convertirlos en tus enemigos.

Dar con Jeremiah fue crucial, porque no solo era un hombre astuto, sino que su mayor deseo era hacerse con Kate y su bebé, llevársela bien lejos y hacerla su mujer, no en vano, uno de los cargos que pesaban sobre su cabeza era el secuestro de la misma.

Un error «casual» en el traslado de los reclusos dejó a Jeremiah y al médico de su antigua comunidad en un furgón que fue asaltado en una carretera secundaria.

Los conductores murieron, no había testigos, y mi nuevo amigo fue trasladado con urgencia por uno de nuestros vehículos al hangar privado en el que lo esperaba el *jet* de los Vílchez. Estuvo en Nueva York en nada.

La reunión con él fue de lo más sencilla. Estaba deseoso de llevarse a Mary Kate y me juró que esa vez no fallaría.

La tenía vigilada, por eso supe que Corey se había llevado a la maldita mosquita muerta a vivir con él de inmediato.

Jeremiah estaba buscando el momento oportuno para llevársela, pero casi nunca estaba sola, le estaba costando, además, me dijo que necesitaba un rosario que le pertenecía, no estaba segura de cómo daría con él, aunque rápidamente se me encendió la bombilla. Zack tenía un persistente interés en mí que había crecido en el último año, ¿qué mejor que una prueba de amor para que por fin accediera a sus atenciones?

Con un par de palabras cuidadosamente escogidas, logré que se ofreciera a manipular el sistema de seguridad y me consiguiera el rosario, que le dije era de mi familia. Le conté una historia sobre que se lo entregué a Corey creyendo que sería su prometida y que jamás me devolvió cuando rompimos.

Si quería que fuera suya, debía demostrarme que era capaz de recuperarlo para mí.

Noté unas manos sobre mis pechos helados.

—Auch, no sé cómo puedes…

Las apartó manteniéndose fuera.

—Todo está en la mente, Zacky, pásame el albornoz.

Me lo tendió y salí envuelta en él.

Buscó mi boca para besarme.

—¿No te apetece entrar conmigo y nos damos una caliente?

—En otro momento, he quedado para comer con una amiga.

—Llámala y dile que no puedes, yo te daré una comida mucho mejor.

—No lo dudo, pero es importante.

Él puso cara de fastidio.

—Es la jefa de tu padre, y creo que no le parecería profesional presentarse aquí y encontrarme desnuda, en la ducha con su hijo, ¿no crees? —reí suavemente, esperando que se tomara la situación con humor.

—Quizá le gustaría unirse, la noche de la gala me pareció muy guapa…

—Olvídalo.

—No te gusta compartirme, ¿eh?

«Lo que no me gusta es que molestes».

—Dúchate, anda.

—Vale, pero contéstame una pregunta. ¿Cuándo dejarás a mi padre para estar conmigo de verdad?

Le acaricié la mejilla y le di un beso, susurrándole en el oído.

—Pronto, Zack. Pronto.

Con una sonrisa satisfecha, por fin se metió bajo el agua y yo salí cerrando la puerta para vestirme. Mi expresión cambió de inmediato.

Tenía a Zack justo donde quería, y aquel tonto se creía cada palabra que salía de mi boca.



Anita llegó antes de que Zack se marchara, lo que hizo que la morena lanzara una mirada de sospecha al ver el pelo húmedo de ambos, aunque no dijo nada.

—Señora Vílchez, qué gusto volver a verla —la saludó besando su mano.

—No sabía que tendría el placer de volver a verlo, señor Blackwood.

—Zack, por favor. Yo tampoco, no tenía idea de que mi querida madrastra tenía un compromiso tan apetecible. —Ella rio—. Me voy, que disfruten de la comida, señoras.

Anita levantó la mirada y esbozó una sonrisa cuando me acerqué.

—Un joven de lo más interesante.

—Sí, bueno, no está mal…

—¿Qué tal va todo con tu «regalo»? —preguntó, hablando en clave como solía hacer cuando tratábamos asuntos delicados.

—¿Qué te parece si abro una botella de Chardonay y hablamos en el salón?

—Perfecto.

La hice pasar y serví un par de copas.

Me acomodé en el sillón a su lado.

—Todo está en marcha, Anita. Te estoy muy agradecida, de verdad. Tener ese avión para traer a Jeremiah y llevarlo hasta Essex ha sido clave. Gracias por ayudarme con algo tan… delicado.

—Todo ha jugado a nuestro favor, que Carol supiera que tu hijastro y su juguete iban a salir de viaje ayudó.

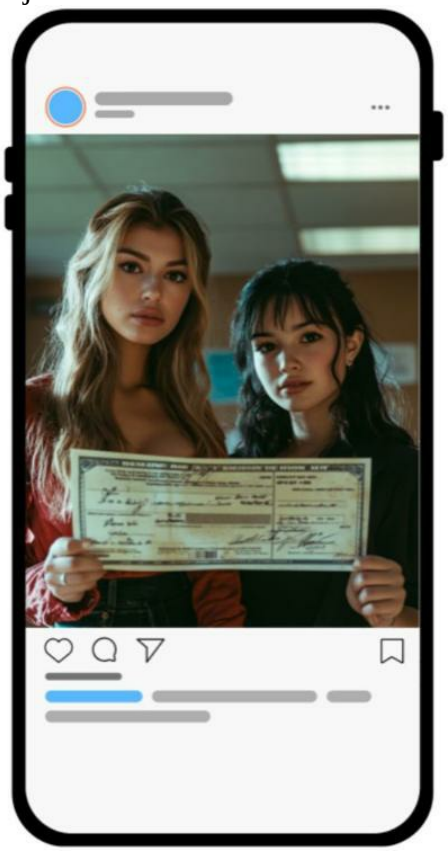
La enfermera que trabajaba en la clínica de Corey y Marcus como voluntaria también lo hacía en nuestra clínica-criadero, todas trabajaban en otros lugares porque nunca se sabía cuándo necesitaríamos una coartada, un favor, o lo que fuese necesario.

—Sí, estoy de acuerdo, por cierto, no te he pedido que vengas solo por esto.

Saqué el móvil, entré en la galería y se lo extendí, mostrándole una foto que había guardado con cuidado.

—Tengo un regalo de Navidad para ti —dije, mirándola mientras tomaba el móvil.

Anita entrecerró los ojos, curiosa, y se inclinó para ver la pantalla. Al reconocer la imagen, una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.



—¿Qué es esto?

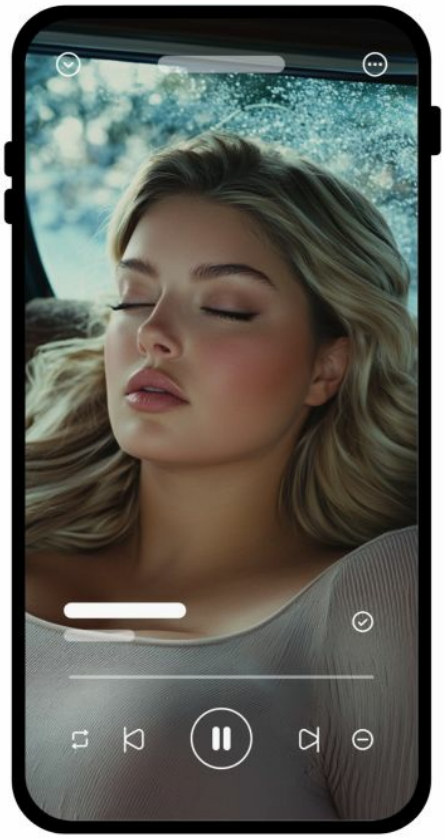
—Hace poco estuve en el instituto de Magaly Torres, dando una charla sobre embarazos no deseados en la adolescencia, métodos anticonceptivos y esas cosas. Ofrecí un programa de voluntariado remunerado, que provocó justo la reacción que esperaba, tu niña no dudó en apuntarse la primera. Era una oportunidad única de que consiguiera dinero para la matrícula de la universidad y le demostrara a sus padres que era mayor y capaz. Obviamente, el puesto fue suyo y aquí tienes la imagen que lo demuestra. —Una sonrisa maliciosa se asomó en mis labios.

Anita observó la foto, donde yo posaba junto a la cría entregándole el cheque, y pude notar cómo sus ojos brillaban con un toque de perverso orgullo. Alzó su copa y la acercó a la mía.

—Eres buena, Tessa. Muy buena —dijo mientras brindábamos.

—Hacemos un buen equipo y, como dijiste, las amigas se ayudan y los favores se devuelven.

—Sigue así y haremos grandes cosas juntas.



Mi móvil vibró y eché un vistazo a la pantalla, donde aparecía un mensaje nuevo.

Al desbloquearlo, vi un vídeo que apenas duraba unos segundos, la imagen de Mary Kate durmiendo plácidamente en el asiento trasero de un coche no daba pie a dudas.

El mensaje era claro:

Ya tengo al corderito, mil gracias.

Anita observó la pantalla, interesada, y alzando una ceja con una sonrisa triunfal me susurró:

—A esto le llamo cerrar por todo lo alto —brindemos de nuevo.

Entrechocamos las copas y sonreí con una felicidad extrema.

CAP Í TULO 67



Corey

Mary Kate no estaba por ninguna parte, no encontrarla me consumía como un fuego interior. Mi mente se debatía entre el miedo y la furia, buscando respuestas donde no las había.

No quedó un solo rincón de la posada sin revisar, sopesé la idea de ir a por el coche, pero ni siquiera sabía qué dirección debía tomar y el recepcionista me convenció de que, dadas las circunstancias, lo mejor era llamar a la policía, que ellos tenían mayor radio de alcance.

Aunque no tuviera la mente muy fría, me di cuenta de que era lo mejor. Pese a la nevada que estaba cayendo, el agente llegó enseguida, tomó nota de los detalles que le narré, me hizo muchas preguntas y el recepcionista corroboró las que le competían a él. Le supliqué, visiblemente alterado, sin dejar de maldecir por dentro, mi decisión de separarme de ella, que visionáramos de una maldita vez los vídeos de seguridad y llamara a otras patrullas para reforzar la búsqueda.

—Sé que está muy nervioso, pero déjeme hacer mi trabajo, señor Blackwood.

Al acabar la batería de preguntas, entramos al despacho del director. Me senté con los músculos tensos, clavando la mirada en la pantalla, mientras el agente le indicaba al recepcionista que reprodujera el momento justo en que el misterioso hombre había aparecido en recepción preguntando por mí. Mientras tanto, siguió interrogándome.

—Y esta mañana, ¿qué hicieron?

—Fuimos a ver a la duquesa de Ashbourne por unos asuntos personales.

—¿Qué tipo de asuntos?

—¿Y eso qué más da?

—Estoy tratando de averiguar quién y por qué se ha llevado a su pareja, señor Blackwood. Si la han secuestrado, deben tener un motivo sustancial, y la duquesa es lo suficientemente importante por aquí.

—Ya le dije que últimamente he tenido la sensación de que alguien nos seguía y que un presidiario americano se fugó hace poco. Fue encarcelado por intentar matar a un hombre, causar daños en la propiedad privada e intentó secuestrar a mi mujer, debería dar aviso a la Interpol, la CIA y todos los agentes de esta maldita isla para cerrar todas las posibles vías de escape.

—Tranquilícese, señor, es imposible que salgan, hay alerta por tormenta, si se trata de ese tal Jeremiah Olsen —dijo, mirando su cuaderno—, ningún avión despegará, el espacio aéreo está cerrado por ahora.

—¿Y si se la lleva en coche? ¿O por mar? —Me costaba incluso respirar.

—Aquí está —dijo el recepcionista, señalando el momento en que un hombre vestido completamente de negro aparecía en la recepción de la posada. Avanzaba con calma, y luego se detenía para preguntar algo al hombre, este alzó el teléfono y, al ver que no funcionaba la línea, colgó—. Ahí me di cuenta de que no podía llamar al señor Blackwood y me ofrecí a subir personalmente para avisarlo. —Se vio con claridad cómo se dirigía al ascensor y el hombre de negro miraba con disimulo alrededor hasta que se cerraron las puertas. Entonces enfiló en dirección a las escaleras.

La imagen saltó al siguiente plano. Phill llamaba a la puerta de mi habitación, yo salí cerrándola y deshicimos el camino hecho para bajar al *hall*.

El intruso asomó la cabeza por el pasillo y, al ver que nos íbamos, comenzó a moverse con sigilo hacia nuestro cuarto. Mi corazón dio un vuelco al ver que se quedaba quieto, esperando hasta que desaparecimos, llamó a la puerta y Kate abrió confiada creyendo, seguramente, que era yo.

Ni se lo pensó, le dio un empujón y cerró. Me daban ganas de atravesar el monitor con las manos y molerle todos los huesos. Seguro que ella estaba aterrada. Iba a acabar con ese cabrón.

Un minuto después, la puerta volvió a abrirse y él salió cargando su cuerpo inerte.

Como le hubiera hecho daño…

Se alejó con rapidez hacia las escaleras secundarias que llevaban al jardín, dejando la puerta de nuestra habitación entreabierta, tal y como la habíamos encontrado.

—¡Es él! ¡Es Jeremiah! —exclamé, con el corazón desbocado, la desesperación tomando cada parte de mí, no es que se vieran muy bien sus rasgos por la calidad del vídeo y por el gorro que llevaba, pero estaba casi convencido—. ¡Tienen que buscarlo! ¡Estamos perdiendo el tiempo aquí mientras ella está en manos de ese...!

—Señor, cálmese, estamos siguiendo el protocolo —dijo el oficial, tratando de mantener la calma.

—¿Protocolo? —repetí, levantándome de golpe—. ¡Estamos hablando de minutos vitales! ¡Ese tipo se ha llevado a mi novia! ¡Ella… ella está embarazada, no tienen ni idea de lo que está en juego! ¡Puede estar en riesgo la vida de un bebé y su madre!

—Estamos haciéndolo todo como se debe, señor Blackwood…

No podía seguir escuchando aquello. Mi mente estaba nublada de ira y culpa, y las palabras del policía se me antojaban huecas. ¿Cómo podía estar ahí, esperando, cuando Kate estaba en manos de ese monstruo?

Obvié la llamada del hombre. Salí como un vendaval dispuesto a encontrarla, aunque no supiera ni a donde me dirigía. Mientras el agente gritaba mi apellido, me topé con el mayordomo

de la señora Ashbourne en el mostrador, este me observaba con una expresión contenida.

—¿Señor Blackwood?

—¿Qué hace usted aquí?

—La señora Amelie desea verles —dijo con voz grave, y por un momento, me detuve, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar. La abuela de Mary Kate… ¿ahora?

—Pues llega tarde, porque alguien ha secuestrado a Kate.

—¿Cómo?

—Un malnacido de Nuevo Amanecer nos ha seguido y… ¡La policía no hace nada! —rugí—. ¿Cómo sabía su jefa que estábamos aquí? —pregunté, con la cabeza embotada por las imágenes.

—La señora Amelie ha hecho ciertas averiguaciones y quería volver a reunirse con ustedes —repitió el mayordomo con una firmeza que me hizo detenerme. Había una determinación extraña en sus ojos.

El agente salió del despacho y lo escuché llamando a central para pedir refuerzos.

¡Por fin!

—Disculpe, tengo que ir a buscarla.

—Deje que lo acompañe.

—¿Usted?

—Podremos cubrir mejor la zona, voy a llamar a la duquesa para que telefonee a quien corresponda.

—Usted sí nos creyó, ¿verdad? Me refiero a cuando fuimos esta mañana a visitarla. Sabe que Kate es su nieta. —No respondió, pero aquella mirada lo decía todo—. Muy bien, llámela y dígale a la duquesa que, si no la encontramos, no se lo perdonará en la vida, porque se perderá el privilegio de haber conocido a la mujer más maravillosa de este mundo y a su biznieta.

Salí al exterior en busca del coche. Cada vez nevaba con más fuerza. El mayordomo siguió mis pasos.

Había sacado su móvil y estaba hablando a través de él.

Fui a subir al coche, pero me detuvo.

—Espere, señor Blackwood.

—Y, ahora, ¿qué desea?

—Es la duquesa.

—Dígale que despliegue los medios que ha dicho que dispone, que no tengo tiempo que perder.

—Por favor…

Extendió la mano.

—¿Dónde está mi nieta? —gritó la voz al otro lado de la línea.

—¿Ahora es su nieta?

—Jovencito, esta mañana me faltaba información, ahora mismo solo requiero el nombre del animal que ha osado ponerle las manos encima.

—Jeremiah Olsen.

—Muy bien, yo me ocupo, pero si usted lo encuentra primero, no se reprima, yo me haré cargo de los desperfectos.

—¿Cómo?

—Es médico, ¿no? Sabrá cómo matarlo sin necesidad de hacer mucho, yo podré encargarme del cuerpo. En mi juventud serví a la corona como informadora del servicio secreto, tengo muchos amigos y me deben muchos favores, por lo que tiene carta blanca para hacer lo que deba.

«¡Vaya con la abuela gruñona!».

—Lo que necesito es saber dónde está para tomar las medidas adecuadas.

—Deme un rato y lo sabrá, mientras tanto, mi mayordomo le ayudará, pónganse manos a la obra.

Había un tono de autoridad en su voz que no admitía réplica.

Colgó y yo miré al mayordomo incrédulo.

—Es una mujer de carácter —resumió. No tenía muy claro lo que acababa de pasar. Le di el teléfono.

—Tenga, quiere que colaboremos. —Él asintió.

—Si es un fugitivo, puede descartar los medios tradicionales, no ha podido alquilar un coche a su nombre, ni comprar unos pasajes de vuelo comercial. Si los ha venido siguiendo y ha llegado tan rápido, descartaría la movilidad por barco, debe haber empleado un transporte similar al *jet* privado en el que usted y la señorita Adams llegaron. No hay demasiados hangares por aquí cerca, así que creo que deberíamos empezar por ahí.

—¿Cómo sabe que…? —callé—. Déjelo, ¿de verdad que es mayordomo?

—Militar retirado, la señora Ashford tuvo a bien contratarme cuando me expulsaron del ejército por desavenencias con algún que otro alto mando.

—Comprendido, y se llamaba…

—Humphrey, mi madre era una apasionada de Bogart, su película favorita era Casablanca.

—*«Louis, pienso que este es el comienzo de una bella amistad»*. —En cuanto pronuncié la última frase de dicha película, él hizo un amago de sonrisa—. A mi madre también le gusta Bogart.

Como decía mi nuevo amigo, teníamos dos posibilidades lógicas, el problema era que estaban en extremos opuestos.

Lo echamos a suertes, Humphrey se dirigió al que quedaba un par de millas más lejos, que era donde teníamos nuestro avión. Yo fui al otro, la visibilidad era pésima.

Era incapaz de dejar de pensar en Kate y mi hija. En cuanto la encontrara, no pensaba perderla de vista nunca más.

Mi móvil sonó veinte minutos después de haber arrancado, no conocía el número, pero aun así pulsé el botón para hablar por el manos libres sin apartar la mirada de la carretera, podía tratarse de la duquesa.

—¿Diga?

—Corey, soy el investigador de Jordan…

—Han secuestrado a Kate, estoy conduciendo para dar con ella.

—Lo sé, también me llamó la duquesa, he hecho algunas averiguaciones y..., bueno, tenemos suerte, otro avión privado americano aterrizó esta misma mañana procedente de Nueva York. Según tengo entendido, tenía previsto despegar esta misma noche en dirección a San Petersburgo, pero el cielo está cerrado por las autoridades debido a la tormenta.

—¿San Petersburgo?

—Así es. El *jet* está a nombre de una sociedad y los dos pasajeros que aterrizaron son un par de médicos, quizá le suene uno de ellos, se apellida como usted, Richard Blackwood, y… — Frené de manera abrupta y el coche se me fue, perdí el control por las placas de hielo de la carretera y el vehículo dio varias vueltas de campana hasta terminar estrellándose con un lateral de la carretera repleto de nieve.

—¡Mierda! —Acababa de saltar el airbag—. ¡Joder!

Me dolía todo el cuerpo. Tenía que ser un error, ¿qué narices hacía mi padre en Essex con un *jet?*, no podría haber traído él a Jeremiah, mi padre podía ser muy capullo por estar con Tessa, pero jamás haría daño a otra persona ni ayudaría a un secuestrador.

—¡Corey, Sr. Blackwood!

La voz gritaba a través de mi teléfono. El airbag empezó a desinflarse. Me solté el cinturón y lo cogí. La pantalla estaba destrozada.

—E-estoy bien, solo se me ha ido el control del vehículo.

—Gracias al cielo. ¿Dónde está?

—De camino al hangar que queda a treinta millas de la posada. Apenas me quedaba una milla y media para llegar. Se llama hangar AirMall.

—Yo estoy de camino, ese es el lugar en el que aterrizó su padre.

Intenté poner en marcha el coche, pero no podía sacarlo de la nieve, se había quedado atascado y nadie pasaba por la carretera.

—Voy a ir a pie, mi vehículo está atrapado y no tengo tiempo que perder.

—Le alcanzo en quince minutos.

—Llegaré antes a pie, nos vemos allí.

Colgué y salí en plena ventisca.

Sabía que era una temeridad, pero me daba igual, la preocupación por el bienestar de Kate me carcomía por dentro. El tiempo era mi enemigo y cada segundo contaba.

CAP Í TULO 68



Mary Kate

La cabeza me daba vueltas. Sentía la pesadez en los párpados, como si me pesaran toneladas, y el olor acre del cloroformo aún impregnaba mi nariz. Apenas podía recordar qué había pasado, solo que cuando abrí la puerta, no era Corey quien estaba allí, sino mi peor pesadilla hecha carne y hueso.

—Hola, Mary Kate, ¿me has echado de menos? —La pregunta me pilló de improviso, en lugar de reaccionar, me quedé helada en el sitio, me había quitado el jersey e iba con una camiseta interior rosa de cuello profundo y los leggings *negros cubiertos por mis botas de pelo.*

Fue como un alud en pleno invierno, cayó sobre mí antes de que pudiera echar a correr, en cuanto me di la vuelta en busca de algo con lo que defenderme, noté el pañuelo envolviendo mi nariz.

—No huyas, cariño, te voy a hacer muy feliz —murmuró mientras yo intentaba revolverme sin éxito—. Cuidaré de nuestra pequeña y de ti.

Aquella afirmación me heló la sangre. Llevé las manos al vientre y poco después vino la oscuridad.

Estaba sentada en una butaca de cuero oscura, un cinturón me atravesaba el vientre, pero no estaba maniatada, tampoco tenía frío, la temperatura era agradable. Mis manos temblaron mientras intentaba enfocar, pero lo único que podía distinguir era una pequeña ventanilla

redonda al costado.

A través de ella, el paisaje estaba quieto, como en suspenso, y lo único que veía era la estructura de un hangar. Estaba dentro de un avión, parecido al de los Vitale, pero en esa ocasión no me sentía segura. Tenía la certeza de que debía escapar cuanto antes, pero ¿cómo lo hacía si no tenía ni idea de donde estaba? ¿Cómo había conseguido Jeremiah un transporte así?

Sentí una náusea, estaba muy mareada y no podía moverme con fluidez.

No veía a nadie a mi alrededor, sin embargo, se oían voces, lo que me envalentonó para tratar de levantarme.

El dolor de cabeza me empujó de nuevo al asiento. Las piernas no me respondían bien, y todo se movía en una especie de niebla espesa que me nublaba la mente. El miedo me hizo sacudirme de inmediato cuando escuché voces cerca y cerré los ojos para que no detectaran que estaba despierta.

—¡Esto es una mierda, hombre! ¡Hay que despegar!

—Le he dicho que no podemos con esta tormenta, además, los doctores no han llegado todavía.

—¿Y no puedes hacer nada?

—Con el espacio aéreo cerrado, es imposible. Tenemos que esperar, los doctores y el piloto siguen en el hotel, así que descanse un rato, cuando vengan de camino, yo lo aviso para que usted y su carga bajen a la bodega.

—¡No me gusta nada volar en la bodega!

—Es la única opción para que ellos no sepan que va a bordo. No deben sospechar, creen que paramos en Essex para repostar, comprobar el avión y descansar, y así debe ser. —Jeremiah resopló—. No se agobie, han dicho que igual en un par de horas nos dejan iniciar el despegue, aquí están seguros, nadie sabe que ha venido montado en este avión.

—Más nos vale.

—Voy a la bodega a buscar provisiones para más tarde, no haga ninguna tontería, me la estoy jugando.

—No se preocupe.

Oí los pasos del hombre alejándose.

Todo me cuadraba más, Jeremiah debía haber sobornado al tipo con el que estaba hablando o tal vez lo hubiera amenazado, no estaba muy segura. Mi estómago se retorció al reconocer su tono, tan frío y desesperado a la vez. Era evidente que estaba fuera de control y no era nada bueno.

Tuve que apretar los ojos para que mi visión dejara de moverse. No podía quedarme allí sentada, tenía que salir de alguna manera. Miré alrededor, buscando una posibilidad, por pequeña que fuera.

Por la ventanilla, vi una figura que se movía en la entrada del hangar, alguien que caminaba con paso decidido. Mi corazón dio un vuelco cuando lo reconocí. Era Corey.

¡Corey estaba allí! ¡Había venido a buscarme! La esperanza y el miedo chocaron en mi interior, y un impulso me dio la fuerza para asomar la cabeza al pasillo. Jeremiah se alejaba y bajaba las escaleras.

Era mi oportunidad de ponerme en pie, aunque mi cuerpo apenas respondía.

—¡Jeremiah! —El grito atronador me dio miedo hasta mí.

Dios mío, ¡más que nunca se parecía al dios del Trueno! Capaz de pulverizar el mundo de un solo puñetazo. Con lo bueno y cariñoso que era con todos…

—¿Qué narices…? —protestó Jeremiah.

Me asomé un poco y lo vi mirar por la puertecilla maldiciendo. Después cogió algo y vino corriendo a por mí.

—Vaya, ¡has despertado! ¡Mejor! Al parecer, tu medicucho ha venido a por ti, más te vale que lo frenes si no quieres que lo mate —dijo, agitando una llave inglesa de tamaño considerable.

—No…

—¿No? Claro que no quieres que muera con lo bien que te folla… Os vi por la ventana, quién iba a decir que eras tan fogosa. ¡Levanta!

—¡Es el padre de mi bebé!

—No, cariño, no lo es.

Me desabrochó el cinturón con rudeza para ponerme en pie y usarme de pantalla.

Quería oponer resistencia, sin embargo, mis músculos parecían gelatina.

—¿Por qué haces esto? Soy yo, Mary Kate, jugaba en tu casa de pequeña, tu hermana era mi mejor amiga.

—¿Y a mí qué narices me importa?

—Pensaba que…

—Mira, lo único que quiero es tu dinero, eres mi pasaporte a una nueva vida y no pienso renunciar a ello.

—Yo no tengo… —dije entrecortada mientras él me empujaba hacia delante hasta la única salida— ni un céntimo.

—Tienes una fortuna, pero solo la heredarás si te casas y tienes un hijo fuera de Nuevo Amanecer, eran las condiciones que puso tu abuela para que todo su pastizal pasara a tus manos. Vas a ser mi mujer y criarás a ese hijo como si fuera nuestro.

¿Qué? ¿Cómo sabía eso Jeremiah?

—Eso no es cierto.

—No te hagas la tonta, ese papel se te ha quedado pequeño con tus aventuras en la Gran Manzana. Sé que lo sabes, por eso has venido a Essex. Yo se lo escuché decir a tu madre un día que solo tenías que regresar aquí con el rosario de perlas de tu abuela, tu marido y tu hijo, y ella te lo cedería todo.

—Por eso me secuestraste… —No era una pregunta.

—Por eso y porque el imbécil de Jim destruyó todos los planes de futuro que tenía para los tres, habríamos sido muy felices, Kate, quizá todavía estemos a tiempo, encontraré alguien que sacie todo ese fuego.

No se detuvo en ningún momento, solo cuando llegamos a la puerta. Corey estaba a punto de pisar el primer peldaño.

Nuestros ojos se encontraron y vi un asomo de pavor en su mirada al verme contra el cuerpo de mi secuestrador.

—Sígueme la corriente o te juro que el rubio no lo cuenta, por bueno que esté —musitó en mi oreja. Su voz sonaba como un desafío, y sentí el impulso de gritarle a Corey que tuviera cuidado, que no se acercara, pero no quería empeorar la situación—. Da un paso más y la mato —voceó Jeremiah, sosteniendo la llave inglesa a lo alto, apuntando a mi sien.

Él estaba rojo, tenía la vena de su frente muy hinchada y la palabra determinación teñía sus ojos.

—Si le tocas un solo pelo, te garantizo que nada va a poder impedir que dejes de respirar en un santiamén. Kate, ¿estás bien? —Asentí.

—Por favor, Corey…, hazle caso. —No es que quisiera, es que necesitaba que no le ocurriera nada y ganar tiempo.

—No pienso irme de aquí sin ti.

—Lo vas a hacer porque esta mujer me pertenece, se largó con nuestro hijo en el vientre cuando me pillaron por haberla librado de un matrimonio que no deseaba y no voy a dejar que me sustituya por nadie.

Corey frunció el ceño.

Yo me asusté, ¿y si pensaba que Jeremiah decía la verdad? Tragué con fuerza.

—Díselo, Mary Kate, dile que ahí dentro está mi hijo, que follábamos a espaldas de Jim y este no soportó que su prometida estuviera embarazada de su mejor amigo, se volvió loco y quiso probar suerte al otro lado de la acera.

Me estaba retorciendo la muñeca y dolía.

—Yo… —dije mirando a Corey con los ojos llorosos.

—¡Cuéntaselo! —Me zarandeó.

—Ese bebé es mío, me da igual lo que digas, no te creo y ya te anticipo que no vas a escapar con ella, ni de otro furgón policial. Te metiste con la persona equivocada.

El tipo que antes había hablado con Jeremiah salió de improviso, llevaba una barra de hierro entre las manos y tenía toda la intención de golpearlo.

—¡Cuidado! ¡Detrás de ti! —grité. Corey se giró alzando el brazo. Bloqueó la mayor parte del impacto.

Logré recordar algunos consejos que me dio Janelle cuando sufrí el ataque. Rogué a Dios, si es que existía uno, que si alguna vez me había querido, me diera fuerzas.

Flexioné el cuello para coger impulso y lo lancé hacia atrás con toda la fuerza que conseguí reunir. Golpeé la cara de Jeremiah de manera contundente. Él me soltó en un acto reflejo, mientras Corey iba a por el tipo que pretendía golpearlo de nuevo.

Quise bajar las escaleras rápido, pero en lugar de pisar el peldaño, metí el pie por el agujero de la escalerilla y fallé.

Caí como un fardo. Rodé por las escaleras, golpeándome en cada uno de los cantos hasta alcanzar el suelo desprovista de aire.

—¡Kate! —oí el grito de Corey. Mi cabeza zumbaba y apenas podía moverme, era incapaz de respirar y dolía, mucho…

Jeremiah bajó las escaleras alzando la llave inglesa, con el rostro retorcido de furia y la nariz chorreando sangre.

Su secuaz quiso apalear a mi chico, pero este consiguió aferrarse al extremo de la barra y tiró con violencia arrebatándosela. Hizo que saliera disparada contra el abdomen de su atacante con saña. Jeremiah se abalanzó contra él con una violencia que me dejó petrificada.

Corey intentó esquivarlo, pero el golpe fue rápido, demasiado cerca de su cara. La llave pasó a unos centímetros de su rostro y apenas logró moverse hacia un costado para evitarla.

Jeremiah le dio un puñetazo en la zona lumbar y él clavó el codo en la mandíbula de su oponente. Los dos cayeron, y la llave inglesa retumbó con un sonido metálico en el suelo del hangar.

Me hice una bola agarrándome el vientre, intentando recuperar algo del oxígeno que se negaba a entrar en mis pulmones, solo quería que dejara de doler y que mi bebé estuviera bien. Necesitaba sorber un poco de aire…

La vista se me nubló, ninguna de las palizas que me dio mi padre como correctivo me había

asustado tanto, no sentía miedo por mí, o lo que me pudiera ocurrir, era por el hombre que amaba y la vida de mi hija.

Corey intentó inmovilizar a Jeremiah, aunque él fuera más robusto, mi examigo estaba rabioso y lograba zafarse.

Jeremiah lo empujó hacia atrás, golpeándolo en el estómago. Lo hizo retroceder unos pasos. Corey apenas había logrado recomponerse que su atacante recuperó la llave y arremetió con un movimiento brutal. Apenas pudo esquivarlo y parte de la llave se hundió en la mandíbula. Tenía ganas de gritar, pero no podía.

Corey retrocedió hasta quedar peligrosamente cerca de la pared del hangar. El tipo de la barra se había recuperado y se acercaba renqueante hacia ellos, arrastrándola por el suelo.

Si no hacía algo, si no podía ayudarlo de alguna manera…

Intenté arrastrarme hacia las escaleras sin éxito, un dolor punzante me atravesó el vientre y grité.

—¡Kate! —rugió Corey, esquivando otro golpe para patear a Jeremiah a la altura del pecho.

Este salió propulsado hacia atrás golpeándose con el otro tipo. Corey aprovechó el desconcierto para agarrar una pieza metálica que parecía algo de fuselaje pesado y lo arrojó contra ellos con todas sus fuerzas.

Se oyó un frenazo fuera y varios gritos…

El sonido de los puños chocando con fuerza, los gruñidos y la intensidad de la pelea me dejaban sin aliento. Cada segundo era más desesperado que el anterior.

Intenté enfocar mi mirada en ellos.

La mirada que me dedicó Jeremiah era de pura maldad.

Lo vi esquivar un golpe y correr hacia mí.

—¡No! —grité a duras penas, olvidando por un momento todo el dolor y el mareo que me envolvía, intentando una huida imposible.

—Si yo no sobrevivo, ¡tú y esa cosa tampoco! —bramó, elevando el pie para golpear mi vientre con la punta de su bota.

Me encogí todo lo que pude, en mi cabeza solo estaba la intención de preservar la vida de mi hija, sabía que, aunque yo le faltara, tendría el padre más maravilloso que alguien podría haber soñado nunca.

Esperé que me alcanzara en la cabeza, pero nunca sucedió.

El cuerpo de Jeremiah salió disparado por los aires mientras un sonido desgarrador envolvía la garganta de Corey.

—¡Voy a matarte, hijo de puta!

Fue lo último que escuché antes de que un latigazo me atravesara y el dolor me fundiera.

CAP Í TULO 69



Sepúlveda

Miré el techo de mi piso completamente frustrada, prácticamente estaba encerrada, sin poder moverme del colchón, porque las instrucciones del médico eran muy claras, reposo absoluto y apoyo mínimo del pie en el suelo si no quería que mi situación se alargara, lo que me tenía al borde de la desesperación.

Encima, el cuerpo y la cabeza me dolían como si me estuviera partiendo en dos cada vez que me movía para ir al baño, o asomarme a la ventana a fumar. Lavarme era una odisea con la pierna enyesada, así que Nancy me trajo unas toallitas jabonosas de la farmacia y se ofreció a ayudarme poniendo un taburete en la ducha con la pierna fuera envuelta en bolsas de basura.

Solo la dejé hacerlo una vez, entre su barriga y el poco espacio de mi baño terminamos empapadas y con más agua fuera que en el desagüe. Eso sí, debo confesar que algunas risas dolorosa sí que me eché.

Me disculpé con ella por mi alejamiento y la mujer de César me dijo que no me lo tenía en cuenta, que comprendía que no estaba atravesando mi mejor momento, pero que no deseaba que me alejara de ellos. Le prometí que no lo haría y nos fundimos en un abrazo reconciliador.

La adoraba y también a César, de hecho, en ese justo momento lo estaba esperando, me había llamado para decirme que tenía noticias frescas y no podía más con la intriga.

La imagen de la directora de la residencia, Hellen Bradford, muerta en aquel aparcamiento, aún me retumbaba en la cabeza, no porque yo la hubiera visto, sino porque me emperré en que mi compañero me mostrara las imágenes por si yo podía dar con alguna pista. Alguien había pretendido incriminarme al usar mi arma y estaba siendo investigada por Asuntos Internos. En resumen, como me ocurrió la vez anterior, el comisario me había relegado del caso de cara a los demás.

Aunque por debajo me dijo que quería que ayudara a César en todo lo que pudiera.

Todo daba vueltas a mi alrededor como una maldita noria.

El timbre sonó y el vozarrón de César me alcanzó desde fuera de mi apartamento.

—Jefa, soy yo, apaga la conexión a Onlyfans, que no me apetece verte haciéndote una paja y voy a entrar. —Hice rodar los ojos. Menos mal que en mi rellano solo había otro piso y el hombre que lo habitaba estaba bastante sordo.

César usó mi juego de llaves de repuesto, se lo confié dadas las circunstancias, si me caía o me resbalaba con esa incomodidad de yeso, prefería que entrara sin tener que tirar la puerta abajo.

Martínez se asomó con la sonrisa de un niño que ha hecho una travesura.

—¡Siempre te pillo vestida, menuda pérdida de tiempo! —dijo, acercándose con entusiasmo —. Traigo noticias frescas y tu café favorito.

—No te referirás al de máquina de la comisaría.

—Cómo me conoces —bromeó, ofreciéndome el vasito para llevar del bar de la esquina.

Lo miré con el ceño fruncido, obviando la sonrisa que apretaba en mis labios, dejando caer la cabeza hacia atrás, casi aliviada al verlo allí con ese aire de haber encontrado algo bueno. Me crucé de brazos cuando empezó a hablar, y mientras lo escuchaba, recordé el momento en que desperté de la operación y lo mandé a la residencia.

Era importante revisar todos los movimientos de Hellen, no podíamos dejar nada sin rastrear, las primeras horas eran cruciales.

Martínez regresó al hospital con un hallazgo tras su visita a la residencia. Se sentó en la silla junto a la cama, como quien va a contar un secreto, mientras yo espantaba a la enfermera que me tenía más miedo que a un perro de presa.

—Ni te imaginas lo que he encontrado, jefa —murmuró en cuanto la sanitaria cerró la puerta.

—Dame una buena noticia, la necesito, ¿puedes creerte que me han abierto una investigación los de Asuntos Internos por lo del arma? Desde lo de Kali, los tengo husmeando mi culo a la mínima.

—No te agobies, que voy a alegrarte el día y ambos sabemos que tú no disparaste.

—Eso cuéntaselo a ellos.

—Ya lo hice cuando me pidieron qué opinaba sobre tu estado de salud mental.

—¡Perros!

—Céntrate y escucha. ¿A que no adivinas lo que encontré?

—Sorpréndeme.

—Al llegar, vi un coche oscuro aparcado en el lugar en que la compañera de Astrid dijo ver un coche y pensé que igual pertenecía a la organización que secuestra a las chicas embarazadas, aunque no fuera el mismo modelo. Me acerqué, le di unos golpecitos a la ventanilla y, ¿a que no adivinas quién había dentro? —añadió un silencio. Mi paciencia estaba al límite.

—¡Habla, por Dios!

—¡La bedel estaba bastante sofocada, arremetiéndose la camisa en la falda, con el tipo de la empresa de intercambios!

—¡¿El novio de Bradford?!

—El mismo. Estaban tan ocupados que ni me vieron llegar. Nada de una primera cita, aquello parecía el after-party*, con la mano de aquel tío en su escote —se rio, moviendo las cejas*

en un gesto socarrón.

—¿No es un poco extraño que estuvieran ahí tras la muerte de Hellen? —pregunté, ya picada de curiosidad.

—Todavía no había ido ninguna patrulla a la residencia. La bedel y el novio no parecían saber que estaba muerta. Yo no les dije nada del asunto, solo le pedí a la bedel que me acompañara y el novio de Hellen se largó echando hostias.

—¿Y si lo estaban celebrando? ¿Y si fueron ellos quienes la mataron? Podría tratarse de un crimen pasional y lo estaban celebrando.

—No me dio esa impresión, cuando le dije a nuestra amiga que no iba a decirle nada a su jefa de que se zumbara al amigo especial de Hellen, ella me miró horrorizada y me suplicó que no se lo contara. Creo que aprovecharon su ausencia para enrollarse. Le dije que era una tumba, pero que, si yo callaba, ella me debía un favor a cambio, asintió y fue entonces cuando aproveché para pedirle que me dejara echar un vistazo al despacho de Bradford. Y ahí vino lo bueno.

Su expresión se tornó seria de repente, y pude ver que había encontrado algo importante.

—El despacho parecía revuelto, la ventana estaba abierta, la bedel no daba crédito, según ella, había salido a cenar. Regresó cuando Hellen se iba, a la media hora volvió a salir porque su amante la esperaba fuera. Podríamos comprobarlo con las cámaras.

»No comprendía quién pudo revolver el despacho, se la veía muy nerviosa. Le pedí que se tranquilizara, que intentaría averiguarlo. Me puse unos guantes e intenté dar con aquello que habían ido a buscar. Bradford no tenía aspecto de mujer estúpida.

—Yo tampoco creo que lo fuera. ¿Y bien?

—Intenté ponerme en su lugar, ¿dónde guardaría algo que no levantara sospechas?

Estuve un buen rato fijándome en los detalles, recordé que la última vez que fuimos me detuve en un premio que había en la estantería, estaba al otro lado, y los que la revolvieron no creo que estuvieran redecorando. Fui hasta él y… ¡Bingo! Si les hubiera dado por mirarlo, se habrían dado cuenta de que había una llave pegada en su base y que era del tipo que se emplean en cajas de seguridad. Así que, recordando lo que siempre me dices, pensé que si Hellen tenía algo importante que guardar, no iba a estar en su despacho a la vista de cualquiera.

—Cada vez eres más brillante.

—Me la guardé y se la llevé a nuestro crack del laboratorio de criminalística, no tardó demasiado en corroborar que pertenecía a un tipo de caja fuerte rara, de esas que solo se ven en bancos grandes.

—Dime que por una vez conseguiste rápido la orden.

—El comisario se portó de diez.

—Eso es por el alcalde.

—Bueno, por lo que fuera, hicieron ver que la prueba la obtuvieron en el registro oficial que se dio una hora más tarde.

—No hay como tener contactos…

—Dime que lo que vienes a decirme es que diste con la caja fuerte y que la has abierto.

—Por supuesto.

No pude evitar sonreír al ver el brillo de victoria en sus ojos, me sabía a oro.

—¿Y? —pregunté, intentando no dejarme llevar por la emoción.

—Relaja la raja, jefa, no vaya a darte una subida de tensión innecesaria.

—¡Pues dime de una maldita vez lo que has encontrado!

—He hecho fotos de todo. Había una carpeta de documentación, muy jugosa, al parecer, la directora había iniciado su propia investigación para dar con la señorita Larsen. Al final iba a ser verdad que quería a sus alumnas como si fueran sus hijas.

—No te enrolles, Martínez.

—Pues lo que más llamó mi atención fue que su particular investigación se centraba en la mejor amiga de Astrid, como si tuviera algo en mente que nosotros pasamos por alto. Lo tenía todo impreso, cada detalle, pero lo más importante de todo era una foto, fíjese bien.

Martínez me miró, saboreando el momento de la revelación.

Me mostró la imagen, era una captura de un post de Instagram, de hacía apenas una semana, en la que aparecía Emily Harrington con su padre, muy sonriente, alegando que era el mejor padre del mundo y que se sentía muy orgullosa de él, y de fondo la impresionante casa de campo.

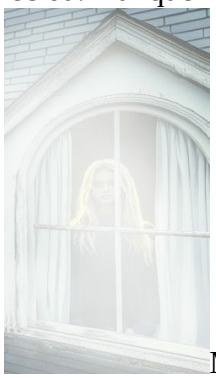
—Aquí no se ve demasiado bien, aunque sí en la siguiente foto, que es una ampliación de una de las ventanas superiores.

Un nudo de nervios se instaló en mis tripas al ver lo que César acababa de mentar.

—Es… —murmuré sin creerlo todavía.



—Astrid Larsen, si no es ella, la señorita Harrington tiene una prima muy parecida. Aunque no sea una imagen de lo más nítida, juraría que es ella.



Mi corazón dio un vuelco. Esa imagen era todo lo que necesitábamos. La maldita Astrid estaba viva y, por lo visto, escondida lejos de donde habíamos estado buscando.

—¡¿Qué narices hace la señorita Larsen ahí?

—Eso todavía no lo sé. Puede que su amiga le esté ofreciendo refugio por lo del embarazo, o puede que esté retenida en contra de su voluntad.

«¡Maldita operación y maldita pierna escayolada!».

—¡Martínez! —exclamé, casi perdiendo la compostura—. Ve cagando leches y tráela, habla con el comisario para que ese juez os dé una orden exprés de las que tanto le gustan al alcalde y que te den refuerzos. Si a esa cría se le ocurre intentar esfumarse otra vez, te juro que no respondo.

—Hecho, jefa, déjalo en mis manos.
Se levantó con una sonrisa decidida directo a cumplir la orden.
Apreté los puños, incapaz de controlar la impaciencia, mientras salía por la puerta.

CAP Í TULO 70



César

Conseguimos la orden de registro en tiempo récord, aunque no estábamos seguros de necesitarla o no. El comisario opinaba lo mismo que Mary, que no podíamos fallar y debíamos ir sobre seguro.

Dar con la dirección de los Harrington y la casa de las imágenes no fue complicado, aunque poseyeran innumerables propiedades, las redes sociales eran una bendición para obtener información, sobre todo, en manos de chicas insensatas donde solo les faltaba colgar la ubicación exacta.

Junto con cuatro patrullas, para bloquear los puntos principales y secundarios de acceso, me dirigí a la casa de campo.

Los coches policiales avanzaban en fila por el camino de tierra, en mitad de un silencio denso, interrumpido solo por el crujido de las ramas bajo las ruedas.

La adrenalina fluía por mis venas, estaba dispuesto a poner toda la carne en el asador y darle la resolución a la desaparición que nos había llevado de cabeza.

Cuando llegamos, bajé del coche y me dirigí a la puerta con un par de agentes. Los demás rodeaban el perímetro, era importante bloquear una posible huida, no sabíamos qué nos íbamos a encontrar.

Los Harrington eran gente poderosa, con buenas influencias e innumerables amigos que no dudarían en echarles una mano para huir del país si era preciso.

Golpeé con fuerza y, tras unos segundos, escuché pasos al otro lado. Se abrió la puerta y me topé de frente con una de las mujeres del servicio, quien nos miraba con una expresión de sorpresa controlada.

—Hola, buenos días, ¿o-ocurre algo, agentes? ¿Les ha pasado algo a los Harrington? —Miró

preocupada por encima de mi hombro.

—¿Están sus jefes? —pregunté sin responderle.

—No, salieron esta mañana temprano a visitar a unos amigos.

—¿Qué amigos? —ella titubeó, se notaba que no sabía si debía responder o no—. Señora, responda, somos de homicidios. —Le enseñé la placa para identificarme.

—Ay Diosito —se santiguó—, los señores Dermont viven a unas treinta millas. ¿Están bien los Dermont?

—Soy el inspector César Martínez —me presenté—. Tenemos una orden para revisar la propiedad. Sabemos que Astrid Larsen está aquí y no queremos problemas. Cuanto más colabore con nosotros, mejor para todos. ¿Dónde se encuentra la señorita Larsen?

—Yo no… —La mujer negó asustada.

—No se preocupe, ya daremos con ella.

Mientras subía por las escaleras, daba orden por el *walkie* de que mandaran algunas patrullas a casa de los señores Dermont, a treinta millas, y amigos de nuestros sospechosos.

Martins se quedó abajo para controlar que nadie saliera de la casa, reunir al personal y que no dieran aviso a sus señores. Halloway se dedicó a revisar las habitaciones de la segunda planta, por si hubieran reubicado a Astrid, mientras yo me dirigía a la última. Saqué el arma, los últimos casos en los que nos vimos implicados me enseñaron que era mejor evitar sorpresas.

Fui abriendo puertas con el pulso a mil por hora, no había ni rastro de la chica y solo me quedaba una, la única que parecía cerrada desde fuera. No lo dudé, tenía que ser esa.

—Señorita Larsen, si está ahí, apártese, voy a dar una patada.

Aguardé cinco segundos, los suficientes para darle tiempo y que se retirara. Pateé con fuerza la madera, hasta en tres ocasiones, finalmente cedió.

Astrid estaba al otro lado observándome con una mezcla de miedo y asombro.

Sentí muchísimo alivio al ver que parecía estar bien.

—Señorita Larsen, soy el agente César Martínez —dije, con tono firme, tratando de que mi voz no delatara la satisfacción de haberla encontrado—. Llevamos mucho tiempo buscándola.

—Yo… Yo…

—Tranquila, sus padres están como locos, necesitamos sacarla de esta casa y que nos cuente qué ha sucedido —me asomé por el marco, gritando que la tenía—. Sabemos que está embarazada, ¿se encuentra bien? ¿Necesita algo? —pregunté acercándome.

—¿Embarazada? —preguntó, arrugando el ceño—. Yo no estoy embarazada —me respondió con suavidad.

Por un segundo, pensé que me estaba tomando el pelo o quizá no deseaba que sus padres se enteraran.

—Dimos con el test de embarazo, no se preocupe, sus padres están al corriente y no están enfadados, solo les preocupa que esté sana y salva.

—No sé de qué test me habla, se lo juro.

—Estaba entre sus cosas, al igual que una tarjeta de una asociación para chicas que necesitan ayuda en este tipo de casos. Su amiga —me corregí—, la señorita Harrington, dijo que…

Astrid soltó un suspiro de cansancio y me miró a los ojos.

—¿La misma cuyo padre me ha secuestrado para que mi padre no cierre el trato con el alcalde de energías renovables porque pondría en peligro su supernegocio de energías fósiles? Disculpe si después de lo que ha ocurrido no puedo llamarla amiga. ¿Puede sacarme de aquí, por favor?

—Em… Sí, claro, entonces, usted no está…

—¡No!

—Vale, ¿y qué me dice de la tarjeta de Woman's Health que encontramos en uno de sus libros? Es de una organización que ayuda a chicas que se quedan embarazadas y no saben a dónde acudir.

Necesitaba vincularla a nuestro caso, tenía que estar implicada de algún modo.

Ella arrugó el ceño.

—¿Se refiere a la de la charla que dieron en clase? Quizá dejé la tarjeta en el libro cuando lo saqué porque no me había enterado de que ese día no habría clase.

—Pero su compañera de habitación dijo que estuvo mal de salud y que vomitaba.

—Sufrí un virus estomacal, se lo dije, pero no nos llevamos demasiado bien, imagino que prefirió creer lo peor. No sé qué hacía ese test, quizá fuera de Haley.

—Ella dijo que no.

—¿Y a mí qué me cuenta?

—Está bien, no pretendía ofenderla, ella creía que se fue a ver a sus padres, también la directora de su residencia. —Ella puso cara de fastidio—. ¿Por qué creían eso?

—Porque yo se lo dije —exhaló agotada.

—¿Y cómo terminaste aquí en lugar de en Dinamarca?

—Emily me engañó, yo… —El labio le tembló, necesitaba interrogarla antes de que hubiera un abogado de por medio para sacar el máximo de información y Astrid parecía dispuesta a aclarar todas mis dudas—. A mí me gustaba… Sabía que a ella le iban los chicos, pero no podía evitarlo, siempre era tan buena y dulce conmigo… Además, a veces me daba la sensación, por cómo se comportaba conmigo, de que quizá tenía alguna opción. Ese idiota de Trevin no pegaba nada con ella. —Recordé que su compañera de habitación nos dijo que Trevin era gay y usaba a Emily de pantalla, quizá funcionara en ambos lados.

—¿Por eso fue con ella a la fiesta? —Asintió.

—Me prometió que estaría conmigo, que nos divertiríamos y fue así, hasta que Trevin se la subió a la segunda planta. Me enfadé, me sentí abandonada y…, no sé…, jugué con los chicos al juego de la botella, bebí mucho, apenas recuerdo llegar a ninguna parte. Pasé unas semanas agobiada, porque no sabía qué hacer respecto a mis sentimientos. —Por eso Haley había dicho que la vio rara, estaba sufriendo un desengaño amoroso—. Emily me pidió que habláramos al ver que tomaba distancia, me dijo que ella también había empezado a sentir algo por mí, que lo suyo con Trevin era pura fachada, que solo se estaban ayudando mutuamente porque él era gay y ella creía que también lo era… Nos besamos y…, bueno, en fin, me invitó a pasar un fin de semana aquí, cuando sus padres no estuvieran.

»Debe pensar que soy una estúpida.

—Yo no creo nada de eso, siga.

—Como Emily no podía salir del armario, acepté, tenía muchas ganas de pasar un fin de semana las dos solas. Lo planeamos bien. Le dije a Haley que tenía ganas de ir a ver a mis padres y me ocupé de que también lo supiera la directora a través de la bedel. La semana anterior a nuestra escapada fingí hablar con ellos varias veces por teléfono frente a Haley. Emily me sugirió que no llevara el móvil, era un finde de desconexión y exploración, ya me entiende…

—Demasiado bien.

—Por eso le digo que no estoy embarazada, ese test del que habla no era mío. —Hizo una pausa y me miró con intensidad.

—¿Y en la fiesta no pudieron?

—¡No!

Hasta entonces, habíamos dado por hecho que el test era de Astrid. Pero si no era suyo…, alguien nos había tomado el pelo, igual que a ella.

Cabía la posibilidad de que los Harrington usaran la cortina de humo del caso de mujeres embarazadas, que eran estudiantes universitarias, para tendernos una trampa y desviar la atención. Tal vez tenían alguien dentro de la misma residencia que les pasaba información, y al ver que la directora se acercaba a la verdad, le tendieran una trampa, tanto a ella como a la inspectora, a una para silenciarla y a la otra para inculparla en un homicidio, ya había acabado con su anterior sospechosa, no sería difícil cargarle otra muerta a las espaldas… Mi cabeza iba a mil.

Respiré hondo, intentando recomponerme.

—¿Y todo este tiempo has estado aquí? —pregunté finalmente, con tono más suave.

—Sí, no me han tratado mal, pero tampoco sé qué planes tenían para mí. Emily me aseguró que no me harían daño, que, cuando su padre se retirara del juego, sería libre de nuevo y que nosotras podríamos… No sé, yo estoy echa un lío… ¿Podemos irnos ya? Le contaré lo que quiera fuera de este lugar.

Astrid parecía estar sufriendo un poco de síndrome de Estocolmo, necesitaría terapia para asumir que solo la estaban utilizando y que, si no hubiéramos dado con ella, quizá jamás habría vuelto al lado de sus padres.

—Por supuesto, acompáñeme, por favor.

En cuanto saliera de esa casa, me relevarían del caso, no había embarazo, no había homicidio, no había conexión, por lo que pasaría definitivamente a otra unidad.

No había un puñetero hilo del que pudiéramos tirar, todo fue un ardid empresarial para sacarse las energías renovables de encima y nos tendieron una trampa en la que caímos de cuatro patas abandonando parte de nuestro tiempo y recursos en esa historia.

La jefa no iba a saltar de la alegría, y yo, tampoco.

CAP Í TULO 71



Mary Kate

Al despertar, lo primero que sentí fue una extraña pesadez en los párpados, como si el simple hecho de abrirlos requiriera una energía extra que todavía no tenía. Oía un murmullo suave y noté una presencia cerca, un olor familiar que siempre me hacía sentir segura.

Cuando al fin logré enfocar los ojos, ahí estaba Corey, sentado junto a mi cama con una expresión de agotamiento profundo, sus ojos, rojos y un poco hundidos, mostraban un cansancio que no había visto antes en él. Enfocaban hacia una ventana que no tenía idea a dónde llevaba, tampoco reconocía la cama.

¿Dónde estaba?

Me llevó un momento darme cuenta de que el vendaje en su brazo izquierdo y las marcas en su rostro eran fruto de una pelea reciente. Las imágenes empezaron a acudir a mi mente en tropel.

La posada, el avión, el hangar, él atravesándolo con mi nombre en su boca, Jeremiah viniendo a buscarme. Pánico, nervios y dolor.

Cerré los ojos con fuerza. Todo me parecía confuso.

—Hola —murmuré con voz débil, intentando que mi mente conectara los hilos sueltos de recuerdos y sensaciones—. Estás aquí…

Corey bajó la mirada y la volcó sobre mí. Su bonita sonrisa esperanzada se alzó en mi busca, y algo en esa sonrisa me hizo sentir un alivio casi doloroso. Verlo allí, saber que estaba bien y a mi lado, me dio una paz tan intensa que mis ojos comenzaron a empañarse. Él acercó su mano a la

mía, y la calidez de su toque fue como una chispa que me devolvía la vida.

—Siempre —susurró, con voz rasposa.

Parecía que las palabras se quedaran atrapadas en su garganta.

No había acabado de procesarlo del todo cuando una punzada me sacudió por dentro. Mi mano temblorosa se dirigió a mi vientre, y lo miré con una pregunta en los ojos que apenas me atrevía a formular.

—¿Nuestra hija…? —conseguí decir, con un hilo de voz que apenas se sostenía.

Corey apretó mi mano entre las suyas y asintió, sin apartar su mirada de la mía.

—Todo está bien, Kate. No tienes que preocuparte. Solo necesitas reposo —respondió, con una suavidad turbia que dejaba entrever que aún había algo más que no me había dicho, quizá solo fueran imaginaciones mías.

El nudo en mi garganta comenzó a aflojarse un poco, aunque todavía sentía la ansiedad latiendo en algún rincón, no me atrevía a realizar la siguiente pregunta por miedo a la respuesta, sin embargo, era peor la intriga, el no saber. Mis labios se movieron antes de que pudiera controlar el impulso.

—¿Jeremiah?

Sus ojos se oscurecieron mientras apretaba la mandíbula.

—Se acabó. Ya no puede hacerte daño, te lo prometí y he cumplido.

Su voz estaba teñida de una resolución que helaba.

—Te-te refieres a que…

—Me refiero a que se rompió el cuello de manera accidental, patinó en un charco de aceite cuando iba a escapar y se lo fracturó. —Chasqueó la lengua con una calma extraña—. Los policías comentaron que le podría haber pasado a cualquiera.

No sentí pena.

Quizá eso me convirtiera en una mala persona, Jeremiah y yo nos criamos juntos, compartimos muchísimas cosas y, en lugar de pena porque ya no estuviera, me embargaba el alivio.

No recordaba ningún charco de aceite, pero tampoco iba a preguntar por ello. Todo había terminado, estábamos vivos, ya no debía temer y eso era lo único que importaba.

Alargué la mano para tocarle el rostro y él cerró los ojos, dejando que mis dedos acariciaran las heridas.

—Siento haberte puesto en esta tesitura —musité, dándome cuenta de que, en parte, era mi culpa que Corey estuviera así—. Lamento que hayas tenido que... —comencé a decir, con lágrimas acumulándose en los ojos.

—No, Kate, no hay nada que sentir. Habría hecho lo que fuera por protegerte —me susurró, con una ternura que me atravesó el alma—. Tú y mi hija sois mi vida, haría lo que fuera por vosotras.

Acercó el rostro y se puso a besarme de forma pausada.

Corey también era mi vida y me ocuparía de hacer todo lo que estuviera en mi mano para que estuviese bien.

Un leve golpe en la puerta interrumpió el momento.

Al girar la cabeza, vi que esta se abría dando paso a la imponente figura de mi abuela.

No pidió permiso, se limitó a entrar apoyada en un bastón negro con empuñadura de plata, que le daba más autoridad de la que ya tenía.

Su porte era inconfundible, con el mentón alto y la mirada penetrante llenaron el espacio.

Humphrey, el mayordomo fiel, la seguía de cerca, como un halo protector.

No me perdí la mirada que Corey le echó al hombre y su inclinación de cabeza. Una especie de saludo silencioso, como si se conocieran más allá del día en que nos echaron de su casa.

¿Qué me había perdido?

En cuanto estuvo a mi lado, las arrugas de su ceño se desvanecieron, su expresión se tornó reconfortante.

—Mary Kate…, lo siento tanto —dijo, con voz temblorosa, mientras sus ojos mostraban una sinceridad que brotaba desde lo más profundo de su figura.

La dureza de su rostro se resquebrajó, y sentí que en ese instante no estaba frente a la duquesa de Essex, sino ante mi abuela. Una mujer desconocida y, a la vez, mi familia.

Le sonreí comedida y alargué los brazos, en un gesto de aceptación mutua. Le ofrecí la posibilidad de darnos el abrazo que siempre nos negaron, el que no sabía que había necesitado, hasta ahora.

Se acercó lentamente, vacilante al principio, hasta que al fin se inclinó y me rodeó, obviando cualquier tipo de formalidad.

La sensación de estar ahí, refugiada, sostenida por ella, fue como llenar un vacío que ni siquiera sabía que existía.

—Lo he pasado francamente mal, pequeña —murmuró—. Aunque bien está lo que bien acaba. Los caminos del Señor ponen a cada uno donde debe —dijo, con una sonrisa de complicidad hacia Corey—. Y cuando no, siempre hay formas de ayudar un poquito a que los malos caigan. —Se separó de mí y siguió mirándolo a él—. El servicio de inteligencia le da las gracias por detener a un criminal tan peligroso, Señor Blackwood, y yo estaré en deuda eterna con usted por salvar a mi nieta.

Corey no dijo nada, se limitó a sacar de su bolsillo el rosario de perlas rojas que debería haber estado en algún lugar perdido de su casa y lo dejó sobre las sábanas.

La duquesa alzó las cejas al ver la joya familiar.

—Su prueba.

—No hacía falta —murmuró. Y luego me miró a mí—. Ya no lo necesitas, querida —dijo, mirándome con una dulzura inesperada.

Palmeó mi mano y se apoyó en un lateral de la cama.

Miré la reliquia y luego a Corey.

—¿Te lo ha mandado tu hermana? ¿Le pediste que lo buscara? —Él negó.

—Lo tenía Jeremiah.

—¿Cómo es posible? —No entendía nada.

Él tomó aire y bajó la mirada antes de responder.

—Entró en casa mientras estábamos fuera. No sé cómo dio contigo, pero creo que nos estuvo vigilando y que el hombre que viste aquella noche fuera de mi casa era él. No te equivocabas. —Por supuesto que lo era, ¡él mismo me dijo que nos había visto! Un leve temblor me recorrió el cuerpo—. Ya no tienes que preocuparte, Kate. Me he asegurado de que esa casa sea una fortaleza, recuerda que instalé un nuevo sistema de vigilancia.

Noté algo en su voz, una inquietud que no podía esconder del todo, y de pronto lo comprendí.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que Jeremiah entró en tu casa?

Él se acarició la nuca.

—Al cien por cien, lo supe ayer, pero sospechaba de que podría haber entrado alguien mientras no estábamos, hubo un corte de luz raro, lo vi cuando me puse a buscar el rosario,

faltaban unas horas de grabación de las cámaras.

—¿Y mantuviste a mi nieta en esa casa comprometiendo su seguridad y la del bebé? —preguntó mi abuela. La cara de Corey era un poema.

La mía tampoco es que debiera ser mucho mejor. Si sospechaba que Jeremiah había podido entrar, que nuestra seguridad no era tan sólida como había pensado, habíamos estado en auténtico peligro.

—No quería preocupar a Kate y mejoré el sistema al día siguiente de la supuesta intrusión —se defendió.

—¿Supuesta? —cuestionó ella.

—Usted acaba de llegar a su vida y no la conoce como yo, no quería angustiarla, pasamos un susto no hacía mucho y quería evitar que se sintiera mal, que se estresara.

Aunque lo entendiera, me sentía molesta. Siempre había sido sincera con él, y Corey me ocultaba cosas.

—La ignorancia nunca es buena, jovencito, y mucho menos en casos que precisan extremar las precauciones… —lo riñó. Su atractivo rostro se volteó hacia mí.

—No quería que sufrieras. Pensé que era mejor protegerte de esa preocupación, yo te estuve custodiando —susurró, buscando mi mano—. No fue con mala fe, Kate.

Iba a responder cuando mi abuela intervino con un destello severo en la mirada.

—Da igual si hubo buena o mala fe. No tomaste la decisión más acertada, aunque eso ya no importa, porque mi nieta ya no debe preocuparse por esas cosas —dijo con firmeza—. A partir de hoy, yo me ocupo de la seguridad de Kate. Humphrey y el personal de servicio están más que capacitados para ello.

Un momento de tensión se coló entre nosotros, y su declaración hizo que me preguntara qué significaba realmente su ofrecimiento.

Observé a Corey, quien, pese a la intervención, mantenía el contacto visual conmigo. ¿Qué pasaba? ¿Qué me estaba ocultando?

—No lo entiendo —intervine—. ¿Humphrey y su personal viajarán a los Estados Unidos para acompañarnos?

—No, cariño, ¿es que tu novio no te ha dicho nada? Aquí está tu casa, vas a quedarte en Essex, conmigo.

Mi corazón comenzó a acelerarse, no entendía nada, ¿por qué iba a quedarme en Essex? ¿Es que Corey ya no me quería a su lado? ¿Y qué había de nuestro futuro como familia? Lo contemplé angustiada.

—Lo-lo siento, tu abuela se ha anticipado, quería hablarlo antes contigo.

—¿Hablarlo? ¿El qué? ¿Que ibas a dejarnos? —Hablé en plural agarrándome la tripa.

—No es bueno que te sobreexcites, querida, respira y expira, respira y expira…

—¡Corey!

Él sí que hizo una inspiración profunda antes de contestar, con una voz cauta y suave.

—No está todo tan bien como en un principio te dije, me refiero al bebé. —Otra mentira. ¿Cuántas más me tendría reservadas? Entré en pánico—. Tu caída produjo un desprendimiento parcial de placenta, y los médicos consideran que es mejor que te quedes aquí. Viajar sería demasiado peligroso, podrías perder a la niña y sufrir una situación crítica a bordo de un avión, no es lo más aconsejable.

—¿Los médicos? ¡Tú eres mi médico! ¿Opinas como ellos? —Él hizo un gesto de pesar.

—Sabes que, si hubiera una opción de que regresaras conmigo, ni me lo pensaría. No puedes

volar, Kate, la presión a la que os veríais sometidas tú y la niña os pondría en riesgo. Debes quedarte con tu abuela.

—Y nos irá a las mil maravillas —contestó ella.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras y el significado de aquel diagnóstico. Miré hacia la mujer que me sonreía y me observaba con una expresión complacida.

Estaba perpleja.

No esperaba quedarme ahí y tener que empezar una nueva vida en Essex, dejando en Nueva York a las personas que me importaban. Tenía un trabajo, amigos, planes de futuro, un hombre al que amaba y de pronto… De pronto, regresaba a mí la incertidumbre.

Las dos partes de mi vida que debían importarme parecían tirar de mí en sentidos opuestos, mientras yo estaba suspendida en una cuerda que me balanceaba de lado a lado.

Al ver que dudaba, Corey entrelazó sus dedos con los míos.

—Kate, aunque yo no pueda quedarme aquí mientras estés convaleciente, no quiere decir que no venga a visitarte, te juro que lo haré en cuanto consiga un hueco. Me da igual que estés en Essex o en un insólito rincón del mundo, mi hogar está a tu lado y eso no va a cambiar.

Su voz estaba cargada de tristeza y ternura.

Mi abuela escuchó sus palabras con una aprobación silenciosa. Allí estaba la promesa de futuro que tanto anhelaba, no era un para siempre, solo estaríamos separados un tiempo. Si algo tenía claro era que no quería a nadie que no fuera él y que no podía pedirle que se quedara.

Su vida en Nueva York, Jordan lo necesitaba en el club, Marcus y los pacientes en la clínica. Por no hablar de su familia, atender la casa, sus amigos. Yo me había acoplado a todo y no era justo que le exigiera dejarlo atrás por mí.

—Lo comprendo, debes volver. —Intenté mantenerme fuerte, que no me viera flaquear ni intuyera lo mucho que lo necesitaba—. ¿Cuándo te marchas? —cuestioné tragándome las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Cuando te den el alta, no voy a poder alargarlo más. He hablado con todos, Jordan me ha dicho que doblarán turnos, Marcus intentará encontrar a alguien que me reemplace, aunque en estas fechas es difícil…

—No lo hagas, no te quedes. Ya sabes que voy a estar bien atendida, en este hospital cuidarán bien de mí, y alargar tu estancia en Essex perjudica a todo el mundo.

—Pero ¡quiero celebrar la Navidad contigo!

—Llevo veinticuatro años sin hacerlo, uno más no me va a matar.

—De eso nada, la celebraremos, yo traeré la Navidad a la clínica si hace falta —añadió mi abuela—. Humphrey, dile al director del hospital que quiero hacer una donación navideña y la mejor fiesta para los enfermos que hayan tenido nunca.

—Sí, señora. —Humphrey salió de la habitación dejándonos solos.

—Kate… —murmuró Corey.

—Esto no es un adiós, tú lo has dicho, es un hasta pronto. Estaré bien, las dos lo estaremos —me acaricié la tripa—. Sabes que soy una buena paciente, que no me salto las normas y no puedes quedarte con el avión de los Vitale eternamente, seguro que les hace falta. Vuelve a Nueva York, Corey, y llévales mis regalos a todos.

—¿En serio es eso lo que quieres?

—Sí.

En ese momento, la que decía mentiras era yo.

—Muy bien, lo prepararé todo para irme mañana, si es tu deseo.

—Lo es.

—Y ahora ve a darte una ducha a la posada, come algo y descansa, que te hace falta. Yo te relevo del cuidado de mi nieta.

Corey se puso en pie, una tristeza inconsolable se suspendía en sus facciones.

«Es lo mejor para ambos, si no, arruinará todo lo que ha construido por ti», me dije. Me dio un beso pequeño en los labios y se marchó.

—Has hecho bien, querida. Los dos necesitáis espacio, que vuestra relación repose y ver si de verdad sois el uno para el otro. He tenido tiempo para averiguar vuestra historia y no ha sido de lo más convencional. ¿Te apetece charlar, o prefieres descansar?

—¿Puedo pedir llorar? —Ella me sonrió.

—Solo un poco, no queremos que ese sentimiento sea el que perciba nuestra querida niña, ¿has pensado ya en un nombre?

Había uno que me rondaba la cabeza, pero todavía no se lo había comentado a Corey.

—Ninguno en concreto.

—No hay prisa. —Ella se recostó un poco para que pudiera acurrucarme en su hombro.

Las primeras lágrimas se desprendieron en un dolor sordo, mientras ella pasaba su nudosa mano por mi brazo.

—Todo va a salir bien, te lo prometo.

Ojalá fuera cierto.

CAP Í TULO 72



Corey

Repasé los billetes por cuarta vez, una especie de inercia que se había convertido en mi rutina desde que me despedí de Kate en Essex hacía un mes.

Daba igual que supiera que estaba bien y su abuela la tuviera entre algodones. Su ausencia se me hacía cuesta arriba y tenía un nudo en el estómago que no se me disolvía ni un solo minuto del día.

En realidad, no necesitaba contar la caja; la tenía clara al céntimo desde el primer momento, pero mi mente estaba demasiado dispersa. Necesitaba aferrarme a algo tangible, algo que me obligara a mantener los pies en el suelo y no permitiera que me lanzara a hacer algo impulsivo, como salir corriendo hacia el aeropuerto y coger el primer vuelo que me llevara de vuelta junto a ella.

Le había prometido que la separación sería corta, solo el tiempo necesario para que pudiera tomar un vuelo más pronto que tarde, sin embargo, el día a día había sido una vorágine que no me permitió cumplir con mi palabra.

La gripe se había cebado con el SKS, cuando no estaba un pecado enfermo, lo estaban dos, el ritmo de la clínica era infernal y allí también sufrimos bajas laborales que me habían impedido volar.

Nuestras llamadas diarias no bastaban, la necesitaba a mi lado, durmiendo acurrucada sobre mi pecho, acariciarla, besarla, perderme en su mirada para volver a encontrarme en ella.

Lo único que me consolaba era que, si todo iba bien, en un mes recibiría el alta, siempre y cuando los médicos consideraran que estaba fuera de peligro.

Nuestra despedida se me repetía en la cabeza.

La última imagen de Kate, intentando ser fuerte, con la sonrisa tan dulce y vulnerable en la cama de hospital que se me hizo casi insoportable subir al avión de los Vitale. Solo me consoló la palabra de Humphrey asegurándome que daría la vida por ella mientras yo ascendía por la escalerilla.

Tomé aire y lo solté despacio.

Sabía que era así.

Mi chica estaba bajo la protección de la duquesa, al igual que yo, desde el instante en que acabé con la vida de Jeremiah.

Nunca había matado a nadie, sí que había muerto alguna que otra parturienta entre mis manos, por complicaciones insalvables, pero eso era distinto, casi jugar a ser Dios.

Me quedé en *shock* cuando el cuerpo sin vida de aquel indeseable se desplomó.

Ocurrió en el preciso instante en que Humphrey hacía chirriar las ruedas de su vehículo fuera del hangar.

El investigador de Jordan luchaba con el secuaz de Jeremiah, el mismo que lo coló en el vuelo privado que trajo a mi padre a Essex, junto con el doctor Templelton.

Más tarde supe que pararon para repostar, que tenían que ir a San Petersburgo a visitar un futuro cliente para recibir un trasplante de corazón, en la clínica del Señor Vílchez, y se desplazaban para evaluarlo dado su delicado estado de salud.

No supe cómo Jeremiah dio con la coincidencia del vuelo, y dudaba mucho que pudiera saberlo con él muerto.

El investigador dejó *KO* al asistente de vuelo mientras yo yacía arrodillado tomándole el pulso, asimilando lo que había sido capaz de hacer.

—Levanta —musitó Humphrey a mi lado.

—No hay latido.

—Has hecho lo que debías, déjanoslo a nosotros y ve a ocuparte de la señorita. La ambulancia está de camino.

«¡Mierda, Kate!».

Corrí para atenderla y, mientras la revisaba, vi cómo el investigador y Humphrey se ponían de acuerdo para preparar el decorado sin titubeos.

Escuché cómo el mayordomo le decía al hombre de Jordan un: «No se preocupe por eso, solo tenemos que facilitarles un poco el informe a la policía, de lo demás me encargo yo».

Escasos segundos antes de que se personaran los coches patrullas, una lata de aceite y la huella de un patinazo estaban acompañando al cuerpo de Jeremiah.

—Eh, ¿sigues en este mundo? —La voz de Jordan me sacó de mis pensamientos. Llevaba la camisa medio desabrochada, el pelo algo desordenado, como si se hubiera pasado la mano muchas veces, y sostenía un vaso de *bourbon* entre los dedos.

—A ratos —confesé, obligándome a sonreír. No me salió del todo convincente—. Solo estoy... pensando, supongo.

El *boss* se acercó y echó un vistazo al montón de billetes que se acumulaban sobre la barra y entre mis manos.

—Llevo un rato admirándote desde las pantallas y diría que tienes el arqueo más que listo.

—Eso ha sonado perturbador. A lo de las pantallas, me refiero.

—Tal vez un poco —murmuró, ocupando uno de los taburetes.

Me dispuse a atar los fajos con una goma.

—No es por nada, pero estás hecho una puta mierda —dijo, removiendo el líquido antes de dar un trago y dejar la copa al lado de unos miles—. ¿Cómo va la cosa con Kate?

Solté un suspiro largo, no sabía bien cómo responder.

Las videollamadas diarias eran nuestro único puente. Habíamos hablado todos los días, y cada vez que colgábamos, me invadía una mezcla de agobio y frustración.

Por una parte, me alegraba saber que estaba bien, que su abuela la cuidaba, que estaban conectando, que aprovechaba para hacer algunos cursos *online* mientras reposaba y que su vida en Essex era agradable, dentro de sus posibilidades, sin embargo, yo no dejaba de sentir que debería estar ahí, a su lado, compartiendo aquellas vivencias.

Me había pasado las noches deseando tener un hueco para poder comprar el primer billete disponible y plantarme allí… Todo parecía conspirar para mantenerme atrapado sin que pudiera.

—Hablamos cada día. Kate está bien, los médicos la tienen supercontrolada, por no hablar de la Dama de Hierro, quien no la deja ni a sol ni a sombra. —Jordan sonrió—. Es una mujer fuerte y este tiempo la está ayudando a estrechar vínculos con la duquesa, creo que se parecen más de lo que Kate podía llegar a esperar —admití con una resignación amarga.

—Eso está bien, necesitaba a alguien que la conectara con sus raíces.

—Sí, además, ya tiene todos los papeles, su abuela lo ha gestionado todo con una rapidez extrema. Sé que no debería estar así, que nuestra situación es circunstancial, lo tenemos más que hablado, en cuanto pueda volar, iré a buscarla para que todo vuelva a ser igual. Si esperaba que la distancia nos separara, ha hecho justo lo contrario, es la mujer de mi vida.

Jordan me estudió en silencio, con esa mirada profunda que utilizaba en contadas ocasiones.

—Si piensas eso, no puedes permitirte el lujo de dejarla en *stand by*.

No esperaba aquella respuesta de su parte. Jordan era de los pocos que veía la vida con claridad; sus palabras nunca eran al azar, y cuando te daba un consejo, podías apostar a que venía desde lo más profundo.

—No la he dejado en *stand by* —me defendí.

—Bueno, utiliza el término que quieras, ella allí y tú aquí.

—Estoy haciendo lo posible por no sentirme culpable cada vez que cuelgo el teléfono y ella me sonríe al otro lado de la pantalla. Si los médicos le dieran el alta, ya me las habría ingeniado, Janelle me dijo que sus padres podían volver a prestarme el *jet*.

Jordan se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, como si quisiera asegurarse de que le escuchaba con atención.

—No me refiero a eso, no me malinterpretes, no digo que la hayas dejado de lado. Solo te estoy diciendo que la vida es corta y no se puede desperdiciar. Mira, uno puede pasarse años metido en sus cosas, dedicando cada minuto a su trabajo, a sus rutinas. Y luego, un día, cuando miras a tu alrededor, te das cuenta de que lo que realmente importa, lo que deberías haber cuidado, se ha esfumado y el tiempo que deberías haber invertido tampoco está.

Sentí un nudo en la garganta al escuchar sus palabras.

—¿Por eso tú estás solo? ¿Hubo alguien que dejaste escapar?

—Mi vida no ha sido sencilla —respondió críptico—. Si aceptas un consejo sobre lo que he aprendido, que no es demasiado, es que las personas como Kate, aquellas que te hacen sentir que eres mejor, que eres capaz de más, por las que no te importaría caminar sobre fuego, son las que no puedes perder. —Hizo una pausa—. Si decides dejarlo todo por ella, aquí siempre tendrás un

lugar, siempre.

Quedé en silencio, con sus palabras resonando en mi cabeza.

¿Era eso lo que debía hacer? ¿Dejarlo todo, soltar amarres, abandonar todo lo que me retenía en Nueva York y simplemente ir?

No solo se trataba del SKS, estaba mi compromiso con la clínica, con los pacientes, la labor por la que había peleado tanto tiempo en la comunidad.

Jordan me miró como si hubiera leído mi mente y negó suavemente con la cabeza.

—A veces, elegir lo que realmente importa significa renunciar a lo que crees que necesitas. Y créeme, si Kate es lo que realmente importa, cualquier sacrificio será pequeño en comparación. ¿Te has planteado si ella quiera regresar de verdad a Nueva York o solo te está diciendo lo que quieres oír porque tú estás aquí?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el pecho. Tenía razón, como casi siempre, había estado tan absorto en mis propias obligaciones, en mi vida, que me había olvidado de indagar si Kate solo quería contentarme.

¿Y si ella prefería no distanciarse de su abuela y yo no estaba contribuyendo a su capacidad de elegir?

Respiré hondo, sintiendo cómo algo dentro de mí empezaba a cambiar. Tomar la decisión de irme, si ella no quería regresar, no sería fácil. Significaba renunciar a todo lo que había construido, a mi familia... No obstante, a ella podía suponerle lo mismo, ¿acaso no valía la pena?

Quería formar una familia con Kate, estar al lado de nuestra hija, y eso era lo único que importaba.

—Plantearme algo así es abrumador.

—Lo entiendo, yo también tuve que dejarlo todo una vez, da vértigo alejarte, al igual que ella tuvo que hacer cuando dejó atrás Nuevo Amanecer y ahora Nueva York.

Tragué saliva, intentando hacerme una idea de cómo podía sentirse Kate. Ella siempre anteponía los deseos de los demás a los suyos. Pensar en ello me hizo sentir mal.

—¿Y te has arrepentido alguna vez?

—Supongo que ayudó que hubiera tocado fondo y necesitara un cambio radical, no estamos en el mismo punto, lo cual no significa que pueda llegar a entender la dificultad que supone cambiar tu futuro para siempre. Hay veces que toca elegir y dar ese paso que tanto tememos porque no se nos enseña a fracasar, pero te diré una cosa, el fracaso no es malo, solo nos muestra aquello que no debemos hacer la próxima vez que intentemos algo distinto. Eres un hombre excepcional, Corey, un gran profesional, un fantástico amigo y dudo que no pudieras empezar de cero en cualquier parte del mundo.

—¿Tanto quieres que me largue? —bromeé.

—Sabes que no, si por mí fuera, te querría aquí para siempre, pero sería muy egoísta por mi parte si solo te diera una única visión del juego para que te quedaras. Quizá ha llegado el momento de cambiar de perspectiva y ponerte en la piel de Kate.

Seguramente tenía razón. Había dado por hecho que ella querría volver, tal vez la estaba presionando ofreciéndole una única posibilidad: su vuelta.

—Deja el dinero y vete de una maldita vez, yo me ocupo de esto, tienes mucho en que pensar.

—Gracias, *boss*.

—No me las des.

CAP Í TULO 73



Sepúlveda

Volver a comisaría después de ocho semanas de baja debería haber sido motivo de alivio, pero lo cierto era que el enfado me carcomía por dentro.

Nos desterraron del caso de las embarazadas con la excusa de que «necesitaba tiempo para recuperarme y Martínez no podía solo».

Cada vez que pensaba en las horas de investigación, en las piezas que empezaban a encajar, sentía como si me estuvieran arrancando una parte de mí, o mejor dicho, como si a alguien le molestara, porque tenía a los de Asuntos Internos pegados a mi culo como un perro de presa.

Todo apuntaba a que los Harrington, o alguien pagado por ellos, se ocupó de cargarme a la muerta, porque, sorprendentemente, en su casa aparecieron unas imágenes de las dos como si estuviéramos enrolladas.

«¡Que esa no era yo!».

Tenía a los de delitos informáticos intentando demostrar que eran un puto montaje, pero desde la llegada de la IA, se había vuelto prácticamente misión imposible. Entre unas cosas y otras me habían hecho la cama, nunca mejor dicho.

En cuanto pisé el edificio, sentí el familiar olor a café rancio y humedad. El murmullo constante de las conversaciones al fondo, las impresoras escupiendo informes, y el sonido de los teléfonos dieron paso a algunos aplausos y mensajes de bienvenida. No todos eran sinceros, sabía que en comisaría algunos me tenían ganas y no les apetecía que fuera la nueva comisaria.

Algunos me miraban de reojo, con una mezcla de lástima y prudencia.

Martínez estaba esperándome junto a mi escritorio, con esa expresión burlona que lo caracterizaba.

—Bienvenida a casa, jefa.

—Ya veo que me habéis echado mucho de menos —cabeceé hacia el grupo que celebró mi ausencia.

—Ni caso, ya los conoces, esos son de los que les asusta el trabajo.

Todavía no estaba al cien por cien, por lo que debía acudir a rehabilitación y el médico me había aconsejado no dejar del todo las muletas, a veces me fallaba la pierna.

—¿Qué tal con la fisioterapeuta? Me han dicho que está muy buena y se rumorea que es más de triángulos hojaldrados que de perritos calientes.

—No seas guarro.

—Si no lo fuera, no sería yo. —Me guiñó un ojo.

Tenía que hacer deporte por obligación, con lo poco que me gustaba, tres días a la semana tocaba ir a rehabilitación para recuperar la movilidad perdida y César tenía razón, la fisio estaba tremenda y por sus miradas todo apuntaba a que era de su interés.

—¿Y bien?

—Es demasiado joven.

—Oh, venga ya, debe rondar los treinta, ya pasó la mayoría de edad hace mucho.

—Veintiocho.

—Uf, pues perfecta, para tu cho…

—No termines esa frase.

—¡Es justo lo que necesitas, jefa, un chute de energía extra!

—Olvídate de la fisio y ponme al día. —Me dejé caer en mi silla y le tendí las muletas para que las dejara contra la pared—. ¿Cómo va el caso?

—Ya no es nuestro caso, ¿lo recuerdas? Lo reasignaron.

—¿Y quién está a cargo?

Martínez tragó saliva y miró a su alrededor, como si esperara ver aparecer a alguien antes de hablar.

—Vargas —musitó por lo bajo. Genial, era del grupo que hubiera preferido que me arrollara un camión al salir de mi apartamento—. Se lo dieron dos semanas después de tu operación, mientras a mí me tenían liado con papeleo hasta que regresaras.

La rabia me subió a la garganta. No podía negar que Vargas era bueno, por mucho que no nos tragáramos, pero no tenía ni idea de los meses de trabajo que habíamos invertido en esas chicas. No tenía ni una pizca de la pasión que requería una investigación como aquella.

—¿Y qué ha descubierto en todo este tiempo? —pregunté, intentando mantener la calma.

Martínez hizo una mueca de incomodidad y se cruzó de brazos, apoyándose en el borde de mi escritorio.

—Han cambiado la dirección.

Lo miré fijamente, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¿Cómo que han cambiado la dirección? —dije, con la mandíbula apretada.

César dudó un segundo antes de continuar… Y calló de inmediato al ver que el nominado a inspector del año se acercaba a mi mesa.

—Hombre, Sepúlveda, qué buen aspecto tienes.

—Me gustaría decir lo mismo, pero esas manchas de grasa me lo impiden. —Señalé su camisa. Él me sonrió forzado.

—Culpa del beicon que sirven en el Queens.

—Me han dicho que te has quedado con mi caso.

—Bueno, ya sabes, era necesario un poco de aire fresco para poner bien el foco.

—¿Ahora iluminas conciertos?

—Lo que ilumino son casos que se enrocan y tú llevabas demasiado tiempo navegando en la dirección incorrecta.

—Dijo el tío con complejo de faro. Veamos, ¿qué me he perdido?

—Será un placer ilustrarte y que asistas como oyente a mi reunión con el comisario.

«¡¿Oyente? ¡Me cago en sus muertos! Pero no pienso desaprovechar la oportunidad».

—Será un placer escuchar tu teoría de la relatividad.

—¿Te ayudo con la silla? Ya sabes, las mujeres, los niños, los ancianos y los incapacitados primero.

—Puedo sola, gracias.

Vargas alzó las cejas con una sonrisa condescendiente y se dirigió a la sala.

—¡Menudo capullo! —masculló César.

—Le venía en el equipamiento de serie, alcánzame las muletas.

Tomé aire y traté de calmarme antes de entrar en la sala de reuniones.

Necesitaba ver con mis propios ojos en qué punto habían dejado el caso y, sobre todo, en qué estaban centrando la investigación.

La muerte de todas esas chicas después de dar a luz no era una coincidencia, y había muchas más cosas que apuntaban a algo grande y bien organizado.

El comisario me saludó, me dio la bienvenida, mientras Vargas le hacía la pelota alegando que esperaba que no le importara que me hubiera invitado a acudir a la reunión para enriquecerla.

—Al contrario, me alegra ver que se llevan bien, cuando me jubile, deberán trabajar codo con codo, son de mis mejores inspectores.

—Desde luego, descuide —masculló Vargas solícito—. Siempre es un placer hacerlo con Sepúlveda.

Me entraron ganas de escupirle.

—¿Podemos empezar? —pregunté—. Me muero por conocer ese aire fresco que me comentaba Vargas.

—Tu entusiasmo es contagioso, compañera.

El retintín que empleó en la última palabra no me pasó inadvertido.

Vargas se puso frente a la pizarra para señalar la nueva hoja de ruta.

—Considerando el perfil de las víctimas y el hecho de que todas tenían conexiones temporales en la ciudad, estamos convencidos de que se trata de una red de tráfico de personas.

«¿Tráfico de personas? ¿Después de dar a luz?», pensé con escepticismo.

Levanté la mano para interrumpir y tomé la palabra antes de que el jefe me quitara la oportunidad.

—Disculpa, Vargas, pero no termino de ver cómo encaja eso en el perfil de las chicas —dije, cruzándome de brazos. Mis ojos lo perforaban, evaluando su reacción—. Todas murieron poco después de parir. Además, ninguna mostraba los típicos signos de explotación que veríamos en un caso de trata de personas. ¿Cómo justificas tu planteamiento?

Vargas me dedicó una mirada entre altanera y complaciente, como si estuviera encantado de que yo cuestionara su teoría.

—En los últimos días, hemos recibido pistas que sugieren que estas chicas podrían haber estado involucradas en varias fiestas, hay una nueva mafia que distribuye drogas para organizar *gangbang* clandestinas, buscan a «chicas especiales» —entrecomilló los dedos—. Tras analizar en profundidad las pertenencias encontradas en los registros de las residencias, hallamos restos

de sustancias en pequeñas cantidades.

—¡Por favor! —repliqué, sin ocultar mi sarcasmo.

Vargas soltó un suspiro, como si mi escepticismo fuera el obstáculo para resolver el caso, y miró al comisario, que fruncía el ceño en cada una de mis intervenciones.

—Mira, Sepúlveda —dijo con un tono de falsa condescendencia—, esto no tiene que ver con una red de gente poderosa que tiene sed de bebés, como tú y Martínez sugeristeis. Estas chicas fueron usadas para fiestas sexuales, ya sabes, de esas en las que no se usan condones y terminan embarazadas. Hay una parte muy cotizada en la *dark web* que está llena de vídeos espeluznantes con chicas rellenitas de bebés que mantienen auténticas maratones sexuales con más de cincuenta tíos a la vez. Cuanto más avanzado el estado de gestación, mejor. Creo que a esos tíos incluso les pondría que se pusieran de parto, lo cual no descarto que pudiera ocurrir en alguno de los casos.

—Vargas —carraspeó el comisario.

—Disculpe, pero es cierto, además, conseguimos un vídeo.

Apreté los dientes, luchando por no perder la calma.

—¿Qué vídeo?

—Ya te lo he dicho, uno que estuvo colgado en la *dark web* —dijo con suficiencia—, salía una de las chicas muertas, abierta de par en par recibiendo a hombres con pasamontañas como si no hubiera un mañana. Todos querían mojar.

—¡Vargas!

—Ella ha preguntado —se encogió de hombros.

—No cuadra…

—¿Por qué?

—Todas eran chicas extranjeras, de buenas familias y con un perfil de estudiantes sin antecedentes, no se verían envueltas en algo así.

—¿Que no? Las santurronas reprimidas son las peores, quieren irse del ala protectora de sus padres y buscan diversión. Son carne de cañón para lo prohibido, ya sabes cómo funciona esto, un señuelo guapo y las tienen metiéndose coca, éxtasis líquido e hincando rodillas.

Cerré los ojos y respiré. No podía haberme equivocado tanto.

—¿Y qué me dices de los coches negros? ¿Del hombre que vi entrando en el edificio abandonado con aquella chica?

—Tiré de ese hilo y ahí debo decir que sí disteis en el clavo. Allan Marriot fue a ese edificio con una universitaria, pero no por el motivo que crees.

—Ahora me dirás que quería hacerle a la chica un *tour* de edificios inhóspitos.

—Más bien pagó los servicios para obtener una buena mamada. Ese pobre hombre estaba estresado porque el único sexo que tiene con su mujer es del que se hace para obtener bebés, nada de intimar por placer o que se escape algo de elixir blanco. —Puse cara de asco—. Ya sé que puede no parecerte correcto, pero aquí no estamos para juzgar a nadie, y debajo del colchón de ese hombre no hay muertos.

Cada vez me sentía más frustrada. Él siguió hablando.

—Entiendo que tengas tus dudas, pero no olvides que cuando cambiamos la dirección de la investigación fue porque las pruebas no eran concluyentes, no se sostenían. Y con los nuevos descubrimientos, la hipótesis de la trata de personas tiene más peso. —Alzó una ceja, satisfecho.

Lo miré con incredulidad.

—Sepúlveda, yo mismo he visto las nuevas pruebas y parece sólido —comentó el comisario.

—Usted lo ha dicho, parece… Que lo parezca no significa que lo sea. Las pruebas podrían

haber sido manipuladas…

—¿Igual que tus fotos con Hellen Bradford?

Me acerqué a él, sin importarme el riesgo de parecer demasiado confrontacional.

—¡Esas fotos son mentira! Hoy en día pueden hacerse multitud de cosas con IA, incluso manipular vídeos, ¿no ha visto el último de Donald Trump? Igual el rostro de la chica que aparece en la *gangbang*…

—¡Basta! —rugió el comisario.

—Pero…

—Mary, sé que este caso te lo tomaste muy en serio, casi como algo personal, que te volcaste en él para mantener la cabeza alejada de lo ocurrido en el anterior y no quise decirte nada por tu extrema atención, pero esto ya pasa de castaño a oscuro. Debes admitir la posibilidad de que no estuvierais buscando en la dirección correcta y no pasa nada, os pedí que os volcarais en el caso de la señorita Larsen y fue todo un éxito, es lógico que este se viera perjudicado, debí dárselo a Vargas desde el principio y no presionaros tanto.

Vargas se cruzó de brazos y se colocó a mi altura, con una expresión desafiante.

—No estoy aquí para entretejer teorías de conspiración, Sepúlveda. A veces las cosas son lo que parecen, y en este caso estamos hablando de un posible tráfico de personas.

—¿Y qué hay de los bebés? —cuestionó César, que hasta entonces se había mantenido al margen.

—No creo que deba decir las teorías que tenemos frente a un hombre que pronto será padre…

Me mordí la lengua para no decirle lo que realmente pensaba. Necesitaba pruebas, algo que sustentara mis sospechas. Volvería al laboratorio, revisaría cada indicio descartado y cada detalle olvidado.

Sabía que yo estaba sobre una pista correcta, pero para poder mantener la investigación en esa dirección, necesitaba evidencias que no pudieran ser refutadas.

—Está bien, Vargas —dije con un tono calculado—, si tienes razón, entonces no te molestará que eche un vistazo a mis informes previos y las pruebas de las chicas, solo para asegurarme de que no hayas pasado algo por alto que pueda servir en «tu nuevo rumbo».

Él miró en dirección al comisario, que parecía agotado tras mis intervenciones.

—Haz lo que quieras, Sepúlveda, pero no interfieras en la dirección de la investigación o no tendré clemencia.

No le respondí. Me giré con una determinación renovada.

—Ha sido un placer ejercer de oyente, «compañero» —casi mastiqué la última palabra. Al salir de la sala, sentí que cada paso me acercaba a una verdad que alguien estaba manipulando.

Apenas avancé dos metros que el comisario ya me estaba llamando.

—¡Espera, Mary!

Me detuve en seco y lo aguardé.

—Me tienes preocupado.

—No tiene por qué.

—Tu fijación por los casos se vuelve casi enfermiza, Vargas ha hecho un buen trabajo, en lugar de ponerlo en entredicho, deberías apoyarlo.

—Lo haría si creyera que está en lo cierto. —Él soltó una exhalación.

—A cabezota no te gana nadie.

—Por eso quiso que me postulara a su puesto.

—No hagas que me arrepienta de ello.

Miró de reojo a Martínez.

—Asegúrate de que no la fastidie. —Después se alejó.

—¿Me ha visto aspecto de niñera?

—No será por tus curvas. —Lo conocía lo suficiente como para saber que él también desconfiaba de los cambios bruscos en las teorías—. Necesito que volvamos a revisar las autopsias de las chicas —dije sin rodeos—. Y quiero ver de nuevo los análisis toxicológicos, con especial atención a cualquier compuesto que pueda haber sido usado para sedarlas antes de sus desapariciones.

Él asintió, mostrándome una expresión de acuerdo silencioso

—Lo haremos. Dame un par de días, y te diré si mi amiguito de la forense ha dado con algo fuera de lo común.

Apreté su brazo en señal de agradecimiento, estaba dispuesta a llegar al fondo, a desenmascarar a quien estuviera detrás de las manipulaciones y a mostrar que no se trataba de un simple caso de trata de personas.

Esas chicas habían sido utilizadas, manipuladas y asesinadas con un propósito mucho más oscuro.

No permitiría que alguien enterrara la verdad tan fácilmente.

CAP Í TULO 74



Anita

La luz tenue del salón proyectaba sombras sobre las paredes, y cada centímetro de penumbra parecía recordarme el poder que Lucas y yo compartíamos. Dejé mi copa de vino en la mesa, mientras él dejaba de succionar uno de mis pezones y pasaba la lengua con lentitud sobre la minúscula gota blanquecina que quedaba suspendida en él.

Me gustaba esa costumbre suya de que yo permaneciera desnuda, sobre sus rodillas, a la par que él me sostenía envuelto en uno de sus trajes negros, para nuestro ritual de *lactofilia*.

Me dio un mordisco en la tierna piel enrojecida y la raspó con la barba provocando un jadeo en mí.

Sin decir una palabra, me deslizó entre sus brazos, disfrutando del calor y de la fuerza que siempre emanaba. Me acurruqué contra su pecho, escuchando su latido tranquilo, sintiendo que ese triunfo era tan nuestro como cualquier caricia.

—Pareces satisfecha, Tigritsa.

—Cómo no iba a estarlo, has hecho un trabajo impecable, y tengo la confirmación de que el embarazo de la chica que eligieron los Marriot va viento en popa —murmuré, alzando la mirada para encontrarme con sus ojos—. Conseguir que tu contacto de la policía diera nuestro caso a Vargas fue todo un acierto, por no hablar de lo bien que lo hilaste todo para que los de Asuntos Internos se lanzaran sobre ese incordio de inspectora… Eres brillante —pasé las manos por su nuca.

De verdad lo creía, nunca había encontrado a un hombre que despertara en mí admiración y respeto, solo él lo había conseguido.

Me devolvió la mirada, una chispa de satisfacción en sus ojos oscuros, mientras su mano se

deslizaba por mi rostro, lenta, provocadora, erizando mi piel al completo.

—Todo es cuestión de saber mover las piezas adecuadas —me respondió, recorriendo con su dedo la línea de mi mandíbula—. Nadie nos pone límites, solo nosotros.

Cerré los ojos, dejándome arrullar por esa certeza compartida. Notando su mano ahondando entre mis pliegues, separando mis muslos para dar un golpe seco entre ellos de lo más provocador. Lo miré con los ojos nublados y ahí estaba, ese magnético control que tan loca me volvía. No había nada igual. Sus dedos entraron en mí con una lentitud abrumadora.

Mi pecho subía y bajaba, quería más, más duro, más fuerte, más hondo, más salvaje, pero era él quien decidía cómo y cuándo lo merecía, lo que me hizo pensar en esa espina que comenzaba a hincarse en nuestros planes.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Era capaz de detectar los cambios más sutiles en mí.

—Hay algo que me inquieta —reconocí sin que él dejara de introducirse en mí.

—Cuéntamelo.

—Tu amiga, la señora Blackwood, está empezando a pedir demasiado. La ayudé con lo de Jeremiah, y como no salió como ella deseaba, pide más. Y eso que aquel idiota pudo meternos en un follón.

—Todo estaba controlado, sabes que mis hombres jamás me echarían al paredón.

Lo decía por el empleado del avión a quien le habíamos costeado el mejor de los abogados, en seis meses estaría en la calle con una buena indemnización por sus servicios y su silencio.

—Ya, pero ese incordio no deja de exigir que elimine a esa mujer…, la que ha resultado nieta de la duquesa. Quiere que la mate y regale a su bebé. —Suspiré al notar que incrementaba el ritmo de las acometidas y su erección se apretaba bajo mi trasero. —. Tessa sigue presionando, una y otra vez, una y otra vez. —Los dedos masculinos se acompasaron a mis repeticiones.

Sus labios despiadados se curvaban en una sonrisa calma, sin perder el contacto visual. Había en sus ojos una malicia sutil, como si ya hubiese calculado cada uno de mis pensamientos, cada uno de mis temores.

—¿Y qué te impide acabar con ella? —su voz era suave, como un terciopelo sumergido en *whisky*.

—Me dijiste que no querías conflictos internacionales.

—No te estoy pidiendo eso.

Lo miré, tratando de leer entre líneas. Entonces, él sacó por completo los dedos para golpear con inquina mi clítoris inflamado, una, dos, tres veces, acumulando todo aquel deseo en mí que me impedía pensar.

Se inclinó para susurrarme al oído, como veneno suave y letal.

—No hablo de la protegida de la duquesa —dijo, tan cerca que casi podía sentir su aliento en mi piel—. Me refiero a Tessa.

Parpadeé, procesando sus palabras, y una chispa de entendimiento iluminó mi mente.

Sí, claro. Tessa había llegado tan lejos como necesitábamos, lo que no esperaba era aquella proposición.

Me mordí el labio, saboreándola, sopesando el placer de prescindir de ella.

—Pero el Dr. Blackwood y Magaly…

—Su marido lo superará, juraría que últimamente no está muy contento con la víbora que tiene instalada en su casa, que extraña su antigua vida y a su exmujer, ¿no te fijaste como la miraba en la gala? Además, no la necesitas, puedes ocupar su puesto en la asociación, Magaly

está allí como ayudante, ahora pasará a ayudarte a ti. —La idea me hizo salivar—. Podrías acercarte a tu presa, saborear el placer del asedio y gozar de la caza…

Gemí. Me metió tres dedos de golpe hasta el fondo para después buscar mi punto G.

—Te conozco, disfrutarías tanto como con esto.

—Sí —reconocí entrecortada, mi tono apenas era un susurro.

—¿Para qué dejar a tu objetivo en manos de un peón cuando puede ocuparse la reina?

Me sonrió, orgulloso, y yo busqué sus labios saboreando la victoria en cada caricia, en cada roce, en la humedad de su lengua.

Estaba decidido, sería yo quien cazara a esa presa desde mi propia guarida.

Mi marido correspondió al beso cargándolo de promesas y poder mientras yo estallaba, me corría entre sus dedos sellando aquella promesa de muerte y renacer.

CAP Í TULO 75



Mary Kate

La brisa fría de Essex se colaba por la bufanda, pero nada podía mitigar la emoción que sentía en aquel instante, acabábamos de entrar en el hospital y cruzaba los dedos para que me dieran la noticia que más ansiaba.

Apreté el rosario de perlas de mi abuela mientras ella caminaba a mi lado en dirección al mostrador, con Humphrey a nuestras espaldas y su inseparable bastón.

No es que lo necesitara, según ella, era un elemento de decoración y la hacía sentir más regia, era todo un personaje al cual yo había aprendido a adorar.

Nos habíamos conocido esos meses en profundidad, seguía sin dar crédito sobre el motivo que llevó a mis padres a querer alejarme de ella, bueno, quizá sí que lo entendía un poco, era imposible llevarle la contraria cuando algo se le metía en su obtusa cabeza, y que alguien quisiera cruzar el atlántico para unirse a una congregación como lo era Nuevo Amanecer era complicado.

No nos hicieron esperar, entramos directas a la consulta del médico, quien me pidió que me tumbara en la camilla para hacerme la revisión.

Me sudaban las palmas de las manos, le dije a Corey y a Janelle que los llamaría en cuanto supiera algo.

Mi mejor amiga estaba excepcionalmente bien con Marcus, aunque a mí no me sorprendía la noticia, estaban tan hechos el uno para el otro como yo para Corey. Y según me explicó, a su padre le encantaba darle la bienvenida a la familia a un cirujano militar que ayudaba a los más

necesitados. Bromeó diciendo que, si disparaban a alguien de la familia, ya sabían a quién acudir.

Mientras el doctor me exploraba, intenté relajarme y recé para que mi bondad hubiera surtido efecto.

—Ya está, Kate, puede pasar al baño, cambiarse, y cuando esté lista, le explico cómo está todo.

Asentí, agitada por lo que me pudiera decir.

Cuando por fin me senté en la silla, al lado de mi abuela, apreté mis manos entre sí, sobre el regazo, aguardando la noticia, o por lo menos alguna señal de que podría volver a casa.

—Antes que nada quiero decirte que has sido una paciente excelente, has seguido todas nuestras pautas y eso siempre es de agradecer —comenzó con una sonrisa amable que me daba un atisbo de esperanza—. La verdad es que traigo buenas noticias. Tu desprendimiento parcial de placenta ha sanado. Todo está en orden.

Di un respingo en la silla y, de repente, noté que mi abuela me sujetaba por el brazo, como si previera que iba a lanzarme a abrazar al doctor.

—¿Puedo volver a casa entonces? ¿A Nueva York? —le pregunté, sin poder evitar la urgencia en mi voz.

El médico miró, de inmediato, a mi abuela. No necesitaba que ella hablara para saber lo que se le estaba pasando por la cabeza. Su expresión me lo decía todo. Ese brillo leve reflejaba lo que sentía desde hacía días, quizá semanas, su temor a que me marchara.

—Si pregunta mi opinión personal, le diré que lo recomendable sería evitar un viaje tan largo hasta el nacimiento, por si acaso el bebé decidiera adelantarse… —empezó a decir el médico, pero su tono de advertencia no sirvió de nada. La mirada de la abuela era de aprobación, pero la mía fue suficiente para que él suspirara y asintiera—. Pero tienes el visto bueno, bajo tu propia cuenta y riesgo.

Le di tantas veces las gracias que incluso yo misma enrojecí frente a mi entusiasmo. Antes de salir, mi abuela y él intercambiaron algunas palabras más, en voz baja, pero lo último que escuché fue que podría regresar a Nueva York. La idea se me antojaba un sueño.

En el coche, apenas pude controlarme.

—¡Tengo el alta! —exclamé, mirando a Humphrey cuando nos abrió la puerta, incluso me permití darle un beso en la mejilla, fruto del entusiasmo, cosa impensable en mí hacía unos meses.

Él me sonrió y creo que incluso enrojeció.

—Me alegro mucho, señorita Kate.

—Cuidado con esas libertades con los hombres, jovencita, son propicios a entusiasmarse con demasiada facilidad.

—Por Dios, abuela, ¡es Humphrey y yo estoy embarazadísima! —reí, entrando en el interior del vehículo.

Él cerró la puerta en cuanto mi abuela estuvo acomodada a mi lado, me giré hacia ella y tomé su mano.

—No sabes lo feliz que me siento —le dije, apretando sus dedos—. No me malinterpretes, estoy muy bien aquí, adoro nuestros pequeños paseos por el jardín, las charlas, las tardes de té, comentar los libros que me prestas y escuchar tus aventuras cuando trabajabas para el servicio secreto…

—¿Pero?

—No puedo dejar de pensar en Nueva York, en Corey, en mis amigos y todo lo que me espera allí.

Ella no respondió con rapidez, de hecho, los comentarios mordaces y rápidos estaban destinados a casi todos menos a mí. Sus ojos parecían seguir el paisaje por la ventanilla, no obstante, su mirada estaba en algún lugar distante. A los pocos segundos, volvió a mirarme.

—Soy consciente de que quieres volver, cariño —dijo en un susurro—, y no puedo reprochártelo. El doctor Blackwood es un buen hombre, mi contacto en Nueva York me hizo un informe impecable sobre él y su labor, además, no ha dejado de llamarte un solo día, y si ha sido capaz de esperarte estos dos meses, merece todo mi respeto como hombre. Entiendo que Nueva York te guste, sin embargo, creía que conseguiría que te enamoraras un poquito de Essex, no quiero perderte de nuevo y esta casa es muy grande. Tengo el suficiente dinero para que podáis vivir aquí, conmigo, os dejaría toda un ala para vosotros y así podría ver crecer a mi biznieta.

Su voz se quebró en ese último instante, y sentí cómo un nudo me cerraba la garganta. Mi abuela tenía esa coraza de inquebrantable que verla emocionarse al reconocer, a su manera, que no quería quedarse sola me partía el alma. Me acerqué más a ella y le acaricié la mano.

—No me perderás, abuela. Eso no va a pasar. Necesito que entiendas que Corey tiene su vida en Nueva York y no puedo pedirle que renuncie a la labor que hace en la clínica, a su familia, las amistades que ha forjado, la casa que tanto le ha costado… No sería justo, además de que a mí también me gusta lo que tengo allí. —Ella asintió y yo respiré hondo, dándome fuerzas para seguir—. Te prometo que regresaré a verte cada vez que pueda, como mínimo, tres veces al año. Lo juro.

Ella volvió a mover la cabeza afirmativamente, sin embargo, sus ojos seguían opacos, como si mis palabras no fueran suficientes para llenar el vacío que intuía en su corazón.

—No tienes idea de lo que fue para mí perderte cuando eras pequeña —murmuró, con los labios temblorosos—. Cuando te arrebataron de mi lado para marcharte a América, perdí una parte de mí. Te busqué durante tanto tiempo… Te buscábamos en cada esquina, en cada niña que cumpliera los parámetros físicos o de edad, pero te perdieron la pista, y yo, que me las daba de poder conseguir cualquier tipo de información, por difícil que fuera, no lograba dar con mi nieta. —Se llevó una mano al pecho, como si quisiera aliviar el peso que esos recuerdos le cargaban—. Recibí una carta de tus padres en la que me decían que no los buscara, ni a ti tampoco, porque ellos habían muerto para mí y tú estabas muerta. Creí que se referían a que habías fallecido y me derrumbé. Y ahora, tenerte aquí, después de todo este tiempo, ha sido como volver a la vida. Siento que estoy perdiendo la oportunidad de estar contigo y con mi biznieta, además, no sé cuánto tiempo duraré.

El eco de sus palabras rebotó en el silencio del coche. Humphrey, que seguía conduciendo, no apartaba la vista del camino, pero noté cómo sus hombros se encogían, casi como si le dolieran sus palabras.

—Abuela… —tomé aire, intentando que mi voz no se quebrara—. No me quiero ir de tu lado, yo siempre quise saber lo que se sentía al tener una abuela y te aseguro que estos dos meses han sido imborrables para mí. No quiero despedirme de ti, me encantaría que formaras parte de mi vida, pero no aquí. Se me rompe el alma al declinar tu ofrecimiento de quedarme en Essex, aunque me encantaría que te plantearas pasar largas temporadas en Nueva York, si te apetece, puedes usar el dinero de mi herencia, yo no quiero nada, salvo a ti. —Sus ojos se humedecieron —. Podríamos buscarte algo cerca de nuestra casa, me encantaría que estuvieras cerca cuando nazca la niña, y Humphrey también, necesitaré a alguien con experiencia que me ayude con ella

cuando nazca —murmuré, acariciándome la tripa—, y estoy convencida de que no hay nadie mejor que tú.

Intenté sonreír, esperando que mis palabras la consolaran.

Un brillo especial se prendió en sus ojos, una chispa que rompía la tristeza con una antorcha de esperanza.

—¿De verdad te gustaría eso? —preguntó, apenas contenida.

—Más que nada en el mundo —contesté, tomándola de las manos—. Eres mi familia, y yo sí que quiero que mi hija te conozca, te disfrute, te tenga de referencia, que sepa todo lo que vales y lo mucho que has hecho por mí en la distancia. Necesitaré que le cuentes tus historias, que la cuides cuando yo no pueda, y sobre todo, que siempre sepa lo importante que eres para nosotras.

Esa vez no pudo disimular el temblor en sus labios ni las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Fue entonces cuando su coraza definitivamente se rompió. Me rodeó con sus brazos y hundió el rostro en mi hombro.

—Eres… el mejor regalo que la vida ha podido darme, Kate. —Su voz sonaba rota, pero cálida—. Todo este tiempo sin ti ha sido una oscuridad interminable. —Se retiró, mirándome con ojos nublados, y acarició mi mejilla—. Si me permites ir contigo, aceptaré la invitación y me buscaré un hotel cercano a tu casa hasta que encuentre una propiedad a mi gusto, prometo ayudarte en todo lo que necesites, aunque no me entusiasme todo ese ruido y esas luces…, si es lo que debo hacer para no perderte, lo haré.

Ya no pude contener las lágrimas, las dos nos abrazamos con fuerza, sintiendo cómo toda esa distancia que interpusieron entre nosotras se desvanecía. No importaba el tiempo ni los kilómetros, no habría nada que nos separara.

—Gracias, abuela.

Humphrey carraspeó desde el asiento del conductor, y cuando lo miré, me di cuenta de que él también tenía los ojos empañados. Sus labios esbozaron una sonrisa tímida, intentando volver a su compostura habitual.

—Disculpen —dijo, su voz suave y un poco temblorosa—. Me gustaría añadir que ha sido un honor servir a esta familia y ver este momento… —La abuela sonrió.

—Debes sentirte orgullosa, has conseguido emocionar al guerrero más temible de todos los tiempos.

—Es difícil no desarmarse cuando la señorita Kate ha traído de nuevo la felicidad a su casa, y respecto a lo de mudarse a Nueva York…

—Ya la has oído, tú te vienes conmigo —refunfuñó mi abuela.

—Será un placer, señora.

Sonreí, tocada por la sinceridad de Humphrey, y dije un «auch» cuando mi hija dio una fuerte patada.

—Hasta esta jovencita está de acuerdo… —murmuró mi abuela al sentirla.

—Entonces, ¿cerramos trato?

—Por supuesto.

—Humphrey, dirígete a la agencia de viajes, vamos a por esos billetes.

—Sí, señora.

Puse mi mano sobre la suya mientras mi hija daba volteretas en la tripa intuyendo el reencuentro con su padre, o eso quise creer.

Miré a través de la ventanilla, y supe que, al regresar a Nueva York, llevaría conmigo una parte de Essex que jamás desaparecería de mi corazón, al igual que mi abuela.

CAP Í TULO 76



Corey

La clínica estaba tranquila, eran casi las doce cuando Marcus y yo terminamos la última entrevista del día. Había sido el quinto candidato, y después de varios intentos infructuosos, el cansancio empezaba a notarse en mi cara y, por lo visto, también en la de Marcus.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —me preguntó, levantando una ceja con una sonrisa medio burlona—. Hay que reconocer que este último no estaba tan mal como los anteriores, ¿no?

Lo miré, intentando entender si estaba hablando en serio.

—¿No estabas mirando? —contesté negando con la cabeza—. Ha confundido varios términos y, además, me ha llamado… Craig. ¿En serio? ¿Crees que podrías soportarlo? Seguro que a ti termina llamándote Marco Antonio para ser tu Cleopatra.

Marcus soltó una carcajada que resonó en el pasillo, y aunque intenté mantenerme serio, terminé sonriendo. Entre bromas y miradas de exasperación, lograba sacar lo mejor de cualquier situación.

—Es cierto, no has nacido para llamarte Craig, ni yo para bañarme en su leche de burra —bromeó, dándome una palmada en la espalda. Estaba claro que aquel candidato no paraba de mirar a mi socio como si quisiera merendárselo. Quizá por eso había confundido términos básicos, o tal vez porque era un inepto de manual. Que hubiera trabajado en tres hospitales distintos en los tres últimos años no hablaba muy bien de él.

Habíamos puesto un salario, porque era muy difícil encontrar a médicos cien por cien vocacionales que tuvieran mi especialidad y estuvieran dispuestos a echarse más horas a la espalda solo por el bien ajeno. Y ahí radicaba el problema. Lo que nos llegaba era lo que nadie deseaba, y eso estaba retrasando mi partida a Essex. Estaba soberanamente frustrado.

Todavía no le había dicho nada a Kate sobre mis planes, quería sorprenderla, así que le había soltado un montón de excusas para no ir. Esos dos meses habían sido de lo peor sin ella.

—Venga, que te invito a un café, tengo una corazonada, seguro que la entrevista de mañana

sale bien. ¿Ya tienes hechas las maletas?

—Todavía no, necesito encontrar a alguien antes de hacerlas, además, me llevaré lo imprescindible, tengo intención de volver a Nueva York cuando pueda.

Me aclimataría a Essex, porque lo más importante de mi vida iba a estar allí, que eran mi futura mujer y mi hija, pero dejar la Gran Manzana no iba a ser sencillo, la echaría mucho de menos, allí lo tenía todo, incluida la casa que compré con tanto esfuerzo y que soñé con convertirla en un hogar, no estaba preparado para deshacerme de ella, todavía no, además, igual podíamos mantenerla como segunda residencia para cuando viniéramos de visita.

Avanzamos por el pasillo, Marcus me hizo un gesto y comenzó a caminar en dirección opuesta a la máquina de *vending*.

—¿Adónde me llevas? —pregunté, confuso.

—Tranquilo, no vamos a las mazmorras, más bien a nuestro nuevo comedor social —contestó, manteniendo ese aire misterioso que tanto le gustaba.

—¿Y eso?

—He instalado una cafetera en condiciones, una de verdad, Janelle insistió en que necesitábamos una italiana y sus padres nos la han proporcionado, creo que es hora de estrenarla y nos merecemos un café bueno tras el candidato número 5.

Me gustaba ver a mi amigo feliz.

—Os va bien, ¿eh? —él me sonrió.

—Mejor de lo que esperaba, si te soy franco, no creía que Janelle pudiera centrarse en una persona sola, tenía mis dudas…

—Bueno, quizá le aportes todo lo que ella necesita, además, últimamente está muy sonriente, debes llenarla más allá de sus agujeros.

—¡Cerdo! —soltó una carcajada.

—Esa podría ser una frase de tu chica, por no hablar de que sus padres tienen que estar haciéndote la ola por la decisión que ha tomado.

Janelle le dijo a Jordan que su nueva etapa vital incluía nuevos proyectos, que la experiencia de haberse convertido en la primera mujer pecado capital y abrir camino a otras le hizo comprender que quizá se estaba preparando para algo más grande.

Su familia la necesitaba. Marlon no quiso ser el sucesor de su padre, su hermana pequeña estaba estudiando una carrera y la otra iba a tener su vida en Calabria, por lo que el negocio familiar iba a terminar a manos de alguno de los socios de su padre. La idea no le entusiasmaba y Janelle había decidido interesarse por la empresa familiar, para su sorpresa le gustó más de lo que pensaba en un principio y tomar las riendas se había convertido en su próximo objetivo. De hecho, no me extrañaba, a esa Duendecilla le ponían los desafíos.

Marcus retomó la conversación.

—Si te soy franco, creo que están alucinados por el cambio. Son una familia peculiar. Mi padre está un poco acojonado, ya lo conoces, un tiburón de las finanzas, pero en el fondo es un chupatintas y terminar emparentado con los Vitale le ha provocado más de una subida de tensión en los últimos días. Como yo le digo, es mi vida, y el ejército me preparó para las peores batallas, no me asusta mi futuro suegro, aunque con total seguridad debiera hacerlo.

Seguimos avanzando sonrientes hasta llegar al nuevo proyecto que tanto nos entusiasmaba a ambos.

En esa nueva área en la clínica íbamos a dar de comer a muchas personas. Me hubiera encantado que Kate pudiera aportar su granito de arena, era especialista en hacer platos

superricos y nutritivos con pocos recursos, de hecho, ya lo tenía hablado con Marcus, queríamos plantearle que nos echara una mano en la gestión hasta que naciera nuestra pequeña y que, cuando lo hiciera, pudiera compatibilizar la crianza con el comedor social, seguro que le hubiera encantado la idea.

Daba igual, lo más importante era que pronto me reuniría con ella y que en tres semanas podríamos abrir definitivamente el comedor.

Cuando entramos, Marcus intentó encender la luz. Algo fallaba.

—Los operarios habrán dejado los plomos bajados, dame un minuto que ahora lo soluciono, no te muevas.

—¿Adónde crees que voy a ir?

Marcus se alejó, me apoyé en el vano de la puerta y cerré los ojos, curvando el cuello hacia atrás para aspirar con fuerza. Me llegó un aroma que me hizo sonreír. Flores recién cortadas, fruta fresca, naturaleza… Ella.

Las luces se encendieron de golpe y lo primero que vi fue un cartel enorme, colgado en la pared de enfrente, que rezaba en letras decoradas: Ya estoy en casa.

Fruncí el ceño porque no comprendí el mensaje, hasta que bajé la mirada y mi corazón dio un vuelco.

Allí, frente al cartel, estaba ella.

No podía ser, era imposible, tenía que tratarse de una jugada de mi imaginación, deseaba tanto verla que la estaba recreando.

La melodía de una canción suave llenaba el aire, algo que me resultaba vagamente familiar, y que aumentaba la emoción del momento. Era *At Last*, de Etta James, un tema clásico cuya primera estrofa definía a la perfección lo que estaba sintiendo.

Por fin.
Mi amor ha llegado.
Mis días solitarios se acabaron.
Y la vida es como una canción.

Kate dio un paso hacia delante y yo comprendí que no era un sueño, que era cierto, el amor de mi vida estaba frente a mí, envuelta en un bonito vestido estampado que resaltaba su abultada tripa.

—Corey… —murmuró, con esa voz suave que tanto extrañaba.

No recuerdo si caminé, corrí o si mis pies se movieron solos, pero cuando me di cuenta, ya estaba frente a ella, mis manos en sus mejillas, y sus pupilas bañadas en las mías.

—Ángel, has vuelto —dije, incapaz de controlar la emoción en mi voz.

Ella asintió, y la calidez de su sonrisa era como el sol después de una tormenta de verano.

—Lo estaba deseando. No podía quedarme en Essex, mi hogar… está aquí, contigo, en tus brazos, con nuestros amigos.

—Pero yo pensaba que tú querías…

—He tenido dos largos meses para saber con exactitud lo que quiero y es esto, la clínica, este proyecto, las risas en el club, ver cómo Janelle atormenta a Marcus, que sigas echándole una mano a Jordan. Los desayunos con tu madre y tu hermana, tus abrazos, tus besos, tu manera de hacerme sentir deseada y, ¡qué diablos!, incluso a Jezzabel. Os he extrañado muchísimo a todos, y este tiempo alejada de aquellos que quiero y me importan me ha ayudado a entender que este

es mi sitio.

La respiración se me cortó, y, sin pensarlo, la atraje hacia mí, para besarla con toda la contención y anhelo que había acumulado en esos meses de separación.

Su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío, como debía ser, porque yo quería ser su refugio, su sitio, su lugar seguro.

¡Por fin estábamos juntos y no quería vivir en Inglaterra!

Apenas escuché a Marcus carraspear detrás de nosotros. Cuando lo miré, sonreía con esa mezcla de orgullo y satisfacción que siempre mostraba en los buenos momentos.

—¿Lo sabías? —Janelle emergió a su lado para aferrarse a su cintura.

—¡No creerás que esa pancarta se iba a colgar sola! —anunció ella.

—Kate nos hizo que lo mantuviéramos en secreto, quería sorprenderte y ya sabes que no se le dice que no a una mujer embarazada —comentó mi amigo.

—¡Sois unos cabrones! ¿Y las entrevistas?

—Teníamos que seguir como si nada.

—Yo se lo pedí. —La miré con adoración mientras ella se mordía el labio como una niña que ha cometido una trastada.

—Bueno, si lo han hecho por ti, los perdono.

Miré a mis amigos, que no dejaban de sonreír.

—El tipo que instala cafeteras y organiza reuniones sorpresa se marcha con su chica a la sala de personal, para daros intimidad y recibirla. —Agitó las cejas—. Os habéis ganado un buen rato a solas.

—Y si manchái algo, ya se limpiará —espetó Janelle con una sonrisa pícara.

Marcus le dio un palmetazo en el trasero y se alejaron entre bromas.

—Ese par siempre están igual —dijo entre risas mi chica.

Desaparecieron al final del pasillo. Sentí una gratitud inmensa hacia ellos, pero, sobre todo, hacia Kate.

Me separé un poco sujetando sus manos, sin dar crédito a que estuviera ahí, no podía dejar de tocarla.

—Eres un sueño.

—Espero que hecho realidad, porque no me pienso desvanecer. Quiero estar aquí, contigo y para siempre.

Sonaba demasiado bien.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, sin soltarla, sin dejar de acariciarle los dedos, como si el mero contacto me asegurara que de verdad estaba viviendo ese instante con ella.

—Mucho mejor. —Su sonrisa era dulce y suave, pero sus ojos, aún algo cansados, reflejaban la fortaleza que tanto admiraba—. El médico me dio el alta y ese mismo día le dije a mi abuela que quería volver. Essex es precioso, no lo niego, sin embargo, mi mayor deseo es vivir aquí, contigo.

—Estaba dispuesto a dejarlo todo atrás.

—Soy consciente de ello, Janelle me lo contó cuando le confesé mis planes y, aunque me parece un gesto precioso, no era necesario, me moría de ganas por volver.

—¿Y tu abuela? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Digamos que ella y Humphrey van a pasar una larga temporada en Manhattan. Por ahora están en el Marriot. Los convencí para que se vinieran conmigo, ella buscará una propiedad y se instalará, me gustaría recuperar el tiempo perdido y que nuestra hija pueda disfrutar de ella.

—¡Pues claro que sí! Me parece una gran idea.

—¿De verdad?

—Por supuesto, es importante que estés rodeada de gente que te quiere y no tengo duda alguna de que la Dama de Hierro lo hace.

—Tiene su corazoncito y unas historias que alucinas —comentó con entusiasmo.

—Seguro que a mi madre y a Soph les gustará oírlas en una de vuestras quedadas, se mueren de ganas por compensarte sus regalos navideños.

—No hace falta.

—Lo sé, pero son muy obcecadas. Te he echado tanto de menos, he pensado en ti… cada minuto del día. —Mis palabras salieron entrecortadas, y ella rio suavemente, un sonido que llenaba el espacio como una melodía de paz.

—Ya somos dos —contestó, apretando mi mano.

—Voy a cuidaros con toda mi alma, a ti y a nuestra pequeña Rapunzel. Nada en este mundo me importa más que estéis bien —murmuré, poniendo las manos sobre su vientre.

Mi hija golpeó con fuerza deteniendo el latido de mi corazón por un instante, era la primera vez que la sentía.

Kate y yo nos miramos, y sonreímos.

—Creo que Sunrise también quiere decirle a su padre lo mucho que se alegra de tenerlo a su lado.

—¿Sunrise? Ese nombre no estaba en la lista.

—No, y sé que tenemos que hablarlo, pero creo que su significado lo engloba todo. El amanecer simboliza el lugar de dónde salí. También es aquello que nace cada día y que puede cambiarlo todo. Tú hiciste que mi vida amaneciera, lo haces a diario solo con la forma en que me miras, en que me besas, en que me honras. Obraste este pequeño milagro que me ha dado una ilusión que además es una declaración de intenciones. Quiero amanecer siempre a tu lado y al lado de nuestra hija.

Sus palabras me emocionaron.

—Me parece un nombre precioso para nuestra hija y un alegato irrefutable. —Emocionado, me agaché un poco para hablarle a la tripa—. Tienes a la mejor mamá del mundo, es una mujer preciosa, valiente, que jamás ha tirado la toalla, que siempre encuentra oportunidades donde otros serían incapaces y de la que me siento infinitamente orgulloso. La quiero con toda el alma y también a ti, pequeña Sunrise.

Mi hija volvió a golpear y yo besé la zona en la que noté la vibración.

Cuando alcé la cara, Kate estaba llorando, lágrimas silenciosas de felicidad.

Su mirada era más brillante y decidida que nunca.

—Te amo, Corey, te prometo que seremos muy felices.

—No me cabe duda.

Nos besamos y abrazamos, bailando al ritmo del siguiente tema, uniendo nuestras frentes, incapaces de apartar la vista el uno del otro.

La espera había terminado, y solo nos quedaba mirar hacia adelante para afrontar ese increíble viaje que supondría crear nuestra propia familia.

EP Í LOGO 1



Mary Kate

—¡Feliz Navidad!

No, no era Navidad, pero Corey había decidido organizar una pequeña celebración para compensar que no pudimos pasarla juntos.

Reunimos a las personas más importantes, aquellas que eran imprescindibles en nuestras vidas.

Era el primer domingo de abril, la primavera quería atravesar las ventanas de la nueva casa de la abuela, a unas pocas manzanas de la nuestra, llenando los cristales de hojas vibrantes y flores de colores.

La decoración navideña llenaba cada rincón, con guirnaldas, luces y hasta un árbol enorme que mi abuela insistió en colocar en el salón.

Había comida deliciosa, que cocinamos entre todos: platos tradicionales, postres irresistibles y muchas de las recetas que preparábamos para el comedor social.

Jordan y Marcus bromeaban sobre a quién nominar como postre ganador de la jornada, mientras Janelle, con su picardía habitual, se encargaba de que no se rompiera la armonía visual y todo estuviera bien colocado.

Sonaban villancicos, Corey y su madre sonreían; él estaba exultante, encantado de celebrar el día como si fuera una auténtica Navidad.

En el fondo, era una oportunidad única para dejar atrás un año tan complicado y brindar por los nuevos comienzos.

—¿Vais a seguir peleando por quién hace mejor el pastel de manzana? —preguntó Janelle, arqueando una ceja mientras repartía vino caliente—. Que sepáis que nadie puede competir con los míos.

—No sé si esos son pasteles o piedras arrojadizas, juraría que, si le tiras uno a alguien, le abrirías la cabeza como un melón —bromeó Marcus, ganándose un empujón juguetón por parte de su chica.

—¡¿Tú no sabes que lo duro por fuera es tierno por dentro?!

—Creo que no es aplicable a la repostería, mi amor.

—Tú, come y calla —dijo, introduciéndole un pastelito entre los dientes.

—Si me quedo sin dentadura, será por tu culpa.

—Te pagaré otra ahora que soy la vicepresidenta de la empresa familiar.

—Brindemos por eso —proclamó Jordan—. ¡Por Janelle! La primera mujer que consiguió ser pecado capital y ahora nos deleitará eliminando la basura de Nueva York.

—¡Por Janelle! —respondimos riendo.

Mi mejor amiga ya no bailaba en el SKS, pero seguía diseñándoles los trajes a los chicos mientras aprendía con el mejor: Su padre.

Se había prometido con Marcus, y si todo iba bien, el año que viene acudiría a mi primera boda como dama de honor.

Repasé a todos los congregados con la mirada, me sentía llena de gratitud por tener a estas personas en mi vida, especialmente ahora que mi abuela estaba cerca.

Se había integrado bastante bien, Corey le había buscado un puesto de voluntaria en la clínica, sus increíbles historias eran una gran distracción para los pacientes y ella se sentía más útil y menos sola.

Me hizo muy feliz cuando Corey y Marcus me dijeron que habían pensado en mí para ocuparme del comedor social, coser me gustaba, pero no tanto como cocinar, me impliqué en todo, desde el menú hasta los detalles más nimios. La satisfacción de ver a la gente disfrutar de un plato caliente era indescriptible.

En breve, Corey dejaría de ser Lujuria para convertirse solo en la mano derecha de Jordan. El *boss* y él lo habían acordado para no tener que quedarse toda la noche y así poder pasar más tiempo conmigo, o en la clínica, sin que su sueldo se viera perjudicado.

Jordan sí que era un ángel bajado a la tierra. Ojalá alguna vez lograra librarse de esa melancolía que, a veces, atrapaba su mirada.

A un lado de la mesa, los hermanos de Corey conversaban entre ellos.

Zack era con quien menos relación tenía y me apenaba verlo tan triste desde el fallecimiento de su madrastra. La pérdida de Tessa fue muy repentina, un accidente dos semanas después de que yo llegara le hizo perder el control de su coche y fallecer en el acto.

Por lo que me dijo mi chico, estaban bastante unidos, convivió con ella más que ninguno, ya que, tras el divorcio de sus padres, él quiso quedarse en casa para no abandonarlo.

Richard se sumó a la celebración. Estaba sentado al lado de su exmujer, por mal que hubiera hecho las cosas, no dejaba de ser el abuelo de nuestra hija y debía tener un espacio en su vida.

Me constaba que intentaba acercarse a sus hijos y no había apartado sus ojos de Valerie. Por mucho que intentara que le hiciera caso, su exmujer parecía más interesada en charlar con Humphrey, que lograba hacerla reír de una forma que le hacía apretar los dientes al doctor.

—Madre mía, ¿has visto lo que está pasando ahí? —susurró Janelle en voz baja, poniéndose de cuclillas entre mi silla y la de Corey—. El buen doctor Blackwood parece haber perdido su

encanto.

—¿Lo dices por Humphrey? —dije, intentando contener la risa.

—¿Por quién si no? Aunque no me extraña, ese hombre está de muy buen ver y dicen que los mayordomos tienen un espíritu generoso y servicial, justo lo que necesita tu suegra, un hombre que la sirva bien, ¡como mi Marcus! —exclamó en tono conspirador.

—¿Tu Marcus? Eso ha sonado muy posesivo.

—Es que es mío. —Las dos miramos de reojo al susodicho, que charlaba de manera relajada con Jordan y la abuela.

—¿Qué andáis conspirando vosotras dos? —preguntó Corey, uniéndose a nosotras.

—Pues que creemos que ha llegado la hora de dar los regalos —mintió Janelle, poniéndose de pie.

—Cierto, me pido el primer turno —proclamó Corey.

Mi amiga cogió una copa vacía y la golpeó con un cubierto para que todos prestaran atención.

—Hora de los regalos a Kate, chicos. No os amontonéis, el príncipe de la lujuria se ha pedido el primer turno.

El salón se quedó en silencio mientras todos los ojos se interesaban por lo que iba a entregarme.

Con manos firmes y una mirada llena de emoción, extendió un paquetito con forma de corazón.

Pude ver cómo mi suegra contenía la respiración mientras se acercaba al oído de Soph para narrarle lo que sucedía.

Con dedos temblorosos, desenvolví el paquete, era una cajita de terciopelo rojo, contuve la respiración al abrirla y sacar de su interior un colgante en forma de manzana roja. Era una piedra preciosa.

—¡Es increíble! —murmuré, incapaz de apartar la vista de la joya.

Mi abuela se acercó y echó un vistazo.

—Así me gusta, jovencito, un rubí excepcional —palmeó su hombro.

—Es de la tienda de Zuhara y Ares, ¿de verdad que te gusta? —preguntó.

—¿Cómo no va a gustarme? Es muy nosotros —pensé en las manzanas de feria que siempre prometió tener en la despensa.

Corey se puso en pie para ponérmelo en el cuello.

—Los rubíes son piedras de fuerza y protección —explicó—. Representan amor, pasión y un vínculo inquebrantable. Además —añadió, mirándome con intensidad—, regalar una manzana es algo especial, es un símbolo entre los pecados capitales. La manzana simboliza que has encontrado a la persona que queremos para siempre.

Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras sujetaba la piedra entre los dedos y él daba la vuelta para besar mis labios.

—Pero ¿no era Eva la que le daba la manzana a Adán para que la mordiera? —soltó Janelle con una sonrisa divertida.

—Aquí estamos para cambiar historias, y prefería que la nuestra tuviera un final más feliz, sin desahucios en el Paraíso.

Le guiñó un ojo mientras todos reían ante la respuesta.

—¡Me debes una manzana, Jane! —la increpó Marcus.

—La tenías en el interior del pastelito, ¿no me digas que te la has tragado? Bueno, tranquilo, no hay nada que una buena lavativa no pueda sacar. —Él la miró horrorizado—. Es broma, Culo

Prieto, todo llegará.

—Ahora creo que es mi turno para darte algo —dije, poniéndome en pie.

—¿No acordamos que todos los regalos eran para ti? —cuestionó mi chico.

—Bueno, pero necesitaba darte este, es algo especial...

Antes de que pudiera ir a por él, sentí una extraña presión en el vientre, seguida de una cálida humedad y un estallido. Mis ojos se abrieron de par en par mientras miraba el suelo. Fue como si alguien hubiera hecho estallar un globo de agua contra él.

—¡Ostras! No esperaba que el regalo fuera un parto en directo. ¡Menuda sorpresa! —dijo, divertida, mi amiga.

Corey y yo nos miramos, mientras todos empezaron a levantarse para moverse de un lado a otro.

—¡Es imposible! ¡Aún faltan dos semanas! —dije, con un pánico creciente.

Él tomó mi mano, con una calma que logró tranquilizarme.

—Pues parece que nuestra niña no opina lo mismo y tiene prisa por amanecer.

Los siguientes minutos fueron una mezcla de caos y agitación masiva.

Humphrey y la abuela, tan eficientes como siempre, organizaron la logística, mientras Marcus le daba las llaves a Jordan para que fuera a casa a por la bolsa.

Valerie tomó la iniciativa de llamar al hospital en el que trabajaba para asegurarnos una habitación privada y que todo estuviera preparado para nuestra llegada.

Las contracciones subían de intensidad a un ritmo vertiginoso, mi abuela comentó que las mujeres de su familia eran de parto rápido, que no se dejaran engañar porque fuera primeriza. No iba de farol, cuando llegamos al hospital, ya estaba dilatada y más que lista para traer a Sunrise a este mundo.

Corey no ejercería de médico, permanecería a mi lado, dándome apoyo con cada contracción, susurrándome palabras de aliento y apretando mi mano en los momentos más difíciles.

—Lo estás haciendo increíble, Ángel. Solo un poco más…, nuestra niña está llegando y pronto la tendremos a nuestro lado.

—Me duele tanto… —susurré entre lágrimas. No había dado tiempo a que me pusieran la epidural.

—Lo sé, amor —dijo, acariciándome el cabello—. Pero ya no queda nada. Estoy aquí contigo, y cuando todo pase, la tendrás en tus brazos, solo escucha a la doctora y empuja cuando te lo diga.

Sentir sus palabras me dio aliento para afrontar el agotamiento.

La presión y las contracciones eran cada vez más intensas, y supe que estábamos llegando al final, o eso esperaba.

—Muy bien, Kate, ya está coronando la cabecita, solo un último esfuerzo, empuja cuando te lo diga —me alentó la comadrona.

Fueron los minutos más largos y angustiosos que recordaré siempre. Por suerte, tenía al hombre de mis sueños soportando mi quebrantamiento de falanges.

—Ya casi la tenemos, un empujón más.

Con un último esfuerzo, sentí como si la opresión terminara en un grito desgarrador seguido de una sensación de liberación.

Lo siguiente fue escuchar el primer llanto de nuestra hija llenando la sala.

Me eché hacia atrás, agotada y aliviada, mientras veía cómo el equipo la envolvía en una sábana y la colocaban en mis brazos.

Corey, con los ojos brillantes, se inclinó para besarme en la frente.

—Ha sido increíble, Ángel. —Su voz estaba cargada de ternura, de amor y de orgullo—. Mira lo hermosa que es nuestra pequeña, tan perfecta como su madre.

Contemplé a Sunrise, con sus pequeños ojos cerrados, sus manitas diminutas y el suave mechón de cabello rubio en su cabecita. No podía dejar de llorar; cada lágrima era un reflejo de la felicidad absoluta que me llenaba en ese momento.

—Hola, pequeña, eres perfecta y vamos a hacerte muy feliz —susurré, acariciando su mejilla con la yema de mis dedos.

—Gracias por este regalo tan maravilloso y llenar mi mundo como nadie lo ha hecho nunca.

Nos rodeó a ambas con sus brazos, creando el refugio más seguro y cálido del mundo.

Nos quedamos en silencio, abrazados, sintiendo la paz y la plenitud de nuestra pequeña familia, entonces las enfermeras comentaron que tenían que ocuparse de Sunrise, mientras la doctora terminaba de coserme.

Supe, en lo más profundo de mi corazón, que todo el esfuerzo, cada sacrificio y cada dificultad a la que me había enfrentado hasta conocer a Corey habían valido la pena, porque él era el hombre de mi vida, el único capaz de traer la magia de la Navidad, aunque no fuera diciembre.

Lo miré con adoración absoluta y la certeza de que la única cura para la pasión era arder en el pecado.

Corey Blackwood era mi lujuria, y gozaría de ella hasta el fin de mis días.

ANEXO



Nota de la Autora: *Para mis lectores justicieros, para los que os habéis quedado con ganas de saber cómo murió Tessa, allá va.*

Tessa

Conducía como si el infierno entero me persiguiera, aunque, en realidad, yo era el fuego. Las luces de la carretera parpadeaban como un metrónomo que marcaba el ritmo de mi rabia.

«Esta noche todo va a cambiar», me repetí, torciendo los labios en una sonrisa amarga.

Todavía no daba crédito a que el estúpido de Jeremiah la hubiera cagado tanto.

¡Si se la había puesto en bandeja de plata!

Llamé a Anita cuando me enteré de la noticia, tenía que hacer algo para ayudarme, matar al bebé de Mary Kate y a ella también, ya me encargaría después de consolar a Corey entre mis piernas.

Arrugué la nariz al pensar en Zack, últimamente estaba demasiado pesado y algo tendría que hacer también con él…

Tenía una reunión con ella, habíamos quedado en un lugar apartado, lejos del barullo de la ciudad, era importante que no se nos relacionara después de lo que íbamos a planear.

Al principio, intentó convencerme de que lo dejara estar, Anita pensaba que podía controlarme, pero yo siempre tenía la última palabra. Siempre. Además, le dije que, como no me ayudara, tenía mucho que perder. Sabía demasiado sobre los turbios negocios de los Vílchez, no

les interesaba tenerme de enemiga.

Me pidió que le diera unos días, que necesitaba hablar con su marido.

La tenía comiendo de la palma de mi mano, era cuestión de tiempo que cediera y ayer por fin lo hizo.

Le dije a mi marido que había quedado con una examiga de la escuela y que me marchaba antes por el tráfico.

Y no era mentira, había quedado con ella, aunque antes haría una pequeña parada para encontrarme con los Vílchez.

Me lo debían todo como para ningunearme. Yo los ayudaba con esas chicas y también con Magaly. Yo había conseguido que Mary Kate estuviera a un paso de perderlo todo y tenía a todos los hombres Blackwood comiendo de mi coño.

Apreté el volante con más fuerza, sintiendo cómo mis uñas se clavaban en la piel sintética.

«Mary Kate», pensé, y la ira me recorrió como un latigazo.

¿Cómo era posible que a Corey le gustara tirarse a esa vaca burra? Tenía que ser muy guarra en la cama. Esa santurrona no era más que una farsante. Él fue mío antes de que ella apareciera con su maldita sonrisa angelical. Y, esa noche, todo se acabaría.

—Te voy a destruir, Mary Kate —escupí las palabras al aire, sintiendo cómo mi voz se llenaba de veneno.

El rugido del motor resonaba como un eco de mi propio odio, y aceleré. El teléfono vibró en el asiento del copiloto, pero no me molesté en mirarlo. Probablemente sería el estúpido de Zack, llevaba unos días que no dejaba de atosigarme con lo de dejar a su padre. ¿Cómo se puede ser tan mediocre? Los hombres como él siempre pensaban que valían más de lo que eran en realidad, un cero a la izquierda.

Fue entonces cuando el coche dio el primer tirón. Apenas una sacudida, pero lo suficiente para que me tensara. Fruncí el ceño y miré el tablero. Todo parecía estar bien, pero algo no lo estaba.

—¿Qué demonios...? —murmuré, intentando ignorar el nudo en mi estómago.

El volante comenzó a ponerse rígido, como si alguien lo sujetara desde el otro lado. Traté de girarlo, pero apenas respondía. Pisé el freno, pero el pedal no reaccionó. Mi respiración se aceleró.

—¡Vamos, maldita sea! —grité, golpeando el volante con ambas manos.

Miré a un lado y a otro, estaba descendiendo por una carretera con muchas curvas, de un único sentido por carril, no era el mejor lugar para perder el control.

Sentía cómo se me escapaba, y eso era lo que más me aterrorizaba. Siempre había estado al mando. Siempre. Eso no podía estar pasándome a mí.

El coche comenzó a acelerar solo, como si tuviera vida propia y fuera uno de esos teledirigidos. El pánico se mezcló con mi furia.

Era imposible, lo había llevado a revisar hacía apenas dos días.

Pensé en el taller, en el mecánico nuevo que me dijo que el habitual estaba enfermo.

«Esto no es un accidente», pensé de repente.

Un frío terrible me recorrió la espalda.

No podía estar pasando eso, ahora no.

—¡Anita! —rugí su nombre, como si ella pudiera oírme.

Tenía que haber sido ella, era la única que podría hacerme algo así. La había amenazado y… ¡Esa perra no podía librarse de mí, no así!

El coche zigzagueaba, los árboles se acercaban demasiado rápido, al igual que el acantilado.

Apreté los dientes y tiré del volante con todas mis fuerzas. ¡Era inútil!

¿Y si saltaba? No podía hacerlo, a la velocidad que iba sería fatal.

Tenía que seguir conduciendo e intentar encontrar un lugar de frenada de emergencia.

Los pensamientos se agolpaban en mi mente al mismo tiempo que perdía el poco control que me quedaba cuando pasé por encima de un bache.

La carretera desapareció bajo las ruedas, y el coche se salió al arcén. El chirrido fue ensordecedor, y el impacto contra la gravilla me sacudió como si el mundo entero se desmoronara. Otro resalto propulsó el coche y lo hizo volar por los aires.

El último pensamiento que tuve antes de que el mundo se apagara fue el rostro de Corey, mirándome a los ojos para decirme que no merecía otro final.

EP Í LOGO 2



Jordan

Cogí aire y lo solté por la nariz captando los últimos matices envueltos en fluidos, cuero y sexo.

El sonido de los gemidos, los propios y los ajenos, zumbaba en mis oídos, como un claro recordatorio de lo que acababa de vivir.

Roté las muñecas y crují mi cuello, acababa de darme una ducha en el vestuario y guardar mi *alter ego* en el fondo de la taquilla.

El sexo era liberación, válvula de escape, placer, dolor y un recordatorio del lugar al que siempre volvía, me gustara o no.

Cerré la puerta abandonando el rol que adquiría cada vez que atravesaba las puertas de Inferno, el club de BDSM al que acudía cuando el *ring* no era suficiente, y últimamente no me lo parecía.

Inspiré hondo abrochándome la camisa. Todavía sentía la adrenalina por las nubes tras la sesión.

Había intentado reeducar mi mente, que no me atrajera aquella parte oscura a la que me vi obligado a ceder y me costó asumir que tal vez, en el fondo, siempre estuvo dentro de mí y poco importaba que hubiera querido renunciar, jamás podría hacerlo.

Nada me llenaba más que la entrega total y absoluta, daba igual cuánto me la negara, daba igual que trajera a mí recuerdos tan dolorosos que, cuando caía en sus garras, terminaba temblando y vaciando mi estómago por la garganta después de una sesión.

No era capaz de disfrutar con el sexo tradicional, y aunque me hubiera encabezonado en ser

un *Dom*, la realidad era que mi *Sub* interior rugía por salir.

Atravesé el túnel de cortinas que se balanceaban a mi alrededor.

El guardia de seguridad me abrió la puerta e inclinó la cabeza deseándome que volviera pronto, él sabía mejor que yo que era incapaz de renunciar, como la mayoría de los que acudíamos a aquel lugar.

Las primeras luces del alba me recibieron a su abrigo.

El reflejo de mi sombra en el asfalto me dio la bienvenida.

Era lo único que tenía, una sombra de mí mismo, poco importaba el club y los chicos, al final, todo en mi vida era efímero, estaba de paso, incluso yo.

Me agarré a la carrocería del vehículo buscándome en el reflejo de la ventanilla.

¿Cuántas veces había pensado en acabar con todo, en desaparecer?

Al fin y al cabo, no pasaría nada si terminara sucumbiendo, quizá así los demonios que me atormentaban terminarían engullidos por las llamas.

Lo perdí todo, mis ilusiones, mi futuro, incluso mi identidad, toqué el fondo más oscuro e hice cosas que a la gran mayoría les harían vomitar.

Unas risas femeninas me sacaron de mis pensamientos. Alcé la cabeza, era un grupo de mujeres, a juzgar por sus cuerpos gráciles y esbeltos, les sacaba por lo menos diez años, aunque por dentro sintiera que eran cien.

Debían dedicarse a la banca, la bolsa o algo que las obligaba a vestir con trajes de chaqueta caros, zapatos de tacón e ir a la peluquería a diario.

Lo que más me llamó la atención no fue el grupo en sí, o su atractivo, que era indudable. Fue un sonido, el de una voz que removió algo en mí, quizá porque pese al buen inglés se percibía un ligero deje español.

Estiré el cuello mientras ellas apresuraban el paso incapaz de discernir a quién pertenecía ni por qué se me acababa de acelerar el corazón.

Cerré los ojos y pincé mis lagrimales, apreté los dientes y me metí en el interior del vehículo, refugiándome en la calidez de lo conocido.

Ya no quedaba nada del Jordan al que se lo arrebataron todo en España, había renacido de mis propias cenizas y nunca más iban a cortarme las alas.



La Autora

Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.
Nació en Barcelona en noviembre de 1978 bajo el signo de escorpio, el más apasionado de todo el horóscopo.
A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. *Ojos verdes*, de Karen Robards, y *Shanna*, de Kathleen Woodiwiss, fueron las dos primeras novelas que leyó y que la convirtieron en una devoradora compulsiva de este género.
Rose Gate decidió estudiar Turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero, finalmente, dejó aparcada su gran vocación.
Casada y con dos hijos, en la actualidad se dedica a su gran pasión: escribir montañas rusas con las que emocionar a sus lectores, animada por su familia y amigos.
Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS
https://www.instagram.com/rosegatebooks

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

Bibliograf í a

SERIE STEEL

1. Trece fantasías vol. 1
2. Trece fantasías vol. 2
3. Trece maneras de conquistar
4. La conquista de Laura
5. Devórame
6. Ran
7. Yo soy Libélula azul
8. Breogán, amando a una libélula
9. Ojos de Dragón
10. Koi, entre el amor y el honor

SERIE KARMA

1. El Karma del Highlander
2. La magia del Highlander
3. Los Dioses del Karma

SERIE SPEED

1. Xánder
2. Xánder 2
3. Storm
4. Thunder
5. Mr. Star
6. La Vane

COMEDIAS ROMÁNTICO-ERÓTICAS:

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr

Si caigo en la tentación, que parezca un accidente.

No voy a caer en la tentación, ni a empujones

Hawk, tú siempre serás mi letra perfecta

¡Sí, quiero! Pero contigo no.

Todo Incluido

THRILLERS-ERÓTICOS:

Mantis, perderás la cabeza

Luxus, entre el lujo y la lujuria

ROMÁNTICA BASADA EN HECHOS REALES:

Viviré para siempre en tu sonrisa

SERIE HERMANOS MILLER

1. Hermano de Hielo
2. Hermano de Fuego
3. Hermano de arena
4. Hermano de viento

Spin off

En tu cuerpo o en el mío

SERIE GUARDIANES:

1. Los Guardianes del Baptisterio
2. La Elección de la Única
3. La Gran Colonización

SERIE ENTRE MAFIAS:

1. Koroleva.
2. Capuleto
3. Vitale
4. Kovalev

SERIE KAPITAL SIN

1. Ira
2. Pereza
3. Gula

4. Avaricia
5. Soberbia
6. Lujuria
7. Envidia (2025)

SERIE SAINT VALENTINE FALLS

1. Jodido Cupido
2. Déjate de rodeos
3. Échale el lazo
4. Estúpido cupido (Feb. 2025)

---

[1] Marie Kondo: es conocida por su programa sobre organización en Estados Unidos. Ha escrito varios libros sobre el tema y ha tenido un programa en Netflix llamado Tidying Up with Marie Kondo.

[2] Pipián: término despectivo para denominar a una persona homosexual, en la mara.

[3] Chimar: follar, en la mara.

[4] *Lick me*: Lámeme.

[5] *Fuck me*: Fóllame.

[6] Tronera: prostituta, para los mareros.